



Centro de Estudios Sociológicos

Doctorado en Ciencia Social con Especialidad en Sociología

Promoción 2008-2012

***“Grietas” en el tejido social. Experiencias biográficas de jóvenes
montevideanos desde los “lugares” del espacio social***

Tesis para obtener el grado de Doctor en Ciencia Social con Especialidad en
Sociología que presenta:

Fabiana Espíndola Ferrer

Director: Dr. Minor Mora Salas

México D.F.

Mayo de 2013

*A los jóvenes que resisten las condiciones adversas a las que se enfrentan y luchan
por construirse una ruta -otra-, que les rescate del “destino”.*

A quienes luchan por dignificar la vida cotidiana en sus barrios.

A Vanesa, por su entereza y sabiduría.

Agradecimientos

A lo largo de mis estudios doctorales conté con el apoyo de personas e instituciones que hicieron posible la culminación de este proceso. El esfuerzo y la dedicación que supuso la elaboración de mi tesis doctoral pudieron concretarse también, gracias a ellos.

En primer lugar, quiero agradecer muy especialmente a Minor Mora Salas, mi director de tesis. Su dedicación durante todo el proceso de elaboración de este trabajo significó un constante estímulo para encauzar mis inquietudes académicas, compartiendo generosamente sus conocimientos a la vez que dejándome ahondar en mis inquietudes más genuinas. Quiero destacar además, su sorprendente paciencia y su comprensión en los momentos más difíciles por los que atravesé en este periodo. Pero por sobre todo, el invaluable aporte que ha significado esta experiencia de trabajo, que sin lugar a dudas, ha contribuido de manera muy importante a mi formación como investigadora.

También tuve el privilegio de contar con dos lectores agudos y comprensivos. En Orlandina de Oliveira y Manuel Gil Antón encontré dos profesores siempre ansiosos por aportar a la discusión de distintos aspectos de mi investigación. De ambos recibí comentarios sustantivos que contribuyeron a enriquecer mi trabajo, respetando mis tiempos, angustias y entusiasmos. En la última etapa de este proceso, conté con el apoyo de Adriana Larralde, quien amablemente aceptó formar parte de mi jurado de examen, comprometiéndose a la lectura de este trabajo en un tiempo realmente acotado.

Para desarrollar esta investigación fue fundamental contar con el apoyo financiero que me brindaron distintas instituciones. Agradezco a la Secretaría de Relaciones Exteriores de México por becarme durante dos años y medio de este proceso, y a El Colegio de México, por la beca que me concedió durante otros dos años y medio. El Colegio de México me brindó además, un marco institucional de privilegio para el desarrollo de mi experiencia doctoral. También deseo expresar mi gratitud al personal del Centro de Estudios Sociológicos y de la Biblioteca. En el Centro de Estudios Sociológicos tuve la oportunidad de compartir espacios de formación con profesores y compañeros que resultaron sumamente estimulantes para mi actividad académica. A todos ellos agradezco,

especialmente a los participantes del Seminario Desigualdad y Estratificación Social, quienes a lo largo de numerosas reuniones leyeron y comentaron el proyecto y los primeros resultados de esta investigación. En particular, Patricio Solís, Emilio Blanco y Fernando Cortés me brindaron comentarios muy interesantes al desarrollo de mi trabajo de tesis.

A lo largo de la investigación me fue posible conocer distintos espacios académicos que estimularon mis búsquedas y reflexiones. Destaco de ellos mi participación en la Primera Escuela Internacional de Posgrado de la Red de Posgrados en Infancia y Juventud organizada por el Comité Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO): “Democracia, derechos humanos y ciudadanía: infancias y juventudes en América Latina y el Caribe” realizada en agosto y septiembre de 2011 en la ciudad de Cartagena de Indias, Colombia. Allí pude compartir dudas y recibir sugerencias de otros tesisistas y profesores, entre quienes resalto el vínculo desarrollado con Claudia Castilla, Marina Larrondo, Julián Loaiza, Valeria Llobet, Lorena Plesnicar y Camila Silva. Mi participación en dicha Escuela fue posible gracias al apoyo económico de CLACSO y de El Colegio de México. Agradezco enormemente la oportunidad de continuar participando de estos espacios a Fernanda Saforcada, Pablo Vommaro y Toya Alvarado quienes de manera fraternal y comprometida, me desafían a darle perspectiva latinoamericana a mi trabajo.

En Uruguay, distintas personas han colaborado en el desarrollo de mi trabajo de tesis. En el plano académico, agradezco la ayuda ofrecida por Federico Rodríguez y Santiago Cardozo, quienes desde el Instituto de Pobreza y Exclusión Social (IPES) de la Universidad Católica del Uruguay, comentaron de manera entusiasta el proyecto de tesis al inicio de mi trabajo de campo. Miguel Serna y Marcia Barbero, desde la Red temática “Desarrollo, desigualdad y protección social en Uruguay” (Ministerio de Desarrollo Social-Universidad de la República), me permitieron eludir la distancia física durante estos años, haciendo posible la publicación de un artículo elaborado en el desarrollo de mi experiencia doctoral.

El estímulo académico y emocional de María José Álvarez ha sido inestimable, durante todo el proceso de elaboración de mi tesis doctoral, pero también desde aquellos años en los que, recién egresadas de la Licenciatura, comenzábamos a trabajar juntas en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República. Su ejemplo ha estimulado

la continuidad de mis estudios. Cecilia Pereda y Lorena Custodio, colegas y amigas entrañables, me han demostrado en incontables ocasiones su interés por colaborar con mi trabajo, facilitándome el acceso a material bibliográfico, pero sobre todo, alentándome en la importancia de culminar este proceso.

Esta investigación no hubiera podido desarrollarse sin la participación de numerosas personas residentes en Casavalle y en El Cerro. A todos y cada uno de los jóvenes entrevistados, gracias por haberme brindado su tiempo y sus ganas de embarcarse en conversaciones que muchas veces resultaron movilizadoras. Gracias a todos y cada uno de ellos, por la franqueza demostrada, y por la confianza que sin duda depositaron en quien escribe. Gracias a Vanesa y a Marley, por enseñarme tantas cosas. Agradezco también a los jóvenes que sin ser entrevistados, conversaron y me acompañaron por calles y pasajes de ambos barrios, *interesados* en mi *interés*. Especialmente a Fabián, compañero entusiasta de mis recorridas por “su” Casavalle. Además, varios vecinos o familiares de los jóvenes entrevistados colaboraron amablemente con mi trabajo. En particular, gracias a Luis, abuelo de Jonhatan, y a Elba, madre de Tamara en Casavalle. También a Raúl Bertolini en El Cerro, gracias. Además, este trabajo debe su posibilidad de desarrollo a varias personas que desde sus ámbitos laborales, lo hicieron viable. Entre ellas, agradezco especialmente el apoyo recibido en Casavalle, de Claudia Crespo, psicóloga de la Policlínica del barrio, y de Lorena González, trabajadora de una ONG-SOCAT. En El Cerro, de Daniel Ferreiro, docente del Programa Apex-Cerro y de Walter Chagas, militante de la FOICA.

En lo personal, quiero agradecer a cuatro nuevas colegas-amigas que me acompañaron durante este proceso, sabiendo, cada una a su modo, apoyarme y alentarme. Gracias a Gabriela Benza, Clara Márquez, Sara Ochoa e Iliana Yashine. Con Sarita tuve el placer de compartir todo el cursado de mis estudios doctorales y con este, las angustias y alegrías que fuimos construyendo. A Gabi le estaré eternamente agradecida por todo el cariño y acompañamiento que me ha brindado desde que nos conocimos; de todos modos la hubiera querido mucho sin contar con su atenta lectura de varias secciones de mi trabajo y su permanente “supervisión de avance” en las etapas finales. Fue un gusto también compartir la experiencia mexicana con Nicolás Brunet, así como tener por compañero a Ariel Ramírez.

Párrafo aparte deseo dedicar a Manuel, mi primer profesor durante el doctorado, quien me ha demostrado durante todo el proceso, su confianza en mi trabajo intelectual. Para mí fue clave su cercanía en varios momentos críticos, y me siento muy afortunada de poder contar con una amistad tan bonita como la suya, así como con la de Mónica.

Mi experiencia en México no hubiera sido tan gratificante sin la presencia de una familia: los Puchet-Dutrénit me hicieron sentir parte de la suya. A Silvia y Martín, gracias por estar siempre pendientes y permitirme conocer su entrañable presencia. A Ro y Andrea, por abrirme las puertas de la familia. A Caro, Ezra y Darío, por compartir todo su cariño.

Gracias a Marianella, por ayudarme tanto y tan hondo.

A mis padres, hermanos, cuñada y sobrinos, por alimentar mi sentido de justicia social y por entender los espacios y las necesidades. A Sandra, por su enorme cercanía, siempre.

Allá por el año 1996, siendo estudiantes de la Licenciatura en Sociología, comenzamos a compartir cursos con mi entrañable amiga Lorena María. Desde entonces, su presencia sigue siendo fundamental. Recorrer juntas Casavalle, discutir largas horas tratando de imaginar otras realidades, desvelarnos y resistirnos a la persistencia de lo dado explica, también, que la sienta mi compañera de ruta.

He reservado estas últimas líneas a Juan, quien, desde que emprendimos la aventura de este viaje, supo acompañarme a lo largo de todo este tiempo, día a día, con gran entusiasmo y mayor paciencia. Su energía significó para mí, un apoyo incondicional en distintos y variados sentidos. Por ello, y por tanto más, vaya para él, mi más profundo amor.

Tabla de contenido

CAPÍTULO 1. INTRODUCCIÓN	7
1.1 Fundamentación. De la pertinencia de la investigación	7
1.1.1. Planteo del problema y objetivo de investigación	7
1.1.2. De la relevancia de la problemática en el contexto socio-histórico uruguayo	14
1.2. Diseño y estrategia metodológica	22
1.3. Estructura de la tesis	28
CAPÍTULO 2. LOS PROCESOS DE INTEGRACIÓN - DESAFILIACIÓN SOCIAL Y LA SEGREGACIÓN RESIDENCIAL	31
2.1 Introducción	31
2.2 Integración-desafiliación social: falsa dicotomía de una problemática persistente	33
2.2.1. “Desafiliación”: ¿un tipo específico de desintegración en las sociedades contemporáneas?	35
2.2.1.1. Delimitaciones conceptuales, aclaraciones y ampliaciones necesarias	39
2.2.1.2. Elementos analíticos que recuperamos del enfoque casteliano	42
2.3 Hacia una ampliación del modelo analítico del proceso de integración-desafiliación social	44
2.3.1. El “poder” y la “coacción social” como elementos ineludibles a considerar en las relaciones sociales	45
2.3.2. Los (des)ajustes entre “medios” y “metas” y la importancia del sistema de expectativas	48
2.3.3. Las repercusiones de la crisis del trabajo en las experiencias biográficas de los sujetos	50
2.4 Una perspectiva analítica para el estudio del proceso de integración-desafiliación social en sociedades contemporáneas	53
CAPÍTULO 3. CONTEXTOS BARRIALES DISTINTOS Y DISTANTES: CASAVALLE Y EL CERRO EN EL CONJUNTO MONTEVIDEANO	57
3.1 Introducción	57
3.2 Casavalle y el Cerro en el contexto montevideano	59
3.3 La trayectoria barrial signada por la privación material (o “evolución socio-económica de Casavalle”)	66
3.3.1 Génesis y conformación del barrio	67
3.3.2 Situación presente y problemática actual	71

3.4 ¿Del “barrio rojo” militante al “barrio rojo” delictivo? (o “declive de un barrio obrero”: El Cerro)	78
3.4.1 <i>Génesis y conformación del barrio</i>	79
3.4.2 <i>Situación presente y problemática actual</i>	84
3.5 Síntesis y conclusiones	88

**CAPÍTULO 4. CONSTRUCCIÓN DE UNA TIPOLOGÍA DE INTEGRACIÓN -
DESAFILIACIÓN SOCIAL. ESTRATEGIA ANALÍTICA Y PRIMEROS HALLAZGOS** 91

4.1. Introducción	91
4.2. Criterios de construcción de la tipología	93
4.2.1. <i>Criterios considerados en los planos “factual” y “simbólico” de acuerdo a cada dimensión</i>	95
4.2.2 <i>Matrices síntesis de criterios adoptados</i>	105
4.3. Resultados observados de acuerdo a la tipología construida	107
4.3.1 <i>Logro y adhesión en las distintas dimensiones de análisis</i>	107
4.3.2 <i>Del cruce de los dos planos</i>	111
4.3.3 <i>Presentación de los tipos construidos</i>	113
4.3.2.1. Tipo de “integración lograda”	113
4.3.2.2. Tipo de “integración anhelada”	115
4.3.2.3. Tipo de “desafiliación resistida”	116
4.3.2.4. Tipo de “desafiliación consumada”	118
4.3.2.5. Los tipos construidos en el proceso de integración – desafiliación social	120
4.4 Síntesis y conclusiones	125

CAPÍTULO 5. CARACTERIZACIÓN DE LOS TIPOS CONSTRUIDOS 133

5.1 Introducción	133
5.2 <i>¿La ubicación residencial de los jóvenes en el territorio barrial tiene relación con el tipo?</i>	135
5.3 Descripción de las principales características de los tipos construidos	141
5.3.1. <i>La “integración lograda”</i>	141
5.3.2. <i>La “integración anhelada” del “optimista perseverante”</i>	152
5.3.3. <i>La “desafiliación resistida”</i>	160
5.3.4 <i>La “desafiliación consumada”</i>	169
5.4. Síntesis y conclusiones.	175

**CAPÍTULO 6. MEDIACIONES EN EL PROCESO DE INTEGRACIÓN –DESAFILIACIÓN
SOCIAL. UN ANÁLISIS DE LOS TIPOS “POLARES”** 183

6.1. Introducción	183
6.2. Principales ejes analíticos	185
6.2.1 <i>La “comunidad barrial”</i>	187

6.2.2 El grupo de pares _____	189
6.2.3 Las relaciones de familia _____	192
6.2.4 El relacionamiento con las instituciones _____	194
6.2.5 “Agencia limitada”: oportunidades y restricciones _____	196
6.3 La “integración lograda” como resultado de la trayectoria _____	200
6.3.1 La “comunidad barrial” como limitante _____	200
6.3.2 La elección de los “pares” _____	207
6.3.3 Relaciones de familia, relaciones de apoyo _____	212
6.3.4 El relacionamiento institucional _____	219
6.3.5 El desarrollo y las limitantes de la agencia _____	225
6.4 La “desafiliación consumada” como resultado de la trayectoria _____	232
6.4.1 La “comunidad barrial” como espacio habitado _____	232
6.4.2 Los “pares”: permanencia o ausencia _____	237
6.4.3 Relaciones de familia, relaciones de riesgo _____	239
6.4.4 El relacionamiento institucional _____	247
6.4.5 La agencia como “resistencia” _____	251
6.5. Síntesis y conclusiones _____	253
CAPÍTULO 7. CONCLUSIONES _____	257
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS _____	275
ANEXOS _____	293
Anexo 1. El trabajo de campo _____	293
A1.1. Características e impresiones surgidas del trabajo de campo _____	293
A1.3. Similitudes y diferencias del trabajo realizado en uno y otro barrio _____	304
A.1.2. Registro visual de Casavalle y del Cerro _____	306
A.1.4. Guía de entrevista a jóvenes _____	310
Anexo 2. Glosario. Expresiones comunes y formas de “nombrar” _____	316
Anexo 3. Material de apoyo a la caracterización de Casavalle y El Cerro _____	320
A3.1 Pirámides poblacionales de Montevideo, Casavalle y El Cerro _____	320
A3.2. Situación ocupacional por tramo etario y protección laboral _____	322
A.3.3. Materiales de apoyo al análisis descriptivo de Casavalle _____	323
Anexo 4. Definición de criterios simbólicos y factuales para la construcción de la tipología _____	327
A.4.1. Definición de criterios en el plano factual _____	327
A.4.2. Definición de criterios en el plano simbólico _____	330
A4.2 Análisis de resultados por planos y dimensiones de análisis _____	334
A4.2.1. Resultados observados en el plano factual _____	334
A4.2.2. Resultados observados en el plano simbólico _____	341
Anexo 5. Material de apoyo para la caracterización de los tipos construidos _____	348

<i>A5.1. Información referente a la situación ocupacional de los jóvenes de acuerdo a características socio-demográficas y tipo construido</i>	348
<i>A5.2. Ubicación residencial de los jóvenes al interior de cada barrio</i>	350
<i>Recuadro A5.2. La “salida” del barrio</i>	351
<i>A5.3. Características de la trayectoria educativa por Barrio y Tipo</i>	353
Anexo 6. Información de soporte para el análisis de las mediaciones	357

Índice de Cuadros, Gráficos y Figuras

Cuadro 3.1. Evolución intercensal de la población para el total de Montevideo y barrios seleccionados.....	60
Figura 3.1. Ubicación de Casavalle y El Cerro en la ciudad.....	61
Cuadro 3.2. Años de educación aprobados (como máximo). Jóvenes de 18 a 29 años	62
Cuadro 3.3. Niveles de "logro educativo" en las distintas unidades territoriales.....	63
Cuadro 3.4 Pobreza y hacinamiento en las distintas unidades territoriales.....	64
Figura 3.2. Casavalle y sus distintas "comunidades barriales"	69
Figura 3.3. El Cerro y sus distintas "comunidades barriales"	83
Cuadro 4.1. Términos utilizados para cada dimensión, por plano	96
Cuadro 4.2. Síntesis de criterios utilizados en el plano <i>factual</i>	105
Cuadro 4.3. Síntesis de criterios utilizados en el plano <i>simbólico</i>	106
Gráfico 4.1. Logro y adhesión global en las distintas dimensiones	108
Gráfico 4.2 Logro y adhesión en Casavalle según dimensión. Proporciones.....	108
Gráfico 4.3 Logro y adhesión el Cerro según dimensión. Proporciones.....	108
Cuadro 4.4 Logro y adhesión en las distintas dimensiones de análisis en el conjunto de jóvenes y por Barrio, de acuerdo al Sexo. Proporciones y cantidad.....	111
Cuadro 4.5 Combinaciones posibles, combinaciones empíricamente obtenidas, y resultado global de acuerdo a los criterios de construcción adoptados, por barrio y plano.....	112
Figura 4.1. Tipos construidos de Integración-Desafiliación social	120
Cuadro 4.6 Distribución de casos por Tipo, de acuerdo al cruce de los planos en las cuatro dimensiones, por Barrio y Total	121
Gráfico 4.4. Distribución de Tipos por Barrio	122
Las diferencias anotadas se tornan más relevantes si tenemos en cuenta que las distancias más importantes en la ubicación de los jóvenes se registran en los tipos "polares". Así, mientras en Casavalle casi un tercio de los jóvenes se ubica en el tipo de "integración lograda", en el Cerro quienes conforman este tipo son más de la mitad. En el otro polo, casi la cuarta parte de los jóvenes de Casavalle conforman el tipo de "desafiliación consumada", en tanto que entre los del Cerro este tipo representa una proporción de 0.1.....	122
Cuadro 4.6 Relación entre <i>planos</i> según Tramo de edad y Sexo. Total y por Barrio	123
Mapa 5.1. Ubicación residencial de los jóvenes casavallenses de acuerdo al <i>tipo</i>	138
Mapa 5.2. Ubicación residencial de los jóvenes cerrenses de acuerdo al <i>tipo</i>	139
Figura 6.1. Modelo analítico planteado	186
Cuadro 6.1. Aspectos considerados en cada eje analítico	199
Cuadro 6.2. Manifestaciones de las <i>mediaciones</i> por <i>Tipo</i> entre los jóvenes de Casavalle	253
Cuadro 6.3. Manifestaciones de las <i>mediaciones</i> por <i>Tipo</i> entre los jóvenes del Cerro	254
Cuadro A.1.1. Casavalle: distribución de <i>entrevistados</i> por nivel educativo y tramo etario	295
Cuadro A.1.2. Características generales de entrevistas a jóvenes casavallenses	297
Cuadro A.1.3. El Cerro: distribución de <i>entrevistados</i> por nivel educativo y tramo etario	300
Gráfico A3.1. Pirámide poblacional Montevideo	320
Gráfico A3.2. Pirámide poblacional Casavalle	321
Gráfico A3.3. Pirámide poblacional del Cerro.....	321
Cuadro A3.1. Situación ocupacional y el acceso a la protección laboral, por Tramo etario.....	322
Figura A3.1. Límites de la Cuenca del Casavalle y el barrio Casavalle	324
Figura A3.2. Imágenes de la "Campaña por la no estigmatización de los barrios"	326

Cuadro A4.1. Casavalle: ubicación de casos en el plano <i>factual</i> , por dimensión de análisis	336
Cuadro A4.2. Casavalle: combinaciones de casos registradas en el plano <i>factual</i>	337
Cuadro A4.3. Cerro: ubicación de casos en el plano <i>factual</i> , por dimensión de análisis	338
Cuadro A4.4. Cerro: combinaciones de casos registradas en el plano <i>factual</i>	339
Cuadro A4.5. Casavalle: ubicación de casos en el plano <i>simbólico</i> , por dimensión de análisis	342
Cuadro A4.7. Cerro: ubicación de casos en el plano <i>simbólico</i> , por dimensión de análisis	346
Cuadro A51. Distribución de situación ocupacional, y media de años de educación formal aprobados según situación ocupacional, por sexo, Tramo de edad, Tipo y Nombre. Total y Barrio.....	348
Gráfico A5.1. Situación laboral de jóvenes de Casavalle que trabajan, según sexo y tramo de edad	349
Gráfico A5.2. Situación laboral de jóvenes del Cerro que trabajan, según sexo y tramo de edad..	349
Cuadro A5.2. Ubicación residencial de los jóvenes en cada barrio. Tipo, Nombre y características de la zona.....	350
Cuadro A5.3. Trayectorias educativas de jóvenes de Casavalle, por <i>Tipo</i>	355
Cuadro A5.4. Trayectorias educativas de jóvenes del Cerro, por <i>Tipo</i>	356
Cuadro A6.1. Posición del entrevistado entre sus hermanos, cantidad de hermanos y de combinaciones de madre y padre, edades, por <i>Tipo</i> (Casavalle)	357
Cuadro A6.2. Posición del entrevistado entre sus hermanos, cantidad de hermanos y de combinaciones de madre y padre, edades, por <i>Tipo</i> (El Cerro).....	359

Capítulo 1. Introducción

1.1 Fundamentación. De la pertinencia de la investigación

1.1.1. Planteo del problema y objetivo de investigación

Uruguay se distinguió, durante el siglo veinte, por sus bajos niveles de pobreza y de desigualdad social. Montevideo, su ciudad capital, que concentra más de la mitad de la población del país, era considerada por los especialistas en urbanización como un caso ejemplar de “mezcla social”. A diferencia de muchas ciudades de Latinoamérica, se constataba una distribución relativamente heterogénea de personas de distintos estratos sociales en el territorio (Portes, 1990; Kaztman, 1997). En particular, durante el período de predominio del modelo de sustitución de importaciones (1930-1960), la ciudad se caracterizó por un régimen de bienestar con prestaciones universales. Lo cual favorecía la posibilidad de los sectores populares de compartir con otros grupos sociales el uso de una amplia gama de servicios, experiencias y problemas. Ello alimentaba un sentimiento de integración plena además de expectativas de movilidad social ascendente.¹

Como señalaran Kaztman y Retamoso (2005: 138): “Gran parte de la integración social predominante históricamente en Uruguay se basó en la naturaleza del llamado Modelo de Sustitución de Importaciones, fruto de una alianza, que abarcaba aproximadamente un 80% de la población y que se apoyaba en un triángulo

¹ Esta idea de “sociedad de avanzada”, “modernizante” que favoreció la alta integración social se habría gestado a comienzos del pasado siglo. Como indica Marchesi (2005), aquella noción de “excepcionalidad uruguaya” como una sociedad “modernizante” tiene posiblemente en la primera presidencia de José Batlle y Ordóñez, el primer batllismo (1903-1919), su mejor ejemplo, periodo en el que se promulgaron leyes que supusieron grandes avances para la ciudadanía social (Ley de ocho horas, Ley de divorcio, Ley de nacionalización de la banca, entre otras).

antishumpeteriano entre el Estado, la burguesía industrial protegida y sus trabajadores.”² Y aunque el Estado social se seguía ampliando “sin base” (Filgueira, 1986) y el aparato productivo daba señales de agotamiento, distintos actores –partidos políticos, organizaciones sindicales y empresariales, entre otros- seguían reproduciendo aquel discurso de una sociedad de “cercanías”, en donde la integración social alta era uno de sus rasgos distintivos. Desde la sociología nacional esta representación tuvo su exponente principal en la obra de Germán Rama y su noción de “sociedad hiperintegrada” (Rama, 1987) jactándose, no sin cierto orgullo, de ese “caso particular ejemplarizante” con el que los uruguayos habíamos ido tejiendo nuestro carácter identitario.

Más allá de la existencia de mitos en dichas percepciones, estos funcionaron como elemento de integración social y de refuerzo de la identidad nacional. El sentimiento de pertenencia a la comunidad nacional se tejía sobre la base de un Estado social protector que, tempranamente desarrollado, regulaba junto con los sindicatos, las relaciones entre capital y trabajo en el marco de una industria protegida en el modelo de industrialización sustitutiva de importaciones.

Los uruguayos nos representábamos a nosotros mismos como un país de clases medias, donde las distancias sociales eran amortiguadas por la cercanía social y física.³ Representación basada en los bajos niveles de pobreza y de desigualdad, así como en la

² En Uruguay, la cobertura poblacional incorporada en ese triángulo de protecciones ciudadanas fue mucho más generalizada que en el conjunto latinoamericano. A modo de ejemplo, en Brasil se incorporó aproximadamente a la mitad de la población, en tanto que en El Salvador no llegó a incorporarse al 20% de la población. (Kaztman y otros, 2004).

³ Aunque probablemente con menor intensidad, esta representación sigue teniendo vigencia. De acuerdo a los resultados de la Encuesta de Percepción de Exclusión y Discriminación Social (en adelante, EPESyD) el 49.7% de los montevideanos se auto-ubica como perteneciente a la clase *media*, el 33.0% como perteneciente a la clase *media baja*, el 13.0 a la clase *baja*; únicamente un 4.0% se auto-ubica en la pertenencia a la clase *media alta* o *alta*. Estas percepciones varían conforme observamos el nivel socio-económico de la zona de residencia. Mediante la aplicación de un modelo de regresión logística, encontramos que cuando el nivel socio-económico de la zona de residencia es “bajo” las probabilidades de auto-ubicarse en la clase social *media* se ven fuertemente reducidas, más aún cuando el hogar pertenece al primer quintil de ingresos (Espíndola, 2009a). Ello resulta relevante, entre otras cosas, porque en estos contextos, la percepción de vivir en una sociedad que ofrece oportunidades de desarrollo e integración social se ve reducida, al tiempo que se reducen las expectativas de mejora de la condición propia. Un 42.0% de los montevideanos consultados responde que ha tenido *pocas o ninguna posibilidad de integrarse socialmente*, porcentaje que crece cuanto menor es el nivel socio-económico de la zona de residencia: ; en la zona de residencia de nivel socio-económico *bajo* alcanza a 54.4%. El guarismo se incrementa de manera significativa entre quienes, residentes en las zonas de nivel socio-económico *bajo*, se auto-perciben como pertenecientes a la *clase social baja*: un 72.5% considera que sus *posibilidades de integrarse socialmente de acuerdo a sus expectativas* han sido *pocas o ninguna*, y un 35.9%, que *nunca* alcanzará el *nivel de vida deseado*.

presencia de un estado benefactor desarrollado, de amplia cobertura en prestaciones de carácter universal. Lo que permitió al conjunto de los individuos, con independencia de su posición en la estructura socio-ocupacional, el acceso a un conjunto de instituciones y prestaciones sociales. Aunque ello pueda corresponder a una visión autocomplaciente o no del desarrollo histórico-social de los uruguayos, sin duda ha sido ésta la representación que ha predominado.

Con la reapertura democrática (1985) se verifica un fenómeno de invasiones de tierras de pobladores empobrecidos (Álvarez Rivadulla, 2009) que, junto a los pobres “tradicionales” (Kaztman, 2001) instalan en la ciudadanía la evidencia de que aquel país evocado había quedado atrás. Así, surge con fuerza la problemática de las dificultades de integración social de los habitantes de cantegriles*⁴ y “asentamientos irregulares”, lugares concebidos desde una mirada externa, como entornos homogéneamente pobres. Se trata de barrios que detentan niveles de pobreza visiblemente más altos que la media montevideana, en donde la media de edad es más joven que en el resto de la ciudad y sus pobladores tienen menores oportunidades de acceso al empleo formal, menor cantidad de espacios de esparcimiento público y acceso a servicios de calidad (Kaztman, 1999, Gallo y Bercovich, 2004 entre otros).

En este marco se ha planteado que el efecto de segregación tiende a disminuir la capacidad de integración social, particularmente entre quienes han nacido y crecido en barrios de tales características (Kaztman, 1997 y 2001). Consideramos pertinente un desarrollo investigativo que atienda a los cambios que desde 1985 se vienen registrando en la morfología social montevideana. En este sentido, varios estudios han señalado un incremento de la segregación residencial en la ciudad (Kaztman, 1999 y 2006; Macadar y otros, 2002; Cervini y Gallo, 2001). Esto es, hace por lo menos dos décadas se viene produciendo un aumento de la homogeneidad interna de cada barrio y una creciente heterogeneidad inter-barrios. En este escenario, el interés de la investigación reside en conocer las experiencias biográficas de aquellos jóvenes que, nacidos entre fines de los setenta y mediados de los noventa, vivieron su niñez y adolescencia en un periodo de gran deterioro de la matriz social montevideana. Interesa pues conocer si efectivamente tiene

⁴ Los términos o expresiones señaladas con asterisco (*) se encuentran explicadas en el *Glosario... (Anexo 2)*.

lugar un proceso de desintegración social desde los ámbitos de relegación social, esto es, contextos barriales con fuerte concentración de desventajas sociales, y cómo acontece el proceso de integración-desafiliación.

El **objetivo general** de la presente investigación supone esclarecer el vínculo entre los procesos de segregación urbana creciente y de integración-desafiliación social en la ciudad de Montevideo. Habida cuenta de la creciente segregación residencial en Montevideo, el estudio pone el acento sobre las diferencias territoriales en las que se manifiestan las desigualdades sociales, así como en las formas en que se acumulan las desventajas. Desde esta perspectiva buscamos conocer hasta qué punto -alcance-, y con qué intensidad -grado- existe una “fractura social” que se verifica diferencialmente en las construcciones biográficas de jóvenes residentes en barrios pobres segregados en el Montevideo actual, en qué planos se expresa y cuáles son sus manifestaciones.

Dado que es a partir de la década de 1990 cuando se registra un aumento de la segregación residencial, con creciente concentración de pobres en espacios homogéneos, resulta pertinente focalizar el estudio en los jóvenes, en el interés de conocer si entre ellos, haber nacido y crecido en esos contextos supone la elaboración de un nuevo imaginario que plantea una ruptura con las claves de integración social tradicionales, particularmente con la idea de integración vía el logro educativo, el trabajo (concebido como *empleo* seguro, estable), y el derecho al ejercicio ciudadano favorecido por un Estado social con fuerte desarrollo de prestaciones de carácter universal.

El *sentido* de “fractura social” queda delimitado en el enfoque de Robert Castel (1997a) de la “desafiliación social” y hace referencia, a un conjunto de actores sociales, en nuestro caso, jóvenes residentes en barrios segregados desprovistos de una identidad asociada al trabajo, que ya no transitan en su socialización por donde sí lo hacen otros jóvenes (*clase de referencia*) quedando su *significado* definido en términos de distancia respecto de los parámetros que aseguraban integración social.⁵ Estos jóvenes tienen otra forma de relacionamiento con la escuela, el trabajo, y el espacio barrial habitado. Y tiene también su expresión en el plano simbólico. Así, la “fractura social” se observaría en las experiencias biográficas de jóvenes residentes en el contexto segregado con características

⁵ Que en términos de Kaztman (2001), se llamó “pobreza integrada”.

específicas. Se la concibe como resultado del debilitamiento o la ruptura de los lazos que definen y mantienen la condición de pertenencia en una sociedad. Se trata pues de la manifestación última de un problema relacional por la que la ruptura del *lazo social* se expresa a la vez en el plano material y simbólico. Se conjugaría aquí el quiebre con instituciones promotoras de socialización (la educación, la familia, el trabajo, el Estado). Ahora bien, es importante distinguir en la conceptualización de la “fractura social”, el debilitamiento o la ruptura de los lazos con la estructura, del debilitamiento o la ruptura de los lazos entre los individuos, lo que supone prestar atención a los lazos micro-sociales, y particularmente al relacionamiento entre pares.

En una situación extrema, se verifica la persistencia de segmentos poblacionales con importantes privaciones materiales. A su vez, la capacidad de relación de los sujetos con las instituciones que garantizaban rutas de integración social se ve obturada (particularmente la educación y el trabajo), cuestionado el sentido de pertenencia a una comunidad nacional, alentada la formación de nuevos valores que suponen quiebres con los imaginarios clásicos, habilitada la posibilidad de emergencia de una nueva normatividad que cuestiona lo legal como fuente de legitimidad. Se entiende por tanto, como resultado final de un proceso en el que se van introduciendo fisuras en la relación individuo-sociedad, en el que el desarrollo personal de los individuos va experimentando procesos de degradación o de transformación respecto del orden anterior.

Lo que se postula como “fractura social” supone un proceso diferenciado, con gradaciones, amplitudes y profundidades diversas. Se trata de este modo, de una posibilidad en la que la debilidad de los lazos puede manifestarse en una o varias esferas a la vez, existiendo distintas combinaciones y niveles posibles. En este sentido, la debilidad de los lazos en ciertos ámbitos no necesariamente conduciría a una “fractura”, siendo esta última, una expresión extrema de aquella, en la que ni las experiencias biográficas de los sujetos, ni sus expectativas de futuro, dan cuenta de la posibilidad de recomposición de los lazos sociales, sino que más bien expresan rupturas respecto de los eventuales soportes de integración social.⁶

⁶ Utilizando un recurso analógico, se señala que: “Como si se tratara de un proceso de descalcificación de la estructura ósea, los huesos pueden ir perdiendo firmeza y estabilidad, pero múltiples filamentos óseos pueden mantenerlo aún en pie; si la descalcificación se expande o se asocia con algún episodio traumático, esto puede conducir a la fractura.”(Saraví, 2007: 28)

Es importante enfatizar que la “fractura social” sería el resultado último del proceso de desafiliación. En ese sentido, resulta central abordar cómo los jóvenes van construyendo sus lazos con otros (pares, adultos referentes, instituciones), pudiendo desencadenar en una fractura pero existiendo también la posibilidad de desmontar las condiciones de privación de las que son objeto. Ello supone atender a las diversas situaciones posibles, y precisar cuándo la debilidad de los lazos daría lugar a una “fractura social”. Y por lo tanto, establecer qué es lo que tiene que reunirse para que dicha fractura se presente. En ese sentido, se estaría ante:

1. Jóvenes que rompieron radicalmente con el sistema educativo. No aceptan a la institución de la educación como una institución de socialización y/o de aprendizaje de comportamientos, ni como un espacio para el desarrollo de capacidades. Se han desvinculado del sistema educativo, y tampoco buscan capacitarse en oficios en el barrio, o en otras instituciones de capacitación.
2. Jóvenes que manifiestan una ruptura con el mercado laboral. No buscan ni aspiran a tener empleos de calidad, pero tampoco a desarrollar trabajos precarios. Se trata de sujetos que renuncian a tener una vida laboral activa y que tratan de conseguir ingresos por otras vías. No hay expectativa de insertarse en el mercado laboral.
3. Jóvenes que han establecido una ruptura con la institucionalidad legal. No reconocen legitimidad a la autoridad, a las instituciones ni a las normas legales, para organizar su vida.
4. Jóvenes que tienen un universo simbólico en el que no se reconocen a sí mismos como ciudadanos. No valoran la importancia de las instituciones políticas. No se sienten reflejados, ni convocados por esos discursos. Desacreditan todas las posibilidades de participar en la sociedad a partir de la política.

Ahora bien, es dable pensar en la existencia de distintas combinaciones de estos elementos, y por otra parte, en la ausencia de todos estos elementos entre algunos jóvenes que han nacido y vivido en contextos de fuerte privación. Por lo que resulta aún más interesante la investigación, apuntando a la búsqueda de elementos comunes y diferentes que pudieran ser identificados. En ese sentido, sería relevante responder a preguntas del tipo: ¿qué hace que individuos que tienen muchos rasgos en común, tomen algunos una ruta

y otros, otra?; ¿cuáles son las consecuencias que tiene la desafiliación social?; ¿cuándo eso se traduce en “fractura” y cuándo se verifica una re-constitución de lazos? Así, la “fractura social” se postula como hipótesis alternativa de la integración social. Pero ello no quiere decir ignorar la posibilidad de hallar distintos tipos de trayectorias.

Nuestros **objetivos específicos** se plantean como sigue:

1. Analizar si en el desarrollo de las experiencias biográficas -particularmente de jóvenes residentes en barrios con alto índice de segregación residencial- se evidencian muestras de una “fractura social”.
2. Contrastar las experiencias biográficas de jóvenes que viven en contextos fuertemente segregados con aquellas de jóvenes residentes en barrios populares no segregados y a partir de ello, precisar las manifestaciones diferenciales de la “fractura social”.
3. Reconstruir trayectorias educativas, laborales y barriales de los jóvenes de manera de identificar cuáles trayectorias tipo expresan una “fractura social”.
4. Examinar cómo se construye el sentido de pertenencia -comunitario y nacional- de los jóvenes, observando si se producen variaciones en relación a las identidades clásicas (educación, trabajo y familia) y las expectativas de futuro.
5. Identificar en qué grados y en qué ámbitos los jóvenes se consideran parte de la sociedad uruguaya y cuáles son los límites de su integración en el plano simbólico, lo que supone profundizar en su sentido de pertenencia a la comunidad nacional.
6. Identificar en qué grados las expectativas de futuro de los jóvenes se adaptan “a la baja”, o si más bien ocurre que la expectativa de movilidad social ascendente se mantiene a pesar de las dificultades que caracterizan su situación “objetiva”.
7. Analizar en qué medida se acepta la normatividad existente con respecto a las estrategias legítimas de integración social y si se generan nuevos tipos de normatividad. Precisar si hay una tendencia a aceptar la normatividad existente o si más bien se la cuestiona y confronta.

La **pregunta** que motiva la investigación concierne a los efectos que la segregación residencial pudiera tener en el proceso de integración-desafiliación social de jóvenes residentes en contextos barriales desigualmente posicionados en el espacio urbano de Montevideo, Uruguay. Así, nos preguntamos:

- ¿En qué medida habitar en contextos urbanos segregados da lugar a una “fractura social”? ¿En qué dimensiones y con qué intensidad se expresa dicha fractura? ¿Puede identificarse algún tipo de trayectorias biográficas más propensas a desencadenar procesos de “fractura social”? ¿Existe en efecto, en estos contextos, una “fractura” que abarca todos los dominios de la vida?
- ¿Cómo estos jóvenes buscan promover su integración con el resto de la sociedad? ¿En qué medida estos jóvenes logran reconstituir sus vínculos con la sociedad en el plano simbólico? ¿Acontece además una “fractura” en el plano cultural o es este un reducto de identificación con jóvenes pertenecientes a otros contextos sociales?
- ¿Cuáles son los referentes culturales y materiales en torno a los que se reestructuran? ¿Sus comportamientos evidencian una distancia social de ellos respecto de la sociedad? ¿Se rigen bajo valores contestatarios?

Habida cuenta del efecto de segregación, cabe preguntarse si los jóvenes que habitan en espacios segregados perciben una “fractura”. Siendo que no han experimentado otras formas de sociabilidad distintas a las que tienen lugar en su contexto de residencia, ¿perciben un distanciamiento de sus modos de vida y sus expectativas de futuro respecto a las experiencias de jóvenes residentes en contextos no segregados?

1.1.2. De la relevancia de la problemática en el contexto socio-histórico uruguayo

Las narrativas de Nación de comienzos del siglo XX enmarcaron al proyecto civilizatorio del Uruguay de forma distintiva. La nación se inscribía como civilizada, laica, racionalista, cosmopolita, urbanista, industrialista. El Uruguay “batllista” (1903-1958) abona la idea de una “mentalidad uruguaya” que antepone el consenso al conflicto, lo que se constituye como privilegio. Bajo esta premisa la matriz socio-cultural uruguaya se estructura sobre la base de la exaltación del *legalismo*, esto es, el respeto irrestricto a su “legislación de avanzada”. En el imaginario “mesocrático batllista” el país se presenta como un espacio en el cual lo público aparece privilegiado frente a lo privado, el Estado es percibido

como el gran benefactor, anticipador de las demandas y donde las distancias sociales se diluyen en tanto “cercanías” y “medianías”⁷ (Perelli y Rial, 1985; Caetano y Rilla, 2005).

Con la crisis económica que comienza a mediados de 1950, el giro desarrollista de carácter liberal que se empieza a gestar hacia 1970 y la destrucción definitiva del viejo modelo de desarrollo que se consolida a inicios de la década de 1990, se modifica de forma radical la geografía urbana, la morfología laboral y las formas y magnitudes de integración y desintegración social del Uruguay en su conjunto, y particularmente de su ciudad capital. (Kaztman et al, 2004:3)

El proceso político de la segunda mitad del siglo veinte evidencia los signos de deterioro societal. Desde el segundo lustro de los años sesenta, la aparición de la izquierda, la guerrilla, y más contundentemente, el proceso dictatorial que vivió el país entre 1973 y 1985 dejaron en claro que, al menos a nivel político, aquella sociedad basada en amplios consensos había dejado de funcionar por completo. Una serie de decisiones gubernamentales afectaron de manera importante la calidad de vida de los uruguayos, en particular, el congelamiento de los salarios; se asiste a un periodo de fuerte movilización obrera y estudiantil, y a la unificación de las fuerzas políticas de izquierda en un Frente Amplio común. Como señala Dutrénit (2007: 238): “Uruguay, que había transitado buena parte del siglo XX acunando el imaginario de la *democracia perfecta*, la *Suiza de América*, exhibió claramente su derrumbe a partir de 1968. Una creciente movilización social por el rechazo a las decisiones gubernamentales estuvo acompañada de una sistemática represión. Como saldo de la confrontación quedaron los primeros muertos estudiantiles, cientos de

⁷ Estas expresiones constituyen metáforas cuyos referentes empíricos resultaron indiscutidos en los medios académicos locales hasta fines del pasado siglo. El hecho de ser un país pequeño, escasamente poblado y con niveles de desigualdad social comparativamente menores en el contexto latinoamericano parecen haber contribuido a recrear ese imaginario de ser una sociedad sin grandes distancias, culta, educada, en donde no existirían etnias ni personas que se desvíen en gran medida del “uruguayo medio”. Imagen autocomplaciente que fue meticulosamente transmitida por ejemplo, desde los libros de texto escolares, en los que se basara la educación formal de numerosas generaciones de uruguayos contribuyeron sin duda, a asentar esa idea de “excepción”: la del *pequeño país tapón entre dos gigantes con características singulares que nos asemejan más a Europa que a nuestra región*, sin diferencias sociales importantes, en donde todos nos conocemos y negociamos nuestras diferencias en forma pacífica, en donde los conflictos se presentan “amortiguados” y saldables por vías pacíficas y civilizadas favorecidas por un culto a la “medianía” en distintos sentidos confluyentes: como importancia asignada a parecerse a todos, a no diferenciarse demasiado de los otros, como búsqueda del término medio; medianía también como proximidad física y social, esto es, una “cercanía” que no habilitaría ni requeriría de conflictos importantes. Para una interesante discusión acerca de los límites de la “excepcionalidad” uruguaya y su carácter de “sociedad amortiguadora” de conflictos sociales, puede consultarse Marchesi (2005).

detenidos...”. Siguiendo a esta autora, el desplome del imaginario, que corresponde al agotamiento del modelo, se consolidó con la intervención de las Fuerzas Armadas en el combate a la guerrilla y a los movimientos sociales y políticos. “El golpe de Estado, auto golpe más exactamente, dado por el presidente constitucional Juan María Bordaberry, acompañado de las Fuerzas Armadas, el 27 de junio de 1973, marca el fin del largo proceso de autoritarismo constitucional y da inicio a una declarada dictadura.”(Ibid: 239).

La sociedad uruguaya se había transformado en una *sociedad políticamente fracturada*. La forma en que los partidos tradicionales, que históricamente habían “balanceado” el sistema bi-partidista de alternancia en el gobierno nacional, enfrentaron la “amenaza” de un gobierno de la izquierda, así lo demuestra. La sustitución del modelo de coparticipación inter-partidaria, que fue clave del modelo de integración política durante el siglo veinte, llegó a su fin con el agotamiento del sistema bi-partidista y cuando uno de los tres grandes partidos fue de izquierda (Moreira, 2004)⁸ En cierta medida, el periodo dictatorial hizo que todo fuera excepcional. Y así, si bien en el ámbito social también fue durante los años sesenta del pasado siglo cuando se asistió al agotamiento del modelo de integración social, la percepción acerca de dicho fenómeno demoró en instalarse en el ánimo colectivo. Además, la escasez de información imperaba, siendo muy incipiente el desarrollo de los sistemas estadísticos. Se contaba con pocos datos.

La reapertura democrática trajo consigo el impulso de la restauración de aquella “lámpara empañada” (Real de Azúa, 1964). En permanente tensión durante los últimos casi treinta años por restaurar aquel país -imaginario y real-, se alcanza en el 2002 el punto más alto en el deterioro económico y social de nuestra historia. Aquella idea de sociedad en donde predominan el consenso y las cercanías parece haber quedado definitivamente atrás. Recuperada la democracia y culminado el primer periodo de gobierno (1985-1989) cada vez se fue haciendo más visible que la pobreza, la vulnerabilidad, la desigualdad y la violencia, se habían instalado (Moreira, 2004).

⁸ Apenas iniciada la transición democrática se instaló un gobierno de coalición entre los dos partidos tradicionales (el Partido Colorado y el Partido Nacional) que operaron como bloque contra “el tercero excluido” (el Frente Amplio): “...y así sigue siendo, sólo que ahora tenemos al gobierno de uno solo (el Frente Amplio). Esta transformación en cámara lenta del modelo de integración política comenzó en los sesenta y se consolidó a la salida de la dictadura. Fue la confirmación de que la batalla por el consenso estaba perdida.” (Moreira 2004: 14).

En la actualidad, abundan evidencias que señalan que en el Uruguay de las últimas décadas se han ampliado las brechas de oportunidades que los uruguayos disponen, dependiendo del estrato socio-económico al que pertenecen. Entre los principales factores que inciden en el acceso al bienestar y su alcance entre los más jóvenes, se señalan las crecientes dificultades de acceso a un trabajo de calidad. Desde 1970, el país ha vivido transformaciones económicas de envergadura, que fueron profundizadas en los '90 y se expresaron en cambios en la estructura productiva y una demanda laboral de fuerza de trabajo con mayores calificaciones, con consiguientes aumentos en las brechas salariales entre las ocupaciones de mayor y menor calificación. Junto a este crecimiento de la demanda de trabajo calificada y con mayores niveles relativos de remuneración, ha continuado una tendencia a la emigración, particularmente de los adultos jóvenes con mayores calificaciones (Pellegrino y Vigorito, 2005). Esta aparente contradicción ha sido explicada por la globalización de la economía, que abre la expectativa de obtener remuneraciones más altas en mercados de países con mayores niveles de desarrollo, y que al mismo tiempo permite la consecución de los estudios de nivel superior (De Armas, 2008).

En efecto, desde la década de los sesenta del siglo veinte, la emigración se convierte en un fenómeno estructural en el Uruguay. Y la crisis de 2002 agudiza dicho fenómeno, imprimiéndole un marcado sesgo por edad y calificaciones. La propensión migratoria es elevada en amplios grupos de población, pero el análisis de la migración reciente pone de manifiesto que el proyecto emigratorio es una estrategia de supervivencia económica cuya concreción tiene lugar fundamentalmente entre los jóvenes de niveles educativos medios y altos. (Pellegrino y Vigorito, 2005).⁹

Respecto de las transformaciones principales en el mercado de trabajo, puede decirse que, frente a la ofensiva privatizadora de la década de 1990, Uruguay logró mantener su aparato estatal prácticamente intacto. Pero aunque el embate neoliberal no llegó a ser hegemónico en Uruguay, el liberalismo económico y su fuerte prédica anti-estatista dejaron una huella persistente. El porcentaje de trabajadores en el sector público

⁹ Las autoras señalan que, para 2004, los uruguayos residentes en el exterior se estiman en 440.000 personas, ubicando al Uruguay entre los países latinoamericanos con mayor proporción de emigrantes (aproximadamente el 14%).

cayó prácticamente a la mitad en 30 años. Mientras en 1970, el 27.7% de la población económicamente activa (PEA) era empleada pública, en 1999 este porcentaje había bajado a casi la mitad (15.6%), con la consiguiente reducción de los puestos de trabajo protegido y estable (Kaztman y otros, 2004). Aunque a un ritmo más lento, el porcentaje de empleados públicos ha seguido decreciendo, representando en el año 2011 un 12% de la PEA. (Instituto Nacional de Estadística: INE, 2013)

Por otra parte, entre 1970 y 2000 las mujeres duplicaron sus tasas de actividad –que pasaron de 27.5% al 52.5%. Este proceso tuvo lugar sin un dinamismo concomitante en la generación de empleo, por lo que se elevaron las tasas de desempleo globales, contribuyendo a la erosión de las condiciones laborales e impulsando a la baja los salarios (Kaztman y otros, 2004).

Otro factor importante como trasfondo de las transformaciones operadas en el mercado de trabajo se vincula a los cambios en la estructura y en la inserción internacional en la economía, que incrementaron las exigencias competitivas de las empresas, produciéndose el cierre de algunas, y en general, la reestructuración de los patrones de empleo: entre 1970 y 1990 se asiste a una caída del empleo industrial, que pasa de ocupar al 32.3% de la PEA al 24.0%. En la siguiente década, con la apertura comercial del Mercosur sumada al atraso cambiario, llegó en el 2002 al 15.9%. Para el año 2011 dicho guarismo había descendido al 13.8% de la PEA (INE, 2013).

Hacia mediados de la década de los noventa resulta notorio el aumento de la desigualdad en el mercado de trabajo (Vigorito, 1997). Posteriormente, se constata no sólo que la desigualdad había continuado creciendo, sino además que aceleraba su incremento (Pellegrino y Vigorito, 2005). Este proceso se interpreta comúnmente como resultante del aumento de las remuneraciones de la fuerza laboral más calificada. Si a esto le agregamos que las tasas de desempleo treparon del 9% en 1992 al 17% en una década y que éstas descienden con el aumento del nivel de calificaciones de los trabajadores, podemos afirmar que la crisis impactó más duramente entre los trabajadores con menores calificaciones. Esta situación del mercado de trabajo tuvo consecuencias de envergadura en el bienestar de los hogares (Pellegrino y Vigorito, 2005), máxime si se considera que la evolución creciente de la pobreza no es característica distintiva de la crisis. Aún en el contexto de expansión

económica registrado entre 1994 y 1998 -periodo signado por las reformas liberales-, la pobreza muestra una tendencia creciente.¹⁰

En la década de 1990, la configuración urbana de la capital del país - Montevideo-, había cambiado sustancialmente. Para el último período intercensal (1996-2004), se observa la consolidación del proceso de conurbanización signada por la asimetría territorial, que configura “barrios expulsores” y “barrios receptores” de población (Kaztman y Retamoso, 2006a). Estos últimos se caracterizan por tener mayores proporciones de niños y adolescentes, mayor presencia de hogares pobres, de viviendas ubicadas en asentamientos irregulares y de personas que, siendo económicamente activas, detentan bajas calificaciones. A su vez, sigue en aumento la heterogeneidad en la composición social entre distintas zonas de la ciudad y la homogeneidad al interior de espacio barrial. Como señalan Kaztman y Retamoso (2006a: 3): “Las ciudades pueden sufrir transformaciones significativas en la composición social de sus barrios por muchas razones: por movilidad social, movimientos migratorios o por crecimiento vegetativo diferencial de los estratos que los componen. A diferencia de otras ciudades de América Latina (y de otros períodos de la historia misma de la ciudad), los factores más importantes en los cambios recientes en la segregación espacial de Montevideo no resultan de procesos de movilidad social ascendente, sino más bien de desplazamientos masivos de hogares pobres hacia zonas periféricas de la ciudad y al crecimiento vegetativo de los mismos hogares.”

Portes y Roberts (2004) han señalado que a principios del milenio, en Latinoamérica siguen aumentando los niveles de desigualdad. Y que pese a la “tradicción igualitaria” de la sociedad uruguaya, nuestro país no constituye excepción en este proceso sino más bien ocurre todo lo contrario: el cambio del modelo de sustitución de importaciones por uno que, inspirado en la economía ortodoxa, instauró el libre mercado, trajo como correlato un aumento de la desigualdad social en las urbes de América Latina. Es así que también en Uruguay se experimenta “una contramarcha hacia una mayor desigualdad de clases.” (Portes y Roberts, 2004: 91). A este respecto, es importante señalar que la tendencia indicada se revierte precisamente a partir del año 2004. Son ya varios los estudios que

¹⁰ Al respecto, señala Arim (2008: 72): “La crisis agudiza, por lo tanto, una tendencia ya presente en el último lustro de la década de los noventa, aun en un contexto de crecimiento económico.” En esta investigación constata la incidencia del nivel socioeconómico de la zona de residencia en las diferencias de la calidad de los empleos a los que los montevideanos acceden.

indican un descenso leve pero sostenido, de la desigualdad medida por el Índice de Gini (Instituto de Economía, 2009 y más recientemente, INE, 2012).

En lo que a la evolución de la pobreza concierne, existe consenso en la periodización (De Armas, 2005; Amarante y Vigoritto 2007), de manera de identificar desde la reapertura democrática las siguientes etapas:

- ✓ entre 1985 y 1994 se produce un descenso pronunciado, pasando del 46.2 al 15.3%;
- ✓ el segundo período va desde los años 1994 a 1999, en donde los guarismos permanecen casi incambiables, registrando no obstante, un leve aumento;
- ✓ la recesión económica iniciada en 1998 y la posterior crisis económica del año 2002 hacen a los analistas confluir en la existencia de otro período a partir del año 2000, signado por un incremento significativo de los niveles de pobreza hasta el año 2004;¹¹
- ✓ a partir del 2005 los niveles comienzan a disminuir. Para el año 2006, tenemos que el 25.2% de la población se halla en situación de pobreza (Amarante y Vigorito 2007). Desde entonces, el porcentaje de personas bajo la línea de pobreza ha seguido disminuyendo, aunque aún es más alto que en el 2001, que alcanzaba al 18.4%. (Amarante y Vigorito 2007) Las estimaciones oficiales indican que, para el año 2008, un 25.1% de los montevideanos son pobres, guarismo que continúa en descenso: dos años después, representaba el 21.6% (INE 2012: 24)

Las posibilidades de interacción en el barrio entre personas de diferente condición socio-económica es una condición central en la generación de relaciones de confianza, reciprocidad y solidaridad que la bibliografía especializada hace énfasis como explicación de aquella sociedad de cercanías que conformara la matriz identitaria uruguaya. Pero hace por lo menos una década se viene observando que en Montevideo “...una de las expresiones más notorias de la reducción de los ámbitos de interacción informales entre distintos estratos socioeconómicos es la progresiva polarización en la composición social de los vecindarios.” (Kaztman, 2001). Aunque la imbricación causal no es determinista, puede decirse que la segregación residencial favorece procesos de acumulación de desventajas con “riesgo de fractura social” (Saraví, 2006). En este sentido, es un planteo

¹¹ Más precisamente, es en el cuarto trimestre del 2003 en donde los niveles de pobreza llegan al máximo: 33.4%. (INE, 2004: 8) Genéricamente se concibe el 2004 como año de inflexión.

común entre los especialistas en estos temas que hemos venido referenciando, que no hay una traducción ineludible de la segregación residencial a la desafiliación social, pero lo que sí es diferencial son los efectos de la socialización en espacios homogéneos, que refuerzan la segregación y tienden a la exclusión.

Contra lo que se preconizaba como “aislamiento social” (Kaztman, 2001; González de la Rocha, 2005) en términos de la concreción de un proceso de desafiliación llevado hasta sus límites, la evidencia empírica (Álvarez-Rivadulla 2000 y 2009; Espíndola, 2007) sugiere la existencia de una multiplicidad de “lazos sociales” que *resisten*: se vinculan vecinos para gestionar la red de saneamiento en el barrio, se organizan en grupos para demandar ante el municipio la falta de un servicio de transporte. Múltiples ejemplos dan cuenta que, al contrario de la inacción que proponen ciertas miradas, individuos y grupos, aunque no todos de la misma manera ni con la misma fuerza, luchan por revertir sus condiciones de desintegración. Los *cuándo*, los *cómo*, y los *por qué*, tanto afirmativos como negativos, deberían ser susceptibles de abordaje mediante un modelo analítico de integración social lo suficientemente abierto a ver más allá del “lazo” imaginado como válido desde el punto de vista propio.

Es así que se construyen “imaginarios” que tienden a ver en los jóvenes residentes de contextos barriales segregados, un problema que puede sintetizarse como déficit de integración, de socialización, de interés por la participación ciudadana. “Imaginarios” que claramente “invisibilizan las verdaderas dimensiones de su potencial y de su condición identitaria.” (Alvarado, 2007:237). Resulta pues *pertinente* abordar nuestro objeto desde un lugar abierto a captar otras lógicas y formas de experimentar la trayectoria biográfica que trasciendan una mirada normativa, y permitan una apertura a la comprensión de las circunstancias y sentidos que los jóvenes construyen desde sus lugares o espacios sociales.

1.2. Diseño y estrategia metodológica

La lógica de investigación supuso el análisis comparado de dos escenarios barriales cuya selección respondió al objetivo de analizar las formas en que los jóvenes habitan y significan sus experiencias biográficas, en un contraste entre jóvenes residentes en enclaves de pobreza estructural en Montevideo y jóvenes residentes en contextos populares más heterogéneos en su composición socio-económica. Así, para la selección de los barrios tuvimos en cuenta principalmente el grado de segregación residencial -a escala barrial-, tomando en consideración una perspectiva histórica de la constitución social de cada barrio.

Habida cuenta que se trata de observar en qué medida el contexto habitado tiene efecto en las trayectorias biográficas de los jóvenes, los criterios de selección de cada barrio respondieron a la pertinencia de seleccionar los casos como sigue:

- 1) un contexto caracterizado en términos estadísticos y político-administrativos, como “homogéneamente pobre”, segregado y estigmatizado como “lugar peligroso”. Buscamos seleccionar un contexto en el que sus habitantes detentaran un efecto de privación prolongada, de más de dos generaciones previas.; y
- 2) un contexto popular con mayor grado de heterogeneidad socio-económica de su población, con menor grado de segregación y estigmatización social. Por otra parte, procuramos seleccionar un barrio que hubiera tenido una presencia importante de obreros vinculados a la industria: esto es, un barrio popular empobrecido especialmente por el declive de las fuentes de trabajo en el sector industrial.

La idea que subyace al diseño supone que en contextos populares heterogéneos y con mayor tradición de trabajo no precario, se genera una ruptura menor con el imaginario social vinculado al logro educativo y al desempeño laboral que en contextos pobres homogéneos. A su vez, en estos últimos, se espera hallar un mayor debilitamiento del sentido de pertenencia a la comunidad nacional, particularmente expresado en una menor valoración de la igualdad de trato que hay en el país, en sentimientos y vivencias de discriminación más exacerbados, en una participación menos efectiva en ámbitos comunitarios tendientes a la modificación de su situación, y en lazos de comunicación más segmentados respecto de jóvenes provenientes de otros contextos.

Tres son las **hipótesis** que orientaron esta investigación.

H1. La **segregación residencial** aumenta las posibilidades de “fractura social” entre los jóvenes. La trayectoria familiar en barrios pobres con mayor segregación genera distanciamientos y rupturas que fragmentan la integración social. Entre aquellos jóvenes que residen en comunidades en donde la interacción entre grupos sociales es mayor, la posibilidad de “fractura” se debilita.¹²

H2. La falta de trabajo y más genéricamente, las malas **condiciones laborales** de sus habitantes debilitan el desarrollo de experiencias orientadas a la búsqueda y el desempeño en actividades laborales por parte de los jóvenes como práctica cotidiana y como expectativa de futuro.

H3. El efecto del barrio en las experiencias biográficas de los jóvenes está mediado por **la familia de origen**.

- H3.1. Entre los jóvenes con lazos familiares fuertes y cuyos adultos referentes depositan expectativas en sus trayectorias educativas y/o laborales, el contexto barrial pierde importancia como marco de sociabilidad y de generación de valores. La transmisión de una imagen positiva por parte de la familia favorece una proyección de futuro optimista, y el desarrollo de expectativas de movilidad e integración social por la vía de la educación y la integración laboral.

- H3.2. Entre los jóvenes con lazos familiares débiles y pocas expectativas familiares depositadas en sus trayectorias, es más probable observar una desvalorización de la escuela, así como trayectorias más erráticas en sus inserciones educativas y laborales. Aquí el contexto barrial cobra mayor importancia, habilitándose el desarrollo de una nueva normatividad social, por la que los sujetos asumen como válidas y positivas prácticas socialmente deslegitimadas.

De acuerdo a los criterios especificados, seleccionamos los barrios de **Casavalle** y **El Cerro**, en donde desarrollamos el trabajo de campo entre los meses de julio de 2010 y enero de 2011. **Casavalle** es un contexto barrial caracterizado por una pobreza de larga data, cuyo poblamiento es principalmente fruto de la migración campo - ciudad hasta la década de 1960. Posteriormente, su población se vio acrecentada por sucesivos

¹² Las hipótesis aquí planteadas se desarrollan con énfasis en el contexto de mayor segregación, quedando el otro como contraste.

realojamientos de personas de bajos recursos además de la constitución de asentamientos irregulares y el crecimiento de éstos así como de los hogares que lo componen. Casavalle es el barrio montevideano peor posicionado respecto de los indicadores de pobreza, niveles educativos y de la homogeneidad de las condiciones de privación de sus habitantes (Kaztman, 1999; Gallo y Bercovich, 2004; Observatorio Montevideo de Inclusión Social, 2007 y 2010). Se buscó además, la selección de un barrio estigmatizado, caracterizado como “zona roja”, esto es, peligrosa. Además, se buscó una zona relativamente desprovista de servicios sociales, educativos, de esparcimiento y de comercios establecidos.

En el caso del **Cerro**, se trata de un barrio poblado por inmigrantes que llegaban en su mayoría desde Europa escapando de los conflictos bélicos y la situación de escasez. El barrio tiene una fuerte identidad vinculada tradicionalmente a la industria -saladeril y posteriormente, frigorífica-, en el que luego del desmantelamiento de la actividad industrial que le caracterizaba, se han reabierto recientemente algunas iniciativas fabriles. El deterioro de las condiciones socio-económicas a nivel nacional a partir de 1950 tuvo especiales repercusiones en este contexto barrial, por la crisis del mercado de carnes y la consiguiente depresión de la actividad industrial. Durante la segunda mitad del siglo veinte los cerrenses vivieron una progresiva desmejora de su situación económica, lo que se vio agravado fundamentalmente a partir de la década de 1970, con el cierre definitivo de los frigoríficos que constituían la principal fuente de trabajo local. Al menos a partir de 1985, los cerrenses registran mayores niveles de carencias materiales y de desempleo y menores logros educativos que los observados para el conjunto de los montevideanos (Kaztman, 1999; Gallo y Bercovich, 2004; Observatorio Montevideo de Inclusión Social, 2007 y 2010).

Un criterio adicional para la selección del Cerro obedeció a que se trata de un barrio con centralidad en la vida política y cultural montevideana. También, que es una zona relativamente provista de servicios sociales, educativos, de esparcimiento y comercios.

En cada uno de los barrios seleccionados, priorizamos el desarrollo del trabajo de campo en una zona específica. Al interior de Casavalle nos concentramos en la área de mayores restricciones y más estigmatizada, que comprende los complejos habitacionales de Unidad Misiones, Unidad Casavalle 1 y 2 -“Los Palomares del Borro”-, las zona denominadas como “El Borro” y “El Marconi” y los núcleos asentados colindantes

(Cecilio, Couriel, y Spallanzani, 2003; Folgar y Rado, 2003; Espíndola, 2007, Couriel, 2010).

En El Cerro desarrollamos el trabajo de campo principalmente en la zona de “La Villa”, siendo ésta lo que se denomina su “casco histórico”. Es allí donde se instalaron los primeros residentes, y donde se reclutaban los trabajadores de los frigoríficos. Es en esta zona donde habitan en mayor proporción, trabajadores con inserción fabril, y sus descendientes. A su vez, es la zona del Cerro que tiene mayor desarrollo social, político y cultural, y brinda mejores condiciones socio-económicas sus habitantes (Romero 1995 y 2007; Esmoris, 2010; Canel, 2010).

Al interior de cada barrio trabajamos también con jóvenes residentes en zonas de características socio-económicas diferentes, por lo que la distinción entre la zona más deprimida del barrio y la menos deprimida nos permite una comparación intra-barrial. En Casavalle, las zonas que hemos denominado como “menos deprimidas” se corresponden con “El Bonomi”, “Gruta de Lourdes” y “Marconi-Las Acacias”. En el Cerro, aquéllas más deprimidas corresponden a “La Curva”, “Cerro Norte” y “Rincón del Cerro-Casabó”.¹³

Dado que la creciente segregación residencial montevideana cubre la totalidad de la experiencia biográfica de las personas menores de 30 años que viven en determinados contextos, trabajamos fundamentalmente con jóvenes de los barrios seleccionados que, durante el transcurso de nuestro trabajo de campo, tenían entre 20 y 30 años de edad. Además de ser jóvenes que transitaron la totalidad de su experiencia biográfica aconteció en los barrios estudiados, tienen edad de haber finalizado la educación secundaria.¹⁴ Por otra parte, se trata de jóvenes que potencialmente han estado expuestos a la búsqueda de trabajo (o a la prosecución de estudios de nivel terciario), y tienen una relativa distancia de la experiencia escolar adolescente, por lo que esperamos una capacidad reflexiva sobre ese periodo. Pero esta delimitación etaria no es rígida, considerándose de interés además, incluir a jóvenes que, en edades más tempranas, ya han abandonado la educación. Por otra parte, nos interesó también trabajar con algunos jóvenes-adultos, de manera de observar si en momentos más avanzados de la experiencia biográfica -por ejemplo, con la

¹³ Para una ubicación de las zonas, véanse las Figuras 3.2 y 3.3 del Capítulo 3.

¹⁴ La escuela secundaria completa en Uruguay supone haber completado doce años de escolaridad, por lo que se incluye la posibilidad de un rezago de dos años en la finalización de la educación formal obligatoria.

emancipación familiar y la constitución de familia propia- se pueden observar *puntos de quiebre* en el proceso de integración-desafiliación social. Cabe precisar que el criterio de delimitación de la edad se toma como dato del curso de vida. Así por ejemplo, se esperaría que quienes tienen alrededor de 20 años de edad hayan finalizado la educación secundaria; que quienes tienen alrededor de 26, hayan tenido al menos una experiencia laboral; y en las edades más avanzadas se espera encontrar más fácilmente jóvenes que hayan constituido familia.

Así, procedimos a definir un conjunto de entrevistas con jóvenes de los que seleccionamos cuarenta y seis para el desarrollo analítico. Buscamos aquí una distribución relativamente equitativa entre mujeres y varones, a la vez que por tramos de edad. Al mismo tiempo, procuramos seleccionar a jóvenes abarcando la mayor diversidad posible respecto de su situación de participación en instituciones (educativas, barriales, laborales, vecinales) y su nivel educativo. Complementariamente, durante el desarrollo del trabajo de campo entrevistamos a padres o abuelos de algunos de los jóvenes, vecinos del barrio, trabajadores de organizaciones sociales e instituciones educativas que desempeñan tareas en la zona, realizamos distintos recorridos y participamos de algunas actividades zonales.¹⁵

La estrategia metodológica adoptada supuso diversos controles de validez y confiabilidad del material recogido, lo que implicó el relevamiento, la consulta y análisis de diversas fuentes de información y de datos contenidos en distintos formatos. Esto es, nos planteamos una estrategia de abordaje múltiple del problema de investigación que, centrada en el análisis cualitativo, combina información cuantitativa. Hemos procurado cotejar los *relatos* de los entrevistados por la vía de la re-pregunta, o cuestionando la veracidad de la narración en los momentos que consideramos pertinentes. Para algunos tópicos, contrastamos la información obtenida en los encuentros con los jóvenes, con documentos secundarios y/o entrevistas a empleadores, trabajadores sociales, educadores y vecinos del barrio. Por otra parte, tuvimos oportunidad de re-entrevistar a veintinueve de los cuarenta y seis jóvenes con quienes trabajamos (diecinueve casavallenses y diez cerrenses), lo que nos

¹⁵ Para mayor detalle, véase el *Anexo 1*, referido al desarrollo del trabajo de campo.

permitió profundizar en ciertas temáticas y cotejar opiniones por ellos vertidas en encuentros precedentes.¹⁶

Hace muchos años ya, Roberto DaMatta (1995: 3-4) señalaba que dos aspectos le impresionaron fuertemente en su estudio acerca de las experiencias profundas y a veces desconcertantes de los pobres de la ciudad de San Pablo. Primero, la forma jerárquica en que ellos se posicionan, basada en su consciencia del lugar que ocupan en la sociedad, y la aceptación de este “dato”. Segundo, que pese a la distancia económica y educativa entre esas personas pobres y el investigador, la similitud “social” es sorprendente: el mismo desencanto respecto del rol del Estado y de la política social, similares estrategias de “navegación social”, en la medida que se comparte una orientación de la experiencia por un código familiar, clientelar y moral personal.

El desarrollo de nuestro trabajo de campo nos ha dejado similares impresiones, sobre todo respecto del segundo aspecto señalado por DaMatta. Pero sobre todo, nos ha sorprendido gratamente descubrir las formas y el grado de acercamiento y apertura de muchos de los jóvenes entrevistados, con quienes mucho más allá de recabar información biográfica, discutimos proyectos, compartimos angustias, frustraciones y alegrías. Y encontramos que, aunque nuestros jóvenes sí tienen clara consciencia de su situación de desventaja social, no aceptan tal situación como destino ineludible; por ello demandan al Estado, por ello algunos procuran “navegar” por otras rutas, a veces con mayor entusiasmo y mejores resultados. Lo que los motiva y los mueve es nuestra motivación y movimiento fundamental de investigación.

¹⁶ Como lo expresa Martinic, 2002 se trata de “ver si el entrevistado dice lo que quiere decir y si quiere decir lo que dice.”

1.3. Estructura de la tesis

La tesis se compone de siete capítulos, considerando esta **Introducción**. En el **Capítulo 2** abordamos la discusión teórica que guía nuestro proceso investigativo, buscando precisar qué entendemos como el proceso de integración-desafiliación social. Con base en una selección y revisión de lo que consideramos los principales abordajes sociológicos que han teorizado acerca de la temática, delimitamos nuestra mirada conceptual y precisamos las dimensiones de análisis que orientan nuestra investigación.

El **Capítulo 3** está destinado a la presentación de los contextos barriales en los que trabajamos. Así, mostramos la situación actual de Casavalle y del Cerro con relación al conjunto de la ciudad por una parte, y en un segundo momento, teniendo en cuenta la génesis y la evolución de dichos barrios.

En los **Capítulos 4, 5 y 6** presentamos los hallazgos de la investigación. En el **Capítulo 4** abordamos la construcción de una tipología del proceso de integración –desafiliación social (proceso I-D) como estrategia metodológica para el análisis de la diversidad de situaciones con que nos hemos encontrado. Al tiempo que explicitamos los criterios de construcción de dicha tipología, presentamos los primeros resultados que surgen de los cuatro *tipos construidos* que remiten a cada situación que hemos denominado como “integración lograda”, “integración anhelada”, “desafiliación resistida” y “desafiliación consumada”.

El **Capítulo 5** está destinado a la caracterización de los *tipos construidos*. Sintetizamos los elementos comunes, predominantes y diferentes para el conjunto de los jóvenes con quienes trabajamos, comparando las manifestaciones de cada *tipo* en cada uno de los barrios.

Basándonos en una revisión de la manera en que han sido discutidos teórica y empíricamente los efectos de habitar en contextos barriales empobrecidos y estigmatizados en el proceso I-D, en el **Capítulo 6** analizamos la incidencia de cinco *mediaciones*. Así, nos abocamos al estudio de los efectos de la *comunidad barrial*, el *grupo de pares*, las *relaciones de familia*, el *relacionamiento institucional* y la *agencia de los sujetos* entre los jóvenes que conforman los dos *tipos* “polares”: “integración lograda” y “desafiliación consumada”.

En el **Capítulo 7, Conclusiones**, presentamos los principales hallazgos de la investigación y planteamos algunas interrogantes y rutas de investigación a futuro. Seguidamente reseñamos las **referencias bibliográficas** utilizadas. La tesis se cierra con una sección de **Anexos** que complementan y precisan la investigación desarrollada.

Capítulo 2. Los procesos de integración - desafiliación social y la segregación residencial

2.1 Introducción

Las tensiones sociales que acompañaron el triunfo del discurso de la economía globalizada, con las transformaciones acontecidas en los mercados laborales y los arreglos societales, trajeron consigo la re-emergencia de la preocupación por cómo construir la integración social en sociedades que parecieran propiciar cada vez formas menos solidarias y adversas a una integración plena de grupos y ciudadanos. Consideramos pertinente el desarrollo de una teoría sociológica que permita abordar esta problemática. La amenaza de desintegración social, la imposibilidad de construir un futuro para grupos e individuos y la vulnerabilidad de vastas capas de sujetos sociales, cuyas seguridades habían sido fundamentales en la construcción del consenso del bienestar, motivan el desarrollo de una perspectiva analítica que nos brinde capacidad heurística para aprehender la situación actual en contextos específicos.

En este capítulo nos proponemos dar cuenta de la perspectiva de análisis construida para abordar nuestra investigación empírica. Con este objetivo, planteamos y discutimos aquí las principales nociones que consideramos fundamentales como punto de partida del análisis que nos ocupa. Esto es, la especificación de las relaciones entre los procesos de integración - desintegración social y de segregación residencial. La estrategia con la que abordamos este capítulo reside en analizar cómo han sido trabajadas desde una propuesta sociológica contemporánea que consideramos particularmente interesante, las nociones de “integración” y “desintegración social”. A un siglo de los escritos de Émile Durkheim, observamos en la obra de Robert Castel una preocupación homóloga. Nos planteamos analizar en qué medida su modelo analítico resulta fructífero para pensar el proceso de construcción de la integración social en las sociedades de comienzos del milenio, qué aspectos deben ser revisados, matizados, o añadidos. En el siguiente apartado (2.2), nos abocamos a la discusión de algunas miradas teóricas clásicas y contemporáneas acerca del

proceso de integración-desafiliación social (en adelante, proceso I-D), procurando fundamentar la elección por una noción de “desafiliación social”, sus implicancias y limitaciones para una investigación empírica cuyo objeto son las experiencias biográficas de jóvenes montevideanos residentes en barrios con distintos grados de privaciones.

Discutimos a continuación, las similitudes y diferencias de las propuestas de Durkheim y Castel, en un esfuerzo por clarificar los elementos que consideramos centrales de sus modelos analíticos para el tema que nos ocupa. Con el objetivo de arribar a un balance de la capacidad heurística de sus obras, así como de la pertinencia de la recuperación de sus trabajos para el análisis del proceso I-D desde nuestras latitudes, nos centramos en la propuesta casteliana analizando los contenidos de sus nociones centrales pero también las “ausencias” relativas o absolutas: ¿de qué carece su esquema?; ¿qué elementos deberían ser retomados, amplificados, cuáles introducidos, para enriquecer los modelos planteados? Nos preguntamos hasta qué punto los abordajes de Durkheim y Castel siguen siendo suficientes para pensar el proceso I-D.

Por ello, en la siguiente sección (2.3) traemos sintéticamente algunos aportes de Norbert Elías: la presencia del “poder” y de la “coacción social” como elementos ineludibles en el proceso I-D. Seguidamente, planteamos la importancia del *plano simbólico* de la integración social, con referencia a la mirada de Robert Merton, y la necesidad de considerar conjuntamente el plano *simbólico* con el *plano factual* en el análisis del proceso I-D. Por otra parte, consideramos necesario un abordaje de las repercusiones que tienen dicho procesos para los individuos, por lo que consideramos aportes específicos de algunos trabajos de Richard Sennett.

Con este desarrollo buscamos identificar los elementos constitutivos básicos que a nuestro entender, son necesarios en el estudio del proceso I-D, para avanzar hacia la precisión del enfoque con el que construimos nuestra perspectiva analítica. Si este ejercicio clarifica cuáles son las dimensiones de análisis que deben ser consideradas y jerarquizadas, qué planos es necesario contemplar y cómo se articulan dichas dimensiones y planos, habremos cumplido con nuestro objetivo. A ello destinamos el siguiente apartado (*sección 2.4*). Lejos de pretender exhaustividad, nos proponemos avanzar *hacia un modelo analítico* que nos permita abordar investigaciones empíricas en resonancia con nuestros problemas de... ¿desafiliación social?

2.2 Integración-desafiliación social: falsa dicotomía de una problemática persistente

La escuela sociológica francesa desarrolló mediante la obra de Robert Castel, un trabajo teórico que consideramos de sumo interés para abordar los procesos de integración-desintegración social en las sociedades del presente. Aunque podríamos considerar su enfoque como una reelaboración de la propuesta durkheimiana, su análisis de la acentuación de los problemas de integración social a los que se asiste a partir de las tres últimas décadas del siglo veinte no es meramente una actualización de la propuesta teórica de Durkheim.

Hacia finales del siglo diecinueve Durkheim planteó como elemento de transición de las sociedades tradicionales a las modernas una progresiva preponderancia del lazo social basado en la “solidaridad orgánica” respecto al vínculo tejido sobre la base de la “solidaridad mecánica” de las sociedades preindustriales. Su trabajo fue pionero en abordar la problemática de la necesidad de transformación de las bases en las que se asentaban las posibilidades del orden social. Es aquí donde la división del trabajo social se observa como oportunidad “que permitiría resolver la paradoja de la modernidad: *un intenso individualismo moral sostenido por vínculos sociales.*”(Peña, 2010: 55) A partir de la interdependencia que se deriva de la creciente división del trabajo, Durkheim encuentra posible la generación de una “conciencia colectiva abstracta” que diera soporte moral a las sociedades en transformación. En su obra se desarrollan los mecanismos institucionales requeridos para el “logro” de la integración social.

Una de las principales razones que hacen a la relevancia del análisis de la perspectiva de Castel para el tema que nos ocupa, radica en éste sitúa la problemática de la “integración” y de la “cuestión social” en perspectiva histórica, lo que constituye la base de su análisis sociológico. Su mirada permite delimitar continuidades y rupturas de los procesos analizados, permite identificar las transformaciones históricas, subrayando lo que sus principales cristalizaciones traen a la vez de permanente y de nuevo: “...una metamorfosis hace temblar las certidumbres y recompone todo el paisaje social. Pero las

conmociones, aunque sean fundamentales, no son novedades absolutas si se inscriben en el marco de una misma *problematización*. Por problematización entiendo la existencia de un haz unificado de interrogantes... me parece legítimo plantearle al material histórico los interrogantes que los historiadores no necesariamente han formulado, y reordenarlo a partir de otras categorías, en este caso sociológicas.”(Castel, 1997a: 19)¹⁷

Puesto que los contenidos concretos de nociones como “precariedad”, “fragilidad de los soportes protectores” o “aislamiento social” son muy diferentes en la actualidad de lo que lo fueron en sociedades preindustriales, en el siglo diecinueve o incluso treinta años atrás, el análisis sociológico en perspectiva histórica brinda la posibilidad de ahondar en las fuentes, mecanismos y consecuencias de los procesos I-D. Castel señala este punto, al tiempo que se propone demostrar que los grupos sociales que antaño ocupaban las posiciones más desaventajadas en la estructura social guardan una relación de homología con los que en la actualidad se hallan en situación de vulnerabilidad. La comparación de los procesos que producen estas situaciones, que pese a ser diferentes en sus manifestaciones, tienen dinámicas homólogas es, no sólo posible, sino necesaria.

Desde el prólogo del libro de su autoría que merece especial atención para el tema que nos ocupa -*Las metamorfosis de la cuestión social*-, queda claro su punto de partida: explicar la incertidumbre de estatutos e itinerarios cuyas trayectorias son alteradas, para dar cuenta de la fragilidad del vínculo social. En esta búsqueda “el análisis de cierta relación con el trabajo fue ocupando un lugar cada vez más importante” en el tratamiento de la problemática de la integración social (Ibid: 14). Resta aclarar el otro término con el que se compone el título de su libro: “cuestión social”, noción ampliamente difundida hacia fines del siglo diecinueve. Remitía entonces a cierta imagen catastrófica por la que, a la vez que las sociedades se industrializaban y urbanizaban, se producían en su seno desajustes que amenazaban la pertenencia plena de grupos sociales e individuos. La expresión viene a

¹⁷ De acuerdo a nuestros propósitos en este apartado, consideramos de gran relevancia el contexto de producción y la secuencia de elaboración de los trabajos citados. Dado que recuperar el contexto de producción sería objeto de otro trabajo, optamos por incluir en las *Referencias bibliográficas*, el año de la primera publicación de cada obra en su idioma original. Ello se indica entre corchetes; en este caso (1997a [1995]) indica que la edición consultada es de 1997 y su original, de 1995. En aquellos casos donde aparece únicamente la fecha entre paréntesis, se trata de la primera edición - p.e., Castel, (1996) - o bien que la traducción de la obra data del mismo año que la versión original -p.e.: Sennett, Richard (2003).

poner de relieve la tensión inherente en toda formación social, de controlar la amenaza siempre presente de desafiliación social (Ibid: 20).

Por otra parte, se ha señalado (De Ípola: 1998: 53) que el interés que reviste su obra es también de orden político, en la medida que en su enfoque el “diagnóstico” y la “orientación” se entrelazan y refuerzan mutuamente. Más que dar respuestas puntuales a los problemas planteados por la “cuestión social”, su desafío implica trazar una orientación clara en el análisis de los procesos sociales, pero a la vez lo suficientemente abierta para que puedan contemplarse distintas alternativas. No obstante, consideramos necesario distinguir en la medida de lo posible, estos dos momentos analíticos, fundamentalmente porque entendemos que respecto de sus orientaciones -concebidas como el carácter prescriptivo de su obra- puede haber mucho por discutir.

2.2.1. “Desafiliación”: ¿un tipo específico de desintegración en las sociedades contemporáneas?

Castel analiza la desintegración que se produce particularmente en la sociedad francesa con la crisis de la “sociedad salarial” y propone el término “desafiliación” para nombrar el proceso por el que transitan grupos de individuos que no encuentran un *lugar* con “utilidad social”. Nos preguntamos en qué se distingue este término del de “anomia” que trabajara Durkheim. ¿Se trata de un nuevo nombre para lo mismo, o estamos ante un tipo específico de desintegración social? Consideramos que el término propuesto por Castel tiene cierta especificidad histórica, aludiendo a un proceso de desintegración social que se deriva de la centralidad que este autor le confiere a un tipo particular de trabajo como fuente de integración social. Propone el término “desafiliación” para designar el desenlace del proceso por el que se deshacen los estatutos y grupos e individuos transitan de una “zona de vulnerabilidad” a otra que supone vínculos aún más laxos con las instituciones que favorecen la integración social. Dicha noción remite al recorrido en cuyo eje reside el análisis del problema que él aborda: las condiciones para la IS, lo que lo lleva a centrarse en el rol del trabajo como integrador.

Las transformaciones en los mercados laborales tienen como consecuencias fundamentales la cristalización en tres rasgos que Castel (1997a: 415-416) especifica como: “desestabilización de los estables”, “instalación en la precariedad” y un “déficit de lugares ocupables en la estructura social”, entendiendo por “lugares”, posiciones de “utilidad social” públicamente reconocidas que se vuelven cada vez más escasas conforme se precariza el empleo y aumenta el desempleo. Propone una hipótesis por la que el proceso de integración se gesta y desarrolla en la conjunción de dos *ejes*: el “trabajo”, entendido como “empleo estable, precario y expulsión de éste”; y la densidad de las “redes de sociabilidad”: educación y familia proveen de “inserción relacional fuerte, frágil, y/o aíslan.” (Ibid: 389-464). Si el carácter relacional de la noción de integración social implícita en el trabajo de Castel queda plasmado en la conjunción de los dos ejes mencionados, ello no implica que tengan igual ascendencia. Existe una jerarquía de ejes en la medida que el trabajo es el soporte privilegiado de la inscripción en la estructura social que tienen individuos y grupos, funcionando como “gran integrador”: se trata de la *centralidad de un tipo histórico específico de trabajo, como garante de integración social*.

Tanto en Durkheim como en Castel el tema central reside en la problemática de lograr una integración social ante los cambios estructurales y en ambos abordajes el trabajo juega un rol central como institución mediadora de aquélla; pero por distintas razones. Recordemos que para Durkheim lo que garantiza la integración es la interdependencia funcional, la imposibilidad de los individuos para cumplir por sí solos todas las tareas que requiere la vida en sociedades complejas. En Castel en cambio, hallamos la relevancia del trabajo basada en el desarrollo de la ciudadanía laboral. No se trata del trabajo *per se* como fuente de integración social sino de un tipo histórico particular de trabajo: el trabajo asalariado de duración indeterminada, con derechos y protecciones sociales, un tipo de trabajo que ha tenido su expresión histórica en un tiempo muy acotado de la experiencia.¹⁸

¹⁸ Este es un punto de extrema relevancia a la hora de la investigación empírica. Los alcances de la pertinencia del uso de la noción de “desafiliación social”, creemos, debieran ser objeto específico de investigación. De modo preliminar, y con base en las características del desarrollo uruguayo, la magnitud de la proporción de trabajadores asalariados en el sector industrial y/o público y el impulso de un tipo específico “Estado benefactor” (véase Capítulo 1), entendemos pertinente la elección por dicha noción. No obstante, es necesario no perder de vista que se trata de una noción propuesta desde una sociedad europea, y que contamos con un conjunto de propuestas que, desde América Latina, han abordado esta problemática. La referencia a Nun (2001) y su noción de “marginalidad” resulta ineludible.

Estos atributos del trabajo permiten a las *categorías sociales* escapar a las contingencias y asegurarse frente a los problemas que éstas puedan plantear. Ello se logra gracias a que los individuos que conforman dichas categorías ocupan una posición en la sociedad desde donde negocian sus condiciones laborales.

A nuestro entender, “desafiliación social” condensa el sentido de las consecuencias que las transformaciones acontecidas tienen para el logro y el desarrollo de la integración social; apunta a atender gradaciones y formas diferentes de desintegración social. En este sentido, “la anomia”, en tanto desorden en la sujeción a las normas imperantes, subsumía la función laboral desempeñada en un déficit de tipo moral, por lo que era preciso apuntalar procesos educativos, jurídicos y comunitarios (Durkheim 1973a, 1973b, 1979). Mientras que la “desafiliación” deriva su especificidad en el énfasis colocado en el otro eje: el de la relación con un determinado tipo de condición laboral. Podríamos decir que se trata de la desintegración que tiene lugar a posteriori de las protecciones y con el agotamiento del modelo social que les diera lugar. Más aún, el núcleo de la atención en Castel está centrado no en la integración o desintegración de individuos sino de categorías sociales: agrupamientos definidos por la posición que ocupan en la división del trabajo, que se configuran respecto a su vínculo con la esfera institucional.

El “desafiliado” viene a plasmar la manifestación más visible del proceso de pérdida del estatuto laboral, colectivo, que dotara al individuo de pertenencia social en tanto *miembro*. La identificación de situaciones concretas de “desafiliados” tiene el interés de remitir al proceso por el que transitan individuos pertenecientes a categorías sociales que asisten a la crisis de los estatutos, viendo debilitarse los vínculos que los “ligaran” a las instituciones que les confirieron “un lugar” de “utilidad social”.¹⁹ Con el concepto de “desafiliación social”, Castel muestra que no se trata únicamente de una ruptura con el salariado, sino que se desencadena una ruptura del “lazo social” entendida como pérdida de pertenencia social: ya no estamos ante aquel proceso que remitía a la falta de eficacia de un mecanismo y que Durkheim concibiera como “anomía”, sino de un proceso por el cual se verifica que el mecanismo –de integración- ha cesado de funcionar.

¹⁹ El contrato de trabajo, que es individual, autónomo, albergará un estatuto colectivo, puesto que el contrato se someterá a un orden público heterónimo por el que los trabajadores *conquistán* derechos sociales. En el modelo durkheimiano en cambio, las asociaciones profesionales estarían refiriendo fundamentalmente a gremios de trabajadores a destajo.

La propuesta casteliana de entender la integración social como resultado de la conjunción de dos ejes pone el acento en el carácter relacional, en la prioridad que tiene “el lazo social”: un vínculo entre categorías e instituciones.²⁰ Se trata pues, de una complementariedad de lo que acontece en el eje de integración por el trabajo con la densidad de la inscripción relacional en las redes familiares y de sociabilidad. Dichas conexiones califican “zonas” con densidad diferente de relaciones sociales. Lo que implica que las *situaciones* son resultado de un *proceso* observado de manera sincrónica, pero no son inmutables. En su perspectiva, la “zona de vulnerabilidad” tiene una posición estratégica: permite la estabilidad de la estructura social cuando es reducida o controlada. Al contrario, si está en extensión -movimiento ampliamente predominante en el contexto histórico de “crisis de la sociedad salarial”-, nutre la desestabilización de las posiciones y deshace la seguridad de las estabildades otrora logradas (Castel, 1997a).

Este enfoque tiene el interés, además, de colocar el acento en el carácter dinámico y procesual del ordenamiento social. Más que de ubicar a los individuos en “zonas”, se trata de aclarar los *procesos* que los llevan a transitar de una “zona” a otra, de tal modo de responder fundamentalmente a la pregunta por cómo se deshacen los estatutos. Así por ejemplo, con el ascenso del desempleo y la precarización del trabajo la “zona de vulnerabilidad” se expande quitándole terreno a la “zona de integración” y alimentando la “zona de desafiliación”. Sobre la base de este modelo formal, los equilibrios entre “zonas” pueden constituir un indicador privilegiado para evaluar el grado de integración social.

En el contexto histórico específico en que Castel aborda su análisis, aunque el tránsito de un movimiento “ascendente” no es en teoría imposible, empíricamente se verifica su ausencia como tendencia. El dinamismo está signado por el tránsito de la “zona de integración” a la de “vulnerabilidad” y por el de la “zona de vulnerabilidad” a la de “desafiliación”. Ello tiene consecuencias económicas para los distintos grupos pero también identitarias: la “crisis del lazo social” se manifiesta también en la pérdida de sentido y en la limitación de la importancia de la visión de futuro como expectativa de mejora colectiva de la existencia social (Castel, 1997a; De Ípola, 1998).

²⁰ En Durkheim, la IS como interdependencia de funciones fruto de la preeminencia de la “solidaridad orgánica” sobre la “mecánica” es también un concepto relacional: resulta de la relación entre individuos. En Castel en cambio, no está la idea de la relación con otros, sino del trabajador con la institucionalidad laboral.

2.2.1.1. Delimitaciones conceptuales, aclaraciones y ampliaciones necesarias

Del análisis de la obra casteliana, tres cuestionamientos se nos revelan como fundamentales de clarificar para el tema que nos ocupa, con vistas a incluirlos o desecharlos en el enfoque que procuramos construir. Tres son los aspectos que en este punto queremos destacar. Primero, que entendemos su noción de “zonas de integración” como confusa e imprecisa. Segundo, que su noción de “inutilidad social” es problemática. En tercer lugar, que su perspectiva se nos aparece teñida de una mirada nostálgica respecto de un “pasado perdido”, que puede opacar la rigurosidad de un análisis que no se ha logrado desprender de juicios de valor personales. Veamos brevemente cada una de estas limitantes.

a) ¿Qué entendemos por “zonas de integración”?

Decíamos con Castel que las transformaciones sociales están signadas por recorridos desde la “zona de integración” a la “zona de vulnerabilidad” y de “desafiliación”. Habida cuenta de la centralidad que la noción de “zonas” adquiere en el desarrollo argumentativo, nos preguntamos en qué medida es ésta una metáfora con significados concretos. ¿Son las “zonas” expresión de una nueva propuesta de estratificación social?

Castel explicita (1997a: 16) que el esquema de lectura no coincide exactamente con el de la estratificación social ya que pueden existir grupos fuertemente integrados pese a que cuenten con recursos escasos. Esta relativa autonomía estaría dada por la perspectiva adoptada, que subsume la dimensión económica a un abordaje relacional de la integración en distintas dimensiones. Consideramos no obstante, que las “zonas” se aproximan en gran medida a una mirada en clave de estratificación social. Lo que observa Castel es el ordenamiento de las categorías sociales en ámbitos específicos, que puede leerse en una escala vertical conforme a las condiciones diferenciales que los grupos detentan en una u otra “zona”.

En la única referencia explícita a los significados concretos de esta metáfora, el autor precisa que la “zona de integración” trata de personas que cuentan con un trabajo

regular y con “soportes” de integración bastante firmes. En la “zona de vulnerabilidad” predominan el trabajo precario y situaciones relacionales caracterizadas por la inestabilidad. En tanto que la “zona de desafiliación” es aquella en la que “caen algunos de los vulnerables e incluso de los integrados” (Castel, 2004c: 58). Ciertamente es que no se trata de un ordenamiento únicamente económico ni principalmente definido por la posición económica, sino más bien por la relación con respecto al mercado de trabajo y complementariamente a la esfera de la sociabilidad. Pero el autor insiste en que no hay una correspondencia inmediata entre los ejes trabajo-sociabilidad.

De este modo, cobra importancia en su análisis la distinción entre un “pobre legítimo” y un “pobre ilegítimo” (Autès, 2004): la legitimidad o ilegitimidad de su situación estructural está dada por el grado de integración en el eje de la sociabilidad, en su grado de acuerdo con la normatividad social que predica la obligación de trabajar. Así, la distinción habilita a hablar de una “pobreza integrada”, dado que la posición desfavorecida en la estructura ocupacional no tiene una asociación mecánica con la fortaleza de los vínculos sociales orientados por la sociedad integrada.²¹

Estas asociaciones no actúan mecánicamente; podemos encontrar, por ejemplo entre distintos grupos populares, que la precariedad de las condiciones laborales se compensa con densas redes de protección cercana generadas por la vecindad. Pero además, estas “zonas” no son estáticas; su tamaño puede crecer o decrecer de manera progresiva, gradual, de acuerdo a los tránsitos de los individuos de una “zona” a otra. De acuerdo a su propio análisis, la “zona de vulnerabilidad” detenta un carácter estratégico para el orden social. De manera que consideramos se requeriría de una estrategia analítica que pudiera dar cuenta precisamente de lo que ocurre en las “situaciones intermedias”.

b) Los riesgos de la “(in)utilidad social”.

El problema que desafía el logro de la integración social en el modelo casteliano reside en un déficit de pertenencia desde un diagnóstico de situación en que se plantea la reaparición de los “inútiles para el mundo”. Aunque la noción de “utilidad social” es clave en su análisis, permanece implícita a lo largo de toda su obra. En el desarrollo argumental del autor, lo que define la “utilidad social” es precisamente la tarea que se desempeña en la

²¹ Inversamente podríamos hablar también de la “riqueza desintegrada” o con Castel (1997b) “desafiliada”.

división del trabajo: supone ocupar efectivamente un lugar en el mercado laboral, tener un trabajo que confiera derechos. La reaparición de los “supernumerarios” renueva la “cuestión social” (Castel, 2004c: 72).

Castel retoma la noción de “utilidad social” de Durkheim pero es Karsz (2004:77) quien, analizando el trabajo de Castel, explicita el carácter problemático de dicha noción: “¿Cómo carecer de utilidad social sin que exista en allí, oculto entre los garabatos de la palabra ‘social’, algo así como un juicio moral implícito? Quiero decir que, por desgracia, hay siempre una utilidad social de dichos supernumerarios, incluso en tanto animales de caza que es preciso expulsar de las ciudades, en tanto ‘inempleables’ por el capital pero eventualmente utilizables por los movimientos de extrema derecha, carentes del estatuto social aunque posean alguno para los servicios sociales. Jamás se deja de ser útil.”²²

Indagado sobre este aspecto, Castel (2004c: 78) propone hablar de “*utilidad social reconocida*”. El “logro”²³ fundamental de la “sociedad salarial” fue construir un *continuum* de posiciones comparables, *compatibles e interdependientes*, constituyéndose como una actualización de la “sociedad de semejantes”. Se trataba de una sociedad que aunque continuaba siendo fuertemente desigual, también era fuertemente protectora (Castel: 1997a, 2004b). Si el trabajo con protecciones sociales es la institución central que ha permitido la IS y favorecido una confianza en una mirada prospectiva por la que la vida cotidiana se asentaba en una confianza en el futuro, el Estado “social” fue el gran gestor de esta estabilidad. ¿Sería entonces un “Estado social” el que debiera “velar” y garantizar el reconocimiento de la “utilidad social” de todos?

c) La nostalgia por la opacidad de los “actores sociales”.

Castel muestra cómo los asalariados fueron accediendo de manera progresiva y no exenta de luchas, a un conjunto de derechos sociales. Mediante el “estatuto” colectivo el trabajador ya no negocia sus condiciones de trabajo de manera individual: la pertenencia a determinada categoría laboral le confiere –gracias a las luchas de las organizaciones

²² Interesante punto, que nos remite a la necesidad de una revisión crítica de una lectura casteliana con reminiscencias marxistas. Y como señalábamos anteriormente, a una ausencia del presente texto: la revisión de la discusión sobre marginalidad y marginación en el contexto latinoamericano.

²³ Consideramos que la adjetivación de la “utilidad social” no deriva resuelve el problema que Castel apunta resolver, el de la carga de “moralidad social”. También en la adjetivación del rasgo fundamental de la sociedad salarial como “logro” observamos en la mirada casteliana una referencia a valor.

sindicales- los derechos que dicho estatuto habilita. Se trataba de un proceso de *desindividualización* que inscribía al trabajador en regímenes generales, convenciones colectivas, regulaciones públicas del derecho del trabajo y de la protección social. Las relaciones de fuerza en el análisis casteliano se subsumen en la lucha del movimiento obrero por la conquista de derechos, por la vía de una creciente organización sindical. Es así que puesto que Castel considera que este movimiento fue derrotado a la vez que el capital se empodera, las referencias al “poder” y a las relaciones de fuerza ya no resultan pertinentes. Castel (2004c: 82) argumenta que pese a la gravedad de la situación y su carácter masivo, “la cosa habría tenido que moverse un poco, ¡pero no se mueve!... La clase obrera ha muerto” en la medida que ya no tiene existencia como colectivo portador de una alternativa global.²⁴ Y ello es lo que *extraña*: al actor.

Con este diagnóstico, en el que las relaciones de fuerza parecen agotarse en la lucha de clases en sentido marxista, se cerraría toda posibilidad de ejercicio de poder desde la ciudadanía. No deja de resultar un tanto nostálgica la mirada, en esa necesidad de recuperar aquella forma de *filiación* que dotara de pertenencia social a individuos y grupos.

2.2.1.2. Elementos analíticos que recuperamos del enfoque casteliano

Por lo antedicho, creemos necesario precisar en este punto, los elementos que habremos de recuperar de la propuesta de Castel para el desarrollo de nuestra perspectiva de análisis. En este sentido, resulta relevante su énfasis en la noción de “desafiliación social” como resultado de un proceso que puede derivarse de la pérdida de protecciones colectivas. Esto es, no puede concebirse la situación de desafiliación social con independencia de lo que acontece a nivel estructural. Así, dicha situación no es pasible de ser analizada aisladamente, por lo que es necesario contemplar el proceso I-D en su conjunto. Hecho este movimiento, se señala que el proceso I-D es dinámico, presenta

²⁴ Llama la atención su afirmación terminante, producto probablemente de un momento en que la muerte de las clases sociales se planteara con fuerza. Pero la rigurosidad de que da cuenta su obra no condice con esta afirmación tajante, habida cuenta que entre sus contemporáneos, franceses analizando la sociedad francesa, éste ha sido un tema abierto a la discusión. A este respecto, la noción de “clase social” utilizada por Castel requeriría de mayor especificación. Para un diagnóstico propositivo más reciente y específico, puede consultarse Chauvel (2001), para quien el principal problema del debate acerca de la muerte de las clases sociales reside en que los participantes logran disimular la definición de esta categoría.

gradaciones, y no es uni-direccional. De allí, la relevancia de una perspectiva de análisis diacrónica: el análisis de las trayectorias que registran los grupos sociales.

Hablamos de grupos y no de individuos puesto que uno de los elementos que consideramos más interesantes del enfoque casteliano es su capacidad de descentrar el “problema de la desafiliación” de una mirada individualista, que depositaría en el sujeto la responsabilidad de una situación de anomia. En Castel, la “desafiliación social” atañe a categorías sociales: se trata de sujetos colectivos que transitan por un movimiento descendente en la estructura social como consecuencia de la desregulación de los mercados de trabajo y el consiguiente incremento de la precarización laboral. La *dimensión laboral* resulta pues, un eje clave para el logro de la integración social.

Pero esta *dimensión* no puede considerarse con independencia de lo que acontece en el *eje de la sociabilidad*. Si el trabajo es importante, también lo son los vínculos interpersonales y con otras instituciones sociales. Es así que es necesario considerar además, en qué medida la pérdida de derechos laborales y /o el desempleo, erosiona los vínculos con otras instituciones sociales que pueden coadyuvar a una ruta de integración social, en particular, la educación. Y limita además, las redes relacionales con las que cuenta el sujeto, en la medida en que quedan restringidos los ámbitos de interacción social.

La noción de “desafiliación social” enfatiza pues la situación a la que han arribado los trabajadores con la pérdida de las protecciones sociales, y con ello vieron limitados sus vínculos. Lo que genera una limitación de las expectativas: el futuro aparece incierto, y la capacidad de tejer proyectos se debilita. Este es precisamente, otro de los elementos analíticos que creemos relevante rescatar aquí: la importancia de considerar, junto al *plano factual*, los aspectos subjetivos que implica el proceso I-D. La mirada casteliana abre algunos espacios a la consideración del sentido de pertenencia, tema clave a nuestro juicio, para el logro de la integración social.

Si los aportes de Castel se nos revelan como claves, no por ello coincidimos plenamente con su abordaje. En particular, consideramos discutible la jerarquización del *eje del trabajo* sobre el de la *sociabilidad* para el estudio del proceso I-D en nuestras sociedades, en donde uno de los elementos que han favorecido la integración social, particularmente en contextos de pobreza, han sido precisamente las redes de interacción social. Por otra parte, consideramos problemática la escasa importancia acordada en su

enfoque a la *educación*, en contextos en que los logros educativos tienen importancia creciente para la “pertenencia social”. Finalmente, consideramos que, aunque es bien interesante su colocación de la noción de la desafiliación social como atributo de categorías sociales -los trabajadores precarizados y/o desempleados-, un estudio del proceso I-D debe abocarse también a lo que acontece a nivel individual. No se trata por lo tanto, de observar lo que acontece en el nivel de la acción colectiva, sino que interesa además, considerar la capacidad de acción y de poder de los individuos. En este nivel también interesa, por supuesto, acordar relevancia al *plano simbólico* de la integración social.

De cara al análisis empírico del proceso I-D, observamos entonces, que las *respuestas* que Castel nos brinda resultan limitadas; por ello sus *preguntas* adquieren mayor vigencia. En este punto, consideramos pertinente la revigorización de su análisis, en el mismo sentido que, acerca del trabajo durkheimiano, anotara De Ípola (1991: 48):

“...es justamente porque -un siglo más tarde- las *respuestas* de Durkheim frente a la crisis del lazo social han perdido vigencia que sus *preguntas* se han tornado, otra vez, vivamente actuales. Forzoso es pues concluir que, más allá de sus limitaciones teóricas, de sus contradicciones y, en fin, del hecho de que muchos de sus análisis han envejecido -es de temer- irreversiblemente, Durkheim continúa siendo, en aspectos fundamentales, nuestro contemporáneo.”

2.3 Hacia una ampliación del modelo analítico del proceso de integración-desafiliación social

Con base en las ambigüedades y ausencias señaladas anteriormente, nos orientamos hacia un esfuerzo de ampliación del modelo analítico casteliano. Para ello, discutimos las nociones de “poder” y “coacción social” y los niveles de análisis del proceso de I-D. Seguidamente precisamos el interés por el análisis de las repercusiones en las experiencias biográficas individuales de las transformaciones acontecidas. Por último, fundamentamos la

necesidad de consideración del *plano simbólico* que consideramos juega un papel central en los procesos de I-D.

2.3.1. El “poder” y la “coacción social” como elementos ineludibles a considerar en las relaciones sociales

En el modelo casteliano “el poder” queda restringido al *poder de categorías sociales, de organizarse por la conquista de derechos*. Consideramos conveniente abrir la mirada a otras formas y niveles analíticos, puesto que coincidimos con Elías en que (1982: 72): “En el fondo, lo que llamamos ‘poder’ no es más que una expresión, algo más rígida y menos diferenciada, del especial alcance del margen de decisión propio de determinadas posiciones sociales, una expresión de una posibilidad particularmente grande de influir sobre la autodirección de otras personas y de participar en la determinación de su destino.” El “poder” como *influencia en otro(s)* es variable desde un margen mínimo hasta el límite de la obediencia absoluta. Las posibilidades de *agencia del sujeto* deberían pensarse en términos de lo que el individuo o grupo, inserto en un contexto de relaciones, puede hacer o dejar de hacer, dado el acceso relativo a recursos que dispone.

En su elaboración de “modelos de juego” Elías sustituye el concepto de poder por el de “fuerza relativa del juego”, para enfatizar su carácter relacional: refiere a las posibilidades de triunfo de un jugador en relación con la(s) de otro(s). El “equilibrio de poder” es dinámico pues las relaciones entre las personas pueden alcanzar cierta estabilidad por un periodo considerable de tiempo, o por el contrario, resultar inestables. De allí *el carácter dinámico de las posiciones que los individuos ocupan en las formaciones sociales, y por tanto, la posibilidad siempre presente de tránsito en el proceso de integración-desintegración*. Aunque esta posibilidad también está presente en Castel, entendemos que la diferencia en este punto es que la mirada analítica del poder en Elías abre la posibilidad de análisis al nivel individual: antes que limitarnos a las transformaciones estructurales, cabe observar la tensión en constante mutación a escala individual.

La perspectiva de Elías también nos permite aprehender el carácter procesual y dinámico que Castel aborda como “tránsitos” entre “zonas”. Pero aquí, no se trata siempre, necesariamente, de movimientos ascendentes o descendentes de magnitudes que supongan

pasajes de una condición de desintegración a una de integración o viceversa. Más bien, refiere a movimientos más o menos perceptibles en cuyo transcurso las posiciones de los individuos y grupos se renuevan en el seno de una “formación social”. Al tiempo que varían también sus condiciones de integración o de desintegración. La formulación elisiana abre pues la posibilidad a otras formas de sociabilidad con capacidad integradora, no necesariamente supeditada a lo que acontece en el eje laboral.

Pese a la certeza de posibilidades de movimientos desde la condición de desintegración a la de integración, la ocurrencia efectiva de éstos tiene desigual probabilidad de acuerdo a la posición de las personas o grupos. Lo que trae implícito que tanto en la condición de integración como en la de desintegración, *existen gradaciones*. Si la fuerza social de personas o grupos de un mismo espacio social es extraordinariamente desigual y ocurre que capas sociales muy débiles y prácticamente sin posibilidades de elevarse socialmente conviven con otras que monopolizan oportunidades incomparablemente mayores de ejercer presiones sociales, las personas de los grupos socialmente más débiles tendrán un margen de decisión individual mucho menor (Elías, 2000a y 2000c).

¿Cuáles son las posibilidades de integración social entre aquellas personas pertenecientes a los grupos sociales más desprovistos? Si desde la mirada casteliana sería la expresión límite del “individualismo negativo”, en donde la falta de marcos estructurantes *fractura* todo vínculo social, la perspectiva de Elías cuestiona la ausencia de movimiento. Siendo que todo individuo, por más desaventajado que se halle, tiene posibilidades de ejercicio de poder dentro de ciertos márgenes, su perspectiva habilita una mirada sobre *otras formas de lazos sociales*.

El desarrollo argumentativo de Elías conduce a la puesta en relación de la posibilidad de la integración social *como fenómeno de la coacción social* resultante de la interdependencia entre los seres humanos (Elías, 1982 110). ¿Qué consecuencias trae consigo esta idea de *la integración social como coacción*? En las sociedades estatales cada vez más diferenciadas, los seres humanos individuales tienen mayor margen de elección pero también se ven obligados a elegir más por sí mismos: *la posibilidad de hacerse más independientes no se constituye como elección sino como necesidad* (2000b: 144). Como para Durkheim, en Elías la coacción es inherente a la socialización. Pero en Elías resulta

novedoso el énfasis en la necesidad de poner en relación los comportamientos cotidianos con las modificaciones producidas a nivel institucional; en particular, con la progresiva reducción de la violencia física.

Así, la obra elisiana contribuye a orientar nuestra perspectiva en distintos aspectos complementarios. Por una parte, rescatamos su noción de *poder* en el nivel de análisis individual, siempre presente como margen de decisión personal y capacidad potencial de influir sobre otros; aun desde los “lugares” más desventajosos del espacio social, los individuos actúan, deciden, por estrategia u omisión.

Por otra parte, esta perspectiva no se centra en una dimensión particular como fuente de integración social: el *trabajo* puede ser un elemento importante, pero sin duda no es el único. Es precisamente porque todo individuo tiene márgenes de decisión propia, que los espacios de integración se amplían. Así, aunque el autor no lo explicita, nos sugiere pensar en otras vías por las que puede discurrir la integración social, como la *educación*, pero también, en la *participación en grupos sociales*.

Ahora bien, al sostener que todo individuo tiene márgenes de decisión propios por más desprovisto que recursos que se encuentre, también consideramos necesario señalar que la disponibilidad de recursos condiciona las posibilidades de integración social. A modo de ejemplo, podemos aventurar que, en iguales situaciones de desventaja económica, quienes han obtenido mayores logros educativos verán ampliadas sus posibilidades laborales respecto de quienes se salieron tempranamente de la escuela. La probabilidad de ocurrencia de movimientos hacia la integración social en el proceso I-D es desigual en función de la posición social de las personas o grupos, pero también, de sus decisiones y de su influencia sobre otros.

De este modo, la interdependencia entre individuos y grupos resulta central en el autor, y es otro de los elementos que consideramos clave de cara a nuestra investigación empírica. La coacción social que supone dicha interdependencia implica atender, por ejemplo, a las consecuencias en las elecciones y decisiones que se toman en el curso de la experiencia biográfica. Por decir, el esfuerzo que supone apostarle a la educación luego de trabajar muchas horas, o la opción por incursionar en actividades delictivas, son resultado de la coacción inherente a la socialización. Nos interesará pues, observar cómo los jóvenes

se vinculan entre sí y con las instituciones que regulan la normatividad social, qué tanto respetan y legitiman las normas básicas de convivencia social, o cuándo las transgreden.

Por último, destacamos entre los elementos de interés en el ejercicio que nos ocupa, el énfasis que Elías hace de la integración y la desintegración social como fenómenos que forman parte de un mismo proceso; por lo que justamente hemos optado por delimitar como *proceso I-D*. En permanente tensión, individuos y grupos transitan en el proceso I-D, por lo que, desde una mirada diferente pero complementaria con la casteliana, subrayamos la necesidad de pensar nuestro objeto como dinámico, con gradaciones; *procesual*.

2.3.2. Los (des)ajustes entre “medios” y “metas” y la importancia del sistema de expectativas

Otro de los elementos que consideramos de gran relevancia considerar desde nuestra perspectiva de análisis, reside en el *plano simbólico* del proceso I-D. La integración social se sustenta no sólo en condiciones materiales, *factuales*, sino por el hecho de compartir valores, pautas de conducta, significados comunes, que permitan hacer inteligible la vida en sociedad y orientar las conductas. En esa perspectiva, la fortaleza de los vínculos sociales deviene de valoraciones, expectativas y significados colectivos comunes -“densidad moral”- en términos durkheimianos (1973), “sentimientos” y “creencias comunes” en términos weberianos (1984), “sistemas de símbolos culturalmente estructurados y compartidos” de acuerdo a Parsons (1966:7).

En este aspecto, consideramos de gran interés la obra de Merton (2002) particularmente en su análisis de las relaciones entre “medios” y “fines”, las fuentes de la “conducta divergente”, y su elaboración de cinco tipos de *adaptación individual: conformidad, innovación, ritualismo, retraimiento y rebelión*, ejemplo de la centralidad acordada a la dimensión simbólica. Al considerar los “tipos de metas culturales”, el autor pone de relieve la importancia de los “objetivos, propósitos e intereses culturalmente definidos, sustentados como objetivos legítimos por todos los individuos de la sociedad, o por individuos situados en ella en una posición diferente.”(2002: 210) El otro elemento que considera son los “modos admisibles de alcanzar esos objetivos”. Los “tipos de adaptación” resultantes de las expectativas y los medios disponibles para concretar aspiraciones

personales nos orientan hacia la necesidad de conjugar un plano *factual* y otro *simbólico* en la estrategia analítica del proceso I-D.

En el enfoque mertoniano, la *estructura social* ejerce una *presión definitiva* entre algunos individuos, produciendo una *conducta inconformista*: cuando acontece un colapso entre “medios institucionales” y “metas culturales”, en el acceso exitoso a los objetivos de una sociedad por medios legítimos, se produce una “conducta desviada”, que este autor conceptualiza, retomando la noción durkheimiana, como *anomia*.

Si reconocemos en la obra de Merton el interés de la consideración de las expectativas y de la conjugación del *plano simbólico* con el *factual*, discrepamos ampliamente con su conceptualización de la “Estructura social” y la “anomia” como fenómenos antitéticos, lo que hace que esta última sea tratada como “problema” en tanto que la situación de aquellas personas “bien integradas” resultaría “a-problemática”, “normal” puesto que la “estructura social” es identificada con un tipo de orden social aprobado por el observador.

En su *Nota sobre los conceptos de “Estructura social” y “anomia”*, Elías (2000: 190-197) plantea con suma claridad estos problemas de la aproximación mertoniana. Al respecto, acordamos con Elías (2000: 190) que el concepto de anomia en Merton (2002) es bien distinto del que desarrollara Durkheim: “Al contrario de la idea mertoniana de que la ‘anomia’ disminuye la previsibilidad del comportamiento social, la teoría de Durkheim dejó implícito que entenderla como un tipo de estructura social podría permitir explicar los altos índices de suicidio y prever que, en condiciones anómicas, esos índices tienden a ser elevados.”²⁵

Más allá de la discutible vigencia de la “anomia” como noción con capacidad heurística para la aprehensión de procesos de I-D en nuestras sociedades, consideramos que la investigación sociológica debiera abordar a la “estructura social” y a la “anomia” como estructuras de un mismo nivel, pudiendo incluso mostrarse su interdependencia. Punto por otra parte central en la investigación empírica realizada por Elías y Scotson (2000), que nos permite entender a cabalidad el carácter esencialmente relacional de la producción de la condición de “outsider”.

²⁵ Traducción propia.

Si Castel nos orienta a pensar el sentido de pertenencia que la participación como trabajador genera entre quienes desarrollan un tipo determinado de trabajo -empleo-, consideramos que el sentido de pertenencia puede discurrir por otros variados canales, con relativa independencia de la situación en que individuos y grupos se hallan en el plano *factual*. Pese a las críticas que retomamos de Elías (2000) a la formulación metoniana de la “anomia”, consideramos importante rescatar para nuestra perspectiva analítica la importancia otorgada al *plano simbólico* de la integración social. Bien interesante resulta que, en esta lógica de análisis, el sistema de expectativas puede ser el desencadenante de una ruta de desafiliación, en la medida en que el desajuste entre “medios” y “metas” favorecería la generación de conductas transgresoras del orden social.

2.3.3. Las repercusiones de la crisis del trabajo en las experiencias biográficas de los sujetos

¿Qué acontece en el nivel individual cuando la integración social se debilita? Sennett (1998) analiza “la corrosión del carácter”²⁶ como un rasgo fundamental de las “consecuencias sociales del trabajo en el nuevo capitalismo”. Su argumento refiere a que el nuevo capitalismo flexible ha desmontado la “arquitectura burocrática” que durante muchos años, a veces más felizmente que otras, mantuvo a la gente agrupada. El problema de la individualización en Sennett radica en que el valor individual ya no reside más en el respeto recibido como miembro de una categoría social: el trabajador; la fuente de auto-estima y de valor individual ha mutado en un asunto de habilidad y movilización de talento.

Desde su punto de vista, la rutina -laboral- podía ser un elemento fundamental de la posibilidad de narración positiva de la biografía, en la que la programación del tiempo jugaba un lugar clave: el futuro era previsible en términos de proyección de la situación

²⁶ Una cantidad importante de estudios de muy distinto orden abordan la problemática de la integración social. Nuestra elección aquí responde fundamentalmente a la confluencia de Sennett con la perspectiva de Castel respecto de la centralidad del trabajo como desencadenante de las transformaciones y de los riesgos de desintegración. Otro de los estudios de gran interés es el que realizara Wilson en 1978, adelantando el análisis de los problemas que la “desaparición del trabajo” en los enclaves de pobreza norteamericanos traerían consigo en términos de “desorganización social” (Wilson, 1997). Sobre este punto, preferimos retomar aquí el trabajo de Sennett referido, debido a su contemporaneidad con la obra casteliana y su consideración de trabajadores de distintos niveles de ocupaciones.

presente. Es así que la rutinización del tiempo es concebida por este autor, como una *conquista* de los trabajadores que les permitía, por ejemplo, colocar sus ahorros en mutualidades, acceder a la vivienda por medio de hipotecas, o programar sus vacaciones.

No obstante, Sennett tiene una lectura muy acotada acerca del carácter positivo de este tiempo rutinario, puesto que, desde su posición, quienes se circunscriben al trabajo en el régimen fordista tienen necesariamente vedada una visión más amplia de un futuro distinto. Por más protegido y estable que sea su trabajo, la rutinización le impide al individuo desarrollar el carácter. Aunque las consecuencias sobre el carácter se derivan fundamentalmente de las transformaciones del trabajo, en su análisis lo que estaría de fondo es la “desburocratización” en tanto eje transformador de la vida cotidiana.

Otro punto interesante de su obra es su mirada sobre la complementariedad de lo que acontece en el eje del trabajo con el eje de la sociabilidad, pero claro está, también aquí desde una perspectiva bien distinta de la de Castel. Sennett muestra los cambios que se registran en la sociabilidad entre los trabajadores como resultado de las transformaciones en las condiciones laborales, en particular, de la duración de los trabajos. Señala al respecto, que la profundidad de los vínculos se debilita a la vez que aumentan las posibilidades de establecer vínculos diversos con más personas.

Consideramos que el trabajo de Sennett abre pistas para analizar qué es lo que acontece en los sujetos que se hallan expuestos y dispuestos a asumir riesgos a la vez que perciben las implicancias que estos traen aparejados. La inseguridad que reina en el carácter derivaría de la falta de ejercicio de “los tres códigos modernos del respeto: hacer algo por sí mismo, cuidar de sí mismo, y ayudar a los demás.”(Sennett, 2003: 263). Se trata de construir vínculos sociales que favorezcan la libertad de los individuos y el mayor disfrute de sus experiencias biográficas, sobre la base de un mejor manejo de la autoestima y del respeto del Otro, lo que supone reconocer y respetar su diferencia.

Entendemos necesario analizar las repercusiones de las mutaciones del trabajo en las experiencias de los individuos desde otras perspectivas teóricas, fundamentalmente por el carácter a-problemático que en los trabajos de Sennett tienen las posibilidades de reconstrucción del vínculo social sobre la base de la reconstitución de grupos cuya fuente de integración se limite al *respeto*. Creemos también que intentar revertir el problema de desempleo y de la falta de ingresos en términos de una “economía social” parece muy

limitado para reparar los vínculos sociales, aquel “lazo” que favoreciera la integración social. La afirmación identitaria aunada a la “reclusión” en el espacio territorial profundiza la debilidad del “orden social”. Los individuos quedarían así cada vez más limitados en su capacidad efectiva de modificar “las condiciones de dominación”. Pero rescatamos con vistas a nuestra perspectiva de análisis, algunos puntos sugerentes en la obra de Sennett fundamentalmente en lo que concierne al manejo del riesgo y sus repercusiones en el carácter. En especial, su señalamiento de la importancia del auto-respeto y de la capacidad individual de colaborar con otros. Así, los aspectos vinculados a la subjetividad que movilizan la experiencia biográfica será un aspecto clave en nuestra mirada.

2.4 Una perspectiva analítica para el estudio del proceso de integración-desafiliación social en sociedades contemporáneas

El ejercicio conceptual realizado a lo largo de este capítulo nos ha permitido avanzar en la precisión de los elementos *centrales que una teoría sociológica de la integración social debería considerar para comprender el proceso I-D en las sociedades contemporáneas*. En este sentido, creemos ineludible considerar:

- a) el eje de integración-desafiliación por el trabajo;*
- b) el eje de la integración-desafiliación por la sociabilidad;*
- c) el eje de la integración-desafiliación por la educación;*
- d) la forma en que se distribuye el poder y se ejerce la coacción sobre categorías sociales e individuos;*
- e) el sistema de expectativas, el margen de acción individual y la subjetividad*

Respecto de los dos ejes que retomamos de Castel (*a* y *b*), es necesario analizar en qué medida “el eje del trabajo” debería tener necesariamente una preeminencia jerárquica sobre el “eje de la sociabilidad”. Más que a un ordenamiento jerárquico entre estos ejes, nuestro esfuerzo apunta a las distintas formas de integración social que se podrían derivar de las situaciones diferenciales en ambos. De hecho, en las sociedades contemporáneas, la sociabilidad cobra preeminencia como fuente primordial de “solidaridad”. Porque es de suponer que si el despliegue de la protección estatal tuvo como corolario una fisura aún mayor de la “protección cercana”, su retiro habría implicado un fortalecimiento de la sociabilidad primaria. Es razonable considerar que por más desconocidos que sean mis vecinos o débiles mis vínculos familiares, habré de recurrir a alguien para que cuide a mis niños en sus vacaciones, o cuando la extensión e indeterminación de mi horario laboral no me permita tener la certeza de que podré hacerme cargo de ellos. Del mismo modo, cuando ese vecino o familiar necesite dinero para solventar los costos del transporte al trabajo, habré de retribuirle. Sobre esta base de reciprocidad, es factible desarrollar un vínculo de solidaridad derivado de las relaciones de proximidad.

Por otra parte, la importancia que pueda adquirir el eje de la sociabilidad en tanto fuente de integración social variará conforme a la fortaleza, la debilidad y el tipo de vínculos que puedan establecerse. Cobra así relevancia el proceso de *segregación residencial creciente* en muchos contextos urbanos. En los barrios caracterizados por una condición de privación material generalizada al conjunto de sus habitantes, es difícil que la sociabilidad pueda resolver plenamente el déficit, pese a que los vínculos vecinales sean fuertes. Si la mayoría se halla desocupada, es difícil que alguien pueda recomendar a otro para un trabajo. La posibilidad de recurrir a personas en otra situación y de establecer vínculos que no se limiten a una relación de dependencia ampliará el potencial del ámbito de la sociabilidad como fuente de integración social.

Desde nuestra perspectiva analítica, y habida cuenta de la centralidad que ha adquirido el conocimiento en las sociedades contemporáneas, la *educación* resulta una dimensión clave para adquirir las capacidades que permiten el ejercicio de una ciudadanía activa. Por tanto, consideramos que la *dimensión educativa (e)* debe ser considerada en igual jerarquía analítica que el *trabajo* en el estudio del proceso I-D.

De manera complementaria, hemos enfatizado con Elías, la relevancia de “los equilibrios de poder” y de “la coacción social” (*d*) en el análisis de las distintas gradaciones de la integración social. Una relación fuertemente asimétrica de poder tendrá sin duda consecuencias negativas para una integración social *diversificada*. Agregamos este adjetivo puesto que una distribución asimétrica de poder no necesariamente tiene efectos adversos a una integración social a secas. De hecho, puede favorecer la integración plena de los individuos, grupos o Estados a un mandato que les es impuesto por quienes detentan el poder. ¿Cómo se regulan las necesidades y deseos de individuos y grupos? Este tema, al que Durkheim refiere como la necesidad de una “comunidad moral”, se torna particularmente problemático dada la creciente diferenciación de las sociedades y del proceso que ha sido concebido como una afirmación de las identidades. Más allá de las resonancias postmodernas que pueda tener esta temática de la explosión y fragmentación de las identidades, queremos llamar la atención acerca de la necesidad de considerar este elemento siendo que, la “adhesión voluntaria” a una regulación social uniforme y válida para todas las situaciones parece actualmente aún más difícil de resultar legítima.

Ciudadanos que forman parte de sociedades diferentes, jóvenes cuyas transiciones a la adultez adquieren mayor complejidad, instituciones cuyo peso se modifica en el curso de vida. Todo parece dirigido a que la coacción social concebida como normatividad uniforme atente contra la integración plena de distintos grupos e individuos. Quizás debamos pensar en las posibilidades de introducir este elemento sobre una suerte de piso mínimo indispensable de coacción y un máximo de reglas de comportamiento aceptables, en donde el margen de acción individual adquiera centralidad analítica.

Resaltamos la importancia de las repercusiones que las tendencias en los procesos de integración-desintegración desencadenan en la vida de los sujetos (*e*) para recordar la necesidad de trabajar en varios niveles de agregación (individuos, grupos, etc.). También, para poner de relieve la importancia que tiene en el desarrollo de una teoría sociológica de la integración social, la puesta en relación de los niveles micro, meso, y macro, o lo que se ha denominado en términos de superación de la dicotomía entre *estructura e individuo*. En este punto, concebimos clave observar lo que acontece en el plano *simbólico* de la integración social. Las valoraciones y expectativas de los individuos, desde nuestro enfoque, tiene tanta relevancia analítica como el plano *factual*.

En suma, nuestra perspectiva supone la combinación de cuatro *dimensiones* (*educación, trabajo, respeto de normas básicas de convivencia social y participación en grupos sociales*) y dos *planos de análisis* (*factual y simbólico*). En este modelo, la *educación* y el *trabajo* tienen un lugar igualmente jerárquico, reservando para la *participación en grupos sociales* un rol secundario, que no obstante podría operar como complemento o dinamizador de la integración social. No obstante, consideramos que en ausencia -o carencia- en las dos dimensiones principales, el rol integrador de la *participación en grupos sociales* quedaría muy restringido. Por otra parte, el *respeto de las normas básicas de convivencia social* marca un corte entre las gradaciones del proceso I-D: en ausencia de respeto a un conjunto básico de normas sociales, la situación desafiliación social resulta consumada. Con respecto a la relación entre los *planos*, evitamos anteponer un predominio analítico: nos interesa tanto los logros como las valoraciones. Así, lo *factual*

y *lo simbólico* se conjugan en las cuatro dimensiones analíticas consideradas.²⁷ Insistimos además, en la relevancia de abordar nuestro objeto como un problema *procesual, dinámico, gradual y multi-direccional*.

Finalmente señalamos un aspecto que consideramos de gran relevancia en la forma en cómo se ha problematizado y diagnosticado la integración social en las sociedades contemporáneas, que nos remite directamente a la diferencia entre “lazo social” en singular y en plural. Sostenemos que mientras el primero se quebranta, los segundos no: el tan mentado *debilitamiento del lazo social*, cuando no su *fractura* concierne específicamente a una normatividad social que preconiza *la* forma en que convendría realizar el lazo: amistoso, de vecindad, estudiantil, profesional, etc. Hay en ello un juicio ético acerca de lo que le ocurre a los lazos que deberíamos entretejer. Hay un lazo social fracturado entre las categorías ocupacionales y las instituciones laborales, en la mirada casteliana. ¿Pero no hay por ello “lazos sociales”? Como señala Karsz (2004: 210) “La Mafia es un ejemplo de lazo social particularmente sólido, *omertà* mediante clubes financieros también. Salvo que la especie humana fuera a desaparecer, los hombres están condenados a mantener lazos sociales (en plural). ¿Pero los lazos sociales pueden no ser lazo social, *that is the question!*”

²⁷ En el Capítulo 4 desarrollamos los criterios de *logro -material- adhesión -valorativa-* y su consideración en las cuatro dimensiones trabajadas.

Capítulo 3. Contextos barriales distintos y distantes: Casavalle y el Cerro en el conjunto montevideano

3.1 Introducción

El propósito de este capítulo reside en la descripción analítica de las características del espacio físico que conforman los barrios de Casavalle y el Cerro, así como las condiciones de vida que detentan sus habitantes, desde una perspectiva diacrónica. Esto es, procuramos rastrear las claves históricas que hacen a la génesis, el desarrollo y la situación actual de dichos barrios. Desarrollamos pues una descripción analítica de los contextos barriales de procedencia de los jóvenes con quienes trabajamos, de tal forma que podamos “situarlos”. Es con este cometido que nos abocamos a contextualizar el espacio territorial en donde habitan los jóvenes cuyo proceso de integración – desafiliación social analizamos en los capítulos subsiguientes (Capítulos 4, 5 y 6), de manera de precisar en qué medida, a partir de la escala barrial, el espacio habitado puede configurarse en tanto oportunidad o limitante de desarrollo de las experiencias biográficas. Así, buscamos reconstruir el desarrollo económico, social e institucional de Casavalle y El Cerro, enfatizando en los principales problemas del entorno barrial así como en sus fortalezas.

El análisis desarrollado combina la consulta a fuentes de información estadística y documental (principalmente materiales de prensa) con fuentes de información primaria recabadas en ocasión del desarrollo del trabajo de campo (conversaciones con vecinos, entrevistas a familiares de los jóvenes con quienes trabajamos, consultas a técnicos que laboran en el territorio, recorridos y participación en actividades barriales). Con esto nos proponemos una caracterización de Casavalle y El Cerro que además de una descripción de tipo socio-demográfico, contemple la perspectiva de los pobladores acerca de cómo conciben la experiencia de habitar en dichos contextos barriales.

El capítulo se estructura como sigue. En la siguiente sección (3.2) presentamos brevemente información referida a características socio-demográficas y económicas de

ambos barrios en perspectiva diacrónica. Consideramos necesario poner en relación la situación actual y la evolución de los barrios en una perspectiva territorial de la ciudad en su conjunto, para dar cuenta de la magnitud de las distancias entre Casavalle y El Cerro por una parte, y por otra parte, considerar las características descritas respecto de la situación del Montevideo en su conjunto.

Seguidamente, damos paso a la presentación de cada uno de los contextos barriales seleccionados: Casavalle (*sección 3.3*) y El Cerro (*sección 3.4*). Nos detenemos para ello, en la génesis y constitución de cada uno de los barrios, para arribar a su situación en el presente. Precisamos las características principales de la zona en su conjunto, a la vez que planteamos las diferencias más salientes entre las distintas comunidades al interior del barrio. El capítulo se cierra con un breve apartado de *síntesis y conclusiones* (*sección 3.5*); complementariamente, el Anexo 3 presenta información a la que hemos recurrido para la presente elaboración.

Recordemos que la lógica de selección de los barrios responde a nuestros intereses comparativos entre un contexto barrial históricamente pobre y marginado (Casavalle) y un contexto popular empobrecido con mayor heterogeneidad socio-económica en su interior (El Cerro). De acuerdo a nuestro diseño de investigación, para maximizar el contraste entre barrios, hemos priorizado el desarrollo del trabajo de campo en la zona más deprimida de Casavalle (en particular, el complejo de viviendas de la Comunidad Misiones- “Los Palomares”) y en la zona menos deprimida del Cerro (Villa del Cerro). Es así que nos detenemos en particular en la descripción analítica de estas dos zonas.

3.2 Casavalle y el Cerro en el contexto montevideano

Uruguay es probablemente el país con un sistema urbano menos equilibrado de América Latina. Dividido en diecinueve departamentos, el de Montevideo, que comprende su capital, es físicamente el más pequeño y poblacionalmente concentra aproximadamente a la mitad de la población del país. No obstante, a partir de la década de 1980 pareciera que la primacía de Montevideo ha comenzado a revertirse, mediante un movimiento centrífugo que llegó más allá de los límites de la región metropolitana, abarcando los departamentos adyacentes. Al considerar el último período inter-censal con información disponible, se observa que Montevideo registra a nivel agregado una disminución de su población. La tasa de crecimiento anual media en el período 1996–2004 es de -1,4 por mil (Cuadro 3.1).

Pero este guarismo oculta una significativa heterogeneidad en el comportamiento poblacional entre las distintas unidades territoriales consideradas a escala barrial. Se ha constatado que “las áreas consolidadas y de mayor antigüedad del departamento pierden población casi sin excepción y aquellas más periféricas y de menor consolidación edilicia crecen significativamente.”; confirmándose las tendencias ya observadas en el periodo inter-censal 1985-1996 (INE, 2006a: 6)

Entre las cuarenta y ocho “áreas aproximadas a barrios” que conforman la ciudad de Montevideo, Casavalle y El Cerro constituyen unidades territoriales (en adelante, barrios) posicionados por debajo de la media montevideana en todos los indicadores socio-económicos que se relevan a partir de la Encuesta Continua de Hogares (ECH) del Instituto Nacional de Estadística (INE).²⁸

²⁸ Recurrimos aquí, fundamentalmente, a aquellos indicadores que han sido sistematizados por el Observatorio Montevideo de Inclusión Social (Gallo y Bercovich, 2004) y para los periodos más recientes, actualizamos la sistematización de algunos indicadores vinculados al objeto de investigación.

Cuadro 3.1. Evolución intercensal de la población para el total de Montevideo y barrios seleccionados

Unidad territorial	1963	1975	1963-75	1985	1975-85	1996	1985-96	2004	1996-04
Montevideo	1202757	1237227	2.8%	1311976	5.7%	1344839	2.4%	1325968	-1.4%
Barrios									
Casavalle						28937	-	37017	21.8%
Cerro						32340	-	30270	-0.1%
Regiones									
Manga, Las Acacias, Barrio Borro	56503	69105	18.2%	77675	11.0%	87804	11.5%	109474	19.8%
Cerro, Casabó, Pajas Blancas, Sta. Catalina	37312	47745	21.9%	41459	-15.2%	56643	26.8%	61559	8.0%
Cerro Norte, La Paloma	11815	24681	52.1%	18452	-33.8%	33851	45.5%	40719	16.9%
Cerro (región)	49127	72426	32.2%	59911	-20.9%	90494	33.8%	102278	11.5%
Fuente: Elaboración con base en información censal de INE hasta el Censo de 1996 y a posteriori, cálculos propios.									
<i>Notas:</i> Con anterioridad a 1996 no disponemos de información censal con información a nivel de barrio. Por ello, se incluyen las “regiones”. Vemos también que Casavalle no aparece nombrado como barrio, sino que queda comprendido como “Barrio Borro” cuya información se presenta agrupada con los barrios aledaños de Manga y Las Acacias.									

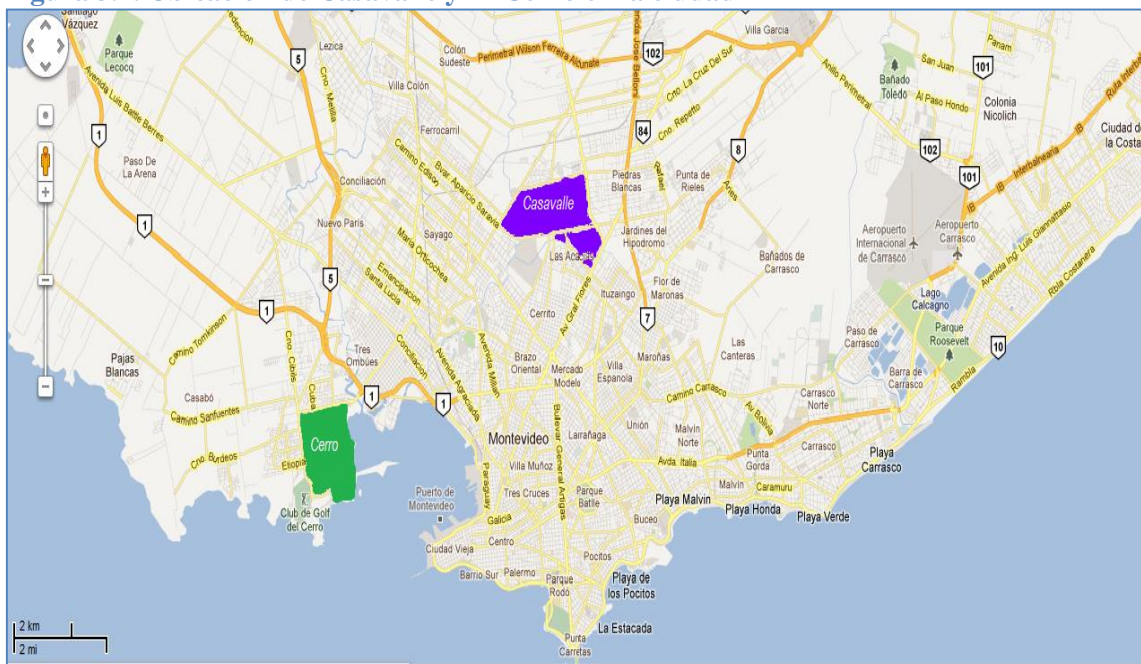
Casavalle es un barrio “receptor” de población, registrando un crecimiento poblacional del 22% en el último periodo intercensal disponible (1996-2004), lo cual se explica fundamentalmente por la formación y crecimiento de asentamientos precarios (INE, 2006a). Por su parte, El Cerro decrece muy levemente en términos poblacionales, por lo que en este sentido puede considerarse como un barrio “estable”. Como podemos apreciar en el Cuadro 3.1, aunque la población cerrense no crece, sí continúa el crecimiento poblacional de las zonas aledañas al casco histórico. En algunas zonas se ha producido un crecimiento poblacional importante en el periodo intercensal 1996-2004, principalmente producto de la conformación de asentamientos precarios.²⁹

Ambos barrios se hallan a distancias aproximadamente equidistantes del Centro de la ciudad (entre los veinte y veinticinco kilómetros). Casavalle se sitúa en el Noroeste de Montevideo y de acuerdo a la clasificación de barrios según niveles socio-económicos elaborada por el INE, pertenece a la “zona de nivel socio-económico *bajo*”. Por su parte, El

²⁹ El área conformada por Casabó y Pajas Blancas registra un incremento del 22,4%.

Cerro se ubica al Oeste de la ciudad, y se clasifica como perteneciente a la “zona de nivel socio-económico *medio bajo*”.³⁰ Ambos barrios colindaron históricamente con zonas de chacras* y quintas de explotación rural.

Figura 3.1. Ubicación de Casavalle y El Cerro en la ciudad



Casavalle se corresponde con el área coloreada más oscura (en azul-violeta). Al centro del barrio se halla la zona más deprimida, integrada por los complejos de viviendas Misiones, que los vecinos y habitantes denominan “Los Palomares” del Borro, y los conjuntos habitacionales Unidad Casavalle 1 y Unidad Casavalle 2. Se ubican en la zona, además, varios asentamientos irregulares y núcleos habitacionales precarios sin nombre, que han crecido por “goteo”³¹ fundamentalmente en la zona contigua a la Unidad Casavalle al norte, denominada como El Borro. El área coloreada más clara (en verde) se corresponde

³⁰ La ubicación de los barrios en la ciudad puede apreciarse en la Figura 3.1.

³¹ La denominación ha sido desarrollada por Álvarez-Rivadulla (2009 y 2012) para diferenciar este tipo de invasiones ilegales de terrenos de aquéllas, también ilegales, pero proyectadas y concretadas por organizaciones de vecinos, compañeros de trabajo o personas nucleadas en torno a la acción colectiva, como consecuencia de problemas en el acceso a la vivienda. Este tipo de ocupaciones se caracterizan por una capacidad organizativa de sectores medios empobrecidos que, ante la suba de los precios de alquileres y la precarización de los puestos de trabajo, vieron con la reapertura democrática la posibilidad de “resistir la desafiliación” mediante la auto-construcción de vivienda, la lucha por la regularización de los asentamientos y la gestión colectiva de los servicios de aprovisionamiento urbano. (Álvarez-Rivadulla 2000; 2007) En El Cerro predominan los asentamientos irregulares “organizados”, en tanto que en Casavalle, aquéllos “por goteo”, con menores capacidades organizativas y condiciones de precariedad sustantivamente mayores.

con El Cerro, en cuyo centro se halla la zona menos deprimida: la Villa del Cerro, también denominado el Casco histórico. En sus bordes se ubican las zonas más deprimidas: La Curva, Cerro Norte y Casabó.

Tanto en Casavalle como en el Cerro se han detectado problemas específicos vinculados a los rendimientos educativos de los jóvenes. Es así, que desde el año 2007, se instalaron en cada uno de los barrios un “Aula Comunitaria”.³² En efecto, cuando observamos el logro educativo de los jóvenes, encontramos desigualdad de niveles plasmadas en el territorio. Al comparar los guarismos para los jóvenes de Casavalle y aquéllos del Cerro en una mirada comparativa y con respecto a los guarismos registrados en el conjunto de la ciudad, queda claro que la situación educativa en ambos barrios es preocupante, aunque en Casavalle ello se agudiza.

Cuadro 3.2. Años de educación aprobados (como máximo). Jóvenes de 18 a 29 años						
Años de educación aprobados	Montevideo		Casavalle		Cerro	
	n	%	n	%	n	%
Hasta 6	27307	12.5	2622	42.5	1033	20.5
De 7 a 11	102116	46.6	3173	51.5	2962	58.6
12 y más	89530	40.9	371	6.0	1056	20.9
Total	218953	100.0	6166	100.0	5051	100.0

Fuente: Elaboración propia con datos de la ENHA, INE 2006.

A partir del año 1985 Montevideo registra un incremento paulatino pero sostenido en la cantidad de años de educación formal aprobados por su población. Los resultados señalan que, cualquiera sea el nivel educativo logrado, se verifican desde entonces incrementos sucesivos en la polarización territorial de las personas según su nivel educativo. Al menos hasta el periodo 2001-2003, de acuerdo a Gallo y Bercovich (2004) el resultado acerca de la existencia de segregación residencial educativa es robusto. Los montevideanos en su conjunto aumentan la cantidad promedio de años de educación formal aprobados, pero este incremento se distribuye desigualmente entre los residentes de los

³² El Programa de Aulas Comunitarias (PAC) comenzó a funcionar en el año 2007, con 8 aulas en distintos barrios de Montevideo. El PAC es concebido como un “puente” para volver a la escuela. Es un modelo educativo que permite a los adolescentes cursar primer año del ciclo básico para luego continuar estudiando en un liceo o escuela técnica. Comprende además una modalidad de seguimiento para los egresados del Programa. Las aulas son coordinadas por ONGs que ya desarrollaban proyectos en las zonas, y el programa es dictado por docentes de secundaria. Está dirigido a adolescentes de entre 12 y 15 años que se desvincularon de la educación formal, que nunca se matricularon en secundaria o que cursan el primer año del ciclo básico y presentan alto riesgo de desafiliación educativa por inasistencias reiteradas, dificultades en el comportamiento o bajo rendimiento. En los años 2008 y 2009 el programa ha ampliado su cobertura, y sus modalidades.

distintos barrios. En el Cuadro 3.3 mostramos la evolución porcentual de la aprobación de distintos niveles de logro educativo.

Cuadro 3.3. Niveles de "logro educativo" en las distintas unidades territoriales						
Porcentaje de personas entre 15 y 65 años con primaria incompleta						
BARRIO	1986-88	1996-98	2001-03	2004-05	2006	2009
Montevideo	13.5	6.9	5.5	5.1	5.7	5.1
Casavalle	29.0	16.1	13.2	15.7	17.6	12.0
Cerro	17.0	8.8	6.5	5.5	8.6	4.9
Porcentaje de personas entre 17 y 65 con Ciclo Básico de Secundaria incompleta (menos 9 años)						
BARRIO	1986-88	1996-98	2001-03	2004-05	2006	2009
Montevideo	52.2	39.9	33.4	31.3	32.9	34.1
Casavalle	85.6	76.1	70.4	71.7	70.9	73.0
Cerro	66.9	55.6	43.3	41.1	49.3	47.3
Porcentaje de personas entre 21 y 65 años con Segundo Ciclo de Secundaria completa (12 o más años de educación)						
BARRIO	1986-88	1996-98	2001-03	2004-05	2006	2009
Montevideo	20.5	33.7	41.1	44.8	40.7	39.0
Casavalle	2.1	4.3	7.7	6.9	6.5	4.9
Cerro	8.5	14.6	21.7	29.2	21.1	21.1
Porcentaje de personas entre 25 y 65 años con universidad completa						
BARRIO	1986-88	1996-98	2001-03	2004-05	2006	2009
Montevideo	sd	8.5	10.3	sd	sd	11.9
Casavalle	sd	0.4	0.1	sd	sd	0.6
Cerro	sd	1.6	2.3	sd	sd	5.4
Fuente: Observatorio Montevideo de Inclusión Social, con datos de la ECH-INE.						
sd: Sin datos						

Destaca la distancia de Casavalle respecto a la media montevideana: para todos los niveles de logro considerados sus habitantes registran, en promedio, el nivel más bajo entre los 48 barrios de la ciudad. En el caso del Cerro predomina una posición por debajo del nivel de logro del conjunto de la ciudad.

Con referencia a las condiciones de privación material y habitacional que detentan los habitantes de uno y otro barrio, destaca que también en este caso, al observar la evolución del porcentaje de personas pobres (de acuerdo a la línea de pobreza calculada por el INE, 2002) y el porcentaje de personas en hogares con hacinamiento, Casavalle se halla

muy por encima de la media montevideana, ocupando el lugar peor posicionado entre los 48 barrios montevideanos. Si la crisis económica que azotó al país en el año 2002 tuvo repercusiones amplias para la sociedad como conjunto, la evolución del porcentaje de personas en hogares con ingresos por debajo de la línea de pobreza nos muestra que para 2004-2005 tanto en Casavalle como en El Cerro, el incremento porcentual fue mayor que en la ciudad en su conjunto, lo cual asume mayor importancia siendo que dichos barrios ya registraban guarismos superiores a la media montevideana. Para 2006 en todas las unidades territoriales consideradas se registra un descenso de dichos porcentajes, aunque los barrios más pobres asistieron a un descenso más lento que aquéllos mejor posicionados, tanto de los niveles de pobreza como de indigencia.³³

Cuadro 3.4 Pobreza y hacinamiento en las distintas unidades territoriales						
Porcentaje de personas en hogares con ingresos por debajo de la línea de pobreza						
BARRIO	1986-88	1996-98	2001-03	2004-05	2006	2009
Montevideo	sd	sd	23.7	30.8	26.5	24.0
Casavalle	sd	sd	65.3	80.9	67.7	65.4
Cerro	sd	sd	36.8	41.7	36.9	32.4
Porcentaje de personas en hogares con hacinamiento (3 o más personas por habitación)						
BARRIO	1986-88	1996-98	2001-03	2004-05	2006	2009
Montevideo	5.1	11.6	11.8	11.6	11.7	10.1
Casavalle	14.9	35.9	33.7	24.0	32.3	22.2
Cerro	8.3	15.6	15.5	15.0	16.5	11.7
Fuente: Observatorio Montevideo de Inclusión Social, con datos de la ECH-INE. Referencias: sd, sin dato						

Los hogares hacinados son aquellos en donde se registra la presencia de tres o más personas por dormitorio. De modo que el hacinamiento es un indicador que da cuenta de las condiciones habitacionales de las personas. Así, en Casavalle, más de una tercera parte de los hogares detentan esta característica para el año 2006. Tres años más tarde se produce una reducción de más de diez puntos porcentuales, lo que sugiere que las soluciones habitacionales implementadas en los últimos años han resultado efectivas. No obstante, el barrio como conjunto aún duplica al porcentaje registrado en el conjunto de la ciudad, y al

³³ Sobre el particular, puede consultarse Espíndola y Leal, 2007.

registrado entre los habitantes del Cerro. En los hogares que registran hacinamiento no se dispone, entre otras carencias, de lugares aptos para la realización de la tarea escolar.³⁴

Por otra parte, es preciso mencionar que los niveles de pobreza son superiores entre los menores de 18 años. El porcentaje de menores de 18 años de edad residentes en hogares con ingresos por debajo de la línea de pobreza alcanzaba en el año 2009 al 41,6% en Montevideo. En el Cerro, la mitad de los menores de 18 años residía en “hogares pobres” y en Casavalle las tres cuartas partes (50.7% y 75.8%).

A los efectos de la presente investigación, interesa notar que la mayoría de los jóvenes residentes de estos barrios vivieron -al menos transitoriamente- en hogares en situación de pobreza. Fueron niños y/o adolescentes en medio de las fuertes repercusiones de la crisis económica de 2002, época en que los niveles de pobreza crecieron de manera importante. Para el periodo 2004-05 un 52% de los menores de 18 años en Montevideo residían en hogares con ingresos por debajo de la línea de pobreza. En el Cerro, dicho guarismo alcanzaba los dos tercios (66.6%) y en Casavalle era una situación generalizada (93.8%).

Respecto de los niveles de indigencia cabe comentar que estos vienen disminuyendo desde el año 2004, aunque persisten fuertes diferencias entre las distintas unidades territoriales. Para el periodo 2004-05 un 4.7% de los montevideanos vivía en hogares con ingresos menores a la línea de indigencia; situación que entre los cerrenses alcanzó a casi el doble del promedio de la ciudad (8.7%) y a más de un quinto de los casavallenses (21.1%). En el año 2009 estos guarismos se habían reducido a 1.8%, 2.1% y 4.7% (Montevideo, Cerro y Casavalle respectivamente). Aunque ambos barrios comparten la tendencia descendente registrada en el conjunto de la ciudad, vemos que en El Cerro el porcentaje de personas que se hallan por debajo de la línea de indigencia es ligeramente superior al promedio montevideano y que, por otra parte, en Casavalle aún en el año 2009 se registraba igual porcentaje de personas en esa situación, que el verificado para Montevideo en el periodo de mayor repercusión de la crisis económica desatada en el año 2002.

Evidentemente, los barrios seleccionados para este estudio tienen características socio-económicas y demográficas específicas, que trataremos de describir analíticamente en

³⁴ Este punto ha sido contrastado ampliamente en el curso del trabajo de campo realizado para la presente investigación.

los dos siguientes apartados. Para ello presentamos una sintética descripción analítica de su génesis, crecimiento y situación presente.

3.3 La trayectoria barrial signada por la privación material (o “evolución socio-económica de Casavalle”)

La población de Casavalle representa un 2.8% de la población montevideana; se distribuye en mitades entre varones y mujeres y es en promedio, nueve años más joven que en el conjunto de la ciudad. Este crecimiento viene de la mano de una estructura de edades cuya pirámide es de forma triangular, es decir, bien diferente de la distribución registrada para Montevideo en su conjunto³⁵ Si se observa la población menor de 15 años que vive en Casavalle de acuerdo al Censo de 2004, la distancia con respecto al conjunto montevideano es aún mayor. En ese barrio un 37% del total de las personas que allí residen tiene menos de 15 años de edad, mientras que en el promedio de la ciudad representa un 21%. Si consideramos que es entre los menores de 18 años de edad que se registran los mayores guarismos de personas residentes en hogares por debajo de la línea de pobreza, resulta más claro que para la mayoría de los habitantes de Casavalle la vida en el barrio se enmarca en un conjunto de privaciones materiales que pueden tornarse acuciantes. Como relata la maestra directora de una escuela primaria pública del barrio, las privaciones materiales condicionan fuertemente la vida cotidiana:

³⁵ La media de edad registrada para Casavalle es de 26 años en tanto que para el conjunto de Montevideo es de 35 años de edad. En el Anexo 3, sección A3.1 presentamos la pirámide poblacional de Montevideo y de los barrios seleccionados.

“A veces no tenés más remedio que parar todo, porque alguno se siente mal o se desmaya. Es que a veces vienen sin comer, de repente no cenaron y tampoco desayunaron. Y cuando llamás a los padres, ¿qué les vas a decir? Uno les dice, pero no hay mucho que hacer... Y tampoco se trata de entrar en el asistencialismo, pero es muy difícil, muy difícil. (...) Claro, no, no se ve la miseria como hace unos años, con la crisis fue terrible. No quedó ni un solo gato en la vuelta, ¡se los comieron todos!”

Aunque para muchos, esta situación ha enmarcado sus historias familiares, no por ello la situación deja de preocuparles. En nuestros recorridos por el barrio y conversaciones con los vecinos, es frecuente abordar temas tales como la escasez de recursos económicos y las pocas posibilidades de diversificar las fuentes de obtención de recursos. Una de las changas* más visibles entre los casavallenses es la de hurgador*. Personas solas, a veces con niños, recorren la zona en carros tirados por un caballo, o a veces carros a mano, recogiendo residuos, que luego venderán en algún depósito de la zona.³⁶

3.3.1 Génesis y conformación del barrio

“La zona tradicionalmente ha sido de naturaleza rural, pero las políticas sociales y la falta de planificación urbana, han llevado a que en los últimos 50 años, se convirtiera en refugio de los sectores económicos más golpeados de la población nacional, como consecuencia de las políticas económicas aplicadas en el país durante mucho tiempo.”

(<http://casavalletaims.com/about/nuestro-barrio/>)

El nombre del barrio Casavalle hace referencia a un vecino del lugar que, en el periodo colonial, había participado de los combates de la Banda Oriental contra las tropas inglesas y posteriormente, contra las portuguesas.³⁷ El territorio que hoy se denomina como

³⁶ Entre las notas de campo llama la atención la presencia de los carros hasta media mañana, que “salen” del barrio. Por ejemplo: “Llego a la plaza de Casavalle. Son las 9 y media de la mañana, poca gente en la calle. Día soleado. Por Aparicio Saravia, varias personas con carros comienzan su jornada. Alrededor de las 11 am la “salida” parece haber terminado. (Notas de campo)

³⁷ Se denomina como “Banda Oriental” al territorio que actualmente ocupa Uruguay y el estado de Río Grande del Sur (hoy parte del territorio brasileño), desde la conquista española y hasta el año 1813. A comienzos del siglo diecinueve, Pedro Cabavalle, militar, político y estanciero, compró dos chacras en la zona hoy denominada como Casavalle (específicamente, en “El Borro”). Destaca de su actividad militar, su participación en las luchas de resistencia a las Invasiones Inglesas en Montevideo. Y de su actividad política, que fue electo, en el año 1815, “Defensor de los Pobres”, en una elección que se realizó en su propia casa. (véase http://www.casavalledigital.com/wiki/index.php?title=Pedro_Casavalle).

Casavalle fue escenario de estas luchas, pero ha perdido su significado.³⁸ Ese espacio criollo-semi rural donde había lugar para las chacras y solares se fue transformando progresivamente desde las primeras décadas del siglo veinte, en que se comenzó a urbanizar la zona, mediante el loteamiento de terrenos de grandes extensiones. Así, se crean conjuntos habitacionales de viviendas de distinto tipo y calidad (Plácido Ellauri en 1908, Jardines del Borro en 1926 y Bonomi en 1953). Pero será recién en 1957, con la proyección, construcción y ocupación del complejo Unidad Casavalle que se consolidará el nombre de Casavalle para la zona, que comenzara a incrementar su población de manera sostenida.

La población del área delimitada como “Casavalle” ha sido conformada por diferentes grupos poblacionales que, fundamentalmente a partir de la década de 1950, comenzaron a instalarse en un territorio antiguamente despoblado, ocupado por casacasquintas y grandes terrenos baldíos, muchos de ellos inundables. La población que actualmente habita Casavalle proviene en su gran mayoría, de zonas céntricas desalojadas, del medio rural y de ciudades más pequeñas.

Nuestra investigación se ha desarrollado fundamentalmente en el antiguo predio proyectado en 1957 para la Unidad de Habitación Casavalle, comprendido hasta el presente por tres intervenciones claramente diferenciadas: la Unidad Casavalle N° 1, de 1959 (“Las Sendas”), la Unidad Casavalle N° 2 de 1961, y la Unidad Misiones (“Los Palomares”) construida en 1972; así como en un asentamiento irregular sin nombre conformado “por goteo”³⁹: se desarrolla como continuación de Las Sendas hacia el norte, en un espacio anteriormente desocupado en los límites con los Jardines del Borro (“El Borro”). Conjuntamente con el complejo de viviendas denominado Marconi, se trata de la zona más deprimida al interior de Casavalle.

³⁸ Como señala Álvarez-Pedrosián (2010: 2): “La voz de Casavalle tiene un origen criollo y refiere a este personaje del Montevideo colonial muy influyente en la emancipación oriental...los significados por el contrario son ignorados y sustituidos por unos que más que referir a sentidos como el de independencia, lucha libertadora y Artiguismo, lo hacen a la inseguridad, la violencia y la mayor de las estigmatizaciones del Uruguay contemporáneo.”

Para una reconstrucción histórica de Casavalle durante el periodo colonial, puede consultarse www.casavalledigital.com, una iniciativa de vecinos de la zona por recuperar una identidad barrial vinculada a la lucha libertadora.

³⁹ De acuerdo al Censo de 2004, un 9.8% de la población montevideana reside en asentamientos irregulares. En Casavalle este guarismo representa el 28.1% de su población.

Las viviendas construidas en las tres intervenciones arquitectónicas emprendidas por el Estado en el terreno de la proyectada Unidad de Habitación Casavalle, suman unas 900, (Cecilio y otros, 2003:105). “Los Palomares” de Misiones ocupa aproximadamente la tercera parte del predio y más de la mitad de la cantidad de viviendas, lo que indica que más allá de las condiciones de hacinamiento que pueda haber al interior del hogar, se trata de una comunidad que podríamos caracterizar como hacinada en su conjunto. Con pasajes muy angostos entre las tiras de viviendas, sus ocupantes han ido creando nuevas divisiones al interior, y agregando piezas conforme los hogares se fueron reproduciendo, lo que contribuye a una imagen muy deteriorada del complejo habitacional. Un proceso similar ha acontecido en “Las Sendas”, en donde los pobladores originales de dichas unidades habitacionales han subdividido cada casa en dos: una al frente y otra al fondo.

En el siguiente mapa (Figura 3.2) puede apreciarse la ubicación territorial de las distintas “comunidades”.

Figura 3.2. Casavalle y sus distintas “comunidades barriales”



Aunque estas “comunidades” se hallan en la zona denominada como “Casavalle” desde una mirada externa, se trata de territorios “yuxtapuestos” y “fragmentados” (Álvarez Pedrosián, 2009) que se cierran sobre su interior. “Los Palomares” de la Unidad Misiones y del Marconi son las comunidades que los vecinos coinciden en identificar como las más

peligrosas, fundamentalmente en razón de la concentración de bocas*: la comercialización de drogas ilegales es una actividad que se realiza con pleno conocimiento de los vecinos, y al decir de estos, de los agentes policiales que recorren el barrio patrullando.

Los relatos de los jóvenes y de algunos de sus padres y abuelos, de familias oriundas de departamentos del interior del país que llegaron a esta zona ubicada en la periferia de la ciudad con anterioridad a 1970, coinciden en una descripción del barrio como un lugar despoblado, desprovisto de todo tipo de servicios, una zona casi desierta, sucia, inundada frecuentemente. Allí construyeron sus viviendas.

La trayectoria residencial de Daniel es la de muchos migrantes del interior del país. Padre de Germán, uno de los jóvenes con quienes trabajamos, Daniel llegó a Montevideo con su familia de origen, en la década de 1970. Se instaló en Casavalle, donde construyó su vivienda actual en un asentamiento que se estaba creando:

“De Rivera vinimos (departamento ubicado al norte del país, en la frontera con Brasil), y sí, por trabajo... Levantamos el rancho con mi padre, de a poquito fuimos haciendo. (Para este barrio vinimos) porque era donde nos dijeron que se podía, en esa época nadie te hacía problema por el terreno, y tampoco sabíamos que esto se iba a poner así (alude a la inseguridad que los vecinos coinciden en señalar como un problema generalizado en el barrio).”

Paulatinamente, el barrio se fue poblando con habitantes llegados de otros barrios de la ciudad, realojados en los complejos de viviendas que se construyeron. Es importante señalar que estas viviendas fueron concebidas como “Barrios de Emergencia”, destinadas al realojo de familias cuya situación habitacional era muy precaria o se encontraban ocupando viviendas en zonas céntricas de la ciudad, de manera ilegal. Se trató de una política de erradicación de cantegriles*, llevada a cabo desde la órbita gubernamental de aquel entonces.⁴⁰ Lejos de dicha erradicación, se consolidaba así un territorio de pobreza y privación, cuya reproducción ampliada persiste hasta hoy.

A partir de la reapertura democrática, Casavalle ha sido objeto de ensayo de intervenciones de política de muy diverso tipo. Desde entonces un número creciente de organizaciones de la sociedad civil se han instalado en el barrio, realizando actividades de capacitación, recreativas, de asistencia y asesoramiento con distintas “poblaciones objetivo”: niños, adultos mayores, mujeres, que se suman al trabajo comunitario que venían

⁴⁰ El Ministerio de Vivienda y Promoción Social por quien fuera su figura principal mientras existió dicho ministerio: la esposa de Juan María Bordaberry, quien sería el presidente de la dictadura en su primer periodo.

desarrollando organizaciones católicas salesianas y, de manera más puntual, algunos militantes políticos de base. Pese a una gran inversión destinada a “la resignificación de Casavalle” a comienzos de siglo, los resultados obtenidos se evalúan como francamente deficitarios (Filardo, 2005).

3.3.2 Situación presente y problemática actual

En el año 2005, con el triunfo de la izquierda en el gobierno nacional, se crea el Ministerio de Desarrollo Social (MIDES), desde donde se implementan una serie de planes con base territorial en zonas de atención prioritaria. Así, en el territorio de Casavalle se cuenta con tres oficinas del Servicio de Orientación, Consulta y Articulación Territorial (SOCAT), equipos de técnicos que laboran en comunidades específicas.⁴¹ Se trata de una articulación entre el Estado y las organizaciones no gubernamentales que ya venían desarrollando actividades en el barrio, para brindar acompañamiento a las familias residentes, facilitando el acceso a determinados servicios públicos mediante la articulación de los recursos existentes. Entre otras funciones, se asesora a los vecinos en los trámites para obtener la documentación necesaria para trabajar (carnet de salud, cédula de identidad), se informa y apoya en la gestión de las prestaciones monetarias a las que tienen derecho (Tarjeta de Alimentación, Asignaciones Familiares, entre otros). A su vez los SOCATs fueron diseñados con un objetivo adicional: el de promover espacios de participación donde vecinos y actores locales puedan construir acciones colectivas en respuesta a determinados problemas específicos que han identificado. En particular, en Casavalle el tema más demandado por los vecinos es el de la atención psico-social a jóvenes consumidores de pasta base de cocaína (PBC) y la prevención del consumo en adolescentes.⁴²

⁴¹ Los SOCATs constituyen una herramienta de descentralización de la ejecución de los programas sociales del MIDES. De los setenta y siete SOCATs en funcionamiento, veintisiete están instalados en Montevideo, ubicados en zonas seleccionadas de acuerdo a las características socio-económicas desventajosas de la población residente. Cuatro SOCATs se hallan en Casavalle, tres de ellos en las zonas más carenciadas del barrio.

⁴² Durante el transcurso de nuestro trabajo de campo se realizaron en el barrio tres talleres que nuclearon a los SOCATs que funcionan en el territorio de Casavalle, para tratar el tema del consumo problemático de drogas

La zona cuenta con una importante infraestructura de servicios públicos: centros de atención a la infancia, centros de educación preescolar, escuelas primarias (seis) forman parte de la oferta de locales de educación formal. Que se complementa con varios centros de educación no formal (clubes de niños, de jóvenes, dos centros muy importantes de formación en oficios y capacitación laboral en tareas como carpintería, jardinería; auxiliar de limpieza y barrido de espacios públicos). También se cuenta con varios centros de salud pública (Policlínicas) que ofrecen atención a la salud general y en distintas especialidades. Pese a la amplia cobertura de servicios públicos, se ha señalado reiteradamente (Cecilio y otros, 2003; Filardo, 2005; González, 2010) la necesidad de distinguir entre cobertura y calidad: desde la higiene de los lugares, hasta el equipamiento y la existencia de cupos limitan las posibilidades de los casavallenses de acceso a los servicios “disponibles”.⁴³

Por otra parte, la oferta de educación inicial y de nivel primario contrasta con la ausencia de instituciones de educación secundaria en el territorio. Hasta el año 2007 no había en toda la región de Casavalle ninguna escuela secundaria pública y sólo una privada; quienes querían continuar sus estudios luego de la escuela primaria debían casi que forzosamente, salirse del barrio. Situación que no ha cambiado mucho al presente: al 2010 existen únicamente dos experiencias específicas de enseñanza secundaria en establecimientos en el territorio que, por otra parte, no son accesibles a todo joven en condiciones de cursar la escuela secundaria. Por una parte, a partir del año 2008 existe una modalidad educativa asistida que busca reincorporar a la escuela a los jóvenes que habiendo culminado la primaria, han dejado de estudiar por lo menos por un año. Se trata de un Aula Comunitaria gestionada por una organización no gubernamental, en donde

ilegales. Si bien es un tema que preocupa y angustia a los vecinos, en particular a las madres de consumidores de PBC, la asistencia de personas que no formaban parte del equipo inter-institucional fue muy reducida (en el entorno de unas 10 personas). De acuerdo a un estudio coordinado por el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES, 2006: 8-9): “La pasta base de cocaína surge a partir de diversos procesos de elaboración química, en los cuales las hojas de coca secas son maceradas en agua y sufren el agregado de permanganato de potasio y gasoil, desechándose las hojas obteniéndose la pasta base cruda, la cual pasa a través de un proceso de extracción con Kerosene. Posteriormente se le agregan sustancias alcalinas permanganato de potasio, ácido sulfúrico y amoníaco, obteniéndose la pasta base de cocaína. (...) Al ser fumada la sustancia desde los pulmones alcanza rápidamente el cerebro, provocando su efecto psicoestimulante a pocos segundos del consumo; el inicio es más rápido que para la cocaína esnifada, pero a su vez la caída del efecto ocurre más rápidamente (dura pocos minutos), presentando un poder adictivo mucho mayor.” (Junta Nacional de Drogas, 2006). Abordamos con más detalle este tema hacia el final de este apartado.

⁴³ Por ejemplo, para conseguir una cita con médicos de determinadas especialidades los vecinos deben realizar colas desde las 3 de la mañana.

imparten sus cursos docentes habilitados de Secundaria procurando que el joven logre aprobar primer año de secundaria, luego de lo cual deberá buscarse una escuela secundaria propiamente.

La otra posibilidad de acceso a la oferta educativa secundaria es en un centro educativo privado, en donde hace algunos años se empezó a brindar la oportunidad de asistir de manera gratuita a un cupo de cien jóvenes residentes de Casavalle. Esta oferta, además de ser muy reducida en cantidad, es muy restrictiva respecto de las condiciones de postulación al sorteo: el joven postulante debe proceder de un hogar con ingresos inferiores a la línea de pobreza y no haber repetido más de dos años en la trayectoria escolar anterior; requiere además, de la participación de la familia en distintas actividades del centro (cocina, limpieza, apoyo en actividades recreativas). En estas condiciones el acceso a la educación secundaria resulta muy limitado para los casavallenses.

Otra carencia importante del barrio es la falta de espacios públicos acondicionados para esparcimiento. No se trata que no haya plazas, pero estas se encuentran habitualmente en pésimas condiciones de limpieza y mantención. La principal plaza del barrio⁴⁴ es un lugar de tránsito entre los servicios públicos -escuela y policlínica de salud-, “Las Sendas” y “Los Palomares”. Una gran proporción del terreno permanece como un descampado y hace pocos años se ha logrado instalar unos juegos para niños y unos bancos para sentarse. No obstante, es raro ver vecinos disfrutando del espacio. Los casavallenses tienen una sensación compartida, al menos por muchos de ellos, que su barrio es relegado del desarrollo de la ciudad⁴⁵:

“Es que está todo podrido acá. ¿Qué ganas te van a dar de venir a sentarte acá? Para eso me quedo en mi casa, y el día que junto unos pesos, cuando pueda me voy al Prado. ¡Pero qué injusto! ¿No? Por qué unos tienen en su barrio plazas todas lindas y nosotros no podemos tener ni una?” (Vecina de “Los Palomares”)

“Muchas diferencias hay. ¡Nosotros no tenemos contenedores de basura! Porque dicen que si ponen los van a romper en seguida. ¿Y en otros barrios no los rompen? Y les ponen contenedores igual. Porque es muy fácil decir que la gente es mugrienta si vos no le ponés un lugar para que tire la basura. A nosotros todo nos da mucho más trabajo” (Vecina del Borro; documental “La dignidad de los In-visibles)

⁴⁴ Véase en Anexo 3, la sección de registro fotográfico la “plaza Casavalle”

⁴⁵ La creación por parte de vecinos del barrio, de un grupo en la red social de Facebook que se ha auto-denominado “Casavalle también es Montevideo” resulta ilustrativo de este punto.

También son muy escasos los comercios establecidos destinados al esparcimiento. Un par de lugares de conexión a internet y un local de comidas rápidas. Luego, entre las viviendas, sí encontramos pequeños comercios de diversos rubros (venta de comida casera, fabricación y reparación de artículos de vestimenta y de artículos para el hogar, etc.).

Los casavallenses registran una tasa de desempleo levemente mayor al conjunto de Montevideo (10.1% y 7.6% respectivamente al 2009), siendo la situación de desempleo tres veces superior para las mujeres que para los hombres (16.1% y 5.5% respectivamente). Pero el grupo que presenta mayores dificultades de inserción laboral es el de jóvenes de entre 15 y 24 años de edad: registran una tasa de desempleo del 22.6%. Esto es, más de una quinta parte de los jóvenes casavallenses se halla buscando trabajo sin haberlo logrado. Por otra parte, en este grupo de edad es donde se registran mayores porcentajes de carencia de cobertura de seguridad social. Así, el desempleo y el empleo precario son rasgos característicos de los jóvenes.⁴⁶

Las actividades laborales principales en el sector asalariado se vinculan entre ellos, fundamentalmente, al sector de la construcción y talleres de reparación de distintos productos, o son empleados en pequeños comercios. Las mujeres también trabajan en pequeños comercios, pero fundamentalmente las labores que más comentan son aquellas vinculadas a los servicios domésticos de limpieza, sea en empresas o en viviendas particulares. También registramos casos de algunos obreros industriales, de la industria textil y alimenticia. Antiguamente otras fuentes de trabajo al alcance de los casavallenses eran algunas curtiembres ubicadas en las proximidades de la zona, que en su mayoría cerraron antes de 1980. Ello redujo sus posibilidades de acceso a un empleo que, aunque de baja calificación y escasa remuneración, les facilitaba el acceso a un conjunto de protecciones sociales (atención de salud en sistema mutual, aporte jubilatorio, etc.). Para el año 2009 más de una cuarta parte de los trabajadores asalariados de Casavalle no tenía derecho a ningún tipo de protección social (26.1%, guarismo que para el conjunto de Montevideo ascendía a 17.4%).⁴⁷

⁴⁶ Véase Cuadro A.3.2 en Anexo al Capítulo 3.

⁴⁷ También es indicativo de las condiciones de desprotección laboral de los casavallenses el hecho que los trabajadores por cuenta propia sin local, que además, tienen menos de 12 años de educación formal aprobados, representan poco menos del doble que en el conjunto de los montevideanos (6.4% y 3.6% respectivamente).

En un informe diagnóstico del Programa Infancia, Adolescencia y Familia (Infamilia) del MIDES realizado en el año 2004 se describía la zona como sigue:

“El panorama resulta abrumador, sucediéndose las viviendas precarias, los basurales y el gris de las calles en un paisaje que se mantiene incambiado a lo largo de varios kilómetros. Se combinan aquí grupos de viviendas de chapa y cartón, pequeñas construcciones de bloques, casas antiguas a dos aguas muy deterioradas, complejos de viviendas que la gente ha llamado palomares, tramos de espacios verdes salpicados de basura, calles de tierra y balastro en mal estado, el asfalto sin veredas por donde transitan autos, camiones, bicicletas, ómnibus, niños, carros con caballos, caballos sueltos y perros.”

Sin duda, la crisis económico-financiera que vivió el Uruguay en el año 2002 tuvo importantes repercusiones negativas en un barrio, que como se ha desarrollado aquí, ya registraba muchos problemas de privación material. Pero a la crisis es necesario sumarle un elemento novedoso que irrumpe en la vida cotidiana: la aparición de la pasta base de cocaína (PBC). En efecto, el ingreso masivo de la PBC se da partir del 2002 fundamentalmente destinado al consumo interno.⁴⁸ Además, entre los años 2004 y 2006 han aparecido incautaciones de la droga con otros componentes químicos que habilitaron la hipótesis de existencia de laboratorios para la producción del clorhidrato y para adulterar (“estirar”, “cortar”) con el fin de incrementar la rentabilidad de su comercialización. Hipótesis que ha sido corroborada tiempo después, mediante el allanamiento de algunas bocas y el descubrimiento de laboratorios en la zona de Casavalle. Una particularidad de esta droga es su mayor concentración geográfica de los puntos de venta de PBC, verificándose en los barrios más carenciados de la periferia de Montevideo. Señalan Garibotto y otros (2006:3) que su distribución y consumo: “se afianza en la captación de miembros para la red de tráfico a través de redes locales vecinales y familiares. A ello contribuyen las características del consumo compulsivo de los usuarios de esta sustancia que evidencian para el barrio la existencia de comercio ilícito; la mayor desprotección de estas zonas de las prestaciones del estado en términos de seguridad y vigilancia policial; las carencias económicas y la ausencia de otras ofertas laborales y/o educativas rentables y exitosas para amplios segmentos de la población que habita en estos barrios.”

Las investigaciones disponibles en el medio coinciden en afirmar que el consumo de PBC supone un quiebre en la biografía de la mayor parte de los usuarios. Si con anterioridad al

⁴⁸ El tráfico de la PBC hacia Uruguay es esencialmente terrestre partiendo de Bolivia como país productor para introducirse al Uruguay vía la Argentina y en menor escala desde el Brasil. La crisis económico financiera argentina en 2001 habría posibilitado la conexión terrestre con el Uruguay (Scarlatta y otros, 2004; Garibotto, 2006). En dicho país “la pasta” recibe la denominación de “paco”.

consumo de dicha sustancia la mayoría de los usuarios se hallaba en una situación socio-económica de vulnerabilidad, el consumo de esta sustancia, debido a su grado de toxicidad y efectos -rápidamente degenerativos de la salud física y psíquica- refuerzan una ruta de desafiliación social, debilitando las vías de salida del consumo y minando la construcción de proyectos de vida que favorezcan la integración social. Así, el consumo de PBC amplifica una vulnerabilidad social de origen, del usuario pero también de su familia (Scarlatta y otros 2004; Scarlatta y otros 2006; Garibotto y otros 2006).

En Casavalle, la proliferación de puntos de venta de PBC ha alterado profundamente la sociabilidad en el barrio. “Casavalle es una zona en estado crítico por drogas” aparecía como titular de una nota en uno de los principales periódicos de distribución nacional⁴⁹ en donde se afirma una frase recurrente entre algunos jóvenes, que hemos recogido también en el transcurso de nuestro trabajo de campo: "hay más bocas de venta de pasta base que almacenes". Las zonas más críticas a este respecto son, y en esto también coinciden técnicos consultados y vecinos del barrio, “Los Palomares” del Borro y “El Marconi”, claramente las dos zonas más estigmatizadas del barrio.⁵⁰

En un análisis de corte etnográfico de la evolución de la Unidad Misiones - “Los Palomares”, Folgar y Rado (2003) identifican un cambio en los patrones de relacionamiento comunitario respecto de la generación de “los pioneros”, pautado fuertemente por una suerte de naturalización de las actividades de distribución y consumo de drogas ilegales en la segunda generación de habitantes de este complejo de viviendas. Señalan que en la siguiente generación, “la generación ‘perdida y descontrolada’ desde la perspectiva de sus mayores, se trata de niños y jóvenes que mantienen muy pocos vínculos con el afuera comunitario” (Ibid: 204). Este proceso se ha continuado y profundizado, con la llegada de la pasta base y la rápida incursión de los jóvenes en actividades de consumo y distribución. El cambio radical aquí se vincula a una pérdida de respeto del barrio como entorno donde no se delinque: aparece así la figura del ladrón “rastrillo”, que incursiona en delitos al interior del barrio, a diferencia del

⁴⁹ Nota del 3.09.2011, Diario “El País”, Suplemento “Ciudades”. Disponible parcialmente en: <http://historico.elpais.com.uy/110903/pciuda-590898/ciudades/casavalle-es-una-zona-en-estado-critico-por-drogas/>

⁵⁰ En el Anexo 3, sección A3.2, las imágenes de la campaña del Ministerio del Interior, contra la estigmatización barrial, que fue muy criticada por los vecinos puesto que consideraron que al nombrar sus comunidades barriales de esta forma se estaba generando el efecto contrario al que dicha campaña declaraba apuntar, reafirmandose aún más el estigma asociado al lugar habitado.

ladrón de la generación anterior, para quien los límites de la pertenencia barrial pautaban los límites del lugar donde no era concebido legítimo el ejercicio de actividades delictivas.

Los jóvenes con quienes hemos trabajado en esta investigación crecieron en este contexto de deterioro de las relaciones comunitarias en el que han permanecido expuestos a modelos de rol que señalan como una vía posible de inserción laboral, la incursión en actividades vinculadas a la distribución del consumo de drogas ilegales. Pero también han estado expuestos a la constatación del deterioro provocado por el consumo de éstas entre muchos de sus mayores, algunos ya fallecidos. Además, han sido expuestos a modelos de adultos que durante largas jornadas se desempeñan en empleos que les permiten algo más que la subsistencia cotidiana y en algunos casos les ha permitido mudarse a otras zonas más tranquilas y mejor acondicionadas en el territorio. En efecto, a pocas cuadras de la Unidad Misiones, al norte, la zona de Bonomi presenta condiciones habitacionales que aún conservan las características de un barrio de casas modestas pero con relativa buena calidad de construcción, con jardines y calles pavimentadas. Unas cuadras más lejos, al sur (en dirección al Centro de la ciudad), colinda Las Acacias, una zona aún menos deteriorada que “El Bonomi”.

Ahora bien, si la heterogeneidad de la consolidación edilicia, el acondicionamiento urbano y la composición social de las distintas zonas de Casavalle es un rasgo característico que pudiera operar como motor de desarrollo de las comunidades más deprimidas, las condiciones de fragmentación y “cierre hacia el interior” de las distintas comunidades parece haber inhibido este potencial. “Es así que se generan grandes diferencias jerárquicas en el interior de la zona, entre los fragmentos... El depósito no deja de estar conectado en todas direcciones.” (Álvarez – Pedrosián, 2009: 16) Pero las conexiones son más fluidas con el resto de la ciudad -para trabajar, para estudiar, para participar en actividades grupales- que entre las distintas comunidades al interior de Casavalle.

3.4 ¿Del “barrio rojo” militante al “barrio rojo” delictivo? (o “declive de un barrio obrero”): El Cerro)

La población del Cerro es estable en el último periodo intercensal disponible (1996-2004), representando un 2.2% del total de la población de Montevideo, con una distribución por sexo y por edades muy similar al conjunto montevideano.⁵¹

“¿En qué Cerro vas a trabajar?” me pregunta el responsable territorial del Programa Infamilia, al inicio de mi trabajo de campo. Y aclara: “Es que El Cerro son muchos cerros: está Cerro Norte, la parte del Casabó que continúa al Cerro, la zona de la Curva... Si les preguntás a ellos, todos te van a decir que son del Cerro, aunque son realidades muy diferentes.” Señalamiento que hemos constatado una y otra vez en el curso de nuestra investigación y quizás sea el rasgo más saliente a destacar de la zona: la heterogeneidad socio-económica de su población y las diferencias en infraestructura y servicios públicos. Pero también lo que representa el barrio para sus habitantes, siendo que se trata de una zona que ha sido habitada en distintos periodos de la historia nacional, y por poblaciones de muy diverso origen.

Como hemos señalado en el apartado 3.2 (Cuadro 3.4), el porcentaje de personas por debajo de la línea de pobreza es superior entre los cerrenses que en el conjunto de los montevideanos. Para el año 2009, prácticamente un tercio de los cerrenses se hallaba en dicha situación (un cuarto para Montevideo). Por otra parte, se trata de un barrio cuyos alrededores presentan importantes carencias socio-económicas, lo que los cerrenses miran con desconfianza. Pese a algunas iniciativas recientes, El Cerro no ha logrado recuperar las fuentes de trabajo que caracterizaban la vida en el barrio y que originaron su poblamiento, tema que abordamos en el siguiente apartado.

⁵¹ La forma que adquieren las pirámides poblacionales respectivas dan cuenta de ello (Véanse gráficos A3.1 y A3.3 en Anexo 3). La *media* de edad entre los cerrenses es de 35 años, igual guarismo que el registrado para el conjunto montevideano, y la *mediana* es un año menor: 31 años de edad. Se registra también un predominio de mujeres similar al hallado para todo Montevideo, siendo la distribución por sexo en el Cerro de 48% y 52% para varones y mujeres respectivamente. Por otra parte, el porcentaje de menores de 15 años de edad es de 26% (25% para Montevideo en su conjunto).

3.4.1 Génesis y conformación del barrio

“- Hay que rescatar la historia del Cerro. El Cerro fue un barrio autosuficiente, una villa que se autoabastecía y que luchaba por su autonomía. Fijate que el sindicato de la carne era un sindicato autónomo, y si paraba la FOICA [Federación de Obreros de la Industria de la Carne] se paraba el país. Así que no era pavada lo que pasaba en el Cerro; crecimos en eso, en la lucha por las fuentes de trabajo. (...)

- Sí, pero otra cosa también, que ya no la vas a encontrar. En esos tiempos prácticamente no teníamos necesidades de salir de acá: había trabajo, había una intensa vida social, cines, fútbol, salas de baile. Todos nos conocíamos; por ejemplo, yo pertenezco a la tercera generación; mi abuelo, armenio, se radicó en el Cerro en el año 1919, tuvo cinco hijos, los cuatro que se casaron, fue con parejas del Cerro. Mis dos hermanos y yo nos casamos con muchachas del Cerro también, pero ya mi hija no, y dos de mis sobrinos tampoco...” (Conversación entre “abuelos” del barrio)

La Villa del Cerro⁵² fue fundada en 1834 con el nombre de “Villa Cosmópolis”, como proyecto del gobierno de la época con el objetivo del afincamiento de inmigrantes de distintas procedencias, principalmente europea. Desde 1804 la zona contaba con un saladero, al que se llegaba por mar desde la ciudad de Montevideo. Pero se requería poblar una zona semi-rural, que destacaba por sus ventajas naturales (orillando el Río de la Plata, con altura y vista privilegiada sobre la bahía), y que desde los inicios de la fundación de Montevideo fue considerado un baluarte defensivo de gran importancia militar.

El nombre del Cerro alude a la elevación, de cien y pocos metros, que se produce en dicho territorio; elevación que desde la época de la colonia (1789) se convirtió en el símbolo gráfico de Montevideo, permaneciendo desde entonces como una de las cuatro imágenes que componen el escudo del Uruguay; en éste, el cerro simboliza la fuerza. Este hecho es destacado positivamente por los cerrenses, como un símbolo de la importancia del barrio e incluso entre algunos, como la exclusividad del barrio. Así por ejemplo, un joven residente de La Villa nos comenta:

“El cerrense tiene eso de... de imponerse, pero de imponerse bien, ¿no? No a lo prepotente, sino de saber luchar por lo que quiere. Fuerza tiene, eso. Fijate que el cerro de Montevideo está en el escudo nacional. ¡El barrio en el escudo nacional! No cualquiera mira el escudo y ve a su barrio ahí. Por eso te digo, el Cerro es único en un montón de cosas.”

⁵² En adelante, “La Villa”, como afectuosamente la denominan sus pobladores.

Hacia mediados del siglo diecinueve la zona contaba con menos de mil habitantes; por ello su nombre proyectado por la colonia española suponía su poblamiento con contingentes europeos que llegarían a poblarla.⁵³

Una crónica de época realizada por un periodista inglés nos narra que:

“Hace apenas cuatro años, el Cerro era una localidad despoblada, sin más atractivo que varios edificios vetustos, y un centenar de ranchos habitados por las familias de los peones de los saladeros. Ahora existen allí soberbios edificios, chalets, buen número de casas de comercio, varios saladeros que constituyen el pan de cada día de los obreros, colegios... un club social... Es bellísima la entrada de la villa.”

(citado por Barrios Pintos, 1971: 40)

A principios del siglo veinte El Cerro contaba con poco menos de diez mil habitantes y una extensa actividad industrial: once saladeros, dos fábricas de alimentos y dos barracas de carbón proveían de fuentes de trabajo a sus habitantes que tenían su centro de reunión en el club “Recreativo Igualdad”. Con el desarrollo de los métodos de refrigeración, la industria frigorífica irá sustituyendo la producción de tasajo de los saladeros.

La industria frigorífica constituyó una rama productiva clave para la economía uruguaya. Hacia la década de 1940, el país contaba con cuatro frigoríficos, tres de los cuales se hallaban en Montevideo: los tres en la zona del Cerro. Dos de ellos eran de origen estadounidense (el Swift y el Artigas) y el otro, estatal (el Frigorífico Nacional). A principios de la década de 1940, cuando comenzaba la época de apogeo la industria de la carne, los frigoríficos del Cerro empleaban aproximadamente a unos trece mil trabajadores (Porrini, 2005: 254).⁵⁴

La directa vinculación entre el lugar de residencia y el lugar de trabajo –pocos y grandes establecimientos industriales- favorecía una continuidad entre la familia de origen y la de destino, el barrio habitado, el frigorífico, los núcleos de pertenencia (en particular,

⁵³ Además de la creciente actividad saladeril, en 1879 entraba en servicio el dique de carena en Punta de Lobos, ubicada en la costa del Cerro, que sería el más importante del continente y que en 1911 se convertiría en propiedad del Estado. (Barrios Pintos, 40-41).

⁵⁴ Durante las décadas de 1940 y 1950 Se estima que los obreros vinculados a la industria frigorífica llegaron a los veinte mil, comenzando a disminuir de forma veloz y sostenida a partir de 1960 (Porrini, 2005; Federación de Obreros de la Industria de la Carne, Entrevista institucional, 2010). En el transcurso de nuestro trabajo de campo conversamos en repetidas ocasiones con algunos dirigentes actuales de la FOICA, quienes nos contactaron con ex trabajadores de los frigoríficos. Un aspecto que consideramos importante de destacar y que ellos mismos señalan como relevante es el empleo femenino en actividades de los establecimientos, o bien en actividades conexas. Además de las duras condiciones de trabajo en las que predominantemente tanto hombres como mujeres desarrollaban sus actividades.

los centros sociales y culturales fundados por los inmigrantes). Y una tradición obrera organizada en torno a gremios, que desde la época saladeril y hasta la represión dictatorial (1974) no cesaron de gravitar en el ámbito laboral nacional. Con auges y crisis, generalmente definidos por los acontecimientos del exterior (especialmente las dos guerras mundiales), la industria frigorífica pautó el carácter del barrio del Cerro y de sus alrededores.

La movilización obrera es constante durante los periodos de apogeo y sobre todo de crisis que signaron a la industria de la carne. Dicha movilización se incrementará a fines de la década de 1950, en donde se asistirá a una prolongada huelga, y durante la década de 1960, en un periodo de pérdida de salario real y de reestructuración de la industria frigorífica. Los sindicalistas de la zona aún hoy se jactan de la denominación que adquirió el Cerro en aquella época: “Paralelo 38”: en el Paralelo 38 de la latitud Sur se ubica el accidente geográfico -cerro de Montevideo-; en la latitud Norte el Paralelo 38 es el límite de las dos Coreas, tema internacional muy debatido contemporáneamente a la huelga de los frigoríficos. Como señala Walter, de la FOICA:

“Si vos cerrabas el puente [sobre el arroyo Pantanoso] quedabas aislado. Eso era lo que queríamos marcar con lo de ‘Paralelo 38’: nuestros límites como clase obrera, que no nos íbamos a dejar pasar por arriba así nomás. En la época de Pacheco [periodo previo a la dictadura] fue difícil, mucha represión a los trabajadores. Venían a reprimir, subían por Grecia y se llevaban a quien querían y como querían. Porque en el Cerro éramos todos comunistas, según ellos. Comunista = peligro, entonces se sentían en el derecho de dar palo y llevarse a cualquiera porque sí nomás. Entonces nos entramos a avivar y cuando se ponía muy brava la cosa, cerrábamos el puente con piquetes, barricadas, quema de ómnibus. Y después en la dictadura, bueno, qué te voy a decir... ya sabés lo que fue, a muchos compañeros se llevaron... Pero se generó una mentalidad de resistencia que hasta hoy sigue viva.”

(Walter Chagas, ex – trabajador del Frigorífico Nacional, actual militante de la FOICA)

Durante el periodo dictatorial, el Cerro fue un barrio particularmente castigado: por la represión militar, pero también como consecuencia de la reducción de los puestos de trabajo en la industria frigorífica, hasta su cierre definitivo.⁵⁵

⁵⁵ El declive de los frigoríficos adquirió un carácter relevante hacia mediados de la década de 1950 por el proteccionismo europeo y la caída de los precios internacionales de la carne. Es entonces cuando la economía uruguaya ingresó en un largo proceso de estancamiento. En 1957 los frigoríficos Swift y Armour, que no obtenían ganancias, dejaron de operar en Uruguay. Con sus plantas expropiadas se creó por la ley 12.542 de octubre de 1958 el complejo de Establecimientos Frigoríficos del Cerro SA (EFCSA), que absorbió a la

“Y con eso se murió todo. Porque una cosa llevó a la otra. Cerraron los frigoríficos y no había un peso en la calle. Los armenios tuvieron que cerrar sus casas de comida, los italianos sus fábricas de pastas, los criollos sus tiendas de cueros y así todos. ¡No quedó un solo cine en el Cerro!”

(Raúl Bertolini, cerrense nacido en la década de 1930)

El pasaje anteriormente citado es elocuente respecto de la imagen de un barrio que en el pasado, tuvo una gran actividad y que, desde su origen, fue caracterizada por la diversidad de orígenes poblacionales, producto de dos afluentes: el flujo migratorio campo - ciudad y lo que resultó distintivo del Cerro: la migración internacional, particularmente de origen europeo. He aquí la génesis del barrio obrero, que además de sus fuentes de trabajo y una extensa actividad comercial, tuvo una vida social muy dinámica; testimonio de ello resulta la documentación de los cinco cines que simultáneamente funcionaron en el barrio (Bertolini, 1994)

Si en su época fundacional la zona del Cerro se puebla con migrantes de origen europeo y uruguayos migrantes del medio rural en proporciones similares (Barrios Pintos, 1971), a partir de la década de 1970 la población se incrementa por la llegada de nuevos migrantes, esta vez pobladores urbanos de bajos recursos económicos que, liberalizado el mercado de alquileres, son “expulsados” hacia el oeste de la ciudad por desalojos o por decisión propia puesto que ya no pueden pagar una renta en otros barrios. Así, la composición socio-económica del Cerro se hace más heterogénea, a la vez que las condiciones de vida de los habitantes del casco histórico sufren un deterioro.

De acuerdo al objetivo de maximizar las diferencias con respecto a la comparación con Casavalle, nuestro trabajo de terreno se desarrolló predominantemente en la zona de La Villa, es decir, en el casco histórico del barrio. Se trata de uno de los barrios más antiguos de Montevideo. Encontramos allí una fuerte reivindicación de la imagen del Cerro como un

totalidad de los funcionarios cesantes de ambas empresas –aproximadamente unos 5000. Este complejo decayó durante la década de 1960, redujo drásticamente su plantilla y, tras operar con intermitencia, cerró definitivamente en 1989. Para entonces, ya hacía más de una década que había dejado de operar el único frigorífico de propiedad estatal: el Frigorífico Nacional se mantuvo hasta 1978, cuando el gobierno de la dictadura militar, liberalizando los precios del sector agropecuario, abolió su monopolio del abasto a Montevideo. (Bertolini, 2000; Olivera, 2008; Entrevista personal a Daniel Ferreiro, 16.11.2010). Desde el año 2006, las ruinosas instalaciones del Swift sirven de base a la Armada Nacional, en tanto que, en 1997, entre las ruinas del Frigorífico Artigas (ex Armour) la Intendencia de Montevideo proyectó la creación del Parque Tecnológico Industrial del Cerro (PTI). Mientras tanto, se sigue discutiendo el destino de las ruinas del Frigorífico Nacional (Mesa Zonal Oeste, Congreso del Pueblo, 2008). Para un ejemplo visual de estas ruinas, véase en los *anexos*, la sección A.1.2. *Registro visual de Casavalle y El Cerro*.

barrio de personas trabajadoras, honestas y luchadoras, en contraposición a la imagen que los medios masivos de comunicación con frecuencia transmiten. Y es que los pobladores de La Villa, concuerdan en una “certeza”: la imagen del Cerro como “zona roja” remite a la llegada de “los nuevos”: aquellos pobladores que se instalaron en el Cerro hacia la década de 1970 o quienes, en las últimas dos décadas del pasado siglo, han ocupado terrenos construyendo sus viviendas.

En el mapa abajo presentado (Figura 3.3) podemos observar la ubicación territorial de las distintas “comunidades” que componen el Cerro actualmente.

Figura 3.3. El Cerro y sus distintas “comunidades barriales”



En el centro del territorio se encuentra La Villa del Cerro. Hacia el Este, La Curva, una zona de construcciones precarias en terrenos de propiedad estatal que se ubica orillando el Río de la Plata, con el consiguiente riesgo de inundación frecuente. En el borde Norte, se halla la comunidad del Cerro Norte, complejo habitacional construido durante la dictadura militar para la reubicación de pobladores de zonas céntricas de la ciudad que habían sido

desalojados. Como la comunidad Misiones -de Casavalle- se trata de viviendas de muy baja calidad, originalmente construidas como transitorias que, habitadas desde el año 1978, por la vía de los hechos se transformaron en permanentes. Esta zona es la depositaria principal del estigma barrial de peligrosidad.

Desplazándonos hacia el borde Oeste, se encuentra el Casabó, originariamente construida como conjunto habitacional para la solución económica de la vivienda obrera - que laboraba en los frigoríficos-, actualmente se encuentra superpoblada en una yuxtaposición sin continuidad de distintos tipos de construcción y grados de precariedad habitacional. Más hacia el Oeste, hallamos las zonas de Pajas Blancas y Santa Catalina, que constituyen como barrios colindantes pertenecientes a la región del Cerro.

3.4.2 Situación presente y problemática actual

El Cerro constituye un caso particular entre otros barrios de similares condiciones socio-económicas con respecto a la cantidad de servicios públicos con los que cuenta, además de centros culturales, organizaciones sociales, y una gran actividad comercial que se desarrolla fundamentalmente a lo largo de su principal avenida. Los habitantes del barrio cuentan con proyectos educativos, culturales, clubes deportivos y más recientemente, con un proyecto de desarrollo turístico en fase piloto, llevado a cabo por el municipio.

Por otra parte, la constitución histórica del Cerro y su tradición organizativa basada principalmente en el fuerte desarrollo industrial que conoció antaño, constituyen una característica que se traduce hasta el día de hoy en una fuerte referencia identitaria. Con independencia de la edad del interlocutor, la referencia a las luchas obreras y/o a la industria de la carne es unánime cuando conversamos con un cerrense acerca de la historia y los significados de su barrio. Probablemente, porque ello ha sido transmitido a través de las generaciones, o quizás porque los edificios en ruinas de lo que constituyeran los establecimientos frigoríficos testimonian de un pasado que ha quedado definitivamente atrás. Pero también, porque el presente del barrio permanece marcado por dichos establecimientos en algún sentido. Decimos esto pues donde funcionara el Frigorífico

Artigas y luego, el Establecimiento Frigorífico del Cerro, funciona desde hace poco más de una década el Parque Tecnológico Industrial del Cerro (PTIC).

Además, porque la resistencia a la expropiación de los establecimientos frigoríficos parece ser correlato de la negativa a la renuncia de una potencial fuente de trabajo a futuro. De ello da cuenta el movimiento originado por la posibilidad surgida de vender el ruinoso establecimiento del Frigorífico Nacional (de propiedad estatal) a la secta Moon, que en el 2001 se presentó como comprador ante el Estado uruguayo con un proyecto de construir un puerto privado y una zona franca “Cerro Free Port”. Desde 2001 hasta 2008 en que la posibilidad fue efectivamente desechada, la resistencia a la iniciativa se organizó en la “Intersocial por un Cerro productivo”, que nucleó a comisiones de vecinos, comisiones técnicas, organizaciones sociales y pobladores de la zona en general.⁵⁶ , así como el trabajo de pensar colectivamente

Con respecto al PTIC, cabe mencionar que se trata de una iniciativa de la Intendencia Municipal de Montevideo (IMM), que comenzó sus actividades en 1998, con el objetivo de constituirse como “agente de desarrollo local”. Para los cerrenses, el proyecto generó muchas expectativas pero pocas fuentes de trabajo; siendo que las empresas no tienen obligación ninguna de emplear personal entre los habitantes de la zona, entienden que lo que ha ocurrido es que se instalan con el personal con el que ya contaban.⁵⁷

También como iniciativa de la IMM se había inaugurado, en las instalaciones de lo que fuera el principal cine del barrio (“El Apolo”), el Centro Cultural Florencio Sánchez, en

⁵⁶ Según consta en el documento derivado de dicha experiencia: “Después de múltiples instancias de trabajo se entendió la inconveniencia de la instalación de ese puerto y la creación de una zona franca para ello, por diversas consideraciones: *el conocimiento de las malas prácticas empresariales y laborales del grupo Moon en nuestro país y el extranjero; el peligro de destrucción de fuentes laborales y productivas existentes en la zona agrícola y pesquera; la depredación del ecosistema costero de la zona Oeste, afectando su potencial turístico y recreativo; entre otras.*” (Mesa zonal Oeste II, Congreso del Pueblo, 2008: 9)

⁵⁷ De acuerdo al sitio web institucional, la “Misión” declarada del PTIC reza: “Inserto en un Municipio con memoria industrial y con una localización privilegiada desde el punto de vista logístico, en el PTIC promovemos un espacio para la instalación de empresas pequeñas y medianas creadoras de fuentes de trabajo...” No hemos podido acceder a información certera acerca de la cantidad de empresas, rubros y trabajadores con que cuenta el Parque. Durante el transcurso del trabajo de campo hemos insistido en entrevistarnos con los directivos del PTIC, pero sólo obtuvimos evasivas. No obstante, visitamos varias micro-empresas instaladas en el PTIC, entre ellas, un taller de tamboriles, emprendimiento de jóvenes cerrenses. Nos llamó mucho la atención el grado de deterioro de las instalaciones. “Es que se incendió hace poco toda esta parte, varios perdieron todo. A nosotros por suerte no nos llegó el fuego... No, de acá a que se repare todo esto... más vale arreglar uno lo propio porque viste cómo son los tiempos de la administración...”.

respuesta a demandas de los vecinos de la zona que, organizados, demandaban al municipio una inversión en dicho establecimiento con el objetivo de desarrollar actividades culturales para niños y jóvenes. En este caso, la iniciativa ha sido muy exitosa, habiéndose constituido “El Florencio”, como un centro de referencia cultural pero también social. Para los menores de cuarenta años de edad, particularmente los cerrenses de La Villa, dicho centro cultural les ha permitido de manera gratuita ensayar distintas actividades artísticas, además de la posibilidad de asistir a una diversidad de espectáculos (musicales, teatrales, etc.)⁵⁸.

Otra ventaja comparativa que tiene el Cerro respecto de otros barrios de la ciudad radica en que cuenta con un Programa de Aprendizaje y Extensión (Apex-Cerro) de la Universidad de la República, que viene desarrollando desde la reapertura democrática, programas específicos para adolescentes y jóvenes de amplia cobertura y alcance.

Con respecto a la infraestructura, desde comienzos del siglo veintiuno la zona ha recibido una inversión en obras que han significado indudables mejoras desde el punto de vista edilicio. En particular, cabe mencionar la construcción de la terminal de ómnibus del Cerro, en la zona limítrofe entre La Villa y el Cerro Norte. Destaca también la mejora que supuso la construcción de la rambla del Cerro, sobre la cual se construyó una escuela secundaria pública de segundo ciclo con el objetivo de descomprimir la población de la escuela secundaria tradicional del barrio (liceo 11).

Pese a estos cambios respecto de la infraestructura con la que cuenta el barrio, que pueden ser observados desde una mirada externa como “favorables”, los cerrenses parecen tener resistencias para integrar dichos cambios de manera positiva. Los aspectos que caracterizaron a la Villa del Cerro como barrio obrero por excelencia, se fueron diluyendo y en los últimos años se constata una clara disociación entre los datos y el discurso de los cerrenses que a pesar de tener un alto porcentaje de desempleo, siguen describiendo a la Villa del Cerro como un “barrio de trabajadores”.⁵⁹ Claro está, por lo que ello significa como pertenencia social.

Sin duda los cerrenses cuentan en la actualidad con menor cantidad de puestos de trabajo en su zona, si comparamos con la época de los frigoríficos. Y es con esa época con

⁵⁸ El Centro Cultural Florencio Sánchez ha adquirido tal desarrollo en la actualidad, que constituye una referencia ineludible en el circuito cultural montevideano.

⁵⁹ En el año 2009 un 9.8 de los cerrenses se hallaban desempleados; en el conjunto de los montevideanos el porcentaje respectivo era de 7.6.

respecto a la cual elaboran ellos su imagen del barrio. Por lo tanto, se desprende de esta construcción una mirada nostálgica que puede conducir a una negación de las posibilidades que el barrio efectivamente dispone. En particular, la zona de La Villa cuenta con recursos naturales (puerto, playa, parques), plazas, escuelas y centros de salud públicos y privados, y establecimientos comerciales y clubes deportivos que siguen nutriendo la vida cotidiana del barrio. Pero el uso que hacen de estas posibilidades que brinda el barrio es muy restrictivo, como ellos mismos declaran y como hemos constatado en el transcurso de nuestro trabajo de campo: pocas personas transitan por las calles de La Villa, en las plazas sólo por la noche se juntan grupos de jóvenes, la rambla no constituye un paseo más que para unos pocos que desafían el miedo de ser asaltados. Hace ya varios años un joven de La Villa fue asesinado por otro joven de Cerro Norte que había consumido pasta base de cocaína. Este hecho ha quedado plasmado en la memoria barrial y es recurrentemente tematizado por los vecinos que dicen tener miedo de “los planchas”*. A partir de entonces, funciona el proyecto “Mi Cerro sin Drogas”, que promueve actividades grupales entre jóvenes con consumo problemático de drogas. La responsable de dicho Programa nos refiere una gran dificultad de trabajar con jóvenes de Cerro Norte y de La Villa al mismo tiempo.

La integración entre las distintas zonas que componen el Cerro resulta precisamente la mayor problemática que hemos constatado. Los habitantes de La Villa rechazan a los “nuevos”, a quienes les siguen adjudicando ese mote pese a que ya hace por lo menos tres décadas que residen en el barrio. Como señalan Romero y otros (2007), la alteridad que antes construían en base a la dicotomía Villa del Cerro / Montevideo se va diluyendo y va tendiendo a construirse en base a la dicotomía Villa del Cerro / Periferia.

3.5 Síntesis y conclusiones

Tanto Casavalle como el Cerro son barrios antiguos que se han ido constituyendo en distintas oleadas poblacionales. Ello ha redundado en una relativa heterogeneidad en la composición social de sus pobladores, aunque este rasgo resulta mucho más marcado entre los cerrenses que entre los casavallenses. Casavalle se destaca como territorio receptor de distintos planes de política de vivienda económica que se fueron superponiendo como fragmentos cerrados sobre sí mismos. Proceso que comienza durante la década de 1960 y se refuerza en el periodo dictatorial, en donde se “depositan” en viviendas supuestamente transitorias, a desalojados y habitantes de cantegriles* de otras zonas de la ciudad. En El Cerro, Cerro Norte es un caso análogo al de la Unidad Misiones -*Los Palomares*-. El Cerro en cambio, destaca por los elementos simbólicos que han ido afirmando una fuerte identidad barrial.

De acuerdo a la descripción desarrollada en este capítulo estamos en condiciones de afirmar similitudes entre Casavalle y el Cerro que derivan de su posición en el conjunto montevideano, respecto de una serie de indicadores socio-económicos. Ambos barrios se posicionan de manera desfavorable en la comparación con el conjunto de la ciudad; no obstante, la posición del Cerro es sistemáticamente más favorable que la de Casavalle, cualquiera sea el indicador observado.

Desde el punto de vista del equipamiento y la infraestructura urbana, ambos barrios cuentan, en términos generales, con una importante oferta de servicios. Por otra parte, se trata de regiones “intervenidas”: Casavalle particularmente a través de ONGs y más recientemente, mediante la ejecución de planes de política social a escala territorial; el Cerro, también por medio de ONGs, pero fundamentalmente a través de intervenciones municipales que han sido claves en el desarrollo de la zona. Si bien tanto en Casavalle como en el Cerro se hallan diversas instituciones sociales, en el Cerro, la experiencia desarrollada por el Apex marca un diferencial en cuanto al apoyo a nivel local con que cuentan particularmente los niños y los jóvenes.

La problemática de la “inseguridad” aparece vinculada en ambos barrios, al consumo de pasta base de cocaína que desde la crisis económica del 2002, ha transformado las formas de relacionamiento vecinal. Tanto casavallenses como cerrenses coinciden en

que con anterioridad a la llegada de la PBC, la vida en el barrio era más “tranquila”. En Casavalle, especialmente por las nuevas modalidades delictivas que se han desplegado desde entonces y que marcan un antes y un después. Como señalan una habitante de Los Palomares: *“antes no se robaba en el barrio, ahora no podés dejar una media colgada en la cuerda que pasa un rastrillo* y te la lleva.”*

En ambos barrios observamos un repliegue de sus pobladores hacia el interior de su “comunidad”. En Casavalle, los habitantes de las distintas zonas ‘tienden a identificarse con “el fragmento” en el que residen: el pasaje o cuando mucho, el conjunto habitacional. Rara vez un vecino nos dice que su barrio es Casavalle. Fenómeno opuesto al observado entre los cerrenses. El de La Curva, el de La Villa, el de Cerro Norte, lo primero que nos dirá cuando se le pregunte su procedencia barrial será que es del Cerro. Aunque para unos y otros ello seguramente suponga construcciones de sentido bien distintas. Como hemos abordado con anterioridad, para los habitantes de La Villa, los significados del barrio resultan indisociables de una memoria oral transmitida a través de las generaciones, que nos remite a las primeras décadas de principios del siglo veinte, época de esplendor de la industria frigorífica nacional, y por ende, del Cerro. De manera más o menos consciente, contrastan continuamente “su” barrio con los relatos de “aquellos tiempos en el Cerro” (Bertolini, 1994), como si reafirmando su pertenencia originaria, pudieran perpetuar la distancia con “los nuevos habitantes”. Exagerada o no, esta “época gloriosa” del Cerro parece fungir como sentido de pertenencia.

Entre los casavallenses en cambio, no hemos encontrado la recurrencia a un pasado mejor, probablemente porque sus habitantes se saben pertenecientes a una zona históricamente deprimida de la ciudad, al menos desde inicios del siglo veinte.

Capítulo 4. Construcción de una tipología de integración - desafiliación social. Estrategia analítica y primeros hallazgos

4.1. Introducción

La pregunta por los efectos de la segregación residencial sobre el proceso de integración-desafiliación social (en adelante, proceso I-D) no tiene una respuesta unívoca. El análisis preliminar de las *historias de vida* y los *relatos* que los jóvenes elaboran⁶⁰, nos ha dejado en evidencia la existencia de una diversidad de situaciones respecto de la *educación*, el *trabajo*, el *respeto de las normas básicas de convivencia social* y la *participación en grupos sociales*, las cuatro dimensiones que concebimos como centrales para el desarrollo de nuestra perspectiva analítica.⁶¹ Ante la diversidad de situaciones que hemos observado en el proceso I-D, entendemos que el primer paso para el desarrollo del análisis supone la construcción de una tipología que nos permita captar esa diversidad de situaciones y aprehender de este modo la complejidad que se nos presenta. La tipología de I-D construida es resultado del cruce de las cuatro *dimensiones de análisis* y de los dos *planos* considerados. Mediante esta estrategia metodológica arribamos a un continuo de situaciones de integración y desafiliación social, cuyos extremos se conforman por una situación de “integración plena” y otra de “fractura social”. A partir de este continuo de situaciones, elaboramos *tipos* con base en una serie de criterios que nos permiten agrupar las situaciones más similares y diferenciarlas de las otras, de acuerdo a nuestros intereses específicos.

⁶⁰ La noción de *relatos de vida* fue desarrollada a finales de los años ochenta en Francia, con el fin de sustituir la noción de *historia de vida*. Con ello, lo que se quería destacar era la distinción entre “la historia vivida por una persona, y el relato personal sobre esa historia... distinción basada en la ‘dualización’ vida/retrato que el acontecimiento biográfico contradice.” (Leclerc-Olive, 2009: 3). En este planteo, un acontecimiento se torna importante y significativo en la medida en que obliga a la reelaboración de un relato *sobre* la vida. Puede consultarse en este punto, el trabajo de Bertaux (1993). En la tarea que nos ocupa, tenemos presente esta distinción para controlar la validez y la confiabilidad de la información recogida mediante la guía de entrevista que utilizamos puede ser afectada

⁶¹ Hemos desarrollado la fundamentación de este enfoque en el Capítulo 2.

En este capítulo presentamos la tipología que construimos, argumentando la pertinencia de nuestras decisiones y elecciones, así como los resultados obtenidos. La decisión de construir la tipología de integración - desafiliación social con base en la conjunción del plano *simbólico* y el plano *factual* se fundamenta en la idea de no correspondencia necesaria entre ambos planos (o, al menos, de su puesta en duda). A modo de ejemplo: el hecho de que un individuo haya salido tempranamente de la escuela no marcaría necesariamente su ingreso en una ruta hacia la “fractura”, ni tan siquiera en un proceso de “desafiliación social”. O inversamente, el hecho de que tenga un trabajo estable no aseguraría su entrada en una ruta de “integración social”. Es aquí donde lo *simbólico* o valorativo puede adquirir peso analítico y resultar una vía fértil de comprensión del proceso I-D. Por otra parte, resulta también interesante observar en qué medida hay confluencia o discrepancia en la ubicación de los casos entre ambos *planos*. En este punto, caben varias preguntas, entre otras: ¿existe una correspondencia inmediata entre el pensar, el estar y el actuar?; ¿en qué casos esto ocurre, y en qué se diferencian de los casos donde esto no ocurre?; ¿existe alguna dimensión en donde predomine claramente un problema *simbólico* sobre el *fáctico* o a la inversa?

Luego de la presente introducción, en la segunda sección discutimos los criterios de construcción de la tipología, precisando los indicadores observados en cada una de las cuatro dimensiones consideradas, tanto en el plano *simbólico* como en el *factual*. Presentamos también, sintéticamente, las matrices que permiten visualizar los criterios de clasificación con los que en adelante trabajamos.⁶²

En un tercer momento damos cuenta de los resultados obtenidos respecto de la ubicación de los jóvenes en cada uno de los *tipos construidos*. Nos abocamos aquí a la comparación de los resultados obtenidos en ambos planos y en las cuatro dimensiones de análisis consideradas, para el conjunto de los jóvenes de cada uno de los barrios. Realizamos allí una descripción detallada de los *tipos construidos*.

⁶² Cabe notar que no se prevé un capítulo metodológico específico más allá de la estrategia metodológica presentada aquí. Más bien iremos dando cuenta de las decisiones tomadas conforme avancemos en el análisis y éste requiera de especificaciones acerca de los métodos y las técnicas de investigación utilizados.

Seguidamente, planteamos una primera mirada comparativa de la posición ocupada por los jóvenes de cada uno de los barrios en el continuo integración – desafiliación social. Este es el propósito del cuarto apartado, en el que damos cuenta de las similitudes y diferencias halladas en la ubicación de los jóvenes de Casavalle por una parte, y del Cerro, por otra. El quinto apartado está destinado al planteamiento algunas consideraciones finales que surgen del desarrollo del presente capítulo, de cara a la caracterización de los *tipos construidos*, que es tema del siguiente capítulo.

4.2. Criterios de construcción de la tipología

En las páginas que siguen procuramos especificar los criterios de construcción de una tipología de integración-desafiliación social de jóvenes residentes en barrios populares estigmatizados.⁶³ Tenemos en cuenta, para la construcción de la tipología, distintos aspectos de **cuatro dimensiones: (i) educativa, (ii) laboral, (iii) respeto de las normas básicas de convivencia social y (iv) participación en grupo(s) social(es)**. Las cuatro dimensiones seleccionadas tienen en común ser procesos constitutivos de la integración social: se trata de vías que hacen posible la filiación social, así como el reconocimiento y el ejercicio de derechos y obligaciones ciudadanas, y favorecen un sentido de pertenencia social. La elección de estas cuatro dimensiones como centrales para el análisis del proceso de integración – desafiliación social responde a la importancia que le adjudicamos a la educación y al trabajo como ámbitos de construcción de la subjetividad y la experiencia biográfica. Responde también a la convicción acerca del valor del respeto de normas básicas de convivencia social y a la potencialidad de la generación de “lazos sociales” en la participación con otros, en un proyecto grupal.

En el siguiente sub-apartado (4.2.1) planteamos los indicadores seleccionados en cada una de las dimensiones consideradas, cuya selección y construcción pueden ser

⁶³ En relación con el concepto de *estigma*, véase Goffman(2003). Para un análisis sobre las características del proceso y de los rasgos estigmatizados más sobresalientes, así como las reacciones de los “portadores” del estigma, véase el capítulo sexto. Allí analizamos cómo algunas características asociadas a la zona de residencia son vividas como marcas negativas, que requieren de la implementación de estrategias por parte de los jóvenes para hacer frente a recurrentes prácticas de discriminación de las que son objeto.

consultadas en el *Anexo* a este capítulo.⁶⁴ Pero antes de dar paso a la presentación de las decisiones adoptadas en cada dimensión, creemos preciso realizar dos aclaraciones⁶⁵:

- ✓ la primera, para recordar que en cada una de las dimensiones consideradas trabajamos con *dos planos, el factual y el simbólico*, diferenciados a los efectos analíticos: el primero nos remite a la observación de los indicadores *fácticos* derivados de la conceptualización del proceso I-D como un fenómeno que se produce y expresa en el plano material; el segundo, a las valoraciones y expectativas que los sujetos tienen en cada una de las dimensiones trabajadas, y que son también constitutivas del proceso de I-D analizado. Asignamos igual importancia a los dos *planos* considerados;
- ✓ en cambio, y por ello la segunda aclaración, no todas las dimensiones tienen igual importancia analítica, siendo la *educación* y el *trabajo* considerados como pilares fundamentales de la integración social. Por otra parte, consideramos que no hay integración social posible en ausencia del *respeto de las normas básicas de convivencia*. En este sentido, la *participación en grupo(s) social(es)* puede concebirse como una dimensión de relevancia, pero complementaria de las tres anteriores.

A continuación presentamos los criterios adoptados en cada dimensión de análisis considerada, especificando nuestras decisiones en el plano *factual* y en el *simbólico*.

⁶⁴ Los criterios e indicadores utilizados para cada dimensión en el plano factual se presentan en *Anexo al Capítulo 4, sección A4.1*, y los referidos al plano simbólico en la *sección A.4.2*.

⁶⁵ Para una recuperación de nuestra mirada conceptual del proceso de I-D, los planos y dimensiones que involucra así como las relaciones entre estos, remitimos al lector a la consulta del Capítulo 2 de este trabajo.

4.2.1. Criterios considerados en los planos “factual” y “simbólico” de acuerdo a cada dimensión

En el Cuadro 4.1 se resumen los criterios adoptados en cada dimensión y cada plano para la construcción de la tipología. Es importante señalar que para la fijación de los límites que marcan la diferencia entre *logro* o *ausencia de logro* y *adhesión* o *ausencia de adhesión* en cada una de las dimensiones consideradas, nos orientamos por un criterio minimalista. Esto es, en términos generales, concedemos que es posible hablar de trayectorias de integración social entre los jóvenes montevideanos aun cuando estos no cuentan con niveles de educación superior ni colocan su formación propia en el centro de sus experiencias biográficas. Esta decisión que ejemplificamos con la dimensión *educativa*, aplica también en las otras tres dimensiones consideradas, y nos permite observar gradaciones en el proceso I-D.

Los criterios adoptados para establecer los puntos de corte en cada una de las dimensiones trabajadas son determinantes de los resultados obtenidos. Por ello, consideramos clave la justificación de los criterios elegidos y la explicitación de sus implicancias. Esto es, en cada dimensión, los criterios que aquí presentamos resultan de un trabajo de selección entre distintas alternativas. Respecto de los criterios adoptados con referencia al *logro educativo* y *al laboral*, por ejemplo, cabe notar que son resultantes de opciones entre distintas alternativas que hemos evaluado y descartado por razones diversas. Consideramos de suma importancia estas decisiones, en la medida que son condicionantes de los resultados que obtendremos en la ubicación de los casos.⁶⁶

⁶⁶ Creemos interesante reseñar someramente cuáles fueron las alternativas que hemos considerado y descartado respecto del *logro educativo* y del *laboral*. Éstas pueden consultarse en el *Anexo al Capítulo 4*, sección A.4.1.

Cuadro 4.1. Términos utilizados para cada dimensión, por plano		
Dimensión de análisis	Plano	
	Factual	Simbólico
Educación (E)	<i>Logro educativo</i> (tercer año de escuela secundaria como mínimo aprobado -9 años)	<i>Adhesión a la educación</i>
	<i>Ausencia de logro educativo</i> (menos de 9 años de educación aprobados)	<i>Ausencia de adhesión a la educación</i>
Trabajo (T)	<i>Logro laboral</i> (cuenta con al menos una protección laboral)	<i>Adhesión al trabajo</i>
	<i>Ausencia de logro laboral</i> (no cuenta con ningún tipo de protección laboral)	<i>Ausencia de adhesión al trabajo</i>
Respeto de normas de convivencia social (RC)	<i>Respeto de normas básicas de convivencia social</i> (no registra consumo de drogas “duras” –PBC y/o cemento-, ni realiza actividades delictiva –hurtos, rapiñas-)	<i>Adhesión a normas básicas de convivencia social</i>
	<i>Transgresión social</i> (registra consumo de drogas “duras” y/o realiza actividades delictivas)	<i>Valoración favorable de conductas transgresoras</i>
Participación en grupos sociales (PG)	<i>Participación efectiva en grupo(s) social(es)</i> (Participa en al menos un grupo social)	<i>Valoración positiva de participación en grupo(s) social(es)</i>
	<i>Ausencia de participación efectiva en grupo(s) social(es)</i> (no participa en ningún grupo social)	<i>Ausencia de valoración positiva de participación en grupo(s) social(es)</i>

4.2.1.1. Logro educativo y adhesión a la educación

En el plano *factual*, establecemos como punto de corte los tres años de educación secundaria aprobados, para distinguir entre quienes cuentan con *logro educativo* y quienes carecen de éste. Consideramos pues, como criterio aquí, la aprobación de la enseñanza obligatoria de acuerdo a la reglamentación vigente con anterioridad a 2008.

Siendo que los nueve años de educación formal aprobados (seis de escuela primaria y tres de ciclo básico en escuela secundaria) era el mínimo exigido como obligatorio cuando estos jóvenes estaban en edad de completar el primer ciclo de enseñanza media, la opción por este criterio nos resulta apropiada, dado que tiene la ventaja de no exigir de los jóvenes el haber logrado el grado educativo que actualmente se considera como mínimo

obligatorio.⁶⁷ Máxime cuando, de antemano, sabemos que la secundaria completa (doce años aprobados) es un nivel raramente alcanzado por los jóvenes de contextos populares.⁶⁸ En este sentido, en caso de optar por su utilización, con este criterio estaríamos estableciendo de antemano una dificultad de integración social. Además, la adopción de este criterio –legal- supone atender a la justicia, la equidad, el respeto a la ley (en tanto valores); en caso contrario, no hay una igualdad de oportunidades mínima que permita a los sujetos posicionarse en la sociedad y en las oportunidades que ésta ofrece a sus miembros.

En el plano *simbólico* de la dimensión educativa, consideramos la *valoración de la educación como una experiencia dotada de sentido*.⁶⁹ Esto es, discernimos aquí, por un lado, entre quienes asignan *importancia a la experiencia educativa*, valorando favorablemente la educación y, por otro, quienes son *indiferentes o ambivalentes en sus valoraciones respecto de la experiencia educativa y la educación en general* y quienes expresan una *escasa o nula valoración favorable* en esta dimensión.

En otras palabras, procuramos distinguir si la experiencia escolar interesa y es considerada algo por lo que vale la pena esforzarse (con independencia de los resultados escolares). O si por el contrario, las reflexiones acerca de la experiencia escolar traducen una apatía, o directamente un desinterés o rechazo por la educación. Buscamos colapsar la variedad de actitudes y valoraciones de manera de identificar cuándo hay registro de una valoración favorable de la educación –tanto en general como de *su* educación en particular– y cuándo dicho registro no se presenta, distinguiendo así aquellas situaciones de *adhesión a la educación* de aquéllas en las que esta se encuentra *ausente*.

⁶⁷ En el año 2008 entra en vigencia la nueva Ley de Educación, que establece la obligatoriedad de la educación inicial para los niños de cuatro y cinco años de edad, la educación primaria, y la educación media básica y superior. Esto es, hasta secundaria completa..

⁶⁸ En el capítulo anterior hemos detallado este punto. Recordemos que poco más de la tercera parte (34.5%) de los jóvenes montevideanos de veinte años de edad había finalizado la educación media, esto es, habían completado los 12 años de educación formal y que la *situación de pobreza* es un poderoso determinante de las posibilidades de los jóvenes de completar sus estudios: un 44,4% de los jóvenes montevideanos residentes en hogares urbanos que están por encima de la línea de pobreza completaron sus estudios en la enseñanza media, mientras que solamente el 8,2% de los aquéllos que viven en hogares por debajo de dicha línea han alcanzado ese logro (Kaztman y Rodríguez, 2007:32).

⁶⁹ La atribución de una valoración positiva o la ausencia de ésta en cada una de las dimensiones se basa fundamentalmente en la información recogida de las entrevistas y re-entrevistas realizadas. Pero aunque “lo que el entrevistado dice” es el punto de partida para la codificación, también se toman en cuenta registros de observación de campo.

En ocasiones, la experiencia educativa claramente no es valorada, y su abandono no es significado en términos negativos. La escuela parece no haber dejado una huella en el sujeto como algo por lo que vale la pena esforzarse, y su abandono no se cuestiona. En este caso “negativo”, puede haber incluso un “recuerdo de la experiencia escolar” cargado de connotaciones positivas, pero vinculadas únicamente a un espacio de socialización. Lo que no aparece es un interés por lo que se puede o se podría haber aprendido en el marco de la experiencia educativa.

Los ejes considerados en esta dimensión son los siguientes: recuerdos positivos y negativos de la experiencia educativa, motivos de desempeño escolar (prosecución, interrupción, re-escolarización, abandono), exploración de gustos y vocaciones, valoración del rol de los enseñantes, identificación de otros enseñantes o “modelos de rol”.⁷⁰

4.2.1.2. Logro laboral y adhesión al trabajo

El criterio que adoptamos para establecer la existencia de *logro laboral* es la obtención de un trabajo con algún tipo de protección laboral al momento del último encuentro con cada uno de los jóvenes.⁷¹ Esto es, discernimos entre aquellos jóvenes que se hallan en una situación laboral relativamente protegida y quienes se hallan en situación de desprotección laboral.

Optar por el criterio de “protección laboral” supone tener en cuenta que el empleo protegido permite el desarrollo de capacidades y la organización de la experiencia de vida en torno a un proyecto de “empleo” con relativa estabilidad. Entendemos pues que la adopción de este criterio constituye una aproximación al indicador de un potencial desarrollo de una ciudadanía laboral, caracterizada por el ejercicio de derechos asociados a esa condición. Situación muy diferente de la de quienes se hallan en la incertidumbre que

⁷⁰ Para mayor detalle acerca de las preguntas específicas con las que obtuvimos información referente al plano *simbólico* (así como al *factual*) puede consultarse la *pauta de entrevista* en el *Anexo 1. El trabajo de campo*.

⁷¹ Por “protección laboral” entendemos el acceso a los beneficios derivados del ejercicio de un empleo con aportes a la seguridad social. En el Uruguay, de los aportes a la seguridad social se derivan una serie de beneficios. Entre ellos, los más importantes son: el pago de prestaciones de salud, la percepción de remuneración en caso de enfermedad, prestaciones vinculadas con la tenencia de menores a cargo y el derecho a percibir una jubilación en la vejez (Bucheli, 2006: 25). A estos beneficios cabe agregar también, la cobertura frente a distintos tipos de riesgos asociados con la pérdida de ingresos laborales que puede ocasionarse fundamentalmente en caso de enfermedad y / o despido, cuyos efectos negativos pueden atenuarse mediante el acceso al seguro por enfermedad y al seguro de desempleo respectivamente.

conlleva la precariedad laboral, cuyo caso extremo es el desempleo. De este modo, nuestro eje distintivo está constituido por una “legalidad clásica”: el estatuto del trabajador plasmado en un contrato laboral que le brinda protección social.

El ejercicio de una actividad laboral con cierto nivel mínimo de protección social nos permite distinguir entre aquellos jóvenes que, aunque desempeñan actividades laborales, no han podido acceder o conservar alguna que les ofrezca un contrato laboral formal y prestaciones efectivas derivadas de éste, de aquellos que sí cuentan con un empleo con esas características. Por tanto, consideramos que este criterio tiene la ventaja de reportar cuando se tiene acceso a alguna de las prestaciones sociales que el desempeño de la actividad laboral permite. Y marca la distinción fundamental con respecto a quienes su situación laboral no les brinda protección alguna.

Cabe notar aquí que, salvo excepciones en algunos trabajos y tipos de contrato específicos, el acceso a la cobertura de seguridad social en Uruguay se orienta por una lógica de “paquete”, esto es: por la vía del aporte a la seguridad social, se accede conjuntamente a una serie de prestaciones de manera conjunta, por lo que aunque el conocimiento del joven de las prestaciones que se derivan de su actividad laboral pueda ser escaso, el hecho que exprese que tiene acceso a una prestación laboral es un indicador fuerte de su acceso potencial a un paquete de prestaciones. Adicionalmente, en términos operativos, la ventaja de la adopción de este criterio reside en la confiabilidad en la recolección de la información.⁷² De este modo, consideramos que cuentan con logro laboral todos aquellos jóvenes que poseen un contrato de trabajo con acceso a prestación(es). Éste puede incluir prestaciones tales como licencia paga,⁷³ aguinaldo, aportes a la caja de jubilaciones, derecho de atención a la salud, licencia o incapacidad médica, etc. Consideramos aquí los casos que cuentan con al menos una de estas prestaciones. En cambio, concebimos como carentes de logro laboral a quienes en sus trabajos no tienen acceso a ninguna prestación laboral o, en otras palabras, a quienes desarrollan su actividad en la precariedad.

⁷² Consideramos que este es un indicador más estable y fácilmente asequible que aquel que supone relevar directamente los ingresos percibidos. Como estrategia, clasificamos aquellos casos que registran variaciones de acuerdo a la situación reportada en el último encuentro, tanto en esta dimensión como respecto del respeto de las normas de convivencia social y de la participación en grupos sociales.

⁷³ Equivale a periodo vacacional y “días económicos”.

En el plano *simbólico*, colocamos el acento en *las expectativas depositadas en la actividad laboral*, procurando discernir entre aquellos jóvenes que valoran favorablemente el desempeño de actividades laborales y detentan *expectativas* en torno a sus trayectorias en dicho ámbito, de quienes expresan expectativas neutras, bajas o nulas con relación a su desempeño laboral, siendo indiferentes ante los desafíos del mercado de trabajo o valorando de manera negativa su inserción en dicho mercado.

Entre estos últimos, la actividad laboral es significada como un “mal necesario” sin la valoración de la continuidad de una vida laboral activa. La valoración de dicha actividad se elabora fundamentalmente como una alternancia con periodos de inactividad, con actividades laborales esporádicas que permitan obtener cierto sustento. Y en una actitud aún menos favorable, colapsamos aquí aquellos casos en donde hay un *cuestionamiento del trabajo* de tal suerte que no hay expectativa de inserción en el mercado laboral. Se trata de quienes no buscan ni aspiran a la obtención de empleos de calidad; son sujetos que, incluso, han renunciado a tener una vida laboral activa.

En cambio, quienes muestran *adhesión al trabajo* detentan *expectativas* en torno al desempeño de actividades laborales. Más allá de la situación laboral efectiva en que se hallan, se trata de jóvenes que tienen una *valoración positiva del trabajo* que trasciende la experiencia inmediata, en donde los sentidos asignados a la actividad laboral traducen la valoración de la continuidad de una vida laboral activa. Hay una expectativa de logro de trabajo con derechos, en tanto se visualiza el empleo como un medio para la obtención de recursos pero también hay expectativa de aprender, adquirir experiencia, desarrollarse como persona y eventualmente “ascender” en una “carrera laboral”.

Las expectativas depositadas en la actividad laboral se codifican con el atributo positivo o con su ausencia con base en la información obtenida en los *relatos* que hacen los entrevistados *de sus experiencias laborales, la valoración que tienen de las condiciones en las que se desempeñan (o desempeñaron) y de la continuidad de la experiencia laboral*. Distinguimos de la valoración positiva del trabajo, una valoración puramente restringida a la satisfacción de necesidades de consumo inmediato.

4.2.1.3. Respeto y adhesión a normas básicas de convivencia social

El criterio que adoptamos para distinguir si existe un *respeto básico de las normas que regulan la convivencia social* o si por el contrario, se registra *transgresión social*, supone la observación del comportamiento de los jóvenes con relación a dos aspectos específicos: el consumo o el tráfico de pasta base de cocaína (en adelante, PBC) o cemento, y/o la incursión efectiva en actividades delictivas (específicamente: rapiña o hurto a personas o propiedades, venta de productos robados).

La opción por un criterio “duro” de transgresión de las normas que regulan el comportamiento social implica la posibilidad de distinguir entre quienes tienen comportamientos que claramente suponen una ruptura con los patrones de conducta que regulan la convivencia social, de aquellos que sí respetan tales normas sociales al menos en un nivel básico. La idea que subyace a este punto de corte supone que aun cuando se registran conductas o experiencias que no son claramente aceptables desde el punto de vista “conservador” de la normatividad social (por ej., consumo de marihuana, cocaína, encubrimiento de autores de delito), no se está exento por ello, de la posibilidad de integración social.

Así, esta mirada concede que la integración podría lograrse con un nivel bajo de regulación de las pautas y normas de convivencia social. Se trata aquí de poder distinguir quienes respetan las pautas de convivencia de quienes tienen una actitud de transgresión social explícita. Es decir, buscamos identificar a los jóvenes que se han abierto a otras alternativas que transgreden los criterios básicos de convivencia social: aquéllos cuyas experiencias biográficas se orientan por la incursión en conductas que suponen la aceptación de la delincuencia y/o el consumo de drogas “duras” (PBC, cemento), ya sea de forma permanente o relativamente frecuente.⁷⁴

Cabe mencionar que no suponemos que el respeto básico de la convivencia social implique, necesariamente, una actitud pasiva ni a-crítica del sujeto. Aunque ciertamente la contempla, ese respeto también puede darse junto con la convicción de la necesidad de transformaciones y mejora de la actuación de los agentes encargados de favorecer el orden,

⁷⁴ Con base en el análisis de entrevistas, procuramos una graduación, y una reconstrucción de las trayectorias, analizando los movimientos entre los casos codificados como 0 y aquéllos codificados como 1.

la seguridad y la justicia; es decir, de policías y jueces, especialmente. Pero ello no se traduce en conductas transgresoras.

El criterio distintivo adoptado en el plano *simbólico* supone *el reconocimiento o la transgresión de las normas básicas de convivencia social*. Para ello observamos específicamente la valoración de la actividad delictiva y del consumo de PBC.

En suma, consideramos que aun cuando se critique fuertemente el funcionamiento y/o la función que cumplen las instituciones sociales particularmente aquellas encargadas de impartir justicia y regular el orden y la seguridad pública, habrá *respeto de las normas básicas que regulan la convivencia social* en aquellos jóvenes que valoren las normas legales como pauta de organización de la vida. Reiteramos, esto no supone que no se pueda criticar el funcionamiento de ciertas instituciones ni el desempeño de funcionarios públicos. La crítica en tanto resultado del abuso o la arbitrariedad con que se valora el accionar de ciertos agentes institucionales, por más aguda que sea, no involucra una crítica de la legitimidad de la normatividad social. De hecho, es posible que exista una valoración crítica del funcionamiento institucional, pero ello no plantea en modo alguno que éste deje de orientar las conductas: en suma, se condenan aquellos comportamientos que suponen la incursión en actividades delictivas específicas y/o el consumo o distribución de PBC.

Por el contrario, concebimos que hay *valoración favorable de la transgresión social* entre quienes no condenan o reprueban aquellas conductas que suponen la incursión en alguna de esas dos actividades. Ya sea porque expresan una actitud de confrontación explícita manifestando una valoración favorable de tales actividades y/o su acuerdo con quienes incursionan en actividades delictivas, consumen o comercializan PBC, ya sea porque son indiferentes a tales actividades, esto es, no hay una condena o valoración negativa de éstas.

El criterio central se basa, por lo tanto, en la valoración favorable de “*vías alternativas*” de organización de la experiencia biográfica a través de la incursión - personal o de otros referentes- en actividades delictivas (particularmente en lo expresado respecto de la incursión en hurtos, rapiñas y participación en cadenas de distribución de drogas). Se considera también lo expresado y observado respecto del consumo de drogas “duras” (particularmente, PBC).

4.2.1.4. Participación efectiva en grupos sociales y valoración de ésta

Optamos por un criterio de afiliación a grupos sociales con normas y propósitos explícitos, en la medida que consideramos que ello es indicativo de una manera de integración e involucramiento con objetivos que remiten a la participación en actividades grupales reguladas. La intención aquí es distinguir la participación en grupos sociales organizados que implica el cumplimiento de pautas y normas, y que tienen un objetivo explícito, de los que tienen como función básica e incluso única, la convivencia.

Una expresión común entre los jóvenes con quienes trabajamos es aquella que refiere al “andar en la vuelta”. Así, observamos recurrentemente que a preguntas tales como: “- ¿Qué haces durante el día?”, las respuestas se formulan más o menos como sigue: “- Y... estoy todo el día acá, en la vuelta”. “La vuelta” nuclea toda una serie de actividades, desde las menos reguladas y que requieren menor compromiso y constancia, hasta aquellas más planificadas y organizadas. Los jóvenes dirán que andan “en la vuelta esta” cuando están participando de la organización de una actividad de esparcimiento y recolección de materiales lúdicos para los niños del barrio; dirán que andan “en la vuelta” cuando caminan por las calles del barrio o se juntan en una esquina a tomar mate. Por tanto, es nuestra tarea aquí discernir cuándo esa “vuelta” implica participación en grupos sociales, y cuándo se trata del desarrollo de una actividad con otros pero sin propósito definido ni compromiso con ella.

De esta manera distinguimos una actitud individual, de un involucramiento con otros, que supone el respeto y la consecución de pautas de conducta, rutinas y experiencias compartidas. La distinción se fundamenta en la necesidad de discernir la participación en una actividad cualquiera desarrollada por el grupo de pares, de una actividad que requiere la adhesión a ciertas pautas que conforman el grupo, que son reguladas, cultivadas y reafirmadas en la práctica. La participación efectiva en determinado grupo se observa con un criterio más o menos laxo. A modo de ejemplo, podemos aceptar como participación en un grupo religioso aquellos casos que, aunque la práctica de su adhesión no sea muy frecuente, sí participen de determinados rituales con otros, en fechas específicas que le otorgan sentido al grupo.

Consideramos la existencia de participación en al menos un grupo social en sentido amplio, es decir, teniendo en cuenta formas variadas de sociabilidad grupal, que pueden ir

desde la participación en movimientos, partidos o asociaciones políticas, religiosas, estudiantiles, deportivas, culturales, comunitarias o barriales.

En el ejemplo religioso, no basta con que una persona se considere religiosa y asista con cierta regularidad a una actividad propia de su religión, sino que debe involucrarse con otros en su participación religiosa, debería formar parte de un grupo que cumpla con algún ritual. En caso contrario, se considera que “no participa”. Este criterio se adopta para las otras actividades: políticas, deportivas, barriales o comunitarias.

En el plano *simbólico* distinguimos entre quienes consideran como válida, interesante o atractiva, alguna de las más variadas formas de participación en grupos sociales por una parte, y por otra parte, quienes son indiferentes a la participación en grupos sociales, así como quienes no valoran o no se sienten motivados a participar en algún grupo social.

Consideramos la valoración del sujeto en torno a su ejercicio ciudadano teniendo en cuenta la *participación en grupos sociales para los cuales las normas son valores no sólo válidos* (se cumplen por miedo a la sanción), sino *legítimos* (hay una convicción acerca de su valor intrínseco y su exigibilidad). En esta dimensión, se trata de distinguir, más allá de la participación efectiva en grupo(s) social(es), cuándo los jóvenes valoran positivamente esa participación, de cuándo son indiferentes o contrarios a esta.

A nuestro entender, la valoración positiva de la participación en grupos sociales supone el interés por temas o actividades que rebasan al individuo, reduciendo las posibilidades de desafiliación social. Ello nos permite distinguir a aquellos jóvenes que se sienten reflejados o al menos convocados ya sea por los discursos y acciones políticas o por los objetivos comunes de un grupo determinado, quienes se interesan por tener una posición reconocida en relación con otros, en organizaciones que están en el marco de la legalidad. Este último punto es bien importante, pues no consideramos en tanto *valoración positiva de la participación en grupos sociales* el involucramiento con otros en actividades grupales que suponen transgresión social, y son contempladas en la dimensión anteriormente tratada.

4.2.2 Matrices síntesis de criterios adoptados

Las matrices que se presentan a continuación sintetizan los criterios adoptados en los planos *factual* y el plano *simbólico*, para cada una de las dimensiones de análisis (Cuadros 4.2 y 4.3 respectivamente). De acuerdo a esta definición de criterios, para cada una de las dimensiones con las que trabajamos, en ambos planos, tenemos la posibilidad de codificar en términos de presencia o ausencia del rasgo positivo.

Cuadro 4.2. Síntesis de criterios utilizados en el plano <i>factual</i>			
DIMENSIONES	Criterios	Menor posibilidad de integración social	Mayor posibilidad de integración social
EDUCACIÓN (E)	Completar mínimo obligatorio	Menos de nueve años aprobados	Nueve años aprobados o más
TRABAJO (T)	Protección laboral	Desempleado o trabajador sin ninguna protección laboral	Trabajo con al menos una protección laboral
RESPETO de NORMAS de CONVIVENCIA (RC)	Respeto de las normas básicas de convivencia social	Consumo de PBC y/o participación en actividades delictivas (hurtos, rapiñas, tráfico de drogas)	No consumo de PBC ni participación en actividades delictivas
PARTICIPACIÓN en GRUPO(S) SOCIAL(ES) (PG)	Afiliación a grupo(s) social(es)	No participación en ningún grupo social (ni movimientos, ni partidos o ni asociaciones políticas, religiosas, estudiantiles, deportivas, culturales, comunitarias o barriales)	Participación en al menos un grupo social

Cuadro 4.3. Síntesis de criterios utilizados en el plano *simbólico*

DIMENSIONES	Criterios	Menor posibilidad de integración social	Mayor posibilidad de integración social
EDUCACIÓN (E)	Experiencia dotada de sentido	Valoración indiferente, escasa o nula. La experiencia educativa carece de sentido, o este se restringe a un recuerdo en tanto “diversión”	Valoración favorable. La experiencia educativa es algo por lo que vale la pena esforzarse, por la diversidad de aprendizajes que puede proveer
TRABAJO (T)	Expectativa depositadas en la actividad laboral	Valoración negativa o restringida a satisfacer necesidades de consumo inmediato. Expectativa neutra, baja o nula	Valoración favorable, que trasciende la experiencia inmediata. Expectativa de logro de trabajo con derechos
RESPECTO de NORMAS de CONVIVENCIA (RC)	Reconocimiento de normatividad pautada por institucionalidad legal	Valoración indiferente o favorable de actividades delictivas y/o del consumo de drogas “duras”	Rechazo de actividades delictivas y/o del consumo de drogas “duras”
PARTICIPACIÓN en GRUPO(S) SOCIAL(ES) (PG)	Interés por la participación en grupos sociales	Indiferencia o rechazo a participar en grupos sociales (movimientos, partidos o asociaciones políticas, religiosas, estudiantiles, deportivas, culturales, comunitarias o barriales)	Valoración positiva de la posibilidad de participar en al menos un grupo social

Una vez discutidos, establecidos, explicitados y sintetizados los criterios de clasificación, nos abocamos en lo que sigue, a un análisis descriptivo de los resultados que surgen de la ubicación de los sujetos en cada plano y dimensión de análisis, y arribar a los resultados de la tipología construida.⁷⁵

⁷⁵ A los efectos de ganar claridad en la presentación, optamos por plantear en primer término los criterios de clasificación en ambos planos y los resultados que surgen de la aplicación de dichos criterios, antes de plantear las decisiones adoptadas para *el cruce de los dos planos* (4.4).

4.3. Resultados observados de acuerdo a la tipología construida

Nos centramos aquí en la presentación de los resultados que obtenemos de la tipología construida, observando cómo quedan ubicados los jóvenes entrevistados de Casavalle y El Cerro de acuerdo a los criterios de *logro* y *adhesión* definidos. Previamente a los resultados *del cruce de los dos planos* (4.3.2) y a de la *presentación de los tipos construidos* (4.3.3), comentamos cómo quedan ordenadas las cuatro dimensiones de análisis con referencia a la recurrencia de *logro* y de *adhesión*.

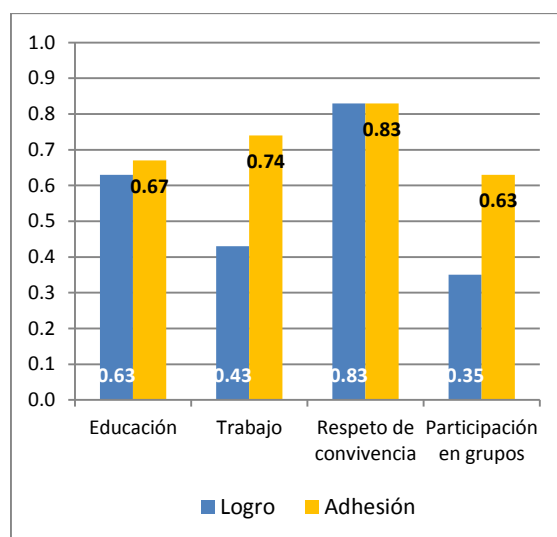
También, creemos interesante precisar aquí algunas diferencias encontradas entre *mujeres y varones*. A la vez que realizamos comentarios para el conjunto de entrevistados, avanzamos en una mirada comparativa de acuerdo a los resultados obtenidos en uno y otro *barrio*.

4.3.1 Logro y adhesión en las distintas dimensiones de análisis

El primer resultado a destacar es que el *respeto de normas básicas de convivencia social* es la dimensión que registra mayor presencia de atributos positivos en ambos *planos*. Por lo que aventuramos que la *transgresión social* es reducto de un grupo específico de jóvenes sobre los que habremos de indagar (Capítulo 6). La otra dimensión en donde tanto la *adhesión* como el *logro* resultan predominantes es la *educativa*, aunque con menor *intensidad*. En estas dos dimensiones, además, hallamos relativa paridad entre *logro* y *adhesión*, no así en *trabajo y participación en grupo(s) social(es)*. (Gráfico 4.1)

Cabe anotar la existencia de un desfase importante entre la proporción de jóvenes que valoran el trabajo y la de aquellos que efectivamente han logrado el desempeño de una actividad laboral con alguna protección social. En el mismo sentido, la participación en grupos sociales es valorada como de interés por buena parte de los jóvenes que, no obstante, no la hacen efectiva.

Gráfico 4.1. Logro y adhesión global en las distintas dimensiones



En una mirada comparativa respecto de los jóvenes de uno y otro barrio, consignamos diferencias en la intensidad de cada dimensión, en la cercanía o distancia entre adhesión y logro, así como en el ordenamiento resultante de las dimensiones de acuerdo a la intensidad. En los Gráficos 4.2 y 4.3 presentamos la distribución de *adhesión* y de *logro* de acuerdo a cada dimensión de análisis, entre los jóvenes de Casavalle y los del Cerro respectivamente.

Gráfico 4.2 Logro y adhesión en Casavalle según dimensión. Proporciones

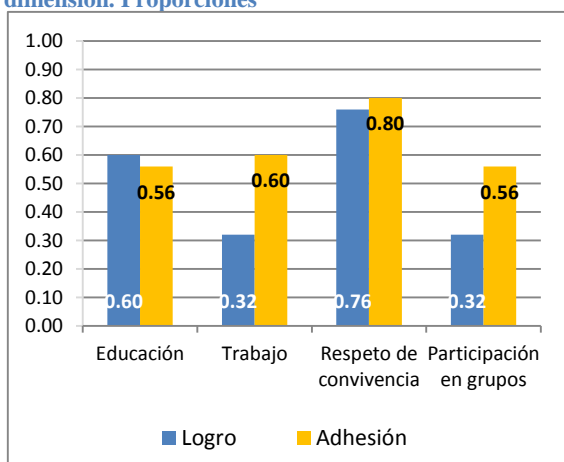
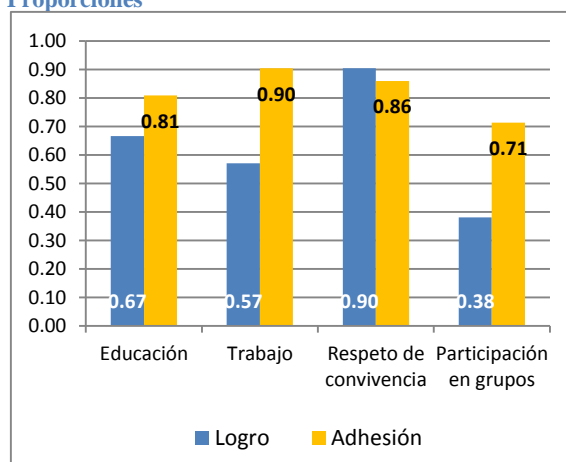


Gráfico 4.3 Logro y adhesión el Cerro según dimensión. Proporciones



Varios comentarios se nos hacen relevantes, en particular:

- ✓ cualquiera sea la dimensión considerada, hallamos mayor *intensidad de logro* y de *adhesión* entre los jóvenes del Cerro que entre los de Casavalle.
- ✓ en ambos barrios la *adhesión* es predominante en todas las dimensiones de análisis. En el plano *factual*, en ambos barrios predomina el *respeto de normas de convivencia social* y el *logro educativo*, en tanto que la *participación en grupo(s) social(es)* se hace efectiva en una minoría de casos. El *logro laboral*, en cambio, predomina únicamente entre los jóvenes cerrenses.
- ✓ tanto en el plano *simbólico* como en el *factual*, el ***respeto de las normas básicas de convivencia social*** es ampliamente mayoritario, siendo la dimensión que ocupa el primer lugar en *intensidad*. Cabe anotar además, que en esta dimensión se registra la menor distancia entre adhesión y logro en ambos barrios;
- ✓ aunque el logro y la adhesión a la ***educación*** son también predominantes entre los jóvenes de ambos barrios, y aunque también la distancia entre *adhesión* y *logro* es relativamente pequeña, e incluso cuando se observa cierta paridad en la proporción de jóvenes que registran *logro educativo* en uno y otro barrio, es bien importante la distancia en intensidad de *adhesión* entre los jóvenes cerrenses y los de Casavalle (proporción de 0.81 y de 0.56 respectivamente). En Casavalle, *logro* y *adhesión* registran una proporción similar, en tanto que los jóvenes del Cerro parecerían continuar apostándole a la educación, con independencia de su *logro*. La *educación* ocupa, en uno y otro barrio, el segundo lugar en el ordenamiento de dimensiones en el plano *factual* y el *tercer* lugar en el plano *simbólico*. No obstante dicha similitud, cabe observar que entre los jóvenes cerrenses la *adhesión a la educación* ocupa un tercer puesto exclusivo -entre los jóvenes de Casavalle este tercer lugar es compartido con *participación en grupo(s) social(es)*-. Nótese además, que la proporción de jóvenes del Cerro que registran adhesión simbólica en *educación* es mayor a la proporción de jóvenes de Casavalle que valoran la *normatividad social*: la adhesión en la tercera posición en el Cerro supera en términos proporcionales, a aquella registrada en primer lugar en Casavalle;
- ✓ el ***trabajo*** es la dimensión con más intensidad de *adhesión* entre los cerrenses, y la segunda con más menciones en este plano entre los jóvenes de Casavalle. En este sentido, para unos y otros la expectativa laboral es mayoritaria, aunque la

proporción de quienes registran *adhesión laboral* se distancia en favor de los jóvenes cerrenses. Ahora bien, es de destacar que, pese a las diferentes *intensidades*, en ambos barrios el *trabajo* se nos revela como la dimensión que más distancia guarda entre *adhesión* y *logro*. Por otra parte, encontramos también diferencias importantes en el *logro laboral* entre los jóvenes de uno y otro barrio: menos de la tercera parte de los jóvenes de Casavalle cuentan con un trabajo con protección social; en el Cerro, esta situación laboral supera a la mitad de los jóvenes (proporción de 0.6);

- ✓ la *participación en grupo(s) social(es)* resulta la dimensión valorada en menor cantidad de casos, tanto entre los jóvenes del Cerro como entre los de Casavalle (entre estos últimos, comparte el cuarto lugar con *educación*). Pero aun cuando entre los jóvenes cerrenses esta dimensión ocupa el último lugar en *intensidad de adhesión*, la proporción de jóvenes que valora dicha actividad es superior a aquélla que ocupa el segundo lugar de adhesiones entre los jóvenes de Casavalle, es decir, el *trabajo* (proporciones de 0.7 y de 0.6 respectivamente). Sin embargo, aunque se observa distancia entre la proporción de jóvenes que adhieren a la *participación en grupo(s) social(es)* en el Cerro (0.7) y en Casavalle (0.6), la *participación efectiva en grupo(s) sociales* guarda proporciones similares. Esto es, la mayor *adhesión* entre los jóvenes cerrenses no tiene correlato en el plano *factual*.

Mujeres y varones registran resultados disímiles en las distintas dimensiones consideradas, y las valoran con intensidad diferenciada. Como puede observarse en el Cuadro 4.4, únicamente en lo que refiere a la *participación en grupo(s) social(es)* los varones presentan a la vez mayor *logro* y *adhesión*.

Cuadro 4.4 Logro y adhesión en las distintas dimensiones de análisis en el conjunto de jóvenes y por Barrio, de acuerdo al Sexo. Proporciones y cantidad

Barrio	Sexo	Educación		Trabajo		Respeto normas convivencia		Participación en grupo(s)		Total (*)	
		L	A	L	A	L	A	L	A	L	A
Casavalle (n=25)	Mujer (n=11)	0.7	0.7	0.6	0.7	0.8	0.9	0.3	0.4	0.6	0.7
	Varón (n=14)	0.5	0.4	0.1	0.5	0.7	0.7	0.4	0.6	0.4	0.6
Cerro (n=21)	Mujer (n=10)	0.7	0.9	0.5	0.9	1.0	0.9	0.1	0.6	0.6	0.7
	Varón (n=11)	0.6	0.7	0.6	0.9	0.8	0.8	0.6	0.8	0.7	0.8

L = logro; A = adhesión

(*) La columna total corresponde a la proporción y cantidad de registros hallados en cada fila, considerando conjuntamente las cuatro dimensiones de análisis. Es así que las proporciones se calculan sobre el total de posibilidades. Por ejemplo, para el conjunto de mujeres (ambos barrios), el total de posibilidades se calcula como: $21 * 4 = 84$. => proporción de logro = $49 / 84$.

Entre los jóvenes de Casavalle, tanto el *logro* como la *adhesión globales* son más recurrentes entre mujeres que entre varones. Entre los jóvenes del Cerro la *adhesión global* es también más recurrente entre mujeres, pero los varones registran más recurrencia de *logro global* que ellas. Más aún, entre las mujeres cerrenses hallamos la mayor distancia entre *adhesión* y *logro global* (proporciones de 0.85 y 0.58 respectivamente). Esta distancia (tanto entre *adhesión* y *logro* para ellas, como la de ellas respecto de los varones) se explica principalmente por la baja proporción de mujeres que registran *participación efectiva en grupo(s) social(es)*.

4.3.2 Del cruce de los dos planos

La ubicación de los jóvenes en los *tipos construidos* requiere del cruce de los resultados obtenidos en ambos planos de análisis.⁷⁶ En el Cuadro 4.5 presentamos a la izquierda, los “resultados posibles”, esto es, las distintas combinaciones que pueden resultar de las variaciones en las cuatro dimensiones de análisis, mostrando: la cantidad de atributos positivos (*P*), la cantidad de combinaciones posibles (*combinación*) y el *resultado global* de

⁷⁶ Puede consultarse un análisis de los resultados obtenidos en el plano *factual* y *simbólico*, así como en las cuatro *dimensiones* consideradas en el Anexo 4, sección A4.2.

acuerdo a los criterios utilizados. A la derecha, pueden consultarse los resultados encontrados para cada uno de los barrios.

Cuadro 4.5 Combinaciones posibles, combinaciones empíricamente obtenidas, y resultado global de acuerdo a los criterios de construcción adoptados, por barrio y plano

CRITERIOS DE CONSTRUCCIÓN							RESULTADOS OBTENIDOS			
Dimensiones (con independencia de plano)				Posibilidades			Casavalle		Cerro	
E	T	RC	PG	nP	Combi- nación	Resultado global	Plano		Plano	
							Simbólico	Factual	Simbólico	Factual
+	+	+	+	4	1	+	8	2	13	7
+	+	+	-	3	2	+	6	6	3	5
+	+	-	+	3	3	+				
+	-	+	+	3	4	-		3		
-	+	+	+	3	5	-	1		1	
+	+	-	-	2	6	-				
+	-	+	-	2	7	-		3		2
-	+	+	-	2	8	-			1	
+	-	-	+	2	9	-		1		
-	+	-	+	2	10	-			1	
-	-	+	+	2	11	-	4	2		1
+	-	-	-	1	12	-			1	
-	+	-	-	1	13	-				
-	-	+	-	1	14	-	1	3		4
-	-	-	+	1	15	-	1			
-	-	-	-	0	16	-	4	5	1	2
							25	25	21	21

E = Educación; **T** = Trabajo; **RC** = Respeto normas de convivencia; **PG**= Participación en grupo(s) social(es)
nP = Cantidad de posibilidades

El criterio adoptado para sintetizar la presencia o ausencia del atributo positivo en las cuatro dimensiones, supone asignar una mayor importancia a las dimensiones “educación” y “trabajo”.⁷⁷ Así por ejemplo, en caso de “empate” (casos calificados como “positivo” en sólo dos dimensiones), el signo correspondiente en el plano analítico (*simbólico* o *factual*) será “+” cuando las dimensiones que presenten dicho signo sean precisamente educación y trabajo. Seguimos este criterio aun en casos de predominancia del signo positivo. Esto es, si hallamos signo positivo en tres dimensiones, pero en *educación* o en *trabajo* no, la ubicación del caso en el plano analítico correspondiente se realiza en la ausencia de atributo positivo (“-”). Esto ocurre en el plano simbólico en el caso

⁷⁷ Criterio que ya ha sido especificado en la sección 4.2. de este capítulo (*Criterios de construcción de la tipología*) y que deriva del tratamiento conceptual desarrollado en el Capítulo 2.

de Gabriel (en Casavalle) y de Ariel (en el Cerro), y en el plano factual se ubican los casos de Armando, Eveline y Nadia (en Casavalle).⁷⁸

Adicionalmente, prestamos especial atención a la dimensión *respeto de las normas de convivencia social*, en la medida que encontramos, con los criterios de cruce adoptados hasta el momento, dos situaciones marcadamente distintas entre quienes predomina la carencia del signo positivo en ambos planos. Por una parte ubicamos a quienes no valoran particularmente la educación y/o el trabajo, no han logrado traspasar el nivel educativo mínimo y/o no cuentan con un trabajo protegido, ni participan en grupos sociales, pero sí le adjudican valor al respeto por las normas de convivencia, y efectivamente las respetan. Estos jóvenes se distinguen de aquellos que tampoco tienen valoraciones ni disposiciones favorables en la dimensión *educativa y/ o laboral*, pero que además, no valoran y/o no respetan las normas de convivencia social. De tal manera, consideramos pertinente la construcción de un tipo que permita trabajar con esta distinción.⁷⁹

4.3.3 Presentación de los tipos construidos

Es así que arribamos a la construcción de cuatro tipos que se conforman como gradaciones del proceso de integración – desafiliación social, que especificamos a continuación.

4.3.2.1. Tipo de “integración lograda”.

Denominamos “**integración lograda**” (ILO) al *tipo* conformado por aquellas situaciones que se caracterizan por reunir predominio de *logro* y de *adhesión* al menos en las dimensiones *educación, trabajo y respeto de las normas básicas de convivencia social*. El ILO representa pues situaciones de “integración social plena” o “alta”. Los jóvenes que integran este tipo tienen una valoración positiva de los canales tradicionales de integración social. Como rasgos comunes a todos ellos, el plano *factual* y el plano *simbólico* aparecen

⁷⁸ Conviene explicitar aquí que aunque concebimos el *respeto de normas básicas de convivencia social (RC)* como prerequisite de integración social, no hemos de utilizar dicho criterio puesto que no hallamos casos en donde sólo se registrara *logro* o *adhesión* en *educación y trabajo*, o en las tres dimensiones exceptuando RC.

⁷⁹ Como puede observarse en el cuadro 4.6 presentado páginas adelante, la última fila refiere a la situación anteriormente descrita, que se simboliza agregándole otro signo “-”.

reforzándose mutuamente en sus aspectos positivos, en lo que respecta a la *educación*, el *trabajo* y el *respeto de las normas de convivencia social*.⁸⁰

Los integrantes de este grupo creen en la *importancia de la experiencia educativa*, tienen una valoración positiva tanto de la educación en términos generales, como de su experiencia educativa concreta. La escuela, en sentido amplio, es algo por lo que vale la pena “apostar”. En consonancia con este tipo de valoraciones, todos han logrado al menos la aprobación de los tres años de la escuela secundaria, es decir, tienen como mínimo nueve años de educación formal aprobados.⁸¹ En el ILO, el promedio de años de educación formal aprobados es de 12.8. Entre los jóvenes de Casavalle, dicho guarismo asciende a 11.8, en tanto que entre los jóvenes del Cerro a 13.3. Consideramos que en este grupo el *logro educativo* es relativamente alto: los jóvenes que lo integran han alcanzado, en promedio, lo que en el Uruguay se considera la Educación Básica Obligatoria a partir del año 2008 (los seis años de escuela secundaria completa).

Con respecto al *trabajo*, quienes conforman este *tipo* ven en la experiencia laboral una vía fundamental para proyectarse en el futuro, valorando el grado de relación entre su trabajo actual y sus intereses vocacionales. En los casos en que esta vinculación aún no se ha concretado, el trabajo actual es igualmente valorado en tanto soporte para continuar estudiando o para retomar los estudios a futuro. Esto es, para estos jóvenes la experiencia laboral se valora por sus retribuciones inmediatas y por las protecciones que brinda en el presente, pero además, hay un marcado componente de expectativa. Es así que a la valoración positiva de la educación y del trabajo, y a los logros en estos ámbitos se le añaden expectativas de futuro que retroalimentan dichas valoraciones y logros.

Estos jóvenes no han tenido experiencias de transgresión de las normas básicas de convivencia social, ni manifiestan su voluntad de tenerlas. Quienes conforman este tipo, valoran negativamente las actividades delictivas y el consumo de drogas “duras”, particularmente de PBC; actividades de las que nunca han participado.

⁸⁰ Tipo elaborado con base en veinte casos. Ocho de ellos correspondientes a Casavalle y doce al Cerro. En Casavalle, seis son mujeres y dos varones; las edades oscilan entre los 20 y los 29 años, predomina el tramo de edad intermedio (25 a 29 años); la media de edad se ubica en 24.8. En el Cerro se trata de cinco mujeres y siete varones; las edades varían entre los 19 y los 34 años, predominando también el tramo de edad intermedio; la media de edad se ubica en 28 años.

⁸¹ Ello es destacable cuanto más que la educación básica obligatoria durante el período de cursado de estos jóvenes era precisamente de nueve años, lo que comprendía la aprobación de los seis años de primaria y los tres años del Ciclo Básico Obligatorio.

A diferencia de las tres dimensiones anteriormente consideradas en las que el *logro* y la *adhesión* son unánimes, la *participación en grupo(s) social(es)* es valorada y practicada sólo en algunos casos. En este tipo, la única diferencia que hace al predominio de *adhesión* frente al *logro* es aquella registrada en esta dimensión, habida cuenta que de los veinte jóvenes que lo conforman, únicamente nueve valoran y participan efectivamente en grupos sociales, en tanto que cinco no participan de ningún grupo social aunque valoran la participación en éstos; los restantes seis jóvenes no valoran ni participan en grupos sociales.

4.3.2.2. Tipo de “integración anhelada”

El tipo de “**integración anhelada**” (IAN) queda conformado por aquellos jóvenes que comparten una valoración positiva de la *educación*, el *trabajo*, el *respeto de las normas de convivencia social* y la *participación en grupo(s) social(es)*, aunque su situación *fáctica* es endeble: registran ausencia de *logro* en al menos dos dimensiones (o en una cuando dicha ausencia es registrada en la dimensión educativa o en la laboral). El IAN representa una situación de “integración social intermedia, con carencia de *logro*”, donde los *logros* obtenidos son menos recurrentes que las *aspiraciones* y *expectativas* que persisten.⁸²

Se trata de jóvenes que no renuncian a la posibilidad de encontrarse en el espacio de integración, y probablemente lo buscan. Pero en el presente, su situación se ve comprometida por la carencia laboral o por el desarrollo de actividades laborales precarias. En estas condiciones, las expectativas identificadas se enmarcan en una búsqueda constante de mejorar su situación y en una insistencia en la convicción de que les será posible lograrlo. “Perseverar” en la búsqueda de una integración social -particularmente laboral- es una actitud que sobresale en este grupo.⁸³

La *educación* ocupa un lugar de relevancia en las valoraciones y apuestas; respecto del *logro*, cabe anotar que el IAN tiene en promedio 11.0 años de educación formal aprobados; entre los jóvenes de Casavalle el guarismo es de 11.7 y de 10.0 entre aquéllos

⁸² Tipo elaborado con base en diez casos. Seis correspondientes a Casavalle y cuatro al Cerro. En Casavalle, se trata de cuatro varones (Federico, Germán, Marcelo y Sebastián,) y de dos mujeres (Eveline y Nadia); en el Cerro, de tres mujeres (Daniela, Juliana y Verónica) y de un varón (Darío). Entre los jóvenes de Casavalle, las edades oscilan entre los 21 y los 30 años. Predomina el tramo de edad intermedio (25 a 29 años) y la media de edad se ubica en 25.8. Entre los jóvenes del Cerro, la media de edad es de 26.8 años, y las edades oscilan entre los 15 y los 32.

⁸³ De acuerdo al Diccionario Moliner, la *perseverancia* es una “cualidad o virtud de quien persevera”, lo que implica “sostener cierto esfuerzo o insistir para conseguir una cosa.” El perseverante es “constante, empeñoso, firme, incansable”, tiene “paciencia”. Al tiempo que se lo asocia también con la insistencia y la “obstinación”.

del Cerro. Se trata de jóvenes que han culminado con éxito el primer ciclo de enseñanza secundaria que con anterioridad al 2008 se consideraba obligatorio.

En la *dimensión laboral*, estamos ante jóvenes que se hallan buscando trabajo: en Casavalle, todos; en el Cerro, Daniela y Darío han decidido posponer la búsqueda de trabajo para avanzar en sus estudios. Con independencia de su situación laboral, todos aspiran a obtener un trabajo que les permita desarrollar sus intereses. El IAN comparte la característica de hallarse desprotegido, ya sea porque desempeña actividades que no le brindan acceso a ningún derecho laboral –la mitad de los casos-, o porque directamente se encuentra desocupado –la otra mitad-. Lo que lo distingue con más claridad del *tipo* anterior, es precisamente el hecho de no desarrollar tareas laborales que le confiera derechos sociales.

Al igual que en el tipo de “integración lograda”, en el de “integración anhelada” se *respetan las normas básicas de convivencia social*, no registrándose entre los jóvenes de este *tipo* experiencias de transgresión social.

La *participación en grupo(s) social(es)* es valorada en seis de los diez casos que conforman el IAN, y practicada en cuatro casos. Observamos que en este *tipo* la diferencia entre la *adhesión* en el *plano simbólico* y el *logro* en el *plano factual* se explica antes que por esta dimensión, por la inserción laboral deficitaria: el *trabajo* con protección social es anhelado, pese a que ninguno cuenta actualmente con trabajo que les brinde al menos una protección laboral.

4.3.2.3. Tipo de “desafiliación resistida”

Con el rótulo **“desafiliación resistida” (DER)** concebimos el tipo que conjuga aquellas situaciones en las que al menos en *educación y/o en trabajo* se registra ausencia de *logro y/o* ausencia de *adhesión* pero sigue habiendo *adhesión y respeto de las normas básicas de convivencia social*. El DER ilustra la situación de “integración social débil”, que podríamos referir también como de “desafiliación social”.⁸⁴

⁸⁴ Tipo construido con base en ocho casos, cinco correspondientes a Casavalle y tres al Cerro. En Casavalle el tipo se conforma por cuatro varones (Armando, Fabricio, Gabriel y Lorenzo) y una mujer (Yenia) en tanto que en el Cerro lo integran dos mujeres (Luisa y Rosa) y un varón (Ariel). Entre los jóvenes de Casavalle, las edades oscilan entre los 18 y los 31 años, ubicándose la media en 25.5. En El Cerro, en cambio, son más jóvenes: la media de edad es de 16,33 años, con un rango de edad de 16 a 17.

Estamos ante jóvenes cuyas expectativas de integración social aparecen muy débilmente. Los jóvenes que integran este tipo no registran interés por su trayectoria educativa ni por la educación en términos generales, y registran bajos *logros educativos*, teniendo en promedio 6.8 años de educación formal aprobados. Entre los jóvenes entrevistados de Casavalle, dicho promedio es de 7.0 años y entre los del Cerro, de 6.3.⁸⁵ Predominantemente, el DER tampoco detenta expectativas laborales a futuro, con excepción de Gabriel en Casavalle, quien tiene un incipiente proyecto de desarrollar una trayectoria como cantante de hip-hop. En el Cerro, Ariel y Luisa manifiestan un difuso interés a futuro por desarrollarse en algún ámbito laboral, aunque este permanece relativamente impreciso.

Al predominio de una indiferencia o de una ausencia de valoración de las vías clásicas de integración social se le agrega en el “pesimista realista” una situación francamente desfavorable; dicha ausencia se corresponde con una situación objetiva de privación. Ninguno de los jóvenes que integran este *tipo* tiene un trabajo con alguna protección social: ninguna de las mujeres que integran este grupo se encuentra trabajando o buscando trabajo⁸⁶; entre los varones, únicamente tres se hallan trabajando en condiciones precarias⁸⁷, pese a las cuales no manifiestan interés en la búsqueda de otra actividad laboral. En el plano *simbólico* cobra fuerza la valoración de la *participación en grupo(s) social(es)* como una actividad que motiva y dinamiza la experiencia cotidiana. De los cinco jóvenes de Casavalle, los cuatro varones participan efectivamente en algún grupo social.⁸⁸ En el Cerro en cambio, la *adhesión* no se concreta en *participación efectiva en grupo(s) social(es)*. Encontramos pues un predominio de la *participación en grupo(s) social(es)* como un factor de protección social, que entre los jóvenes de Casavalle conjuga la valoración con la puesta en práctica. Entre ellos en particular, las actividades desarrolladas en grupos sociales son concebidas de manera consciente, como lo que les ha permitido

⁸⁵ En este *tipo*, únicamente Armando, de Casavalle, ha completado tres años de enseñanza secundaria.

⁸⁶ Yenia, en Casavalle, abandonó su último trabajo en el curso de nuestro trabajo de campo y manifiesta hallarse desalentada respecto de los beneficios que puede obtener de una actividad laboral fuera del hogar, en tanto que Luisa y Rosa en el Cerro prefieren concentrarse actualmente en la continuidad de sus estudios en el nivel secundario.

⁸⁷ Armando y Gabriel en Casavalle y Ariel en el Cerro.

⁸⁸ Fabricio y Armando en actividades vinculadas con el fútbol, Lorenzo en la militancia comunitaria y Gabriel en la religión pentecostal.

quedarse al margen o salirse de una ruta de “fractura social”, signada por la transgresión de las normas básicas de convivencia.⁸⁹

Entre los jóvenes de Casavalle, y a diferencia de los del Cerro, observamos de manera predominante una etapa del curso de vida en la que sí se ha incursionado personalmente en actividades delictivas. En este punto es de destacar un predominio en el pasado de una actitud de transgresión social. Decimos esto pues dos de los varones que conforman este grupo han incursionado en el consumo de PBC (Lorenzo y Gabriel) y en diversas modalidades delictivas: rapiña en el transporte público, en el caso de Gabriel y robo de objetos familiares para la compra de PBC en el de Lorenzo. En este *tipo* hay experiencia de vida transgresora que, cuando no refiere al nivel personal, sí supone el conocimiento de lógicas de transgresión que se hallan presentes en el entorno cercano. No obstante, sostenemos que estos jóvenes no se hallan actualmente en una posición de ruptura sino de recomposición de lazos, procurando movilizar los recursos que están a su alcance para re-ubicarse en una zona de integración social.⁹⁰

4.3.2.4. Tipo de “desafiliación consumada”

Denominamos “**desafiliación consumada**” (DCO) al *tipo* en el que además de no registrarse predominio ni de *logro* ni de *adhesión* (como DER), tampoco se registra *respeto de las normas básicas de convivencia social*, porque no se las valora y/o porque efectivamente se las transgrede. El DCO representa el extremo de la desafiliación, esto es, una situación de “fractura social” en la que se registra transgresión⁹¹. El rasgo distintivo aquí es que estamos ante jóvenes que *no valoran y/o no respetan las normas básicas de convivencia social*: se trata de jóvenes que - de acuerdo a los criterios que especificamos para la construcción de nuestra tipología- registran conductas de *transgresión social* y/o las valoran favorablemente.

⁸⁹ Retomamos este tema en el capítulo siguiente.

⁹⁰ En qué medida la recomposición de lazos es una expectativa que permanece como anhelo o un proceso en curso es un punto de especial atención que abordaremos en el Capítulo 6. Allí indagamos también acerca de qué tipo de recursos están al alcance de estos jóvenes, y cómo hacen uso de éstos.

⁹¹ Tipo elaborado con base en ocho casos, seis correspondientes a Casavalle y dos al Cerro. En Casavalle, está integrado por cuatro varones (Gonzalo, Washington, José, Pablo) y dos mujeres (Valeria y Lucía). Las edades oscilan entre los 18 y los 32 años, es decir que en este grupo se hallan los límites inferior y superior de edad para este barrio. La media de edad es de 25,5 años. En lo que refiere a la ubicación de estos jóvenes en los tramos etarios considerados, tenemos que éstos se dividen en mitades entre el tramo de edad inferior (de 18 a 24 años) y el tramo de edad superior (de 30 a 32 años). En el Cerro, se trata de dos varones (Álvaro y Pancho), uno de 15 y otro de 24 años de edad (media = 19,50).

Ninguno de los jóvenes que integran este *tipo* ha traspasado con éxito el umbral de logro *educativo* que nos hemos fijado. Más aún, tienen como máximo la escuela primaria aprobada. Entre los jóvenes, únicamente dos varones -Washington y Gonzalo de Casavalle- han logrado completar los seis años de educación primaria, y sólo dos -Washington, además de Pancho en el Cerro- han hecho el intento de continuar sus estudios en el nivel secundario.⁹² En el otro extremo, Pablo, de veinte años de edad, únicamente alcanzó a comenzar la escuela primaria, y no llegó a completar el primer año. En el tipo de “desafiliación consumada” el promedio de años de educación formal aprobados es de 4.0; en Casavalle dicho promedio es de 3.8 y en el Cerro de 4.5.

Pero la ausencia de *logro* no se circunscribe a la dimensión *educativa*. En el plano *factual*, también involucra la dimensión *laboral* y la de *participación en grupo(s) social(es)*. Una situación similar se observa en lo que concierne al *respeto de las normas básicas de convivencia social*, con la sola excepción de Washington, quien, aunque actualmente no se halla desempeñando actividades que supongan una transgresión social en los términos que nos hemos fijado, no valora este hecho.⁹³

Respecto del plano *simbólico*, es menester señalar que ninguno de los jóvenes que conforma el tipo de “desafiliación consumada” registra *adhesión a la educación*. En las otras dimensiones sí hallamos algunas excepciones puntuales a la ausencia de *adhesión*: Pancho, en el Cerro, parece detentar *expectativas laborales* a futuro que le permitan realizarse en un oficio de su interés; joven que también valora la *participación en grupo(s) social(es)*, conjuntamente con Washington de Casavalle. Por su parte, Lucía muestra en el plano discursivo una valoración favorable del *respeto de normas básicas de convivencia*,

⁹² Washington ya ha desistido en su intento de continuar estudiando, en tanto que Pancho se encuentra asistiendo al Aula Comunitaria del Cerro. No obstante, en el transcurso del año lectivo, observamos que no muestra interés en seguir estudiando. En entrevista con la Directora del Aula Comunitaria, confirmamos esta impresión. El Programa Aulas Comunitarias (PAC) comienza a funcionar en el año 2006; es un modelo de intervención educativa dirigido a jóvenes que, habiendo aprobado la escuela primaria, se desvincularon de la educación formal, no registrando matriculación en el segundo ciclo, o cursan el Primer Año del Ciclo Básico y presentan alto riesgo de desafiliación (inasistencias reiteradas, dificultades en el comportamiento y la convivencia en el aula, bajo rendimiento). Las aulas son gestionadas directamente por Organizaciones de la Sociedad Civil (OSC), La enseñanza de las asignaturas del ciclo básico está a cargo de docentes de Educación Secundaria, quienes trabajan cotidianamente con los referentes técnicos de las OSC contratadas. A través del PAC los adolescentes pueden cursar 1er. Año del Ciclo Básico, para luego continuar 2do. en un liceo o escuela técnica. Fuente: <http://www.infamilia.gub.uy/page.aspx?1,7,76,O,S,0>.

⁹³ Cabe consignar aquí que, aunque Washington nunca consumió PBC, ha cesado en el desarrollo de actividades delictivas porque como él mismo comenta, “cumplió la mayoría de edad” y se halla bajo vigilancia policial; por tanto le conviene “andar tranquilo”. Volveremos sobre este caso más adelante.

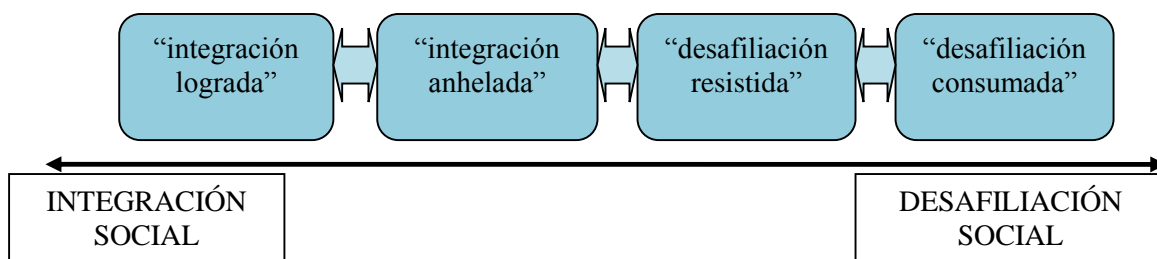
aunque, como veremos en el Capítulo 5, observamos en su accionar ciertas conductas que claramente suponen la transgresión social.

En suma, si el rasgo distintivo del tipo DCO es la *transgresión social*, resulta relevante insistir en que tampoco se registra predominio de *logro* ni de *adhesión* cualquiera sea la dimensión analítica considerada: se trata de jóvenes para quienes la escuela no parece haber dejado huellas positivas, el trabajo con protección social no constituye una aspiración, las normas que rigen la convivencia social son desvalorizadas o verdaderamente confrontadas y la participación en grupos sociales normados por objetivos comunes no genera interés ni es reconocida como una actividad legítima desde donde nutrir la experiencia cotidiana.

4.3.2.5. Los tipos construidos en el proceso de integración – desafiliación social

Antes de dar paso a la síntesis y conclusiones del capítulo, creemos conveniente explicitar que los cuatro tipos construidos con base en la constatación empírica resultan de gradaciones diferenciales en el proceso I-D, como se observa en la siguiente Figura.

Figura 4.1. Tipos construidos de Integración-Desafiliación social



Nótese que no hemos registrado ningún caso en aquella situación *tipo* que supone predominio de *logro* (al menos registrado en *educación* y en *trabajo*) con ausencia de predominio de *adhesión* o *expectativas*. Se trataría de un tipo que denominamos de "integración con desafección" (ICD), en la que habríamos de identificar jóvenes que, pese a la obtención de cierto nivel de *logro*, no registran predominio de *adhesión*. Se trataría de aquella situación de "integración social intermedia con déficit de *adhesión*" en la cual los logros no tienen correlato en una orientación valorativa hacia la integración social.

Aunque posible lógicamente, no hallamos referente empírico entre los jóvenes de los dos barrios con quienes trabajamos, lo cual resulta relevante señalar en la medida en

que, de acuerdo a nuestra construcción, en ningún caso el *logro* es predominante respecto de la adhesión. Es decir, en ningún caso registramos predominio del plano *factual* ante el *simbólico*.⁹⁴

En el Cuadro 4.6 sintetizamos cómo quedan ubicados los jóvenes de cada barrio, de acuerdo a los criterios especificados para la construcción de cada *tipo*.

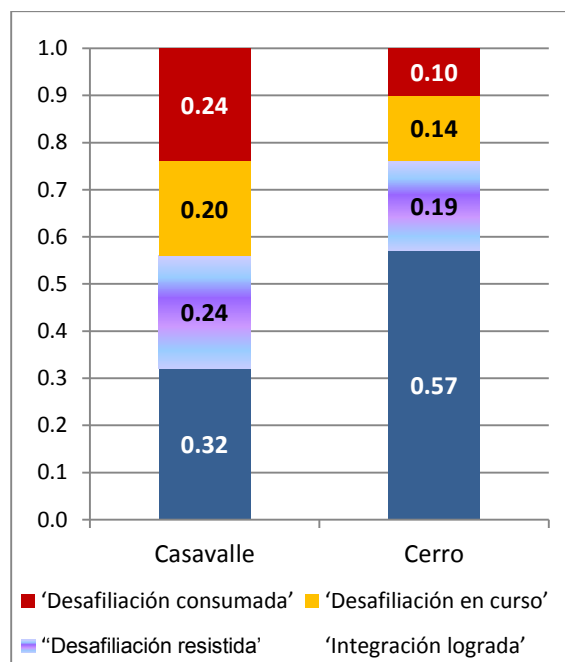
Cuadro 4.6 Distribución de casos por Tipo, de acuerdo al cruce de los planos en las cuatro dimensiones, por Barrio y Total							
Tipo	Plano		Casavalle		Cerro		Total
	S	F	n	Casos	n	Casos	
Integración lograda (ILO)	+	+	8	Camila, Carmen, David, Leonardo, Gabriela, Ofelia, Silvina y Tatiana	12	Aldo, Carmelo, Cecilia, Iván, Julián, Leticia, Lorena, Mario, Matilde, Roberto, Tomás y Ximena	20
Integración anhelada (IAN)	+	-	6	Eveline, Federico, Germán, Marcelo, Nadia y Sebastián	4	Daniela, Darío, Juliana y Verónica	10
Desfiliación resistida (DER)	-	-	5	Armando, Fabricio, Gabriel, Lorenzo y Yenía	3	Ariel, Luisa y Rosa	8
Desafiliación consumada (DCO)	--	--	6	Gonzalo, José, Lucía, Pablo, Valeria y Washington	2	Álvaro y Pancho	8
Total			25		21		46

Nota: S = Simbólico; F = Factual

⁹⁴ Siendo que nuestro propósito al construir los tipos refiere fundamentalmente a la capacidad de prever situaciones observables, analizar su recurrencia, pero también su ausencia, dejamos registrado aquí tal constatación a los efectos de la reflexión sustantiva.

Como puede observarse en el Gráfico 4.4, poco más de la mitad de los jóvenes de Casavalle que hemos entrevistado, registran los *tipos* que suponen situaciones de integración social más favorables, mientras que más de tres cuartos de los cerrenses con quienes trabajamos quedan ubicados en el ILO o en el IAN (las proporciones son de 0.6 y 0.7 respectivamente). Inversamente, en aquellos tipos más cercanos a la desafiliación y a la fractura social (DER y DCO) hallamos mayor recurrencia entre los jóvenes de Casavalle que en los del Cerro.

Gráfico 4.4. Distribución de Tipos por Barrio



Las diferencias anotadas se tornan más relevantes si tenemos en cuenta que las distancias más importantes en la ubicación de los jóvenes se registran en los tipos “polares”. Así, mientras en Casavalle casi un tercio de los jóvenes se ubica en el tipo de “integración lograda”, en el Cerro quienes conforman este tipo son más de la mitad. En el otro polo, casi la cuarta parte de los jóvenes de Casavalle conforman el tipo de “desafiliación consumada”, en tanto que entre los del Cerro este tipo representa una proporción de 0.1.

Esto es, la experiencia de habitar en un contexto barrial de gran pauperización pareciera generar condiciones más propicias a la desafiliación social. Recordemos que de la comparación de los resultados por barrio observamos que tanto la *adhesión* en el *plano simbólico* como el *logro* en el *plano factual* se hallan presentes en mayor cantidad de casos en el Cerro que en Casavalle, en todas las *dimensiones* de análisis.

Cuando observamos la distribución de resultados de acuerdo al *sexo* de los jóvenes, hallamos diferencias importantes. Entre las mujeres encontramos mayor recurrencia de *adhesión simbólica* que entre los varones, siendo que la situación más frecuente entre ellos es la del “empate”. Al respecto, cabe anotar las diferencias por barrio. Mientras entre los

jóvenes del Cerro lo recién mencionado resulta claro, en Casavalle se observa cierta paridad entre las mujeres que registran predominio del *plano simbólico* y aquéllas en que ningún plano predomina sobre otro, al tiempo que entre los varones predomina el “empate”.

Cuadro 4.6 Relación entre <i>planos</i> según Tramo de edad y Sexo. Total y por Barrio							
Barrio	Relación entre <i>planos</i>	Tramo de edad			Sexo		Total
		15 a 24	25 a 29	30 a 34	Mujer	Varón	
Total	Empate	0.6	0.5	0.6	0.4	0.6	0.5
	Predominio simbólico	0.5	0.5	0.4	0.6	0.3	0.4
	Predominio factual	-	-	0.1	-	0.0	0.0
	Total	1.0	1.07	1.0	1.0	1.0	1.0
Casavalle	Empate	0.7	0.4	0.6	0.6	0.6	0.6
	Predominio simbólico	0.3	0.6	0.2	0.5	0.4	0.4
	Predominio factual	-	-	0.2	0.00	0.0	0.0
	Sub-total: Casavalle	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0
Cerro	Empate	0.4	0.7	0.5	0.3	0.7	0.5
	Predominio simbólico	0.6	0.3	0.5	0.7	0.3	0.5
	Predominio factual	-	-	-	-	-	-
	Sub-total: Cerro	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0

Nota: Las proporciones presentadas surgen de la necesidad de estandarización de los resultados.

En el análisis comparado por barrio referido a las combinaciones registradas en cada plano⁹⁵ observamos que entre los jóvenes del Cerro, las combinaciones más recurrentes en ambos planos son las que indican una ubicación más favorable en el proceso de integración-desafiliación social (filas 1 y 2). En el caso de los jóvenes de Casavalle, ello sólo acontece en el plano *simbólico*, mientras que la ubicación de los jóvenes de acuerdo al *logro* se divide en mitades iguales entre las posiciones más favorables y las más desfavorables (las dos últimas filas). Entre los jóvenes de Casavalle, en el plano *factual* los casos se hallan dispersos en mayor número de combinaciones (ocho), y la combinación que agrupa mayor cantidad de casos es aquella en la que la única dimensión que carece de

⁹⁵ Véase Anexo 4, sección 4.2.

atributo positivo es la de *participación en grupo(s) social(es)* (*seis casos*). La combinación que le sigue en cantidad de casos (cinco) es la de ausencia de atributos positivos en las cuatro dimensiones analizadas (que gana un caso –Lucía-, respecto del plano *simbólico*).

En el plano *simbólico*, tanto en la distribución de los casos en Casavalle como en el Cerro las combinaciones que se corresponden con una mayor adhesión son aquéllas que agrupan la mayor cantidad de casos. No obstante, esta similitud debe matizarse al menos en dos sentidos. En primer lugar, en el Cerro esto se acentúa: tenemos aquí una clara concentración de casos. En segundo término, a diferencia de Casavalle, en donde las combinaciones se hallan más distribuidas, entre los jóvenes del Cerro ninguna de las otras combinaciones registra agrupamiento de casos. Encontramos en el Cerro un caso que registra valoración positiva en todas las dimensiones exceptuando la educativa (fila tres). Por otra parte, en dos casos se valoran positivamente dos dimensiones: en uno, éstas corresponden a *trabajo y respeto de las normas de convivencia social* y en el otro, a *trabajo y participación en grupo(s) social(es)*. En términos comparativos cabe mencionar también que el agrupamiento de casos en aquellas combinaciones que suponen mayor adhesión valorativa global es más intenso en el Cerro que en Casavalle. En efecto, encontramos que en el Cerro quienes valoran positivamente todas o las tres primeras dimensiones de análisis superan el triple que quienes muestran menos adhesión valorativa. En Casavalle en cambio, hallamos una relación de 1.3 a 1.

¿Qué es lo que está en juego en esta distancia entre la valoración y la situación fáctica? ¿Cómo operan los “empates” o las “preeminencias” respecto de las posibilidades de orientar la experiencia biográfica hacia rutas de integración plena o de fractura social (con todas las gradaciones implicadas)?

¿Por qué se valora positivamente el *trabajo* y la *participación en grupo(s) social(es)* a pesar de una carencia fáctica? Si bien a los efectos analíticos diferenciamos un plano *simbólico* y otro *factual*, entendemos que estos son difícilmente separables en términos empíricos: en la valoración que los jóvenes hacen de las distintas dimensiones, el carácter simbólico cuenta tanto como los *hechos*. Más exactamente, los significados y las maneras de simbolizar las experiencias constituyen *hechos simbólicos* con una eficacia propia.⁹⁶ En

⁹⁶ Aunque la denominación de los planos puede conducir a una lectura dicotómica de lo “simbólico” vs. lo “factual”, estos términos se eligen a falta de mejor denominación.

este sentido, que el *trabajo* con derechos sea valorado más allá de su concreción en la práctica, que la participación en grupos sociales constituya un eje simbólico de integración social aun cuando no se verifique una participación efectiva en éstos, son *hechos* que dinamizan las expectativas y posibilidades de integración social. Su “rezago” en el plano *factual* nos estaría hablando de carencias estructurales a nivel social, que estarían limitando la concreción de un proyecto laboral así como la filiación a un grupo social.

4.4 Síntesis y conclusiones

La primera observación general con relación a la pregunta por las implicancias de habitar en contextos barriales con características de privación y estigmatización sobre el proceso de integración social de los jóvenes, es la diversidad de situaciones. Diversidad que, no obstante, se ordena conforme a lo previsto en nuestra hipótesis de partida. De acuerdo a los resultados obtenidos entre los jóvenes entrevistados, parece razonable sostener que los efectos de la segregación residencial se vinculan más estrechamente a las condiciones materiales de la experiencia cotidiana que a una suerte de descreimiento o renuncia de los canales de integración social considerados aquí. No obstante, cuando comparamos los resultados para ambos barrios, encontramos que los jóvenes entrevistados en el barrio mejor posicionado en el espacio socio-urbano, no sólo el *logro* es mayor; la expectativa de recrear o recorrer una ruta de integración social también lo es. El efecto de segregación residencial sobre los procesos de integración – desafiliación social que conjeturábamos inicialmente pareciera sostenerse.⁹⁷

Hallamos que tanto los jóvenes con los que trabajamos en el Cerro como aquellos con los que trabajamos en Casavalle se concentran mayormente en los tipos que traducen un posicionamiento más favorable en el proceso de integración-desafiliación social -el de “integración lograda” y el de “integración anhelada”-. Pero aunque encontramos situaciones de “integración” y de “desafiliación social” en ambos contextos barriales, los niveles son diferenciales. Interesa destacar que entre los jóvenes de Casavalle, los *tipos* se dividen aproximadamente en mitades entre aquellos más tendientes al polo “integración” (ILO y IAN) y aquellos orientados hacia el polo “desafiliación” (DER y DCO), en tanto

⁹⁷ En el Capítulo 6 abordamos los procesos o *mediaciones* que inciden en estos resultados.

que en el Cerro, los *tipos* que representan situaciones de desafiliación social agrupan menor cantidad de casos.

Desde nuestra mirada analítica, el proceso I-D es un asunto de grados, en donde el contexto barrial es condicionante, pero no determinante. En ese sentido, observamos que aun en Casavalle, contexto barrial homogéneamente pobre, hallamos situaciones de integración social alta y de integración social intermedia orientada a la inclusión. Inversamente, en el Cerro, contexto barrial más heterogéneo y con características socio-económicas menos desventajosas en el conjunto de sus habitantes, encontramos casos de integración social baja y de fractura social.

Aunque no hay correspondencia entre el *plano simbólico* y el *factual* en ninguno de los dos barrios, tampoco podemos afirmar una independencia absoluta. Como comentario general fundamental que surge de la comparación de los cuadros de ubicación de los casos en ambos *planos*⁹⁸, es de destacar que el *plano simbólico* presenta globalmente mayor *adhesión* que el *logro* registrado en el *plano fáctico*. Lo que resulta un hallazgo de interés, en la medida que refuerza la importancia de la (re)creación de expectativas como motor o soporte de la integración social, con relativa independencia de los logros obtenidos o las carencias. Esto es así al comparar cada una de las dimensiones de análisis, a excepción de la *educativa* entre los jóvenes de Casavalle, en donde registramos, ligeramente, más *intensidad de logro* que de *adhesión*.⁹⁹

En efecto, en la dimensión *educativa* registramos entre los jóvenes de Casavalle, quince casos de *logro* y catorce de *adhesión*. Es decir, el predominio de la recurrencia de *logro* sobre la de *adhesión* es mínimo, pero lo que interesa destacar es que en las otras dimensiones en donde el *logro* no es predominante, ello no inhibe el *interés* de los jóvenes: el *trabajo* con protección social es un *logro* para algunos pocos, no obstante, quienes no lo tienen, sí tienen la expectativa de obtenerlo, es algo por lo que vale la pena apostar. Lo mismo puede decirse de la *participación en grupo(s) social(es)*. Ni la *educación* en general ni los aprendizajes que una continuidad de la trayectoria escolar pudiera traer aparejados

⁹⁸ Véase Anexo 4, sección A4.2.

⁹⁹ Se observa que dos varones (Armando y Lorenzo), pese a haber logrado completar la educación básica obligatoria (nueve años), no tienen una valoración positiva de la educación. Situación inversa a la que se verifica en el caso de Germán, en donde la valoración de la educación es positiva, pese a no haber logrado el paso de nivel educativo desde la escuela primaria a la secundaria. Los casos de no coincidencia en los planos serán analizados en las cuatro dimensiones, en el marco del análisis de los distintos tipos construidos.

resultan tópicos valorados y motivo de preocupación de buena parte de los jóvenes con los que trabajamos, a excepción de quienes continúan estudiando.¹⁰⁰ La escuela y la experiencia educativa formal no parecen *interesar específicamente*.¹⁰¹ ¿Cuáles son las interpretaciones plausibles que podemos elaborar? ¿Tenemos que pensar que efectivamente estamos ante “*chicos en banda*” en el “*declive de las instituciones*” (Duschatzky y Corea, 2002)? ¿Se trata de jóvenes que han “*tirado la toalla*” (Katzman, 2005)?¹⁰²

Si bien pueden establecerse conjeturas en esa línea, también es posible abrir la mirada hacia otras interpretaciones, que ahonden en el sentido que para los sujetos tiene esta “apatía” que pareciera predominar respecto de la *educación*. El descontento con la escuela, las críticas o la supuesta “apatía” podrían estar expresando la apropiación crítica de una experiencia que, desde el punto de vista de los jóvenes, al menos, requiere ser reformulada. En este punto cobra relevancia la capacidad de agencia de los jóvenes, cuyas trayectorias serían fruto, también, de una opción. En este sentido, conjeturamos que fundamentalmente en el caso de los varones, la búsqueda del desarrollo de actividades laborales es un competidor importante de la continuidad de los estudios desde edades tempranas.

En esta línea, podría leerse la salida temprana del sistema educativo formal como una estrategia racional orientada a maximizar beneficios en la experiencia biográfica. En un estudio reciente (Patrón, 2011), se constata que un joven de clase baja percibiría a lo largo de su vida un volumen mayor de ingresos si accede al mercado laboral una vez finalizada la educación primaria, que si pospone dicha entrada para abocarse a completar el ciclo

¹⁰⁰ En el siguiente capítulo abordamos la *condición de estudiante* como un elemento de relevancia en la caracterización de los *tipos*.

¹⁰¹ Las palabras en cursiva remiten al señalamiento de Bourdieu (1991 y 1995) acerca de la noción de interés como irreductible al ámbito económico. El interés o *illusio* supone estar interesado en participar en el juego, asignarle sentido a la lucha en determinado campo, en este caso, el educativo.

¹⁰² La expresión “tirar la toalla” procede de la práctica del boxeo, en que cuando un jugador tira su toalla está rindiéndose ante la pelea. Esta idea ha sido utilizada por Katzman, para referirse al riesgo de la consolidación de una “ciudadanía de segunda”, ante “...la posibilidad de que muchos de estos hogares *tiren la toalla* aceptando la dependencia de soportes relacionales externos y renunciando a los esfuerzos por aumentar la propia capacidad para mejorar sus niveles de bienestar y, por ende, para resistir la desafiliación a una sociedad que los excluye.”(2005: 217). Dicha expresión en el sentido abordado por Katzman ha tenido eco en el ámbito nacional, tanto en el plano académico (Cfr. por ejemplo, Bogliaccini, 2005) como en el de política social (Observatorio Montevideo de Inclusión Social, 2007). En el Capítulo 6 habremos de analizar si efectivamente la escasa adhesión a la educación entre estos jóvenes puede comprenderse como derivado de un fenómeno de estas características.

básico.¹⁰³ Aunque consideramos que las estrategias de los sujetos no pueden explicarse únicamente por una racionalidad económica, los resultados de este estudio contribuyen a conferirle un carácter *razonable* a las decisiones de muchos jóvenes con los que trabajamos. A lo largo de la investigación, habremos de tener en cuenta cómo y en qué medida esta racionalidad se conjuga con otras racionalidades, y en qué medida otros elementos estarían operando como escollos a una continuidad educativa en el segundo ciclo del nivel educativo formal. Así, la influencia negativa del grupo de pares y la debilidad de los modelos de orientación de conducta que favorezcan la prosecución de los estudios no son datos ni *a priori*, sino que constituyen hipótesis a ser contrastadas empíricamente.¹⁰⁴

La otra dimensión que registra relativa paridad entre *adhesión* y *logro* es la de *respeto de normas básicas de convivencia social*. Pero a diferencia de lo que observamos respecto de la *educación*, la paridad se registra por la alta recurrencia tanto de *adhesión* como de *logro*. Es la dimensión con mayor presencia de atributos positivos, que en Casavalle pierde un caso en el plano *factual* respecto a la valoración en el plano *simbólico* (Lucía), en tanto que en el Cerro, gana un caso en dicha comparación (Pancho). La *intensidad* de recurrencia del *respeto de las normas básicas de convivencia* nos estaría indicando que los llamados “problemas de integración de los jóvenes” no se verifican principalmente por la vía de conductas transgresoras, ni de una actitud de indiferencia ante lo que los comportamientos transgresores implican. Aun en las condiciones más desfavorables, la mayor parte de los jóvenes muestran un apego a las normas básicas que permiten la convivencia social. Ante los riesgos de exclusión social, la mayor parte de los jóvenes con quienes trabajamos expresan deseos de sentirse parte de la sociedad, de participar en grupos sociales y, fundamentalmente, de acceder a un trabajo que les permita obtener recursos para la subsistencia pero también desarrollarse como personas. El predominio de la *adhesión* frente al *logro* llama la atención precisamente sobre la importancia del sistema de expectativas como motor de la integración social. Y el hecho de que en la mayoría de los casos se respeten las normas básicas de convivencia social

¹⁰³ El estudio mencionado analiza lo que los economistas denominan “retorno educativo” para el caso uruguayo. Destacamos entre sus resultados, que la rentabilidad de la educación en el Uruguay, que genera contar con el ciclo básico de educación formal aprobado - sin tener en cuenta la repetición- es de 5% en los sectores más pudientes, en tanto que para estudiante de clase baja tendría un retorno de apenas 0,8%. Más aún, cuando se incorpora la probabilidad de rezago educativo, la rentabilidad de los jóvenes provenientes de sectores acomodados desciende a 2,6%, y en los estratos menos favorecidos se vuelve negativa.

¹⁰⁴ Abordamos este análisis en el Capítulo 6.

favorece una interpretación de los mal denominados “déficits de integración” como condicionamientos del contexto, antes que como problemas de los sujetos.

En las dimensiones *trabajo* y *participación en grupo(s) social(es)* es donde se registra particularmente la distancia entre el *plano simbólico* y el *factual*, que “pierden” siete y seis casos respectivamente: con independencia del barrio, las expectativas que los jóvenes vuelcan en el trabajo, así como su valoración de la participación en algún grupo social tienen mayor recurrencia que la obtención efectiva de un trabajo con derechos y que la participación en al menos un grupo social. Pese a no registrar *logro laboral* ni *participar efectivamente en grupo(s) social(es)*, los jóvenes valoran estos dominios como ámbitos de interés para desarrollarse. El *trabajo* con derechos y la participación con otros en proyectos grupales orientados por objetivos compartidos son elementos anhelados más que practicados, pero no por ello tienen menor relevancia. Al contrario, se nos ofrecen como dos elementos claves de los significados que la integración social tiene para los jóvenes. Particularmente para los varones de Casavalle, el trabajo con derechos registra una proporción de logro muy baja, pero ello no redundará en un desinterés en este ámbito. En el Cerro en cambio, varones y mujeres registran similar recurrencia de *logro laboral*. Con respecto a la *participación en grupo(s) social(es)*, los resultados se invierten de acuerdo al sexo: es entre las mujeres en donde hallamos mayor distancia entre *adhesión* y *logro*.¹⁰⁵

Tenemos pues que, en ambos barrios, la *adhesión* en *el plano simbólico* es mayor que el *logro* en el *plano factual*. Hallamos empero diferencias que creemos importante tener presentes:

- ✓ tanto en Casavalle como en El Cerro hay un claro predominio de *adhesión simbólica* respecto de las dimensiones analíticas consideradas, aunque la intensidad es marcadamente más fuerte en el Cerro. Allí, hallamos que quienes registran valoraciones positivas prácticamente quintuplican a quienes registran ausencia de tales valoraciones, mientras que en Casavalle, no alcanzan a duplicarlos.¹⁰⁶ No obstante, aun en Casavalle y en aquellas dimensiones que recogen menor cantidad de *adhesión*, ésta es mayoritaria;

¹⁰⁵ Los por qué de estos resultados y de estas diferencias serán objeto de análisis en el Capítulo 6.

¹⁰⁶ Como se desprende del resultado del cálculo de las razones correspondientes -columna “total (global)”.

- ✓ la intensidad del *logro* también es mayor entre los jóvenes del Cerro que entre los de Casavalle, registrándose la mayor distancia entre unos y otros con relación al *trabajo*. Entre los jóvenes del Cerro, la única dimensión en donde el *logro* no resulta predominante es la que refiere a la *participación efectiva en grupo(s) social(es)*, en tanto que entre aquéllos de Casavalle, a esta dimensión se le agrega la *laboral*;
- ✓ con relación al punto anterior, cabe señalar que también en el Cerro hay una mayor diferencia que en Casavalle entre la *adhesión simbólica* y el *logro* en el *plano factual*. Punto a resaltar puesto que es mayor el *logro* registrado en el *plano factual* entre los jóvenes del Cerro que entre aquellos de Casavalle. Es decir, aun cuando el *logro* es mayor, la distancia respecto de la adhesión valorativa también lo es. Nótese por ejemplo en lo que refiere al *trabajo*, que en el Cerro, aproximadamente por cada diez jóvenes que muestran expectativas en su actividad laboral hay sólo uno que no valora dicha actividad. En Casavalle, esta relación es de 1.5 a 1. En el *plano factual*, mientras que en el Cerro encontramos relativa paridad entre quienes sí han logrado un trabajo con algún tipo de protección social, en Casavalle quienes se desempeñan en alguna actividad laboral protegida representan menos de la mitad de quienes no lo han logrado;
- ✓ la distancia entre *adhesión* y *logro* se explica en mayor parte, por una “pérdida de casos” en la comparación entre quienes valoran las cuatro dimensiones y quienes no registran *logro* en alguna de éstas. Tenemos pues que de los ocho jóvenes de Casavalle que registran *adhesión* en las cuatro dimensiones, únicamente dos registran *logro* en todas ellas. Entre los jóvenes del Cerro, esta relación es de trece a siete.¹⁰⁷. Esta diferencia se explica por:
 - ausencia de *logro laboral* y de *participación efectiva en grupo(s) social(es)* (en Casavalle se trata de tres varones: Federico, Marcelo y Sebastián, y en el Cerro, de dos mujeres: Juliana y Verónica);
 - ausencia únicamente de *participación efectiva en grupo(s) social(es)* (en todos los casos se trata aquí de mujeres; en

¹⁰⁷ En Casavalle, se trata de los casos de David y de Tatiana; en el Cerro, de Aldo, Carmelo, Iván, Julián, Lorena, Roberto y Tomás.

Casavalle: Gabriela y Silvina; en el Cerro: Cecilia, Leticia y Matilde);

- ausencia únicamente de *logro laboral* (en Casavalle, Eveline) y ausencia de *logro educativo y laboral* (Darío en el Cerro).

Por cierto que en ambos *planos* la presencia de atributos positivos está lejos de alcanzar el máximo posible. Pero no menos cierto resulta que los atributos positivos son mayores en el *plano simbólico* que en el *factual*.¹⁰⁸ Para el conjunto de los jóvenes con quienes trabajamos, el *plano simbólico* se constituye como un hecho de especial relevancia en la medida que tendería a ubicar a los jóvenes más “hacia arriba” en el proceso de integración-desafiliación social. Ahora bien, ello no implica que el predominio del *plano simbólico* sobre el *plano factual* se verifique en la mayoría de los casos.

Al contrario, la situación más recurrente en el conjunto de los jóvenes es aquella en la que se da un “empate” entre ambos *planos*. Relación entre *planos* que resulta clara entre los jóvenes de Casavalle, en tanto que entre los jóvenes del Cerro se registra relativa paridad entre los casos en que coinciden *logro* y *adhesión*, y aquéllos en los que la *adhesión* es más recurrente que el *logro*.

Cabría esperar que el predominio *simbólico* se presentara con mayor intensidad entre los más jóvenes, en la medida que en el curso de sus experiencias biográficas, habrían tenido menos exposición a factores de frustración de expectativas que los mayores. Pero no hallamos evidencia en este sentido. En esta primera aproximación, los resultados observados no permiten realizar afirmaciones que vinculen la relación entre *planos* con el *tramo de edad* de los jóvenes en ninguno de los dos barrios. Sin embargo, cabe mencionar que encontramos menor recurrencia de predominio del *plano simbólico* entre los más jóvenes de Casavalle que entre aquéllos del Cerro.¹⁰⁹

¹⁰⁸ El máximo posible de atributos positivos en cada uno de los planos considerados alcanzaría la sumatoria de 100 (25 casos y cuatro dimensiones) en Casavalle, y de 84 (21 casos y cuatro dimensiones) en el Cerro. En términos globales, y aunque ambos planos se distancian de este máximo potencial –lo que por otra parte reafirma el interés de este estudio–, es de resaltar que la cantidad de atributos positivos que se registra en el *plano simbólico* supera en trece puntos a aquella que se registra en el plano factual (63 y 50 respectivamente), entre los jóvenes de Casavalle. Como comentáramos anteriormente, ésta diferencia es aún más pronunciada entre los jóvenes cerrenses (registrándose una diferencia de dieciséis puntos).

¹⁰⁹ No es nuestro propósito detenernos más en este punto. No obstante, los resultados que surgen de las comparaciones que este cuadro habrán de estar presentes en el examen retrospectivo de las historias de vida.

La relación entre segregación residencial y el proceso de integración - desafiación social está lejos de ser unívoca: si bien en estos contextos hallamos casos en los que efectivamente existe una “fractura” que abarca los dominios de la vida analizados tanto en el *plano simbólico* como en el *factual*, estamos ante la presencia de una diversidad de situaciones, de maneras diferenciadas de practicar y de simbolizar la experiencia biográfica incluso en un mismo contexto barrial. No obstante, y si bien no es menor el hecho que hayamos encontrado que el barrio en sí mismo no tiene un efecto homogeneizador en las situaciones de integración – desafiación social de los jóvenes, nos interesa destacar que en la comparación entre los dos contextos barriales -donde se juega la hipótesis de la segregación residencial y sus efectos sobre el proceso I-D en el barrio que es homogéneamente pobre encontramos mayor recurrencia de jóvenes con experiencia de desafiación y/o en ruta de fractura social, e inversamente, menor posibilidad de transitar rutas de integración social.

Los resultados hasta aquí presentados nos dejan pendientes varias dudas que habremos de retomar en el Capítulo 6. Pero antes, regresamos a los *tipos construidos* para abordar su caracterización. A ello nos abocamos en el siguiente capítulo.

Capítulo 5. Caracterización de los *tipos construidos*

5.1 Introducción

Este capítulo está destinado al análisis descriptivo de las características predominantes de cada uno de los *tipos construidos*. Resulta preciso recordar que los *tipos* se construyen en el contraste entre una ubicación que deriva de características o rasgos observables e imputables por la investigadora y las valoraciones de los sujetos, en las cuatro dimensiones analíticas consideradas fundamentales. La combinación de los resultados obtenidos en dichas *dimensiones*, en los planos *factual* y *simbólico* de manera complementaria, nos conduce a la generación de *tipos* que constituyen una combinación de, por una parte, lo que los jóvenes han logrado desde una perspectiva de lo necesario desde un punto de vista externo y, por otra parte, de lo que los propios jóvenes valoran.

Seguidamente (*sección 5.2*), nos preguntamos si la ubicación residencial de los jóvenes en el territorio barrial tiene relación con el *tipo* en que ha quedado ubicado cada joven entrevistado. Para ello, cartografiamos la ubicación residencial de los jóvenes en cada territorio barrial de acuerdo al *tipo construido*, de manera de observar la posibilidad de existencia de un vínculo entre el lugar de residencia al interior del barrio y el resultado del proceso I-D.

De acuerdo a lo desarrollado en el capítulo anterior, estamos en condiciones de afirmar las ventajas de trabajar en la construcción de una tipología utilizando los criterios que hemos ido especificando. Creemos conveniente precisar que nuestra opción no supone la construcción de “tipos ideales” siguiendo la tradición weberiana;¹¹⁰ tampoco la elaboración de “tipos promedio”.¹¹¹ Nuestra construcción constituye una selección intencional que conjuga la combinación de distintos criterios con referentes empíricos que nos sirven de base para su comparación. Señalamos con McKinney (1968: 27) que una de las principales

¹¹⁰ Para un análisis de la relación entre el tipo ideal y el tipo construido, pueden consultarse los trabajos de Becker (1940), McKinney (1950, cap.2) y Velasco (2008[2001]).

¹¹¹ A este respecto, señala McKinney (1950:28) que el *tipo construido* es representativo de una distribución de modo diferente al *tipo promedio*, habiendo sido construido en forma deliberada atendiendo a las características que se quieren acentuar o relativizar.

ventajas del *tipo construido* es que fácilmente puede ser enunciado “en la forma de antítesis polares. Los tipos pueden ser, y con frecuencia son, contruidos de manera de constituir los límites exteriores de un continuo conceptual.” (Ibid: 67)

En efecto, hemos construido cuatro *tipos* que suponen una gradación en el proceso I-D, con dos *tipos* “polares”: el *tipo* más próximo al “polo” de la integración social¹¹² y el de “desafiliación consumada”, que se ubica hacia el “polo” de desafiliación que hemos denominado como “fractura social”. A su vez, hallamos dos *tipos* “intermedios”, más cercanos a uno y otro “polo” respectivamente: el *tipo* de “integración anhelada” y aquél de “desafiliación resistida”. En el siguiente apartado (5.3) nos abocamos a la caracterización de cada uno de estos *tipos*. Al tiempo que describimos sus principales rasgos, analizamos las especificidades que adquiere el *tipo* entre los jóvenes de cada contexto barrial.

Destinamos el cuarto apartado (5.4) a la *síntesis y conclusiones*, planteando algunas reflexiones que surgen del análisis avanzado hasta el momento. Creemos oportuno traer aquí la discusión de las hipótesis con las que iniciáramos la presente investigación, habida cuenta de los principales hallazgos que hemos ido señalando.

¹¹² La variante de “integración lograda *plena*” se ubica en el “polo” de integración social.

5.2 ¿La ubicación residencial de los jóvenes en el territorio barrial tiene relación con el tipo?

Presentamos aquí, cómo se distribuyen los jóvenes de acuerdo a su lugar de residencia al interior de cada territorio barrial, distinguiendo el *tipo* al que pertenecen. Recordemos que de acuerdo a nuestro diseño de investigación, trabajamos en procura de maximizar las diferencias entre los dos contextos barriales.¹¹³ En tal sentido, hemos priorizado la búsqueda de jóvenes residentes en las zonas más deprimidas y estigmatizadas al interior del contexto barrial peor posicionado (Casavalle) y la de jóvenes residentes en la zona más consolidada del barrio más heterogéneo y mejor posicionado (Cerro).

A los efectos de simplificar la lectura, trabajamos con una codificación dicotómica, identificando si el lugar de residencia de cada joven se ubica en la zona más deprimida del barrio o no.¹¹⁴ La mayor parte de los jóvenes casavallenses residen en las zonas más deprimidas de la zona, en tanto que la mayor parte de los cerrenses viven en la zona de mayor consolidación urbana y mejor condición socio-económica.¹¹⁵ Tanto en Casavalle (Mapa 5.1) como en el Cerro (Mapa 5.2), encontramos que al contrastar el resultado de la tipología construida con la ubicación de los jóvenes en el territorio barrial, aquéllos que se hallan en situaciones más favorables en el proceso de integración –desafiliación social son quienes viven en las zonas menos deprimidas del barrio.

Todos los jóvenes cerrenses del *tipo de “integración lograda”* son habitantes de lo que se denomina como “Villa del Cerro”, que corresponde al casco histórico del barrio, esto es, a la zona más consolidada y menos estigmatizada del barrio. Por su parte, cinco de los ocho casavallenses que integran dicho *tipo* residen en las zonas menos estigmatizadas de la región Casavalle: al norte, en la zona de la Gruta de Lourdes (Ofelia, 1.8) y del Complejo INVE (David, 1.2) y más cerca del “centro” del barrio, en los jardines del Bonomi (Gabriela, 1.5); al sur, en la zona limítrofe con Las Acacias, barrio colindante a Casavalle

¹¹³ Al respecto, puede consultarse el Capítulo 1.

¹¹⁴ En el Anexo 5, Sección A5.2 puede consultarse el detalle de la ubicación de cada uno de los casos al interior de cada barrio, así como la identificación de cada uno de los casos (Cuadro A5.2). Para una descripción de las distintas zonas al interior del barrio, de sus características en términos de condiciones de vida de sus habitantes así como de sus rasgos estigmatizados, remitimos al desarrollo del Capítulo 3.

¹¹⁵ Las proporciones son similares entre los primeros y los segundos: 0.76 y 0.71 (19 y 15 casos respectivamente).

(Tatiana, 1.1 y Leonardo, 1.6).¹¹⁶ Pero también nos encontramos con tres jóvenes que, aún residiendo en las zonas más estigmatizadas del barrio, han logrado acercarse al polo de “integración social”. Se trata de tres mujeres, una residente en el Borro (Camila, 1.4) y dos en las viviendas de la Comunidad Misiones-Los Palomares (Silvina y Carmen).¹¹⁷

En el *tipo de “integración anhelada”* hallamos que tres de los cuatro cerrenses que lo componen viven en la Villa del Cerro y una joven reside en una de las zonas más deprimidas del barrio, ya casi en el límite con el barrio de Casabó, en una zona de viviendas asentadas sin permiso de construcción (Daniela, 2.1). Entre los casavallenses que integran dicho *tipo*, hallamos dos jóvenes que residen en las zonas menos estigmatizadas: uno al norte, en el complejo INVE (Marcelo, 2.3) y otra al sur, en el límite con Las Acacias (Nadia, 2.2).

Prácticamente todos los jóvenes que componen el *tipo de “desafiliación resistida”* viven casi todos en las zonas más deprimidas y estigmatizadas del territorio barrial. En Casavalle, únicamente Lorenzo (3.5) reside en una zona menos problemática, aunque contigua a una de las zonas más conflictivas del barrio. Por su parte, Armando (3.1), Fabricio (3.2) y Gabriel (3.4) habitan en las viviendas construidas como viviendas transitorias que conforman la Unidad Casavalle 1 y Yenia (3.3) en un pasaje de la Comunidad Misiones-Los Palomares. En el Cerro, Luisa (3.2) reside en los límites de la Villa del Cerro, mientras que los otros dos jóvenes que integran este *tipo* habitan en zonas más deprimidas: Ariel (3.1) reside en una vivienda de construcción muy precaria al oeste de la Villa, en tanto que Rosa (3.3) habita uno de los complejos de viviendas más estigmatizados del Cerro: los Palomares de Cerro Norte.

Ninguno de los jóvenes que integran el *tipo de “desafiliación consumada”* reside en las zonas mejor posicionadas al interior de Casavalle y del Cerro. En el Cerro, la vivienda donde Pancho (4.2) residió toda su vida se ubica a un costado del cementerio, muy

¹¹⁶ Es preciso anotar que varios de los jóvenes con los que trabajamos ya no residen en Casavalle o en el Cerro. En todos los casos, se trata de una salida del barrio reciente (de dos años como máximo). En esos casos, tomamos como referencia en esta sección, su último lugar de residencia dentro del barrio. El detalle de casos puede consultarse en el Anexo 5, sección 5.2, recuadro “la salida del barrio”.

¹¹⁷ Recordemos que el conjunto de viviendas que compone la Comunidad Misiones, coloquialmente denominado como “Los Palomares del Borro” son, conjuntamente con los “Palomares del Marconi”, las zonas más estigmatizadas como peligrosas, recurrentemente nombradas en la prensa roja como “reducto de delincuentes” y de las que se considera difícilmente controlables por la policía (véase Capítulo 3). Por tanto, los casos de Silvina y de Carmen resultan particularmente interesantes de analizar, en tanto límites posibles de los efectos barriales en el proceso de integración-desafiliación social.

próximo del centro de la Villa del Cerro. De todos modos, Pancho tiene claro que él no reside “en” La Villa sino en sus bordes, en una zona estigmatizada. En el otro extremo de La Villa, sobre la bahía, reside Álvaro (4.1): se trata de una manzana en donde se han asentado varios vecinos procedentes de zonas contiguas al Cerro, levantando ranchos de chapa en un terreno que se inunda con frecuencia. Respecto de los jóvenes de Casavalle que integran este *tipo* cabe destacar que todos los jóvenes residen en las zonas más deprimidas y estigmatizadas: Valeria (4.3) y José (4.5) en la Unidad Casavalle 1; Gonzalo (4.1) en un núcleo asentado como extensión de la Unidad Casavalle 2, Washington (4.2) en la Comunidad Misiones – Palomares del Borro, y Lucía (4.4) en los Palomares del Marconi. Por su parte, Pablo (4.6) habita en un asentamiento sin nombre que se ha construido en una franja de terreno que quedaba “libre” entre la Unidad Casavalle 1 y los Jardines del Borro. Allí, construyó su rancho que consiste en una pieza de chapa sin baño, que comparte con su compañera y la hija de ella.

Mapa 5.1. Ubicación residencial de los jóvenes casavallenses de acuerdo al tipo



Nota: Los números colocados en el mapa indican la ubicación residencial de cada joven, de acuerdo al tipo. El detalle de los casos a los que corresponde puede consultarse en el Anexo 5, Cuadro A5.2.

Mapa 5.2. Ubicación residencial de los jóvenes cerrenses de acuerdo al tipo



Nota: Los números colocados en el mapa indican la ubicación residencial de cada joven, de acuerdo al tipo. El detalle de los casos a los que corresponde puede consultarse en el Anexo 5, Cuadro A5.2.

En suma, pareciera afirmarse una relación entre el lugar de residencia dentro del barrio con el resultado que cada joven ha tenido en el proceso I-D. Todos los jóvenes que conforman el *tipo* de “desafiliación consumada” residen en las zonas más deprimidas y problemáticas al interior de cada uno de los barrios en los que trabajamos. Si nos detenemos en el otro “polo” del continuo, también verificamos que aquellos que habitan en las zonas con mejores condiciones socio-económicas al interior de cada uno de los barrios, son quienes presentan mejores resultados en el proceso I-D. Ahora bien, hablar de un “efecto barrio” nos puede conducir a una mirada ecológica sobre el objeto. Por ello, es de gran importancia tener siempre presente que el lugar de residencia constituye un proxy de las condiciones socio-económicas de las familias. Dado que hemos encontrado que en las zonas con mayores grados de privación es donde se observan situaciones más favorables a la desafiliación social, conjeturamos pues que, el nivel de pauperización, expresado en el lugar de residencia habitado inhibe las posibilidades de resultados favorables en el proceso de integración-desafiliación social de los jóvenes.

Lejos estamos de afirmar un “efecto barrio” como imposición mecánica en dicho proceso: el barrio “actúa” mediante elementos que habremos de analizar oportunamente (Capítulo 6). Así por ejemplo, junto a la consideración del espacio barrial como una unidad homogénea desde una perspectiva político-administrativa externa, planteamos la necesidad de recuperar una mirada desde las distintas comunidades al interior de cada barrio. La perspectiva del habitante, de lo que cada quien puede hacer o dejar de hacer en su entorno barrial inmediato, con quienes puede vincularse, así como los vínculos con otros espacios de la ciudad –por ejemplo, para estudiar, para esparcimiento, para conocer otros ámbitos sociales distintos a los del entorno más próximo- varían conforme a cada barrio, pero también, en una unidad de observación menor.¹¹⁸

¹¹⁸ En el Capítulo 6 analizamos en particular, la influencia de las características del contexto barrial en el proceso I-D.

5.3 Descripción de las principales características de los *tipos* *construidos*

Arribamos pues a la construcción de cuatro *tipos*, cuya racionalidad procuramos explicar, lo que supone la comprensión de por qué cada una de esas combinaciones no sólo es posible, sino que además, tienen ocurrencia en los casos analizados.¹¹⁹ Los cuatro tipos de integración – desafiliación social construidos procuran sintetizar, entre la diversidad de modalidades de integración posibles, las diferentes situaciones halladas en los dos contextos barriales seleccionados. Con este propósito es que nos concentramos, al caracterizar cada *tipo*, en las uniformidades que hacen al *tipo* como tal, pero también en las similitudes y diferencias con que éste se manifiesta entre los jóvenes que lo componen en cada contexto barrial.

5.3.1. La “integración lograda”

Los jóvenes que componen el *tipo* de “integración lograda” registran trayectorias educativas continuas durante la escuela primaria y la secundaria.¹²⁰ En efecto, observamos que la trayectoria educativa es continua en todos los casos al menos hasta la culminación del primer ciclo de la escuela secundaria. Más aún, en la gran mayoría de los casos, se trata de jóvenes que han permanecido estudiando hasta completar la escuela secundaria.¹²¹

El desempeño en la escuela primaria es destacado en muchos casos como muy bueno o excelente. Tanto así que ocho de los veinte jóvenes que componen este *tipo* fueron abanderados¹²²; en tanto que únicamente tres registran un año de repetición en dicho ciclo

¹¹⁹ Como señaláramos en el capítulo previo, excluimos de la descripción el tipo teórico que conjuga ausencia de *adhesión* en el plano *simbólico* con presencia de *logro* en el *plano fáctico*, puesto que aunque esta combinación es posible en términos lógicos, no hemos hallado referentes empíricos.

¹²⁰ Para el análisis de la trayectoria educativa recurrimos a los criterios que desarrollamos en el Anexo A5.3. *Características de la trayectoria educativa*. Allí pueden consultarse con detalle las características de las trayectorias de cada uno de los jóvenes con quienes trabajamos (Cuadros A5.3.1 y A5.3.2)

¹²¹ Este predominio se explica porque en el Cerro, únicamente Cecilia y Lorena no registran trayectorias educativas continuas hasta la culminación de la escuela secundaria. En Casavalle en cambio, esta característica atañe cinco de los ocho casos que integran el *tipo*: Carmen, Ofelia, Silvina, Tatiana y David.

¹²² El “abanderado” es aquél que es distinguido al culminar el sexto año de educación primaria. Se trata de una distinción que en general resulta de la evaluación conjunta del rendimiento y la escolaridad, aunque también a criterio de las Maestras Directoras de cada centro educativo, puede incluir la votación de los compañeros. Cada vez que una promoción finaliza sexto año, se distingue a seis niños mediante la adjudicación del carácter de “abanderados” (tres) o “escoltas” (otros tres). Para simplificar, en adelante hablamos de “abanderados” de manera indistinta.

educativo.¹²³ Pese al buen desempeño en la escuela primaria, encontramos que la mitad de los jóvenes que integran este *tipo* ha repetido algún año en la escuela secundaria (cinco de ellos repitió un año y seis han repetido dos o más veces). Es de notar que la repetición tiene lugar, en todos los casos, luego de aprobados los dos primeros años de la escuela secundaria. Esto es, para estos jóvenes el cambio que supone el pasaje de la escuela primaria a la secundaria no presenta dificultades al punto de la repetición. Éstas comienzan a hacerse presentes para culminar el ciclo básico de enseñanza secundaria (tercer año) y parecen agudizarse en el transcurso del segundo ciclo, en donde el cursado se interrumpe y se retoma en distintas ocasiones. Lo que no es obstáculo para continuar avanzando en los estudios puesto que, como hemos visto, la mayoría de los jóvenes en el tipo ILO prosiguieron sus estudios luego de completar la escuela secundaria.¹²⁴ La edad promedio de salida de la escuela del “optimista realista” es de 19.08, guarismo que registra diferencias importantes por barrio, ascendiendo en Casavalle a 16.80 y en el Cerro a 20.50.¹²⁵

Entre los jóvenes que registran salida de la escuela y no habían vuelto a estudiar cuando conversamos con ellos, únicamente Tomás no ha culminado la escuela secundaria en el Cerro, en tanto que en Casavalle esta situación atañe a dos mujeres: Carmen y Silvina. Al indagar en los motivos por los que no continuaron sus estudios, observamos que en los tres casos aparece el tema económico como limitante para la prosecución de los estudios; en las dos jóvenes de Casavalle se trata de situaciones de pobreza estructural, en tanto que en el caso de Tomás, los problemas económicos de su familia son relatados como resultantes de la crisis que azotó al país en el año 2002.

A este respecto, nos cuenta **Silvina**:

¹²³ De acuerdo al datos de la ENAJ, 2008, en el Uruguay la tasa de egreso de Educación Primaria de los jóvenes de entre 20 y 29 años de edad es de 97%, por tanto, prácticamente universal. No obstante, preocupa el hecho que casi uno de cada cuatro jóvenes han egresado de la escuela primaria con extraedad, esto es, repitieron al menos un año en Primaria (Filardo, 2010: 24).

¹²⁴ Recordemos que predomina en este grupo la condición de estudiante en el nivel terciario: se trata de jóvenes que en su mayoría, le siguen apostando a la educación. Y quienes han dejado de estudiar, no descartan la posibilidad de retomar sus estudios, puesto que además de la importancia que le asignan a su educación, tienen en términos generales, recuerdos positivos de la experiencia educativa. Únicamente cuatro jóvenes no han culminado la escuela secundaria: Carmen y Ofelia en Casavalle, y Lorena y Tomás. Ofelia ha retomado sus estudios con vistas a la conclusión de al menos, dicho ciclo.

¹²⁵ Consideramos aquí la primera salida de la escuela durante un año completo. Excluimos del cálculo a cinco jóvenes que no registran salida de la escuela: Gabriela, Tatiana y Leonardo, de Casavalle, y Matilde y Ximena del Cerro. Cabe consignar además, que siete de los jóvenes que registran “salida” han retornado a sus estudios: Camila, Ofelia y David, en Casavalle; Cecilia, Lorena, Carmelo y Mario en el Cerro.

“A los 15 dejé, terminé tercero y dejé pasando a cuarto. (...) En realidad yo no quería estudiar más porque me daba vergüenza de que... O sea, yo no tenía lo mismo y por eso dejé de estudiar. Mis compañeras iban vestidas de otra manera y todo eso, el uniforme mío era el mismo pantalón y la misma camisa y en realidad fue por eso que no seguí estudiando más. Y además faltaba plata en casa. Me fui y empecé a trabajar en el almacén de la esquina de casa.”¹²⁶*

Por su parte, **Tomás** dejó de estudiar a los 19 años, en el año 2004. Hacía dos años que, con su familia, se había tenido que salir del barrio, donde rentaban una casa hacía más de una década, pues ya no pudieron pagar la renta. Tomás trabajaba con su padre en un quiosco de venta de periódicos desde los 15 años, pero cerraron y él salió a buscar trabajo, desempeñándose en actividades de distinto tipo.

“Hubo un tiempo en mi familia en donde la situación económica fue muy jodida, realmente muy jodida, al punto que nos tuvimos que ir [del Cerro]. Eso fue del 2002 al 2008. Dejé de estudiar en el 2004.”

Los jóvenes en situación de “integración lograda” se desempeñan, en forma predominante, como empleados asalariados en el sector privado, aunque también varios de ellos lo hacen en el sector público. A excepción de dos jóvenes que trabajan en emprendimientos familiares¹²⁷, los “optimistas realistas” han cambiado de trabajo, por lo que cuentan al menos con dos ocupaciones en su historia laboral. En promedio, comenzaron a trabajar a los 17 años de edad¹²⁸, la mayoría en ocupaciones de baja calificación y sin contrato laboral. Tanto entre los jóvenes de Casavalle como entre los cerrenses el inicio de la vida laboral se produce fundamentalmente con familiares directos

¹²⁶ Los relatos de los entrevistados han sido transcritos de manera textual. Recordamos que las palabras o expresiones que requieren de aclaraciones se encuentran marcadas con asterisco (*) y explicadas en el *Glosario* (Anexo 2).

¹²⁷ Se trata de los casos de Leonardo, de Casavalle y de Matilde, del Cerro. Leonardo comenzó a trabajar a los 15 años de edad, en una micro-empresa de su abuelo, dedicada a la reparación y venta de electrodomésticos. Desde entonces ha ido aprendiendo el oficio y asumiendo mayores responsabilidades en un trabajo que, de acuerdo a sus propios términos “*es apasionante*”. Actualmente estudia en la Facultad de Ingeniería la carrera de Mecánico Tecnólogo, con intenciones de volcar sus conocimientos al negocio familiar pues señala: “*algún día va a ser mía la empresa, mi abuelo siempre me dice que quiere poner todo a mi nombre. ¡Es que soy el único nieto varón que tiene, el único que trabaja con él!*” El otro caso es el de Matilde, quien trabaja desde los 17 años en un centro de educación preescolar de sus tíos y acaba de finalizar el primer año de la carrera terciaria de educadora preescolar.

¹²⁸ A los efectos del cálculo, consideramos como “entrada al primer trabajo” el inicio del desempeño de actividades laborales remuneradas de tres meses de duración o más. Esto nos permite trabajar con los resultados hallados para el conjunto de los jóvenes uruguayos y montevidéanos en particular, como parámetro de comparación (Buchelli, 2006; Cabrera, 2010). No obstante, consideramos de relevancia incluir en nuestro análisis aquellas actividades laborales en las que se desempeñaron los jóvenes con independencia de su duración puesto que los trabajos intermitentes y de corta duración son característicos de muchas historias laborales, particularmente en los inicios de la trayectoria.

(diez casos), conocidos de éstos, o vecinos (ocho casos). Únicamente dos mujeres del Cerro han iniciado su vida laboral con independencia de las redes sociales disponibles en el ámbito familiar o barrial.¹²⁹

Entre los jóvenes del *tipo* ILO de Casavalle, la entrada al primer trabajo se produce en la mayoría de los casos, antes que entre aquellos del Cerro: en promedio, los casavallenses comenzaron a trabajar antes de los 17 años de edad, en tanto que los cerrenses iniciaron su vida laboral luego de los 20 años.¹³⁰ Todos los jóvenes de Casavalle que integran este *tipo* desempeñan sus actividades como asalariados, la mitad en el sector público y la otra mitad en el sector privado. Entre los jóvenes del Cerro, el empleo en régimen asalariado es también predominante, siendo que ocho de los once jóvenes que trabajan lo hacen en dicho régimen; predominando el empleo en el sector privado (siete casos) antes que en el sector público (cuatro casos).¹³¹

El trayecto del primer empleo a la ocupación actual es vivido como una mejora en su situación laboral y, en particular, una mayor adecuación a sus intereses, registrándose en varios casos, una vinculación directa entre sus intereses vocacionales y la actividad laboral desempeñada, cuestión que es específicamente valorada. En otros casos, aunque la actividad laboral actual no parece adecuarse a las inquietudes vocacionales de los jóvenes, igualmente se constata una satisfacción importante con la actividad laboral desempeñada, entendiendo que esta permite una proyección en el tiempo con vistas a la mejora de la condición económica, brindando oportunidades de capacitación y condiciones de seguridad laboral.

Veamos algunos ejemplos que ilustran este punto entre los jóvenes de Casavalle.

Camila comenzó a trabajar a los 16 años de edad en trabajos de corta duración y sin ningún tipo de protección. En sus palabras:

“Vendí de todo, desde perfumes puerta a puerta, hasta pañales. También estuve unos meses en una fábrica de prendas de ropa interior para mujer, pero creo que no aguanté ni dos meses, era horrible el ambiente y no te pagaban nada. Precisábamos la plata en casa, pero era tan poco lo que pagaban, y yo vivía amargada y me empezó a ir mal en el liceo,

¹²⁹ Ximena, quien consiguió su primer trabajo a los 19 años de edad, en una cadena multinacional de venta de comidas rápidas, y Leticia, quien comenzó a trabajar a los 24 años, ya finalizando sus estudios de nivel terciario, como pasante del Municipio.

¹³⁰ Medias de 16.80 y 20.50 respectivamente.

¹³¹ Carmelo no trabaja ni busca trabajo de momento, puesto que está finalizando un curso de especialización en turismo; culminando éste, proyecta ingresar en un empleo de su interés.

bah... mal nunca me fue, pero no me iba tan bien. Entonces ta, nos apretamos más en casa y me dediqué a estudiar.”

El primer trabajo relativamente duradero de Camila comenzó cuando tenía 20 años, como cuidadora de niños en una casa de familia a través de una conocida del trabajo de su madre, quien trabajaba como limpiadora subcontratada en un banco estatal. Cuatro meses más tarde, Camila consiguió un empleo en el trabajo de su madre, como limpiadora también, lo cual le permitió el acceso a la seguridad social. En dicho trabajo se enteró de un concurso abierto para ocupar cargos administrativos en el Poder Judicial y se preparó para éste. Continuó trabajando en la empresa de limpieza, donde sufrió varias lesiones de columna y tuvo que lidiar con la incomprensión de su encargada, hasta que supo que había ganado el concurso en el Poder Judicial. Hace poco más de un año se desempeña como administrativa, y siente muy satisfecha con su trabajo, al punto que planifica reorientar sus estudios de nivel terciario el año entrante, de manera de lograr una mejor preparación y generar las condiciones adecuadas para emprender una ruta laboral exitosa.

Otro caso que ilustra esta movilidad ascendente en las labores desempeñadas y su vinculación con los estudios es el de **David**, quien comenzó trabajando como limpiador y cuidador de niños en una casa de familia donde laboraba su madre que, habiendo enfermado, debió dejar de trabajar. David trabajó allí muchos años, entre los 16 y los 22 años. Antes de dejar ese empleo se desempeñó como portero en un edificio de viviendas particulares donde era cuidador por las noches, mientras completaba sus estudios secundarios, logro que obtuvo a los 26 años. Con la culminación del primer ciclo de enseñanza secundaria había obtenido el título de ayudante de cocina¹³², cuestión que le permitió concursar para un cargo en una empresa grande y muy reconocida del sector salud. Allí trabaja hace casi tres años como tisanero y ayudante práctico de cocina, y comenzó hace un año la carrera de Enfermería:

“Concurse en el 2005 y me llamaron en el 2007 recién. Dos años tuve que esperar... ¡Costó pero llegó! [Sonríe y aclara que lo que más valora de su trabajo actual es...] Estar trabajando en lo que estoy estudiando. Me gusta lo que estoy estudiando así que lo voy a hacer con vocación y con gusto, y creo que si lo logro hacer, de acá a 10 años pueda estar muy bien, mucho mejor de plata, cómodo con el trabajo. ¿Qué valoro en mi trabajo? Más allá del compañerismo, la comodidad, disponibilidad y que no me tranque con el estudio, eso también lo valoro, que hay otros trabajos que es más difícil que te den días para estudiar. Tengo amigos a los que se les complica muchísimo para estudiar porque en los

¹³² Cuenta David que eligió cursar sus estudios secundarios en la Universidad del Trabajo del Uruguay (UTU), de manera de favorecer la obtención de un empleo.

trabajos no los dejan, no les dan licencia por estudio. Y además, que gano lo mismo trabajando 6 horas, lo mismo que antes gano, que trabajaba 16 horas o 18.”

También entre los cerrenses constatamos este aspecto. Por ejemplo, veamos el caso de **Lorena**, quien comenzó a trabajar a los 16 años, atendiendo al público en un abarroto en frente a su casa. Su historia laboral está signada por periodos de desempleo y varios cambios de ocupaciones (limpiadora doméstica, cuidadora de niños con cama, venta de diversos productos en puestos callejeros). Por problemas relacionados con su antigua patrona, se vinculó con una ONG dedicada a la promoción y capacitación de las mujeres, realizando varios cursos y talleres. Por esa vía, consiguió su actual empleo, como auxiliar de limpieza limpiadora en un centro de internación de adictos a la pasta base. Aunque no ha podido culminar sus estudios de nivel secundario y cumplir con su sueño de estudiar Química, ha readecuado sus aspiraciones motivada por su experiencia laboral actual, y proyecta ser educadora o practicante para poder “ayudar a los demás”. Valora su empleo actual en tanto le permite estudiar, le brinda estabilidad, un ingreso comparativamente decoroso en el sector, y se siente comprometida con el trato con los adictos en tratamiento.

“[Hace dos años] Empecé el curso en [ONG] y estuve todo el año... y estuve todo un año sin trabajo. Y cuando terminé el curso estuve haciendo una suplencia, y ya había salido el llamado en el [trabajo actual] Como mi idea siempre fue seguir estudiando, elegí el cargo de Auxiliar de Servicio porque me llevaba 6 horas de trabajo. Me ofrecieron el cargo de Conserje, no lo quise porque eran 8 horas, y el cargo de Recepcionista tampoco lo quise, porque también, eran 8 horas. Mi idea era trabajar y después ir a estudiar. Seguir estudiando para progresar, ¿no? No me importaba sinceramente el cargo que me dieran, de lavandera o lo que fuera, lo que me importaba era poder seguir estudiando. (...)

Cuando nosotros entramos a limpiar a las salas... Yo en mi caso, que soy muy de hablar con los gurises y querer entrar en conversación... [Los pacientes] te hacen cosas artesanales, yo tengo cantidad de cosas que me han hecho ellos. Y eso no lo lograrás así nomás, soy de las que más tengo; no a todas mis compañeras les han regalado cosas. A mi hasta dibujos, me cuentan de sus cosas, y eso es de hablarles, de entrar en confianza.”*

Traemos el caso de Lorena aquí para mostrar por una parte, que concebimos la posibilidad de “integración lograda” aún en situaciones de experiencias laborales de baja calificación y escaso reconocimiento social. Por otra parte, para observar cómo estas ocupaciones son a veces preferidas como estrategias que posibilitan avanzar en otros dominios de la vida, en este caso, los estudios.¹³³

¹³³ De hecho, Lorena es el caso límite con el tipo de IAN en el Cerro. En Casavalle, lo es Carmen, quien también se halla laborando como limpiadora en un supermercado. Retomamos el análisis de estas historias en el siguiente capítulo.

El trabajo actual es considerado *seguro* para la mayoría de los jóvenes que componen este grupo; en promedio, hace cerca de tres años que se desempeñan en éste.¹³⁴ Esta valoración es compartida entre todos los varones, y para la mayor parte de las mujeres. No obstante, entre ellas hallamos que tres mujeres que se desempeñan en el sector privado - Gabriela (quien vivía anteriormente en Casavalle), Ximena y Cecilia (residentes del Cerro) sienten que su trabajo actual es *inseguro*.¹³⁵ Aunque no todos cuentan con un contrato laboral a tiempo indeterminado, sí cuentan con un contrato que les confiere derechos y protecciones que son específicamente valoradas (en particular, la cobertura de salud y el derecho a licencia por estudios¹³⁶).

Por otra parte, quienes integran este grupo comparten una valoración positiva y el *respeto de las normas de convivencia social* como pautas de organización de la vida cotidiana. Ello no les exime de tener opiniones críticas con relación al funcionamiento de algunas instituciones, en particular, de aquéllas encargadas de garantizar la seguridad en el barrio. Pese a una crítica compartida por los jóvenes de este grupo de la actuación de agentes de algunas instituciones sociales, en todo caso se trata de una crítica que apunta a nuevas aperturas y a la mejora de los procedimientos institucionales, pero ello no redundaría en un cuestionamiento de su validez. Este es un aspecto clave que distingue al *tipo* de “integración lograda” en este punto.

Con relación a las conductas específicas que hemos considerado como “transgresoras”, cabe mencionar que ninguno de los jóvenes que integran este tipo ha tenido experiencias personales ni próximas, ya sea en el entorno familiar o del grupo de

¹³⁴ La duración media del trabajo actual es de 2,87, no registrándose diferencias importantes de acuerdo al barrio (media = 2,99 y 2,79 entre los jóvenes de Casavalle y del Cerro respectivamente).

¹³⁵ Se trata de tres jóvenes que se encuentran realizando estudios de nivel terciario. Gabriela y Ximena se desempeñan como asalariadas en guarderías infantiles en convenio con el municipio. Sus sentimientos de inseguridad derivan de una evaluación negativa que comparten, con relación a la ejecución de los contratos de trabajo como el que ellas cuentan. Por su parte Cecilia es trabajadora por cuenta propia: con el apoyo de su familia, ha abierto un almacén [*abarrote*] que atiende junto con su hermana. Si bien la familia es conocida en el barrio y tiene su clientela, la novedad de la actividad y la presencia de otros almacenes en el entorno próximo al suyo le generan incertidumbre respecto a la marcha futura del establecimiento, y derivan en un sentimiento de inseguridad respecto de su trabajo actual. Pero más allá de las contingencias de las actividades desempeñadas por estas tres jóvenes, creemos que hay en dicho sentimiento de inseguridad un componente de alternativa que opera como duda ante la continuidad laboral. De hecho, las tres jóvenes que comparten este sentimiento de inseguridad aspiran a desempeñarse en otros trabajos como resultado de los estudios que están realizando.

¹³⁶ En particular, quienes se desempeñan en el sector público gozan del derecho de licencia por estudios, lo que es especialmente valorado por ellos y anhelado por aquellos que trabajan en el sector privado.

pares. En este sentido, es de destacar que ninguno de los jóvenes ha incursionado en actividades delictivas en el pasado, ni ha consumido PBC, aunque sí se registra consumo de otras sustancias ilícitas. Particularmente de marihuana, que ha sido consumida de manera experimental por la mayoría de los jóvenes, y es consumida en la actualidad por una minoría. Aunque ninguno de los jóvenes registra consumo de PBC, entre unos pocos el consumo de ciertas sustancias ilícitas se ha tornado problemático.¹³⁷ Tal es el caso de Julián, para quien el consumo de cocaína ha significado un problema en términos relacionales (familiares y laborales), problema que ha tratado y logrado revertir.

Entre los jóvenes de Casavalle la opinión acerca de la actuación de las instituciones encargadas de garantizar la seguridad en el barrio es predominantemente negativa. Pero aún cuando es calificada de “*pésima*”, como en el caso de **Gabriela**, no aparece una actitud de confrontación o de puesta en juicio de la institucionalidad vigente, sino más bien el cuestionamiento de la actuación de agentes policiales en situaciones concretas:

“...como que nunca respondieron a tiempo... una vuelta me quisieron afanar en mi casa y ta, el vecino lo sacó al chorro y ta, llamó a la policía y nosotros llegamos a las horas y la policía había llegado hacía un ratito. Y ¿qué hizo?: se metió en el cuarto y armó un relajo y dijeron que parece que había estado revolviendo ahí, y se fueron. En realidad, no revolviéron nada, era mi cuarto que era un relajo... y también como que en realidad no hay respuestas rápidas...No solo la policía, los bomberos -que tenemos el cuartelillo de bomberos que no sé cuantos años se estuvo construyendo- y hay casas que se incendian en dos minutos y los bomberos tardan 20 minutos en llegar ¡20 minutos!”.

Así, son cuestionados en su accionar agentes policiales, militares, bomberos. Incluso para el caso de la policía, la presencia de la corrupción es algo detectado y criticado, como lo podemos ver en el relato de **David**:

“Creo podrían actuar de mejor manera, la policía sabe donde actuar, pero si no actúa es por muchas causas, y una de esas causas hace poco se develó... es que en la 17 que es la Seccional que cubre todo el barrio se encontraron varios casos de cómo es, de, fraude, fraude, estafa, no sé cómo decirlo... Corrupción, ahí va. Del Comisario hasta subalternos. Inclusive con casos de drogas, y homicidios también. ¡No, fue salado!”*

Entre los jóvenes del Cerro la crítica a la ineficiencia de la policía es compartida, pero mucho más matizada que en Casavalle. Como relata **Carmelo**:

¹³⁷ Entendemos que el consumo es problemático cuando se verifican dificultades en otros dominios de la vida del joven, sea en la vida familiar, en la trayectoria educativa, o en el ámbito laboral. En el caso de Julián, resulta claro que los problemas de consumo que no podía controlar afectaron en forma importante su relación anterior de pareja.

“Pasa que la Seccional nuestra que es la 24 tiene una jurisdicción que es inmensa, abarca: Cerro, Cerro Norte, Casabó, Santa Catalina, Punta Yeguas. Es enorme. Entonces por ejemplo un día nosotros nos re quemamos con el tema de la inseguridad, porque te roban a la salida de la UTU, e hicimos una marcha tipo piqueteros, hasta la Seccional y entramos con tres compañeros más y el director, a hablar, bien. Pero no nos podían dar una solución porque esta seccional cuenta con cuatro móviles: uno que está en Cerro Norte y tiene que quedarse ahí, otro que está en la Terminal y tampoco puede salir. Y los otros dos andan patrullando, además de un par de motos, pero ta, se entiende que no dan abasto. Y ta, es verdad que hay inseguridad, pero hay inseguridad en todo Montevideo!”

En opinión de los jóvenes de Casavalle, la actuación de la policía no ha variado, siendo ineficaz y corrupta en términos generales. Pareciera que más que aportar a la seguridad del barrio, es un actor del que es necesario cuidarse. En el Cerro en cambio, son recurrentes las referencias a la mejora de la actuación de la policía en la zona, hecho que no se produce casualmente, sino que pareciera estar vinculado a un mayor grado de organización barrial y de presión de los vecinos. En este sentido nos cuenta **Julián**:

“Ahora como que está un poco más controlada por algunos vecinos que han tratado de organizarse, y tienen reuniones con los milicos. Pero acá en el Cerro han cambiado como 80 mil veces los comisarios, el plantel de botones, porque eran tremendos corruptos (...) Pero he visto últimamente a algunos policías con los que se puede charlar de manera más interesante. Varias veces me ha pasado que me pararan y me trataron siempre con respeto.”*

En lo que concierne a la *participación en grupo(s) social(es)*, los jóvenes muestran actitudes disímiles en uno y otro barrio. En Casavalle observamos que tienen al respecto, una actitud ambivalente: la mitad manifiesta una convicción acerca de la importancia de la participación en al menos un grupo social, entendiendo con ello la legitimidad de tal actividad. No obstante, aún entre aquellos que comparten dicha valoración, la participación no se hace predominantemente efectiva. En efecto, de los ocho jóvenes que componen este *tipo*, cuatro registran adhesión simbólica, pero únicamente dos participan efectivamente en algún grupo social: Tatiana a través de la militancia política a nivel barrial, y David, quien integra una *murga** a la vez que tiene una participación sindical activa. En el Cerro en cambio, encontramos que once jóvenes valoran la participación en grupos sociales y ocho registran efectivamente participación en al menos un grupo social. Destaca entre ellos, la realización de actividades artísticas, particularmente la formación de grupos de teatro, de “clowns”, de tatuadores, de cooperativas de construcción de tamboriles (Carmelo, Tomás, Aldo, Julián), así como la militancia política a nivel estudiantil y/o-partidaria (Matilde,

Tomás). También se registra participación en deporte (fútbol en Sebastián) y la militancia sindical (Lorena).

El sentido de la participación en grupos sociales entre quienes se muestran interesados aunque no lo hagan efectivo se vincula predominantemente a una preocupación por adherir a grupos orientados a producir mejoras en las condiciones de vida de los habitantes del barrio. Predomina en este grupo una valoración positiva a la participación en grupos sociales de carácter político social. Lo que vinculamos claramente con un interés mayoritario por asuntos de política nacional y en particular, de política territorial. Lo que se valora particularmente es la vinculación a instancias de trabajo social que apunten a la dinamización de políticas sociales a nivel comunitario, en el territorio. Por su parte, entre quienes no manifiestan interés ni se sienten convocados a participar en ningún grupo social, predomina una actitud de indiferencia ante la posibilidad de formar parte de grupo alguno.

Esta última dimensión considerada permite subrayar una distinción al interior de este grupo. Por una parte, hallamos quienes tienen una valoración positiva en el plano *simbólico*, en las cuatro dimensiones observadas, y esa valoración se corresponde con la constatación de una posición positiva en el plano *fáctico*, de acuerdo a los criterios especificados. Valoran la educación y han logrado sortear con éxito al menos el cambio de la primaria a la secundaria, tienen altas expectativas depositadas en la actividad laboral y han podido acceder a un trabajo protegido, que les concede derechos y les permite visualizarse en el futuro. Pero además, respetan las normas que regulan la convivencia social, y valoran y adhieren a grupo(s) social(es). En los otros casos, se trata de jóvenes cuya valoración y posición respecto a la educación, el trabajo y el respeto de las normas de convivencia social es positiva, pero que, con independencia de una valoración positiva o no respecto de la participación en grupos sociales, no participan en ninguno. Este último grupo comprende a la mitad de los jóvenes de Casavalle y resulta minoritario en el Cerro.

En este punto conjeturamos que las condiciones y oportunidades de participación que ofrecen uno y otro contexto barrial inciden en estas diferencias, siendo el Cerro un barrio particularmente reconocido por su historia de participación social en sentido amplio. A diferencia de lo que históricamente ha ocurrido en Casavalle, en donde la participación

social ha sido impulsada “desde fuera”, o dicho de otra manera, desde la intervención del trabajo social en el territorio.¹³⁸

Hallamos quienes tienen una integración social que podríamos denominar “plena”, en la medida que cuentan con signo positivo en ambos planos de las cuatro dimensiones analizadas. Pero también hallamos jóvenes que, aunque cuentan con signo positivo en las tres primeras dimensiones de análisis, no valoran la participación en grupos sociales y/o no participan en ninguno de ellos. Por lo que podríamos considerar que se trata de jóvenes con una integración social “alta”.¹³⁹

Pese a esta constatación, consideramos que para los fines analíticos planteados, la distinción entre quienes tienen una integración social “plena” de quienes tienen una integración social “alta” no amerita la consideración de “sub-tipos”, pero sí es menester tener presente que la valoración de la participación en grupos sociales y su participación en estos no es uniforme en este *tipo*. Así, al observarse esta distinción, la dejamos aquí planteada como variante dentro del tipo, a los efectos de tenerla presente en caso de adquirir relevancia conforme avanza el análisis.

¹³⁸ En el Cerro hay una larga tradición de participación en luchas obreras, militancia político partidaria y anarquista, y a partir de la década de 1990 se han ampliado de manera importante las oportunidades de participación en actividades artístico-culturales. Ahondamos en este punto en el Capítulo 6, particularmente con el tratamiento de los recursos disponibles en el entorno barrial y de su aprovechamiento diferenciado. Pueden consultarse también Álvarez 2009 y Canel, 2010.

¹³⁹ Registramos en Casavalle dos casos con integración social “plena”: Tatiana y David. Y seis casos con integración social “alta”: Gabriela, Silvina (valoran pero no participan), Carmen, Leonardo, Ofelia y Camila (ni valoran ni participan). En el Cerro, a excepción de Mario, todos los jóvenes valoran la participación en grupos sociales. Quienes valoran dicha dimensión pero no participan de ningún grupo social son tres mujeres: Ximena, Cecilia y Leticia.

5.3.2. La “integración anhelada” del “optimista perseverante”

Las trayectorias educativas de quienes conforman el *tipo* de “integración anhelada” son heterogéneas respecto a su continuidad y desempeño. Predomina la trayectoria continua hasta la culminación del Ciclo Básico de la escuela secundaria (cinco casos: tres casavallenses y dos cerrenses) pero registramos también, por una parte, trayectorias continuas hasta la culminación del segundo ciclo de la escuela secundaria (tres casos: dos casavallenses y un cerrense) y por otra, aquéllas que se interrumpen transitoriamente con la culminación de la escuela primaria (también tres casos: un casavallense y dos cerrenses).¹⁴⁰

La escuela primaria no parece haber implicado problemas para la mayoría de los IAN, siendo que únicamente dos casos registran repetición de un año.¹⁴¹ No obstante, tampoco destaca el buen desempeño, ni en el relato de los jóvenes, ni en los resultados de finalización del nivel: únicamente dos jóvenes casavallenses resultaron “abanderados”. Los problemas de desempeño se hacen visibles como resultados de la repetición escolar en la escuela secundaria, dónde la mayoría de los jóvenes han repetido al menos un año. En particular, cabe notar que entre quienes sí registran repetición (dos casavallenses y cuatro cerrenses) únicamente en un caso ésta se produce luego de completado en Ciclo Básico. Para estos jóvenes, el pasaje de la escuela primaria a la secundaria ha implicado un desafío que no han logrado sortear con éxito en el primer intento. Sus trayectorias educativas se caracterizan por persistentes intentos de avanzar en los estudios, con resultados variados.¹⁴²

La perseverancia es un rasgo característico entre quienes anhelan la integración, lo que se manifiesta en los sucesivos intentos por superar los obstáculos que se presentan en el curso de la trayectoria educativa. En el transcurso del segundo ciclo de la escuela secundaria el cursado se interrumpe y se retoma en distintas ocasiones. Lo que no es obstáculo para continuar intentando avanzar en los estudios, puesto que, como hemos visto,

¹⁴⁰ La interrupción resulta definitiva únicamente en el caso de Germán, de Casavalle, quien luego de la escuela primaria no continúa sus estudios en el ámbito educativo formal. En este sentido, podemos ubicar a este joven en el límite “inferior” del *tipo*. En el límite “superior” ubicamos a Nadia, quien está a punto de terminar la Licenciatura en Derecho sin interrupciones y con buen desempeño. Recordemos que en Casavalle la media de años de educación aprobados en el *tipo* de IAN es prácticamente la misma que en el de ILO: el caso de Nadia lo explica.

¹⁴¹ Se trata de los casos de Germán de Casavalle y de Lorena del Cerro; ambos repitieron una sola vez el primer año de primaria.

¹⁴² A este respecto, destaca el caso de Federico, en Casavalle, quien luego de tres intentos malogrados, logró culminar la escuela secundaria y actualmente tiene aprobados dos años de la Facultad de Derecho.

la mayoría de los jóvenes en el tipo ILO han continuado estudiando. La edad promedio de salida de la escuela del “optimista perseverante” es de 16.63, no registrándose diferencias de importancia por barrio.¹⁴³

Anotamos pues, que en este *tipo* los jóvenes le asignan importancia a la educación y a su trayectoria escolar. Pero en el plano *factual* hallamos situaciones encontradas de acuerdo al nivel educativo: jóvenes que tienen un alto nivel de estudios, fundamentalmente para el contexto de Casavalle: Federico, Nadia, y Marcelo han logrado un nivel de estudios universitarios (aunque con distintos desempeños, grados de avance y rezago). Por su parte, Verónica, del Cerro, está a punto de culminar la Licenciatura en Psicología. Entre ellos, el *optimismo* pareciera fundamentado en la diferencia que aprecian respecto de su situación educativa en comparación con otros jóvenes de su contexto barrial. Aquí el logro laboral pareciera más plausible que entre aquellos jóvenes que aún no han completado la escuela secundaria, registrando en todos los casos un rezago superior a los dos años. Así, en los relatos de Germán, Sebastián y Eveline en Casavalle, y de Daniela y Darío en el Cerro habremos de vigilar especialmente elementos ilusorios o fantasiosos.¹⁴⁴

El inicio de la vida laboral comienza a jugar un papel de relevancia durante la adolescencia, pero más que como competidor de la escuela, como un complemento imprescindible para poder solventar los estudios. Veamos este punto en el relato de **Eveline**, de Casavalle:

“Hice los tres años de corrido, después cuarto ya se me dificultó porque tenía que empezar a pagar los boletos y en casa estaban demasiado cortos, no habían fondos para sustentarme los estudios entonces ta, iba a dejar todo lo que empezaba; empezaba y dejaba, empezaba y dejaba. Empecé en el [liceo] y dejé, abandoné. Al año siguiente fui al [liceo] y pedí el pase para el [segundo liceo], porque me habían dado un horario que no me servía...Y ta, volví a dejar porque me tuve que poner a trabajar. Después hice nocturno en el [tercer liceo] Ahí terminé cuarto. Después hice quinto pero abandoné, fui dos meses nomás. Pasa que me quedé sin trabajo, ese es el tema, y sin trabajo no puedo.”

Eveline fue “abanderada” en la escuela primaria, y quiere finalizar la escuela secundaria para poder realizar lo que piensa como:

¹⁴³ La media es de 16.8 en Casavalle y de 16.3 en el Cerro.

¹⁴⁴ Aquí, el anhelo de mejorar su situación podría adquirir un carácter fantasioso. Avanzamos estas ideas en el entendido que, como señala McKinney, “el tipo se concentra en la uniformidad. Por lo tanto, al usar tipos, desarrollamos hipótesis sobre las variaciones o desviaciones porque las formas diversas sólo pueden comprenderse por medio de la noción de uniformidad.” (1968:17).

“...un sueño, para mí sería un sueño poder trabajar de Psicóloga, siempre fue lo que quise hacer, hasta el día de hoy, todo lo que puedo leer de eso... porque la bibliotecaria me veía que yo miraba los libros y me los empezó a prestar.”

Cuando conocimos a esta joven, acababa de dejar de trabajar como limpiadora de una biblioteca municipal. Había accedido a dicho trabajo mediante un convenio de las bibliotecas municipales con una ONG del barrio, pero el convenio de trabajo finalizó sin posibilidades de renovación. Eveline ansía conseguir otro empleo de manera de poder retomar sus estudios secundarios el año entrante.

Sebastián, joven residente de Casavalle de 21 años de edad, ha retomado los estudios secundarios con gran esfuerzo ante una situación económica adversa, lo que valora con ambigüedad. Habiendo tenido que “suspender” sus estudios por necesidades económicas, este joven actualmente realiza *changas** de carga y descarga de camiones con mercadería diversa. Y si bien busca otros trabajos por una necesidad económica personal y familiar, reconoce en su cotidianidad actual una ventaja puesto que su trabajo actual le ha permitido cursar el quinto año de la escuela secundaria con excelentes resultados, lo que lo tiene muy satisfecho.¹⁴⁵

“¿En qué me gustaría trabajar?”, piensa este joven. “¡Yo que sé en qué me gustaría trabajar! Más que en qué me gustaría trabajar, es que me sirva el horario, horario de seis a ocho horas, y la verdad que si me preguntas en qué, no te sabría decir: cuando uno tiene la necesidad no se pone a elegir qué es lo que quiere o no quiere, a mi me da lo mismo de barrerte una calle o arreglarte algo, a pintar una casa lo que sea con tal de tener un ingreso. Mientras me de tiempo para estudiar y poder seguir el año que viene, agarro lo que sea.”

La necesidad que muestra de acceder a un trabajo que le provea de mayores ingresos resulta clara. Pero ello no quiere decir que la necesidad inmediata que le haría aceptar actividades de baja calificación y desvinculadas con sus intereses le impida fijarse metas y planes a futuro. El trabajo es aquí un recurso que permite proseguir los estudios y prepararse el logro laboral en el futuro. De hecho, este joven aspira a desempeñarse en un trabajo protegido, en donde pueda desarrollar sus conocimientos en informática. El futuro es incierto, pero no por ello, impensable, como vemos en su relato:

¹⁴⁵ En ocasión de la tercera visita a la casa de Sebastián, me hallaba conversando con su padre cuando el joven llega a su casa. Quedo extrañada pues apenas me saluda y se va para el fondo. Instantes más tarde, viene a mostrarme su carnet de calificaciones. Interrumpo la conversación con su padre, y nos quedamos un buen rato comentando los resultados y anotaciones del carnet.

“Uno no sabe lo que le depara ¿no? Pero ta, esa es mi idea de acá a cinco años. Tener esa meta, haber terminado los estudios, tener un trabajo estable y ta. ... Para trabajar me gustaría para el lado de la computación... Y empezar en una empresa y después que uno va creciendo, trabajar para uno mismo ¿no? Eso sería a futuro.”

Los jóvenes en situación de “integración anhelada” que trabajan se desempeñan como trabajadores zafrales o a destajo (cuatro casos) y como cuentapropistas en pequeños comercios familiares (dos casos), en el sector privado, realizando tareas de baja calificación y escasa remuneración: atienden al público en pequeños comercios, hacen changas de construcción, son operarios de fábrica, músicos de banda. También los jóvenes del *tipo* que actualmente no se hallan trabajando se han desempeñado en puestos de tales características. Entre los “optimistas perseverantes” registramos cambios frecuentes de puestos de trabajo, pero estos cambios no suponen una movilidad laboral que les confiera mayores ingresos o condiciones de calidad en el empleo. Pese a varios cambios de trabajo, los “optimistas perseverantes” continúan trabajando en ocupaciones de baja calificación, que no les confieren ninguna prestación social. Al igual que entre los jóvenes del *tipo* ILO, el inicio de la vida laboral se produce de manera predominante por la vía de familiares directos (cinco casos), o conocidos de éstos (tres casos). Únicamente Nadia y Federico, ambos casavallenses, consiguen su primer empleo por la vía de compañeros de estudio. Pero tanto para ellos como para el resto de los integrantes de su *tipo*, el primer trabajo no les proporcionó una capacitación que les permitiera iniciarse en una “carrera” laboral. Así, el primer trabajo no es recordado por estos jóvenes como un evento significativo en sus vidas, siendo que fueron despedidos o que lo dejaron ellos mismos por las escasas retribuciones que les confería. **Marcelo** nos cuenta:

“No fue que me echaran, pero como que no necesitaban más mis servicios, digámoslo así. Estaba todo bien con ellos, pero con la crisis bajó mucho el trabajo y ya no me pudieron seguir pagando. Igual por lo que me pagaban, apenas me alcanzaba para los boletos y poco más.”

Este tipo de apreciaciones respecto de la salida del primer trabajo son comunes en este tipo, siendo que no muestran gran apego a los puestos en los que se han desempeñado y en los que se desempeñan actualmente. A diferencia de los jóvenes del *tipo* ILO, para muchos de quienes el empleo actual es un lugar desde donde proyectarse en el futuro, entre aquéllos que se integran el *tipo* IAN el trabajo actual se concibe como transitorio, mientras no se encuentra un empleo con mejores condiciones, o mientras se finalizan los estudios.

La edad media de entrada al trabajo es de 17.67, en Casavalle, dicho guarismo es de 18.17 y en el Cerro de 16.67. El resultado se altera por la consideración del primer trabajo con cierta estabilidad, particularmente en Casavalle. Por ejemplo, Federico tuvo su primer trabajo de tres meses de duración a los 20 años, con un tío que trabajaba como guardia de seguridad, pero desde niño atendía puestos de venta de objetos de distinto tipo en la puerta de su casa, desde una edad que no sabe precisar: “*desde la escuela, siempre hubo algún negocio en casa, y yo atendía*”.

“Hice de todo, desde arreglar baños con mi tío, o ir a poner bloques... yo qué sé, de todo un poco. Mi primer trabajo serio digamos, oficial en una empresa de seguridad, que en ese entonces yo estaba trabajando de noche iba después de estudiar a veces salía y de ahí ya me iba a trabajar, porque entraba temprano; a veces salía tenía clases salía y me iba. De guardia sí, y ahí estaba toda la noche. Salía a las 7 de la mañana, eran como 10 horas. Llegaba a casa, dormía, comía, ponele que estuviera 2 horas y me iba al liceo y ta, así estaba. Lo hice en dos veces, el último año me quedó para atrás creo que derecho, contabilidad y matemáticas, las hice en el segundo año y zafé.”

En este *tipo* es característico el desarrollo de tareas laborales en el ámbito familiar desde temprana edad. **Verónica** nos cuenta que sus padres tenían un pequeño taller de fabricación de artículos de cuero en su domicilio, donde ni bien culminó la escuela primaria, comenzó a ayudar, tanto en el trabajo del taller como en la comercialización de productos. Observamos también en este pasaje, un rasgo característico de las historias laborales de quienes integran este *tipo*: la alta rotación en ocupaciones de similares características.

“Mi primer trabajo fue... en realidad yo siempre trabajé con mis padres. Desde chiquita me metían al taller. El año que repetí, eso ta, no se cuenta como un trabajo, pero el año que repetí, me tuvo mi padre como 20 días cementando (se ríe) ¡Cementando cuero! ¡Sabés el olor que es eso! Y cuando iba a la feria con mi madre, siempre la ayudaba, pero ta, no se cuenta como trabajo. El primer trabajo fue con una tía, que tenía un quiosco ahí en el Cerro; y yo tenía 17 años y estaba cursando matemáticas de 5º y me quedaban unas materias para dar, que al final las terminé recursando, pero en ese momento las tenía para dar. ,, Después trabajé con un muchacho que tenía una distribución, en un supermercado, como promotora, pero un tiempo corto, un mes nomás, porque era una zafra. Después conseguí para hacer otras promociones, pero también un tiempo corto. Y después trabajé como dos años con mi madre en el autoservice, que le hacía trabajo administrativo; le llevaba el papeleo, le pagaba a los proveedores y todo eso. También hacía merchandising, porque acomodaba todo... Ya en la Facultad empecé a trabajar con mi padre, atendiendo la panadería, pero como era poco lo que ganaba, seguía haciendo cuanta promoción encontraba, repartí volantes, vendí cosméticos puerta a puerta, de todo un poco... Ahora sigo en la panadería, ando re corta de plata pero quiero avanzar en la Facu, sino no termino más! Y ahí sí, espero que algo salga, aunque es re difícil al principio...”

Entre aquellos jóvenes que han comenzado sus estudios de nivel terciario, a excepción de Marcelo, quien se desempeñó durante un año en una beca de trabajo a través de sus estudios de nivel terciario, ninguno ha accedido a un empleo con algún tipo de vinculación con sus estudios, aspecto que asumen como inevitable puesto que tampoco se han dedicado a buscar trabajo relacionado con estos. Fundamentalmente entre los casavallenses pareciera privilegiarse, de momento, la obtención de un ingreso que permita la continuidad de los estudios antes que la inserción en algún ámbito vinculado a los intereses vocacionales. Ello aunque, entre quienes trabajan, predomina el sentimiento de inseguridad con respecto a la estabilidad del trabajo actual, en el que hace poco menos de dos años que se desempeñan.¹⁴⁶ En el Cerro, tanto Juliana como Verónica trabajan por cuenta propia en pequeños emprendimientos familiares; ambas sienten, no sólo que las características de su trabajo actual no les permite desarrollarse, sino que además, perciben su situación laboral como contingente a los avatares de la economía familiar. La escasa satisfacción con la actividad laboral desempeñada es un rasgo típico del IAN, quien persevera en el intento de cambiar de ocupación para mejorar la situación actual.

La historia laboral de **Juliana**, del Cerro da cuenta de ello:

“A los 16 [comenzó a trabajar], por una amiga, empecé a cuidar a las nenas, después hice promociones, después con un amigo me consiguió entrar en una agencia de promociones para un montón de cosas, de cervezas... ahí dejé porque abrimos pizzería nosotros acá, con mi compañero, en un local acá a dos cuadras, en un local que siempre hubo pizzería. Ahí arreglamos el local, pero no marchó, estuvimos un año. En ese tiempo estábamos viviendo en Punta Yeguas, abríamos a las 6 de la tarde, cerrábamos a las 2 de la mañana, y me levantaba a las 7 a hacer la salsa, porque la salsa de las pizzas eran del día, hacía las compras para la milanesas, y aparte yo estaba cuidando a una viejita en Pocitos, como 4 años la cuidé, y no me daba el tiempo ni de ir a casa a bañarme. Después abrimos con mi padre una casa de maquinitas, y estuvimos como 4 años, y ta, hace 5 meses me separé de mi padre y abrimos con mi madre esta casa de máquinas. Porque estaba re tranquilo la cosa ahí, y no daba para repartir entre tres, no nos dejaba nada. También cada tanto hago lámparas y vendo, tengo un tallercito en casa, que trabajamos con mi compañero. Y bueno, si esto sigue así, voy a ver si busco por ese lado, a ver si me va mejor. Me gustaría hacer otra cosa, pero es complicado... hay que buscarle la vuelta, yo sigo buscándola y voy a seguir, porque la verdad, me jode bastante conformarme con esto.”

Cabe enfatizar, que los jóvenes que conforman este tipo no dejan de apostar a una inserción laboral con derechos, que les permita desarrollar sus conocimientos adquiridos o

¹⁴⁶ La duración media del trabajo actual es de 1.59; los casavallenses apenas han superado el año de permanencia en el trabajo actual (media = 1.23), en tanto que las dos cerrenses que trabajan superan los dos años (media = 2.19). , no registrándose diferencias importantes de acuerdo al barrio (media = 2,99 y 2,79 entre los jóvenes de Casavalle y del Cerro respectivamente).

por adquirir. La expectativa de inserción laboral así enmarcada se mantiene como esperanza, que nutre la experiencia cotidiana, en una racionalidad que supone la postergación de gratificaciones.

Cuando la familia no tiene recursos para apoyar económicamente los estudios, se trabaja en lo que se puede. En Casavalle, los jóvenes desempeñan de manera intermitente tareas de barrido de calles, carga y descarga de camiones, limpiezas a domicilio o en oficinas públicas. El “rebusque” es una expresión recurrente entre ellos cuando se les pregunta por su situación laboral y la forma en que solventan sus estudios. Bien distinta es la situación observada entre los jóvenes del Cerro a este respecto: las dos jóvenes que trabajan “se manejan” con la infraestructura provista por algún miembro de su familia, en tanto que los otros dos jóvenes no trabajan ni buscan trabajo pues en el ámbito del hogar se protege la consecución de los estudios.

El IAN *respeta las normas básicas de convivencia social*. Al igual que el ILO, ninguno de estos jóvenes ha tenido experiencias personales de transgresión. Pero, a diferencia del ILO, se registran conductas transgresoras entre familiares directos: el hermano de Federico falleció durante el transcurso de nuestro trabajo de campo, como consecuencia del consumo abusivo de PBC; el padre de Juliana y el de Darío fueron encarcelados por actividades delictivas. Nos cuenta **Darío**:

“Mi padre siempre fue un busca: las timbas de aquellas épocas, lo más alto en lo ilegal hasta lo más bajo, siempre. Estuvo preso varias veces, pero nunca le llegaron a encontrar nada importante. (...) A fines de los '80 el cuero se trabajaba mucho, mucho, y él se empezó a hacer por la cuenta, trabajando con productos de cuero, puso zapatería, todo ese tipo de cosas. Y se fue para arriba. Pero muy desprolijo mi viejo, volvió a caer.”

Respecto del consumo de drogas ilícitas y al igual que entre los jóvenes del *tipo* ILO, la marihuana ha sido consumida de manera experimental por la mayoría de los IAN, y una minoría sigue consumiendo. También como en el ILO, hallamos que en algunas historias de consumo, éste se ha tornado problemático durante algunos periodos.¹⁴⁷

¹⁴⁷ En dos casos de mujeres cerrenses registramos consumo de cocaína: Verónica y Juliana. Para ambas, ello ha implicado problemas de relacionamiento, al menos con sus familiares directos. Ambas participaron, en el pasado, de un grupo de tratamiento que se viene implementando hace muchos años en el barrio: “Mi Cerro sin drogas”. Verónica ha logrado hacer a un lado el consumo, en tanto que Juliana sigue en tratamiento. Continúa consumiendo cocaína, aunque muy esporádicamente, y procura activamente dejar de hacerlo. Decimos activamente, para lo cual ha retomado su participación en un grupo de apoyo a nivel barrial.

Al igual que en el ILO, encontramos diferencias en la valoración de las instituciones encargadas de impartir justicia y velar por la seguridad de los habitantes. Entre los jóvenes de Casavalle hallamos, como en el ILO, un cuestionamiento a las formas en que desde las instituciones se imparte justicia y se establece el orden. Particularmente, el accionar de los agentes encargados de velar por la seguridad y el orden (policías y militares) es puesto en tela de juicio.

Eveline, quien reside en una de las zonas más deprimidas de Casavalle (“El Borro”), califica como “horrible” la actuación de los agentes policiales en el barrio. Y relata muy gráficamente un episodio que traduce un sentimiento de impotencia ante la inseguridad reinante en el barrio, que es común a este grupo de jóvenes:

“Acá en frente hace un poco más de un año que funciona una boca. Que la manejaba un tipo que ahora está preso y que había estado preso antes. Me acuerdo que un día hubo terrible despliegue, hicieron un circo bárbaro, porque salió en el informativo y todo. Una muchacha de acá del barrio, que venía a la boca a consumir, vino un día y le pegaron un tiro a la chiquilina. El que le dio el tiro fue el hijo de este tipo que era el dueño de la boca. La familia de la chiquilina fue hacer la denuncia y el tipo este, cuando se enteró que andaban en esas vueltas, los amenazó que si seguían con la denuncia... los iba a matar. Ta, fueron igual a hacer la denuncia, vino la policía, el grupo GEO¹⁴⁸, se cortó la calle, se bajaron de la camioneta ahí todos armados... Sacaron al tipo... en una veo que lo traen a la camioneta esposado y veo al tipo sentado adentro de la camioneta. ¡Ahí, hablando todo jocoso con los policías! Y los policías se reían, como charla de amigos. Y ahí es cuando decís: ¡no sirven para nada, ni una parte ni la otra, ni los delincuentes ni la policía, es todo una sola cosa! Todos funcionan por la plata. Bueno, se lo llevaron un sábado, y el domingo al medio día ya estaba en la casa comiendo ravioles con tuco. Y era uno de los más buscado por la policía hace no sé cuantos años, uno que sale siempre en los informativos...”*

Entre los IAN del Cerro también hay una puesta en duda del accionar policial en particular, pero bastante más matizado. Recogemos la opinión de **Daniela** sobre cómo trabaja la policía:

“No muy bien, pero tampoco tan mal, porque la gente... siempre... cómo te puedo decir, siempre hay robos en todos lados, y a veces no los encuentran o no los agarran. Y a veces está la policía, pero a veces no. En casos como... de... de violencia... no sé cómo decirte... trabajar trabajan, pero... a mi no me gusta cómo trabaja la policía. A veces, porque son co... no, la palabra corrupto no, pero a veces se pasan los límites. Por ser policías, no todos, pero algunos se creen que por ser policías, se creen más que las otras personas. Y no me gusta cómo trabaja la policía. Y a veces en las cárceles y eso dejan entrar armas, alcohol, drogas, y eso. Algunos policías trabajan bien, pero otros no.”

¹⁴⁸ Los miembros del grupo GEO son policías que luego de pasar por un entrenamiento intensivo específico, son aptos para desarrollar operativos especiales de seguridad.

Aunque el descontento con el accionar policial no llega a traducirse en un desconocimiento o un rechazo de las autoridades institucionales *per se* en términos abstractos, los jóvenes de este grupo viven la relación con la autoridad policial desde un lugar de impotencia y peligro con el que hay que lidiar.

Respecto de la *participación en grupo(s) social(es)*, en el *optimista perseverante* predomina una valoración positiva. En Casavalle, cuatro de los seis jóvenes que conforman este *tipo* manifiestan interés por la participación en algún grupo social pero esta valoración conduce a la participación efectiva únicamente en dos casos (Germán a través de su participación en grupos musicales, y Eveline a partir del culto religioso). En el Cerro, únicamente Daniela no valora la participación en grupos sociales como un elemento de interés para su vida. Pero de los tres jóvenes que sí valoran esta dimensión, únicamente Darío participa efectivamente en una murga del barrio y en el desarrollo de actividades culturales en el entorno comunitario. La importancia asignada a la participación en grupos sociales pareciera aquí estar más vinculada con el interés por el desarrollo de actividades culturales y religiosas, que a actividades más próximas a una militancia política a nivel comunitario, barrial o zonal.

5.3.3. La “desafiliación resistida”

Quienes conforman el *tipo* de “desafiliación resistida” registran trayectorias educativas continuas hasta la culminación de la escuela primaria. Con excepción de Armando y Fabricio, de Casavalle, quienes finalizaron la escuela primaria sin repetir ningún año, para los integrantes de este grupo el desempeño en la escuela primaria implicó repetir al menos un año.¹⁴⁹ Aunque con problemas de rendimiento, todos los jóvenes de este *tipo* han completado la escuela primaria. La continuidad de los estudios secundarios se ha dado con dificultades en todos los casos, exceptuando el de Armando, quien es el único joven de este *tipo* que ha culminado el Ciclo Básico de la escuela secundaria.

¹⁴⁹ Yenia, de Casavalle y Luisa, del Cerro, repitieron un año en la escuela primaria; o dos años o más han repetido al menos un año de la escuela primaria; Lorenzo, de Casavalle, Ariel y Rosa del Cerro, repitieron dos años, y Gabriel, de Casavalle, repitió tres años.

En efecto, el comienzo de la escuela secundaria implica repetición para la mayoría de los “pesimistas realistas”, o directamente, abandono. Tal es el caso de **Gabriel**, quien fue tres meses al liceo, pero abandonó:

“Me saqué la boletería y entonces empecé a viajar en los ómnibus. De casa me iba al Centro, del Centro a la Aduana, me iba para el Centro de vuelta y así empecé hacer viajes, viajé hasta que se me acabaron los boletos y mi madre después me dice mi madre: ‘¿qué es lo que querés hacer?’, y le digo ‘quiero laburar y no gaste más nada en mí porque no quiero seguir estudiando... no mamá realmente no me da el bocho [la cabeza], aparte con todo lo que pasa en casa y eso te soy sincero, ya está.’”

La repetición en la escuela primaria es poco tematizada por los jóvenes, que responden con monosílabos cuando se les pregunta sobre ello. Pero el análisis de sus historias parece indicar que los problemas de desempeño se conjugan con situaciones difíciles en el ámbito familiar, que desmotivan a los jóvenes. **Rosa** reside en la zona más deprimida y estigmatizada del Cerro, y aunque en su relato los problemas de rendimiento en la escuela aparecen como propios de su actitud, observamos que el ambiente familiar en el que creció ha estado signado por problemas que la angustian al punto del llanto, en el medio del cual nos cuenta de un hermano preso y otro asesinado:

“Hasta 4° me iba bien, después ta, como era media eléctrica, y no prestaba atención ni nada, ta, repetí 4°, después 5° lo pasé, pero después repetí 6° y ta, después me echaron de la escuela. Porque hacía cualquier relajo, relajaba hasta la maestra, re brava era yo. No quería saber nada con estudiar, yo qué sé, no sé por qué, pero no quería saber nada.”

Entre quienes continuaron estudiando después de la escuela primaria pero aún no han completado el Ciclo Básico, únicamente Lorenzo aprobó el primer año de la secundaria sin repetición, pero abandonó en segundo y optó por buscar en la oferta educativa de CECAP una formación en oficios que le motivara e interesara más.¹⁵⁰ Lorenzo abandonó sus estudios en el transcurso de su segundo año de liceo. Cuatro años atrás¹⁵¹ nos explicaba su abandono educativo como fruto de un desinterés por la propuesta educativa, y de una situación personal que quedaba divorciada de ésta:

¹⁵⁰ El Centro de Capacitación y Producción (CE.CA.P.) es una propuesta educativa pública dependiente del Ministerio de Educación y Cultura y co-administrada por organizaciones no gubernamentales e instituciones de la comunidad. Cuenta con una sede en la zona de Casavalle.

¹⁵¹ Conocimos a Lorenzo y a Yenia en el año 2006 en ocasión del trabajo de campo realizado para la tesis de maestría, referida a jóvenes residentes en Casavalle que se hallaban sin estudiar y sin trabajar. El haberlos vuelto a contactar nos permite en estos casos un análisis comparado en perspectiva diacrónica.

“¡Era cualquiera! Por las notas, y nada, no hacía nada. ¡Ya era! ... Estaba mal. ¡Igual el liceo no me gusta a mí! Me gusta más estudiar otras historias, que el liceo. (...) Catorce años tenía, ese año estuve de vago. Después iba a la CECAP, viste ahí. En CECAP hice electricidad como dos años. Pero ta, largué también (...) [En ese momento] Apareció mi viejo y fue un sacudón.”¹⁵²

Ninguno de los jóvenes que siguen estudiando –ni los tres del Cerro, ni Fabricio, de Casavalle-, ha logrado aprobar en el primer intento el primer año de la escuela secundaria: el cambio se manifiesta en este *tipo* como particularmente problemático.¹⁵³ La falta de motivación para el buen desempeño en los estudios secundarios es un rasgo característico, sea por desinterés propio o por problemas ajenos a la voluntad personal. **Fabricio**, de 18 años, comenzó la escuela secundaria a la edad esperada, pero repitió dos veces el primer año; nos explica:

“No quería estudiar, los primeros meses como que estaba bien, como que estaba con ganas de ir al liceo, pero después, como que, no quería estudiar más, faltaba al liceo. No me gustaba.”

Posteriormente, aprobó el primer año de secundaria en una “aula comunitaria” y se encuentra cursando actualmente segundo, en una modalidad educativa que recién se estrena, que ha elegido debido a su interés por el fútbol.¹⁵⁴ Estas modalidades educativas le han resultado más positivas que la experiencia que tuvo en la enseñanza secundaria tradicional, de la que conserva muy malos recuerdos. No obstante, tampoco valora mayormente su experiencia educativa actual. Ante la pregunta por sus inasistencias frecuentes, explica que “*como vengo cansado de practicar, hay veces que me cuesta*”. Su apuesta laboral a futuro queda subsumida en su desarrollo como jugador de fútbol, pero no es algo que le preocupe de momento.

En el relato de **Luisa**, en cambio, la recurrente repetición en primer año se explica por problemas en el ámbito familiar. La trayectoria educativa de esta joven se ve

¹⁵² El padre de Lorenzo se fue del país al salir de la cárcel, y se dedica al tráfico de drogas en la frontera del lado brasileño.

¹⁵³ Recordemos que se trata de los jóvenes de menor edad: todos pertenecen al tramo etario de menos de 24 años.

¹⁵⁴ Esta es una experiencia piloto, denominada “Gol al Futuro”, que se enmarca en la propuesta formativa de educación media técnica. La formación se desarrolla en dos opciones, Informática y Deporte, siendo requisito de ingreso no haber aprobado Ciclo Básico. Las clases se desarrollan en un local de escuela primaria, ubicada en el Estadio Centenario. Tienen prioridad quienes tengan *Primaria completa pero no hayan aprobado primer año de Secundaria, tanto en liceos como en centros de UTU. Dependiendo de la demanda, podrán incorporarse quienes tengan aprobado primero o segundo.*

<http://www.180.com.uy/articulo/Gol-al-futuro>.

interrumpida en el pasaje de la escuela primaria a la secundaria, abandonando el primer año y reintentando al año siguiente, sin éxito, la aprobación del primer grado de secundaria. Aunque en un primer momento justifica su bajo rendimiento en los estudios por motivos de desinterés o aburrimiento, queda claro en su testimonio que su experiencia escolar se interrumpe por problemas en el entorno familiar próximo.

“Dejé en primero, porque había muchos problemas en mi casa, mis padres se fueron para afuera un tiempo, y yo tenía muchas bajas, era como octubre y tenía como siete bajas y ta, dejé. Lo que pasa es que nosotros nos íbamos mucho para afuera con mis padres. Porque mi hermano mayor, tenía unos amigos en la esquina de mi casa y mi hermano estaba ahí y mataron a uno. Y lo querían involucrar a él, y ta, como la policía lo fue a buscar a mi hermano, mis padres tenían una plata ahorrada, y nos fuimos un tiempo para lo de mi abuela que vive en Solymar, y ta, cuando estuvo un poco más tranquilo todo nos volvimos. Ta, y cuando mi hermano se presentó con el abogado y todo, como él no había sido y tenía un testigo y todo, ta, no tuvo problema. (...) Al año siguiente hice también el [liceo], pero repetí. Porque también dejé, como que me aburrió [agacha la cabeza, y queda pensando en silencio, hasta que se decide a seguir contando]. Porque al otro año hubo otro problema, con mi hermano chico esta vez, los vecinos de al lado lo quisieron violar. Los vecinos de toda la vida; porque éramos como una familia con ellos, porque vivían con nosotros, salíamos los primero de año todos juntos, las fiestas todos juntos. Y uno de ellos tiene 17 y el otro 16, y quisieron violar a mi hermano menor, y a mi primo (...) Y ta, con ese problema yo dejé el liceo. Y ta, hasta que este año empecé a venir acá.” [al Aula Comunitaria]

La baja expectativa en lo que la trayectoria educativa puede deparar a futuro opera como freno para apostarle a los estudios. El “pesimista realista” no ha tenido un buen rendimiento educativo, ni parece interesado en mejorarlo. Decimos esto pese a que cuatro de los jóvenes que integran este *tipo* continúan estudiando, aunque todos en el primer ciclo de secundaria.¹⁵⁵ Con excepción de Luisa, quien ha dejado de estudiar por periodos inferiores al año, todos los jóvenes que integran este tipo registran una primer salida de la escuela, que en la mitad de los casos –todos de Casavalle- ha resultado definitiva. La edad promedio de salida de la escuela en este *tipo* es de 14.2; de 14.0 entre los casavallenses y de 15.0 entre los cerrrenses entrevistados.

Los jóvenes que integran el *tipo* DER no han incorporado la educación -al menos la educación formal- como un valor, y su desempeño educativo da cuenta de ello. Se observa en este *tipo* una actitud de apatía respecto de la educación, y un desinterés por lo que un

¹⁵⁵ Es así que la *condición de estudiante* en el *tipo* DEC es distinta de la de los *tipos* ILO y IAN, en dónde la prosecución de los estudios tiene lugar a nivel terciario, o en el segundo ciclo de la escuela secundaria. En el DEC en cambio, aun considerando que la edad de los jóvenes que estudian es menor, y suponiendo que logran culminar el primer ciclo de secundaria, el rezago acumulado los coloca de todos modos en una situación menos favorable en términos de *logro* educativo.

mayor desarrollo de la experiencia escolar pudiera significar en su vida. Ninguno de los jóvenes pertenecientes a este grupo se muestra interesado por recibir mayor educación, al menos en el ámbito formal, pese a que algunos procuran continuar sus estudios en el nivel secundario.

En el relato de **Yenia**, observamos una apatía persistente hacia la experiencia que ha tenido en la escuela secundaria. Cuando conversamos con ella por primera vez, hace ya cuatro años, había comenzado a asistir a una escuela secundaria fuera del barrio, que había abandonado luego de unos meses. Un año después comenzó a asistir a otro liceo en otro barrio. Pero tampoco allí asistió más que unos meses. De sus diversas experiencias en la escuela secundaria, lo que rescata es el haber conocido a algunas compañeras con las que estableció buena relación, pese a que no han tenido continuidad hasta el presente. Observamos que Yenía no pudo adaptarse al cambio de dinámica que supone el cambio de nivel educativo:

“Yo qué sé, ¡a mí me gustaba más la escuela! [se ríe] Eran menos horas, había una maestra sola, y era más fácil. No había escritos una vez por mes y todo eso, para mí era más fácil.”

A las dificultades que ella señala haber tenido, puesto que “no entendía”, cabe agregar que tampoco parecía interesarle mucho sortearlas, en la medida que tampoco se proyectaba a sí misma en la educación formal. En el año 2006 nos decía que:

“...me gustaría hacer algún año, uno o dos años de liceo, y después hacer peluquería o cocina en la CECAP.”

La experiencia en la escuela secundaria es algo que ha quedado atrás para ella, una experiencia que siempre resultó ajena a sus intereses. Tampoco concretó su intención de capacitarse en los rubros mencionados: la experiencia carcelaria de su padre, una maternidad repentina, parecen haber resultado factores desencadenantes de una inserción precipitada y precaria al mercado de trabajo.

Incluso en el caso de **Armando**, la experiencia educativa parece no haber dejado huella positiva alguna. Los recuerdos tanto de la primaria, como de la escuela secundaria aparecen circunscriptos a situaciones de violencia:

“Y mirá, un día en un recreo dos muchachitos que estaban en sexto escuela..., se enojaron entre ellos y uno le clavó el lápiz, un lápiz en la cara y estábamos todos ahí en el recreo, eso es lo que más o menos recuerdo.”

Más aún, el primer recuerdo que surge de su experiencia en la escuela secundaria refiere a una situación de violencia sufrida por él mismo:

“Voy al baño y encontré como a dos o tres compañeros que ya estaban como en tercero, cuarto año que estaban fumando porro ahí y me agarraron y me dieron una salsa bárbara... Me dieron cachetada y unos cabezazos contra la pared ahí, salí todo, le dije a mi vieja no quería ir más a ese liceo.”

Las situaciones de violencia vivida en la escuela, la falta de comunicación con los profesores, el desinterés por la propuesta educativa con que se han encontrado contribuyen, entre otros factores, a comprender entre los jóvenes que conforman este grupo una indiferencia, cuando no un rechazo, respecto de la educación como referente valórico.

Por otra parte, la obtención de un trabajo con derechos no genera grandes expectativas entre los jóvenes de este *tipo*. No hay una búsqueda de trabajo como actividad a ser desempeñada en forma constante, y esa situación se condice con su situación en el plano *factual*. En el DER la entrada al primer trabajo se produce en promedio, antes de los 15 años, es decir, casi de manera simultánea a la primera salida de la escuela.¹⁵⁶ Únicamente tres jóvenes se hallan trabajando actualmente (Armando y Gabriel, de Casavalle, y Ariel, del Cerro), siendo el desempeño en el puesto de trabajo actual hace poco más de medio año.¹⁵⁷ Tanto Armando como Ariel trabajan en el sector privado, en relación de dependencia, desempeñando tareas de jardinería, que no muestran interés por conservar. El caso de Gabriel es un tanto particular a este respecto. Este joven, pese a no haber tenido acceso a un trabajo con protección, muestra una alta expectativa -quizás fantasiosa- en su desempeño laboral. Se lo incluye en este tipo puesto que además de la precariedad de su situación laboral -canta hip-hop en el transporte público de pasajeros, luego de lo cual pide dinero-, no muestra una valoración positiva de la educación, ni ha logrado superar el nivel de educación primaria.

Estamos ante jóvenes que han realizado experiencias laborales diversas, pero de muy baja calificación y poca remuneración. La experiencia laboral discontinua, en trabajos por cuenta propia de escasa rentabilidad es lo que predomina en este grupo. La entrada al primer trabajo tuvo lugar en todos los casos, mediante familiares o conocidos de estos del

¹⁵⁶ La media de entrada al primer trabajo en este *tipo* es de 14.8; en Casavalle de 15.0 y en el Cerro de 14.0.

¹⁵⁷ La media de duración del empleo actual es de 0.6 años.

contexto barrial. Al igual que en el IAN, los cambios de puestos de trabajo no supusieron para los jóvenes del *tipo* de DER, una mejora de su situación laboral. Pero a diferencia del IAN, entre quienes *resisten* la desafiliación, los relatos que refieren los cambios de trabajo no remiten a razones de obtención de mayores ingresos, ni de compatibilidad de horarios con los estudios, sino al desinterés y cansancio ante la rutina laboral.

La historia laboral de **Armando** ilustra este punto: “*pasé por tantos trabajos que ya no me acuerdo*”, nos cuenta. Este joven comenzó a trabajar a los 14 años de edad, con un vecino amigo de sus padres, lavando copas en una fábrica de vidrio. Pero se cansó y se fue:

“...porque no solamente hacíamos eso sino que a veces traían los envases rotos, lo picábamos, lo metíamos en tarrinas de acero, y teníamos que aplastarlos y meterlos en una máquina, después eso lo molían todo...”

Entre los 14 y los 17 trabajó esporádicamente:

“...en alguna changa de construcción, pero la verdad no buscaba mucho, agarré para las salidas, para la joda, para los bailes, pero precisaba plata y tenía que laburar, viste... Y un día estaba en una obra y uno que andaba ahí de capataz me dice para ir al puerto con él. Ahí estuve como seis meses, íbamos al puerto a buscar pescado fresco, lo tenías que meter en tarrina, ponerlo con sal y llevarlos a los camiones. Y de ahí conseguí en [fábrica de pescado]. Ahí estuve dos años, casi. (...) [Se fue] por cansancio, mucho cansancio, fatiga.”*

Entre los 18 años y los 20, trabajó con su tío, de peón de obra, trabajo en donde guardó dinero para descansar:

“Estaba con la carretilla para todos lados, sacando escombros, tirando pared, haciendo material, alcanzando baldes. En eso estuve bastante tiempo, estuve bastante porque se ganaba bien. Hasta los 20 estuve; después dejé, me quedé un año sabático: no hice nada. Sabía que tenía plata acumulada y estaba cansado de andarme moviendo de acá para allá y dije: ‘bueno, voy a gastar la plata’.”

A los 22 años volvió a trabajar, esta vez en una empresa de mantenimiento de jardines, con la misma lógica de “ahorrar para descansar”.

“Después que trabajé en la [empresa] me eché para atrás, ahí ya fue ocio, ocio total, y ahí ya no tenía ganas de hacer nada, ya dejé de laburar.”

La historia laboral de Armando sigue ese trayecto hasta el presente. Tomamos este caso extremo para ilustrar un rasgo característico entre los jóvenes del *tipo* de “desafiliación resistida” para evidenciar un relacionamiento con el mundo laboral que oscila entre la búsqueda y la prescindencia. Se trabaja para ganar un sustento cuando es necesario, pero no se espera más de la actividad laboral.

Por su parte, **Lorenzo** no tiene expectativas laborales, lo que se verifica en su actitud pasiva respecto al trabajo, habida cuenta que no trabaja ni se halla buscando actualmente una inserción laboral. En este caso, se verifica en la práctica una transgresión a la normatividad social mediante el consumo de PBC, pese a lo cual, por el tipo de consumo y el tratamiento que está llevando adelante para poder salirse de dicha práctica, que condena con mucha fuerza, se lo incluye en este *tipo*.¹⁵⁸ Cuatro años atrás, Lorenzo nos dejó claro que no pensaba seguir estudiando. Cuando lo re-encontramos, este joven no había retomado sus estudios ni tenía intenciones de hacerlo, pero sí de abandonar definitivamente el consumo de PBC, factor que identifica como lo que lo había convertido en “*cualquiera*”. En el análisis de su relato, observamos que la relación con dicho consumo ha estructurado sus relaciones, y se halla actualmente en una fase de recomposición de vínculos, familiares y comunitarios:

“Y yo qué sé, de repente es un tema mío, que caés en eso, el entorno... al estar siempre en la vuelta esa porquería, viste... pero ta, ahora estoy bien. Pa’ cómo estuve... Comparado... Vos sabés cómo es, no? Es terrible! Comparado a lo que estuve.... Pero... voy a estar mejor...”

Entre los jóvenes que conforman este *tipo* las instituciones sociales son fuertemente cuestionadas: desde la actuación de los agentes policiales, la atención a la salud que reciben, pero también la oferta laboral a la que acceden. Y si bien en el presente podemos afirmar que predomina el respeto de las normas de convivencia social, este aspecto adquiere cierto carácter contingente, en la medida que ello no siempre fue así.

Aquí, el grupo social se yergue como un “refugio” de situaciones familiares problemáticas: el entorno familiar se ha conformado para estos jóvenes, como un riesgo de transgresión de las pautas que organizan la vida cotidiana conforme a la legalidad. En primer lugar, él o los integrantes del grupo familiar que han registrado conductas de *transgresión social* se hallan en un entorno próximo: son familiares directos con los que se ha convivido o aún se convive. Se trata del padre (que en el caso de Yenia, estuvo preso por

¹⁵⁸ Este es tal vez el caso más “atípico” hallado. Lorenzo no se adapta a la normatividad social de acuerdo a los indicadores utilizados aquí, puesto que pese a sus deseos de alejarse del consumo de pasta base de cocaína, a la última fecha en que se lo contactó, había “*recaído*”. No obstante, hace grandes esfuerzos por dejar este consumo, que por otra parte, ha logrado interrumpir por periodos muy largos de tiempo. Muestra un gran compromiso con su comunidad, y tiene una participación activa en distintas actividades barriales, en las que es reconocido y “*protegido*”. Siendo que su consumo de pasta base es condenado por él mismo, y que actualmente se halla en tratamiento para poder abandonarlo, se opta por incluirlo en este tipo y no en el siguiente, que queda restringido a los casos de desafiliación más extrema, es decir, de “*fractura social*”.

homicidio; el de Lorenzo, que estuvo preso por tráfico de drogas y de Ariel, encarcelado en distintas ocasiones por hurtos) o de un hermano (en el caso de Gabriel, preso por hurto y consumidor de PBC; en el caso de Rosa, uno asesinado y el otro preso), o de varios tíos y primos que habitan en el barrio (en el caso de Armando) quienes han incursionado en actividades delictivas. O se trata de situaciones de violencia que se han recibido en el núcleo familiar (como es el caso de Fabricio, que fue abusado sexualmente por un trabajador de Casavalle, o del hermano de Luisa, que sufrió desde su infancia abuso sexual por parte de sus vecinos).

Así, la participación en grupos sociales parece ser el lugar desde donde estos jóvenes resisten a la consumación del proceso de desafiliación. Las rutinas cotidianas se estructuran en torno a las actividades que desarrollan en sus espacios de participación: Armando y Fabricio mediante la actividad futbolística; Gabriel, mediante la participación muy activa en una iglesia pentecostal de su barrio; Lorenzo por la vía de la colaboración con equipos técnicos de ejecución de política social en el territorio; Yenia en una cuerda de tambores del barrio. Ahora bien, si el interés por la participación en grupos sociales se hace efectiva en todos los jóvenes casavallenses, entre los cerrenses no se concreta en ninguno de los tres casos. Rosa y Luisa quieren comenzar a participar en una murga barrial, pero explican que sus respectivas madres no se los permiten hasta tanto no aseguren el pasaje del año escolar. Por su parte, Ariel señala que no tiene tiempo entre el trabajo y los estudios. Aquí, la condición de estudiante de los cerrenses inhibe la participación efectiva en grupos sociales, pero sigue siendo un deseo de estos jóvenes, que parece motivarles más que las actividades escolares.

Siendo que ni la educación ni el trabajo interesa particularmente a los jóvenes en situación de “desafiliación resistida”, la *valoración* y la *participación en grupos sociales* aparecen como una posibilidad de dotar de sentido la vida cotidiana volcándose a la protección ante la vulnerabilidad de su situación. La valoración y la continua búsqueda de hacerse un lugar en un espacio de integración que los aleje de vías de ruptura con el orden social condenadas a nivel comunitario y barrial distinguen particularmente al “pesimista realista” del “pesimista transgresor”, que además, no muestra interés de participar en grupos sociales.

5.3.4 La “desafiliación consumada”

Los jóvenes que componen el tipo de “desafiliación consumada” registran trayectorias educativas truncas tempranamente: no han finalizado la escuela primaria (cinco de los ocho casos) y entre quienes sí la han finalizado, ninguno ha aprobado el primer año de la escuela secundaria.

La vida en la escuela es recordada vagamente, en sus aspectos positivos, más por algún paseo de fin de año, o en términos de diversión, que como ámbito de formación y preparación para un futuro. Como relata **José**, de 32 años, en su momento no hubo una apuesta importante en la experiencia educativa, y luego de varias repeticiones, abandonó la escuela primaria con dieciséis años de edad y cuatro años de educación formal aprobados. Ahora sabe que, aunque tiene la oportunidad¹⁵⁹, ya es tarde para darle continuidad a sus estudios, y aunque no lee ni escribe, ello no parece generarle mayores preocupaciones:

“Yo iba más para joder, para pasar el tiempo ahí, pero no me interesaba mucho, la verdad. Porque una vuelta me estaba la maestra enseñando a leer, yo no sé leer, y... yo qué sé, yo tomaba todo para la joda... todo para broma, cosa de gurí. Ta, ya a los 16 ya no sos gurí, pero ta, no sé, tomaba todo para la joda, tomaba pa’ joder nomás a la escuela. ...iba a bobear, no le daba importancia.” Y sobre la posibilidad de terminarla actualmente: *“Lo que pasa es que ahora, yo qué sé... Me han dicho para ir, pero... está bueno ir, pero... yo qué sé, lo que pasa es que ando... ando... Ta, usted me entiende, jando en otra cosa!”*

Todos los varones han repetido al menos un año durante la primaria. Si entre los varones es recurrente este tipo de reflexiones acerca de la etapa escolar, entre las mujeres que se hallan en situación de “desafiliación consumada” la salida temprana de la escuela es explicada por motivos ajenos a su voluntad. **Valeria** nos cuenta que la madre la sacó de la escuela porque la precisaba para la boca*¹⁶⁰:

“Porque había llegado mucho porro y decía que nos precisaba, yo qué sé. Meta armar porro, todo el día en eso. Empecé a faltar hasta que me dijo que no fuera más, si igual no me iba a servir para nada, decía.”*

¹⁵⁹ Desde mediados del 2009, a través del programa “Uruguay Estudia”, la Administración Nacional de Educación Pública ofrece la posibilidad de concurrir a escuelas zonales. Precisamente en la zona de la Cuenca de Casavalle se está desarrollando una experiencia de educación para adultos, en donde se prioriza precisamente la culminación de la escuela primaria por parte de quienes no la han completado.

¹⁶⁰ Las palabras o expresiones seguidas de asterisco (*) se hallan referidas en el Anexo 2. Glosario. *Expresiones comunes y formas de “nombrar”*.

Lucía expresa que le gustaba ir a la escuela, aunque sentía vergüenza pues su madre había pedido le enviaran la comida sobrante. Tal vez como forma de alivianar la presión paterna por que dejaran de estudiar y salieran a recolectar residuos en un carro:

“Mi padre estaba enfermo y mi madre habló con la Directora para que nos diera la comida que quedaba y las cocineras me ponían la comida en una ollita o en bolsa y eso me daba vergüenza a mí (...) [Dejó la escuela] Porque mi hermano no me dejaba...nunca, no me dejaba estudiar. Mi padre tampoco nos dejaba estudiar a Mi madre se hacía reventar a palos con él para que nosotros estudiáramos. Él prefería que nosotros saliéramos con un carrito a la calle con mi madre y no que estudiáramos, siempre nos decía eso.”

Gonzalo repitió dos años de escuela, pese a lo cual insistió hasta completar dicho nivel de estudios. Aquí, observamos que su madre jugó un rol clave en que lograra completar dicho grado, al contrario que en los casos de las dos mujeres que integran este *tipo*, quienes aunque no se registra repetición en la escuela, ambas dejan de asistir antes de culminar el grado por “mandatos familiares”.¹⁶¹

La continuidad de la trayectoria escolar no se plantea en ningún caso –con excepción de Pancho, del Cerro, quien se halla asistiendo a un Aula Comunitaria. La edad promedio de salida de la escuela del “pesimista transgresor” es de 11.6: los casavallenses salen por primera vez de la escuela aproximadamente a los 11 años de edad; los cerrenses, a los 13.¹⁶², guarismo que registra diferencias importantes por barrio, ascendiendo en Casavalle a 16.8 y en el Cerro a 20.5.¹⁶³

El comienzo de la vida laboral se produce en la mayoría de los casos, en edad escolar. La edad media de entrada al primer trabajo es de 12.1, aspecto que se diferencia de acuerdo al contexto barrial de procedencia. Los casavallenses comenzaron a trabajar, en promedio, a los 11 años (media = 11.2). En cambio, de los dos jóvenes del Cerro que integran este *tipo* sólo Álvaro ha trabajado, y comenzó a hacerlo a los 18 años. Como los jóvenes del *tipo* DER, las expectativas respecto del *trabajo* aparecen en el *pesimista transgresor*, subsumidas en la necesidad de lograr medios para la subsistencia. No hay una

¹⁶¹ Desarrollamos este punto en el Capítulo 6, al analizar las mediaciones que operan en las situaciones de integración-desafiliación social diferenciadas.

¹⁶² La edad media de salida de la escuela es de 11.33 en Casavalle y de 12.50 en el Cerro.

¹⁶³ Consideramos aquí la primera salida de la escuela durante un año completo. Excluimos del cálculo a cinco jóvenes que no registran salida de la escuela: Gabriela, Tatiana y Leonardo, de Casavalle, y Matilde y Ximena del Cerro. Cabe consignar además, que siete de los jóvenes que registran “salida” han retornado a sus estudios: Camila, Ofelia y David, en Casavalle; Cecilia, Lorena, Carmelo y Mario en el Cerro.

expectativa de realización personal a través del trabajo, pero sí una necesidad apremiante por la obtención de recursos.

Los cinco jóvenes que trabajan desarrollan alguna actividad laboral francamente precaria y con muy baja remuneración (feriantes*, cuida-coches, hurgadores y recolectores de desechos, *changas** en la construcción). Se hallan absolutamente desprovistos de cualquier derecho social derivado de su actividad, que por otra parte, desempeñan hace menos de un año.

Encontramos que la trayectoria laboral del “pesimista transgresor” transcurre en su totalidad en condiciones de desprotección: ninguno de estos jóvenes se ha desempeñado nunca en un trabajo que le confiera derechos o aportes a la seguridad social. Pero este punto no parece interesarles. El trabajo es concebido en tanto medio al que se recurre, no siempre con regularidad, para proveerse de algunos ingresos que alivianen las presiones económicas personales y familiares. En ello el DCO se asemeja al DER. Pero se distingue de éste pues en el “pesimista transgresor” las fronteras entre “trabajo-no trabajo”, lo “legal y lo legítimo” aparecen muy borrosas, alternándose “tareas” de distinta índole.

Tal es el caso de **Lucía**, de 22 años, quien, desempeña actualmente tareas de limpiadora doméstica en casas de familia. También vende ropa que le regalan sus “*patronas*” en la feria barrial de los viernes, recurre a la asistencia social para obtener los mayores beneficios a los que pueda acceder, y dice no haber incurrido en actividades que estén reñidas con el respeto de las normas que rigen el orden social. Pese a que en su relato ella se preocupa en recalcar que es una persona “*honesto, tranquila*”, también no tiene problema en dejarme presenciar momentos en que sus acciones muestran la cercanía con un estilo de vida diferenciado y distanciado de la legalidad: compra artículos robados a los *lateros** que van a consumir a la *boca** de enfrente de su casa, ha comprado en forma ilegal un arma que guarda con mucho celo y con la cual ha amenazado de muerte a su marido, y participa de la implementación de estrategias ilegales de obtención de ingresos.¹⁶⁴ En este caso, resulta muy fuerte la presencia de la familia como sostén de estrategias ilegales pero defendidas como legítimas. Y aunque Lucía se muestra ambigua en su discurso sobre estos

¹⁶⁴ Por ejemplo, pudimos ver el dos de noviembre, cómo toda la familia se organiza para robar y vender flores en el cementerio del barrio. En distintas puertas del cementerio, algunos de los integrantes se apostan para la venta, mientras otros van recogiendo de las tumbas las flores que las personas han ofrecido a sus seres queridos. Volveremos sobre este punto en el Capítulo 6.

procedimientos familiares, observamos en distintas situaciones que participa activamente de aquellas.

Ello podría interpretarse en dos sentidos contrapuestos: en el primero, en esta ambigüedad podría estar operando un elemento coactivo, por el que esta joven no quiere mostrarse como *transgresora*, evitando presentarse ante un extraño como alguien que ha organizado su vida por vías alternativas de obtención de recursos. En otro sentido, podríamos interpretar estas discrepancias entre el decir y el hacer como una muestra de cuán difusas se hallan algunas normas de convivencia social, diluidas las fronteras de lo legal.¹⁶⁵

Los casos de **Pancho y Álvaro**, del Cerro, comparten la racionalidad identificada en este *tipo*, no obstante, encontramos cierta distancia respecto del *pesimista transgresor* de Casavalle. En el caso de **Pancho**, cabe comentar que aunque actualmente es consumidor de PBC, valora de manera importante el límite que ha auto-impuesto a su conducta transgresora. Indagado acerca de su incursión en hurtos o rapiñas, responde enfáticamente:

“Estás loca, no, no, yo no le saco nada a nadie, me jodo yo, pero nunca robé ni pienso robar, tas loca, antes de eso me mato, si no puedo parar de consumir y tengo que salir a robar, me mato.”

Por su parte, **Álvaro** no consume PBC pero sí alcohol a diario y realiza pequeños hurtos en el transporte público. No quiere hablar de ello, su expresión se vuelve sombría e insiste en aclararnos que esto es sólo transitorio, y que él cuida mucho su relación con sus vecinos, que lo han ayudado a fabricar un barco con el que planea obtener su sustento:

“¿Viste ese barquito que está ahí? Lo hice yo. Aprendí... la verdad que no tenía idea de cómo hacer una cosa de esas. Tenía unas maderas ahí, y con la ayuda de unos vecinos que me dieron orientación, me puse a hacerlo y fui comprando tablas de a poquito y... y ta. Mi próxima meta es ponerme a trabajar de la pesca. No es trabajo fácil pero tiene también su compensación: laburás cuando querés, si querés vas y si no querés, no.”

Es así que ya desde la *dimensión laboral*, podemos observar en este *tipo* una imbricación que puede alterar la *normatividad social*; en algunos casos, esto pauta el inicio de la vida laboral. Como nos cuenta **Washington** de su primer trabajo:

¹⁶⁵ Volvemos a destacar aquí la importancia de un seguimiento de los sujetos durante el transcurso del trabajo de campo, en donde pueden reforzarse impresiones y relatos, o al contrario, entrar en tensión con nuevos relatos y la observación de prácticas. Pero claro está, que la relación empática que pueda desarrollarse con los sujetos cobra a este respecto, especial importancia.

“Vendía partes de auto, que no te voy a decir de dónde salían, pero yo las vendía. Con mi primo.”

Entre quienes trabajan, únicamente Lucía considera sus labores en casas de familia como *seguro*. Los otros jóvenes que desarrollan tareas laborales no consideran a su actividad como un trabajo, o al menos lo dudan. En nuestras visitas a Casavalle, vemos con mucha frecuencia a Valeria ir y venir con su hijo más pequeño colgando de un brazo, y un gran bolso colgando del otro. Es que mientras sus otras dos niñas están en la escuela, ella se dedica a comprar y vender artículos de diversa índole entre sus vecinos, y cuando logra reunir un capital mínimo, recurre a un mayorista para proveerse de ropa interior femenina para su venta. Hace ya dos años que Valeria dejó el consumo de PBC, y ha reconfigurado su vida aislándose de su familia. Ello la posiciona en un lugar muy favorable entre los “buenos vecinos” del barrio, que la ayudan con el cuidado de los niños, ropa vieja que ella comercializa en la feria vecinal, y algún que otro alimento. Sin embargo, Valeria insiste en que ella nunca trabajó.

“F: Ah, ¿no? ¿Y entonces cómo le llamás a todo lo que hacés por las tardes?”, la cuestiono.

“V: Bueno, yo te digo, así, de tener un trabajo bien, con un jefe, un horario, eso, pero bueno, esto también puede ser un trabajo, no?” me responde, un tanto sorprendida.

Todos los jóvenes del *tipo* de “desafiliación consumada” tienen familiares directos que han sido encarcelados, cuando no lo fueron ellos mismos (como en el caso de Pablo y de Gonzalo). Observamos entre estos jóvenes una desconfianza muy fuerte hacia los agentes institucionales, particularmente, hacia aquellos con los que más se vinculan por motivos personales o de familiares cercanos: la policía, el sistema carcelario, y el sistema de salud pública. Mucha “rabia”¹⁶⁶ expresan sus relatos, fundamentalmente respecto del trato que reciben de los agentes policiales, en particular de los procedimientos que se llevan a cabo en el barrio. Un caso extremo de esa “rabia” puede identificarse en el relato de **Gonzalo**, de 30 años, quien afirma tajantemente que la política no le interesa “*para nada*”, e indagado sobre el periodo dictatorial afirma:

“Pah, no me acuerdo de nada, era chico yo... Pero ta ¡Si viene una dictadura ahora, estaría espléndido! Para que se arme un poco de relajó. Es mala la dictadura, pero hay que sentir un poco de guerra. En este tiempo, un poco de guerra estaría bueno. Dicen que fue muy malo ese tiempo, que te sacaban los botones [policías, militares] y te cagaban

¹⁶⁶ Introducimos este término en la acepción que plantea Dubet (1987), como sentimiento predominante que condensa las reacciones a distintos tipos de frustraciones que los jóvenes residentes de barriadas populares experimentan.

a palos. Y estaría bueno aprovechar y limpiar a algunos botones. Que se muera alguno y limpiamos un poco más, capaz que vivimos un poco más, la gente.”

Si en los *tipos* anteriores observábamos una actitud crítica pero relativamente respetuosa de la actuación de los policías y representantes de las autoridades, en el *pesimista transgresor* predomina el rechazo y una actitud de confrontación. Como en los *tipos* anteriores, la actuación de determinados agentes institucionales es fuertemente cuestionada. Pero a diferencia de los *tipos* anteriores, dicho cuestionamiento no tiene entre los jóvenes que integran este *tipo*, un tinte propositivo –de pensar transformaciones orientadas a la mejora-, ni se limita a la opinión. Predomina en este grupo una actitud de *transgresión social*, incluso aquellas que son condenadas en términos generales en la propia comunidad.

En efecto, la búsqueda de burlar el funcionamiento institucional en beneficio propio es una práctica extendida entre los jóvenes que componen este grupo. Entre otros ejemplos, cabe mencionar prácticas como la de recurrir a la policlínica de salud pública barrial para obtener medicamentos y venderlos en el mercado informal -**Valeria, Gonzalo, Lucía**-, la búsqueda de contactar a algún político -sin importar partido o ideología- para obtener dinero apoyando su campaña -**Valeria**-, la preparación de estrategias para evidenciar procedimientos policiales o militares de abuso de poder -**Washington**-, nos muestran que estos jóvenes descreen de la buena voluntad de la mayoría de los agentes institucionales con los que tienen contacto. Pero también, y a diferencia de los *tipos* anteriores, descreen de las instituciones como tales: la justicia es injusta, la salud pública es un negocio, el sistema político procede por clientela, la policía y el sistema militar no garantizan el orden sino que generan desorden abusando de sus poderes. Resulta lógico que en estas circunstancias, no busquen adherir a ningún grupo social, e incluso erijan como valor el “*andar solo*”, puesto que consideran es la mejor forma de cuidarse, de no ser engañados. Recordemos que en este grupo, además, únicamente dos jóvenes (Washington en Casavalle y Pancho en el Cerro) valoran positivamente la *participación a grupo(s) social(es)*, no obstante ello no les inhibe de compartir una característica común a todos los miembros de este subtipo: no hay registro de participación alguna en grupos sociales. Tampoco registramos interés por temas de política nacional.

Zuñiga (1991) señala que el trabajo es una de las actividades más menospreciadas por “los locos del barrio”, jóvenes marginales de una ciudad mexicana fronteriza, tópico

que es objeto de desprecio y concebido como un absurdo y una desgracia. Dado que las labores que realizan son “actividades de sobre-explotados, es difícil que lo eleven a la categoría de valor.” (Ibid: 62) Veinte años más tarde, y en la otra punta del continente, hallamos una racionalidad del tipo de la descrita en dicha investigación. Coincidimos con Zuñiga en que ello favorece entre estos jóvenes el despliegue de estrategias rentables a corto plazo, siendo éste el plazo en el que piensan su vida. Pero discrepamos en que estas estrategias supongan necesariamente engaño o frivolidad. Sostenemos que este tipo de estrategias se combinan con otras formas de buscar intersticios donde poder obtener algún beneficio. Estas otras formas se caracterizan por el esfuerzo, la perseverancia y la firmeza que requieren, por ejemplo, levantarse durante años a diario para salir a tirar de un carro, llenarlo de desechos, y volver al hogar luego de recibir en el depósito, lo necesario para la subsistencia.

Estrategias que también contribuyen a la desacreditación de la persona, pero esto será objeto del siguiente capítulo.

5.4. Síntesis y conclusiones.

De acuerdo a la caracterización de los *tipos* podemos concluir que es posible identificar elementos comunes, predominantes y diferentes para cada uno de los *tipos* *construidos*. Recordemos que, aunque en el conjunto de los jóvenes se observan algunos elementos comunes en relación a los distintos planos (*simbólico* y *factual*) y a las diferentes dimensiones (*educativa, laboral, respeto de las normas de convivencia social y participación en grupo(s) social(es)*), la diversidad de situaciones halladas requirió de la construcción de *tipos* como estrategia orientada a un análisis riguroso. Si algunos jóvenes se parecen más entre sí en ciertos aspectos y menos en otros, lo que nos proporciona el *tipo* es la posibilidad de ordenar de acuerdo a nuestro interés fundamental y agrupar los casos que más se parecen entre sí respecto del grado de integración social en que se sitúan. Por ello, claro está que las situaciones no son idénticas, sino que se producen variaciones dentro del *tipo*. Los integrantes de un *tipo* tienen relaciones de homología que los hacen más

parecidos entre sí y diferentes de los integrantes de los otros tipos: cada uno de los *tipos* tiene rasgos predominantes que lo caracterizan y cierta racionalidad que los distingue de los otros.

Si bien en el conjunto de los jóvenes entrevistados hallamos una integración más *simbólica* que *factual*, hemos construido empíricamente dos *tipos* en los que el plano *simbólico* no es predominante en tanto fuente de integración social. Pues aunque en el *tipo* de “desafiliación resistida” y en el de “desafiliación consumada”, esta es una característica compartida, la racionalidad que subyace a cada tipo muestra lógicas diferentes en ambos *planos*. En el DER y en el DCO lo *simbólico* no actúa como paliativo de la vulnerabilidad en el *plano factual*, pero en el DCO las valoraciones y actitudes *transgresoras* que predominan parecen no sólo inhibir rutas de integración sino que a la vez, estarían reforzando situaciones que consuman la “fractura social”. En el DER en cambio, hallamos una lógica que opera como resistencia a la desafiliación consumada.

Los jóvenes que hemos ubicado en situación de resistencia a la desafiliación buscarían promover su integración social mediante la *participación en grupos sociales*. Este tipo de explicación resulta plausible tanto más en cuanto que los jóvenes que integran este *tipo* tienen mayor exposición al riesgo, entendida por una mayor proximidad con familiares que han participado o participan de actividades ilegales, que aquéllos que conforman el ILO y el IAN. Habremos de preguntarnos pues, por los factores de protección y los recursos que movilizan estos jóvenes que nunca han incursionado en delitos, o que si lo han hecho, un análisis de sus historias de vida permitirá identificar los “puntos de inflexión” que los colocan hoy fuera de la “fractura social”. Pareciera que para estos jóvenes, la valoración y la participación en un grupo social constituyen realmente una forma de contrarrestar la influencia del contexto inmediato. La racionalidad de este *tipo* nos orienta hacia una hipótesis que subraya la importancia que tienen los grupos sociales como factor de protección, del que carece el *pesimista transgresor*.

El *tipo* que encarna el predominio del plano *simbólico* de integración social es aquel que denominamos de “integración anhelada”, grupo que constituye el anverso del de “desafiliación resistida”. Se trata de jóvenes que aunque no cuentan con las condiciones *factuales* de integración, sí las valoran. Esto se hace particularmente manifiesto en la dimensión *laboral*: *todos* los jóvenes manifiestan expectativas de incorporación a un

trabajo con protección, que les permita desarrollarse y proyectarse a futuro; no obstante, *ninguno* de ellos tiene en la actualidad un trabajo de tales características. A la manera de los “cazadores” que estudiara Merklen (2000), estos jóvenes se hallan en una persistente búsqueda de los “intersticios” desde donde desplegar sus intereses.

Como mostramos anteriormente, tras una aparente indiferencia en la elección laboral, subyace una racionalidad que permite ver una elección temporal que supone priorizar la permanencia en el sistema educativo formal: no se trata que cualquier actividad laboral sea igualmente (des)interesante o (des)motivante, sino que de momento, da igual con tal que no compita con el estudio.¹⁶⁷

Respecto de la *participación en grupos sociales*, el IAN muestra cierta ambivalencia. Como indicamos, la mitad de estos jóvenes valora positivamente la participación en al menos un grupo social pero incluso entre ellos, la participación no se torna predominantemente efectiva. Podríamos conjeturar que estos jóvenes perseveran en la búsqueda de integración vía *educación y trabajo*, jugando entre ellos *la familia* y el *grupo de pares* un rol que refuerza dichas dimensiones como prioridades.¹⁶⁸ Esta interpretación cobra tanto más relevancia como hipótesis a ser explorada, en la medida que entre quienes se ubican en el “primer” extremo del continuo integración-desafiliación social se observa, en lo que concierne a la *participación en a grupos sociales*, una valoración y participación aún menos frecuente que la referida en el IAN.¹⁶⁹

El análisis de lo que acontece con respecto a dicha dimensión constituye una clave analítica, en la medida que es la única dimensión de análisis que no es común al ILO. Lo que distingue a este tipo de los otros tres, es que todos tienen una valoración positiva de la educación y del trabajo, y han sorteado con éxito las dificultades derivadas del cambio de nivel educativo de la primaria a la secundaria, del mismo modo que han logrado acceder y sostener un trabajo con protección social.

En el otro extremo del continuo integración-desafiliación social, esto es, entre quienes ubicamos en una situación de “fractura social”, no parecen hallarse elementos simbólicos que pudieran operar como reducto de identificación con el resto de la sociedad.

¹⁶⁷ Los casos presentados de Sebastián y de Eveline ejemplifican ésta lógica.

¹⁶⁸ Aspectos que serán específicamente abordados en el Capítulo 6.

¹⁶⁹ De los seis jóvenes que integran el *tipo* IAN, cuatro valoran positivamente la *adhesión a grupo(s) social(es)*, dos de los cuales participan efectivamente en un grupo social. La cantidad de atributos positivos registrados en el ILO es idéntica, con la diferencia que dicho grupo está integrado por ocho jóvenes.

Queda claro que, al considerar otros ejes analíticos y atender a las *mediaciones* que pudieran entrar en juego, habremos de analizar en profundidad sobre qué bases se desarrollan las relaciones sociales en este grupo. En este sentido, cabe tomar esta afirmación como provisoria, en tanto que remite a las cuatro dimensiones analizadas en este apartado. Lejos estamos de afirmar una “falta de valores”, sino que más bien lo que se pretende es poner el acento en el hecho que las dimensiones con las que se trabaja y concibe el proceso de integración-desafiliación social no adquieren una valoración predominantemente positiva en el *tipo* de “desafiliación consumada”.

De manera que, aunque ciertamente hallamos casos en los que existe una “fractura” respecto de las dimensiones hasta aquí analizadas, ha resultado claro conforme desarrollamos este capítulo, que los jóvenes cuyas experiencias biográficas se estudian, desarrollan distintas estrategias para atenuar los efectos negativos a los que deben hacer frente en su vida cotidiana, que por lo demás, se presentan con distinta fuerza. Se trata de jóvenes que movilizan distintos recursos y significan sus experiencias biográficas incluso desde los lugares que una mirada normativa tendería a calificar de “desviada”, en términos individuales. No afirmamos la inexistencia de casos que se hallan en un extremo de “desafiliación”. Pero lo que queremos subrayar es que la “fractura social” que expresa el *pesimista transgresor* no puede ser explicada cabalmente si nos restringimos a una mirada negativa, pasiva y estática. Aun desde ese lugar, la experiencia cotidiana es significada, los jóvenes valoran distintas alternativas, desarrollan *intereses*, y su racionalidad supone *resistencias* que no pueden ser explicadas meramente en términos individuales.

El *transgresor*, es aquel que infringe un orden.¹⁷⁰ Un orden establecido por otros, que se le ha convertido en un escollo para el desarrollo de su experiencia biográfica. Con este señalamiento, queremos “suspender” cualquier juicio valorativo acerca de las vías alternativas en que estos jóvenes han incursionado. Por otra parte, buscamos subrayar las condicionantes sociales que han incidido en que esto fuera así y no de otra manera. A la vez que resaltar que este tipo de situaciones tampoco son estáticas: por ello, nos referimos a jóvenes que “han delinquido” y no a jóvenes “delincuentes”. Esto es, se trata de jóvenes que ubicamos en determinada situación en el presente, pero no necesariamente dicha

¹⁷⁰ De acuerdo a la definición del diccionario Moliner, *transgresor* es aquel que comete una *transgresión*, acto de *transgredir*: “desobedecer una orden, ley, etc., de cualquier clase. *Infringir, quebrantar, violar, vulnerar.” <http://www.diclib.com/transgredir/show/es/moliner/T/4466/2940/48/50/76825>

situación es irreversible ni condenable. Adquiere aquí toda su fuerza el carácter procesual del continuo integración-desafiliación social. Y como no, el cuestionamiento de la reducción de la “integración social” a lo que la corriente predominante –que algunos denominan “*mainstream*”- indica como válida.¹⁷¹

Al igual que en el *tipo* de “desafiliación resistida”, familiares directos de los jóvenes que integran este *tipo* han participado o participan de actividades delictivas. Pero en el *tipo* de “desafiliación consumada” la familia ha jugado un rol de iniciación en la actividad delictiva. Por otra parte, entre estos jóvenes, no se trata predominantemente de un solo miembro de la familia más próxima, sino de varios, quienes han incursionado en actividades que confrontan la normatividad social en su núcleo más duro. Aquí, las visitas a distintos parientes privados de libertad es un “acontecimiento” que en muchos casos permanece muy vívido en el recuerdo de la infancia, la adolescencia, y en algunos casos sigue formando parte de la vida cotidiana. Otro hecho a destacar es la violencia vivida por estos jóvenes: el *pesimista transgresor* ha sido objeto desde muy temprana edad, de fuertes maltratos verbales, físicos y/o sexuales en el núcleo familiar, que en algunos casos han requerido de la intervención policial.

En otro orden, destaca en sus experiencias biográficas, la obligación de trabajar desde muy temprana edad, en la medida que –más allá de las necesidades económicas apremiantes que pueden ser compartidas con algunos jóvenes de otros *tipos*- observamos aquí que los familiares que estaban a cargo de estos jóvenes, les antepusieron en la mayor parte de los casos, el trabajo a la continuidad educativa. Así, en el *tipo* de “integración lograda” la familia operaría principalmente como “recurso de apoyo y protección”, orientando a los jóvenes hacia estrategias que favorezcan sus posibilidades de sortear las dificultades que se les presentan, en tanto que en el de “desafiliación consumada” estaría operando como un “factor de riesgo”¹⁷², favoreciendo la salida temprana de la escuela y privilegiando una inserción laboral que inhibiría fuertemente sus posibilidades de desarrollo futuro.

A diferencia de los *tipos* anteriores, los jóvenes entrevistados situados en el polo de la desafiliación social desacreditan las instituciones, y su accionar no contempla el respeto

¹⁷¹ Al respecto, puede consultarse Kaztman, 1997.

¹⁷² Tomamos la categorización de recursos de apoyo y protección diferenciados de factores de riesgo de Furlong, 2003.

del funcionamiento institucional, o directamente lo confronta. Los modos de posicionamiento ante el mundo social cobran así un carácter indiferente o “desobediente”. Detrás de estos comportamientos y formas de ver el mundo, se teje una racionalidad que nos puede resultar ajena o paradójica si no abrimos la mirada hacia su propia lógica. Sólo así podremos comprender determinadas prácticas como estrategias de obtención de recursos y de formas de ganarse el “respeto”, como *razones prácticas*.¹⁷³

Hallamos entre estos jóvenes, un posicionamiento activo en la *transgresión*, que en algunos casos puede desencadenar en una “auto-destrucción”¹⁷⁴ Hay sin duda entre estos jóvenes, un corrimiento de las fronteras entre lo legal y lo legítimo, pero ello no les impide una búsqueda personal por encontrar su –otro- lugar desde donde desarrollar vínculos y movilizar recursos.

En suma, de acuerdo a los hallazgos que resultan de este capítulo, se trata de problematizar en adelante, los efectos que las características del contexto barrial pueden tener sobre el proceso de integración-desafiliación social. Como hemos mostrado en el Capítulo 4, los efectos de habitar en espacios con desigual grado de segregación no son uniformes ni determinantes. Tanto en Casavalle como en el Cerro hallamos situaciones diferenciadas con relación a los polos “integración social plena” - “fractura social”. No obstante, la recurrencia de las situaciones que ubican a los jóvenes en lugares más cercanos a la integración social es mayor en el Cerro y menor en Casavalle. A la inversa, en Casavalle registramos más recurrencia en las situaciones tendientes a la desafiliación y la fractura social.

En este capítulo, al presentar cada uno de los *tipos*, observamos que existen distintas racionalidades que están operando en las experiencias cotidianas de los jóvenes, y que hacen a la lógica de cada tipo. Sintéticamente podemos decir que, a diferencia de los *tipos*

¹⁷³ De acuerdo a Bourdieu (1997), las *estrategias* de los *agentes* no suponen *prácticas racionales*, pero sí que estas son “razonables”. O dicho de otro modo, sus *estrategias* obedecen a regularidades y son explicables por los *habitus* incorporados y las *posiciones* que ocupan en los *campos* sociales. Traemos aquí esta expresión por sus virtudes comunicativas, pero ello no supone que este carácter *razonable* sea a-crítico ni impida a estos jóvenes aprehender las condiciones estructurales que condicionan sus prácticas. Para una discusión de las limitaciones de la noción de “agencia” en Bourdieu y Giddens, puede consultarse Sewel, 1992 y Archer, 2003 y 2007. Conviene además tener presente la noción de “poder” desarrollada por Elías, que abordamos en términos teóricos (Capítulo 2).

¹⁷⁴ La investigación de Bourgois, 2010 muestra la autodestrucción como resultado de la búsqueda de los sujetos por “ganarse el respeto”. Tema que planteamos conceptualmente en el Capítulo 2 y analizamos en el capítulo 6.

de “*desafiliación*”, los *tipos* de “*integración*” se orientan principalmente por el apego a la educación y el trabajo con protección como fuentes de integración social, registrando en forma predominante trayectorias educativas continuas al menos hasta el primer ciclo de la escuela secundaria, y poniendo empeño en su rendimiento, tanto educativo como laboral. En el *tipo* de “*desafiliación resistida*” habría en cambio una lógica de resistencia a la transgresión por la vía de la participación en grupos sociales, en tanto que la lógica predominante en el *tipo* de “*desafiliación consumada*” sí quedaría subsumida a la confrontación, o al menos a la indiferencia con relación al respeto de las normas que regulan la convivencia social.

Ahora bien, si hallamos jóvenes tanto de Casavalle como del Cerro en cada uno de los *tipos* construidos, también es preciso recordar que encontramos ciertas divergencias en los rasgos que adquiere cada *tipo* de acuerdo al barrio. Encontramos que el ILO en el Cerro tiene mayor logro educativo y expectativas de futuro laboral más definidas que su par en Casavalle. Por su parte, el DCO tiene en Casavalle, rasgos más acentuados con relación a la indiferenciación de conductas delictivas y conductas que se orientan por el respeto de la convivencia social. Además, en el Cerro los jóvenes que integran este *tipo* parecieran contar con mayores recursos de apoyo que al menos potencialmente, podrían revertir su situación.

Aunque se suele afirmar que los efectos negativos de la *segregación residencial* son generalizados entre quienes habitan en barrios homogéneamente pobres, consideramos que un abordaje cualitativo favorece la comprensión de los procesos que tienen lugar en las experiencias biográficas, y la profundización de los significados que tiene para los jóvenes la experiencia de habitar en estos contextos.¹⁷⁵

La caracterización de los *tipos* que hemos *construido* ha sido posible precisamente por la constatación de una relación más compleja, que lejos de ser unívoca y unidireccional, involucra relaciones, mediaciones y coordinadas espacio-temporales que deben ser

¹⁷⁵ No se trata aquí de desdecir los resultados de distintas investigaciones antecedentes, que identifican a nivel agregado, la presencia de mayores factores de riesgo, vulnerabilidad y exclusión social en barrios con características determinadas. Lo que buscamos es analizar cómo se producen estos “efectos negativos”, en qué medida el barrio “explica”, y cuáles son las limitantes de estas aproximaciones, así como las ventajas de desarrollar investigaciones multi-métodos, que trasciendan la polémica cuanti-cuali.

atendidas si queremos *profundizar*¹⁷⁶ en lo que ocurre en la relación “segregación residencial - integración social”. Nos proponemos pues identificar los *cómo* y los *por qué* de estas diferencias. El análisis de dichas *mediaciones* y de su imbricación en las experiencias biográficas de los sujetos constituye el punto central del capítulo siguiente.

¹⁷⁶ De acuerdo a Ruiz Olabuenaga e Izpúa (1989), *profundizar* supone buscar lo específico y local, de donde podrían surgir, o no, patrones a partir de los cuales extraer categorías.

Capítulo 6. Mediaciones en el proceso de integración – desafiliación social. Un análisis de los tipos “polares”

6.1. Introducción

La investigación acerca de los efectos de vivir en contextos barriales con altos niveles de pobreza y desiguales niveles de segregación residencial ha sido objeto de muchas investigaciones empíricas; en particular, los investigadores se han centrado en sus efectos negativos. No obstante, poco se sabe acerca los mecanismos reales por los que operan dichos “efectos de vecindad” de manera de poder explicar las diferencias empíricamente observables en los resultados sociales entre los jóvenes (Small y Newman, 2001; Peterson, 2011: 285) Señalan Small y Newman, (2001: 30) que la pregunta no resuelta sobre los efectos del barrio es ¿cómo funcionan? No obstante, entendemos que aún queda pendiente precisar, antes que esto, cuáles son específicamente esos efectos y cuál su importancia relativa (Brooks-Gunn y otros, 1999)

En este capítulo estudiamos los efectos que ha tenido en el proceso de integración-desafiliación social de los jóvenes montevideanos, la experiencia de vivir en barrios con desiguales niveles de pobreza, segregación y estigmatización (Casavalle y el Cerro). Luego de esta *Introducción*, el capítulo se organiza en cinco apartados. En el siguiente (6.2) presentamos los núcleos conceptuales desde donde trabajamos los principales ejes analíticos con los que abordamos el análisis de las *mediaciones* en las *trayectorias* y *rutas* de los jóvenes.¹⁷⁷ Con base en discusiones teóricas e investigaciones empíricas previas

¹⁷⁷ En el estudio de las “modalidades de transición” (Casal y otros, 2006) plantean la diferencia entre *itinerario* y *trayectoria*, que reside en la distinción entre el “tiempo recorrido” y el “tiempo por recorrer”. El itinerario –“singladura”- refiere a la biografía pasada y supone un conjunto de adquisiciones que se encadenan y tienen resultados de gran disparidad; en el contexto de la vida cotidiana, las biografías se inscriben en una *multidependencia de factores*. El momento presente sintetiza la coyuntura personal que es susceptible de medición, en tanto que incluye también el abanico de expectativas; el rumbo de la trayectoria y elecciones de la persona. El itinerario probable o *rumbo* marca la “dirección de futuro” en la transición a la vida adulta en términos de *trayectoria probable*. Siguiendo a Mora y Oliveira (2012b: 3) nuestro análisis parte de esta distinción pero denominamos *trayectoria* el tramo o itinerario recorrido, y como *ruta* al rumbo probable que podemos avizorar en el futuro próximo.

acerca de la importancia del “efecto barrial”¹⁷⁸ seleccionamos cinco ejes analíticos que nos permiten examinar las implicancias de dicho efecto en el “resultado” del proceso I-D. Así, mediante el examen de los relatos de vida de los jóvenes y las observaciones de campo, analizamos las características de (i) *la “comunidad barrial”*, (ii) *el grupo de pares*, (iii) *las relaciones de familia*, (iv) *el relacionamiento institucional* y (v) *la agencia de los sujetos*.

En los siguientes dos apartados regresamos a los *tipos construidos* para dar cuenta de cómo funcionan las mediaciones analizadas entre aquellos jóvenes que se ubican en las situaciones polares en el continuo integración-desafiliación social. La razón que nos motiva a circunscribir el análisis a estos dos *tipos* radica en el rendimiento heurístico que procuramos obtener en el análisis de la influencia de los distintos elementos analíticos considerados, en el proceso I-D; entendemos pues que, al abocarnos al análisis de los “extremos”, es posible arribar a una comprensión más acabada de nuestro objeto.

En la tercera sección analizamos cómo operan las mediaciones entre los jóvenes que en el presente, describen trayectorias de *logro factual* y *adhesión simbólica*. Nos centramos pues, en el tipo de “integración lograda”, reconstruyendo las características comunes al *tipo* considerando los ejes analíticos propuestos. Analizamos lo “típico”, recurriendo a la presentación de un caso que consideramos “ejemplar” en el punto tratado y recurrimos al análisis del caso “límite” cuando lo consideramos preciso. El análisis hace hincapié en el efecto de las mediaciones para en el *tipo* en su conjunto, especificando las similitudes y diferencias encontradas entre los jóvenes procedentes de los dos contextos barriales. En el cuarto apartado desarrollamos un análisis análogo para los jóvenes que se hallan en el otro extremo del proceso I-D, esto es, respecto de los jóvenes que integran el *tipo* de “desafiliación consumada”.

Finalmente, el quinto apartado está destinado a la presentación de una síntesis de resultados y de algunas reflexiones que surgen de estos. Para ello desarrollamos un análisis comparativo de los principales resultados entre los *tipos* “polares”. Enfatizamos en las imbricaciones de las mediaciones y su incidencia diferencial en cada contexto barrial, haciendo un esfuerzo por esclarecer qué es lo que predomina y difiere en las distintas situaciones. La comparación apunta al desarrollo de conjeturas acerca de los *por qué*:

¹⁷⁸ Véase al respecto, Whyte, 1971; Castel, 1997a; Wilson, 1997; Álvarez-Rivadulla, 2000; Elías y Scotson, 2000; Saraví 2006 y 2010; Sabatini y otros, 2008; Bourgois, 2010; Peterson, 2011, entre otros.

¿podemos identificar factores explicativos de la diversidad de situaciones?; ¿a qué *procesos* pueden atribuirse las diferentes situaciones de las que dan cuenta los *tipos construidos*?
¿Cómo podemos interpretar las similitudes y diferencias halladas en cada barrio?

6.2. Principales ejes analíticos

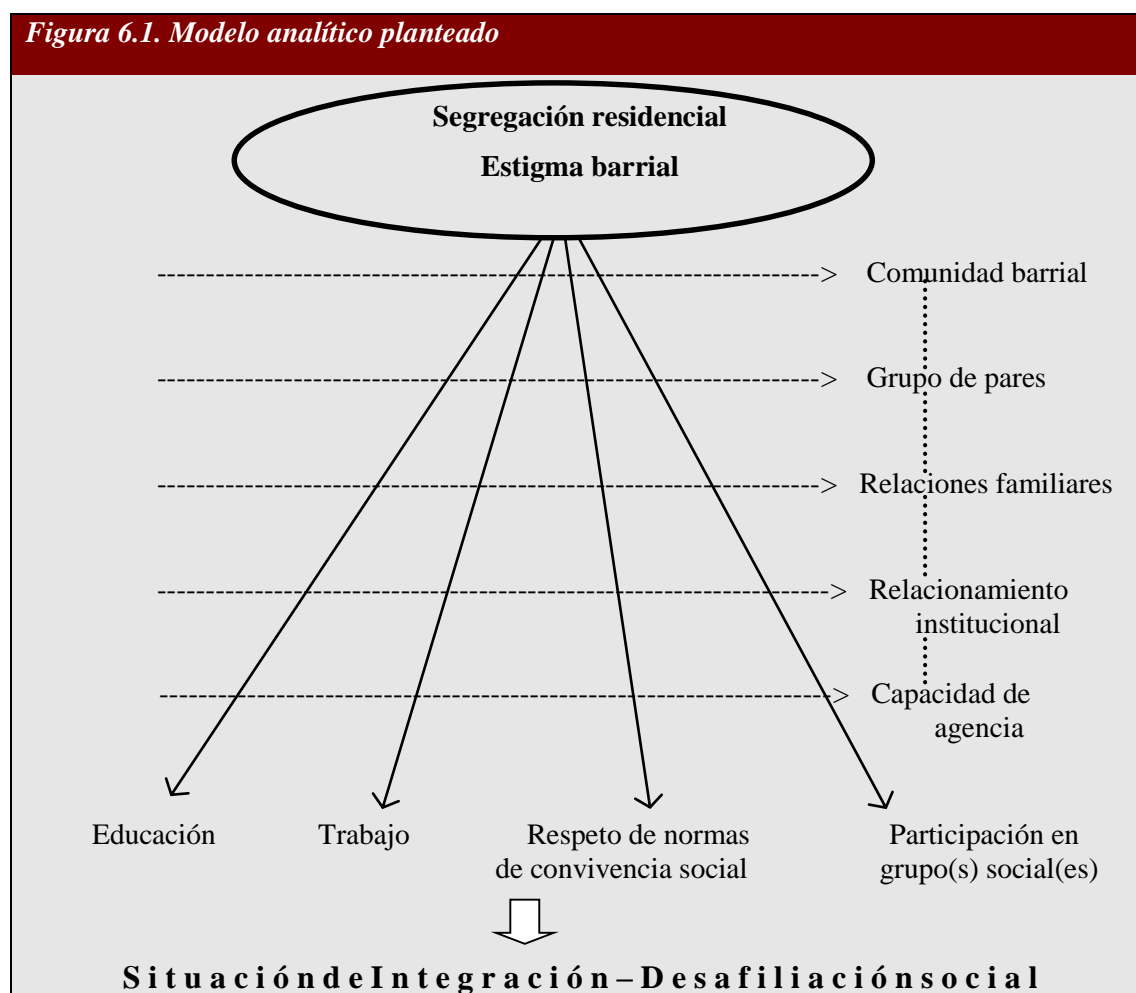
Sobre la base de investigaciones previas realizadas en el contexto europeo (Hoggart, 1957; Elías y Scotson, 1965; Dubet, 1987; Dubet y Lapeyronnie, 1992; Castel, 1995, 2006 y 2009a; Webster y otros, 2004; Peterson, 2011), en los Estados Unidos, (Park, 1925; Whyte, 1943; Massey y Denton, 1993; Bourgois, 1995; Wilson, 1987, 1996; Newman 1999; Wacquant, 2001 y 2007)¹⁷⁹, en distintos países latinoamericanos (Da Matta, 1995; Merklen, 2000; Pérez Islas y Urteaga, 2001; Sabatini, 2003; Kessler 2004 y 2009; Saraví, 2004, 2006 y 2010; Sabatini y otros, 2008; Mora Salas y Oliveira de, 2009 y 2012a, Segura, 2006) y específicamente en Uruguay (Katzman, 1997, 2001 y 2007; Álvarez-Rivadulla, 2000 y 2009; Folgar y Rado, 2003; Infamilia 2004; Veiga, 2005; Viscardi, 2006 y 2008; Espíndola, 2007 y 2009b; Chouy y otros, 2009), así como en el análisis de los *relatos de vida* de los jóvenes, proponemos un modelo analítico para analizar cómo operan las *mediaciones* en el proceso I-D, el significado que los jóvenes les atribuyen, y cómo *dialogan* con éstas.¹⁸⁰

Es menester realizar un análisis cuidadoso de la manera en que los jóvenes han desarrollado su experiencia biográfica en el barrio y fuera de éste; cómo han elaborado sus pertenencias, cuáles son sus referentes más próximos, cómo se definen a sí mismos y a *los otros*. La imbricación entre la **comunidad barrial** y el **grupo de pares** resulta ineludible, así como **el lugar que ocupa la familia en el reforzamiento o el esfuerzo por revertir las desventajas asociadas a la pertenencia barrial**. Concomitantemente, el **relacionamiento**

¹⁷⁹ Sólo en este apartado, las obras aparecen fechadas de acuerdo a su versión original, de manera de poder apreciar el orden y contexto de producción. En adelante, las referencias bibliográficas serán datadas conforme a la versión con la que hemos trabajado. El lector podrá encontrar, si así lo desea, las fechas originales en las referencias bibliográficas, que cuando discrepan con la fecha de la versión consultada, será indicada entre corchetes.

¹⁸⁰ No pretendemos aquí una justificación exhaustiva de los elementos puestos en juego ni de sus relaciones, cuestiones que han sido abordadas en el Capítulo 2. Únicamente retomamos aquellos aspectos que consideramos relevantes ya sea porque parecen replicarse en los relatos de vida de los sujetos, o al contrario, porque resultan cuestionados por éstos.

que los jóvenes tengan con distintas instituciones –educativas, laborales, centros de salud, sistema judicial y penal, planes estatales, sistema político- lejos de ser fruto del azar, se entrelaza con las otras mediaciones. Por otra parte, la incidencia de las características del contexto en las situaciones o resultados del proceso de integración – desafiliación social estará condicionada por la **capacidad de agencia** de los sujetos. Para dar cuenta cómo operan estas mediaciones en el proceso I-D, recurrimos a una estrategia de análisis retrospectiva de las experiencias biográficas de los jóvenes, con base en la perspectiva del curso de vida.¹⁸¹ En la figura 6.1 pueden observarse en términos generales, los distintos componentes de nuestro modelo analítico.



¹⁸¹ Para profundizar sobre este punto, véase Elder, 1994; Elder y Pellerin, 1998. Para una aproximación teórica acerca de la importancia de la clase social de los individuos en el análisis del curso de vida, puede consultarse Furstenberg, 2006.

6.2.1 La “comunidad barrial”

El barrio es el primer lugar de encuentro del espacio privado con el espacio público, por lo que la inmediatez geográfica del lugar de residencia es clave para favorecer o limitar las relaciones con los vecinos y el aprovechamiento del espacio público (Kaztman, 1999 y 2007b). Como señalan Small y Newman (2001), lo que se hace en el barrio y el tiempo en que sus habitantes pasan dentro y fuera de éste es un elemento a menudo soslayado, aunque de fundamental consideración en los análisis que pretenden dar cuenta de los efectos barriales en los resultados, oportunidades y limitantes de desarrollo vital.

Con el objetivo de precisar cómo incide el barrio en la experiencia biográfica de los jóvenes, consideramos fundamental ahondar en sus rutinas y discernir en tres aspectos. En primer lugar, nos interesa precisar cuál es la *temporalidad de la experiencia biográfica* del joven en la zona: ¿cómo es el entorno inmediato en donde el joven ha pasado la mayor parte de su infancia y adolescencia?; ¿cuándo y por qué motivo llegó su familia al barrio?; ¿cuál es la procedencia familiar?

En segundo lugar, observamos cuáles son los *significados atribuidos al habitar en el barrio*, con el interés de precisar en qué medida la experiencia de vivir en el barrio ha implicado para el joven una ventaja o desventaja en el proceso I-D. Consideramos de fundamental interés aquí el análisis de los sentimientos y experiencias de discriminación y/o estigmatización que los jóvenes atribuyen a su procedencia barrial.¹⁸² Nos interesa considerar también, cuáles son los principales problemas que los jóvenes visualizan con relación a la vida en el barrio, así como las ventajas que pudieran observar. Puntualizamos además, las estrategias que desarrollan con relación a los sentimientos y experiencias identificados.

¹⁸² Siendo que vivir en determinadas zonas de la ciudad puede favorecer la posibilidad de ser víctima de discriminación y a un deterioro de la autoestima en el plano individual o comunitario, optamos por utilizar la noción de estigma (Goffman, 2003), en conexión con lo que otros autores han abordado en términos de “mancha residencial” (Wacquant, 2001) o “malignidad de la segregación” (Sabatini et. al., 2001). En el tema que nos ocupa, Kaztman (2001) ha planteado que una de las formas en que se expresa la segregación residencial en los barrios con alta concentración de pobreza entre sus habitantes reside en que especialmente los jóvenes, son frecuentemente víctimas de “discriminación estadística”: la sola consideración de su lugar de residencia basta para que algunos empleadores rechacen sus postulaciones de trabajo.”

En tercer lugar, nos interesa analizar cuál es el *uso del espacio público* que los jóvenes hacen en su barrio y cómo reflexionan acerca de éste. Diversos estudios¹⁸³ coinciden en la afirmación acerca de la existencia de una disputa por el uso del espacio público, cuya utilización diferencial imprime el carácter de la vida cotidiana y condiciona las formas de sociabilidad en la comunidad local. Aquí abordamos este tema observando cuáles son los lugares más frecuentados por los jóvenes y qué actividades desarrollan en ellos, pero no nos restringimos únicamente al espacio público barrial. Consideramos que una variable de relevancia en este punto es aquella que permite distinguir la frecuencia de salidas del barrio, que deberá ser controlada por el destino de esas salidas. Esto es, ¿en qué medida la experiencia biográfica queda mayormente contenida dentro de los límites del barrio? ¿Cuál es el tipo de relacionamiento que tiene lugar en el espacio público barrial? El uso frecuente del espacio público barrial supone la participación en una “cultura de la calle”¹⁸⁴?

Las características de las zonas al interior del barrio en el que los jóvenes residen presentan diferencias en términos de niveles de privación, equipamiento e infraestructura.¹⁸⁵ Y hemos encontrado una relación entre la distribución residencial de los jóvenes al interior de cada uno de los barrios con los resultados en el proceso I-D; esto es, en los *tipos*: entre los jóvenes que residen en las zonas con mayores niveles de privación, predominan las situaciones de “desafiliación” (“en curso” o “consumada”), en tanto que entre aquéllos que viven en las zonas más favorecidas, hallamos que las situaciones de “integración” (“lograda” o “anhelada”) son predominantes. No obstante, en el barrio peor posicionado encontramos jóvenes que, aún residiendo en las zonas más deprimidas de su

¹⁸³ Para un detalle del significado que el uso del espacio público del barrio adquiere en los sectores populares, puede consultarse Whyte, 1964, Dubet, 1987; Saraví, 2004. Específicamente para el caso montevideano, véase Chouy y otros, 2009.

¹⁸⁴ En su estudio pionero en un barrio de inmigrantes en una ciudad de los EEUU, Whyte (1971) encuentra entre los jóvenes una división principal: “los muchachos de las esquinas” y “los muchachos de colegio”. Los primeros son quienes participan de la “cultura de la calle”: “son grupos de hombres que centran sus actividades sociales en las esquinas de ciertas calles, con sus barberías, fondas, salones de billar o clubes. Constituyen el nivel inferior de la sociedad dentro de su grupo de edades y al mismo tiempo forman la gran mayoría de los jóvenes.”(1971:19). La “cultura de la calle” que, de acuerdo a su investigación, imprime el carácter de la vida social en el barrio, ha sido abordada en investigaciones posteriores en distintas latitudes. Véase por ejemplo, Saraví, 2004.

¹⁸⁵ Como hemos analizado en Capítulo 3, ni Casavalle ni El Cerro son zonas homogéneas en variados aspectos (entre ellos, los servicios públicos como saneamiento y luz eléctrica, la calidad de las viviendas, la pavimentación de calles, y presentan diferencias respecto de las principales actividades a las que se dedican sus habitantes). No obstante, pese a que en ambos barrios se hallan diferencias, Casavalle es una zona más homogénea que El Cerro.

barrio, conforman el *tipo* de “integración lograda”. Y por otra parte, no encontramos en ninguno de los dos barrios, jóvenes que, residiendo en las zonas mejor posicionadas, se hallen en el polo de “desafiliación consumada”. Este es un punto relevante a tener en cuenta en el análisis de la influencia de la “comunidad barrial”.

Así, es menester considerar si los jóvenes viven en las zonas más deprimidas o más favorecidas del barrio, en el examen de *la temporalidad de la experiencia biográfica en el barrio*, de los *significados atribuidos al habitar en el barrio* y del *uso del espacio público barrial*.

6.2.2 El grupo de pares

El “grupo de pares”, ámbito de interacción entre “pequeños” grupos con base en la cercanía social y geográfica, ha sido considerado como uno de los ámbitos clave por los que los jóvenes, especialmente durante la adolescencia, van conformando sus identidades, identificándose y distinguiéndose al mismo tiempo de los “otros”. Así, las formas de sociabilidad predominantes de los jóvenes con sus pares, con quienes comparten actividades, inquietudes y sueños, se erige como un elemento de relevancia a la hora de analizar la influencia que las actividades y expectativas compartidas en dicho ámbito tienen en el proceso I-D.

Una larga tradición de estudios desarrollados en barrios obreros (en Europa), o en los denominados “guetos” norteamericanos ha prestado atención al relacionamiento que los jóvenes tienen con sus pares en el ámbito barrial. Para los primeros, el grupo de pares aparece preponderantemente como un ámbito o bien complementario o bien rival de la escuela, o como “lugar” que nutre de sentido la experiencia cotidiana¹⁸⁶, mientras que entre los últimos, las actividades desarrolladas por el grupo de pares son más comúnmente

¹⁸⁶ La oposición entre “muchachos de la esquina” y “muchachos de colegio” desarrollada en el trabajo pionero de Whyte (1941) ha perdurado hasta nuestros días. Véase por ejemplo, Kuasñosky y Szulik, 2002a. En los trabajos de Dubet (1987) y Dubet y Lapeyronnie, las actividades realizadas por los grupos de pares son caracterizadas más que por la existencia posible de algunos delitos de poca gravedad, por las “incivildades”, actos vandálicos en un contexto de crisis de la sociedad salarial y de desorganización de los barrios obreros.

abordadas en términos de un espacio de generación de subculturas juveniles que desafían el orden social¹⁸⁷.

En su “sociología del delito amateur”, Kessler (2004: 62-66) señala que la relación entre el grupo de pares y el delito, o más generalmente, la inmersión a partir de la participación en determinados grupos de pares, en actividades que suponen la transgresión del orden social, ha sido mucho más supuesta que investigada, y mucho menos, probada. Siendo que la revisión de los antecedentes de investigación arroja interpretaciones muy diferentes acerca de la influencia del grupo de pares, es preciso ahondar en las particularidades que prevalecen en el tipo de sociabilidad que han desarrollado los jóvenes con quienes trabajamos, con sus pares.

Los grupos de pares tienen capacidad de potencializar o inhibir las oportunidades de participación en instituciones. De acuerdo a Filgueira y otros (2000: 21), la influencia del grupo de pares entre los adolescentes escolarizados uruguayos puede llegar a ser decisiva en el abandono escolar, pudiendo minimizar o inclusive revertir el efecto que denominan ‘origen familiar’. Más recientemente, en un estudio panel de la propensión al abandono educativo temprano, Gelber (2007) encuentra que la afiliación educativa de los pares y el rezago educativo resultan las principales variables explicativas, seguidas por el tipo de estructura familiar, las expectativas educativas de los padres y la procedencia del grupo de pares. Aunque circunscriptos al ámbito educativo, los antecedentes disponibles indican la importancia de lo que hace el joven con sus pares, así como la procedencia de estos.

Nos preguntamos pues, qué es lo que hacen los jóvenes cuando se reúnen con sus pares, cuáles son los valores que atraen y cuáles generan rechazo, cómo eligen a sus amigos, entre otros. A los efectos de lograr sistematicidad en el análisis, tenemos en cuenta en este punto, si la procedencia del grupo de pares es barrial (permanece ligado a las amistades de los juegos barriales de la infancia y/o de la escuela primaria), o si por el contrario, se ha verificado una diversificación de las relaciones, produciéndose una ampliación, sustitución o ruptura respecto del grupo de pares. El análisis de *la continuidad o ruptura con el grupo de pares “originario”* nos permite por tanto, discernir si el grupo de

¹⁸⁷ Para la Escuela de Chicago, las pandillas aseguraban integración a otro orden; así, la banda se constituye como un medio por el que en un contexto de desorden, otorga sentido a la experiencia biográfica. Más recientemente, el trabajo de Bourgois (1995), los integrantes de pandillas encuentran en éstas, una forma de “ganarse el respeto” además de un medio de obtención de recursos en el territorio habitado.

pares que constituye una referencia para el joven en el presente tiene un origen barrial, o si por el contrario, habiéndose producido un cambio en el grupo de pares, éste se conforma con relación a la trayectoria educativa, laboral, delictiva, etc.

Mostramos también cuándo el relacionamiento entre pares queda restringido fundamentalmente al ámbito barrial o zonal, y cuándo las referencias del joven a su grupo de pares denotan una baja autoestima, una escasa valoración de lo que “nosotros” podemos realizar. Al mismo tiempo que observamos cuándo el joven dispone de un grupo con el que se siente plenamente identificado, señalamos cuándo los contactos con otro(s) se restringen a alguna relación puntual. Y en el otro extremo, cuándo se asiste a múltiples pertenencias, y cómo éstas son vividas por el joven. Trabajamos con la distinción planteada por Hoggart (1970) entre “nosotros” y “los otros”¹⁸⁸ para traer a examen las formas en que los jóvenes elaboran una imagen de sí mismos, de un “nosotros” separado de un “otro” y observar en qué medida esta imagen del “nosotros” puede favorecer o condicionar el proceso I-D. Si por una parte interesa observar quiénes son “ellos”, es decir, los “otros”, diferentes, aquellos a quienes se percibe como distantes, interesa también observar en qué términos se evalúa dicha distancia. ¿Cuándo y por qué las separaciones implicadas en esta distinción suponen una división al interior de la comunidad barrial? ¿Hay un orgullo del “nosotros” contrapuesto al “ellos”? En este sentido, consideramos relevante abrir la mirada analítica a las formas en que los jóvenes se perciben a sí mismos y a sus pares, de manera de aproximarnos a las formas en que se experimenta una alta autoestima o, parafraseando a Goffman (2003 [1967]), una “identidad deteriorada”.

¹⁸⁸ Este autor plantea la distinción entre “ellos” y “nosotros” para analizar cómo se producen y renuevan las identificaciones de la clase obrera inglesa a mediados del siglo veinte. Tal distinción constituye un punto de partida para la elaboración de una mirada analítica sobre este punto. Los “otros” de Hoggart (1970) eran identificados en tanto clase dominante, a la que era necesario oponerle un “nosotros” organizado. Más recientemente, Castel (2009), en su “post-scriptum” a su artículo acerca de por qué la clase obrera ha perdido la partida (1999) propone rescatar esta distinción considerando los cambios sociales acontecidos desde entonces. Resulta interesante tener en cuenta sus consideraciones con referencia a la diversificación de los “otros”. Señala dicho autor que si bien es cierto que “ellos” continúan siendo identificados como aquéllos que, con mejor posición socio-económica que la de “nosotros”, emergen también “otros” que se encuentran en situaciones más desventajadas que “nosotros”: se trata de los que dependen de la ayuda social, de “los jóvenes que no quieren integrarse... representan una amenaza.”(2009: 376). De acuerdo a nuestro objeto, buscamos, a partir de las formas en que el grupo de pares es (re)conocido por el joven, conocer los lugares de la identificación colectiva o la inexistencia de estos, los sentimientos de privación, resignación o transgresión que hacen a “la cultura de las clases populares”.

6.2.3 Las relaciones de familia

En el análisis de las “relaciones de familia” consideramos, por una parte, algunas características de la composición del hogar de origen del joven y, por otra parte, del tipo de relacionamiento familiar predominante durante su infancia y adolescencia.

En un primer momento, tomamos una variable típica de los estudios que buscan determinar los factores de incidencia de procesos de desafiliación en distintas dimensiones –particularmente en la *educación* y en el de *respeto o transgresión de las normas básicas de convivencia social*–: la composición familiar. Distintos estudios internacionales y nacionales han centrado la atención en el tipo de constitución familiar, centrándose en las relaciones de parentesco que presentes en la composición del hogar. Señalan que los jóvenes que han crecido en hogares mono-parentales o extendidos tienen menores logros educativos, laborales y/o mayor predisposición a infringir las normas básicas de convivencia social.¹⁸⁹ Habida cuenta que con mucha frecuencia se han procurado explicaciones de los procesos de desafiliación educativa, laboral, o de la incursión de los jóvenes en actividades delictivas por características “formales” del núcleo familiar, consideramos pertinente traer este punto aquí a examen. ¿Cómo ha estado conformado el

¹⁸⁹ Con frecuencia se ha asociado una mayor propensión a la incursión en actividades delictivas por parte de los jóvenes a cierto tipo de arreglos familiares. Como señala Kessler (2004: 149): “nos enfrentamos a una tensión entre evidencias empíricas y formas de análisis teñidas ideológicamente. Es habitual que, cuando un joven comete un delito, la mirada se pose inmediatamente en su familia, buscando en ella las razones últimas. Imágenes de familias desestructuradas, madres solteras o abandonadas, o de algún tipo de conflictividad interna se repiten una y otra vez en los medios de comunicación y, de modo más estilizado, en parte de la literatura criminológica, generando una sobreimputación de causas del delito a la familia. Ahora bien, si por un lado hay que ser conscientes del tinte ideológico conservador en muchos trabajos, no por ello hay que negarse a analizar las evidencias empíricas. [Y agrega que en su mayor parte, las investigaciones sobre el tema] se han centrado en el estudio de las familias ‘no intactas’, casos en los que ha cesado el vínculo original entre los padres o donde las madres han estado siempre solas.” En este sentido, sostenemos con el autor, que el peso explicativo de la composición familiar y los tipos de hogar es limitado. ¿Cómo podríamos explicar la enorme mayoría de jóvenes que, viviendo en lo que este tipo de estudios denomina “familias desestructuradas” o “no intactas”, no se han volcado al delito y la drogadicción? Por otra parte, afirmar una relación causal requiere atender a una dimensión temporal pocas veces presente en estos estudios.

Para el caso uruguayo, esta línea de estudios ha considerado en particular, entre distintos aspectos de la composición familiar, la situación conyugal de los padres. Al respecto, Kaztman (1997) ha afirmado que los problemas de “marginalidad e integración social en el Uruguay” deben ser especialmente considerados en aquellos jóvenes provenientes de familias monoparentales. En otro estudio, Kaztman (1999) muestra que una cuarta parte de los jóvenes que se hallaban internados en el Instituto Nacional del Menor (INAU, hoy, Instituto del Niño y del Adolescente del Uruguay) no conviven con ambos padres biológicos, en tanto que la mitad de ellos nacieron fuera del matrimonio.

Es notoria aquí la influencia de los trabajos de Wilson (1987, 1996); para un estudio uruguayo más reciente en esta línea interpretativa, véase Aloisio y otros (2007).

hogar de origen del joven? ¿Cuál ha sido el tamaño del hogar durante la infancia y adolescencia del joven? Así, consideramos aquí si los jóvenes han crecido en “familias monoparentales”.¹⁹⁰ Consideramos en especial dos aspectos: la situación conyugal de los padres y la presencia de hermanos (cantidad, orden y distancia etaria).

Ahora bien, antes que circunscribirnos a la composición familiar, nos interesa ahondar en las formas de relacionamiento predominantes entre los familiares con los que el joven ha compartido su infancia y adolescencia. La importancia explicativa de la familia en la orientación de las lógicas de acción que subyacen a las experiencias biográficas diferenciales de los jóvenes es conjeturada con base en investigación empírica antecedente, que muestra que la familia juega un lugar clave en la transmisión de valores, en las proyecciones y expectativas de futuro.¹⁹¹ Consideramos aquí “el ambiente familiar en la infancia y adolescencia” (Mora y Oliveira, 2012b), para ahondar en las influencias que las familias¹⁹² han tenido en la experiencia biográfica de los jóvenes, de manera de identificar si se constituyen como “factores de protección” o como “factores de riesgo” (Furlong, 2003).

Tres aspectos son priorizados en este análisis. Primero, las estrategias familiares orientadas a apoyar la experiencia biográfica del joven, particularmente durante la adolescencia en el ámbito educativo y durante la juventud en lo laboral. Segundo, la experiencia familiar de situaciones de violencia que han pautado predominantemente el relacionamiento en la familia de origen de los jóvenes. Por otra parte, creemos necesario especificar aquello que se denomina “ausencia de modelos de rol”, siendo una de las variables clave en los modelos analíticos de los efectos de la segregación residencial en los

¹⁹⁰ Entendemos por “familias monoparentales”, aquellas integradas por sólo uno de los cónyuges y su(s) hijo(s), con independencia si en el hogar se convive con otros familiares o no familiares. Esto es, desde el punto de vista de la composición del hogar, por “familia monoparental” consideramos tanto el tipo de hogar “monoparental” como el “extendido o compuesto monoparental”. En este sentido, la “familia monoparental” corresponde a aquella que se diferencia de todos aquellos arreglos familiares diferentes del “ideal” que, desde una visión normativa clásica supone la presencia de ambos padres.

¹⁹¹ En este punto interesa especialmente la investigación desarrollada por Newman (1999) quien, en su estudio de la relación con el trabajo entre jóvenes que trabajan en “empleos pobres” –cadenas de negocios de comida rápida-, encuentra una “ética del trabajo” que es generada desde las familias, frecuentemente entre madres que viven de la asistencia social y desean un mejor futuro para sus hijos. Presenta abundante evidencia en donde los jóvenes destacan la influencia que sus familiares tienen en sus propias trayectorias. Más allá de los diferentes “arreglos familiares” de los que forman parte, los obstáculos para enfrentar la vida cotidiana con esos “empleos pobres” son sobrellevados con el apoyo de la familia.

¹⁹² Consideramos las posibles influencias de familiares próximos, esto es, padres, hermanos, abuelos, tíos o primos con los que el joven tiene o ha tenido estrecha vinculación.

procesos de (des)integración social (Wilson, 1997; Kaztman, 2001 entre otros). Aunque el análisis de los modelos de rol no se agota en los familiares, resaltamos en este trabajo la posible influencia de familiares próximos que transgreden o han transgredido las normas básicas de convivencia social. Es así que, antes que con la “ausencia de modelos de rol”, trabajamos con lo que denominamos “modelos negativos de rol”, en la medida que el joven ha convivido o tiene en su entorno inmediato, la experiencia de familiares que delinquen o lo han hecho en el pasado. Observamos también si, por el contrario, alguno de los familiares cercanos al joven ha jugado un papel de relevancia en el apoyo y transmisión de intereses educativos y / o la formación en oficios. Procuramos precisar al respecto, cuándo ocurre y cuándo ello cobra mayor relieve en tanto orientador de la experiencia biográfica del joven.

6.2.4 El relacionamiento con las instituciones

El relacionamiento que los jóvenes desarrollan con las instituciones, tanto públicas privadas, como organizaciones de la sociedad civil, puede inhibir o potenciar las *trayectorias* o *rutas* hacia uno u otro polo del proceso I-D. Por poner un ejemplo extremo, el hecho que un joven no tenga experiencia carcelaria lo coloca en un haz de posibilidades más ventajosas que quien sí ha sido encarcelado y se ha fugado de prisión con antelación al cumplimiento de la pena.¹⁹³ En este sentido, el relacionamiento institucional de manera homóloga a las relaciones familiares, puede ser visualizado como un potencial factor de “protección” o de “riesgo”. Sin desatender este punto, nos centramos aquí en los apoyos institucionales a los que los jóvenes recurren o han recurrido en algún momento.

Consideramos tres aspectos que hacen a la forma en que los jóvenes se relacionan con las instituciones. En primer lugar, observamos cuándo en el relacionamiento entre el joven y las instituciones se conforma en forma predominante, mediante una actitud pasiva de éste, que supone su consideración en tanto “beneficiario” que requiere de “asistencia”.¹⁹⁴

¹⁹³ Insistimos en que se trata de un ejemplo extremo. Aunque no registramos este caso entre los jóvenes con quienes trabajamos, sí hallamos que dos padres de los jóvenes casavallenses (Lorenzo y Valeria) se han fugado de prisión.

¹⁹⁴ Para una discusión teórica acerca de la “individualización negativa” que supone el vínculo asistencial, y la distinción entre “usuario” de un servicio y “asistido” “por” un servicio, confr. Castel 1997 y 2007.

Seguidamente, mostramos cuándo los vínculos predominantes con las instituciones sociales no se desarrollan en torno a dos instituciones fundamentales como lo son la institución educativa y el mercado de trabajo. Se trata entonces, de delimitar cuándo el vínculo institucional del joven está predominantemente pautado por instituciones estatales de asistencia y/o control social (sistema carcelario, policía, etc.). En tercer lugar, prestamos atención a aquellas situaciones en donde no parece haber un interés ciudadano por los temas que hacen a la (re)construcción de la ciudadanía social y política. Por “desinterés ciudadano” entendemos pues, aquellas situaciones en las que los relatos y las prácticas de los jóvenes no dan cuenta de algún interés por conocer, opinar o ejercer derechos políticos.

Creemos conveniente discernir entre “forma” y “contenido”. Es decir, analizamos la relación que el joven establece con distintas instituciones sociales, así como su trayectoria institucional distinguiendo, los *qué* de los *cómo*. Nos centramos en tres aspectos, a saber:

a) el *tipo de institución(es) con las que el joven desarrolla un vínculo predominante*. Interesa discernir si el lazo institucional tiene lugar mayormente en torno a instituciones educativas o laborales,¹⁹⁵ o predomina un vínculo con instituciones asociadas al control del respeto de la normatividad social (sistema judicial, policial, penitenciario). En otras palabras, nos preguntamos aquí por cuáles son las instituciones con las que el joven se vincula con mayor frecuencia (instituciones educativas, laborales, judiciales, de salud, penitenciarias, planes estatales, etc.);

b) la *naturaleza del vínculo institucional*. El tipo de institución con la que un joven se vincula mayormente nos ofrece información valiosa en la medida que observamos también cuáles son las causas que habilitan el vínculo joven – institución, así como los motivos y las condiciones en que dicho vínculo se desarrolla.¹⁹⁶ Nos preguntamos aquí por los sentidos otorgados por los jóvenes, a su vinculación con instituciones y en particular, rastreamos si en el desarrollo del vínculo institucional el joven evidencia una actitud proactiva, buscando procurarse una vía de forjar una trayectoria. O si por el contrario,

¹⁹⁵ El hecho que un joven se encuentre desocupado no implica que no desarrolle vínculos institucionales relacionados al ámbito laboral, en la medida que la búsqueda de trabajo implica una orientación hacia las oportunidades que ofrece el mercado de trabajo, y el contacto con posibles empleadores.

¹⁹⁶ Pongamos por caso el vínculo joven – sistema de salud: cómo adelantáramos en el capítulo precedente, se observa en algunos jóvenes, en particular del *tipo* de “desafiliación consumada”, un vínculo muy estrecho con distintos centros de salud barriales. Pero dicho vínculo no refleja un cuidado especial de la salud, sino el desdibujamiento de las funciones del centro de salud, en la medida que la mayor parte de los contactos establecidos no tienen por objeto la consulta médica, sino el acceso a medicamentos para su re-venta.

estamos más bien ante jóvenes que en tanto “beneficiarios”, guardan una actitud de espera, esperando ser “asistidos”; y

c) el *sentido de pertenencia ciudadana*. En este plano el interés por la política juega un lugar central. Analizamos pues, si los jóvenes se interesan por “la cosa pública”, en algún plano. A la pregunta “¿Te interesa la política?”, muchos habrán de responder negativamente, o mostrar gestos de indiferencia. No es esa respuesta la que consideramos aquí, sino aquellas reflexiones que surgen de la conversación sobre un tema histórico y de gran vigencia en el transcurso del trabajo de campo: la opinión acerca del período dictatorial, el voto vinculado a la derogación o anulación de la Ley de Prohibición Punitiva del Estado y la justificación de dicho voto. Así como de los comentarios acerca de los planes estatales de apoyo a poblaciones específicas implementados en las últimas décadas.

Las formas en que los jóvenes se vinculan institucionalmente, así como las carencias y límites que encuentran en las posibilidades que el entramado institucional habilita y constriñe, es un elemento clave que puede revertir o desencadenar procesos orientados hacia la desafiliación social, pudiendo también favorecer el desarrollo de la capacidad de agencia.¹⁹⁷

6.2.5 “Agencia limitada”: oportunidades y restricciones

Entre las investigaciones que se abocan al análisis de los efectos –principalmente en términos de resultados- que tienen el barrio sobre el curso de vida de los individuos ha predominado un enfoque con base en los “procesos de socialización”, en donde pareciera que los individuos son sujetos pasivos sin capacidad de intervenir sobre las condiciones estructurales que les ha tocado en suerte. Así, si bien tenemos en cuenta el “principio de tiempo y lugar”, también es fundamental atender al “principio de la agencia”, según el cual los individuos construyen sus propios cursos de vida a través de acciones y elecciones que toman dentro de las oportunidades y los constreñimientos de las circunstancias históricas y sociales. Esto es, los individuos tienen capacidad de incidir en sus resultados personales y

¹⁹⁷ Para un análisis empírico específico de cómo la disponibilidad de recursos institucionales adecuados para hacer frente a los “imperativos situacionales”, puede consultarse Berger, 2008.

sociales (Elder, 1994 y 1998, Elder y otros, 2003). La perspectiva del curso de vida cobra centralidad para nuestros propósitos analíticos en la medida que contribuye a otorgar centralidad al contexto y la temporalidad (Elder y O’Rand, 1995), y a la interrelación entre estos y la capacidad de agencia.¹⁹⁸

Los jóvenes se hallan situados en un contexto socio-espacial y temporal determinado, que opera como marco de oportunidades y limitaciones para la acción, desde donde construyen sus expectativas, plantean sus dudas en “conversaciones interiores” (Archer, 2003 y 2007)¹⁹⁹, hacen planes y proyectan, en mayor o menor medida, sus sueños y acciones. Ahora bien, sostenemos que las oportunidades y restricciones en las que los jóvenes se hallan situados espacial y temporalmente constituyen condicionantes para el despliegue de la agencia: los individuos son “actores actuantes”, pero también “actores enclausados”, por lo que es preciso enfatizar la noción de “agencia limitada” (Evans, 2002)²⁰⁰, nos interesa aquí ahondar en los modos en que los jóvenes se posicionan y gestionan los riesgos que se presentan a lo largo de sus trayectorias biográficas.

Con base en el trabajo teórico de Emirbayer y Mische (1998), quienes desagregan analíticamente la agencia en sus distintos elementos componentes -que se hallan empíricamente interrelacionados-. Coincidimos con estos autores en que la contribución teórica principal de su trabajo reside precisamente en la conceptualización de la agencia como un proceso temporalmente imbuido de compromiso social, informado por el pasado (en sus ‘iteraciones’ o aspectos habituales) pero también orientada hacia el futuro (como

¹⁹⁸ Esta mirada favorece el desarrollo de análisis que permiten una mayor comprensión de la complejidad de las relaciones entre la “agencia” y los “recursos de base”, en términos de Furlong (2003, véase en particular, los capítulos 5 y 6); trabajo que también orienta el análisis que desarrollamos en este punto.

¹⁹⁹ La “conversación interna” es la noción que postula Archer (2003 y 2007) para referirse a la actividad reflexiva de los individuos. Al decir de la autora, siendo que nuestras deliberaciones reflexivas sobre asuntos sociales tienen un formato de “pregunta y respuesta”, es apropiado considerar la reflexividad como ejercida a través de una conversación interna. Archer define la “reflexividad” como “el ejercicio continuo de la capacidad mental, compartida por todas las personas normales, a considerarse a sí mismas en relación con sus contextos (sociales) y viceversa. Tales consideraciones son importantes, ya que constituyen la base sobre la cual las personas determinan sus futuros cursos de acción - siempre fallibles y siempre bajo sus propias descripciones-. (2007:3)

²⁰⁰ En palabras de Evans (2002: 247): “Los jóvenes son actores sociales que se mueven en un paisaje social. La manera en que perciben el horizonte depende de donde se paran en el paisaje. Los horizontes cambian lentamente cuando se mueven, a veces abriéndose, otras cerrándose. A donde van depende de los caminos que ven, eligen, tropiezan o limpian para sí mismos, del terreno y de los elementos que encuentran. Sus avances dependen de lo que sienten que es importante para destinarle tiempo, de cuán bien equipados están, de la ayuda que puedan pedir cuando la necesiten, tanto si van solos o juntos, y cómo se comunican con otros en el camino.” [traducción propia]

una capacidad ‘proyectiva’ de imaginar posibles alternativas) y hacia el presente (como una capacidad ‘práctica evaluativa’ para contextualizar los hábitos del pasado y los proyectos futuros en las contingencias del momento. La capacidad de agencia sólo puede ser captada en su complejidad si es analíticamente situada en el flujo del tiempo (Ibid: 963).

Es importante enfatizar que la distinción es analítica, siendo que estos tres tipos de agencia tienen lugar de manera simultánea (aunque con pesos diferenciales). Por otra parte, al diferenciar entre distintas dimensiones de la agencia, podemos dar cuenta de la variabilidad y el cambio en las capacidades de los actores para la intervención crítica e imaginativa en los diversos contextos de la acción (Ibid: 970).

Siguiendo este planteo, nos abocamos al análisis del tipo de agencia (*habitual, proyectiva o pragmática-evaluativa*) que ha predominado a lo largo de su curso de vida de los jóvenes con quienes trabajamos, procurando identificar “puntos de inflexión” o cambios contextuales que pudieran haber favorecido modificaciones en el tipo de agencia predominantemente ejercida por los jóvenes.²⁰¹

A continuación (Cuadro 6.1) presentamos una matriz de síntesis de los aspectos analíticos considerados en cada uno de los cinco ejes analíticos que nos hemos propuesto. Seguidamente, nos abocamos al análisis de las formas en que estas *mediaciones* operan en el *tipo* de “integración lograda”.

²⁰¹ Nos apoyamos para este análisis, en dos investigaciones empíricas que abordan la problemática de la exclusión social de jóvenes y el ejercicio de la agencia utilizando la distinción analítica planteada por Emirbayer y Mische (1998), aunque con distintas estrategias. Mora Salas y Oliveira (2012b) privilegian el análisis del tipo de agencia predominante en las historias de vida de jóvenes mexicanos. Berger (2008) se centra en el estudio de la historia de vida de un joven que era miembro de una pandilla urbana de la ciudad de Chicago, para analizar los cambios agenciales que este joven ha ido desarrollando, en diálogo con las oportunidades y restricciones que se le han ido presentando en su curso de vida.

Cuadro 6.1. Aspectos considerados en cada eje analítico

Eje analítico	Tema	Descripción
"Comunidad barrial"	Temporalidad de la experiencia biográfica del joven en su zona	Momento y motivo de llegada de la familia al barrio
		Procedencia familiar
	Significados atribuidos al habitar en el barrio	Barrio como oportunidad o limitante
		Sentimientos y experiencias de discriminación y/o estigmatización; estrategias desarrolladas al respecto
	Uso del espacio público barrial	Frecuencia de uso y actividades desarrolladas.
Frecuencia y destino de salidas del barrio		
"Grupo de pares"	Continuidad o ruptura con grupo de pares originario	Elección de "amigos" y "compañeros"
	Lugares y tipos de encuentro	Encuentros restringidos o no al barrio o zona
		Rutinas y actividades desarrolladas
	"Nosotros" y "los otros"	Identificaciones, auto-definiciones de "nosotros"
Separaciones y distinciones de "otros"		
"Relaciones de familia"	Composición familiar	Situación conyugal de padres durante infancia y adolescencia
		Tamaño del hogar: presencia de hermanos (cantidad, orden, distancia etaria, padre y madre en común)
	Ambiente familiar en la infancia y adolescencia	Estrategias orientadas a apoyar experiencia escolar y / o laboral del joven
		Situaciones de violencia verbal y física: de las que el joven ha sido destinatario o entre otros miembros del hogar; grado y frecuencia
	Modelos de rol: transmisión de intereses educativos y/o en oficios; influencia de familiares que transgreden o transgredieron normas básicas de convivencia social	
"Relacionamiento institucional"	Usuarios y beneficiarios	Vinculación institucional en tanto "ciudadanos con derechos" versus "beneficiarios asistidos"
	Tipo de instituciones con las se vinculan	Predominio de instituciones educativas y/o laborales versus instituciones judiciales, policiales y/o carcelarias
		Apoyos u obstáculos institucionales: sentidos y experiencias
	(Des)interés ciudadano	Interés en la política
		Opinión acerca de periodo dictatorial y planes gubernamentales de desarrollo social
Ejercicio de derechos políticos		
"Agencia limitada"	Tipo de agencia	Predominio de aspectos "habituales", "proyectivos" o "pragmático-evaluativos"
		"Puntos de quiebre" y cambios en el tipo de agencia predominante
		Oportunidades y limitantes para el desarrollo

6.3 La “integración lograda” como resultado de la trayectoria

La diversidad de situaciones de integración social de los jóvenes residentes en un mismo contexto barrial hace necesario poner en juego distintos elementos de análisis que pudieran estar incidiendo en los procesos de integración-desafiliación de quienes comparten un espacio geográfico y temporal *similar*. Subrayamos que, ante la consideración externa de los barrios Casavalle y El Cerro como zonas, barrios y/o comunidades homogéneamente pobres, en el primer caso, y de extracción popular empobrecida, en el segundo caso, es necesario traer a examen cómo los jóvenes habitan estos espacios –*su* barrio-, en qué medida éstos son concebidos como posibilidad o limitante para el desarrollo de la experiencia biográfica.

A los efectos de lograr una mayor claridad en la presentación de resultados, organizamos el análisis de manera de centrarnos en un primer momento en cada una de las *mediaciones*, procurando establecer los vínculos específicos de cada una de ellas con las dimensiones que definimos como constitutivas del proceso de integración – desafiliación social.

6.3.1 La “comunidad barrial” como limitante

El criterio de selección de los jóvenes con quienes trabajamos suponía que hubieran vivido la mayor parte de su experiencia en los barrios –Casavalle o El Cerro-. No obstante ello, los jóvenes que componen el *tipo* de “integración lograda” son quienes han, como grupo, residido más tiempo fuera de los contextos barriales considerados.²⁰²

Para la mayoría de los jóvenes en situación de “integración lograda”, el barrio habitado requiere del despliegue de estrategias diversas para afrontar la vida cotidiana. Pero en este punto, hallamos diferencias importantes de acuerdo al contexto barrial considerado.

²⁰² Registramos que 11 de los 20 casos que integran este *tipo* han residido en algún momento de sus vidas, fuera del barrio, lo que representa en promedio, prácticamente 3 años y medio (media de 3.35). Entre los jóvenes de Casavalle, únicamente Leonardo no ha residido nunca fuera de la zona. Entre los cerrenses en cambio, la experiencia de vivir fuera del barrio ha sido realizada en una cuarta parte de los casos (se trata de 4 varones: Julián, Mario, Roberto y Tomás; por su parte, Aldo tiene planeado mudarse fuera del barrio en el futuro cercano). El tiempo promedio de residencia fuera del barrio es para los casavallenses, de 6.88 años, en tanto que para los cerrenses, de 1.00.

Entre los casavallenses, claramente el barrio es concebido como una desventaja a la que es necesario hacer frente cotidianamente.²⁰³ Y para ello, es necesario “salir” del barrio, lo que hacen a diario. La vida ha transcurrido, desde muy temprana edad, fuera de los límites del entorno barrial. Se trata de jóvenes cuyas familias llegaron predominantemente al barrio con la motivación de una vivienda económica “propia”²⁰⁴ y se instalaron en zonas que aún eran poco pobladas. Cabe destacar aquí, que dichas zonas, en la actualidad, son limítrofes con asentamientos precarios, o cantegriles*. Pero dichos límites, aunque difusos, tienen existencia en la consideración del entorno inmediato habitado. Y de mayor importancia aún, el recorrido de los jóvenes dentro de su barrio se dirige en la dirección contraria. Como nos cuenta **Leonardo**:

“No conozco Los Palomares²⁰⁵, nunca tuve parientes viviendo ahí, ni amigos ni nada, por suerte.”

Aunque estos jóvenes rescatan algunas cosas positivas de su entorno barrial, la expectativa con relación al lugar de residencia está fuertemente marcada en la salida del barrio. Camila, Carmen y Silvina son las únicas jóvenes en este grupo que viven en una de las zonas más deprimidas del barrio –en “el Borro”, la primera, y en la Comunidad Misiones, “Palomares”-, las dos últimas. Las tres comparten la ilusión de mudarse fuera de la zona, ni bien logren mejorar su situación económica. Pero esto no es privativo de ellas, puesto que para el común del grupo, el barrio “*está bravo*”, señala **Tatiana**, y agrega:

“Es una tranza salir de ahí, para todo, para estudiar, para poder pasear o disfrutar algo de la ciudad, es una tranza, por la locomoción sobre todo, pero además, porque cuesta salir, la gente se va quedando, se va quedando y hace su vida ahí.”

²⁰³ La idea del barrio como una desventaja aparece fuertemente en este grupo: para el ILO los lugares públicos disponibles en el barrio no brindan posibilidades adecuadas de esparcimiento, la oferta educativa es restringida, las posibilidades de conseguir un trabajo dentro de la zona resultan muy acotadas y/o carentes de interés, por ejemplo. Desarrollamos en adelante este punto.

²⁰⁴ Con excepción de los casos de las familias de Tatiana, David y Leonardo, las de los otros jóvenes se han vuelto propietarias de la vivienda pero no del terreno, puesto los terrenos donde se ubican las viviendas son públicos, esto es, propiedad estatal. Como ellos recalcan: se trata de la compra de “la llave”. Hemos abordado este punto en el Anexo A5.2, al relatar la trayectoria residencial de Gabriela.

²⁰⁵ “Los Palomares” es la denominación con la que los propios habitantes de la Comunidad Misiones hacen referencia a su lugar de residencia. Se trata de un conjunto de Viviendas de Emergencia construidas en la década de los setenta, creadas con el objetivo de realojar personas residentes en “tugurios” y “conventillos” del centro de la ciudad, así como migrantes del interior del país que se habían ubicado en rancheríos. (Folgar y Rado, 2003).

Los problemas de locomoción son motivo de queja recurrente, al punto de inhibir la consecución de actividades fuera del barrio. Es el caso de **Camila**, quien relata que los problemas de locomoción determinaron el abandono de sus estudios:

[Acerca de las cosas que no le gustan del barrio] *El tema de la locomoción me molesta mucho: a determinada hora de la noche ya no tenemos más ómnibus. Y no te estoy hablando de la madrugada. Si estudiás de noche, se te complica para volver. (...) Yo este año iba a estudiar de noche a la UTU y terminé dejando porque en pleno invierno estuve un día, una hora esperando al 158, desde las once hasta las doce y cuarto de la noche esperándolo, me agarré una gripe tremenda y una bronca que no te imaginás.*”

Entre los cerrenses, la distancia con respecto al centro de la ciudad es un punto de queja recurrente, no por la distancia en sí misma sino por el tiempo que insumen los traslados en el transporte público. Como los casavallenses, los cerrenses comparten la opinión de que su barrio ha quedado relegado en el desarrollo de la ciudad. No obstante, a diferencia de los casavallenses, las características del lugar geográfico, la historia barrial y la sociabilidad entre los vecinos hace una diferencia radical: mientras los casavallenses se quieren ir, los cerrenses se quieren quedar, o como en el caso de **Tomás**, se quieren volver:

“Me vuelvo, es que yo me vuelvo! El Cerro está separado por un puente, no? A uno a veces le da la impresión de que alguien se paró en el Obelisco, miró para el oeste, miró para el este y dijo: “es para el este, la cosa”, y el oeste quedó medio postergado. Y en ese sentido me parece que el Cerro generó una identidad de barrio por las características geográficas que tiene. Tenés la rambla, tenés la pesca, el clásico del fútbol, toda la actividad cultural... las historias de las luchas obreras. Yo no encuentro nada parecido en ningún otro barrio. ¡Y mirá que he recorrido!”

También en el relato de **Julián**, quien se fue del Cerro cuando formó pareja, a los 21 años, pero luego de separarse volvió al barrio. Transcribimos el pasaje en extenso, pues condensa varios elementos referidos al entorno barrial y nos permite apreciar distintos aspectos que los cerrenses valoran, como la historia barrial ligada al trabajo en los frigoríficos, a las luchas obreras por mejoras de condiciones laborales y a la organización política de resistencia a la dictadura. También, las características geográficas específicas que, al tiempo que favorecen un contacto privilegiado con la naturaleza y la transmisión generacional de saberes y relaciones, pueden inhibir la generación de expectativas que trasciendan la inmediatez de “la realidad”.

“Hay gente que no tiene relación con un bosque, con un cerro, con el agua. Todas esas cosas son particulares de la realidad misma, que no escapa a la realidad social de la

gente que está en el Cerro. Vos fijate que de pique, por algo se eligió como lugar estratégico. Está la Fortaleza, estás mirando la ciudad desde arriba. Después el tema de que estaba separado por el puente Pantanoso es nuevo. Porque en la época de los frigoríficos, ponete en el 30, no estaba la ruta, el acceso al Cerro era por el puente ahí del Pantanoso, que era un puente rudimentario que estaba más abajo, que se abría y se cerraba a manija, a tracción humana. Porque por el mismo arroyo Pantanoso pasaban las chatas que venían a buscar la carne al frigorífico. Entonces se abría el puente y quedabas aislado! Por un lado, es un arraigo que está bueno... Medio limitado en cuanto a las expectativas a veces, que el mundo se te puede convertir en una cajita de fósforos: la realidad es esta... en general pasa eso. Pero como que te contiene en el sentido que... Ya no se habla tanto de la tradición de nuestros abuelos, de las luchas frigoríficas, de los sindicalistas y todo eso. Parece como que hubiera cambiado un poco eso, pero el sentido de los gurises y de nosotros es el mismo. Conocer toda la realidad del barrio, conocer dónde está esto, dónde está lo otro... Por ejemplo: los amigos de mi hija son hijos de mis amigos.”*

Aquí, la temporalidad de las familias contribuye a ahondar las diferencias en los sentidos de pertenencia al barrio: los jóvenes casavallenses forman parte de la segunda o cuando mucho la tercera generación que reside en la zona, en tanto que las historias familiares de los cerrenses reportan que los jóvenes son descendientes, en su mayoría, de los primeros pobladores de la Villa del Cerro, muchos de ellos inmigrantes de origen europeo que llegados a Montevideo a principios del siglo veinte, se instalaron en lo que llamaron “Villa Cosmópolis”, donde algunos se ocuparon en los saladeros o en la vigorosa industria frigorífica de la época y otros instalaron sus comercios y desarrollaron sus oficios.²⁰⁶

El uso del espacio público barrial en este grupo es poco frecuente. Únicamente una minoría de los cerrenses utiliza el espacio público de su barrio para reunirse con amigos, o más en general, como lugar de esparcimiento. Entre los casavallenses, ninguno ha hecho un uso frecuente del espacio público barrial. Aquí, claramente ha habido una opción por evitar hacer uso de dichos espacios. Cabe destacar además en este grupo, una escasa vinculación con sus vecinos. **Carmen**, habitante de “Los Palomares” desde que tenía año y medio, cuenta que:

“...no conozco a nadie, a mis amigas de la escuela ya no las veo. Bah, conocer así, conozco a todo el mundo, pero de ‘hola y chau’, nada más. No me meto con nadie ni quiero que nadie se meta conmigo.”

²⁰⁶ Las características del poblamiento de los barrios marcan una diferencia importante, que hemos abordado en el Capítulo 3.

La mayoría de los jóvenes que integran este *tipo* relatan experiencias de discriminación que han vivido personalmente, además de otras historias de situaciones de discriminación experimentadas por familiares o amigos.²⁰⁷ Este fenómeno aparece como resultado de un proceso de estigmatización del barrio en su conjunto, alimentado fuertemente por los medios masivos de comunicación, que asocia a toda la zona con la carencia, no sólo material, sino de valores. Así, en el imaginario social, Casavalle aparece como un “barrio pobre” y además, “de delincuentes”.

Así, las experiencias de discriminación forman parte de una realidad común conocida y compartida por los jóvenes, y suscita toda una serie de estrategias para afrontarlas. La procedencia barrial pareciera influir en este grupo, de manera diferencial por género. Para la mayoría de las mujeres, *el barrio* es vivido como una carga que es necesario sortear, en tanto que para la mayor parte de los varones no parece implicar connotaciones negativas.²⁰⁸ Ninguno de los varones de Casavalle manifiesta haberse sentido discriminado por su lugar de residencia. Entre las mujeres casavallenses, **Tatiana** es la única que afirma no haberse sentido discriminada por el barrio en el que vivía, aunque reconoce que ello se explica porque no dice que vivía en “El Marconi” sino en “Las Acacias”, además de protegerse personalmente ante la posibilidad que la discriminen:

“Porque yo ya actúo a la defensiva antes que nadie me pueda decir nada, pero es una actitud que tengo yo ¿no? Me pasa de no sé, me codeo con una persona de Pocitos y ya no le doy chance a nada porque es de Pocitos. Y hago un gran esfuerzo por mejorar porque estoy discriminando y no está bueno, pero... Ya te digo, a mí particularmente no, porque mi atuendo, de repente, mi apariencia en general no denota que yo soy de un barrio de esos no, pero a mis hermanos sí, por ejemplo, los paran por ejemplo en la Aduana cuando vienen a bailar a un boliche, los paran ya diciéndoles 'bo mugriento, plancha'²⁰⁹, ¿qué haces acá?, ¿dónde te crees que vas?’ ¡Como que La Aduana fuera de otra gente que no use esa ropa! A mí no.”

²⁰⁷ Entre otras manifestaciones resultantes del proceso de estigmatización, las interacciones se inhiben o alteran y se obtienen menos posibilidades laborales. Sobre este particular, son comunes los relatos de ocultamiento del lugar de residencia registrando en las fichas que completan para solicitar empleo, la dirección de otros familiares que no viven en la zona.

²⁰⁸ Recordemos que en Casavalle, los dos varones que integran este *tipo* residen en los límites zonales, en las zonas menos estigmatizadas y empobrecidas. Y que en el Cerro, ninguno de los jóvenes –varones o mujeres– residen en las zonas más deprimidas del barrio.

²⁰⁹ Como se señala en el Diccionario del Español del Uruguay (2011: 442-443), el adjetivo “plancha” procede del lenguaje carcelario: “Hoja de papel donde aparecen las fotos de quienes han sido detenidos o son buscados por la policía.” Aplicado como calificativo, “el plancha”: “Joven perteneciente a un sector marginado de la sociedad, que se caracteriza por una forma peculiar de vestir, de hablar y de relacionarse.”

Como para Tatiana, las jóvenes en situación de “integración lograda” han desarrollado mecanismos de defensa que les han permitido sortear los obstáculos que se les plantean cuando se exponen en otros ámbitos ajenos a su barrio. Concebimos a estos como mecanismos defensivos de “protección por diferenciación”: estos jóvenes se preocupan por distanciarse de la imagen de “pobre – delincuente” con la que se asocia al casavallense. Las estrategias son variables: ocultar el lugar de residencia; no inhibirse ante las reacciones que pueden derivarse al revelar la procedencia barrial, pero tampoco buscar la afirmación de esta mediante confrontación.

Son comunes las anécdotas de dificultades para realizar trámites, o para obtener algunos servicios; como señala **Silvina:**

“Voy y me dice la mujer ¿dónde vivís? - Ta, por Unidad Casavalle. Y la mujer yo creo que se tendría que haber callado y no haberme dicho: ‘jah... es zona roja!’ Cuando vas a sacar una tarjeta tenés que dar la dirección y si es en el barrio, no te la dan. Eso me pasó pila.”

Subrayamos esto último pues si bien predomina aquí una sensación de saberse señalado por el lugar de residencia, ello no parece afectar mayormente lo que el tránsito por la ciudad implica. Todo lo contrario, estos jóvenes buscan promover su integración maximizando y diversificando los contactos en otros lugares.

La mitad de los cerrenses –tres varones y tres mujeres- que integran este *tipo* dice haberse sentido discriminada por el barrio en el que viven. Las experiencias de discriminación vividas por estos jóvenes se circunscriben en general a intercambios en el espacio educativo o laboral, y las formas en que ellos reaccionan a dichas experiencias trasuntan molestia e indignación. Pero además, traducen una disconformidad con algo que entienden no debiera ser así. En este sentido, si los cerrenses dicen haber experimentado experiencias de discriminación, estas son afrontadas mediante estrategias defensivas de “protección por identificación”: aunque desde una mirada externa El Cerro es un barrio “inseguro”, para los cerrenses no lo es más que otros barrios de la ciudad. Pero a diferencia de estos, lejos de ser un problema, la procedencia barrial, es afirmada. En palabras de **Leticia:**

“Para mí no tenía nada de malo vivir en el Cerro, no era algo raro, ni sabía que era visto con otros ojos hasta que empecé a ir a la Universidad. Me empezó a pasar que me

preguntaban que cómo era vivir acá, que si era peligroso... Y dije: 'Pah, ¡qué concepto tienen del Cerro! Es un barrio como cualquier otro, que te puede pasar algo como te puede pasar en cualquier barrio... A mí no es que me llegasen a molestar, pero claro, tantos años después viajando fuera del Cerro a trabajar y que en todos lados te preguntaban eso. Entonces llegó un momento como que me aburrí, que me aburría que me preguntaran eso. (...) Y bueno, es mi barrio. Acá fui a la escuela, fui al liceo y yo lo veo lindo. A mí me gusta el barrio, yo si me fuera del Cerro extrañaría horrible.'

La forma en que **Tomás** trata el tema es compartida por la mayoría de los jóvenes cerrenses en este tipo, y nuevamente se vincula a la historia barrial, aunque más reciente. Aunque no niega la problemática de la delincuencia particularmente en zonas específicas del barrio, también subraya que la discriminación de la que son objeto los cerrenses se vincula a aspectos positivos del barrio: a su tradición de luchas obreras y resistencia a la dictadura.

T: *Está crudo salir a conseguir trabajo y decir que sos del Cerro.*

F: *¿Sí? Te pasó a vos?*

T: *¡Sí claro, ni hablar! A mi pareja, cuando se vino de Rivera a vivir, los padres le dijeron: 'andá a vivir a donde vos quieras menos al Cerro'. Sí, sí. Porque el Cerro corre con dos estigmas en realidad: el primer estigma viene de la dictadura y de la resistencia que dio el Cerro en la dictadura. Y eso a nosotros nos enorgullece pero... ¡Para afuera se transmitió otra cosa! De alguna forma... Y por otro lado el tema de la delincuencia y todas estas cosas, como que siempre echamos culpas y buscamos dónde está el mal. Y el mal está allá, del otro lado del puente. Además que hubo un tiempo, sobre todo en la década de los '80 y '90, que el Cerro Norte fue un lugar muy de peso en todo el tema del tráfico de drogas y de armas. Y eso quedó en la gente. Imaginate para una familia de Rivera, no? Por más progresista y todo que puedan llegar a ser... las cosas les llegan como les llegan. ...Hoy capaz el tema de la dictadura no se ve tan claro, pero hace un tiempo era bien claro. ¡Metieron dos cuarteles más en el Cerro! Y bueno, ta, son señales que a la gente de una forma u otra les llega. Y después el peso que tuvo el Cerro Norte en los 80 y 90 fue salado.*

En suma, la “comunidad barrial” ha representado para los jóvenes que integran el *tipo* ILO, una dificultad para el desarrollo de las actividades estudiantiles – sobre todo en el nivel terciario- o laborales. Particularmente por los escasos servicios de locomoción o la demora en el recorrido del transporte público y por el estigma que el barrio en su conjunto tiene entre los habitantes de otros barrios.²¹⁰ Lo cual ha significado un problema para los

²¹⁰ Hemos hecho referencia en el Capítulo 3, a distintos momentos en que tanto Casavalle como El Cerro han sido consideradas como “zonas rojas” en términos de peligrosidad. Asimismo, especificamos en el presente capítulo, que tanto Casavalle como El Cerro ocupan frecuentemente titulares en las noticias policiales. Los medios masivos de comunicación juegan un rol importante en la identificación de estos barrios con una noción de peligrosidad que vincula a Casavalle como una zona homogéneamente peligrosa y pobre, y al Cerro, como un barrio de creciente inseguridad civil. Además, la genealogía y la historia barrial han contribuido a la conformación de un imaginario que asemeja Casavalle a un barrio “marginal” y al Cerro a una “barriada popular izquierdista”.

casavallenses, pero no tanto para los cerrenses, puesto que entre estos últimos, la “comunidad barrial” es mucho más valorada y afirmada en términos identitarios. También porque son apreciados los espacios geográficos naturales y algunos de esparcimiento con los que el barrio cuenta. Las situaciones de discriminación de las que unos y otros son objeto redundan en el despliegue de estrategias de diverso tipo, que hemos observado como un mecanismo defensivo, sea de “protección por diferenciación”, o de “protección por identificación”. Los obstáculos vinculados a la zona de residencia son superados por los “optimistas realistas” y en ningún caso han repercutido en el abandono de las decisiones de participación en las actividades estudiantiles o laborales que estos jóvenes se han propuesto emprender.

6.3.2 La elección de los “pares”

Una constante entre los jóvenes que integran el *tipo* ILO de ambos barrios es que se verifica un cambio en el grupo de pares, y en ocasiones, más que en un grupo, un cambio en la procedencia de las amistades. Para los jóvenes de Casavalle en este grupo, los vínculos con otros jóvenes han sido seleccionados intencionadamente fuera del entorno barrial siendo que se sienten “raros” en el barrio. Para los jóvenes del Cerro en cambio, las nuevas relaciones entre pares derivan de su participación creciente en otros espacios – educativos y laborales- fuera del entorno barrial, pero no implican la búsqueda expresa de amigos fuera del barrio, más bien lo contrario.

Gabriela, junto con Tatiana, son las únicas dos jóvenes que ya han logrado realizar el sueño del común de los integrantes de este *tipo* entre los casavallenses: ambas viven fuera del barrio. No obstante, el recuerdo de las dificultades de relacionamiento y de las desventajas con las que debieron lidiar está muy marcado en su relato. **Gabriela** nos cuenta que no extraña “*nada, nada la verdad*” vivir en el barrio. Lo que le generaba dificultades cotidianas, y repercutía también en su ámbito educativo:

“Me pasaba también no sólo de ser la cheta en el barrio sino que era la del Borro en el [colegio privado]. Yo era apuntada con el dedo porque vivía en el Borro.”²¹¹ Entonces en*

²¹¹ Gabriela no vivía precisamente en “El Borro”, pero la denominación se atribuye indistintamente a quienes viven en distintas zonas de Casavalle. “El Borro” tiene una connotación despectiva, pese a ser uno de los primeros lugares que se fueron poblando de la zona, otrora caracterizada por casas - quinta. (Véase Capítulo

ninguno de los dos lugares me sentía parte de nada, ni una cosa ni otra, me apuntaban de un lugar y me apuntaban del otro. Entonces ta, fue bastante difícil. – (...) Me daba hasta vergüenza decir a veces donde vivía y a veces ni decía y eso hasta de grande.”

En efecto, con independencia del género, observamos que los jóvenes han priorizado vincularse con jóvenes de otros contextos, siendo la experiencia educativa el puntapié inicial para ello. Los relatos de la sociabilidad entre pares durante la infancia y la adolescencia describen en la mayor parte de los casos, más que el relacionamiento en grupos, relaciones de amistades puntuales. Entre quienes asistieron a la escuela primaria fuera del barrio, los amigos desde temprana edad procedían de otras zonas de la ciudad. Esto es más pronunciado entre los casavallenses que entre los cerrenses quienes, por otra parte, han diversificado sus grupos de amigos al ampliar sus relaciones interpersonales en los ámbitos educativos y/o laborales. Pero ello no ha implicado la sustitución de estas relaciones por aquellas de la infancia y de la adolescencia. De hecho, varios jóvenes cerrenses destacan la vida compartida con los amigos del barrio como algo que perdura hasta el presente; se trata de vínculos que se han ido actualizando. Por ejemplo, en el caso de **Julián**, a través de la incursión con amigos del barrio, en actividades de recreación, primero como distracción lúdica, y más adelante como complemento de la actividad laboral.

“Yo no me dedico mucho ya, porque no me da el tiempo, pero mínimo cada 15 días nos juntamos a ensayar con los tamboriles, arreglamos algunas piezas, o hacemos títeres. Según lo que se necesite. Salvo uno, todos los demás tenemos otros laburos, pero está bueno mantener eso, es una excusa para vernos. Está buenísimo.”*

Un denominador común en este tipo es la identificación del “nosotros” como *tranquilos y metedores*²¹². La tranquilidad se erige entre estos jóvenes como un valor que brinda confianza y reafirma la autoestima, a la vez que les permite distinguirse de “ellos”, los “otros”, a quienes es mejor evitar. Ser *tranquilo* y *metedor* ha implicado arduas y extensas rutinas cotidianas, en muchos casos de combinación de extensas jornadas laborales con las actividades estudiantiles. Es en el desempeño de dichas actividades donde

3). “El Borro” es una de las pertenencias barriales más estigmatizadas de Montevideo; muestra elocuente de ello es la campaña de imágenes contra la discriminación y estigmatización barrial recientemente lanzada por el Ministerio del Interior (ver Anexo al presente capítulo).

²¹² Ser *metedor* es una expresión coloquial muy utilizada entre los jóvenes uruguayos, que expresa el valor por el esfuerzo y la dedicación en las tareas que se emprenden. Silvina lo expresa claramente: “*siempre fui... cómo es que se dice... ‘emprendedora’; siempre metiendo y metiendo, tengo muchos defectos, pero eso por suerte no.*”

preferentemente estos jóvenes han desarrollado lazos de amistad, y han ido cambiando de grupos.

Ximena, de 25 años de edad, vivió siempre en el Cerro. Hasta los 7 años vivía en una de las partes más deprimidas del barrio, cuando se mudó con su familia hacia una zona colindante con el “casco del Cerro”, y a los 15 compraron una vivienda a media cuadra de la plaza del Inmigrante, una de las cuadras más “cotizadas” y emblemáticas del Casco o Villa. Dice no haberse sentido nunca discriminada por el barrio donde vive, tampoco recuerda haber sido discriminada por su origen habitacional desde que vive en el Casco. No obstante, comparte con los jóvenes de su *tipo* una actitud de rechazo hacia aquéllos jóvenes que desde las zonas más deprimidas del barrio, vienen a su zona y ocupan los espacios públicos. Ello se expresa particularmente, en un retiro de dichos espacios o la selección de horarios para su uso de manera de evitar los encuentros con los “otros”:

De tarde es imposible ir a la playa, por ejemplo. A mí no me gusta, porque se llena de gurises de allá arriba, de la Fortaleza, del Casabó, que se vienen para este lado. Y ahora se vienen para la plaza (del Inmigrante). Lo que me molesta a mí son las juntaderas de gurises*, por ejemplo en la plaza, que se juntan ahora gurises* que no son de la zona, y se creen los dueños de la plaza. Pasan por la calle en las motos esas que hacen un ruido bárbaro, y te tiran piedras a la puerta. No se aguanta más. Ya nadie los aguanta más. Juntan firmas para entregar a la comisaría y todo (...). Más ahora, en la época de verano, que bajan todos para la playa: ¡de tarde es imposible ir a la playa!; porque se llena de gurises* de allá arriba, que son chorritos*, y no se puede bajar. Por lo general son de esos lados de allá, que se vienen para este lado.”*

Así, tanto en Casavalle como en el Cerro apreciamos que los jóvenes procuran distanciarse de los “otros”, aquéllos que contribuyen a consolidar la imagen estigmatizada de la comunidad barrial. En este proceso, van generando toda una serie de separaciones difíciles de percibir para un observador extraño. Por una parte, se observa que los “otros” son identificados con aquellos que, a diferencia de “nosotros”, no invierten esfuerzos en mejorar la condición propia, hallándose en *rutras* de desafiliación o en situaciones de desafiliación consumada. Como se ha señalado para otras sociedades contemporáneas, los “otros” se hallan en posiciones aún más desventajosas que “nosotros” (Castel, 2009). Y por otra parte, encontramos que el estigma opera al interior de la comunidad barrial, en formas de relacionamiento entre pares y con vecinos como “nosotros”, siendo desplazado hacia los “otros”, que reciben los estigmas más comunes (*drogadictos, peligrosos, delincuentes,*

vagos, en particular).²¹³ En general, se trata de distintas formas de la oposición clásica entre “establecidos” y “recién llegados” (Eliás y Scotson, 2000), aunque a este respecto es interesante señalar que esta opera de manera distinta entre cerrenses y casavallenses.

Tanto entre los cerrenses como entre los casavallenses, los “otros” son identificados más claramente como aquéllos que residen en las zonas más desfavorecidas y pauperizadas, que entre los cerrenses, no forman parte de las familias históricas del Cerro. En este sentido, aunque los habitantes de zonas como Cerro Norte no son “recién llegados”²¹⁴, son responsabilizados –al menos por parte de los jóvenes del tipo ILO- por los problemas, especialmente por aquellos vinculados a la (in)seguridad, y por su contribución a una imagen mediática que estigmatiza indiscriminadamente al cerrense.

Entre los casavallenses, los portadores de estos estigmas se delimitan también con criterios espaciales muy definidos: se trata de quienes residen en determinados complejos habitacionales (Los Palomares, Las Sendas y “El Marconi) y asentamientos de larga data en la zona. Pero aquí, la mayor antigüedad en el barrio representa una desventaja, lo que no contribuye al reforzamiento del sentido de pertenencia por el barrio: los vínculos se buscan fuera.

En efecto, he aquí otra manifestación diferencial entre los jóvenes casavallenses y cerrenses. Si entre los primeros, el relacionamiento con pares fuera del barrio supuso la búsqueda de relaciones fuera del barrio, entre los cerrenses, las relaciones con amigos fuera del barrio es producto de las actividades estudiantiles y laborales que se han emprendido, pero ello no ha implicado el abandono absoluto de las amistades de la infancia y la adolescencia. Entre los casavallenses en cambio, aún cuando toda la actividad cotidiana se desarrolla en el barrio, las amistades se cultivan fuera de éste. El caso de **Silvina** ilustra claramente este punto. Silvina trabaja en una ONG en el barrio y no ha continuado estudiando luego de la culminación del Ciclo Básico de la escuela secundaria. Sueña con mudarse a otro barrio de la ciudad (Jacinto Vera), en donde parece desarrollarse toda la

²¹³ En una investigación reciente en distintas localidades argentinas, Kessler (2009) encuentra que, como resultado de este proceso, se producen divisiones que siembran interrogantes acerca de los vínculos comunitarios en una revisión constante de las nociones de “distancia y cercanía”. En palabras del autor: “La amenaza local intenta ser cartografiada. El lugar propio convertido en peligroso lleva a ensayar divisiones espaciales para diferenciar el peligro de la seguridad. Se delinear así microzonas con fronteras poco claras para un observador externo. ...El barrio se fragmenta así imaginariamente en pequeños lugares caracterizados por la moralidad o la peligrosidad de sus habitantes.” (2009: 149).

²¹⁴ Hemos desarrollado este punto en el Capítulo 3.

actividad en su tiempo libre. También su pareja actual reside en ese barrio, por lo que nos preguntamos cómo es que ha conocido a su grupo de amigos. E insistimos en saber si no tiene amigos en el barrio, o de la escuela. Nos responde:

“Sí, de la escuela hemos cuatro y justamente ayer estábamos hablando de lo mismo con mi amiga de Jacinto Vera y con una amiga que vive en Buenos Aires y vino hace unos días: que somos cuatro de los que de todo el grupo que fuimos a la escuela, somos cuatro que estamos, porque en realidad el que no está muerto, está preso, o está arruinado. Este muchacho que terminaron de agarrar ahora el William²¹⁵, que hacía destrozos... Era compañero mío de la escuela, y todos los casos son muy similar. Y las muchachas están en Italia, o están acá trabajando en la calle, de prostitutas.”²¹⁶

Un caso bien distinto es el de **Roberto**, un joven cerrense que ha tenido mucho éxito en su trayectoria profesional como actor de teatro y comentarista radial y animador de programas televisivos. Roberto tiene 29 años y hace 8 años que trabaja todo el día fuera del barrio, incluido algunos fines de semana. Dejó su hogar de origen hace 7 años, pues formó pareja con su actual esposa, con quien tuvo una hija hace dos años. Nunca dejó el barrio, aunque comenta que a veces le cuesta mucho estar todo el día fuera, porque le resulta cansador pero además porque tiene ganas de estar más en su entorno –familiar y barrial-. Por el tipo de actividad laboral que desarrolla, además de características propias de su personalidad, ha conocido a muchas personas con las que comparte la vida cotidiana y ha hecho “*buenos amigos*”. No obstante, cuenta que:

“Sí, mi pareja es del Cerro también. Y mis amigos también, aunque ahora también tengo amigos, buenos amigos, de acá, de la radio, de la tele, del teatro, que te vas haciendo. Pero mis amigos más viejos, y entrañables, son del Cerro, de toda la vida; hinchas del Cerro. Es que es particular lo que se da en el Cerro. El sentimiento de apego, el vínculo que tiene la gente con el barrio. A mí me pasó muchas veces, con compañeros de liceo, que nuestros padres habían sido compañeros del liceo, y eran amigos, ¡y que nuestros abuelos habían sido compañeros de escuela, o del frigorífico! Entonces te hace sentir una pertenencia al barrio que te aferra por más que esté lejos, que sea complicado. Al barrio y a su gente, claro.”

En suma, los jóvenes de este *tipo* prefieren relacionarse con sus pares en espacios domésticos, en sus lugares de trabajo y en otras zonas de la ciudad. En este sentido,

²¹⁵ Se trata de un joven conocido en Casavalle que venía siendo buscado por varios delitos, acusado de homicidio -a otro joven del barrio- y de varios hurtos y rapiñas. Fue apresado por la policía durante los meses en que realizamos el trabajo de campo para esta investigación.

²¹⁶ El “tráfico de mujeres Montevideo-Milán” durante por lo menos las décadas de los ’80 y 90 ha sido documentado y probado, y parcialmente desmantelado. Para una investigación sobre este punto, puede consultarse Urruzola, 2001. Para un estudio sobre la prostitución infantil y adolescente en las áreas metropolitanas de Montevideo, véase Rostagnol y Grabino, 2007.

hallamos un retraimiento del espacio público que pareciera ser apropiado por quienes participan de una “cultura de la calle” de la que los jóvenes con “integración lograda” quieren mantenerse al margen. Casavallenses y cerrenses comparten una identificación con las personas *tranquilas* y *metedoras* como “nosotros” lo que, para los primeros, parece requerir el relacionamiento con pares que residen fuera del barrio, y en lugares de “afuera”. En ambos barrios los jóvenes buscan distinguirse de los “otros” y restringir al máximo posible los ámbitos de interacción con ellos. En este proceso, los cerrenses revalorizan la zona de la Villa del Cerro como un espacio propio, que es necesario recuperar para “nosotros” y en donde es posible cultivar amistades. En Casavalle en cambio, los jóvenes no consideran la posibilidad de desarrollar vínculos en su ámbito barrial, lo cual contribuye a reforzar la escasa valoración de su barrio.

6.3.3 Relaciones de familia, relaciones de apoyo

La mitad de los jóvenes que integran este *tipo* han crecido en familias monoparentales, la mayor parte de ellos con sus madres y hermanos, algunas veces con otros familiares, pero casi siempre, en ausencia del padre desde temprana edad.²¹⁷ Con excepción de Matilde, del Cerro, cuyos padres se separaron cuando ella tenía 14 años de edad, se trata de jóvenes que no tienen recuerdo de la convivencia con su padre biológico, puesto que la separación se registró antes que cumplieran los 5 años.²¹⁸ La otra mitad de los jóvenes del *tipo* ILO, sigue conviviendo con ambos padres, o al menos lo hizo hasta que se emancipó.²¹⁹ Ahora bien, con padres separados o no, unos y otros tienen al menos un (medio) hermanos.²²⁰ En promedio, el “optimista realista” tiene 3,2 hermanos; entre quienes son hijos de padres separados, solo Matilde no tiene medios-hermanos. La

²¹⁷ Para un detalle de la información que tomamos como base para el análisis de este punto, puede consultarse el Anexo 6.

²¹⁸ Entre los jóvenes de Casavalle, 5 de los 8 no han convivido con su padre desde temprana edad, entre los cerrenses, 5 de los 12. En Casavalle, se trata de los casos de Camila, Carmen, Ofelia y Tatiana. Por su parte, David nunca conoció a su padre; en sus palabras: “*Yo fui un caso de una aventura extra-matrimonial, él supo que mi madre había quedado embarazada, y según me cuentan supo que yo había nacido, pero nunca me quiso ir a ver... él ya tenía una familia.*” En el Cerro, se trata de los casos de Carmelo, Iván, Lorena y Leticia. Esta última no conoció a su padre personalmente, aunque unos años antes de su fallecimiento supo quién era, un vecino del barrio.

²¹⁹ Más adelante tratamos específicamente el punto de quiénes se han salido del hogar.

²²⁰ Con excepción de Roberto, del Cerro, que es hijo único.

consideración de la posición ocupada por el joven entre sus hermanos nos muestra una diversidad de situaciones, aunque predominantemente se trata de jóvenes que ocupan posiciones intermedias, siendo la distancia etaria promedio entre los hermanos, de 3 años de edad.²²¹

Los relatos de estos jóvenes traducen un relacionamiento familiar con mayor o menor desapego, más o menos afectuoso o exento de conflictos significativos. No obstante, las situaciones conflictivas se caracterizan por referirse a la relación del joven con un miembro particular de su familia, pese a lo cual, en todos los casos registramos la presencia de al menos un familiar que convive con el joven durante su infancia y adolescencia, que constituye un soporte emocional clave. En la mayor parte de los casos, es la madre quien constituye para los jóvenes un apoyo fundamental, tanto en las cuestiones prácticas que facilitan la rutina cotidiana (cuidados, preparación de comidas, etc.) como en la posibilidad de diálogo y orientación acerca de las oportunidades y dificultades que se les presentan en el curso de la experiencia biográfica. Pero si bien la figura materna es de gran importancia, también lo son, para la mayoría, otros familiares con los que la mayoría de los jóvenes comparten su vida cotidiana. Encontramos pues que, entre los jóvenes que integran el *tipo* ILO, predominan las situaciones en las cuales la madre juega un rol central de apoyo y estímulo para el joven, que es reforzado o complementado por la relaciones con otros familiares.

En todos los casos, estamos ante jóvenes que superaron la cantidad de años de educación aprobados que tienen sus padres, quienes, en su mayoría, cuentan con unos pocos años de la escuela secundaria aprobados. A este respecto, la trayectoria educativa del joven es respaldada fuertemente por la familia, que valora de manera importante el sistema educativo como medio de superación y que ha actuado en consecuencia con dicha valoración. Es decir, distintos familiares aparecen apoyando y motivando la experiencia educativa de los jóvenes, dedicando horas a la ayuda en la realización de tareas

²²¹ La posición ocupada por el joven entre sus hermanos, la cantidad de combinaciones de madre y padre que registran los hermanos y la distancia etaria entre el mayor y el menor, los hermanos con los que el entrevistado convive actualmente y con quienes ha convivido, consultar Anexo 6, Cuadro A6.1 (Casavalle) y A6.2 (Cerro). También indicamos allí si se trata de un hermano fallecido. En el Cuadro A6.3 pueden observarse algunos indicadores con base en los cuadros precedentes, que nos permiten la comparación entre *tipos*.

domiciliarias durante la escuela primaria en particular, y favoreciendo la concentración en los estudios durante la escuela secundaria.

Aquí, las estrategias familiares en la elección de los centros educativos son diferentes de acuerdo al barrio. En Casavalle, predomina en este grupo la asistencia a escuelas privadas, al menos en algún momento durante el cursado del nivel primario. Cuando la familia tiene alguna oportunidad económica mayor de favorecer lo que cree de mejor calidad para la educación de sus hijos, lo hace. Como nos cuenta **Camila**:

“Fui de primero a cuarto acá, a la [escuela pública en el barrio] y quinto y sexto en el colegio de acá [privado en el barrio]. Mi mamá me quiso cambiar porque decía que era mejor el colegio, que iba a tener mejor educación, que los chiquilines eran más tranquilos, que era un esfuerzo que valía la pena hacer, tanto ella por lo económico como yo por mis amigas, y ta. Grité, pataleé, pero me cambiaron igual.”

Silvina es quien salió más temprano de la escuela, luego de completar lo que en su momento constituía el Ciclo Básico Obligatorio. Aún así, ha superado el nivel educativo de sus padres (la madre completó la primaria y su padre hizo “uno o dos años de secundaria”, ambos llegados desde el norte del país a Montevideo a fines de los sesenta en busca de trabajo. Es la única joven de este grupo para quien la situación de pobreza de su familia ha marcado fuertemente su experiencia biográfica.²²² Con menor fuerza, pero también signadas por la pobreza, han transcurrido la infancia y/o la adolescencia de Carmen y de Lorena.

Para los cerrenses, la elección familiar de los centros educativos a los que asisten sus hijos se juega en el sistema público.²²³ Observamos aquí que la valoración de las familias de lo que la escuela pública en el barrio puede ofrecer en términos de calidad es mucho más positiva que la que se registra entre aquéllas de Casavalle, y que, por otra parte, cuentan con varias opciones de calidad. **Matilde** realizó toda la escuela primaria y toda la secundaria en el sistema público. Y si bien en la secundaria no tenía posibilidades de

²²² Como muchas familias, la de Silvina se instaló en la periferia de la ciudad, en una zona de Casavalle que en aquellos tiempos era escasamente poblada. Señalábamos en el capítulo anterior, que Silvina dejó de estudiar culminado el Ciclo Básico puesto que la avergonzaba no tener vestimenta adecuada a la de sus compañeras de estudio para asistir a clases. Son varios los momentos en nuestra conversación con esta joven, en que la angustia le interrumpe el habla al recordar las épocas de su adolescencia en que no disponían de recursos. Por ejemplo, cuando ella tenía 13 años y su madre estuvo cuatro meses internada en un centro hospitalario, nos cuenta: “*Mis dos hermanos fueron hablar a la escuela, para ir a comer al comedor. [Llora]. O sea... perdón [llora].*”

²²³ Únicamente dos jóvenes cerrenses asistieron a centros educativos privados: se trata de los casos de Mario y de Roberto. Entre los casavallenses en cambio, sólo David y Ofelia no asistieron nunca a centros privados.

elección puesto que los cerrenses disponen de un solo centro educativo público, a nivel primario sí hay varias posibilidades, y la elección de dónde cursaría dicho ciclo no quedó librada al azar:

“Fui a la [nombre de la escuela pública]. Porque dentro del Cerro, incluso en el Cerro mismo, depende de la escuela a la que vayas vas a tener distinta calidad. No te estoy hablando de zonas aledañas. Yo vivía a dos cuadras de la [nombre de otra escuela pública], y sin embargo, no eligieron mandarme a esa escuela. También está la [nombre de otra escuela pública], pero tampoco. Por suerte. Fui a la [nombre de la escuela pública]; es linda esa escuela.”

Los jóvenes sienten que sus familiares los apoyan en la trayectoria escolar; incluso varios de ellos cuentan de experiencias concretas en que, registrándose algún problema específico en la escuela, cuentan con el respaldo y la confianza de algún miembro de su familia, en particular, la madre. Tal es el caso de **Aldo**, quien se define como “*muy familiar*”, y nos cuenta:

“Yo dibujaba todo el tiempo. A mí, en 6° año de escuela la maestra me quiso mandar al psicólogo, llamó a mi madre, seriamente, no? Le planteó que yo dibujaba mucho y no hacía las cosas en clase. Yo dibujaba mucho pero a su vez no tenía malas notas. Me acuerdo que en 6° pasé con Bueno, o con Bueno muy bueno, no me acuerdo bien, a 1° de liceo. Igual fui como bajando, no? Arranqué con Sobresaliente en 1° y hasta 6° fui bajando... Pero bueno, te decía que en 6° pasó eso con la maestra, y mi madre en vez de llevarme al psicólogo por el tema de dibujar, me anotó en un taller de pintura de telas. ¡Claro, mi madre me corrió para el lado para donde iba! [risas]. Y bueno, hoy por hoy soy artista plástico, hace 14 años que tatúo, me dedico a tatuar profesionalmente. Tal vez si mi madre me hubiese reprimido de esa manera hubiera sido mucho peor para mí, porque yo iba al taller de pintura de telas, canalizaba allí toda la energía que tenía para dibujar y después ya me acuerdo que más a fines de año, en tercer trimestre subí el rendimiento, porque venía con Bueno regular. Y bueno, ese fue más o menos mi tema en la escuela. La terminé a los 11. Y ya al siguiente año fui al liceo.”

Aldo comparte con los jóvenes de su *tipo* este sentimiento de apoyo familiar para poder sortear con éxito las dificultades que se presentan en el transcurso de la trayectoria escolar. Pero también traemos este pasaje de su conversación para destacar otro aspecto compartido en este *tipo*, que subyace de su relato: la comprensión, en este caso de su madre, de lo que él estaba necesitando, y que en su caso particular, sería clave para potenciar su vocación y lo que ha facilitado el desarrollo de una formación que en la actualidad le ha permitido profesionalizarse y hacer de ello su medio de vida.

Como veíamos en el capítulo anterior²²⁴ la familia juega también un papel clave en el inicio de la vida laboral de estos jóvenes, siendo que prácticamente todos han comenzado a trabajar en ocupaciones en las que sus padres se desempeñaban, o con amigos o vecinos de ellos. Más allá que estos trabajos implicaran casi siempre tareas de poca calificación y escasa remuneración, encontramos que tuvieron gran importancia en la transmisión de hábitos y valores de lo que se ha dado en llamar una “cultura del trabajo” (Newman, 1999).

No queremos decir con esto que las relaciones familiares estén exentas de problemas o conflictos, pero estos no adquieren un carácter tal que inhiba la generación de relaciones inter-generacionales basadas en el respeto y la solidaridad. Se trata de jóvenes que en su mayoría aspiran a desempeñarse laboralmente en ocupaciones que requieren de mayores calificaciones que las que han desempeñado las generaciones precedentes, y ello constituye una aspiración compartida con otros miembros de su familia, lo que refuerza el relacionamiento entre jóvenes y adultos por una parte, y por otra parte, no inhibe la valoración por parte de los jóvenes, de las tareas desempeñadas por sus padres.²²⁵

A diferencia de lo que se ha encontrado en otros contextos homólogos, para los jóvenes de este *tipo* el trabajo de los adultos, y en particular, sus familiares o vecinos constituye una referencia valorativa y en ocasiones un estímulo para continuar con su formación, sea en estudios terciarios, en educación no formal o en oficios.²²⁶ **Aldo**, por ejemplo, aunque es artista plástico y tatuador profesional, recuerda gratamente su primera experiencia laboral en donde aprendió el oficio de su padre, que es obrero de imprenta, y valora dicha experiencia como una habilidad adquirida con la que cuenta en el presente:

²²⁴ Específicamente, en el apartado 5.3.1.

²²⁵ En particular, Kessler ha planteado en sus trabajos acerca de los jóvenes en sectores populares de la Argentina (2004, 2009) que la crisis de la inserción laboral juvenil –concebida como una “crisis de las formas habituales de integración laboral” habría redundado en una “ruptura generacional” y de “desconfianza mutua”. Al respecto, señala que: “La crisis erosionó estos dispositivos tradicionales de ligazón generacional. Los jóvenes ya casi no entran en las fábricas ni se los ve trabajando en comercios locales y menos como aprendices de oficios. Esto explica, en parte, la sensación de extrañeza hacia los adultos y la dificultad para encontrar un lugar desde el cual relacionarse con ellos... La desconfianza mutua es, entonces, otra consecuencia de la crisis de las trayectorias más lineales que en el pasado conducían del espacio escolar al mundo del trabajo y de allí a formar parte de la comunidad adulta local.”(2009: 54).

²²⁶ Nos hemos referido anteriormente a los casos de Tatiana y de Camila, que comenzaron a trabajar con sus madres como limpiadoras, y cuentan con estudios de nivel terciario que se han propuesto concluir, dan cuenta de ello. David trabajó como limpiador y niño, sustituyendo a su madre en el trabajo cuando ésta se enfermó y ya no pudo volver a trabajar. También Ofelia y Aldo aprendieron los oficios de sus padres; ella el de su madre, en panadería, él, el de su padre, como operario de imprenta. Leonardo el de su abuelo, aprendiendo a reparar electrodomésticos. Por su parte, Silvina, Lorena, Tomás, haciéndose cargo de la atención al público en pequeños comercios locales de origen familiar. Por poner algunos ejemplos entre otros.

“[Tuvo su primera experiencia laboral] A los 15 años, con mi padre, en la imprenta. Era una máquina que medía como 22 metros de largo, de 11 por 11, una L, y yo aprendí a trabajar en la máquina, estuve un año, yendo de 6 a 11 de la mañana. Honorario iba, no cobraba dinero. Iba a aprender el oficio, como si estuviera estudiando, fui un año entero. La empresa todavía funciona, pero despidió a mucha gente. Ponele que habrían 80 o 90 personas y ahora hay 10 personas trabajando. Y el año pasado mi padre alquiló la máquina para hacer un trabajo a pedido y me llamó a mí, porque no podía pasar la hoja, y no podía pasar la hoja. Yo fui y después de casi...17 o 20 años después, resolvimos el problema y salió el trabajo, lo hicimos en tres días el trabajo. Pero yo tenía que conectarme con mi niñez, tenía que volver a conectarme con mi niñez y mis 15 años. Cuando entré, el ruido de la máquina, el olor al papel, a la tinta, me trajo una añoranza increíble, viste. Te juro que me veía yo parado más chico, haciendo arrancar la bobina ahí. Aparte a esa máquina se le pone una bobina que es como un rollo de papel higiénico enorme, pesa como 800 kilos, se pone de un lado, tiene todo un sistema de hilo, donde va el papel, entonces la máquina hace el margen rojo, el perforado, los renglones de los dos lados, las hojas que son de 70 por 90 y después cuando llega a la mesa de volteo, que es una ele, da vuelta la página y cuando es una hoja cuadriculada raya de un lado y del otro, cuando es una hoja rayada hace el margen del otro lado. Y después intercala las tapas, sale de la máquina, se va apilando, y después pasa la guillotina, pasa la cocedora, y ahí se hacen los cuadernos, súper interesante.”

Estos jóvenes no sólo participan de la “cultura de trabajo” que comparten con su familia, sino que hallamos que el hecho que muchos registren trayectorias laborales menos “lineales” o más “aleatorias” (Castel, 2009a), ello no supone en absoluto que tengan una relación más distante con el mundo laboral. Y ciertamente la familia parece jugar un rol central en que esto sea así y no de otra manera, proveyendo de “modelos de rol” y favoreciendo las rutinas cotidianas para la consecución de las actividades laborales de los jóvenes.

Poco más de la mitad de los jóvenes que integran este *tipo* se ha salido alguna vez de su hogar de origen.²²⁷ Con excepción de Silvina, quien se fue a vivir sola a los 16 años, la salida del hogar de origen se produce luego de los 21 años, siendo la edad promedio de la primera salida del hogar de 23 años.²²⁸ En todos los casos, la salida del hogar de origen se vincula con razones positivas, en particular, la satisfacción del deseo de una mayor independencia o para establecer un hogar con una pareja. Más de la tercera parte de los

²²⁷ El análisis aquí desarrollado carece de un abordaje que considere los resultados en función del momento del curso de vida en que se hallan los jóvenes. Pendiente que interesa desarrollar a futuro.

²²⁸ Ello ha ocurrido en 11 de los 20 casos que integran el *tipo*, 4 de Casavalle y 7 del Cerro. En 3 casos en los que se salió para vivir en pareja, se registra la vuelta al hogar al cabo de la separación: se trata de los casos de Julián y Martín del Cerro, y de Tatiana de Casavalle, quien volvió a salir de su hogar de origen formando otra pareja dos años después. La edad *media* de la primera salida del hogar de origen es de 22.91; los casavallenses salen más temprano (*media* = 22.25) que los cerrenses (*media* = 23.29). Como hemos venido señalando, Silvina constituye una excepción en el *tipo* en varios aspectos. Abordaremos este punto en la sección 6.3.1.6.

jóvenes ha tenido un hijo, en promedio, a los 23 años de edad (*media* = 22.71). Aquí, encontramos diferencias importantes de acuerdo al barrio de residencia. Entre los casavallenses, la mitad ha tenido un hijo: cuatro mujeres, que en promedio han sido madres a los 19 años. En cambio, sólo la cuarta parte de los cerrenses que integran este tipo ha tenido un hijo: tres varones, que han sido padres en promedio, a los 27 años de edad.²²⁹ A excepción de Carmen, todos han tenido a su hijo en el marco de una relación de pareja estable, aunque únicamente Ofelia, Aldo y Roberto continúan en esa relación de pareja. Más allá de la evolución de que han tenido sus relaciones de pareja, la llegada del primer hijo es valorada por todos los jóvenes como un cambio positivo que les implica mayores responsabilidades, para lo cual cuentan con el apoyo emocional y práctico de uno o varios miembros de su familia.²³⁰

En suma, las familias del “optimista realista” han implementado distintas estrategias que parecen haber influido con éxito en el resultado del proceso I-D de los jóvenes de este *tipo*. Lo cual ha sido posibilitado por los propósitos y la determinación a veces de uno o unos pocos integrantes del grupo familiar, pero que en todos los casos han tenido una relación muy cercana a estos jóvenes que, por otra parte, han crecido en un “clima familiar” desprovisto de episodios violentos, o circunscriptos a momentos muy puntuales en los que igualmente estos jóvenes pudieron contar con el apoyo de algún miembro de la familia (apoyo que ha implicado la contención afectiva pero también la colaboración en actividades muy concretas, como la colaboración en resolver dudas para la realización de tareas escolares). Aunque no se observan diferencias relevantes entre la conformación de las familias de los jóvenes de este grupo y la de los otros *tipos* si nos limitamos a considerar la situación de pareja de los padres, sí resulta claro que, para el “optimista realista” la familia constituye un lugar de protección y apoyo: la familia ha buscado alternativas y tomado decisiones acerca de lo que sería más favorable para ampliar las oportunidades educativas de los jóvenes, se han realizado esfuerzos económicos para favorecer la continuidad de su trayectoria educativa, en quienes se ha depositado confianza y expectativa.

²²⁹ Tres de las cuatro mujeres Carmen, Silvana y Tatiana que son madres, tuvieron a su hijo a los entre los 17 y los 18 años de edad. Ofelia, la otra madre del grupo, fue madre a los 24 años. La paternidad entre los cerrenses ocurre con posterioridad: Aldo tuvo una hija a sus 32 años, Julián a sus 22 y Roberto a los 27.

²³⁰ Volvemos sobre este punto en el apartado 6.3.1.6.

Todos ellos han superado el nivel educativo de sus padres, con quienes muchos se han iniciado en la vida laboral, aprendiendo sus oficios o colaborando en la atención de sus pequeños comercios. Pero han seguido buscando otros trabajos, más adecuados a las expectativas de desarrollo que ellos mismos, y también su grupo familiar, han ido elaborando.

6.3.4 El relacionamiento institucional

Al abordar las trayectorias institucionales de quienes conforman el *tipo* de “integración lograda”, un rasgo saliente en el tipo de relacionamiento observado refiere a una actitud proactiva de los jóvenes en los distintos ámbitos institucionales con los que se vinculan. En ambos barrios, estamos ante jóvenes que, durante buena de su trayectoria, parecen estar buscando generar(se) oportunidades de vínculos institucionales diversos, o de mejorar la posición y el desempeño propio en las instituciones en las que participan. Ahora bien, si esta actitud del “optimista realista” resulta recurrente y por otra parte, se manifiesta en mayor o menor medida en todos los casos que integran el *tipo*, con independencia del barrio, encontramos diferencias en los recorridos institucionales de estos jóvenes.

Por una parte, identificamos un camino –el recorrido por la mayor parte del *tipo*–, centrado en el relacionamiento en un primer momento, con instituciones educativas fundamentalmente en el ámbito de la educación formal, que se va combinando progresivamente con el relacionamiento con instituciones del mercado de trabajo hasta que, el ámbito laboral se consolida como el “lugar” en el que los jóvenes desarrollan sus vínculos; otras veces, el relacionamiento con las instituciones educativas es complementado con aquél que se establece con el mercado de trabajo, con gradaciones variadas y variables. Un segundo camino identificado en este grupo es aquel recorrido por un sub-grupo de jóvenes que, además de vincularse con instituciones del sistema educativo formal y/o del mercado laboral, ha recurrido a organizaciones de la sociedad civil que desarrollan proyectos de inserción social o apoyo al desarrollo comunitario en el ámbito barrial. En este sub-grupo hallamos además, unos pocos casos con una vinculación prolongada en el tiempo con instituciones estatales en el marco de su participación en programas de asistencia económica, capacitación en oficios o artes, y/o inserción laboral.

También los jóvenes se relacionan con instituciones de salud –tanto públicas como privadas- aunque únicamente cuando lo requieren por enfermedad o en menor medida, por controles preventivos. Este relacionamiento tiene lugar entonces con frecuencia variable, pero nunca adquiere un carácter de relevancia en términos de tiempo e importancia asignada. Aunque varios jóvenes tienen familiares próximos fallecidos, la atención en las instituciones de salud no se constituye como problema ni como temática sobre la que se explayan demasiado siendo que, por una parte, todos se hallan en mayor o menor medida conformes con la atención a la salud a la que acceden y por la otra, ninguno relata problemas de salud de ellos o de sus familiares que podrían haber sido derivados de una atención inadecuada. Como hemos señalado en el capítulo anterior, ninguno de estos jóvenes ha incurrido en acciones delictivas en el pasado, ni tampoco tienen amigos o familiares próximos que hayan estado presos como consecuencia de tales acciones; en ese marco, la relación con la policía se restringe a los contactos derivados de su circulación por el barrio y la ciudad. Y no se registran contactos con instituciones carcelarias. Es así que con distintos grados, el relacionamiento institucional de los jóvenes del *tipo* de “inserción lograda” acontece en los ámbitos educativos y/o laborales.

Con respecto a los dos caminos institucionales recorridos, señalamos que el primero se corresponde con trayectorias más “suaves”²³¹ Se trata de jóvenes que, mayoritariamente durante el cursado del segundo ciclo de la escuela secundaria, han comenzado a trabajar, y luego de rotar por algunos puestos de trabajo, han obtenido un empleo en el que les interesa permanecer y tienen oportunidades de hacerlo, o han logrado desarrollar una actividad como cuenta propistas que les reditúa en términos económicos pero también vocacionales.²³²

El segundo camino es aquel trazado por aquellos para quienes el relacionamiento con instituciones de la sociedad civil o del gobierno local ha condicionado fuertemente la situación en la que hoy se hallan en el proceso I-D. Además de vincularse

²³¹ Utilizamos la terminología que para el análisis de las transiciones y trayectorias juveniles realiza Furlong (2003), donde denomina “suaves” a aquellas caracterizadas por transiciones más lineales y menos problemáticas, contraponiéndolas a las “arduas” y “sinuosas”.

²³² Se trata por ejemplo, de los casos de Julián y Aldo en el Cerro, quienes laboran en la fabricación de tamboriles el primero, siendo titular de una micro-empresa ubicada en el Parque Tecnológico Industrial del Cerro; y desempeñándose como tatuador por cuenta propia y artista plástico el segundo. Entre quienes trabajan en relación de dependencia, cabe traer el caso de Tatiana, de Casavalle, en tanto caso ejemplar. Tatiana estudia la Licenciatura en Trabajo Social, y hace dos años que ha logrado insertarse en un trabajo relacionado en una organización de la sociedad civil de su barrio.

preponderantemente con instituciones de educación formal y/o con instituciones laborales, para estos jóvenes, la disponibilidad de algunos recursos institucionales en el ámbito barrial ha sido clave para el desarrollo de sus trayectorias laborales y para emprender *rut*as que no hubieran podido tan siquiera imaginar sin la mediación de las instituciones con las que se vincularon. “*Yo trabajaba todo el día, vendiendo comida para perros y estaba contentísimo con eso*”, nos cuenta **Roberto**, y continúa:

“Si vos me preguntás, ¿cómo arrancaste con tu vida artística? Básicamente, gracias a la Intendencia, que inauguró el Florencio Sánchez, con la Intendencia de Arana fue que se inauguró, pero el proyecto venía de antes. Si no hubiese abierto el Florencio Sánchez, yo no hubiera nunca empezado teatro, no hubiese conocido a Diego y a Alicia, no me hubiese ennoviado con mi mujer, no hubiese cantado nunca con [músico muy reconocido, al menos en el ámbito nacional], no hubiera entrado a la murga, y de ahí todo lo que siguió [su participación actual en programas radiales, televisivos y en shows artísticos]. Lo que te quiero decir es que se abrió una puerta, no es que yo la generé: alguien me abrió una puerta, de un teatro nuevo a dos cuerdas del liceo. Se abrió la puerta y me invitaron a pasar.”*

La pregunta por los comienzos de su actividad artística no fue necesaria de realizar, a tal punto este joven tiene presente las condiciones que hicieron posible que estos tuvieran lugar. Como vemos en su relato, Roberto tiene una clara conciencia que la creación de un centro cultural de las características del “Florencio Sánchez” en su entorno barrial tuvo un fuerte impacto para los niños y adolescentes del barrio que, como a él, se les “abrió una puerta”.²³³ En el caso de este joven, la disponibilidad de un recurso institucional habilita y permite el desarrollo de una trayectoria laboral que había sido impensada hasta entonces. Con anterioridad a su incursión laboral en el mundo artístico, Roberto había tenido varios trabajos de corta duración, mal remunerados y sin protección alguna (“...*repartiendo cigarros, como ayudante de cocina, pelando papas, remolacha, zanahorias, limpiando y eso*”) hasta que había logrado cierta estabilidad laboral en el comercio de venta de comida canina anteriormente por él mencionado. Hasta los 23 años (5 años atrás), su trayectoria describe transiciones “arduas” y “sinuosas”. Para Roberto, la experiencia de participación

233 El Centro Cultural “Florencio Sánchez” fue inaugurado en el año 1997; cinco años antes, el gobierno municipal había llamado a licitación para la recuperación edilicia del local donde funcionaba un antiguo cine del barrio. Desde entonces, comenzaron a elaborarse distintos proyectos para su funcionamiento impulsados fundamentalmente por vecinos del barrio. El Florencio, como generalmente le llaman los cerrenses, ha funcionado ininterrumpidamente desde ese momento, promoviendo entre otras actividades, la formación y participación de adolescentes y jóvenes en actividades teatrales y otras actividades artísticas. Es un centro de referencia en el barrio, que los vecinos sienten como propio y constituye actualmente un punto de referencia en el circuito cultural montevideano. Al respecto, véase el Capítulo 3, sección 3.2.1.

en “El Florencio” ha significado un “punto de quiebre” en la medida que ha alterado – positivamente- su trayectoria laboral, generando un impacto de largo alcance en los otros dominios de su vida.²³⁴

Si el apoyo institucional permite a algunos jóvenes desarrollar y afianzarse en un área de interés, profesionalizarse y aprovechar la oportunidad para hacerse de una *ruta* exitosa, para otros se vuelve indispensable como “factor de protección” que les permite ampliar los “recursos de base” (Furlong, 2003). Entre los jóvenes de ambos barrios encontramos situaciones de “integración lograda” que no podrían explicarse sin tomar en cuenta los apoyos económicos, formativos y/o de inserción laboral mediados por instituciones ejecutoras de programas sociales. **Lorena**, del Cerro fue despedida de su anterior empleo como niñera con cama, de acuerdo a su interpretación, “*porque yo retomé los estudios y la doctora [con la que trabajaba] no quería que estudiara, bah, le daba lo mismo, pero quería disponer de mis horarios como estaba acostumbrada.*” Tras un largo periodo de desempleo, en el que nos cuenta que le costaba mucho juntar el dinero necesario para ir a un ciber café y enviar su currículum a los puestos de trabajo que con anterioridad seleccionaba semana a semana de la oferta disponible en el periódico, comenzó a asistir a un curso de capacitación ofrecido por una organización de la sociedad civil. Progresivamente, la situación económica de su familia registraba una leve mejoría, siendo que su hermano había conseguido, mediante conocidos del barrio, un empleo bien remunerado y que, por otra parte, su hogar había quedado seleccionado como beneficiario del Plan de Emergencia (PANES)²³⁵

“Y bueno, hice un curso en una ONG, en Plemuu [Plenario de Mujeres del Uruguay], en Proimujer.²³⁶ Empecé el curso en Plemuu, y estuve todo el año. Entre el juicio

²³⁴ La noción de “punto de quiebre” (*turning point*) es central en la perspectiva del curso de vida. Entre otros, puede consultarse Elder, Kirkpatrick y Crosnoe, 2003.

²³⁵ El Plan Nacional de Atención a la Emergencia Social (PANES) se implementó en el año 2005, con el objetivo básico de combatir las situaciones de indigencia en las que una proporción antes desconocida de la población uruguaya había quedado como efecto de la crisis económica desencadenada en el año 2002

²³⁶ El Programa Proimujer es desarrollado por el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social (MTSS) - Instituto Nacional de Empleo y Formación Profesional (INEFOP) y es gestionado por Entidades de Capacitación (ECAS), en su mayoría organizaciones de la sociedad civil. Está dirigido a personas mayores de 25 años de edad, principalmente mujeres y busca contribuir al fortalecimiento de las políticas activas de empleo, mediante el “desarrollo de aquellas capacidades que favorecen el acceso de las personas (especialmente de las mujeres) al mundo del trabajo en condiciones de equidad.” Opera en tres modalidades: capacitación con inserción laboral (prácticas laborales), capacitación sin inserción laboral y capacitación dirigida a población en seguro de desempleo.” Por mayor detalle:

<http://guiaderecursos.mides.gub.uy/mides/text.jsp?contentid=6388&site=1&channel=mides>

y que hacía el curso y todo estuve todo un año sin trabajo. Parte de las cosas que te dan es arreglarte la boca. Y me saqué el carnet de salud, tengo la boca arreglada y tengo trabajo, por Plemmu. (...) Tuve abogada, del Plemuu, porque les interesó el caso de mi despido. Pero no hubo forma. Igual a mí me sirvió, aprendí muchas cosas con ellas, sobre los derechos laborales, y hoy por hoy, tengo trabajo y soy delegada. ¡Me eligieron delegada general de las auxiliares del sector salud en el sindicato! Al principio me daba como un... miedo no, no sé. Pero ahora me encanta, porque muchas compañeras ni saben los derechos que tenemos, mucho menos van a saber defenderse.”

Como en el caso de Roberto, la situación laboral actual de Lorena está mediada por una participación institucional que le ha permitido ampliar sus oportunidades laborales y hacer más gratificante la actividad desempeñada. Como para los cerrenses, para los casavallenses también el relacionamiento institucional permite ampliar las oportunidades laborales, pero ello ocurre de manera predominante, en un nivel más básico: no se trata meramente de diversificar o fortalecer capacidades, sino que en la mayoría de los casos, constituye un factor clave para la trayectoria de *logro* laboral.

Planteábamos en el capítulo anterior el caso de **David**²³⁷, un joven que trabajó durante muchos años como limpiador, niño y portero de edificios residenciales, combinando sus trabajos con sus estudios en la escuela secundaria. Antes que asistir a un liceo, prefirió formarse en una UTU, para obtener una formación en oficios durante el cursado de sus estudios secundarios. Este joven destaca la vinculación con varios de sus profesores como un apoyo clave para persistir en sus estudios, tanto por la contención emocional que recibió de ellos como por la información y orientación que en ese ámbito le brindaron acerca de oportunidades laborales. Lo que le permitiría hoy desempeñarse en una actividad de su interés, con buena paga y derecho a un amplio conjunto de prestaciones sociales.

“Allá en la UTU había feeling con los profesores viste, vos conversabas, charlabas, ellos se preocupaban. Era como en la escuela, pero ya más adulto, y varios sabían por lo que yo estaba pasando [jornadas laborales extenuantes, madre enferma psiquiátrica]. Ta, capaz que no tenía tanto nivel como un liceo, pero para mí sí, porque aprendí a cocinar, que es lo que me permite hoy estar donde estoy, viste. Y ellos siempre te están avisando de un trabajo acá, o de ir a una fiesta a hacer el servicio, o que hay que preparar algo... yo qué sé, un montón de cosas. Ellos me avisaron del llamado [a concurso en su empleo actual]. Con dos de ellos hasta el día de hoy seguimos contactados. Ahora hace mucho que no voy por allá, pero siempre que puedo, cada tanto, no? Siempre que puedo me doy una vuelta.”

Es así que las formas de relacionamiento institucional que los casavallenses han desarrollado les significaron un “punto de quiebre” en sus trayectorias, permitiéndoles

²³⁷ Véase sección 5.3.1.

actualmente una proyección laboral con la que antes no contaban, pero además, permitiéndoles superar situaciones de pobreza y condiciones laborales muy desfavorables.²³⁸

Finalmente, cabe mencionar que todos los jóvenes de este grupo manifiestan interés por asuntos de política nacional, interés que es refrendado por el conocimiento –aunque en grados variables- de los temas que se discuten en la coyuntura actual, pero también por aquéllos que han calado hondo en la historia nacional. Aunque “La Política” en sí misma a muchos parece no interesarles, cuando conversamos sobre temas específicos como los resultados de la votación para la anulación de la Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado²³⁹, los jóvenes muestran conocimiento e interés por los acontecimientos de la vida política nacional. Opinan, discuten, discrepan y acuerdan con los programas sociales implementados en los últimos años en el país, pero lo que es claro, es que los conocen y que se han interesado en conocerlos. Conocen sus derechos como trabajadores y valoran que se los respete en tanto ciudadanos.

En suma, en el *tipo* de “integración lograda” predomina un relacionamiento con instituciones del ámbito educativo y laboral como ámbitos claves que otorgan sentido a la experiencia biográfica a la vez que permiten ampliar las oportunidades de desarrollo personal. Tanto entre los jóvenes de Casavalle como entre los del Cerro, hallamos una actitud proactiva y un interés por diversificar los vínculos institucionales. Para unos y otros, los apoyos institucionales con los que han contado en el curso de vida contribuyeron al logro de la situación de integración en la que se hallan actualmente. Con la diferencia que, para los casavallenses, la posibilidad de acceso a algunos dispositivos institucionales y el relacionamiento con profesionales que laboran en las instituciones en que participaron, les ha significado, de manera predominante, la generación de las condiciones para su integración laboral y para potenciar desde allí, una *ruta* de integración social. En tanto que para la mayoría de los cerrenses que integran este *tipo*, la integración laboral pareciera haberse logrado con independencia de intervenciones institucionales específicas. No obstante, ello no quiere decir que el relacionamiento institucional sea un elemento

²³⁸ Para otro ejemplo de ello, traemos en el análisis de la capacidad de agencia, el caso de Silvina. Punto desarrollado en el siguiente apartado.

²³⁹ Esta Ley fue firmada a la salida del periodo dictatorial; protege a los militares implicados en el régimen represivo de ser juzgados. Desde la reapertura democrática, la iniciativa de anulación de dicha Ley fue dos veces plebiscitada y las dos veces no se alcanzaron las adhesiones suficientes para ser anulada.

irrelevante, puesto que ha contribuido a ampliar capacidades y oportunidades que han redundado en el reforzamiento de *rut*as de integración social.

6.3.5 El desarrollo y las limitantes de la agencia

Las experiencias de vida de los jóvenes que conforman el *tipo* de “integración lograda” evidencian el esfuerzo y compromiso con que han procurado alcanzar las metas que se han trazado. En particular, en términos de formación y de inserción laboral, pero también en términos relacionales y de formación de pareja. Se trata de planes que han ido elaborando y readecuando en el curso de sus trayectorias, es decir, en la mayoría de los casos, observamos que los jóvenes han ido readaptando sus propósitos al tiempo que han logrado avances en los caminos que se han propuesto recorrer, proceso que ha contribuido al desarrollo de su capacidad de agencia.

El futuro no aparece exento de dificultades. Especialmente en lo que refiere al desempeño en actividades laborales que les permitan no sólo mejorar la situación económica actual, sino proyectarse y desarrollarse en un empleo con posibilidades de volcar sus intereses y estudios. Es ello lo que más les preocupa. No obstante, todos los “optimistas realistas” comparten la expectativa que en el mediano plazo –cinco años- ello sea posible.

“De acá a cinco años... Pienso estar recibida, me gustaría estar haciendo algo con respecto a eso. No me gustaría dejar de trabajar acá, dejar a mi hermana sola con esto, no me parece. Me gusta esto [abarrotes, comercio familiar], en esto me crié, toda la vida atrás del mostrador, viendo a mis padres...”²⁴⁰ Pero tampoco me quiero quedar sólo con esto, la verdad. Y si sigo así, creo que sí, en cinco años podría estar trabajando como Trabajadora Social, más con todos los programas que hay ahora, en el MIDES o en alguna ONG, pero me gustaría que fuera acá en la zona. ¡Siempre acá! [risas] (...) Sí, mi novio también se quiere quedar, capaz para entonces ya podemos pensar en alquilarnos una casita por acá cerca...” (Cecilia, Cerro)

“Pah, difícil, ha dado tantos giros mi vida que, eh, no sé, pienso que muchísimo más estable económicamente que ahora, siempre fue una necesidad de mi vida lo económico, si bien mi madre cuando estaba bien nunca me hacía faltar

²⁴⁰ Los padres de Cecilia se hallan jubilados actualmente, habiendo trabajado siempre como cuentapropistas en un comercio local de venta de carnes. Los hermanos mayores de Cecilia continuaron con el rubro y actualmente tienen un pequeño supermercado en la Villa del Cerro. Hace menos de dos años Cecilia, junto con su hermana menor, se independizaron de sus hermanos y abrieron un abarrotes en frente del supermercado.

nada, eh, ella se mataba laburando. Pero espero que podamos vivir bien, y tranquilos así, estabilidad económica, y ya haber terminado mi carrera también”*
(David, Casavalle)

La proyección a cinco años en una mejor situación que la actual aparece como viable tanto entre casavallenses como entre cerrenses. Unos y otros consideran que sus esfuerzos y decisiones redundarán en el logro de sus objetivos. Sobre este particular, no hemos hallado diferencias entre los jóvenes de ambos barrios. Tampoco hemos encontrado formas diferenciadas de ejercicio de la agencia de acuerdo al género de los “optimistas realistas”. Predomina en este grupo, con independencia del barrio de procedencia, una importancia central acordada al ámbito laboral; entre quienes están estudiando actualmente, el desempeño en una actividad laboral vinculada con sus estudios se visualiza como la mayor motivación.

Lo que sí hemos podido distinguir es que entre los jóvenes que se hallan estudiando en el nivel terciario, tanto de Casavalle como del Cerro, predomina una expectativa de futuro que supone el cambio de su actividad laboral actual, para quienes no han logrado aún la inserción laboral en una ocupación vinculada a sus estudios. O, a la inversa, los estudios han sido readecuados conforme se han obtenido puestos de trabajo que proveen protección social y estabilidad laboral.

En el capítulo anterior abordamos el caso de Camila, quien habiendo finalizado la escuela secundaria, comenzó sus estudios de Licenciatura en Ciencias de la Comunicación, periodo durante el cual preparó un concurso para ingresar al sector público en el Poder Judicial, para desempeñar tareas administrativas. Traemos aquí su caso en tanto “ejemplar” del tipo de agencia que ejercen los jóvenes en situación de “integración lograda”.

Habiendo obtenido dicho puesto de trabajo, esta joven se ha propuesto el ingreso a la Facultad de Derecho, puesto que de la experiencia que ha adquirido en su empleo actual, sabe que ello le va a abrir puertas y le permitirá seguir desarrollándose en su trabajo. Luego de desempeñarse en varias ocupaciones inestables y muy mal remuneradas, aunque ya ha obtenido un empleo estable que triplica en términos salariales la remuneración que obtenía en su ocupación anterior, Camila sigue proyectando a futuro, trazándose metas conforme a su situación presente. Nos cuenta:

“¡Estoy contenta! El año que viene me voy a anotar en la facultad de Derecho para hacer carrera técnica, porque si hacés la carrera Administrativa es larguísima y es muy injusta. Tengo compañeras que hace tres años que están trabajando ahí y ves que saben muchísimo y la diferencia salarial es mínima... Claro, yo cuando salí del liceo tenía pensado estudiar Derecho, pero todo el mundo me decía que está lleno de Abogados que no ejercen y bueno. ¡Claro es verdad! La Facultad que tiene más estudiantes y egresados es la de Derecho, este...y la veía difícil. Y bueno ta, empecé esto de Comunicaciones a ver si por ahí... Pero ahora que estoy ahí adentro ya es otra cosa porque, sé que si estudio tengo más chance.”

Como los jóvenes de su tipo, en la experiencia biográfica de Camila ha predominado la presencia de una agencia *pragmática-evaluativa*, en donde los elementos *proyectivos* e *iterativos* no han estado ausentes. En diferentes momentos de su vida Camila debió sobreponerse a “momentos críticos” (Thompson, 2002): sus padres se separaron cuando ella tenía 3 años de edad, y a los seis años la madre formó otra pareja con la que se fue a vivir a una de las zonas más deprimidas del barrio, en un terreno ocupado por varios familiares de su nuevo padrastro:

“Mi madre conoció al papá de mis hermanos y ta se mudaron para acá, él era de este barrio y me arrastraron acá.”

El alejamiento de su familia paterna, producto de la separación y reforzado por la mudanza a otro barrio, significó una pérdida para esta joven.

“Porque al principio estaba complicado, lo veía [a su padre] con visitas muy puntuales, por juez fue todo eso. Y extrañaba mucho a mis tíos y a mis primas. Fue horrible, al principio fue horrible. Aparte llegar acá, todo nuevo, y esto que no ayuda mucho además... Pero todo nuevo, la escuela... y yo negra además, mirá que son crueles los niños... porque yo no era una niña muy activa, no era más bien tímida, retraída y me costaba pila socializar pero siempre me hacía por lo menos de una amiga, una aliada para el recreo y ta hablábamos de pavadas e íbamos para allá y buscábamos un lugarcito, un rinconcito medio oscuro para poder meternos y no llamar la atención. (...) Nueva, negra, este... tímida que no hablaba con nadie era el blanco perfecto [de las burlas de sus pares]”

La adaptación de Camila a su nuevo entorno fue problemática, y la infancia en su recuerdo es un periodo “*difícil*”, que se vio agravado por el fallecimiento del hermano que le seguía en orden de edad, cuando ella tenía 11 años. Para Camila, ello significó, además de una dolorosa pérdida, una etapa de alejamiento con su madre, a quien recuerda como muy “*triste*” y “*ausente*”. Más tarde, ya en su adolescencia, Camila nos cuenta que tuvo otro periodo en que se sentía muy desanimada, tiempo en el cual debió recurrir a asistencia psicológica por problemas de anorexia:

“Primero trataba como de ignorarlo, pero llegó un momento que no iba, estaba como media deprimida. Me acuerdo que... si podía no ir no iba, me hacía la dormida y me quedaba durmiendo, hubo un tiempo que fue así. Pero cuando empecé a sentirme mejor ya me puse a estudiar, porque si no iba a perder el año. Y ahí como ya era más grande, me iba a lo de mis primas y mi tío me ayudaba [su tío paterno, con las dificultades que encontraba en las asignaturas curriculares de la escuela secundaria]. Pero todo ese tiempo me costó, me costó... estaba como en “piloto automático””

Es así que durante aproximadamente tres años la actitud de Camila fue predominantemente adaptativa [*agencia iterativa*], aunque ello no le impidió continuar con sus estudios en la secundaria, y progresivamente comenzar a trazarse metas [*agencia proyectiva*]. Aunque en su narración ella enfatiza mucho este periodo de su vida, cuando analizamos su historia de vida encontramos que pese a las dificultades, ha dedicado su infancia y adolescencia a los estudios, empeñándose en el logro de sus metas, que en aquel entonces consistían en finalizar la escuela secundaria (nivel de estudios que sólo un tío paterno había alcanzado en su familia). Una vez finalizado dicho nivel, ha evaluado las posibilidades y alternativas, ha tomado decisiones que ha readecuado a sus nuevas circunstancias, actuando de manera pragmática de cara concretar la posibilidad de materializar su sueño familiar (ayudar económicamente a su madre para poder mudarse del barrio) y su sueño personal:

“Tener una profesión... no sé, lo que me gustaría es saber que sé hacer algo, que lo hago bien, que está bueno, sentir que lo que uno hace sirve para algo. (...) ¿Hijos? No, no, por ahora ni loca. Por lo menos hasta que termine la Facultad. Ta, capaz que conozco a alguien que me mata y bueno, cambio de idea, pero no creo, no me gustaría tener un guri así porque sí. Es horrible como los tienen...”*

Subrayamos el último pasaje pues remite a un aspecto recurrente que surge de los relatos de los jóvenes –especialmente entre los casavallenses- vinculado a las estrategias que han adoptado para alcanzar las metas que se han propuesto: construir para sí un futuro diferente que aquél que observan entre sus pares, los otros jóvenes del barrio, antiguos compañeros de escuela. En una investigación referida a los caminos transitados en la “larga y tortuosa carretera hacia la adultez” por los que han transitado los jóvenes procedentes de un barrio marginado de la periferia de Estocolmo, Peterson (2011) analiza la capacidad de agencia en términos de “las formas de resistencia” a los obstáculos que haber crecido en dicho barrio les presenta. De dicho análisis, el autor encuentra que el temor de posibles identidades –que los jóvenes identifican en otros jóvenes del barrio que participan de la

“cultura de la calle”- es clave en la movilización de la capacidad de agencia de los jóvenes. Los “otros” constituyen un factor de riesgo que es necesario evitar como modelo de referencia.

Tener hijos “porque sí”, ser latero*, incursionar en actividades delictivas constituyen comportamientos de los que estos jóvenes han querido distanciarse. Y ese deseo ha reforzado una actitud de compromiso con actividades estudiantiles y/o laborales, la reflexión acerca de las posibilidades de futuro y la elección de estrategias que han contribuido a forjar el predominio de la agencia *pragmático-evaluativa*.

Un caso límite en este *tipo* es el de **Silvina**. De origen social muy pobre, residente en la zona más estigmatizada del barrio (“Los Palomares”), de ascendencia racial negra²⁴¹, trabaja desde los 18 años en una organización no gubernamental localizada en la zona de Casavalle. Como muchos jóvenes de su comunidad barrial, ese trabajo constituye la primera ocupación en la que firmó un contrato laboral de un año de duración.²⁴² En entrevista con el coordinador del programa de capacitación laboral de dicha institución, nos cuenta de Silvina:

“Vos no sabés lo que era, bravísima, ella y tres o cuatro gurisas que entraron con ella, todas de los Palomares [Comunidad Misiones-Casavalle]. Era difícil hablar con ella cuando estaba con esas gurisas, pero se notaba que tenía muchas ganas, la apretabas un poquito y se ponía a llorar. (...) Siempre protestando por todo, era brava, pero laburando mucho siempre... muy prolija.” [Técnico de ONG]

Progresivamente, Silvina fue haciendo su propio trayecto laboral, hasta que le ofrecieron un cargo de coordinadora general de las cuadrillas de barrido, lo que implicaba no sólo un reconocimiento a su labor y una mejora en su salario, sino también la oportunidad de realizar cursos de capacitación laboral y la oportunidad de hacer de su empleo una ocupación de duración indeterminada.

Nunca tuve problemas con nadie, pero nunca anduve mucho con los gurises tampoco, me concentré en el laburo. [Cuenta Silvina de sus primeros años en la ONG]

²⁴¹ Las personas con ascendente racial afro en el Uruguay tienen mayores probabilidades de ser pobres y de obtener empleos que les permitan salir de dicha situación (Cabella, 2008).

²⁴² Esta ONG se dedica a la formación y capacitación en oficios de jóvenes de la zona. Hace ya muchos años (por lo menos una década) que la firma de un convenio con el Municipio para la realización de tareas de barrido y limpieza en distintas áreas de la ciudad y oficinas públicas ha posibilitado la contratación de cuadrillas de jóvenes a los que se les hace un contrato laboral de un año de duración (pasados los tres meses de prueba) con posibilidad de extensión a dos años, al cabo de los cuales no hay posibilidad de renovación.

Venía, trabajaba, hacía pila de suplencias también, porque faltan todo el tiempo los gurises, y de repente ni avisan, entonces me llamaban que había que cubrir a alguien y ahí salía yo corriendo. En lugar de trabajar cuatro horas, hacía ocho horas porque siempre estaban llamando a cubrir de un lugar a otro... pasé por todos lados. Después me dieron la propuesta para entrar al barrido que era más plata, que eran seis horas y también buenísima. Fui una de las mujeres que fundé el barrido, yo y cinco compañeras más, fuimos las que empezamos a barrer la Unidad Casavalle.”

Hace año y medio que Silvina se desempeña como coordinadora general de las cuadrillas, lo que resalta como una tarea de “*mucha responsabilidad*” que le significó un desafío que al principio no sabía si podría afrontar con éxito:

“Muchos nervios y la responsabilidad es mucha, es mucha responsabilidad. Si no tenés la cabecita bien puesta, es como que no lo podés hacer... En realidad cuando me ofrecieron el cargo de coordinadora general les dije, ‘bueno, pruebo por tres meses si vos me prometés que si yo en tres meses no puedo, si vemos que no sirvo para esto vengo y te digo y me rescindís el contrato y vuelvo a mi cargo.’”

Para Silvina, “tener la cabecita bien puesta” implicó una selección minuciosa de su grupo de amigos y de las relaciones que ha ido cultivando en el curso de su experiencia de vida.²⁴³ Aún cuando no ha seguido sus estudios en la enseñanza formal más allá del Ciclo Básico, realiza todos los cursos de capacitación laboral a través de la institución en la que labora, siempre que sus horarios se lo permitan. Si su experiencia en la ONG ha significado un “punto de quiebre” en su trayectoria, ella ha continuado haciendo planes y actuando de manera generar las condiciones para hacer posible una mejora de su nivel de vida. Aunque aún no ha logrado satisfacer su deseo de mudarse del barrio, cuestión que le preocupa pues no quiere que su hijo crezca en ese barrio, esta joven ha logrado sortear las condiciones adversas que su origen social y su ubicación residencial le plantearon. Tuvo una oportunidad de trabajo y la aprovechó, y durante su desempeño laboral, tuvo la capacidad de generarse otra oportunidad que le ha significado una mejora importante en su situación. Claro está, no aspira a tener estudios universitarios, ni a desempeñarse en ocupaciones para las que no está calificada: aunque “limitada” a sus circunstancias, su capacidad de agencia se ha desarrollado y se sigue reafirmando en las actividades cotidianas.

Los casos de Camila y de Silvina, ambas jóvenes residentes en la zona más deprimida de Casavalle, revelan que en aún en condiciones adversas, estamos ante jóvenes que con mucho trabajo, dedicación y reflexión sobre sí mismos y su entorno, se hallan en situación de “integración lograda” y en una ruta de crecimiento personal y ocupacional. Si

²⁴³ Hemos desarrollado este aspecto en el apartado 6.3.1.2.

en el caso de Camila, la fuerza de voluntad, conjugada con la dedicación y la preocupación constante por encontrar oportunidades que le permitieran “crecer” sobresalen en su historia, en el caso de Silvina la disponibilidad de un recurso institucional que supo aprovechar resultó clave como apoyo para colocarse en la *ruta*.²⁴⁴

Aunque estas historias son personales, la mayoría de los integrantes de este *tipo* comparten el despliegue de una capacidad de agencia en la que predomina, junto con la reflexión y la capacidad de proyectarse en el futuro, una actitud pragmática en el presente que favorece la experiencia biográfica. Señalan Emirbayer y Mische (1998: 1994/1997-1999) que el locus de la dimensión agencial *pragmática-evaluativa* es la *contextualización* de la experiencia social, mediante la deliberación y problematización de las situaciones presentes, en diálogo con el pasado y con el futuro, de manera de favorecer la toma de decisiones y lograr ejecutarlas. Incrementando su capacidad de evaluación práctica, los jóvenes fortalecen sus habilidades de ejercicio de la agencia, lo que les permite (al menos potencialmente) perseguir sus proyectos de manera de generar cambios y transformaciones en los contextos situacionales de su acción. Se trata de jóvenes cuya capacidad de agencia contribuye a contrarrestar una “base de recursos” débil, favoreciendo las posibilidades de ampliarla (Furlong, 2003). En los casos en que la base de recursos es más amplia, las expectativas y actitudes de estos jóvenes también se caracterizan por el predominio de una agencia de tipo *pragmático-evaluativa*, siendo entonces más esperables los resultados favorables.

²⁴⁴ En la historia de vida que analiza Berger (2008) también encuentra que la disponibilidad de ciertos recursos institucionales y de los profesionales que hicieron viable que un joven pudiera aprovecharlos resulta central en el desarrollo de la agencia *pragmático-evaluativa* que coadyuvó al proceso de integración social.

6.4 La “desafiliación consumada” como resultado de la trayectoria

6.4.1 La “comunidad barrial” como espacio habitado

Los jóvenes en situación de “desafiliación consumada”, han nacido y crecido toda su vida en los barrios en los que trabajamos.²⁴⁵ En la mayoría de los casos, pertenecen a la segunda o tercera generación que habita en su zona de residencia. Los padres o abuelos de los casavallenses llegaron al barrio algunos procedentes del interior del país, en busca de mayores oportunidades laborales. Los que llegaron antes –entre 1970 y 1980-, los “abuelos”, habían sido desalojados de otras zonas de la ciudad, en un plan de erradicación de rancheríos implementado durante el gobierno dictatorial. Fueron asignados a viviendas estatales construidas a tales fines. También registramos dos casos de familias que, residentes en barrios consolidados de la ciudad, se mudaron a Casavalle puesto que debido a la liberalización del mercado inmobiliario y la suba de precios, no pudieron continuar solventando sus rentas.

En fin, se trata de familias que se instalaron -o fueron “instaladas”- en el barrio como “depósito”²⁴⁶; no encontrando lugar en otras zonas de la ciudad, aquellos terrenos despoblados eran una opción o un destino: algunos encontraron allí un terreno donde “levantar el rancho”, otros, fueron “depositados” en viviendas concebidas como transitorias, que se convirtieron en permanentes.²⁴⁷ La llegada de los cerrenses a su barrio se explica por una lógica similar. Se trata de familias que encontraron en las zonas más deprimidas del Cerro la posibilidad de alojamiento. Los destinos residenciales de estos jóvenes aparecen claramente vinculados a una situación de escasez de recursos económicos

²⁴⁵ Únicamente 2 de los 8 casos que componen este *tipo* han residido algunos años fuera del barrio; en ambos casos, se trata de jóvenes casavallenses que llegaron al barrio siendo niños: Gustavo, a los 10 años y Washington a los 4 años de edad.

²⁴⁶ Hemos desarrollado este aspecto en el Capítulo 3.

²⁴⁷ Recordemos que todos los jóvenes que integran este *tipo* residen en las zonas más desfavorecidas al interior de Casavalle y del Cerro (Confr. Anexo 5, sección A5.2). Como hemos señalado en el Capítulo 3, el poblamiento de dichas zonas tuvo lugar principalmente por la ocupación de terrenos de propiedad estatal, o por la acción de planes estatales de realojamiento de habitantes de otras zonas de la ciudad (Confr. Cap.3).

de sus familias.²⁴⁸ En la mayor parte de los casos se trata de familias de muy bajos recursos económicos.

La vida cotidiana de los jóvenes entrevistados cuya *transgresión* de las normas básicas de convivencia social los ubica en una situación de “desafiliación consumada” se desarrolla predominantemente dentro de los límites del entorno barrial. Durante la infancia y la adolescencia, las rutinas cotidianas de estos jóvenes se desarrollaron enteramente dentro de los límites de la zona habitada: los desplazamientos para asistir a la escuela primaria, para atender la salud, para visitar amigos y parientes quedaban restringidos al barrio habitado. Con excepción de Pancho, del Cerro, quien es el único joven en este *tipo* que actualmente asiste a un centro educativo y de Washington, de Casavalle, quien hizo algunos intentos infructuosos por completar el primer año de la escuela secundaria en una institución pública ubicada en un barrio contiguo,²⁴⁹ observamos que los desplazamientos por otras zonas de la ciudad tienen para estos jóvenes, un carácter esporádico: la vida se ha desarrollado y se desarrolla actualmente, prácticamente en su totalidad, dentro de los límites de la zona. Esto no parece ser un problema ni es motivo de queja para estos jóvenes, que prefieren moverse en “su” territorio, puesto que allí “se manejan”. Como nos cuenta **Valeria**, de Casavalle:

“Sí, cuando no me queda más mercadería, si pude juntar unos pesos me voy hasta el barrio de los judíos [zona Comercial antes de llegar al Centro, de comercios principalmente mayoristas y de segunda mano]. Me bajo del ómnibus, cruzo la calle y ahí compro, me hacen rebaja porque ya me conocen. Y después me tomo en la puerta y me vuelvo rapidito para acá ¡No camino ni una cuadra!... No, es que no me gusta andar por ahí, que uno no conoce a nadie, no sabe lo que puede pasar. Acá yo porque me manejo. ¡Acá me sé manejar! Si alguno anda de vivo, acá sabés viste, porque toda la vida acá. (...) Antes iba a buscar el surtido al Mercado [Mercado Agrícola], pero no me gustaba, además me pasaba peleando, porque te encajan la fruta podrida viste... una rabia! Y un día iba a terminar mal, viste. Ahora la voy a buscar a la casa de mi tío [su tío vive en Los Palomares] Hay un hombre que va al mercado, y la bolsa de verdura y de fruta te la cobra a 50 pesos. A mí me sirve viste. Viene morrón, cebolla, zanahoria, te pone un poco de todo. Y es barato viste, a mí me sirve.”*

²⁴⁸ Esto se verifica como motivo constante de llegada al barrio en todos los casos que integran el *tipo*. No obstante, ello no quiere decir que en todos los casos la problemática económica persista hasta la actualidad, como veremos en el apartado 6.4.3

²⁴⁹ Como hemos comentado en el capítulo anterior, Pancho se halla actualmente cursando con grandes dificultades, el primer año de la escuela secundaria, en una modalidad específica para jóvenes de bajos recursos con problemas de rendimiento (Programa de Aulas Comunitarias). Washington, por su parte, es el único joven en situación de “desafiliación consumada” que completó la escuela primaria sin registrar repetición. No obstante ello, durante tres años comenzó a cursar la escuela secundaria sin lograr completar el primer año. “Estaba para otra, pasa que ya era...”, “iba a joder nomás, ya no quería seguir”, nos explica.

Entre los jóvenes de ambos barrios observamos esta actitud de retraimiento de la ciudad, que contrasta con el uso que realizan de los espacios públicos del barrio. Se trata de jóvenes que se sienten a gusto en sus comunidades, en donde por lo general son conocidos por sus vecinos, con quienes tienen relaciones de distinta índole, unas veces de confianza, otras de confrontación.

Álvaro ocupó un predio en una zona de núcleos asentados en un terreno inundable próximo a la bahía, al borde de la Villa del Cerro, en lo que los locatarios denominan “La Curva”:

“Yo no salgo de acá, salgo de La Curva y me pierdo. A veces voy acá, al muelle, a ver a los pescadores, o salgo a requechar, porque ahora estoy sin trabajo. Ando acá, en la vuelta... Lo más lejos que voy es al Casabó, a ver a mi madre. ...Acá me encanta. Me gusta la zona, acá es tranquilo, y ahora que me enganché con la pesca, yo no me muevo de acá [mira el mar]”*

La salida del barrio es, por lo general, vivida con nerviosismo y aunque ello puede ser pensado como limitante para el desarrollo de las actividades, en particular, las laborales, en la medida de lo posible estos jóvenes tratan de evitarlo. En repetidas ocasiones, conversamos con Valeria sobre sus posibilidades de “salir” a vender su mercadería en el transporte colectivo, estrategia de venta muy común entre los vendedores ambulantes. Valeria tiene su clientela en el barrio, entre los vecinos pero también entre los trabajadores que se desempeñan en la escuela primaria y en el centro de salud. Pero cuenta que “*cada día es más difícil*” puesto que, entre sus vecinos “*no hay plata! Nadie te compra nada ya!*”. Pese a ser consciente que de las acotadas posibilidades de su clientela, no concibe probar la salida a ofrecer su mercadería fuera de su entorno barrial inmediato –“Las Sendas y Los Palomares”-. “*¿Estás loca, vos? ¡No, ni muerta, me muero de vergüenza, además me pierdo seguro!*” repite cada vez que volvemos sobre el tema.

Álvaro muestra voluntad de conseguir un trabajo, pero busca alguna actividad en la zona, puesto que sus experiencias de tránsito por la ciudad le hacen sentir inseguro:

“La otra vez agarré el diario y ta, conseguí trabajo. Bah, me citaron para las dos de la tarde. Para descargar unos camiones ¿Y viste que yo te digo que si salgo me pierdo? Bueno, ta, dicho y hecho: salí y me perdí. Y no encontré el trabajo. Y no encontré el trabajo; eran las 3 y media y andaba caminando para un lado y para el otro, hasta que me di vuelta, me volví para acá. (...) Además preguntás algo y te miran como si les fueras a hacer algo, ta, y ahí ya me dan ganas de meter lío, así que dije: ‘no, me vuelvo’, y me volví.”

Washington dice no haberse sentido nunca discriminado. *¿Discriminado cómo? ... No, no, nunca.*”, nos responde. A diferencia de lo ocurrido en la mayor parte de las conversaciones entabladas con los jóvenes ubicados en situaciones más favorables en el proceso I-D, en donde el tema de la discriminación surge a partir de relatos que los propios jóvenes traen, aquí es necesario explicitar y ejemplificar qué es lo que queremos saber. Así, le contamos a Washington que, por ejemplo, varios jóvenes nos han relatado que, buscando trabajo, se han encontrado con que sistemáticamente no son considerados para los puestos disponibles por su pertenencia barrial.

Gonzalo nos cuenta que en todas las solicitudes de búsqueda de empleo que llenan, cuando se les pregunta donde viven, ya saben que no los van a llamar.

“...veo muchas cosas, muchas injusticias. Si tengo que ir a buscar un empleo a las siete de la mañana, ya pienso en que para qué voy a ir, y ya me quedo. Y es lo peor; porque es ahí donde uno tiene que agarrar más fuerza y decir: ‘Vamos a salir adelante’, no? Pero es bravo, porque si vos estás viendo todas esas cosas, todas esas injusticias, te enterás de que tomaron al sobrino de fulano... Esas cosas te desalientan. Vos vas a llenar una ficha y decís: ‘Soy del Borro’ o ‘Soy de la Gruta de Lourdes’ y bueno, tu ficha se corre a un costado y vamos a ver quien más viene. O sea, si viene del Prado, si viene de la Unión, si viene de... Me entiende? Es un tema que es tal cual, tal cual!”

Más allá de la perseverancia o el desaliento que pueda observarse en la búsqueda de trabajo, se enlaza en los relatos de varios varones con los que conversamos, particularmente de Casavalle, un elemento común que podría sintetizarse como sigue: el barrio condiciona en forma importante las posibilidades de conseguir trabajo. ¿De qué forma éste se yergue como sujeto social que marca una exclusión binaria y los deja fuera del mercado de trabajo? Los jóvenes de Casavalle cuentan que en las solicitudes de búsqueda de empleo que llenan, cuando se les pregunta donde viven, ya saben que no los van a llamar. *“Capaz que era por eso que no me llaman de los trabajos, ¿o no?”* piensa en voz alta Washington. En cambio, ninguno de los dos jóvenes cerrenses relata experiencias similares, ni considera que es probable les suceda.²⁵⁰

Pese a este tipo de dificultades que estos jóvenes identifican como derivadas del lugar de residencia y del escaso equipamiento disponible en el espacio público, el barrio habitado

²⁵⁰ Recordemos no obstante, que de los jóvenes del Cerro que integran este *tipo*, únicamente Álvaro se ha desempeñado en distintas ocupaciones, siendo que Pancho tiene 15 años y actualmente no busca trabajo.

se constituye como un territorio que les brinda seguridad en sus movimientos cotidianos. Un lugar del que no quieren irse.

“Me gusta el barrio, no sé qué es lo que me puede gustar, pero me gusta... ¿Qué es lo que más me gusta de este barrio? Yo que sé, la plaza, esta plaza me gusta, después no hay más nada, y sí, no hay más nada que esté bueno.” (Lucía)

“A mí me encanta esta placita [plaza que hemos denominado “Casavalle”]. Pero es bastante nueva. Era todo campo esto, lo hicieron hace poco. Hay otra para allá arriba [refiere a la plaza que los vecinos denominan “Los Palos” –pues cuenta con unos palos de madera como juegos-; queda a unas 10 cuadras, en Jardines del Bonomi], pero si vas para allá arriba es para buscar lío. Porque ahí se enganchan a jugar al fútbol, después sino se ponen a fumar porro contra el muro, a fumar yo que sé, cosas, y es pa’ líos, que pasas por ahí, los miras y se recontra persiguen.” (Washington)

Así, la plaza y la esquina del pasaje del complejo habitacional, son lugares habitualmente frecuentados por los jóvenes. Apreciamos aquí un comportamiento diferenciado de acuerdo al género: las dos mujeres, ambas madres, utilizan el espacio público barrial casi que exclusivamente con sus hijos: a la salida de los niños de la escuela, es frecuente verlas acompañándolos en la plaza de la Policlínica Casavalle. Entre los varones, la mitad frecuentan algunos lugares del barrio -la cancha de fútbol, algunas esquinas específicas- en pequeños grupos²⁵¹, y la otra mitad prefieren “andar solos”.

En síntesis, para los jóvenes en situación de “desafiliación consumada” la vida cotidiana se ha desarrollado, desde la infancia, en la proximidad de la zona. Hasta el presente, las salidas del barrio son muy esporádicas. Tanto para los cerrenses como para los casavallenses, la zona habitada es el lugar donde estos jóvenes se sienten seguros y cómodos: hay una utilización cotidiana de los espacios públicos del barrio –plazas y esquinas-. No se trata que ignoren que los espacios se hallan mal equipados ni que no reparan en las pocas opciones con las que cuentan en las zonas en que habitan; no obstante, la salida del barrio se restringe a actividades puntuales en las que deben trasladarse generalmente, al centro de la ciudad. Así, parecen evitar la exposición a ser estigmatizados

²⁵¹ Es interesante notar que quienes se vinculan en pequeños grupos son los de menor edad: Pancho, Washington y Pablo. Pancho es el único joven al que siempre vemos acompañado de otros jóvenes, y parece ser el “cabecilla” del grupo; anotamos en el cuaderno de campo: *ejerce liderazgo negativo*. En cambio, Washington y Pablo comparten las rutinas cotidianas con uno o dos jóvenes, algunos de ellos familiares (primo y hermanos respectivamente).

y a vivir situaciones de discriminación, por lo que sostenemos que utilizan estrategias de “protección por evitación”.

6.4.2 Los “pares”: permanencia o ausencia

Las formas de sociabilidad entre los jóvenes que integran este *tipo* están pautadas por una distinción clara entre *amigos* y *compañeros*. Las trayectorias de vida en los ámbitos que han frecuentado estos jóvenes no dejan amigos, no hay amigos de la escuela salvo excepciones muy puntuales; de las breves experiencias laborales, no quedan amigos y mucho menos, entre quienes tienen historias de consumo de drogas: quedan “compañeros”.

“¿Amigos? Amigos, amigos... tenía antes. Ahora los amigos no, no... están medios abiertos de uno. Pero es por esta porquería [consumo de pasta base] que se te abren. Yo antes iba a la casa de ellos, pero ahora, como que no te dan mucha cabida, no te dejan. Pero todo es por miedo a que les falten cosas de la casa... es por eso que no te dejan. Compañeros hay muchos, pero por la pasta se dan vuelta: por una quemadita [inhalación de PBC] te dan una puñalada por la espalda, no sabés lo que es. Entonces no tengo amigos.” (José)

Por otra parte, quienes han tenido relaciones problemáticas con el consumo de drogas cuidan especialmente la selección de sus vínculos. Valeria ha logrado dejar el consumo de pasta base de cocaína nos cuenta:

“No, amigas no tengo. Amigas no tengo. La única amiga que tengo es la [psicóloga especializada en fármaco-dependencias con la que se trata en el centro de salud barrial]. Después, te lo juro, no tengo amigas. No tengo amigas, no. [en “Los Palomares”] Es todo chusmerío, todo quilombo*, todo guacherío*, faltan el respeto a la gente. Cosas que acá [En “Las Sendas”] no sentís nada. Allá es todo relaxo, de madrugada acá son las 8 de la noche y no vuela una mosca. Entonces yo quiero tranquilidad. Nomás el otro día yo andaba ahí [en los Palomares] vendiendo, y una le encajó un fierro [arma de fuego] a otra, se agarraron a las piñas dos atorrantas, todo relaxo, y no respetan nada, que hay criaturas ni nada, nada, nada. Se agarran a tiros dos por tres. Y criar a tus hijos, te vuelvo a repetir, en ese ambiente, no. Yo tengo hijos viste, tengo mi carácter ya te digo, yo me hago respetar viste. Es que si no te hacés respetar...!”*

Estos jóvenes comparten la preferencia por “andar solos” para poder “estar tranquilos”. Aunque casi todos mencionan a un amigo o amiga que es especial pues ha demostrado a lo largo de los años su permanencia pese a los problemas que puedan haberse suscitado –fundamentalmente derivado de las actividades delictivas o del consumo de PBC por parte del joven-, el “verdadero amigo” es poco frecuentado, a diferencia de los

“compañeros”, con quienes la proximidad espacial y la similitud de las rutinas hacen coincidir. Pero estos “pares” no son considerados como referentes, ni consultados en los momentos difíciles.

En este sentido, la influencia negativa del grupo de pares en el sentido señalado por distintas investigaciones (Wilson, 1987; Kaztman, 1997 entre otros) no parece adquirir mayor relevancia entre estos jóvenes, que sostienen relaciones de baja intensidad con la mayoría de los pares con los que se vinculan. Y raramente realizan actividades como grupo. Claro está, puede que la influencia del “grupo de pares” haya sido más relevante durante la adolescencia, que lo que los jóvenes refieren en su reconstrucción. No obstante, en el análisis de sus historias encontramos que en ningún caso la participación en algún “grupo de pares” haya sido el desencadenante del proceso de desafiliación.

De hecho, Pancho es el único joven menor de 18 años y el único que da cuenta de una sociabilidad entre pares desarrollada predominantemente en un grupo, y se expone en narraciones de cómo él y su grupo se ganan “el respeto” –de manera similar a la relatada por Valeria-: por la confrontación y la violencia física.²⁵² Aquí sí podemos observar que las prácticas desarrolladas en el marco del relacionamiento con el grupo de pares abonan una lógica de retroalimentación de situaciones violentas que pueden derivar en procesos de autodestrucción.²⁵³

“A mí me respetan porque... Antes nadie respetaba a nadie, hasta que ta, hasta que un día... A mí nunca me faltaron el respeto, pero a veces se colgaban y descansaban, así. Una vuelta un loco me empieza a cazar de pinta y yo me quemé la cabeza, y ta, porque los pibes de ahí, yo era chiquito y me cambiaban los pañales ellos, y ahora crecí y ando con ellos. Llegué del liceo y estaban arreglando un muro los locos de ahí de la cancha, y yo le dije al loco: ‘este muro de acá, dejámelo que es mío’ Y el loco me dijo de todo [insultos] Y lo sacamos chato de la cuadra de mi casa, porque lo vimos ahí y le dijimos: ‘salí de acá, porque acá rastrillos no queremos’ y se me acercó así y me tiró un piñazo, y yo me tiré para atrás pero igual me pegó: Cuando me pegó me le tiré arriba, así, y me le prendí y le entré a dar. Y después lo vi de vuelta, sentado en la vereda de la casa de mi novia, y me quemé la cabeza, me vino tremenda bronca. Fui corriendo y me le tiré arriba. Le di contra todo, él me partió el labio, pero yo le di de bomba. Ta, y ahora tremendo respeto me tienen.”*

²⁵² La investigación de Bourgois (2010) muestra la autodestrucción como resultado de la búsqueda de los sujetos por “ganarse el respeto”. Hemos apreciado durante distintas instancias de nuestro trabajo de campo que entre estos jóvenes hay un relacionamiento violento (gritos, actitudes corporales y eventualmente golpes) como manera de imponer respeto entre otros jóvenes del barrio.

²⁵³ A la manera tratada por Bourgois, 2010. No obstante, no es posible afirmar el desenlace negativo como inevitable. Entendemos que la capacidad de agencia como “resistencia” puede también favorecer un proceso de reversión de las prácticas autodestructivas. Ampliamos este aspecto en el apartado 6.4.5.

Pero a esta suerte de orgullo por el respeto conquistado ante “otros como nosotros”, se le contrapone “nosotros deteriorado”. Cuando los jóvenes relatan cómo son los “compañeros”, parecen retratarse a sí mismos. De hecho lo explicitan, y justifican en gran medida el alejamiento de los “verdaderos amigos”. En palabras de **Gonzalo**:

“Ahora lo que me muevo es buscando droga y ta, nada más. ¡Vamos a hacernos sinceros! Ahora ya no tengo vínculos de parar en una plaza para charlar, tomar mate, no, no. Y yo los entiendo a los pibes, entiendo que se cansen. Yo haría lo mismo, creo.”

En suma, para los jóvenes en situación de “desafiliación consumada” el relacionamiento con el grupo de pares está cargado de permanencias –de aquellas relaciones de la infancia y la adolescencia que no han sido sustituidas ni modificados sus términos- o de ausencias –de los amigos, con los que todavía se puede contar, pero con una confianza disminuida, disminuida también la confianza en sí mismos. Aunque ante los “compañeros” puedan haber “ganado el respeto”.

6.4.3 Relaciones de familia, relaciones de riesgo

La infancia y la adolescencia de todos los jóvenes que integran este *tipo* se ha desarrollado en hogares mono-parentales, con varios hermanos y a veces, otros familiares. Con excepción de Pancho, que vive con su padre y hermanos pues su madre los abandonó cuando él tenía 5 años de edad, un rasgo común a los otros siete casos es la ausencia del padre durante la mayor parte de la vida de los jóvenes. Álvaro, el otro joven cerrense aún ve a su padre, aunque muy esporádicamente: sus padres se separaron cuando él tenía 9 años, y según nos cuenta, desde entonces no tiene mucho contacto con él, ni sabe mucho de su vida.

“De mi padre, la historia de él no la sé mucho, desde los 9 o 10 años que no vivo con él, que mi madre se peleó con él. Vive en el Casabó, ta, y lo veo cuando voy para allá. Él no trabaja, se rescata con la diaria nomás, sale a requechar* botellas, metales, latas... Ta, y así es como se rescata él. Pero ta, no sé mucho, no tengo mucho contacto con él. Lo veo si voy al Casabó a ver a mi madre y él anda por ahí; o si voy a ver a mi hermana.”*

Además, llama la atención aquí que el padre de cada uno de los seis casavallenses en situación de “desafiliación consumada” es fallecido. Únicamente los padres de Lucía, Gustavo y José no se habían separado al momento del fallecimiento del padre; en los otros

casos (Valeria, Pablo y Washington), el alejamiento del padre del hogar se había producido desde la infancia del joven, habiendo sido encarcelado y/o asesinado.

En este escenario, encontramos que los jóvenes han convivido mayoritariamente con otros “padrastrós”, parejas más o menos ocasionales de sus madres, con quienes establecen relaciones de afectividad y conflictividad variable. Y, con excepción de Lucía, todos han convivido durante algún periodo de su infancia y adolescencia con hermanos y medio-hermanos, con quienes comparten únicamente el padre o la madre. El DCO tiene, en promedio, 6 hermanos y/o medio-hermanos. Aunque la posición ocupada entre los hermanos es variable, observamos que sólo en dos casos (el de Gonzalo y el de Lucía), los jóvenes son los menores entre sus hermanos; los demás jóvenes ocupan, en igual proporción, posiciones intermedias o son los hermanos mayores. La distancia etaria promedio entre los hermanos es de menos de dos años de edad.

Las experiencias compartidas con los hermanos cobran relevancia en los relatos de estos jóvenes, la mayoría de las veces, para hacer referencia a situaciones problemáticas que les ha tocado vivir con ellos, y en ocasiones, que les han enemistado. Entre estos jóvenes no surge, al menos no con relativa estabilidad, una figura referente en el entorno familiar próximo. Aunque los jóvenes en situación de “desafiliación consumada” siguen en contacto con sus madres –exceptuando Pancho-, con quienes algunos todavía conviven, en el mejor de los casos sus relatos traducen un respeto y un vínculo de afecto más declarado que ejercido. En otros casos, la madre es directamente una figura negativa, que ha representado y representa un riesgo en tanto “modelo negativo de rol”.

Los relatos de los jóvenes acerca de sus historias familiares revelan que las experiencias de la infancia y la adolescencia han sido signadas por las carencias económicas en el grupo familiar, representando en algunos casos, un verdadero obstáculo al desarrollo personal. Se trata de jóvenes que nacieron y crecieron en familias en situación de pobreza extrema, para quienes la búsqueda de recursos económicos mediante distintas estrategias familiares los han involucrado desde niños: tanto Lucía como Pablo, desde muy pequeños, recorrían algunas zonas hurgando entre desechos, o eran enviados por sus familias a ejercer la mendicidad. Las otras situaciones familiares no parecen haber sido de tal grado de carencia; no obstante, todos los jóvenes que integran este *tipo* nos hablan con mayor o menor énfasis de carencias materiales y de momentos específicos en que las

dificultades de satisfacer necesidades de la vida cotidiana constituían el núcleo de preocupación.

Más allá de la gravedad de las situaciones de necesidad y las privaciones económicas que de los jóvenes que integran el tipo DCO han debido enfrentar, lo que destaca en los relatos es la marca de formas de convivencia familiar signadas por la presencia casi permanente de conflictos y tensiones que cuyo impulsor o desencadenante está fijado por el joven en un miembro del grupo familiar, pero que afecta el entorno y la calidad de las relaciones entre los distintos miembros de la familia. Son variadas y duras las situaciones de violencia que estos jóvenes traen a nuestras conversaciones; situaciones de violencia física por parte de algún miembro del grupo familiar hacia ellos -como es el caso de los seis jóvenes casavallenses que integran este *tipo*-, de abuso sexual -como es el caso de las dos mujeres, casavallenses- y situaciones de violencia verbal y abandono -como es el caso de los dos jóvenes cerrenses.- A las situaciones de violencia vividas por estos jóvenes en las que son ellos mismos protagonistas de las agresiones recibidas, es necesario agregar que el clima familiar en su conjunto se torna adverso y hostil: ello es común a los jóvenes de ambos barrios, que relatan duras peleas entre sus padres y/o engaños amorosos entre ellos.

Para estos jóvenes, así como para sus padres, la experiencia educativa ha quedado restringida a la escuela primaria en casi todos los casos. Estamos ante familias con un escaso “capital cultural” (Bourdieu, 1991), en las que las interacciones familiares se desarrollan durante periodos prolongados en la vida de los jóvenes, en un clima de conflictividad y en donde las expectativas de la familia respecto de la educación del joven no parecen ser relevantes. En los relatos de los jóvenes las conversaciones acerca de la vida escolar y el apoyo de algún familiar en la tarea escolar son cuando mucho, raros. Sostenemos pues que el ámbito familiar se configura como un “factor de riesgo”, en particular en este punto, de riesgo de abandono escolar.²⁵⁴ Los “pesimistas transgresores” han heredado un bajo capital cultural, detentan escasas expectativas en torno a su educación

²⁵⁴ En una investigación acerca de las combinaciones de factores individuales y/o familiares para obtener oportunidades de abandono escolar distintas a las esperadas según el capital familiar heredado, Móttola (2010) ha encontrado que, para el caso uruguayo, las formas de relacionamiento y las interacciones cobran centralidad. Así, sostiene que los adolescentes que tienen menores intercambios con sus padres y relaciones más conflictivas pueden aumentar hasta cuatro veces sus posibilidades de abandonar los estudios, más allá del capital cultural acumulado por sus familias, sus expectativas o las características del grupo de pares.

y ello tampoco es revertido por sus padres u otros familiares, en un entorno familiar cargado de interacciones conflictivas. Por otra parte, observamos que en ambos barrios, los jóvenes han asistido a la escuela pública del barrio que les corresponde por lugar de residencia, no habiendo sido identificada ninguna estrategia familiar que buscara apuntalar el desarrollo de una experiencia educativa exitosa y gratificante.²⁵⁵

El caso de **Valeria** resulta prototípico de muchos de los rasgos característicos de las relaciones de familia que hemos venido comentando, es así que nos detenemos en su historia. Conocimos a Valeria al otro día de su cumpleaños número 30 años. Nuestra primera charla se desarrolló una tarde, venía de dejar a sus dos hijas en la escuela y nos sentamos en un banco de la plaza de enfrente a conversar, mientras su hijo más pequeño se hamacaba. Habiéndola contactado por intermedio de su psicóloga, “*la única, la única persona que se puede confiar acá*”, no dimensiono al principio la importancia de lo que ella me dirá ese día:

“Es que la [psicóloga] me dijo que son muy amigas ustedes y que vos querías hablar conmigo. Y yo cuando te vi, sabía que capaz que íbamos a ser amigas, eso se ve viste, yo estoy muy acostumbrada a andar mirando, porque acá son todas unas atorrantas que se hacen las amigas y por un poco de pasta [base] se acuestan con tu marido igual.”*

Tal vez ello contribuya a explicar que, transcurridos diez minutos de conversación, Valeria se echara a llorar, relatándome algunas características de su historia familiar. Veamos el siguiente pasaje, en que le pido me aclare en orden cronológico con quien(es) ha vivido, pues esta joven tiene ocho hermanos vivos y comienza contándome cuando en su adolescencia, por escapar de situaciones violentas vividas en el núcleo familiar, se iba a casa de alguno de ellos, o de su “suegra”:

[Durante la mayor parte de su infancia y adolescencia]

V: *Mirá, es así. Vivíamos: mi madre, mi padrastro, y mis hermanos.*

E: *¿Cuántos hermanos tenés? ¿qué edades tienen?*

V: *Al mayor de mis hermanos lo crió mi abuela, a los dos mayores. No sé porqué, eso se lo tenés que preguntar a mi madre. Hay dos que no se criaron en mi casa. Uno lo crió mi abuela, el mayor. El Marcelo, que tiene 34. Después está la Mónica, que tiene 32, esa la crió mi madre. Después está Chirola que le dicen, mirá, es mi hermano y no le sé el*

²⁵⁵ Todos los jóvenes asistieron a la escuela pública del barrio más cercana a su domicilio, es decir, la que se le asigna automáticamente por el Consejo de Educación Primaria si no se asiste con anticipación a pedir la inscripción del niño en alguna escuela específica. A diferencia de lo que cuentan estos jóvenes, hallamos varios de los jóvenes integrantes de otros tipos asistieron a escuelas públicas barriales “elegidas”; hemos señalado por ejemplo el caso de Matilde, entre los jóvenes en situación de integración lograda; pero también es el caso de Federico y de Fabricio, ambos residentes en las zonas más deprimidas de Casavalle (jóvenes que de acuerdo a nuestros criterios de construcción, integran los tipos de “integración anhelada” y de “desafiliación resistida” respectivamente.

nombre... pobrecito, mirá, está horrible, anda metido en la lata. Lo crió una tía de él por parte de padre. Ellos vivían en Toledo, murió esa mujer y agarró para la droga. Mi madre no lo registra. El Chirola tendrá 31, sí, porque nos llevamos todos un año. Después sigo yo, 30, después la Sandra 29, el Máximo 28, tengo uno que está preso, tiene 23 años el Papo. Todo una escalerita así. [Menores que ella] Sí, la Tota, de 18, después el Daniel, de 15, y ta. Y después el que se murió, que ese fue antes de la Tota. El Máximo antes era amigo de mi novio, antes... Del que es mi marido el día de hoy, mi único novio. Mirá, no sé pa' qué tantos hermanos, ayer fue mi cumpleaños y ninguno pasó a saludar; no fue nadie a saludar, vos podés creer? Ni mi madre fue, que está todo el día ahí sentada, en la puerta de la casa, incapaz de agachar la cabeza y pasar a saludar. Ya no les importo, como ya no me pueden usar más... [se le llenan los ojos de lágrimas, se le entrecorta la voz, me pide perdón]*

Desde que Valeria era una niña, su madre estuvo ausente de su cuidado y del de sus hermanos; les dejaba cuidándose unos a otros. Cuando cumplió sus 11 años, su madre había quedado embarazada de su nueva pareja y siendo esta joven la mayor de las mujeres entre sus hermanos, ya no pudo seguir asistiendo a la escuela primaria: la niña sería más útil en su casa y era hora de iniciarla en el negocio familiar: el procesamiento y tráfico de drogas. Su tarea, preparar los cigarrillos de marihuana y, cuando la policía llegaba a la casa, entretenerlos saliendo desnuda a recibirlos, para que estos se demoraran en allanar la vivienda. En el siguiente extracto podemos leer algunos rasgos salientes de la conflictividad en el hogar de origen de esta joven, quien era abusada por su padrastro, el padre de su actual marido:

E: *¿En ese entonces tenías novio?*

V: *A ver, ese es otro tema. El hijo de mi padrastro es mi marido hoy por hoy. El hijo del marido de mi madre es mi marido. Él iba a visitar a su padre con los hermanos y ya éramos novios de gurises, a escondidas ¿no? [el padre de Valeria y el de su actual marido estaban presos y compartían celda]. Ta, y después él pasaba preso, pasaba preso, y como yo era menor no podía ir a verlo. Y mi madre sabés qué, la boca de ella era un excusado. Me decía cualquier cosa... hasta que me cansé y me fui. Me fui un día, para la casa de mi hermano [ubicada en un "Palomar", a pocos metros] y me viene a buscar, a los gritos: "vamos pa' casa ¡puta de mierda!", "mirá, si querés encerrarme encerrame, pero no vuelvo más contigo", le decía. Más por el marido de mi madre que por mi madre, la verdad.*

E: *¿Por qué por el marido?*

V: *Porque yo fui abusada por él viste. Fui abusada y mi madre no sabe nada...*

E: *¿No supo ella?*

V: *No. Yo nunca le dije... [llora, nos quedamos un rato en silencio, y retoma]*

¿Sabés por qué nunca le dije? Porque ella hasta el día de hoy está re enamorada viste? Yo tenía miedo –mirá lo que es mi cabeza- tenía miedo que le pasara algo si le contaba, viste. Yo ya vengo mal de familia, siempre todo mal, mal, una vida mal, sufriendo.

E: *¿Qué edad tenías vos cuando empezó a pasar eso?*

V: *Nueve. Nueve años tenía. Me tenía que acostar vestida y qué hacía? Dormíamos en cuquetas, éramos Sandra, la Mónica y yo. Entonces teníamos cuquetas, y yo me metía en la cama, apretaditas cosa que no nos fuera a tocar. Y [él] esperaba que se durmiera mi madre*

y andaba rondando el cuarto. ¡Y yo no podía dormir! Siempre con esa angustia, mal. Ta, y yo hice hasta cuarto de escuela. Ta y después mi madre tuvo un bebé [con él] y nació con el síndrome de Down, sietemesino, estuvo siete meses internada en el hospital: sietemesino, con el síndrome de down, un problema en la tráquea, todo virus que andaba se lo agarraba él; hasta que un 24 de diciembre murió; mi madre siempre en el hospital. Y ta, y nosotros quedábamos ahí viste, y él pasaba en pedo, todo el tiempo tomaba, le prendió fuego a la casa de mi madre...

E: *¿A propósito?*

V: *Sí. Porque ¿qué pasa? Apareció mi padre. En el...93 apareció mi padre. [silencio, queda pensando] Sí, 1993 apareció mi padre. Yo no lo conocía, porque él estaba preso en Punta Carretas, salió y se fue para Buenos Aires, yo tenía 13 años cuando apareció mi padre. Y de celos que apareció mi padre, porque mi padre venía y nos traía cosas viste, estaba un rato con nosotros, y lo esperaba acá en la placita yo, y viajaba con él pa Buenos Aires. Me arregló el DNI en el 93 pa' que pudiera viajar con él pa' Buenos Aires. En el 95 fue la última vez que yo vi a mi padre. Lo mataron allá en Buenos Aires.*

E: *¿Lo mataron?*

V: *Sí, los milicos*, en una joyería. Andaba robando mi padre. Mataron como a tres uruguayos. La última vez que lo vi fue en el 95 que me llevó a festejar mis 15 años allá en Buenos Aires. Después de ahí... me dijeron que lo habían matado, y sí, lo habrán matado, porque él como era conmigo viste, venía como dos o tres veces al mes, a traernos cosas. Y ta, [el marido actual de su madre] le prendió fuego a la casa de mi madre, y a mí me odiaba con toda el alma, porque yo me iba. ¡Claro, qué me voy a quedar ahí!*

Entre los jóvenes entrevistados que integran este *tipo*, la infancia y la adolescencia tienen una duración muy acotada: de niño se empieza a trabajar, de adolescente se sale busca la transición residencial, casi siempre para escapar a la convivencia conflictiva en el hogar de origen. Estos rasgos son más acentuados entre los casavallenses que entre los cerrenses. Entre los últimos, los relatos de historias de familia revelan episodios más o menos regulares de conflictividad y la ausencia de referentes familiares fuertes. Pero entre los casavallenses, a ello cabe agregarle situaciones de violencia vivida (azotes y golpizas por parte de su padre y de su hermano mayor en el caso de Lucía; golpes y rotura de objetos por parte de su madre alcoholizada en el caso de José, por agregar algunos ejemplos al abuso sexual por parte del padrastro en el caso de Valeria, mencionado párrafos atrás). También a diferencia de los cerrenses, los casavallenses, todos, han tenido un inicio precoz²⁵⁶ –antes de los 15 años- en el desempeño de actividades laborales.²⁵⁷ Lucía, Pablo,

²⁵⁶ Por “precoz” entendemos el comienzo del desempeño de actividades laborales antes de los 15 años de edad, conforme se establece en el Código de la Niñez y la Adolescencia de Uruguay, los 15 años como edad mínima en la que se admite el trabajo de adolescentes, sea en empleos públicos o privados en cualquier sector de actividad.

²⁵⁷ Cabe mencionar también que únicamente en este *tipo* observamos que las mujeres comenzaron a trabajar más tempranamente que los varones. Por otra parte, ninguno de los jóvenes que integra el *tipo* de “integración lograda” ha tenido un inicio precoz en el mercado laboral. En los *tipos* intermedios, ello se da sólo entre dos

Valeria y José son quienes han comenzado a trabajar más tempranamente (a los 7, 10, 11 y 12 respectivamente): desde la infancia, fueron hurgadores, cuida-coches, armadores de cigarrillos de marihuana; también desde la temprana adolescencia comenzaron a desear salirse del hogar de origen para poder “estar tranquilos”. Con excepción de Pancho, de 15 años de edad, todos los jóvenes que integran este *tipo* se han salido de su hogar de origen, al menos por un año, siendo la edad promedio de salida del hogar, de 17 años.

Washington, de 18 años, vive con su madre, sus tres hermanos menores y el novio de su madre, en “los Palomares del Borro”. En la casa contigua a la suya reside su abuelo, con sus tíos y sobrinos; ambas viviendas se hallan muy deterioradas, y sus habitantes, hacinados. Aunque califica como “buena” la relación que tiene con su madre, está muy enojado con ella pues “ahora se trajo a este latero*, ya le robó de todo, ¡y lo sigue perdonando!”. Con estas palabras, refiere a la pareja de su madre, un vecino del barrio con el que esta convive hace unos ocho meses.²⁵⁸

W: *Mi madre terminó la escuela, creo, porque hizo un curso en [ONG], y supongo que tenía que haber terminado la escuela, sí, sí... la escuela la terminó.*

F: *¿Qué hizo en [ONG]?*

W: *Ah, no sé, nunca le pregunté. Sé que hizo ese curso porque una vez me habían mandado acá en la escuela a preguntarle a mi madre y a mi padre qué cursos tenían hechos y mi madre me dijo.*

F: *¿Y tu padre?*

W: *A mi padre lo perdí cuando era chico.*

F: *¿Se murió?*

W: *Lo mataron. El había salido de una transitoria, yo tenía 9 años, y nos mandó a buscar a nosotros. Y nosotros no fuimos justo ese día. Y hubo un lío ahí con el hermano de él, y él se metió en el medio a separar y le dieron un tiro. [Silencio, queda callado, pensativo]*

F: *¿Y qué recuerdos tenés de él?*

W: *Cuando lo iba a ver a la cárcel; jugaba conmigo a la pelota. Después cuando le pegaron el tiro, que yo era chico también, le pegaron un tiro y la bala le salió, lo pasó de lado a lado. Llegó a mi casa arrastrándose y yo le preguntaba: ‘¿Papá, que te pasa? ¡Papá, papá!’ Eso le decía yo. El me decía que se había caído y se había*

casavallenses, que comenzaron a trabajar a los 14 años de edad: Germán (*tipo* de “integración anhelada”) y Armando (*tipo* de “desafiliación resistida”).

²⁵⁸ En varias oportunidades durante nuestras recorridas por el barrio nos hemos cruzado con la pareja de la madre de este joven, quién él mismo nos lo presentó. Muestra una gran hostilidad y reticencia a entablar cualquier tipo de diálogo. Anotamos en el cuaderno de campo: “Padrastró W. 14.30hs. Nos cruzamos en la plaza, me pide un cigarrillo, brusco, no quiere hablar conmigo. Se va rápidamente. Exaltado, los ojos saltones. ¿Pasta base?. / 15.10. Veo pasar dos veces más a padrastró W, me pregunta por él, si lo estoy buscando, pero no se acerca. Estado de deterioro y falta de higiene característico de consumidores PBC.”

lastimado. Después el médico y eso, tenían que limpiarle esa cosa, y después de ahí fue en cana [preso].

F: ¿Y por qué fue en cana? ¿Qué hacía?

W: Andaba robando.

F: Ah, o sea, el recuerdo que vos tenés de él, era ese, ¿no sabías que robaba?

W: Sí, sabía sí. Yo que sé... Pero no sé mucho de él. De mi padre no sé porque nunca tuve tiempo de... de estar más de dos horas con él.”

Washington se salió de su hogar de origen a los 16 años, para vivir con quien en aquél momento era su novia, en la casa de los padres de esta. La relación duró casi año y medio, habiendo comenzado la convivencia aproximadamente a los 4 meses de noviazgo. La separación fue muy conflictiva y Washington retornó a su hogar de origen, poco después de enterarse que su antigua novia estaba esperando un hijo suyo:

“No sé todavía si lo voy a reconocer, no sé, ta, va a ser mi hijo sí, pero con la mugrienta esa no quiero saber nunca más nada, entonces no sé. (...) Tengo otra novia aparte, si mañana andás por acá te la presento.”

También en este punto encontramos comportamientos diferenciales por género. Las dos mujeres tienen tres hijos cada una (Lucía fue madre a los 16 y Valeria a los 18) y más allá de vaivenes con sus respectivas parejas, siguen viviendo con estas y son quienes se hacen cargo de manera casi exclusiva de sus hijos. En cambio, los dos varones con hijos nacidos o por nacer (José y Washington) se separaron de sus parejas antes de que estos nacieran y desde entonces no dan señales de querer conocerles. Aquí, pareciera que los “pesimistas transgresores” reproducen una pobre versión de modelos tradicionales heredados que colocan a la mujer como responsable de los hijos y al hombre como proveedor únicamente si de una pareja actual y deseada se trata.²⁵⁹

En suma, los jóvenes en situación de “desafiliación consumada” han crecido en hogares mono-parentales y vivieron durante su niñez y/o adolescencia, el fallecimiento de su padre. La familia ha representado para estos jóvenes un factor de riesgo, en la medida que encontramos que en todos se registran situaciones de violencia más o menos acentuadas, un clima familiar hostil, una baja expectativa respecto de la escolarización del joven, que incluso en algunos casos es interrumpida por mandato familiar. Por otra parte, encontramos que los modelos de rol que los jóvenes encuentran en sus familias son

²⁵⁹ Pablo de Casavalle y Álvaro del Cerro se hallan actualmente conviviendo con sus parejas, que tienen hijos (la pareja de Álvaro tiene dos hijas y la de Pablo, una). Es interesante observar que en ambos casos, la relación de estos jóvenes con las hijas de sus parejas, sin ser conflictiva, resulta de una indiferencia muy marcada.

predominantemente negativos y que, por otra parte, no aparece claramente en el curso de la experiencia biográfica del joven, una figura referente en el entorno familiar próximo que pueda proveerle de contención y de apoyo.

6.4.4 El relacionamiento institucional

Como se desprende de las trayectorias educativas y laborales que hemos venido comentando, los jóvenes en situación de “desafiliación consumada” tienen actualmente escasos vínculos con instituciones del sistema educativo y del mercado laboral. Luego de culminar la escuela primaria, unos pocos jóvenes han participado de cursos cortos de educación no formal impartidos por organizaciones no gubernamentales en el territorio barrial, aunque de manera diferencial de acuerdo al barrio de procedencia.

En efecto, la participación en actividades de educación no formal es registrada en un solo caso entre los “pesimistas transgresores” de Casavalle (Washington), en tanto que los dos casos del Cerro que integran este *tipo* (Álvaro y Pancho) han tenido experiencias de este tipo. Unos y otros comparten una valoración positiva de este tipo de actividades en la medida en que aprecian como gratificantes las experiencias compartidas en ese marco.

Washington, realizó un curso de “Comunicación visual: mi barrio en imágenes” impartido por Nueva Vida. Por su parte, Álvaro es quien ha participado durante un periodo más prolongado en actividades de educación no formal. Nos cuenta que entre sus 14 y sus 16 años asistía a la Casa Joven que el Instituto de Promoción Económico Social del Uruguay (IPRU) atiende en el Cerro.

“Estuvo bueno, recorriamos el barrio, hicimos entrevistas a los vecinos, fotos y una muestra ahí en el Padre Cacho (centro comunal zonal).” (Washington)

“Parábamos todos gurises jóvenes de hasta 18 o hasta 20. Hacían talleres, nos turnábamos para cocinar, hacíamos alfabetización, salíamos a pasear.”* (Álvaro)

Estas experiencias han quedado en el recuerdo de los jóvenes, no habiéndose generado a partir de ellas, vínculos institucionales –educativos o laborales- de mayor alcance o inserción en ámbitos que favorecieran la continuidad de la trayectoria educativa y/o laboral.

Pancho es, como señaláramos anteriormente, el único joven de este grupo que continúa asistiendo a un centro educativo: el Aula Comunitaria del Cerro. No obstante, como los

otros jóvenes en situación de “desafiliación consumada”, se interesa especialmente por temas vinculados a lo que acontece en el sistema carcelario y por el trato que la policía da a los jóvenes que como él, paran en las esquinas específicas del barrio en donde se consume PBC. Para los jóvenes en situación de “desafiliación consumada” los vínculos institucionales más duraderos se han desarrollado con relación al sistema carcelario –pues ellos mismos han estado presos -Gonzalo y Pablo, de Casavalle- o porque desde temprana edad la visita a algún familiar encarcelado ha formado parte de las rutinas familiares.

También destaca en este grupo el relacionamiento con trabajadores sociales o técnicos que les puedan asesorar acerca del acceso y renovación de su condición de “asistidos” por la política social estatal. En 2005, con la implementación del PANES, cinco de los jóvenes integrantes de este grupo resultaron beneficiarios del Ingreso Ciudadano,²⁶⁰ y cuatro han continuado, ellos o sus padres, recibiendo apoyo estatal en el marco de los planes que se sucedieron.²⁶¹

Las formas de relacionamiento predominantes con los agentes institucionales se caracterizan por una suerte de naturalización de la asistencia recibida y una desconfianza acerca de algunos beneficios que estos jóvenes creen que podrían estar recibiendo. En sus relatos, estos jóvenes expresan pocas expectativas de salirse de esta situación de “asistidos” puesto que consideran que ello es algo que les corresponde. Y cuando ello no acontece, les genera frustración y *rabia*. No sólo con relación a los beneficios que puedan recibir a través de los planes de política social, sino también, en sus vínculos con los trabajadores de instituciones de salud barrial.

En este punto, una particularidad entre los jóvenes casavallenses que consumen o han consumido PBC, que no se replica entre los cerrenses, radica en un vínculo ambiguo con los trabajadores de los centros de salud zonales: se los busca y se los rechaza a la vez.

²⁶⁰ Con excepción de Lucía, quien lo pidió pero no se lo dieron pues por el trabajo de su marido, el núcleo familiar se excedía de los montos máximos estipulados, todos los jóvenes de este grupo o sus familias fueron considerados por la política estatal como “indigentes”. En el caso de José, la situación de alejamiento y desconocimiento de las posibilidades y derechos a los que puede acceder en tanto ciudadano es tal que ni siquiera se interesó en inscribirse al Plan. Tampoco la familia de Pancho recibió el Ingreso Ciudadano, según nos cuenta porque “*Creo que mi padre nunca se movió por eso. Aparte creo que eso depende de la cara de la persona. Igual que la Asignación (Familiar) así, yo cobro 300 pesos, los cobra mi padre.*”

²⁶¹ El caso más “exitoso” es el del esposo de Valeria, quien en el marco del PANES participó del Programa Trabajo por Uruguay; actualmente, en el marco del Plan de Equidad, ha conseguido un empleo con protección social en el sector de la construcción. En los otros casos (Lucía, Washington y Álvaro a través de su pareja) son asistidos por la vía de contribuciones monetarias (Tarjeta de Alimentación y Asignaciones Familiares).

Valeria, actualmente, entiende que es prácticamente una obligación que le den medicamentos y que le compren la ropa que ella ofrece en la Policlínica de salud del barrio.

Si ellos tienen [dinero, medicamentos], ¡ellos tienen! Qué les cuesta, me entendés? Yo digo, ‘¡No seas malo! ¿Tanto te cuesta que te tengo que andar rogando?’

Gonzalo, por su parte, es consumidor activo de PBC y alcohol rectificado, actividades de las que es consciente dañan su salud por lo que en algunos momentos de su biografía ha procurado una reducción de dichos consumos. Es entonces cuando acude a la Policlínica con la exigencia que le den tranquilizantes. Hace años que alterna entre trabajos esporádicos –principalmente changas de construcción, oficio que aprendió desde muy joven trabajando con su padre- y actividades delictivas –en las que incursionó tempranamente con su hermano mayor-. Nos cuenta de su frustración al haber sido rechazado para un trabajo protegido en el marco del Programa Trabajo por Uruguay implementado por el MIDES (Ministerio de Desarrollo Social), lo que atribuye a su “mala suerte”.²⁶² Veamos su narración:

“G: Y yo si andaré mal, ligando mal, que yo salí sorteado en el Mides y no me dieron el trabajo porque mi madre cobra una pensión a la vejez. Y no me lo dieron. Fui dos veces, y la segunda vez me fui medio borracho, medio loco, y les pateé el escritorio y les pateé todo. ¿Por qué? Porque tenía bronca porque eh... yo en realidad mi historia ponerme a trabajar y ayudar a mi madre y ponerme las pilas. Y... y no me lo dieron! Entonces quiere decir, que me disculpe dios no, pero quiero decir... puteé a dios, puteé a todos porque no puede ser que uno que quiso hacer las cosas bien... ¡Y salí sorteado! Tamos, no no no...”

F: *¿En qué Plan saliste sorteado?*

G: *¡En el Mides! Este último que salió. Me dijeron que no porque mi madre cobra una pensión cobra una pensión a la vejez. Y yo fui y dije “pero yo vivo solo” y [me decían] “no, no, no”, y pim pum pam, chamullo*, y bueno y agarré y me quemé* y bueno... Y no me importaba si iba preso por romperles todo porque yo tenía razón porque digo uno... Eh... yo que sé, como que a veces las cosas se me hacen injustas también. Porque mire que yo si quiero agarro un fierro y salgo a robar y ya está, la hago fácil ¿me entiende? ¡Le soy sincero! Pero mi madre ya tiene a mi hermano preso y se mata por llevarle todo lo que tiene. Entonces yo con esa mochila a mi madre no la quiero cargar. Pero yo, no me gusta estar yendo al semáforo, y estar magueando unas monedas, no, no, no va conmigo eso, ¿me entiende lo que le quiero decir? ¡Yo siento ganas, de agarrar y salir a robar y ya está! Mire que yo le soy sincero, yo siento ganas, porque... ya está, a mi no me gusta andar pichuleando, quiero hacer la mía y sentir que lo que tengo ganas de hacer lo hago. Pero ta,*

²⁶² Un punto que no desarrollamos aquí pero que resulta bien interesante es aquel desarrollado por Thompson (2002) en su análisis de los “momentos críticos”, en el que ubica los eventos que los jóvenes identifican como tales en un eje cuyos extremos están dados por la “decisión” y el “destino”. Identificamos que, como en este caso, en los relatos de los jóvenes en “desafiliación consumada”, los “momentos críticos” son, de manera predominante, concebidos como producto del “destino”: eventos sobre los que los jóvenes tienen o sienten que tienen escasa o nula capacidad de acción.

muchas cosas que muchas veces quiero hacer y no puedo, y andar lavando un vidrio, nooo, ya está (...)

[Sobre el episodio en el MIDES] *Con la policía me tuvieron que sacar, del relajo que les armé. Les rompí todo, tiré todos los papeles esos, casi les rompo un vidrio de esos enormes que tienen, pero me agarraron justo. Me quedé con ganas.”*

Los relatos de confrontación con agentes institucionales resultan también recurrentes con relación al trato con la Policía, hacia la que manifiestan poco respeto y mucho enojo por la forma en que se sienten tratados, y particularmente, por las experiencias de revisión y vigilancia durante las visitas a sus familiares encarcelados. A tal punto esto marca las experiencias biográficas de estos jóvenes, que la temática política queda prácticamente reducida al interés por la regulación del sistema carcelario y las competencias y limitantes de los agentes policiales.

Ninguno de los jóvenes que integran este *tipo* ha votado en las últimas elecciones nacionales, lo cual resulta más significativo cuando tenemos en cuenta que en el Uruguay el voto tiene carácter de obligatoriedad. Ello se explica por un desinterés en la participación política, y más ampliamente, por la ausencia de visualización de sus obligaciones como ciudadanos, sustentada por un descreimiento profundo de las instituciones –políticas y judiciales en particular-. Más aún, ninguno de los jóvenes casavallenses tiene cédula de identidad vigente²⁶³

F: *O sea que si hubieras podido votar hubieras votado también la papeleta rosada.*

V: *Mirá, yo metía cualquiera! [se ríe]*

F: *No te interesa mucho la política entonces...*

V: *No, qué me va a interesar. A ellos no le interesamos nosotros. Te dan algo para que los voten, y después se olvidan de uno.*

F: *¿Y decís que es todo lo mismo?*

V: *Sí! Todo política es. Entra, ponete un político hoy por hoy, a los barrios, ellos cuando quieren hacer campaña se meten de barro hasta acá [señala su rodilla], se meten en los*

²⁶³ En Uruguay, la cédula de identidad es un documento obligatorio y fundamental para el ejercicio de la ciudadanía. Quienes no cuentan con cédula de identidad no tienen derecho, teóricamente, a acceder ni a la salud pública, ni a la educación pública, ni a percibir asignaciones familiares, jubilaciones o pensiones por vejez o invalidez, entre otras cosas. Con la implementación del Plan de Emergencia en el año 2005 se inició una fuerte “Campaña por el derecho a la identidad”, donde se realizaban “desembarcos” en zonas vulnerables y se facilitaba la tramitación de este documento. Esta campaña ha continuado hasta hoy, y tanto en el Cerro como en Casavalle trabajan técnicos de SOCAT que entre otras actividades, tienen por función la tramitación de dicho documento. “*Siempre nos dicen en el MIDES, cuando vamos a entregar los listados, no pueden creer toda la gente que sigue llegando de Casavalle, y mirá que hace años que estamos con esto eh, pero no se termina más. (...) No, muchos no te la piden, o vienen, averiguan y ya no vuelven a firmar y se vencen los plazos para continuar el trámite. A algunos los perseguís, pero con otros ya no te dan ganas, agotador, es”.* (Técnica de SOCAT en Casavalle) Puede consultarse información sobre esta Campaña en http://www.mides.gub.uy/innovaportal/v/14484/3/innova.front/campana_por_el_derecho_a_la_identidad

peores ranchos, y acarician un niño todo mocososo, pero después nunca más. Esa es la verdad.”

La política interesa en algunos casos como estrategia de obtención de recursos. Nancy, una vecina que vende golosinas en la plaza de Casavalle, nos cuenta orgullosamente que gracias a su contacto con Bordaberry pudieron colocar bancos y juegos para niños en la última campaña electoral. Lucía también procuró sacar provecho de la campaña política, anduvo averiguando para poner un cartel de algún sector partidario en la puerta de su casa, ubicada en una esquina con buena visibilidad en el Marconi.

“Ah, yo qué sé, de cualquiera, el que me diera más plata. Me daba lo mismo. Pero me moví tarde, para la próxima voy a averiguar con tiempo, porque te hacés unos pesos.”²⁶⁴

6.4.5 La agencia como “resistencia”

De acuerdo al Informe de Desarrollo Humano para el Mercosur (2010) para el grupo de los excluidos, “no se trata entonces, de la falta de confianza en las propias fuerzas y capacidades, sino que son insuficientes frente a las limitaciones estructurales.... Para este estrato es casi imposible responder a la pregunta acerca de cómo se verían en 10 años... la carencia de posibilidades actuales se adjudica a la dificultad de pensarse en el futuro; ... ‘yo tan lejos no me puedo imaginar. Y no, porque si ahora no tengo nada, no sé qué podría tener...’ (Montevideo, exclusión, 17-26) (142)

El futuro aparece incierto en las imágenes que los jóvenes tienen de él. La vida se presenta mayormente como “espera” que como “trayecto” por decirlo de alguna manera. Esperan “pegar un laburo”, “rescatarse”, “tener hijos”, “salir de acá” (con referencia al hogar de origen). Esta suerte de “pensamiento mágico” se manifiesta en el uso de un código binario que podría sintetizarse como: “me muero o me rescato”, y entre tanto, “espero”. En esa espera, la salida del hogar de origen y la ocurrencia de un golpe de buena suerte son concebidas como una salvación. Ante la (im)posibilidad de tejer un proyecto, los jóvenes en situación de “desafiliación consumada” tienen grandes dificultades para expresar sus deseos más que por la negativa a su ubicación actual: no quieren estar más con

²⁶⁴ Para un estudio de las relaciones clientelares en zonas populares de la ciudad, véase Álvarez, 2009.

su familia, no quieren “perderse” fuera del barrio, no quieren “reventarse” trabajando pero tampoco “perder” delinquiendo o consumiendo pasta base de cocaína. Entre las mujeres, la maternidad cobra un lugar muy importante en el futuro, procurando ser “buenas madres” y revertir así sus historias familiares. Entre los varones en cambio, la proyección como padres no habilita el ejercicio de la reflexividad: los elementos *iterativos* de la agencia son claramente predominantes: crecieron en hogares de los que su padre estaba ausente, y sus acciones u omisiones evidencian que la historia se repite.

Tanto entre los varones como entre las mujeres, hallamos que, como lo fue para sus padres, el futuro es imaginado en el desempeño de algún trabajo por cuenta propia –hacer feria, poner un comercio–, que permita la subsistencia.

F: Bueno, pensando un poco a futuro... Quería que me contaras un poco cómo te imaginás dentro de 5 años.

L: ¿Dentro de 5 años?

F: Sí.

L: [Silencio] Con él, que va a estar yendo a la escuela... Yo qué sé. [Queda mirando a su bebe, lo arrulla en silencio]

F: ¿Y dentro de 10 años?

L: [Silencio] Y... No sé...

F: ¿Qué va a ser de la vida de Lucía con 30 años?

L: Y... Capaz tener otro [hijo] o estar trabajando, no sé.

F: Ta, pero más allá que no sepas, ¿qué es lo que te gustaría estar haciendo?

L: No sé, estar bien, que ellos [sus hijos] estén bien, que mi madre esté tranquila... Capaz mejorar y poder independizarme [de su pareja actual]... Yo aprendí a cocinar muchas cosas, mirando la tele, viste [menciona programa culinario de televisión abierta] Y bueno, ta, en una época cocinaba, hacía tortas y vendía acá en el barrio siempre hay algún cumpleaños, o vendía en el Cementerio. Me compraban bastante. Pero ta, con ellos chicos no puedo, pero me gustaría estar cocinando, poner un puesto y vender comida, eso sí me gustaría, cuando crezcan los gurises me gustaría.” (Lucía)*

La mayoría de los integrantes de este *tipo* comparte una experiencia de vida signada por fuertes restricciones; las limitantes del contexto parecen desplegarse aquí con gran fuerza, y es en este tipo en donde la noción de “agencia limitada” cobra gran relieve. Pero además de “limitada”, predomina el despliegue de una agencia de tipo *iterativo* (Emirbayer y Mische 1998). Los jóvenes desarrollan comportamientos y actitudes que contribuyen a resistir la fractura social, al tiempo que resisten de la posibilidad de generar otras *rutras*.

6.5. Síntesis y conclusiones

Luego del planteamiento de los principales elementos analíticos para el análisis de las *mediaciones*, hemos regresado en este capítulo, al análisis de los *tipos construidos* con el objetivo de mostrar cómo las distintas *mediaciones* -“comunidad barrial”, “grupo de pares”, las “relaciones de familia”, el “relacionamiento institucional” y la “capacidad de agencia”- se acoplan en el curso de vida de los jóvenes e inciden de manera diferenciada en el resultado del proceso de integración-desafiliación social. Para ello, concentramos el análisis en las situaciones “polares”: la de “integración lograda” y la de “desafiliación consumada”.

A manera de *síntesis*, presentamos brevemente los resultados fruto del análisis de algunos indicadores seleccionados de las *mediaciones* entre los jóvenes casavallenses y entre los cerrenses (Cuadros 6.2 y 6.3 respectivamente).

Cuadro 6.2. Manifestaciones de las *mediaciones* por *Tipo* entre los jóvenes de Casavalle

Tipo	Comunidad barrial		Grupo de pares			Relaciones de familia			Relacionamiento institucional			Tipo de agencia
	Discriminación por barrio	Uso frecuente del espacio público	Procedencia barrial	Encuentros en barrio o zona	"Nosotros" deteriorado	"Familias mono-parentales"	Violencia	Familiares cercanos en conflicto con NS	Vínculo de "asistido"	No predominan Educación ni Trabajo	Desinterés ciudadano	Predominio de "dimensión iterativa"
ILO	×	∅	∅	∅	∅	×	...	∅	∅	∅	∅	∅
IAN	×	...	Δ	∅	∅	∅	∅	...	∅
DER	...	×	■	■	×	■	×	×	×
DCO	Δ	■	■	■	■	■	■	■	×	×	×	×
Total	×	...	×	×

Nota: La forma de presentación de este cuadro y el que le sigue se inspira en Mora Salas y Oliveira De, 2012a.
Referencias:
■ = Todos; × = Predominio; Δ = Mitad; ... : Minoría; ∅ = Ninguno
ILO: “integración lograda; IAN: “integración anhelada”;
DER: “desafiliación resistida”; DCO: “desafiliación consumada”

Cuadro 6.3. Manifestaciones de las *mediaciones* por *Tipo* entre los jóvenes del Cerro

Tipo	Comunidad barrial		Grupo de pares			Relaciones de familia			Relacionamiento institucional			Tipo de agencia
	Discriminación por barrio	Uso frecuente del espacio público	Procedencia barrial	Encuentros en barrio o zona	"Nosotros" deteriorado	"Familias mono-parentales"	Violencia	Familiares cercanos en conflicto con NS	Vínculo de "asistido"	No predominan Educación ni Trabajo	Desinterés ciudadano	Predominio de "dimensión iterativa"
ILO	Δ	...	∅	∅	∅	∅	∅	∅	∅	∅
IAN	∅	Δ	×	...	Δ	×	∅	∅	...	∅
DER	...	×	■	...	×	×	∅	∅	×	×
DCO	Δ	■	■	Δ	Δ	■	■	■	∅	Δ	■	■
Total	∅

Nota: La forma de presentación de este cuadro y el que le sigue se inspira en Mora Salas y Oliveira De, 2012a.
Referencias:
■ = Todos; × = Predominio; Δ = Mitad; ... : Minoría; ∅ = Ninguno
ILO: "integración lograda; IAN: "integración anhelada";
DER: "desafiliación resistida"; DCO: "desafiliación consumada"

Únicamente en estos cuadros incluimos los resultados encontrados en los *tipos intermedios*, de manera de hacer visible cómo las mediaciones que favorecen una ruta de integración social se encuentran presentes con mayor recurrencia cuanto más cercano al polo de la integración se halla el *tipo*.

La incidencia de las *mediaciones* no es uniforme ni casual, así como tampoco lo es la imbricación entre estos procesos, pudiendo establecerse a grandes rasgos cierto patrón de acuerdo al *tipo construido*. Por otra parte, no siempre dichas *mediaciones* tienen una influencia común, ni actúan en la misma dirección. A modo de ejemplo, en algunas situaciones, un relacionamiento familiar pautado por ausencias o violencias se concatena con un refugio en el grupo de pares que refuerza un distanciamiento del sujeto del interés por esforzarse para continuar sus estudios u obtener un trabajo que le permita desarrollar sus aptitudes. En otras situaciones, ante un relacionamiento familiar homólogo se observa la búsqueda del sujeto por revertir sus condiciones adversas procurando vínculos inter-

personales y/o institucionales que favorecen a lo largo de su vida, una continuidad educativa, una inserción laboral que lo desafía a seguir desarrollando sus aptitudes, un interés por lo que acontece en el político-social, un respeto por las normas sociales que regulan la convivencia social.

En este sentido, la debilidad de los lazos en ciertos ámbitos no necesariamente conduciría a una *ruta* de “fractura social” -expresión extrema de la situación de “desafiliación consumada” - en la que ni las experiencias biográficas de los sujetos, ni sus expectativas de futuro (prácticas y significados asignados a éstas), dan cuenta de la posibilidad de recomposición de los lazos sociales, sino que más bien expresan rupturas respecto de los eventuales soportes de integración social. Consideramos de gran relevancia el haber hallado la diversidad de posiciones en el eje integración – desafiliación social, en la medida que estudios recientes indican que *ser joven y vivir en Casavalle* se conforma como una gran desventaja para los sujetos. Así, a la condición de vivir en el barrio de Montevideo considerado más inseguro (Bogliaccini, 2005), se le acopla la situación de pobreza en la que históricamente ha vivido la mayor parte de la población de dicho barrio.²⁶⁵ Lo mismo puede afirmarse para quienes viven en las zonas más desfavorecidas del Cerro, aunque el estigma con el que cargan no parece adquirir tanta relevancia. Las “marcas de clase de la inseguridad ciudadana” culpabilizan con claridad al joven pobre (Filardo y otros, 2005; Chouy y otros, 2009; Fraiman y Rossal, 2009).²⁶⁶

Como muchos jóvenes en situación de “integración lograda”, aquéllos en “desafiliación consumada” han crecido en familias mono-parentales, con jefatura femenina. Unos y otros comparten madre o padre con sus hermanos. Hasta aquí las similitudes. Como hemos señalado, la cantidad promedio de hermanos de los jóvenes que integran el *tipo* de “desafiliación consumada” duplica a la quienes conforman el de “integración lograda”; la

²⁶⁵ Al respecto, consultar la información presentada en el Capítulo 3. Por otra parte, cabe agregar aquí, que de acuerdo a los resultados que arroja la Encuesta de Percepción de Exclusión Social y Discriminación, quienes viven en asentamientos precarios son los destinatarios de mayor discriminación: 37% de los encuestados en Montevideo y Área Metropolitana manifiestan no querer como vecino a personas provenientes de asentamientos y un 25% afirman no querer tenerlas como miembros de la familia propia (Observatorio Montevideo de Inclusión Social, 2007). Este dato no es menor, puesto que algunas zonas de Casavalle son caracterizadas como “un gran asentamiento”, aún cuando muchos núcleos habitacionales no lo son (Infamilia, 2004: Casavalle: Informes por zonas). Claramente aquí se asocia el asentamiento a la pobreza.

²⁶⁶ Como señalan Chouy y otros (2009:56) “...son los jóvenes pobres, portadores de ambas marcas, los más perjudicados por este juego de clasificaciones. Objeto permanente de señalamiento, sufren el asedio constante de la policía, pero además deben realizar el esfuerzo de desplazar el estigma hacia otros sujetos (pobres y jóvenes como ellos, pero siempre más ‘marginados’) que les generan inseguridad.”

figura materna se revela como ausente o agresiva; las relaciones de familia están cargadas de conflictos y con frecuencia, de situaciones de extrema violencia. Como sus padres, estos jóvenes cuando mucho, finalizaron la escuela primaria, siendo que la continuidad de los estudios no ha sido mayormente impulsada en el ámbito familiar e incluso en ocasiones, ha sido obstruido por este.

En ambos *tipos* hallamos experiencias de transmisión de “oficios” de padres a hijos que suponen orientaciones valorativas desencontradas: así, como veíamos en el caso de Aldo, la oportunidad de aprender el trabajo de imprenta es valorado como positivo por el joven; en el caso de Valeria, la obligación de participar en la preparación de drogas para su distribución es recordada con mucho pesar. También por el desarrollo de la capacidad de agencia que muestra esta joven. En otros casos, como los de José, Gonzalo, Washington y Pablo, quienes han realizado prácticas de mendicidad y/o incursionado en delitos contra la persona y la propiedad, no aparece una crítica a los modelos de sus padres o hermanos mayores. Por ello decimos que la familia se ha constituido para estos jóvenes, como un factor de riesgo, ante el cual, mediante un trabajo de reflexión y puesta en práctica de acciones concretas, algunos parecen lograr cierto distanciamiento de los patrones familiares de transgresión. Pero para la mayoría, la familia ha dejado marcas dolorosas imborrables, y enseñanzas que contribuyen de manera importante a comprender la situación de “desafiliación consumada”.

Entre los jóvenes que componen el *tipo* de “integración lograda”, los lazos intrabarriales son escasos y escasamente cultivados, procurándose desde temprana edad, el relacionamiento fuera del barrio. Aquí, encontramos una diferencia clave entre los casavallenses como para los cerrenses con quienes trabajamos. Los primeros tienen una fuerte expectativa depositada en mudarse fuera de los límites del entorno barrial. Al igual que entre los cerrenses, la vida cotidiana ha transcurrido fuera del barrio, pero a diferencia de estos últimos, el ocultamiento del lugar de residencia ha sido una estrategia clave para los jóvenes de Casavalle. Entre los cerrenses en cambio, hay una afirmación de la identidad, y si la vida fuera del barrio también es necesaria como estrategia - fundamentalmente laboral-, no por ello la expectativa se orienta a la salida del barrio.

Capítulo 7. Conclusiones

Las investigaciones referidas a la evolución de la segregación residencial en Montevideo coinciden en señalar que aproximadamente en las últimas dos décadas del pasado siglo la ciudad ha registrado cambios en su morfología que evidencian una mayor concentración de personas de similares sectores socio-económicos en un mismo espacio territorial.²⁶⁷ En efecto, las distintas mediciones realizadas a partir de 1985 con base en fuentes estadísticas concuerdan en registrar un incremento de la segregación residencial entre los distintos barrios de Montevideo.

A lo largo de la presente investigación hemos estudiado el proceso de integración-desafiliación social de jóvenes que residen en dos contextos barriales desigualmente posicionados en el espacio urbano. Por una parte, Casavalle es un barrio que registra históricamente niveles de pobreza muy por encima de la media montevideana y se ha conformado sin duda, como uno de los entornos barriales más estigmatizados: en el discurso mediático, se trata de un lugar “peligroso” en tanto que quienes allí residen “son pobres”, “drogadictos” y / o “delincuentes”.

Por otra parte, trabajamos en El Cerro, un barrio popular de extracción obrera, cuya génesis estuvo fuertemente vinculada a la pujante industria frigorífica y a la migración europea que instaló allí una variada gama de comercios. Con el declive industrial, sus habitantes sufrieron un paulatino pero persistente deterioro de sus condiciones de vida, registrándose en el barrio, al menos desde la década de 1980, niveles de pobreza superiores de la media montevideana (aunque menores que los registrados en Casavalle). En el imaginario social El Cerro también es una zona “peligrosa”, imagen que se conforma producto del registro de hechos delictivos que los cerrenses tradicionales atribuyen a los “nuevos pobladores” (aquellos que fueron re-ubicados en el barrio durante el periodo dictatorial y los ocupantes de asentamientos irregulares) pero también que se ha construido

²⁶⁷ Kaztman 1999 y 2001; Cervini y Gallo 2001; Macadar y otros 2002; Gallo y Bercovich 2004; Kaztman y Retamoso 2005 y 2007, entre otros)

como resultado de las luchas obreras y manifestaciones políticas que caracterizaron la experiencia biográfica de los cerrenses.

Así, ambos barrios son categorizados desde una visión externa -estatal y mediática- como “zonas rojas”, etiquetamiento que se adjudica a la zona de Casavalle como conjunto homogéneo y a algunas zonas específicas del Cerro en tanto barrio con mayor heterogeneidad socio-económica.

De acuerdo al argumento clásico de los estudios referidos a los efectos de la segregación residencial, se postula que en unidades territoriales homogéneamente pobres las posibilidades de integración social se ven francamente reducidas debido a la confluencia de “mecanismos” que denominan “de socialización” y “mecanismos instrumentales” (Kaztman 2001, entre otros) en tanto vías por las cuales las condiciones del barrio pueden limitar o constreñir la experiencia biográfica de sus habitantes. Entre los “de socialización” destacan:

- la “desarticulación familiar”, concebida como la conformación de hogares mono-parentales con jefatura de hogar femenina y la convivencia en “hogares extendidos” sea por la presencia de otros familiares o no familiares, inhibe las posibilidades de continuidad educativa en tanto el trabajo aparece tempranamente como competidor de la escuela y aumenta la predisposición de los jóvenes que crecen en tales ámbitos, a incursionar en rutas disruptivas del orden social, particularmente mediante la participación en actividades delictivas y el consumo de drogas ilegales;
- el “grupo de pares”, generador de dinámicas de relacionamiento entre los jóvenes que favorecen la consolidación de una “cultura de la calle” y la ruptura con la normatividad social: se forja una revaloración del orden normativo en donde lo legal no se configura necesariamente como fuente de legitimidad, o al menos, se visualiza como legítima la salida temprana del ciclo escolar, o el bajo rendimiento;

Entre los “mecanismos instrumentales” cabe enunciar:

- la falta de inversión estatal consolida la desventaja del espacio, que se constituye como un territorio desprovisto de oportunidades –de esparcimiento, de atención a la salud, educativas, laborales-;

- la “desintegración barrial”, reforzada por el hecho de que, quienes logran una movilidad social ascendente, quitan el barrio;
- redes vecinales endogámicas: que, pese a su existencia, resultan ineficaces para la obtención de empleos o para facilitar el acceso a la información sobre oportunidades de capacitación y empleo; los niños y jóvenes carecen de contactos con modelos de rol exitosos dentro de la normatividad social legalmente aceptada: el relacionamiento queda limitado a la interacción con vecinos cuyas habilidades, hábitos y estilos de vida no favorecen la promoción de resultados exitosos de acuerdo con los criterios predominantes en la sociedad: justifican y refuerzan el desaliento, cuestionan la posibilidad de superación de la pobreza a través del trabajo, o restan valor a la formación de una “ética del trabajo”;
- las situaciones de desempleo persistente o de inestabilidad laboral aumentan la predisposición a explorar fuentes ilegítimas de ingreso con la consiguiente ruptura o transgresión social implicada.

Siguiendo este argumento, el “efecto barrio” o “efecto segregación” no conduciría a otro destino que el de la “desorganización social” (Wilson, 1987 y 1997) o el “aislamiento social” (Kaztman, 2001). De acuerdo a la lógica del argumento, las *variables sociales* del macro-nivel estructural han creado una cultura diferenciada y vuelta hacia el conjunto social, a tal punto que el barrio se constituye como un “gueto”. Los valores, comportamientos y creencias, en respuesta a la situación social específica consolidan el “aislamiento” y la “desorganización social” por la vía de un proceso adaptativo de los individuos a las difíciles circunstancias que les ha tocado en suerte.

En nuestra investigación hemos estudiado los efectos en el proceso de integración-desafiliación social registrados por jóvenes que han nacido y crecido en contextos barriales con desiguales grados de segregación y estigmatización. Como punto de partida conjeturábamos que la creciente segregación residencial en la ciudad de Montevideo aumenta las posibilidades de desafiliación social entre los jóvenes que habitan en contextos barriales homogéneamente pobres. Así, nuestra hipótesis original postulaba que la trayectoria familiar en barrios pobres con mayor segregación genera distanciamientos y rupturas que fragmentan y limitan la integración social. Y que, entre aquellos jóvenes que

residen en comunidades en donde la interacción entre grupos sociales es mayor, la posibilidad de “fractura social” en tanto punto extremo de la “desafiliación consumada” se debilita.

Como primer hallazgo que surge de nuestro trabajo destacamos que al comparar los resultados del proceso de integración-desafiliación social entre los jóvenes de Casavalle y del Cerro, encontramos que estos se ordenan de acuerdo a nuestra hipótesis de partida: entre los primeros encontramos mayor presencia de casos que se ubican en situaciones más cercanas al polo de desafiliación social que al de integración. Más aún, cuando consideramos la ubicación residencial de los jóvenes al interior de cada uno de los barrios para tomar en cuenta si habitan en la zona más deprimida del barrio o no, hallamos que ninguno de los jóvenes que residen en la zona mejor posicionada, tanto al interior de Casavalle como del Cerro, se encuentran en una situación extrema de desafiliación social.

No obstante, entre los jóvenes con quienes trabajamos en uno y otro barrio encontramos que predominan las situaciones que hemos caracterizado como de “integración”, sea “lograda” o “anhelada”. Ello nos ha conducido a plantearnos la interrogante por la desigual incidencia del “efecto segregación” en las experiencias biográficas de los jóvenes, siendo que aún entre aquéllos que han residido en la zona más desfavorecida del barrio con características socio-económicas de mayor privación en la ciudad de Montevideo (“Las Sendas” y “Los Palomares”) encontramos casos en que la integración social es anhelada y otros en los que además, ha sido lograda. Claramente estos resultados interpelan el poder explicativo del “efecto segregación” del barrio como determinante de las *trayectorias* y *rutas* individuales y habilitan una conjetura acerca de la existencia de elementos *mediadores* de fundamental consideración en el problema que nos ocupa.

La relación segregación residencial - integración social dista de ser directa o mecánica y requiere ser discutida tanto en términos analíticos como empíricos. Encontramos que si los estudios referidos al estudio de la segregación residencial tienen en común un amplio y sofisticado recurso a instrumentos estadísticos que permiten medir su nivel, su evolución y sus efectos particulares en términos de logro educativo y laboral, infieren a partir de ello un efecto negativo en “La Integración Social” que queda desprovisto de definición y asidero. El hecho de comprobar que en los barrios más pobres

de la ciudad y con menor diferenciación socio-económica en su interior encontramos en promedio, menores niveles de logro educativo o mayor proporción de hogares con jefatura femenina no nos permite concluir que se trata de contextos que favorecen la desafiliación social.

Sin desmerecer la relevancia de las investigaciones que, concentrándose en los efectos en los “logros”, han contribuido de manera importante a colocar en la agenda de la investigación académica y de la planificación de política la relevancia del contexto socio-territorial donde las personas residen, a la vez que a aventurar conjeturas que dinamizan la línea de investigación, consideramos que los resultados de dichas investigaciones no permiten plantear conclusiones en términos de mayores o menores posibilidades de integración social. Entre otras cosas, porque rara vez estas investigaciones se abocan a delimitar conceptualmente qué es lo que están entendiendo por noción tan polisémicas como las de “integración social” o “desafiliación social”.

Al establecer una línea de continuidad con la mirada clásica sobre los efectos de segregación, en este trabajo pudimos explorar algunos aspectos que han sido escasamente trabajados. Si el carácter cualitativo de nuestro estudio limita nuestros hallazgos a los casos abordados, tiene la ventaja de avanzar en la comprensión de cómo es que se producen los efectos negativos constatados por investigaciones antecedentes (menores niveles de logro educativo y laboral, por ejemplo). A la vez que nos permite precisar y discutir algunas consecuencias que estas anunciaran como “efecto segregación” (en particular, la incapacidad del sujeto de ser agente activo ante sus circunstancias, y la importancia de la composición familiar). Pero fundamentalmente, nos ha permitido profundizar en una mirada teórica respecto de los elementos analíticos que debemos considerar en el estudio del proceso de integración-desafiliación social, así como de avanzar en la consideración de las relaciones entre estos, su jerarquía y sus limitantes.

En el plano conceptual desarrollamos un esfuerzo por precisar las nociones de “integración social” y de “desafiliación social” con las que abordamos nuestro trabajo. Tema hartamente abordado desde la sociología clásica, que no obstante, tiene plena vigencia en el debate sociológico contemporáneo. Nuestro interés en este sentido estuvo enfocado en la selección analítica de los principales elementos o dimensiones constitutivas de un proceso, el de integración-desafiliación social, que parte del trabajo de Robert Castel para arribar a

una noción que entendemos más adecuada a la sociedad uruguaya. Para este autor el trabajo es el elemento central en el que se juega la integración social, y su falta o precarización es el factor desencadenante del proceso de desafiliación; las redes de sociabilidad constituyen un elemento secundario. Aunque reconocemos en el trabajo una dimensión clave del proceso de integración-desafiliación social, consideramos que nuestra investigación no puede circunscribir tal proceso al ámbito laboral. Aunque esta constituye una dimensión fundamental, también lo es la dimensión educativa y otras dos dimensiones: la participación en grupos sociales y el respeto de normas básicas de convivencia social. Es así que concebimos que estas cuatro dimensiones son constitutivas del proceso de integración-desafiliación social, a la vez en un plano material y en un plano simbólico. En Durkheim uno de los elementos fundamentales que generan sociedad es el hecho que los individuos comparten un conjunto de valores, un sistema de expectativas y de elementos simbólicos que denomina “comunidad moral”. En Parsons, lo es la socialización en pautas y normas de comportamiento que permiten la internalización de los valores que la sociedad en su conjunto promueve. En Merton, la importancia acordada al sentido de pertenencia como inhibidor de conductas disruptivas del orden social.

Con base en estos antecedentes, entendemos que existe una dimensión simbólica de la integración social que está inextricablemente ligada al sentido de pertenencia, a la identificación del individuo y a las expectativas que construye. Pero sostenemos con Castel que la integración social se juega no sólo en lo simbólico sino que también se materializa en un conjunto de instituciones, lo que otorga en su perspectiva, centralidad al trabajo con protección y al estado de bienestar. A lo que nosotros agregamos logros materiales en las otras tres dimensiones que incorporamos. Por otra parte, si tras la influencia parsoniana y mertoniana la noción había quedado limitada al nivel de análisis individual siendo la “anomia” el reverso de la integración social, recuperamos también de la perspectiva casteliana la noción de “desafiliación social” como proceso resultante de un efecto sistémico de la reestructuración del capital y la reorganización laboral. Que en nuestro caso, se vio acompañado de una desregulación del mercado de alquileres y de los usos del suelo, que coadyuvó a la reubicación de muchos individuos en el territorio urbano.

Aunque la noción de “integración social” –concebida como procesual, gradual e inextricablemente ligada a la “desafiliación social”- es amplia, su delimitación en las cuatro

dimensiones y en los dos *planos* nos permitió contar con un referente conceptual riguroso de cara al trabajo empírico. Mediante la fijación de criterios de “logro” material y “adhesión” simbólica en las cuatro dimensiones de análisis, clasificamos el material empírico resultante del análisis de los relatos de vida de cuarenta y seis jóvenes (veinticinco de Casavalle y veintiuno del Cerro). Dicho procedimiento analítico nos ha permitido arribar a algunos resultados que creemos importante destacar por su valor comprensivo.

En primer lugar, la relevancia del *plano simbólico como fuente de integración social*. En efecto, de la comparación de los resultados del *plano factual y simbólico* se evidencia que la “adhesión” es más recurrente que el “logro” en el conjunto de las dimensiones de análisis. Lo que refuerza, por una parte, la importancia de la consideración de las valoraciones y la subjetividad de los individuos en el estudio del proceso de integración-desafiliación social. Por otra parte, cuestiona algunos postulados de los estudios sobre el “efecto segregación” que afirman un predominio del desaliento y de un escaso apego a valores que promueven el estudio y el trabajo como vías claves de integración social. Precisamente es en la dimensión *laboral* en donde registramos mayor desfasaje entre “adhesión” y “logro”: estamos ante jóvenes que siguen apostando a la obtención de un trabajo con protección que les permita desarrollarse en tanto ciudadanos, con una pertenencia que otorgue sentido a su experiencia vital, aunque muchos aún no lo han logrado. Así, el plano simbólico sería en estos casos, una fuente de integración social que permite contrarrestar las situaciones materiales adversas otorgando a la vida cotidiana un sentido de búsqueda de pertenencia, de tal forma que operaría si no como motor, al menos como freno a una ruta de desafiliación social.

Segundo, de la comparación entre los dos barrios surge que la preeminencia del *plano simbólico* sobre el *factual* se verifica aproximadamente en la mitad de los jóvenes cerrenses entrevistados, y en una minoría de los casavallenses con quienes trabajamos. Entre los primeros, los casos de predominio de “adhesión” sobre “logro” y los casos de “empate” se distribuyen en mitades. Entre los segundos, el resultado más recurrente es el de “empate”. Aunque no hallamos una estricta correspondencia entre los *planos factual y simbólico*, ni entre los jóvenes de Casavalle ni entre los del Cerro, parece haber cierta relación entre la situación material y el sistema de expectativas. Sin embargo, como señalamos anteriormente, las carencias materiales pueden ser contrarrestadas con adhesión

simbólica. En la medida en que los logros no tienen una importante recurrencia, se inhiben las orientaciones valorativas favorables respecto de las dimensiones que consideramos constitutivas de la integración social. Los resultados del análisis comparado por barrio de los relatos de vida de los jóvenes, sugieren que en el barrio con mayor nivel de *logro global* -El Cerro- los *logros* contribuyen a dinamizar el sistema de expectativas. Esto es, la relación entre los planos *simbólico* y *factual* puede considerarse como una dialéctica en la que, en ausencia de *logro* las valoraciones positivas respecto de la educación, el trabajo, la participación en grupos sociales y el respeto de normas básicas de convivencia social se ven limitadas. En ambos barrios encontramos entre los jóvenes contemplados en esta investigación, mayor “adhesión” que “logro”, aunque es preciso comentar que en El Cerro la recurrencia tanto de “logro” como de “adhesión” es mayor que en Casavalle, así como la distancia entre “adhesión” y “logro”. Lo que nos sugiere que aunque el plano *simbólico* se visualiza como una fuente de integración social, las condiciones adversas en el plano material pueden inhibir su potencial integrador. En consecuencia, podemos afirmar que la relación entre lo *factual* y lo *simbólico* interesa analíticamente no tanto por su direccionalidad constante, sino porque ha de ser constante tomar en cuenta precisamente su relación, en permanente tensión.

En tercer lugar, interesa destacar que en ambos barrios hemos encontrado que la dimensión de *respeto de las normas básicas de convivencia social* es aquella más recurrente tanto en el plano *simbólico* como *factual*. Aún en ausencia de “adhesión” y/o “logro” en una o varias de las otras tres dimensiones analizadas, la *transgresión social* permanece rechazada valorativamente y evitada como recurso práctico en la mayor parte de los casos. Lo que viene a cuestionar la existencia de una lógica acumulativa del tipo “menos educación, menos trabajo, menos participación en grupos sociales, ergo, más desorganización social con la consiguiente anomia y disrupción del orden social”. Al contrario, la *transgresión social* es reducto de un grupo específico de jóvenes en los que se conjugan elementos mediadores que requieren de un análisis particular. Esta temática es particularmente sensible y difícil de aprehender, puesto que resulta esperable que los individuos opten por eludir presentarse como *transgresores* ante un “forastero”. No obstante, consideramos que hemos tomado los recaudos necesarios para evitar lo más posible la “respuesta esperada”. Las re-entrevistas realizadas a algunos jóvenes, así como la

observación sistemática de su entorno y la consulta a vecinos y familiares apuntaron al logro de la confiabilidad.

La estrategia metodológica adoptada se visualiza como pertinente en vistas de su rendimiento heurístico, ante la constatación que los efectos de la segregación residencial en el proceso de integración-desafiliación social no tiene una respuesta unívoca. Al ubicar a los jóvenes de acuerdo a los criterios de “logro” y “adhesión” fijados, encontramos distintas “posiciones” en una gradación que puede registrarse desde la “integración lograda” hasta la “fractura social”. Nos abocamos pues a la construcción de *tipos* de integración-desafiliación social, que remiten a las situaciones diferenciadas verificadas empíricamente. El *tipo* de “integración lograda” y el de “desafiliación consumada” constituyen los extremos de dicho proceso, siendo los de “integración anhelada” y “desafiliación resistida” situaciones intermedias. El *tipo construido* condensa la mirada teórica con la que abordamos nuestro objeto: cada uno de los cuatro *tipos* resultan de la combinación registrada en la *dimensión laboral*, la *educativa*, la del *respeto de las normas básicas de convivencia social* y la de *participación en grupo(s) social(es)*, cada una de ellas consideradas tanto en el *plano material* como en el *simbólico*. Esta estrategia nos ha permitido encontrar los rasgos característicos de los jóvenes cuyas trayectorias son más parecidas entre sí y diferentes de la de los otros, a la vez que analizar la influencia diferenciada de las *mediaciones* en sus experiencias biográficas.

De acuerdo a los criterios de construcción del *tipo*, aquellos jóvenes en situación de “integración lograda” registran trayectorias de *logro educativo* y *laboral* que parecen consolidarse como resultado de distintos elementos confluentes, entre los que se destacan:

- a) una estrategia familiar orientada a apuntalar la trayectoria educativa y laboral del joven desde temprana edad. Con independencia del tipo de conformación familiar, el relacionamiento familiar exento de alta conflictividad y atento a las necesidades de apoyo –de alimentación, de tiempo de escucha y conversación, de ayuda en las tareas escolares o de transmisión de oficios laborales- se constituye como un “factor de protección” que permite contrarrestar con éxito las adversidades y limitantes que se presentan en el curso de vida del joven;
- b) una disponibilidad de recursos institucionales básicos que permiten al joven sortear las carencias materiales a nivel familiar, de manera tal de acceder al cuidado de su

salud, proseguir con su educación en el nivel secundario y terciario, pero también cultivar intereses ciudadanos mediante la participación en organizaciones comunitarias y acceder a sus primeras experiencias laborales. Sin esta “primera oportunidad”, facilitada por el despliegue de una política social a nivel territorial que promueve el trabajo de los jóvenes procedentes de hogares carenciados, la situación de “integración lograda” se nos aparece muy dificultosa, por no decir, inviable. Es realmente importante no perder de vista el impacto que puede tener una oportuna intervención en materia de política social;

- c) una capacidad de agencia que los jóvenes han desarrollado, lo cual les permite la toma de decisiones adecuadas para aprovechar las oportunidades que pueden presentárseles. Aún desde las restricciones que el contexto impone, los jóvenes en situación de “integración lograda” desarrollan una “agencia limitada”, reflexionan, proyectan y actúan. Esto es, el “efecto segregación” no produce indefectiblemente individuos pasivos, apáticos, desalentados, que únicamente se adaptan a las características de sus contextos barriales y repiten hábitos que los colocarían al margen de la integración social. Se trata de jóvenes que combinan estrategias de adaptación provisoria a las condiciones que se les imponen, con la búsqueda persistente de intersticios por donde puedan sortear las adversidades y “rescatar” sus destinos. Para ello se preparan, combinan actividades estudiantiles y laborales, reflexionan acerca de las distintas alternativas que se les presentan y cuando han evaluado las posibilidades, actúan.

En el otro polo del proceso, los jóvenes que conforman el *tipo* de “desafiliación consumada” se caracterizan por registrar carencia de “logro” *educativo y/o laboral* pero además, desarrollan conductas que transgreden las normas básicas de convivencia social, sea por la incursión en actividades delictivas, por el consumo de pasta base de cocaína o por ambos. Así definido este grupo, se constituye como la manifestación de una “fractura social”. Del análisis de los *elementos mediadores* que explican este resultado en el proceso de integración-desafiliación social interesa subrayar que:

- a) se trata de jóvenes que han crecido en ambientes familiares signados por una alta conflictividad, en los que raramente han encontrado algún referente familiar que les pueda brindar apoyo o protección. Al contrario, la familia ha operado como un

“factor de riesgo” para el joven, que ha sido objeto de situaciones de violencia verbal y física, registrándose incluso casos de abuso sexual intrafamiliar. Por otra parte, destaca en el entorno familiar la existencia de modelos de rol negativos que pueden favorecer un desapego del respeto de las normas básicas de convivencia social, siendo que desde temprana edad los jóvenes han visitado a familiares apresados por la comisión de actos delictivos y/o han incursionado en actividades delictivas junto con otros familiares;

- b) ello contribuye a explicar un relacionamiento institucional pautado predominantemente por relaciones de confrontación con la policía, la búsqueda de beneficios derivados de la ejecución de planes de política social en tanto “asistidos”, y una temprana desvinculación con el sistema educativo, que ha quedado circunscrito al nivel de educación primaria, en el que por otra parte, registraron bajos niveles de desempeño. En este marco, se trata de jóvenes que no han quedado absolutamente al margen de la participación en organizaciones de la sociedad civil. De hecho, varios jóvenes relatan experiencias puntuales de participación en programas de capacitación laboral o de actividades culturales llevadas a cabo por organizaciones sociales que desarrollan proyectos a la vez que ejecutan planes estatales en el territorio barrial. No obstante, ello no ha representado para ellos un punto de inflexión siendo que no se sentían motivados a desarrollarse en dichos ámbitos;
- c) el tipo de agencia desarrollado por estos jóvenes es predominantemente adaptativa; orientada hacia las experiencias vividas o transmitidas con referencia al pasado, adquiere un carácter repetitivo que favorece la reiteración de lo que es “habitual”. Así, a la conflictividad familiar anteriormente comentada y a los escasos recursos institucionales disponibles, las estrategias desarrolladas por estos jóvenes tienden a favorecer la consumación de la desafiliación. Aunque hemos encontrado elementos que pueden orientarlos en una ruta de integración, como lo es la combinación los aspectos de los elementos “habituales” de la agencia con el desarrollo de una capacidad “proyectiva” que les permite imaginar otras alternativas posibles para sus *rut*as biográficas, esta no se expresa en una capacidad “práctica-evaluativa” que les permita implementar cambios para salirse de su situación presente.

Estos hallazgos se manifiestan en ambos *tipos* “polares” de manera homóloga en el análisis comparado de los jóvenes de acuerdo a su procedencia barrial. Sin embargo, pese a una relativa semejanza -que por otra parte hace que se trate de individuos que conforman un mismo *tipo* de integración-desafiliación social-, se observan algunas particularidades que consideramos bien interesantes. En particular, encontramos que entre los jóvenes entrevistados que ubicamos en situación de “integración lograda” procedentes de Casavalle, el logro educativo es un tanto menor que entre aquellos procedentes del Cerro y la obtención de un trabajo con acceso a protección social ha sido una conquista que ha implicado mayor tiempo de búsqueda y el despliegue de estrategias específicas de relacionamiento -con la ciudad, con los vecinos, con el grupo de pares- que no son identificadas entre la mayoría de los jóvenes cerrenses que integran este *tipo*. Lo cual nos indica la importancia analítica de las redes sociales, que no sólo se circunscribirían al espacio barrial sino que pueden ser creadas y desplegadas mediante la acción de los sujetos.

Entre los jóvenes del *tipo* de “integración lograda” casavallenses predominan estrategias que hemos denominado como “defensivas” caracterizadas por la “protección por diferenciación”: se trata de jóvenes que han desarrollado muchas actividades fuera del barrio, impulsados primero por sus familias -por ejemplo, en el envío a escuelas más allá del límite del entorno barrial, en muchas ocasiones de carácter privado-, y luego por elección personal. En los relatos referidos a la relación con sus vecinos y su integración en actividades barriales resalta que deliberadamente buscan minimizar su exposición al contacto con “los otros”: desde niños han tenido pocos amigos en el barrio y conforme pudieron conocer y hacer amigos en los ámbitos educativos y/o laborales, priorizaron cultivar tales relaciones.

Entre los cerrenses, en cambio, predominan “estrategias defensivas de protección por identificación”. Se trata de jóvenes que reconocen el valor de distintos aspectos de su comunidad barrial y discuten los estigmas de peligrosidad con que son etiquetados. El barrio, lejos de ser evitado como lugar de esparcimiento y de relacionamiento entre pares, es defendido y apropiado por estos jóvenes, que perciben a los jóvenes del tipo de “desafiliación consumada” como rivales que limitan sus posibilidades de apropiación de las posibilidades diversas que el entorno barrial ofrece. En este sentido, los resultados de nuestra investigación son coincidentes con trabajos anteriores que señalan la apropiación de

los espacios públicos por los jóvenes que participan de una “cultura de la calle” en detrimento del uso que pueden hacer los jóvenes que participan de una “ética del trabajo”.

Como hemos visto, los hallazgos de la investigación nos orientan a la relativización de los efectos de habitar en comunidades barriales segregadas sobre el proceso de integración-desafiliación social. Primero, no se trata de un efecto determinante ni ineludible: la situación de “integración lograda” que encontramos entre jóvenes que habitan en las zonas más deprimidas del entorno barrial con mayores niveles de privación y estigmatización es prueba de ello. Segundo, nos ayuda a especificar los “mecanismos” que actúan como *mediaciones* en el curso de la experiencia biográfica de los jóvenes.

En este punto, cabe conjeturar la importancia de los apoyos familiares como “factor de protección” que permiten limitar la exposición de los jóvenes a los efectos negativos del contexto barrial. Encontramos en las familias una clave analítica de fundamental relevancia en la explicación de las trayectorias de los jóvenes. En este sentido, los hallazgos rebaten los postulados analíticos que circunscriben la influencia de la familia a características formales vinculadas a su composición y tamaño. La familia juega un rol fundamental como “factor de protección” o “de riesgo”: aquéllos jóvenes que no pueden contar con apoyo de su familia –si no en su conjunto, de algún referente familiar clave- resultan más vulnerables a la desafiliación social. En el proceso, los jóvenes recurren a distintas estrategias para hacer frente a las dificultades que ello trae aparejadas. Al respecto, encontramos que entre los jóvenes ubicados en el *tipo* de “desafiliación resistida” la participación en grupos sociales -vinculados al deporte y a actividades culturales a nivel comunitario- se conforma como un recurso que les provee de protección y refugio, pudiéndose constituir tal actividad en un freno a la consumación de la “fractura social”. Incluso en ausencia de *logro* educativo y/o laboral, la sociabilidad puede constituir un vehículo de integración social o, al menos, un elemento importante de resistencia a la desafiliación.

Por otra parte, reafirmamos la consideración de la participación en grupos sociales como una dimensión analítica constitutiva de la noción de “integración social” que se vincula con la necesidad de repensar distintos ámbitos por donde puede discurrir el proceso de integración-desafiliación social. En particular, esta dimensión resulta fundamental como estrategia de “resistencia a la desafiliación” entre algunos jóvenes.

También el hecho que hayamos encontrado entre los jóvenes del *tipo* de “integración anhelada” una complementariedad entre el trabajo y la educación nos obliga a cuestionar la lógica de ambas dimensiones como compartimentos estancos que compiten entre sí. Recordemos pues, que los jóvenes que ubicamos en este *tipo*, el trabajo no aparece compitiendo con la escuela como comúnmente señalan investigaciones antecedentes, sino que resulta precisamente su anverso: es porque consiguen trabajos a término y/o changas* esporádicas que estos jóvenes han podido lograr cierta continuidad en su trayectoria educativa. Importa mucho destacar que las *dimensiones* propuestas tienen una expresión analítica diferenciada, pero en la vida cotidiana se presentan en constante y dinámica relación. Así, la relación entre *educación* y *trabajo* no es unidireccional y se desarrolla de manera dinámica en el curso de vida.

En suma, aun en circunstancias francamente difíciles, los jóvenes pueden lograr la superación de las dificultades que se les presentan mediante una combinación de apoyo familiar y la disponibilidad de ciertos recursos institucionales. Pero ello difícilmente sea posible en ausencia del desarrollo de la capacidad de agencia. Esto, sin duda, constituye un elemento emergente que no había sido contemplado en nuestra perspectiva analítica y que se nos ha revelado como crucial en el apuntalamiento o reversión de las rutas de integración social y/o desafiliación social. Elemento que por otra parte, no es específico de los jóvenes sino que también es menester analizar en las estrategias familiares que -por acción o pasividad- pueden moderar o favorecer el “efecto segregación”. Tema que queda abierto a un ejercicio de investigación futura.

Entre los distintos puntos que han ido quedando abiertos a lo largo de esta investigación consideramos que algunos proceden estrictamente de la estrategia analítica adoptada y otros resultan de los hallazgos principales que hemos comentado. Entre los primeros, cabe mencionar el interés por desarrollar un análisis de los *elementos mediadores* en los *tipos intermedios* -“integración anhelada” y “desafiliación resistida”, en el entendido que ello podría favorecer una más amplia comprensión de nuestro objeto de estudio. También resulta pertinente anotar en una agenda de investigación futura, un análisis que considere el momento en el curso de vida en que se halla el individuo. En la medida que el proceso de integración-desafiliación social es dinámico y bi-direccional, un análisis de ese tipo nos podría proporcionar mayores elementos de profundización. A su vez, podría

favorecer una comprensión más acabada de la incidencia de las *mediaciones*. A modo de ejemplo, cabe consignar que no hemos hallado que el grupo de pares hubiera oficiado como potenciador de los efectos negativos de la segregación. Constatamos que, aun entre los jóvenes que integran el *tipo* de “desafiliación consumada” la relación con los pares no parece haber sido determinante de su incursión en actividades que suponen la transgresión de las normas básicas de convivencia social. No obstante, la recurrente afirmación de estos jóvenes acerca de que prefieren “andar solos” puede ser un indicativo que en el pasado, el grupo de pares sí ha jugado un rol de relevancia.

Consideramos también de sumo interés poder replicar nuestro estudio en lapsos de aproximadamente cinco años, lo que nos permitiría un estudio longitudinal de carácter prospectivo que estaría exento de las limitaciones inherentes al recurso retrospectivo presente en este estudio. En efecto, hemos procurado mediante la re-entrevista y la combinación de instrumentos de recolección de información y de análisis, minimizar los problemas de distorsión que pudieran afectar la veracidad de los relatos. No obstante, ello no deja de ser una limitación importante en los estudios que, como éste, basan su análisis principalmente en información recogida a través de historias de vida: el recurso a la memoria para la reelaboración del pasado y la reconstrucción de la trayectoria biográfica puede amenazar la validez si no es controlado.

Otra de las limitaciones que subyacen a nuestro trabajo refiere a las dificultades que se nos han presentado para el contacto con los jóvenes más cercanos a la fractura social: algunos porque su estado de consumo de pasta base de cocaína nos imposibilitó de entablar conversaciones medianamente confiables; otros por haber fallecido o encontrarse en prisión. Otros porque sencillamente la actitud de confrontación y agresividad que pudimos percibir en nuestros intentos de acercamiento nos impidió seguir insistiendo. No obstante estas limitaciones y teniendo en cuenta el carácter cualitativo de nuestro estudio, consideramos que no se trata de una ausencia absoluta siendo que hemos ubicado a varios de estos jóvenes en el *tipo* de “desafiliación consumada”. Y ello incluso considerando que los criterios de corte con que trabajamos para identificar la presencia o ausencia de “adhesión” y de “logro” se guiaron por un criterio mínimo, siguiendo una lógica de baja exigencia para conferir posibilidades de integración social.

Los resultados de la presente investigación nos orientan a rechazar la hipótesis acerca de un efecto directo o mecánico de la segregación residencial en el proceso de integración-desafiliación social. En el plano conceptual, partimos de la consideración de cuatro dimensiones que consideramos constitutivas de la integración social -*educación, trabajo, respeto de las normas de convivencia social y participación en grupos sociales*. En el análisis aquí desarrollado ponderamos la *educación* y el *trabajo* ante la *participación en grupos sociales*. No obstante, hemos encontrado que esta es una dimensión clave para muchos jóvenes con los que trabajamos. En particular, entre aquellos jóvenes que conforman el *tipo* de “desafiliación resistida” parece asentarse una lógica de resistencia a la transgresión por la vía de la participación en grupos sociales. Más aún, muchos de estos jóvenes, incluso aquéllos en situación de “desafiliación consumada” parecen querer “rescatar sus destinos” fuera de los etiquetamientos sociales e institucionales de los que son objeto (“desertores”, “vagos”, “apáticos”, “drogadictos”, “delincuentes”, por ejemplo).

En el plano conceptual hemos encontrado que los efectos de la segregación residencial en el proceso de integración-desafiliación social se encuentran mediados por elementos que resultan centrales para comprender las similitudes y diferencias de los resultados, en particular: *el relacionamiento familiar, la disponibilidad de recursos institucionales y la capacidad de agencia de los sujetos*. Por demás interesante sería desde nuestro punto de vista, poner a consideración del lector la pertinencia de las *dimensiones, planos y mediaciones* considerados en la presente investigación, con vistas a la generación analítica de un modelo de abordaje del proceso de integración-desafiliación social en las sociedades contemporáneas.

Finalmente, señalamos dos aspectos que se nos revelan de especial importancia de cara a la función social de nuestra tarea investigativa. Primero, que ninguno de los cuatro *tipos construidos* supone la preeminencia del plano factual de la integración social ante el plano simbólico. El *tipo* de “integración anhelada” se construye a partir de aquéllos casos que registran más recurrencia de “adhesión” que de “logro”. Su reverso constituye un *tipo* teórico sin referente empírico en nuestra investigación. Cuestión que nos plantea una relación compleja entre el plano simbólico y el factual: el “logro” es también fuente de integración simbólica, por lo que es preciso delinear políticas que apuntalen la concreción de logros en las distintas dimensiones constitutivas de la integración social. Segundo, sí

encontramos un “efecto segregación” que pesa sobre los habitantes de contextos barriales segregados: el estigma territorial de peligrosidad del barrio, que se constituye como una marca que se traslada de manera automática hacia sus habitantes. Aunque en distintos grados, tanto Casavalle y El Cerro han sido concebidos por los medios de comunicación y la sociedad en su conjunto como “barrios peligrosos”. Lo que en términos estadísticos se ha denominado como “falacia ecológica” aparece como un rasgo imperante en el estigma territorial: de la consideración de peligrosidad del barrio se produce un salto lógico que confiere a quienes residen en él el mote de “personas peligrosas”, lo que produce distintas consecuencias en diferentes ámbitos de la interacción cotidiana a la vez que contribuye a limitar las oportunidades de acceso al empleo. Esperamos que la presente investigación pueda, al menos parcialmente y en los ámbitos que estén a su alcance, contribuir a desmontar este tipo de estereotipos y atribuciones de sentido.

Referencias bibliográficas

Academia Nacional de Letras del Uruguay (2011) Diccionario del español del Uruguay, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental (EBO).

Alvarado, Sara Victoria (2007) “Construcción de conocimiento pertinente en las Ciencias sociales: niñez, juventud y educación” en Revista Hologramática Argentina (Facultad de Ciencias Sociales UNLZ, Año VI, N° 7, VI)

<<http://www.cienciared.com.ar/ra/doc.php?n=717>> acceso 2 de setiembre de 2011

Álves, Fátima; Creso Franco y Luiz Cesar de Queiroz Ribeiro (2008) “Segregación urbana y rezago escolar en Río de Janeiro.” en Revista de la CEPAL, Santiago de Chile, CEPAL, abril, N° 94: 133-148.

Aloisio, Carlos; Cecilia Chouhy; Nicolás Trajtenberg y Ana Vigna (2009) “Jóvenes en conflicto con la ley: una mirada a las instituciones de rehabilitación desde la perspectiva de género” en Infancia, adolescencia y políticas sociales, 163-190. Ministerio de Desarrollo Social (MIDES), Programa Infamilia, Fondo Concursable Carlos Filgueira edición 2008.

Álvarez Pedrosián, Eduardo (2009) “Casavalle: Una zona, un barrio, un lugar. Periferia urbana y fragmentación de la subjetividad” Ponencia presentada en las VIII Jornadas de Investigación de la Facultad de Ciencias Sociales (FCS), Universidad de la República (UdelaR), Montevideo, 8 y 9 de septiembre de 2009.

_____ (2010) “Transformar la fragmentación urbana”, en Barcelona Metrópolis. Revista de información y pensamiento urbanos. Barcelona: Ayuntamiento de Barcelona, N° 80: 10-15.

Álvarez Rivadulla, María José (2000) “Asentamientos irregulares montevidianos: La desafiliación resistida”, Serie Documentos de Trabajo del IPES / Colección Monitor Social del Uruguay N°4. Universidad Católica del Uruguay (UCUDAL).

_____ (2006) “Urbanización desde abajo: ocupando tierras en Montevideo”, Ponencia presentada al Seminario Latinoamericano: Teoría y política sobre asentamientos informales, Buenos Aires, 8 y 9 de noviembre de 2006.

_____ (2009) Contentious Urbanization From Below: Land Squatting In Montevideo, Uruguay” Faculty of Sociology, Doctor of Philosophy, Pittsburgh, University of Pittsburgh.

Amarante, Verónica y Andrea Vigorito (2007) “Evolución de la Pobreza en el Uruguay. 2001 – 2006”. Montevideo: Instituto Nacional de Estadística (INE), Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. UNFPA.

Archer, Margaret (2003) [2000] “Personal identity: the inner conversation and emotional elaboration” y “Agents: active and passive” en Archer, M: Being Human: the Problem of Agency, Warwick, Cambridge University Press, Caps. 7 y 8: 222-249 y 253-282.

____ (2007) Making our Way through the World, Cambridge, Cambridge University Press

Arim, Rodrigo (2008) “Crisis económica, segregación residencial y exclusión social. El caso de Montevideo” en Procesos de urbanización de la pobreza y nuevas formas de exclusión social. Los retos de las políticas sociales de las ciudades latinoamericanas del siglo XXI. Bogotá, Siglo del Hombre Editores, CLACSO-CROP: 71-98.

Autès, Michel (2004) [2000] “Tres formas de desligadura”, en Karsz, Saül (Coord.) La exclusión: bordeando sus fronteras. Conceptos y matices. Barcelona, Gedisa, 1ª ed, págs. 15 a 54.

Benton, Lauren (1986) “La demolición de los conventillos: la política de vivienda en el Uruguay autoritario”. Cuadernos del CIESU, N° 54, Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay (CIESU)- EBO.

Becker, Howard (1940) “Constructive Typology in the Social Sciences”, American Sociological Review, American Sociological Association, Vol. 5, N°: 1: 40-55 <http://www.jstor.org/stable/2083940> 27/02/2012

Bertaux, Daniel (1993) "Los relatos de vida en el análisis social", en Jorge Aceves Lozano (comp.), Historia oral, México, Instituto Mora/Universidad Autónoma Metropolitana: 136-148.

Bertolini, Raúl (1994) Aquellos tiempos en el Cerro, Montevideo, Gráficas Leonardo, Uruguay.

____ (2000) Memorias del oeste montevideano. Montevideo, Cromoprint

Berger, Ronald J. (2008) “Agency, Structure, And The Transition To Disability: A Case Study With Implications For Life History Research”, en The Sociological Quarterly, Midwest Sociological Society, N° 49: 309–333.

Bessin, Marc y Laurence Roulleau-Berger (2002) “Les armes du faible sont-elles de faibles armes?”, en L'Homme et la société, Paris, L'Harmattan, 2002/1 N° 143-144: 3-11. <http://www.cairn.info/revue-l-homme-et-la-societe-2002-1-page-3.htm> (Julio 2011).

Bogliaccini, Juan (2005) “Inseguridad y segregación en Montevideo. Las claves territoriales de la fractura social urbana”, en Prisma: Dilemas sociales y alternativas distributivas en Uruguay, N°21, Revista Semestral de Ciencias Humanas, Montevideo, UCUDAL: 169-194.

Bourgois, Phillippe (2010 [1995]) En busca de respeto: vendiendo crack en Harlem., Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 1ª edición.

Bourdieu, Pierre (1991) El sentido práctico, Madrid, Taurus.

_____ (1999) [1993] “Efectos de lugar” y “Los excluidos del interior” en La miseria del mundo., Buenos Aires, FCE: 119-160 y 363-442.

_____ (1995) Respuestas para una antropología reflexiva, México, Grijalbo.

_____ (1997) Razones prácticas, Barcelona, Ed. Anagrama.

Brooks-Gunn, Jeanne and Aber, J. Lawrence y Greg Duncan (1991) Neighborhood Poverty: Context and Consequences for Children; New York, Russell Sage Foundation

Bucheli, Marisa (2006) “Mercado de trabajo juvenil: situación y políticas.” Serie Estudios y Perspectivas, N° 6, Montevideo, Oficina de la Cepal.

Caetano, Gerardo y José (2005) Historia contemporánea del Uruguay. De la colonia al siglo XXI, Montevideo, Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH)-Fin de Siglo.

Campbell, Donald y Julian Stanley, (1982) Diseños experimentales y cuasiexperimentales en la investigación social, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Carreteiro, Teresa (2002) “Historia de una vida, historia de una sociedad de exclusión”, en Perfiles Latinoamericanos No 21. Diciembre 2002: 11-33.

Casacuberta, Carlos (2006) “Situación de la vivienda en Uruguay.” Montevideo, Instituto Nacional de Estadística, Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNPFA).

Casal, Joaquim (1996), “Modos emergentes de la transición a la vida adulta en el umbral del siglo XXI: aproximación sucesiva, precariedad y desestructuración”, en Reis N.º 75, Madrid: 295-316.

Casal, Joaquim - García, Maribel - Merino, Rafael – Quesada, Miguel (2006) “Itinerarios y trayectorias. *Una perspectiva de la transición de la escuela al trabajo*” Revista Trayectorias, Año VIII, Núm.22

Castel, Robert (1996) “Les marginaux dans l’histoire” en Paugam, Serge: L’exclusion, l’état des savoirs, Paris, La Découverte.

_____ (1997 [1995]) Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado, Buenos Aires, Paidós, 1ª edición.

_____ (1997b [1990]) La novela de la desafiliación: a propósito de Tristán e Isolda, Buenos Aires, Topía.

_____ (1998) “La lógica de la exclusión”, en Eduardo Bustelo y Alberto Minujin (eds.), Todos Entran. Propuesta para sociedades incluyentes, Santa Fe de Bogotá, Editorial Santillana y Unicef.

_____ (2004a) Las trampas de la exclusión. Trabajo y utilidad social, Buenos Aires, Topia Editorial, Colección Fichas del Siglo XXI.

_____ (2004b) [2003] La inseguridad social: ¿qué es estar protegido?, Buenos Aires, Manantial.

_____ (2004c) [2000] “Encuadre de la exclusión.” en Karsz, Saül (Coord.) La exclusión: bordeando sus fronteras. Conceptos y matices. Barcelona, Gedisa: 55-86.

_____ (2006) “La discrimination négative. *Le déficit de citoyenneté des jeunes de banlieue.*” En Annales. Histoire, Sciences Sociales, Editions de l'E.H.E.S.S., 2006/4 Año 61: 777-808.

_____ (2009a) [2001] “Les jeunes ont-ils un rapport spécifique au travail?” en Castel, Robert: La montée des incertitudes. Travail, protections, statut de l'individu., Paris, Éditions du Seuil: 139-158.

_____ (2009b) [1999] “Pourquoi la classe ouvrière a perdu la partie” en Castel, Robert: Op.Cit: 361-374.

_____ (2009c) “Post-scriptum” a “Pourquoi la classe ouvrière a perdu la partie” en Castel, Robert: Op.Cit: 374-378.

Cecilio, Couriel, y Spallanzani (2003) La gestión urbana en la generación de los tejidos residenciales de la periferia de Montevideo. Montevideo, Universidad de la República, Facultad de Arquitectura

Cervini, María y Mariana Gallo (2001) “Un análisis de la exclusión social: la segregación residencial entre los barrios de Montevideo. 1986 – 1998”, Montevideo, UdelaR, Facultad de Ciencias Económicas y Administración, Monografía para obtener el grado de Licenciatura en Economía, mimeo.

Clausen, John (1991) “Adolescent competence and the shaping of the life course”, en The American Journal of Sociology, Vol. 96, N° 4: 805-842.

Couriel, Jack (2010) De cercanías a lejanías. Fragmentación sociourbana del Gran Montevideo, Montevideo, Trilce.

Crovara, María Eugenia (2004) “Pobreza y estigma en una villa miseria argentina” en Política y Cultura N° 22: 29-45

Chauvel, Louis (2001) “Le retour des classes sociales?”, en Revue de l'OFCE, Paris, Presses de Sc. Po., 2001/4 N° 79: 315-359. <http://www.cairn.info/revue-de-l-ofce-2001-4-page-315.htm> (julio de 2011).

_____ (2006) “Les nouvelles générations devant la panne prolongée de l'ascenseur social” En Revue de l'OFCE, Paris, Presses de Sc. Po., 2006/1 N° 96: 35-50. <http://www.cairn.info/revue-de-l-ofce-2006-1-page-35.htm> (julio de 2011).

Chouy, Gabriel; Sebastián Aguiar y Laura Noboa (2009) “Las marcas de clase de la inseguridad ciudadana. *Juventud y pobreza*” en Juventud como objeto, jóvenes como sujetos. Montevideo, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Sociología, Revista de Ciencias Sociales N° 25: 46-59.

Da Matta, Roberto (1995) “On The Brazilian Human Poor. An Antropological Report.” en Democracy and Social Policies, Documento de trabajo N° 10.

De Armas, Gustavo (2005) “De la sociedad hiperintegrada al país fragmentado. Crónica del último tramo de un largo recorrido”, en Caetano, Gerardo (ed.), 20 años de democracia. Uruguay 1985-2005: Miradas Múltiples. Montevideo, Ediciones Santillana.

De Armas, Gustavo y Alejandro Retamoso (2010) “La universalización de la educación media en Uruguay. *Tendencias, asignaturas pendientes y retos a futuro.*” Montevideo, UNICEF, Informe diciembre.

De Ípola, Emilio (1991) “La apuesta de Durkheim”, en De Ípola, (1997) Las cosas del creer. Creencia, lazo social y comunidad política, Buenos Aires, Ariel: 19-49.

_____ (1998) “Identidad y lazo social. (Una lectura de Robert Castel)”, en De Ípola (comp.) La crisis del lazo social (Durkheim, cien años después), Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA): 51-59.

Dubet, François (1987) La galère: jeunes en survie. Fayard, Paris.

Dubet, François y Didier Lapeyronnie (1992) Les quartiers d'exil, París, Éditions du Seuil.

Durkheim, Émile (1973a) [1893] De la división del trabajo social, Buenos Aires, Schapire Editor.

_____ (1973b) [1903] La educación moral, Buenos Aires, Schapire Editor.

_____ (1974) [1897] El suicidio. Estudio de Sociología, México, Universidad Nacional Autónoma de México. Dirección General de Publicaciones.

_____ (1979) [1922] Educación y Sociología, Bogotá, Editorial Linotipo.

_____ (1986) [1895] Las Reglas del Método Sociológico, México, FCE.

_____ (1993) [1912] Las formas elementales de la vida religiosa, Madrid, Alianza Editorial.

Duschatzky, Silvia y Cristina Corea (2002) Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones., Buenos Aires, Paidós.

Dutrénit, Silvia (2007) "Aconteceres en el Cono Sur de los setenta: tierras de exilio que obligan a nuevos exilios" en Eduardo Rey Tristán (dir.), *Memorias de la violencia en Uruguay Argentina: golpes, dictaduras y exilios, 1973-2006*. Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela: 235-270.

Elder Jr., Glend H. (1994) "Time, Human Agency, and Social Change: Perspectives on the Life Course", en Social Psychology Quarterly, Vol. 57, N° 1, marzo: 4-15.

Elder, Glen y Angela O'rand (1995) "Adult lives in changing society", en Cook (ed) Sociological perspectives on social psychology: 452-475.

Elder Jr., Glen y Lisa Pellerin (1998) "Linking history and human lives." en Giele, Janet Z. y Elder Jr., Glen: Methods of Life Course Research. Qualitative and Quantitative Approaches. Thousand Oaks, CA: Sage Publications, Cap.11.

Elder, Glen H., Jr., Mónica Kirkpatrick Johnson, y Robert Crosnoe (2003), The Emergence and Development of Life Course Theory, en Jeylan T. Mortimer and Michael J. Shanahan (eds.), *Handbook of the Life Course*, New York, Kluwer Academic/Plenum Publisher.

Elías, Norbert (1982) [1970] Sociología fundamental. Barcelona, Gedisa.

____ (2000a) [1939] "La sociedad de los individuos", en La sociedad de los individuos, ensayos. Barcelona, Ed. Península: 15 a 84

____ (2000b) [1940-1950] "Problemas de la autoconciencia y de la concepción del ser humano" en La sociedad de los individuos, ensayos.: 85-176.

____ (2000c) [1987] "Cambios en el equilibrio entre el yo y el nosotros", en La sociedad de los individuos, ensayos:177-270.

____ (2003) [1976] "Ensayo acerca de las relaciones entre establecidos y forasteros" en Reis: Revista Española de Investigaciones Sociológicas, N° 104 (Oct. - Dic.): 219-251

____ (2009) [1937] El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas. México, FCE.

Elías, Norbert y John Scotson (2000) [1965] Os Estabelecidos e os Outsiders., Río de Janeiro, Jorge Zahar Editor.

Emirbayer, Mustafa y Ann Mische Source (1998) "What Is Agency?" en The American Journal of Sociology, Vol. 103, No. 4 (Jan., 1998): 962-1023, The University of Chicago Press Stable. <http://www.jstor.org/stable/2782934>

Espíndola, Fabiana (2007) "Representaciones sociales de los jóvenes desde los espacios de la exclusión social. De ser joven y vivir en Casavalle sin estudiar ni trabajar." Montevideo, Udelar, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Sociología, Tesis de Maestría en Sociología.

_____ (2009a) “La auto-ubicación de la clase social de pertenencia de los montevideanos de acuerdo a la zona de residencia habitada. Aplicación de un modelo de regresión logística.” Trabajo final realizado para el curso *Análisis de datos categóricos*, México DF, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, mimeo.

_____ (2009b) “Representaciones sociales desde espacios de exclusión. De jóvenes *ni, ni* que habitan Casavalle”, *Revista de Ciencias Sociales* N° 25, Montevideo, UdelaR, FCS, DS, 2009, págs. 93 a 105.

Espíndola, Fabiana y Gustavo Leal (2007) “¿En qué barrios de Montevideo se redujo la pobreza y la indigencia? El territorio como factor que también explica el acceso a las oportunidades. *Reseña sobre la evolución de la pobreza y la indigencia en los barrios de Montevideo. Período 1999-2006.*” Tercer Informe de Coyuntura Social del Observatorio Montevideo de Inclusión Social Trabajo presentado en el seminario “Ciudades y ciudadanos por la inclusión social. Aportes a las políticas locales de América Latina y la Unión Europea.”

Evans, Karen (2002) “Taking Control of their Lives? The Youth, citizenship and Social Change” Project, *European Educational Research Journal*, 1(3): 497-521

Filardo, Verónica (2005). “Hacia la resignificación de ‘Casavalle’, Montevideo, Uruguay.” *Documentos de proyectos* Santiago de Chile, CEPAL.

_____ (2010) “Transiciones a la adultez y educación” en *Cuadernos del UNFPA*, Serie de Divulgación, Fondo de Población de las Naciones Unidas Uruguay, Año 4, N° 5, Montevideo, Trilce.

_____ (2011) “Jóvenes y políticas sociales en foco”, Montevideo, INJU, MIDES.

Filardo, Verónica y Sebastián Aguiar (2009) “Posiciones Sociales en Montevideo”, en *El Uruguay desde la Sociología VII*, Montevideo UdelaR, FCS, DS: 100-120.

Filardo, Verónica; Gabriel Chouy y Laura Noboa (2009) *Jóvenes y adultos en Uruguay: cercanías y distancias*. Montevideo: Cotidiano Mujer/ FCS –UDELAR. Disponible en: <http://www.cotidianomujer.org.uy/juventudes09.pdf> (abril 2011)

Filardo, Verónica (coord); Mariana Cabrera y Sebastián Aguiar (2010), “Encuesta Nacional de Adolescentes y Jóvenes. Segundo Informe”, INFAMILIA-MIDES-INJU, Montevideo.

Filgueira, Fernando; Ruben Kaztman y Federico Rodríguez (2005) “Las claves generacionales de la integración y exclusión social: adolescencia y juventud en Uruguay y Chile en los albores del siglo XXI”, En *Prisma: Dilemas sociales y alternativas distributivas en Uruguay*, n°21, Revista Semestral de Ciencias Humanas, Montevideo, UCUDAL: 43-66.

Flyvbjerg, Bent (2006) “Five Misunderstandings About Case-Study Research” en *Qualitative Inquiry*, Vol. 12 N° 2, Sage Publications, Abril: 219-245

Folgar, Leticia (2001) “La serpiente mordeándose la cola en los Palomares” En: Anuario de Antropología Social y Cultural en el Uruguay. Montevideo, Departamento de Antropología Social, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UdelaR, Fontaina- Minelli, Nordan: 109 a 122.

Folgar, Leticia y Cecilia Rado (2003) “Las drogas y sus lugares simbólicos. Una etnografía barrial” en Lapetina, Agustín (coord.) Drogas y políticas sociales en el Uruguay de hoy. Paradojas, experiencias y desafíos Montevideo, Frontera editorial: 197-218.

Fonseca, Claudia (1998) “Quando cada caso NÃO é um caso. Pesquisa etnográfica e educação.” En Revista Brasileira de Educação, Universidad Federal de Río Grande del Sur, Trabajo presentado en XXI Reunión Anual da ANPEd, Caxambú, setiembre de 1998: 58 a 78.

Furlong, Andy et. al. (2003) *Youth Transitions: Patterns Of Vulnerability And Processes Of Social Inclusion* (Edimburgo: Scottish Executive Social Research/The Stationery Office Ltd)

Furstenberg, Frank, Jr (2006) “Diverging development: the not-so-invisible hand of social class in the United States.”, en Network on Transitions to Adulthood Research Network, Working Paper, Paper presented at the biennial meetings of the, San Francisco, 23-26 de marzo.

http://www.transad.pop.upenn.edu/downloads/invisiblehand_final.rev.pdf (Set. 2009)

Gallo, Mariana e Ingrid Bercovich (2004) “Los procesos de exclusión social en Montevideo: ¿Continúa la tendencia creciente de la segregación residencial?”, Montevideo, Observatorio Montevideo de Inclusión Social, Programa URBAL Red 10 “Lucha contra la Pobreza y la Exclusión”, , Intendencia Municipal de Montevideo (IMM).

Gecas, Viktor (2003) “Self-Agency and the life course” en Mortimer, J., and Shanahan, M., (eds) Handbook of the Life Course: 369-388

Gelber, Denisse (2007) “Propensión al abandono educativo temprano: análisis de una encuesta panel.” *Documento de Trabajo del IPES* 13, Serie Monitor Social del Uruguay, Montevideo, UCUDAL.

Gravano, Ariel (2005) El barrio en la teoría social., Buenos Aires, Espacio Editorial.

Goffman, Erving (2003) [1968] Estigma. La identidad deteriorada, Buenos Aires, Amorrortu editores.

González, Lorena (2010) “La Dignidad de los In-visibles: Formas de Existencia y Resistencia en Casavalle”, Montevideo, FCS, Departamento de Trabajo Social, Monografía para obtener el grado de Licenciatura en Trabajo Social.

González de la Rocha, Mercedes (2005) “Espirales de desventajas: pobreza, ciclo vital y aislamiento social.” en Panel *Nuevas realidades/nuevos enfoques: pobreza estructural y*

exclusión social en América Latina, X Congreso Internacional del CLAD sobre la Reforma del Estado y de la Administración Pública, Santiago, Chile, 18 - 21 Octubre.

Hareven, Tamara (1982) Family Time & Industrial Time. The Relationship Between the Family and Work in a New England Industrial Community. Cambridge, University Press of America.

Heinz, Walter (2003) "From Work Trajectories to Negotiated Careers. The Contingent Work Life Course", en Mortimer, Jeylan & Shanahan, Michael (eds.), Handbook of the life course, New York, Academic/Plenum Publishers: 185-204.

Hoggart, Richard (1970) [1957] La culture du pauvre, Paris, Lés Éditions du Minuit.

Hopenhayn Martín (2004) "El nuevo mundo del trabajo y los jóvenes." En JOVENES, Revista de Estudios sobre Juventud, Edición: año 8, núm. 20, México, DF, enero-junio 2004: 54-73

_____ (2001) "Viejas y nuevas formas *de la ciudadanía*." En Revista de la CEPAL, Santiago de Chile, CEPAL, N° 73:117-128.

Infancia, Adolescencia y Familia en Riesgo Social (Infamilia) (2004) "Casavalle. Informes de zona." Programa Integral Infancia, Adolescencia y Familia en Riesgo Social - Presidencia de la República. Montevideo, Mimeo.

Instituto Nacional de Estadística (INE) (2009) "Estimaciones de Pobreza por el Método del Ingreso 2008", Montevideo, INE.

_____ (2006) "Censo 2004 – Fase I , Departamento de Montevideo. Síntesis de resultados", Informes del INE Montevideo, INE.

Intendencia Municipal de Montevideo (IMM) (2007) "Encuesta sobre Percepción de Exclusión Social y Discriminación. Rompiendo Mitos." *Montevideo en la mano* 13. <http://www.montevideo.gub.uy/montevideoenlamano/13/exclusion.htm> (marzo de 2008)

Jencks, Christopher y Susan Mayer (1990) "The Social consequences of growing up in a poor neighborhood", en Lynn y McGeary, eds., Inner city poverty in the United States. Washington, National Academy Press: 111-186.

Karsz, Saül (2004) [2000] "La exclusión: concepto falso, problema verdadero", en Karsz, (Coord.) La exclusión: bordeando sus fronteras. Conceptos y matices. Barcelona, Gedisa: 133-214.

Kaztman, Ruben (1997) "Marginalidad e integración social en Uruguay", Revista de la CEPAL, No.62, Santiago de Chile, Agosto: 91-116

_____ (1999) “El vecindario también importa”, en Katzman (coord.) Activos y estructuras de oportunidades. Estudios sobre las raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay, Montevideo, CEPAL: 263-307.

_____ (2001) “Seducidos y abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos”, en Revista de la CEPAL N° 75, Diciembre: 171-185.

_____ (2003) “La dimensión espacial en las políticas de superación de la pobreza urbana”, en Serie Medio Ambiente y Desarrollo, Santiago de Chile: CEPAL, División de Desarrollo Sostenible y Asentamientos Humanos, N° 59.

_____ (2005) “Riesgo y bienestar: reflexiones en torno a las metas del milenio”, en Prisma: Dilemas sociales y alternativas distributivas en Uruguay, N°21, Revista Semestral de Ciencias Humanas, Montevideo, UCUDAL: 213-218.

_____ (2007) “La calidad de las relaciones sociales en las grandes ciudades de América Latina: viejos y nuevos determinantes”, en Cohesión social en Iberoamérica: algunas asignaturas pendientes, Pensamiento Iberoamericano, Madrid, 2ª época: 177-205.
<http://www.pensamientoiberoamericano.org/xnumeros/1/pdf/pensamientoIberoamericano-46.pdf> (julio 2009)

Katzman, Ruben; Gabriel Corbo; Fernando Filgueira; Magdalena Furtado; Denise Gelber; Alejandro Retamoso y Federico Rodríguez (2004) “La ciudad fragmentada. Respuesta de los sectores populares urbanos a las transformaciones del mercado y del territorio en Montevideo”. Working Paper Series. N° 04-04b.2, Julio. The Center for Migration and Development, Princeton University.

Katzman, Ruben y Fernando Filgueira (2001) Panorama de la infancia y la familia en Uruguay. Montevideo, Programa de Investigación sobre Integración, Pobreza y Exclusión Social (IPES) de la Facultad de Ciencias Sociales y Comunicación Universidad Católica del Uruguay - Instituto Interamericano del Niño.

Katzman, Ruben y Alejandro Retamoso (2005) “Segregación espacial, empleo y pobreza en Montevideo”, Revista de la CEPAL, N° 85, Santiago de Chile, abril: 131-148.

_____ (2006a) “Aprendiendo juntos. Retos a la educación desde los procesos de segregación urbana.” Mimeo, GESU, Montevideo.

_____ (2006b) [2005] “Segregación Residencial en Montevideo: desafíos para la Equidad Educativa”, en Reunión de Expertos sobre Población y Pobreza en América Latina y el Caribe, 14 y 15 de Noviembre 2006, Santiago, Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe, CELADE-División de Población:
http://www.eclac.org/celade/noticias/paginas/5/27255/Katzman_Retamoso.pdf
(acceso: julio de 2008)

_____ (2007a) “Efectos de la segregación urbana sobre la educación en Montevideo” en Revista de la CEPAL, N° 91: 133-152.

_____ (2007b) “Transformaciones recientes en las características de los barrios pobres de Montevideo”, en Saraví, Gonzalo, De la pobreza a la exclusión. Continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina, México, CIESAS: 167-195

Kaztman, Ruben y Federico Rodríguez

(2005) “Las formas de constitución de las familias pobres urbanas en Uruguay: consecuencias sobre el rendimiento educativo de los niños”, en Prisma: Dilemas sociales y alternativas distributivas en Uruguay, N°21, Revista Semestral de Ciencias Humanas, Montevideo, UCUDAL: 119-139.

_____ (2007) “Situación de la Educación en Uruguay”, Informe Temático, Montevideo, INE.

Kessler, Gabriel (2004) Sociología del delito amateur, Buenos Aires, Paidós.

_____ (2009) El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.

Kuasñosky, Silvia y Dalia Szulik (2000a) “Desde los márgenes de la juventud”, en Mario Margulis La juventud es más que una palabra, Buenos Aires, Biblos: 47-67.

_____ (2000b) “¿Qué significa ser mujer joven en un contexto de extrema pobreza?” en Mario Margulis, Op. Cit.: 147-156.

Landecker, Werner S. (1949) Social Integration in Complex Groups: A Theoretical Scheme for Coordinated Research.

_____ (1951) “Types of Integration and Their Measurement” en American Journal of Sociology, Vol. 56, No. 4 (Jan., 1951): 332-340, The University of Chicago Press. <http://www.jstor.org/stable/2771696> [8.07.2012]

Leclerc-Olive, Michèle (2009) “Temporalidades de la experiencia: las biografías y sus acontecimientos.” Iberóforum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana: 1-39.

Lombardi, Mario (1999) “Infancia y adolescencia en los Asentamientos Irregulares”. UNICEF, INTEC, Montevideo.

Lombardo, Cecilia (2004) “Hacia la resignificación de Casavalle, Montevideo, Uruguay; lineamientos físico – territoriales.” CEPAL, Santiago de Chile, Documentos de proyectos.

Macadar Daniel; Juan José Calvo; Adela Pellegrino y Andrea Vigorito (2002) “Segregación residencial en Montevideo: ¿Un fenómeno creciente?” Montevideo, Universidad de la República, Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC). Informe final de investigación.

Machado Pais, José (2007) [2001] Chollos, chapuzas, changas. Jóvenes, trabajo precario y futuro. México, Universidad Autónoma Metropolitana, Ed.Anthropos.

Marchesi, Aldo (2005) “Crisis y nación, Uruguay y su excepcionalidad imaginada”, en: Grupo de trabajo CLACSO: Cultura y política, Buenos Aires, CLACSO.

Marshall, Victor (2000) “Agency, Structure, and the Life Course in the Era of Reflexive Modernization”, Presentado en Simposio sobre El curso de la vida en el siglo 21, Reunión de la American Sociological Association, Washington DC, August.

Martinic, Serge (1992) Análisis estructural: Presentación de un método para el estudio de lógicas culturales, Santiago de Chile, CIDE.

Massey, Douglas y Nancy Denton (1993) American Apartheid; Segregation and the Making of the Underclass. Harvard, Harvard University Press.

McKinney, John C. (1968) Tipología constructiva y teoría social, Buenos Aires, Amorrortu.

Merklen, Denis (2000) “Vivir en los márgenes: la lógica del cazador. Notas sobre sociabilidad y cultura en los asentamientos del Gran Buenos Aires hacia fines de los 90”, en: Svampa, Maristella (ed.) Buenos Aires, Editorial Biblos: 81-120.

Merton, Robert (2002) [1949] “Estructura social y anomia” y “Continuidades en la teoría de la estructura social y la anomia” en *Segunda Parte: Estudios sobre estructura social y cultural*. Teoría y estructura sociales, México, FCE, Cap.VI: 209-239 y VII: 240-274.

Ministerio de Desarrollo Social (MIDES) (2010) “Caracterización de La Cuenca Casavalle”, Informe, Montevideo, MIDES, Dirección Nacional de Evaluación y Monitoreo (DINEM) Unidad de Seguimiento de Programas (USP), División Monitoreo.

Ministerio de Educación y Cultura (MEC) (2008) Proyecto de Ley General de Educación, Montevideo, MEC, Dirección Nacional de Impresiones y Publicaciones Oficiales (IMPO), junio.

Mora Salas, Minor y Orlandina De Oliveira (2009) “Los jóvenes en el inicio de la vida adulta: trayectorias, transiciones y subjetividades”. Notas de Investigación. Revista de Estudios Sociológicos, Vol. XXVII, N°79, Enero – Abril, 2009, Págs. 267-289, El Colegio de México.

_____ (2012a) “Las vicisitudes de la inclusión laboral en los albores del siglo XXI: Trayectorias ocupacionales y desigualdades sociales entre jóvenes profesionistas mexicanos.”, en Estudios Sociológicos, n° 88, enero-abril 2012, México, El Colegio de México

_____ (2012b) “¿Ruptura o reproducción de las desventajas sociales heredadas? Relatos de vida de jóvenes que han vivido situaciones de pobreza” Trabajo presentado en el V Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, Montevideo, Uruguay, del 23 al 26 de octubre de 2012.

Moreira, Constanza (2004) Final del Juego. Del bipartidismo tradicional al triunfo de la izquierda en Uruguay, Montevideo, Trilce.

Móttola, Juan Pablo (2010) “¿Quién dijo que todo está perdido? Las condicionantes del abandono escolar en zonas urbanas periféricas del Uruguay” En Páginas de Educación, Volumen 3. Año 3. Montevideo, UCUDAL: 83- 104.

Newman, Katherine (1999). No Shame in My Game: The Working Poor in the Inner City. New York, Knopf and Russell Sage Foundation.

Nun, José(2001) Marginalidad y exclusión social., Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Oliveira de, Orlandina y Minor Mora Salas (2008) “Desigualdades sociales y transición a la adultez en el México contemporáneo.” Papeles de Población N° 57, Universidad Autónoma del Estado de México, julio-septiembre: 117-152

Ortner , Sherry B. (2009) “Resistencia densa: muerte y construcción cultural de agencia en el montañismo himalayano.” En Papeles de trabajo. Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín. Año 2, n° 5, Buenos Aires, junio de 2009.

Park, Robert (1999) [1925] La ciudad y otros ensayos de ecología urbana, Barcelona, Ediciones del Serbal

Parsons, Talcott (1966) [1951] El sistema social, Madrid, Revista de Occidente.

Patrón, Rossana (2011) “When more schooling is not worth the effort: another look at the dropout decisions of disadvantaged students in Uruguay.”, Documento de Trabajo n° 5, Montevideo, Udelar, FCS, Departamento de Economía, febrero.

Pellegrino, Adela y Andrea Vigorito (2005) “La emigración uruguaya durante la crisis de 2002”, Montevideo, Universidad de la República, Facultad de Ciencias Económicas y Administración, Instituto de Economía, Serie Documentos de Trabajo (DT 03/05)

Peña, Carlos (2010) El concepto de cohesión social, México DF, Ediciones Coyoacán.

Perelli, Carina y Juan Rial (1985) De mitos y memorias políticas, Montevideo, EBO.

Peterson, Abby (2011) “The ‘Long Winding Road’ to Adulthood: A Risk-filled Journey for Young People in Stockholm’s Marginalized Periphery” en *Young*. Los Ángeles, Sage Publications and Young Editorial Group. 19(3) 271-289.

Portes, Alejandro (1990) “La urbanización de América Latina en los años de crisis”, en José Luis Coraggio (Ed.), La investigación urbana en América Latina: caminos recorridos y por recorrer. Las ideas y su contexto, Quito, Centro de Investigaciones Ciudad: 203-256.

Portes, Alejandro y Bryan Roberts (2004) “Empleo y desigualdad urbanos bajo libre mercado: consecuencias del experimento neoliberal” en *Nueva Sociedad*, N° 193: 76-96.

Queiroz Ribeiro, Luis César y Kaztman, Ruben (2008) A Cidade contra a Escola? Segregação Urbana e Desigualdades Educacionais em grandes cidades da América Latina., Rio de Janeiro: Letra Capital; FAPERJ, IPPES

Rama, Germán (1987) La democracia en Uruguay, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.

Rama, Germán y Carlos Filgueira (1991) “Los jóvenes del Uruguay. Esos desconocidos. *Análisis de la Encuesta Nacional de Juventud*” Montevideo, Dirección General de Estadística y Censos, CEPAL - INE.

Real de Azúa, Carlos (1964) El impulso y su freno. Tres décadas de Batllismo y las raíces de la crisis uruguaya., Montevideo, EBO.

____ (1984) Uruguay. ¿una sociedad amortiguadora?, Montevideo, CIESU- EBO.

Rodríguez, Ernesto (2000) “Los jóvenes en el Uruguay: la paradoja de sobrar aunque sean pocos”, JOVENes. Revista de Estudios sobre Juventud, Nueva Época, año 4, núm. 10, SEP-IMJ-CIEJ, México, enero-marzo: 186-202.

Rodríguez Vignoli, Jorge (2001) “Segregación residencial socioeconómica: ¿qué es?, ¿cómo se mide?, ¿qué está pasando?, ¿importa?”, Serie Población y Desarrollo, Núm.16, Santiago de Chile, CEPAL/CELADE. <http://www.cepal.org/publicaciones/xml/8/7888/lc11576-P.pdf> Disponible a abril de 2009

____> (julio 2009)

Rossell, Cecilia (2009) “Adolescencia y juventud en Uruguay Elementos para un diagnóstico integrado” Montevideo, Instituto Nacional de la Juventud (INJU).

Rostagnol, Susana y Valeria Grabino (2007) “Historias en el silencio: prostitución infantil y adolescente en Montevideo y área metropolitana”, Montevideo, UNICEF, Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, Oficina de Uruguay, Red Uruguaya de Autonomías (RUDA), Proyecto Explotación sexual comercial de niños y adolescentes en Uruguay.

Ruiz Olabuenaga, José y María Antonia Ispizua (1989) La descodificación de la vida cotidiana. Métodos de investigación cualitativa, Bilbao, Universidad de Deusto.

Sabatini, Francisco (2003) “La segregación social del espacio urbano en las ciudades de América Latina.” Documentos del Instituto de Estudios Urbanos, Serie Azul, 35. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile.

Sabatini, Francisco y Isabel Brain (2008) “La segregación, los guetos y la integración social urbana: mitos y claves” en Revista Eure, Vol. 34, N° 103: 5-26, diciembre 2008.

Sachweh, Patrick (2008) “The ‘Moral Economy’ of Social Inequality. A Study of Popular Views about Poverty and Wealth” Paper presented at the RC 28 conference Work, Poverty and Inequality in the 21st Century, Stanford, California, August 6-9.

Saraví, Gonzalo (2004) “Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en enclaves de pobreza estructural”, en Revista de la CEPAL, N° 83, Agosto de 2004.

_____ (2006) “Biografías de exclusión. Desventajas y Juventud en Argentina.” En Perfiles Latinoamericanos, Núm.28. Julio-Diciembre 2008, México DF, Flacso: 83-116.

_____ (2007) “Nuevas realidades y nuevos enfoques: exclusión social en América Latina”, en Gonzalo Saraví (editor), De la pobreza a la exclusión social. Continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina, Buenos Aires, CIESAS/Prometeo Libros, pp. 19-54.

_____ (2010) Transiciones vulnerables. Juventud, desigualdad y exclusión en México, México, D.F., Publicaciones de la Casa Chata.

Scarlatta, Laura y otros (2004) “No te enganches con *la lata*”. Montevideo, Instituto de Desarrollo Económico y Social

_____ (2006) “Prácticas y Gestión de riesgos en el consumo de Pasta Base de Cocaína y conductas sexuales asociadas -con especial énfasis en la prevención de VIH-SIDA en adolescentes y jóvenes de 13 a 21 años residentes en Montevideo y su área metropolitana.” Informe final de investigación. Montevideo, Instituto de Desarrollo Económico y Social

Segura, Ramiro (2006) “Segregación residencial, fronteras urbanas y movilidad territorial. Un acercamiento etnográfico.” Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), Buenos Aires, Cuadernos del IDES N° 9, julio.

_____ (2011) “La ciudad invertida. Análisis antropológico de la segregación urbana en la periferia de la ciudad de La Plata” en Antropología de las periferias urbanas: transformaciones socioterritoriales, desigualdades en la ciudad y nuevos conflictos en el espacio. Grupo de trabajo N° 13, IX Reunión de Antropología del Mercosur. Culturas, Encuentros y Desigualdades. Curitiba, 10 a 13 de julio.

http://www.sistemasmart.com.br/ram/archivos/9_6_2011_16_38_33.pdf (setiembre 2011)

Sennett, Richard (1998) La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo, Barcelona, Anagrama.

_____ (2003) El respeto. Sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad, Barcelona, Anagrama.

Settersten, Richard A. (2003) "Age Structuring and the Rhythm of the Life Course" en Handbooks of Sociology and Social Research, Handbook of the Life Course, III, 81-98.

Silver, Hilary (1995), "Reconceptualising Social Disadvantage: Three Paradigms of Social Exclusion", en Rogers, G.; Gore C. y Figueiredo J. (orgs.), Social Exclusion: Rethoric, Reality, Responses, Ginebra, Instituto Internacional de Estudios Laborales, Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas. Primera parte, *Conceptual Issues*: 57-80.

Small, Mario Luis y Katherine Newman (2001) "Urban Poverty After the Truly Disadvantaged: *The Rediscovery of the Family, the Neighborhood, and Culture.*" Annual Review of Sociology 27:23-45.

Solís, Patrício (2008) "Efeitos do nível socioeconômico de vizinhança na continuidade escolar entre o Ensino Médio e o Pré-universitário no México, Distrito Federal" en: Queiroz Ribeiro, LC. y Kaztman, R. (Coord.): A Cidade contra a Escola. Segregação urbana e desigualdades educacionais em grandes cidades da América Latina. Rio de Janeiro: Letra Capital; FAPERJ, IPPES, 223-244.

Svampa, Maristella (ed.) (2000) Desde abajo. La transformacion de las identidades sociales. Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento/Biblos.

Tapia, Luis (2011) "Subsuelo político" en Tapia, Política salvaje, Buenos Aires, Waldhuter editores: 109-141.

Tironi, Eugenio (1986a) "El fantasma de los pobladores" en Estudios sociológicos, México DF, El Colegio de México, Vol. 4, N° 12, set-dic: 391-397.

____ (1986b) "La revuelta de los pobladores. Integración social y democracia", en Nueva Sociedad, N° 83, Mayo-Junio: 24-32.

____ (1986c) "*Para una sociología de la decadencia*" en Proposiciones, Vol.12. Santiago de Chile, Ediciones SUR, 11-16.

____ (1990) Autoritarismo, modernización y marginalidad. El caso de Chile 1973-1989, Santiago de Chile, Ediciones SUR.

____ (1987) "Pobladores e integración social" en Proposiciones, Vol.14, Santiago de Chile, Ediciones SUR, 64-85.

Tokman, Víctor (1998) "Jóvenes y ciudadanía en los modelos de sociedad emergentes en América Latina", en Juventud, Educación y Empleo, , Montevideo, MTAS/INJUVE-OIT/CINTERFOR-OIJ.

Vallés, Miguel (1997) Técnicas cualitativas de investigación social, Madrid, Ed. Síntesis.

Velasco Ortiz, M Laura (2008[2001]) "Un acercamiento al método tipológico en sociología" en Tarrés, María Luisa (coord.) Observar, Escuchar y Comprender: Sobre La

Tradición Cualitativa en la Investigación Social, México, El Colegio de México/Flacso-México/Miguel Ángel Porrúa librero-editor: 289-32.

Vigorito Andrea (1999), “Una distribución del ingreso estable. El caso de Uruguay”, Serie Documentos de Trabajo, 6/99, Instituto de Economía, Facultad de Ciencias Económicas y Administración, Udelar.

Viscardi, Nilia (2006) “Delitos, trayectorias de vida y procesos socializadores de jóvenes vinculados a Programas de Rehabilitación. Puertas cerradas, vida hacia adentro”, en Educación y Juventud: problemas actuales y abordajes teóricos. Revista de Ciencias Sociales, Departamento de Sociología, Año XIX / N° 23, Diciembre 2006: 45 a 62.

____ (2008) “Integración perversa: los caminos de la desafiliación en jóvenes marginados” en Revista de Ciencias Sociales, Departamento de Sociología, Año XXI, N°24, Octubre de 2008.

Wacquant, Loïc (1999) [1993] “Con un *hustler* en el gueto norteamericano”, en Bourdieu, Pierre, La miseria del mundo. Buenos Aires, FCE: 144-150.

____ (2001) Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos de milenio, Buenos Aires, Manantial.

____ (2004) “Las dos caras de un gueto: la construcción de un concepto sociológico” en Renglones, N° 56:72-80, México, febrero.

http://sociology.berkeley.edu/faculty/wacquant/wacquant_pdf/DOSCARASGUETO-Renglones.pdf (julio 2009)

____ (2007) Los Condenados de la ciudad. Gueto, periferias, Estado, Buenos Aires, Siglo Veintiuno.

Weber, Max (1984) Economía y Sociedad, esbozo de sociología comprensiva, México, FCE

Webster, Colin; Donald Simpson, Robert MacDonald, Andrea Abbas, Mark Cieslik, Tracy Shildrick y Mark Simpson (2004) Poor transitions. Social exclusion and young adults, Teeside, The Policy Press.

Weller, Jürgen (2006) “Inserción laboral de jóvenes: Expectativas, demanda laboral y trayectorias”. En: Girardo, C.; de Ibarrola, M.; Jacinto, C.; Mochi, P. (coords) Estrategias educativas y formativas para la inserción social y productiva. Montevideo, OIT/CINTERFOR, 65-86.

____ (2007) La inserción laboral de los jóvenes: características, tensiones y desafíos, Revista de la CEPAL No. 92, págs. 61 a 92. (en especial, punto 4)

Wilson, William Julius (1987) The Truly Disadvantaged: The Inner City, the Underclass, and Public Policy, Chicago, The University of Chicago Press.

_____ (1997) [1996] When Work Disappears: The World of the New Urban Poor, First Vintage Books Edition.

Whyte, William Foote (1971) [1943] La sociedad de las esquinas, México, Diana.

Yin, Robert (1984) Case Study Research; Design and Methods, California. Sage publ.

Zuñiga, Víctor (1991) “Los locos del barrio o la ostentación del estigma: identidad social y frontera en una pandilla de Matamoros, Tamaulipas” en Río Bravo. A Bilingual Journal of International Studies, Vol I, nº 1: 47-68.

Anexos

Anexo 1. El trabajo de campo

A1.1. Características e impresiones surgidas del trabajo de campo

Presentamos en las páginas que siguen, el informe del trabajo de campo que realizáramos en la ciudad de Montevideo entre julio de 2010 y enero de 2011. Con el objetivo de mostrar junto a las actividades consignadas, un reporte que dé cuenta de los ejes analíticos que emanan, imprevistos, conceptos locales utilizados por los sujetos, así como sus puntos de referencias centrales.

Trabajamos en los dos barrios previstos, Casavalle y El Cerro. En el inicio del trabajo de campo, realizamos una serie de entrevistas a técnicos, particularmente a los responsables territoriales en cada uno de los barrios, de la ejecución de programas sociales vinculados a la adolescencia y juventud. E iniciamos una serie de contactos de manera de maximizar la diversidad de puntos desde donde vincularnos con los jóvenes en los barrios.

En los dos barrios sostuvimos además, charlas informales con otros jóvenes a los que no se les aplicó la guía de entrevista, buscando contrastar opiniones, recoger expresiones acerca de su cotidianidad, o relatos de hechos concretos que hacen a la identidad de los habitantes del barrio. También trabajamos fuertemente en el seguimiento de jóvenes seleccionados por su trayectoria de vida.

Consideramos que en este punto, se lograron aproximaciones de diferente intensidad en uno y otro barrio. En el caso de Casavalle, la fuerte presencia en el campo desde el mes de agosto, moderada pero continuada a partir de noviembre, nos permitió un tiempo de acompañamiento que fue muy fructífero. Así, si bien algunos entrevistados no fueron recontactados (12), la mayoría sí lo fue (19), llegando en algunos casos, a establecer una relación de fuerte confianza y acompañamiento (en el caso de mayor cantidad de encuentros y mayor cercanía con el entrevistado (E7), se realizaron 10 visitas además de numerosas conversaciones telefónicas).

En el Cerro, no obstante re-contactamos a la mitad de los entrevistados (10), el escaso tiempo transcurrido entre el primer y el segundo contacto, sumado a la imposibilidad de seguir profundizando en el vínculo hace una diferencia importante con la profundidad de los encuentros logrados en comparación con los jóvenes de Casavalle. Por otra parte, en El Cerro se realizaron menos entrevistas de las previstas (30). De todos modos, no creímos necesario prever otra instancia de trabajo de campo. Evaluamos que pese a la diferencia en la cantidad de entrevistas realizadas a jóvenes entre Casavalle y El Cerro, disponíamos de una buena cantidad de entrevistas de calidad a los jóvenes cerrenses, además de entrevistas a vecinos, trabajadores del barrio, registros de observaciones y charlas informales, que conforman un vasto material para el trabajo de análisis de información.

Las principales dificultades encontradas en los dos barrios refieren al logro de contacto con jóvenes en situaciones de mayor vulnerabilidad, con una actitud de confrontación con las instituciones y consumo problemático de drogas (particularmente pasta base). No obstante, contamos con registros de observación específicos sobre ello (como ser, registros de campo de puntos de venta de drogas y artículos robados). También contamos con la posibilidad de ahondar en el análisis de las historias de vida de quienes revirtieron -al menos parcialmente- tales situaciones.

A.1.1.1. El trabajo de campo en Casavalle

El trabajo de campo en Casavalle fue iniciado realizando observaciones sistemáticas de algunos espacios seleccionados (plazas, pasajes de viviendas). Entre la tercera semana del mes de agosto y fin de octubre, realicé un trabajo con fuerte presencia en el barrio, instalándome en una plaza, en donde, al tiempo que avanzaba con las entrevistas a jóvenes, comencé a re-encontrarme con algunos jóvenes entrevistados, sus familias, vecinos, así como con trabajadores de fuera del barrio. Con esto, lo que quiero señalar es que el desarrollo de las entrevistas realizadas a los jóvenes fue avanzando alternadamente con re-entrevistas, visitas en sus domicilios, recorridas por el tianguis barrial, entre otros.

Participamos además de algunas actividades organizadas en el barrio, como parte de la ejecución de programas sociales a nivel territorial. En particular, di seguimiento a la implementación de un grupo de trabajo de técnicos y vecinos acerca del tratamiento de la

problemática del consumo de drogas, enfocado especialmente al trabajo en prevención y atención de problemas de consumo abusivo por parte de adolescentes y jóvenes del barrio. Esto me permitió un vínculo más asiduo con tres de los jóvenes entrevistados, que participaban de los talleres que se organizaron en este marco. Por otra parte, procuré reestablecer vínculos con jóvenes a los que ya había entrevistado en el año 2005 en ocasión del trabajo de campo que realicé para la tesis de maestría. El desarrollo de este tipo de actividades estuvo orientado por la búsqueda de la heterogeneidad entre los jóvenes, y también de un trabajo de mayor aproximación con algunos de los jóvenes, seleccionados a posteriori de la primera entrevista.

Entrevistamos en Casavalle a un total de 31 jóvenes siguiendo la pauta de entrevista como guía orientadora. Se tienen en total 56 horas y 28 minutos de grabación, lo que significa un promedio de 1 hora y 50 minutos por entrevistado. En la tabla a la derecha se presenta la distribución de los entrevistados por nivel educativo y tramo etario.

Cuadro A.1.1. Casavalle: distribución de <i>entrevistados</i> por nivel educativo y tramo etario			
<i>Distribución por nivel educativo</i>			
Neduc	Varones	Mujeres	Total
Prim comp	6	5	11
Sec inc	7	5	12
Sec comp	4	4	8
Total	17	14	31
<i>Distribución por tramo etario</i>			
Tramo et-	Varones	Mujeres	Total
Hasta 24	8	9	16
De 25 a 29	5	4	10
30 y más	4	1	5
Total	17	14	31

A la par de las entrevistas a jóvenes realizamos una serie de visitas a instituciones barriales (centros de educación formal, aulas comunitarias, bibliotecas, organizaciones no gubernamentales, centros de salud), con el objetivo de recuperar las distintas miradas acerca de la historia barrial, así como de relevar la documentación disponible respecto de la constitución del barrio y las condiciones de vida de sus habitantes. Es así que realizamos un trabajo de relevamiento bibliográfico procurando recoger documentación de distinto tipo (libros, artículos periodísticos, informes de trabajo), que fue combinado con entrevistas a viejos habitantes del barrio (en algunos casos, estos son familiares y/o vecinos de los jóvenes entrevistados).

En las recorridas por el barrio procuramos también recoger opiniones acerca de la situación de los jóvenes, y de las principales problemáticas para los habitantes de la zona. Cabe consignar que, de las entrevistas a vecinos y técnicos trabajadores en los barrios, se tienen 13 horas y 26 minutos de grabación.

En el siguiente cuadro (A.1.2) presentamos algunas de las principales características de los entrevistados. La información correspondiente a cada joven se presenta en el orden en que fue realizada la primera entrevista (Columna E). En negrita, se destacan del total de jóvenes entrevistados, aquéllos que fueron seleccionados para el análisis (por corrección de sesgo de edad).

Cuadro A.1.2. Características generales de entrevistas a jóvenes casavallenses

E	Nombre	Edad	Máx. nivel educativo*	Detalle Neduc*	Sit conyugal	Vive con...	Vivienda	Lugar(es) de encuentro (s)	CV **
1	Carolina	21	Primaria completa	Terminó escuela y no siguió. Repitió	Unión libre.	Pareja y dos hijos.	Casavalle 1. (fondo Senda 6).	Plaza "Policlínica Casavalle".	1
2	Gonzalo	30	Primaria completa	Terminó escuela y no siguió. Repitió 2 años	Soltero.	Madre.	Arriba de Casavalle 1. Rancho muy precario.	Feria barrial y Plaza "Policlínica Casavalle".	2
3	Federico	27	Universidad incompleta	Está cursando 4° Derecho	Soltero.	Madre, 1 hermana, 2 hermanastros y abuela.	Plácido Ellauri - Marconi. Viv. precaria. En el pasaje, 3 bocas de venta de droga.	Casa del entrevistado, bar.	4
4	Celia	18	Primaria completa	Repitió 1° liceo dos veces y dejó	Soltera.	Hijo, dos hermanas, cuñado, sobrino y madre.	Casavalle 2. Senda 12 (fondo frente a E7)	Casa de la entrevistada.	2
5	Yenia	18	Primaria completa	Repitió 1° liceo dos veces y dejó	Separada.	Hijo, hermano y padres.	Comunidad Misiones, Pasaje 314.	Casa de la entrevistada y plaza "Policlínica Casavalle".	3
6	Washington	18	Primaria completa	Repitió varias veces 1° y dejó	Soltero.	Madre y tres hnos. Al lado: abuelos, tío, cuñada y sobrino.	Comunidad Misiones, Pasaje 320.	Plaza "Policlínica Casavalle".	4
7	Valeria	30	Primaria incompleta	Hizo hasta 4°	Unión libre.	Pareja y tres hijos.	Casavalle 2 (fondo de Senda 10).	Plaza "Policlínica Casavalle" y casa de la entrevistada.	10
8	Mateo	19	UTU incompleta	Distintos cursos incompletos	Soltero.	Padres y dos hermanos.	El Borro. Zona de viviendas material.	Plaza "Policlínica Casavalle" y plaza "Los palos".	2
9	Germán	30	Primaria completa	Repitió 1° escuela	Separado.	Padre y dos hermanos. En pieza contigua, madre.	El Borro. Zona de viviendas material.	Casa del entrevistado.	3
10	Sebastián	21	Secundaria incompleta	Está cursando bachillerato.	Soltero.	Padres y dos hermanos.	Casavalle 2. Senda 11.	Casa del entrevistado.	3

(Continuación)

E	Nombre	Edad	Máx. nivel educativo*	Detalle Neduc*	Situación conyugal	Vive con...	Vivienda	Lugar(es) de encuentro (s)	CV **
11	Lucía	22	Primaria incompleta	No repitió, abandonó para trabajar.	Unión libre.	Pareja y tres hijos. (Madre).	Marconi, frente a boca de venta de drogas. Vivienda material sin terminar.	Casa de entrevistada y plaza "Policlínica Casavalle".	6
12	Leonel	19	UTU incompleta	Abandono por trabajo.	Unión libre	Pareja e hijo.	Arriba de Casavalle 1. Vivenda material, techo de material de desecho (chapa).	Plaza "Policlínica Casavalle".	1
13	José	32	Primaria incompleta	No lee ni escribe	Soltero.	Hermano.	Casavalle 2, Senda 8. Núcleo asentado, lleno de basura	Plaza "Policlínica Casavalle".	2
14	Carmen	20	Secundaria incompleta	Abandonó por repetición y maternidad.	Soltera.	Hija, madre, esposo madre e hija madre.	Comunidad Misiones. Frente a plaza.	Casa de entrevistada.	1
15	Camila	23	Universidad incompleta	2º Ciencias de la Comunicación. Periodismo en UTU.	Soltera.	Madre y hnos	El Borro. Casa de material con cuartos agregados en terreno compartido c/ parientes de padre	Casa de entrevistada.	1
16	Tatiana	25	Universidad incompleta	Estudia Trabajo Social en FCS	Unión libre.	Pareja, hija de otra pareja, y cinco personas más.	Palermo. Casa comunitaria. Viven 9 personas, que comparten la renta. Muy deteriorada.	Casa de la entrevistada y Salón Comunal "Padre Cacho".	4
17	Gabriel	26	Primaria completa	Terminó con 14, fue al liceo 41 pero no aprobó 1º y dejó	Casado.	Pareja, hija suya e hija de su pareja.	Casavalle 2. Senda 26, hacia asentamiento. Muy precaria. Espacio dividido con cortinas	Plaza "Policlínica Casavalle" y casa del entrevistado.	2
18	Eveline	25	Secundaria incompleta	4º secundaria aprobado. Expectativa de culminar	Soltera.	Padres y cinco hermanos. Comparte predio con tíos y primos.	El Borro. Ocupante de casa histórica derrumbada. Construcción precaria.	Casa de la entrevistada.	1
19	Leticia	17	Secundaria incompleta	Secundaria incompleta. Estudiante.	Soltera.	Padres y hermana.	El Borro. Vivienda de material, amplia y cuidada.	Casa de la entrevistada.	1
20	Armando	31	Secundaria incompleta	3º secundaria. Anteriormente, Ciclo básico obligatorio)	Soltero.	Madre, cinco hermanas y dos sobrinas.	Casavalle 2, Senda 10	Casa del entrevistado.	2
21	Pablo	21	Primaria incompleta	Comenzó 1 año escuela y abandonó. Analfabeto.	Unión libre.	Pareja e hijo de su pareja.	Asentamiento Borro, pieza de chapa, sin baño.	Esquina de asentamiento y casa del entrevistado.	2

(Continuación)

E	Nombre	Edad	Máx. nivel educativo*	Detalle Neduc	Situación conyugal	Vive con...	Vivienda	Lugar(es) de encuentro (s)	CV**
22	Nadia	23	Universidad incompleta	Ya casi termina Fac. Derecho	Soltera.	Padres y dos hermanas	Entorno Marconi(Acacias). Buena humilde, muy cuidada.	Facultad de Derecho.	1
23	Marcelo	29	Universidad incompleta	Optó por formación terciaria en UTU	Soltero.	Padres.	Gruta de Lourdes, núcleo INVE	Casa del entrevistado.	1
24	Lorenzo	27	Secundaria incompleta	Sin interés por educación formal, sí por aprender.	Soltero.	Madre y padrastro.	"La Villa", viviendas Padre Cacho	Plazas "La Villa" y "Policlínica Casavalle"; Salón Comunal "Padre Cacho"; ONG	5
25	Jorge	20	Secundaria incompleta	3 años de Escuela de Oficios. Nunca se planteó seguir.	Separado.	Madre y padrastro (tiene una hija que vive en Artigas).	"La Villa", viviendas Padre Cacho	Plaza "La Villa" y lugar de trabajo.	2
26	Gabriela	27	Universidad incompleta	Hija de As.Soc.muy conocida por su trabajo barrial	Soltera.	Amiga (E38)	Barrio Goes, renta buen depa. Antes, Plácido Ellauri..	Casa de la entrevistada.	1
27	Leonardo	20	Universidad incompleta	Expectativa y apoyo familiar altos	Soltero.	Padres y hermano.	Entorno Marconi (Las Acacias). Humilde, muy cuidada.	Casa del entrevistado.	1
28	Fabrizio	17	Secundaria incompleta	PAC, muchas dificultades de sostener estudios	Soltero.	Madre, "acompañante" y tres hermanos.	Casavalle 2, fondo Senda 15, sobre cancha fútbol.	UTU y casa del entrevistado.	2
29	David	27	Universidad incompleta	Continúa estudiando	Soltero.	Madre.	Gruta de Lourdes. Viv. de material, con jardín, bastante deteriorada.	Bar céntrico.	1
30	Silvina	29	Secundaria incompleta	3° secundaria. Anteriormente, Ciclo básico obligatorio)	Separada.	Hijo.	Comunidad Misiones, pasando vagón (penúltimo pasaje hacia San Martín).	ONG del barrio.	1
61	Ofelia	27	Secundaria incompleta	Autopromesa de culminar nivel	Unión libre.	Pareja e hija.	Gruta de Lourdes. Viv. Precaria en construcción	Casa de la entrevistada.	2

Notas: Los casos marcados en negrita corresponden a los jóvenes seleccionados para el análisis desarrollado.

* Máx. nivel educativo: corresponde al último nivel educativo en el que se ha aprobado algún grado. * Detalle Neduc proporciona información adicional al respecto. * CV: Cantidad de conversaciones (presenciales) con cada joven.

AI.2. El trabajo de campo en El Cerro

El trabajo de campo en **El Cerro** tuvo lugar fundamentalmente durante los meses de noviembre de 2010 y enero de 2011, desarrollándose una estrategia análoga a la descrita para el caso de Casavalle (búsqueda de diversidad de puntos de contacto, conversaciones con vecinos “históricos” del barrio, entrevistas a trabajadores de instituciones en la zona, etc.). Disponemos en este caso de 13 horas, 5 minutos de conversaciones. Por otra parte, realicé en este barrio un total de 21 entrevistas a jóvenes. En este caso, se dispone en total de 35 horas y 45 minutos de grabación, lo que en unidades de entrevistado representa en promedio 1 hora y 41 minutos.

De una rápida mirada a las tablas de distribución de nivel educativo y tramo etario, cabe señalar que en Casavalle los entrevistados son de menor edad que en El Cerro, y con menor nivel educativo.

Cuadro A.1.3. El Cerro: distribución de <i>entrevistados</i> por nivel educativo y tramo etario			
<i>Distribución por nivel educativo</i>			
Neduc	Varones	Mujeres	Total
Prim comp.	3	2	5
Sec inc	2	3	6
Sec comp.	6	5	11
Total	11	10	21
<i>Distribución por tramo etario</i>			
Tramo et-	Varones	Mujeres	Total
Hasta 24	4	4	8
De 25 a 29	5	2	7
30 y más	2	4	6
Total	11	10	21

A continuación presentamos un cuadro resumen de algunas de las principales características de las entrevistas realizadas a jóvenes en El Cerro.

EL CERRO: Características generales de entrevistas a jóvenes

E	Nombre	Edad	Máx. nivel educativo*	Detalle Neduc*	Situación conyugal	Vive con...	Vivienda	Lugar(es) de encuentro (s)	CV*
31	Daniela	14	Primaria completa.	Cursa 1° en Modalidad Aula Comunitaria	Soltera.	Abuelos.	Villa (falda del Cerro)-Casabó. Casa humilde bien mantenida.	Aula Comunitaria	2
32	Luisa	16	Primaria completa.	Cursa 1° en Modalidad Aula Comunitaria	Soltera.	Padres y hermano.	Villa del Cerro. Actual Casabó. Vivienda "en construcción".	Aula Comunitaria	1
33	Álvaro	16	Primaria completa.	Cursa 1° en Modalidad Aula Comunitaria	Soltero.	Hombre al que llama su padre, pero no lo es.	Villa (falda del Cerro). Vivienda muy precaria.	Aula Comunitaria	1
34	Rosa	17	Sec incomp	Cursó en Aula 1°, ahora está en 2° de liceo.	Soltera.	Madre y dos hermanos.	Cerro Norte. (Palomar).	Aula Comunitaria	2
35	Pancho	15	Primaria completa.	Cursa 1° en Modalidad Aula Comunitaria	Soltero.	Madre y hermanos.	Villa (falda del Cerro)-Casabó. Vivienda precaria	Aula Comunitaria	2
36	Juliana	32	Sec incomp	Le quedaron pocas materias para terminar, pero nunca retomó.	Unión libre.	Pareja e hijo	Villa del Cerro. Curva. Casa bien mantenida.	Trabajo (sala de máquinas)	4
37	Julián	34	Sec comp.	Comenzó estudios terciarios (IPA) pero no completó.	Separado.	Padres, tío y hermano.	Villa. Playa. Pieza en casa de familia.	Trabajo (PTIC)	2
38	Verónica	31	Sec comp.	Estudia Psicología, rezago importante.	Soltera.	Amiga (E26)	Barrio Goes, renta buen depa. Antes: Villa del Cerro.	Casa de la entrevistada	1
39	Lorena	33	Secundaria incompleta	Interés en terminar secundaria, pero compite con trabajo..	Soltera	Madre y dos de sus hermanos.	Villa del Cerro. Curva. Vivienda de material, muy deteriorada.	Casa de la entrevistada	2
40	Leticia	31	Secundaria completa.	Tiene estudios terciarios completos (Archivología)	Soltera	Madre adoptiva y hermana.	Villa. Vivienda humilde, prolija.	Biblioteca APEX	2

(Continuación)

E	Nombre	Edad	Máx. nivel educativo*	Detalle Neduc*	Situación conyugal	Vive con...	Vivienda	Lugar(es) de encuentro (s)	CV*
41	Tomás	26	Secundaria incompleta	Le quedan pocas materias: compite con trabajo y militancia.	Unión libre.	Pareja (e hijo)	Aguada (ex Villa). Renta departamento pequeño.	Palacio Legislativo	2
42	Álvaro	24	Primaria incompleta.	Escribe con dificultad. 4° aprobado.	Unión libre.	Pareja e hijos de ella.	Villa. Curva. Rancho precario de lata, zona inundable.	Casa del entrevistado	2
43	Iván	28	Secundaria completa.	Escuela de oficios (UTU). No continuó estudios terciarios	Unión libre.	Pareja e hija de pareja.	Villa (falda). Vivienda en construcción, muy prolija.	Casa del entrevistado	2
44	Matilde	20	Universidad incompleta.	Realiza estudios de nivel terciario (CIEP, educación inicial).	Soltera.	Madre	Villa del Cerro. Casa linda, deteriorada por incendio.	Casa de la entrevistada	1
45	Cecilia	28	Secundaria completa	Cursa 3er año de Licenciatura en Trabajo Social, rezago acumulado desde secundaria	Soltera.	Padres y hermana.	Villa del Cerro. Casa típica de la Villa.	Trabajo de la entrevistada (almacén)	1
46	Roberto	29	Terciaria incompleta.	Estudios terciarios en IPA (Profesorado. de Historia)	Casado.	Pareja e hija	Villa del Cerro. Departamento "nuevo" cerca de la playa.	Trabajo. Océano FM	1
47	Darío	29	Secundaria incompleta	Cursa actualmente Ciclo Básico de secundaria.	Soltero.	Madre.	Villa del Cerro. Casa típica de la Villa, necesita arreglos importantes.	Plaza del Inmigrante	1
48	Aldo	34	Secundaria completa	Terminó secundaria y siguió cursos vinculados a su oficio	Unión libre.	Pareja e hija. (ver otros parientes)	Villa del Cerro (falda). Vivienda sin terminación, en predio familiar.	Casa del entrevistado	1
49	Mario	29	Universidad incompleta.	Cursa Fac. de Derecho	Soltero.	Madre y hermano.	Villa del Cerro. Casa típica de la Villa, en buen estado.	Trabajo. Bar Rivera y Soca	1
50	Ximena	23	Terciaria incompleta.	Cursa Escuela de Parteras.	Soltera.	Padres y hermanos.	Villa del Cerro. Casa típica de la Villa, sin terminaciones.	Casa de la entrevistada	1
51	Carmelo	19	Secundaria completa	Cursa UTU y Derecho. Piensa continuar en Turismo.	Soltero.	Madre, padrastro y un hermano.	Barrio Obrero (entre Villa y Cerro Norte). Necesita arreglos.	Casa	1

Casavalle	Claudia Crespo	Movimiento Tacurú	29.11
Casavalle	Claudia Crespo		27.08
Casavalle	Fabián	Compromiso social	30.11
Casavalle	Fabián		30.11
Casavalle	Eduardo Álvarez		07.09
Casavalle	Lorena Briozzo	Sobre usuarios	30.11
Casavalle	Lorena Briozzo	Sobre usuarios	30.11
Casavalle	RT Isabel Puentes		17.08

Además de los jóvenes con quienes trabajamos, listados en los cuadros anteriores, hemos realizado entrevistas a los técnicos y vecinos del barrio que se listan a continuación.

En Casavalle

Alejandro López, Movimiento Tacurú. 29.11.2010

Claudia Crespo, Psicóloga Policlínica Casavalle, 27.08 y 29.11.2010

Elba Núñez, vecina y militante social en el barrio 24.09.2010

Eduardo Álvarez, antropólogo que trabaja en el barrio. 07.08.2010

Fabián, joven del barrio. 30.11.2010.

Lorena Briozzo, trabajadora de ONG en la zona. 30.11.2010

Isabel Puentes. Referente territorial del Programa Infamilia para Casavalle. 17.08

En El Cerro

Adriana Cabrera, profesora de grupo teatral y directora de murga* integrada por jóvenes cerrenses, 15.11.2010

Amalia López, Funcionaria administrativa, ex trabajadora de Frigorífico SWIFT

Andrea Vallejo, Psicóloga Responsable del Proyecto “Mi Cerro sin drogas”, Proyecto Pablo Barrios, 10.11.2010

Daniel Ferreiro, Proyecto.... 16.11.2010

Elder Silva, Coordinador del Centro Cultural Florencio Sánchez, 10.09.2010

Geyser Margel, Docente del Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, oriunda del Cerro 08.12.2010

Julio Melgar, Responsable Territorial del Programa “Infancia, Adolescencia y Familia”, Ministerio de Desarrollo Social. Región Cerro.

Walter Chagas, Federación de Obreros de la Industria de la Carne (FOICA), 23.11.2010

AI.3. Similitudes y diferencias del trabajo realizado en uno y otro barrio

Respecto de las similitudes, señalamos:

- *La distancia al centro. Sensación de “aislamiento” físico- geográfico.*

- *La fragmentación al interior del territorio.*

-> En Casavalle: los de los Palomares, los de las Sendas, los del Borro, los del Marconi, se distinguen claramente entre sí y del resto del barrio (plena conciencia de vivir en las zonas más deterioradas del barrio, de saberse “del cante”). Y distinguen su condición de aquellos que viven en lugares más favorecidos dentro del barrio (Gruta de Lourdes, Plácido Ellauri, Complejo INVE). Raramente unos transitan de una zona a otra.

-> En el Cerro: los de La Villa del Cerro (o casco histórico: “Villa Cosmópolis”), distinguen con claridad su zona, y buscan afirmar la diferencia con los otros habitantes de la zona (Cerro Norte, Casabó), que en su opinión, son los principales responsables de la estigmatización barrial.

- *La escasa aprehensión del conjunto de la ciudad.*

Este aspecto es muy fuertemente marcado entre los jóvenes entrevistados en Casavalle (insumo de análisis: mapa de Montevideo). No obstante, se observa recurrencia en una mayor visualización de la ciudad conforme las salidas del barrio se hacen más frecuentes, generalmente por motivos laborales (con independencia de la procedencia barrial).

Respecto de las diferencias

- *Infraestructura, lugares de esparcimiento.*

“- Qué bueno que me voy a tomar un café”, anoto al terminar mi primera entrevista en El Cerro. Durante los meses en que trabajé en Casavalle, la imposibilidad de acceder a un bar, o de instalarme en algún lugar cómodo fue alimentando el sentimiento de desolación con el que inicié mi trabajo en el barrio. (registro de campo de trabajo desde la

plaza principal, rodeada de basura, deseando tener un banco para sentarme, y en ocasiones oyendo disparos de fuego). En el Cerro en cambio, una avenida con importante concentración de comercios de todo tipo ofrece distintas alternativas de consumo. Por otra parte, la belleza física de la Villa ofrece posibilidades de esparcimiento en distintas plazas, o incluso caminatas por la playa. Aquí, cambia en forma importante la población entre la mañana y la tarde-noche (reclusión de los habitantes de la Villa que se sienten “invadidos” por los del cante).

- *La valoración del barrio en el que viven.* En Casavalle: no hay nadie que muestre cierto orgullo con el barrio, gusto por estar, ganas de mostrar algo del barrio. “Siempre fue un barrio de *malandras* [bandidos, ladrones de poca monta, pendencieros](E7)” En el Cerro: recurso a la historia de vida obrera y de bastión de lucha contra la dictadura –y más recientemente, de generación de actividades culturales-. Muchos jóvenes manifiestan con fuerza la idea de permanecer en el barrio independientemente de una mejora de sus condiciones económicas.

- *La percepción de discriminación por el barrio en el que viven. (¿en qué medida los jóvenes conciben al barrio en el que viven como una limitante en sus condiciones de integración social?)*

El tema sale solo, sin necesidad de ser introducido. Generalmente se tematiza cuando se habla de las dificultades de conseguir trabajo (vivir en Casavalle es percibido como dificultad adicional para conseguir trabajo, “tenés que cambiar la dirección, sino, no te van a llamar nunca”). En cambio, en el Cerro, la discriminación genera enojo: actitudes tendientes a cuestionar la legitimidad de quienes discriminan a “los del Cerro”: porque se trata de “la Villa”, y no de cualquier parte de El Cerro.

-*La relación con agentes de control.* En los dos barrios, la policía parece ser escasamente valorada como agente capaz de favorecer condiciones de seguridad. Existe coincidencia además, respecto a la existencia de corrupción en su accionar, cuestión que generalmente se ejemplifica con el trabajo de la policía en torno a los allanamientos de bocas de venta de droga y artículos robados. No obstante, entre los jóvenes entrevistados en el Cerro, la relación con la policía no adquiere una centralidad tan importante en la vida cotidiana. En Casavalle, me he encontrado en situación de acompañar a jóvenes mientras la policía hace

sus rondas. Y de manera imprevista, hallarme en situación de “sospechosa”. Por otra parte, hay una clara distinción entre los agentes policiales que “son del barrio” y La Policía.

- *La percepción de “lo colectivo”*. En Casavalle, parecieran predominar las estrategias individuales para hacer frente a las dificultades de la vida cotidiana (con claras excepciones, como la de Lorenzo). En el Cerro, aparecen casos de interés por la defensa de derechos laborales, derechos humanos, derechos específicos de los jóvenes (E39 y E43; E40, E44 y E55; E41 y E46 respectivamente).

- *El consumo de drogas*. Frecuencia, grado de problemática y centralidad en la vida cotidiana.

A.1.2. Registro visual de Casavalle y del Cerro

Algunas imágenes significativas del transcurso del trabajo de campo

“Plaza Policlínica Casavalle”

Punto fundamental de reunión y observación de la comunidad barrial, la plaza separa la Unidad Casavalle 1, de la Unidad Misiones.



Fuente: Archivo personal, septiembre de 2010

“El vagón incendiado”

Vagón de tren que comenzara a funcionar como espacio de apoyo a los jóvenes con consumo problemático de drogas ilegales, en el marco de un proyecto desarrollado por la ONG “El Abrojo” (periodo 2000 - 2004. Seguidamente, una vez iniciado el Plan de Emergencia Social (PANES), se convirtió en SOCAT (periodo 2005-2007). En el año 2010, habiendo quedado abandonado, fue intencionalmente incendiado. Por motivos que permanecen sin ser esclarecidos.

Durante los seis meses en que visitamos el barrio, el vagón incendiado permaneció en idéntico estado, en el único espacio verde disponible entre la Unidad Misiones y Unidad Casavalle 2.



Fuente: Archivo personal, septiembre de 2010

“El inmigrante carnavalero”

En el centro de la Villa del Cerro, se halla su plaza principal, denominada “Plaza del inmigrante”, en homenaje a las oleadas migratorias que durante la primera mitad del siglo veinte llegaron a poblar La Villa. “El inmigrante” es una estatua de granito, que ha sido pintada por jóvenes de la zona en un acto que algunos vecinos denominan como “vandalismo”. Por las tardes, la plaza es sitio de reunión de jóvenes. En alguna ocasión nos acercamos a preguntarles qué opinaban del Inmigrante pintado:

“¡Es que es un carnavalero! ...Está bueno, para ponerle un poco de onda a este barrio de viejos...”



Fuente: Archivo personal, diciembre de 2010

“Las ruinas del frigorífico”

En el límite de la Villa del Cerro, bordeando el Parque Vaz Ferreira, el edificio atestigua la actividad frigorífica clausurada hace más de dos décadas.



Fuente: Archivo personal, diciembre de 2010

“Montevideo mirado desde su Cerro”



Fuente: Archivo personal, diciembre de 2010

A.1.4. Guía de entrevista a jóvenes

Nota: la guía de entrevista que se presenta a continuación funciona como orientadora de la conversación que procuramos entablar con los jóvenes, en tanto ayuda memoria que ha sido fundamental al inicio del trabajo de campo.

<i>Lugar:</i> _____	<i>Fecha:</i> _____
---------------------	---------------------

Hola, te quería contar que estoy haciendo un trabajo para conocer la situación de los jóvenes acá en el barrio, qué problemas tienen, qué cosas les interesan, les gusta, les enoja, en fin, temas varios. Me gustaría mucho que pudiéramos conversar un rato, sin ningún compromiso y con la garantía que todo lo que me digas lo voy a manejar cuidando la confidencialidad. ¿Estás de acuerdo? Ah, mi nombre es Fabiana, ¿el tuyo?

I. TERRITORIALIDAD, BARRIO Y CIUDAD

Quisiera que me contaras tu historia aquí en el barrio...

- ¿Cuándo llegaron tus padres aquí? ¿Se han mudado dentro del barrio?
- ¿Qué es lo que más y lo que menos te gusta de este barrio?
- ¿Cuáles son los lugares más frecuentados por ti dentro del barrio? (para qué, con quien)
- ¿Cuáles son los lugares que menos frecuentas en el barrio? ¿Por qué?
- ¿Qué otros lugares de Montevideo conoces bien? (opinión sobre otros lugares, *mapa de la ciudad*)
- ¿Con qué frecuencia sales del barrio? (cada cuánto, con quien, cuándo, dónde).

Casa, Habitat (gusto por...). (Hacinamiento? Cantidad de hogares en la vivienda, lugar de estudio)

Vecinos

- Relación con los vecinos de cuadra, y del barrio
- Vecinos frecuentados
- Relación de los vecinos entre sí.

II. FAMILIA. Contame un poco de tu familia...

- ¿Con quién(es) vives actualmente? (historicidad) (antigüedad de la familia en el barrio)
- ¿Cómo dirías que es la relación con tu familia? (referentes familiares más próximos en su casa, dentro del barrio y fuera de él)
- ¿Cuál es la actividad principal de tu madre? ¿Y de tu padre? ¿Qué estudios tienen realizados? (*relevar ocupación principal y nivel educativo*)
- ¿Cuáles dirías son las cosas buenas de tu familia? ¿Y las malas? (*Exploración de sit. prob*)
- Situación conyugal propia (*actual y trayectoria*)
- Tenencia de hijos e implicancias de ello.-

III. EDUCACIÓN. De acuerdo a situación educativa actual...

- ¿Qué estudios realizaste? ¿Por qué *no seguiste / sigues* estudiando?
(*Motivos del desempeño - exitoso, medio, fracasado*)
- Recuerdos positivos del sistema educativo
- Recuerdos negativos del sistema educativo
- Estudios fuera del sistema educativo formal
- Exploración de gustos, vocaciones
- Identificación de otros enseñantes o “modelos de rol”
- (*ver si se engancha de educación a alguna ocupación, sino, introducir*)
- (*posibilidad de introducir disparador de lectura temática*)

IV. TRABAJO

(*Si trabaja o trabajó*) - “Quería que me contaras un poco cuándo empezaste a trabajar, dónde, con quien, qué hacías, por qué dejaste... Y después?”

Situación ocupacional actual.

- Qué haces en tu trabajo actual? (o último trabajo)
- ¿Cómo conseguiste ese trabajo? ¿En qué medida tus estudios te ayudaron a conseguirlo?
- ¿Cómo son tus condiciones laborales? (antigüedad, tipo de contrato, horas trabajadas, salario, prestaciones...*derechos laborales*)
- ¿Qué tan seguro te sientes en tu trabajo actual?
- Trabajos anteriores realizados Reconstrucción de la trayectoria laboral.

(*Si no trabaja actualmente*) - Motivos de cese

(*Si nunca trabajó*) - Por qué, expectativas de inserción laboral.

- Oportunidades de conseguir trabajo: opinión sobre las... (políticas sociales de empleo y de juventud, participación en algún programa de capacitación...) (*Club de jóvenes*)

- En general, “Tus amigos trabajan? (y/o estudian?”
- Ocupaciones preferidas, expresiones de deseo. Referentes laborales
- Perspectiva laboral a futuro: dónde cree podrá desempeñarse, y dónde le gustaría si pudiera elegir.
- Valor asignado al trabajo. Enseñanzas de su desempeño laboral

V. SENTIDO(S) DE PERTENENCIA y PARTICIPACIÓN EN GRUPOS

Experiencia de vida

- Búsqueda de relato de su vida, acontecimientos barriales, locales y nacionales influyentes.
- Situaciones que provocaron cambios o quiebres en su vida. Explicitación de los cambios (de qué tipo y en qué momento de su vida)
- Relato de un día cualquiera (distinción entre semana y fines de semana)
- Actividades desarrolladas con amigos. Valoración de las mismas.
- Actividades desarrolladas en grupos sociales. Valoración de las mismas.

“Sentido de pertenencia”:

- . - evaluación del ejercicio de derechos (voto, vivienda, educación, salud, protección laboral...);
- . - percepción de discriminación (alguna vez te sentiste discriminado? Frec., por quienes, donde...);
- . - percepción del “nosotros” y de “los otros”

“Confianza”

- en las instituciones - escuela, institutos de internación de menores, justicia, policía (relaciones de proximidad y distancia con la policía, la indagación de experiencias de encarcelamiento)
- en las personas (en quiénes)
- Religión. (cuál y gº - sólo creyente, creyente y practicante, etc.).

“Valores compartidos”

- Valoración y práctica de “vías alternativas” de integración (personal y/o de otros jóvenes del barrio) (consumo de drogas, incursión en actividades delictivas: edades de inicio, trayectoria y valoración de...)
- Experiencias en hogares de internación de menores y/o en instituciones carcelarias
- Grado de interés en la política nacional, municipal (*disparador: presidente, intendenta*).
- Identificación izquierda – derecha. Voto en últimas elecciones nacionales. Voto “papeleta rosada”. Exploración opinión período dictatorial.

- Confianza en los políticos. Valoración de los Planes implementados desde el ámbito gubernamental (*PANES, Plan de Equidad, Estrategia Nacional de Apoyo a la Infancia y la Adolescencia*)

“Perspectivas a futuro”

- Auto-percepciones del logro / fracaso individual, familiar, de sus amigos
- Definiciones en torno a su proyecto vital (Cómo se imagina en 5, 10, 20 años, y “de viejo”)

VI. CONSUMO

(Observación de vestimenta)

Cultura

- TV, cine, teatro, música
- Medios por los que se informa de los acontecimientos del mundo (frecuencia)
- Producción

Deportivo. En qué medida el consumo al que accede cumple con sus expectativas. Cuáles son sus expectativas.

Drogas ilegales

- .- Indagación sobre consumo y distribución (personal, familiar y del grupo de pares)
- .- Opinión acerca del consumo
- .- Opinión e imágenes acerca de quienes comercializan drogas ilegales en el barrio

VII. OTROS

Grupo de pares

- Pertenencias, referencias y valores (¿Tenés muchos amigos? ¿Quiénes? ¿De dónde? Cómo elegís a tus amigos?)
- Dónde te reunís con tus amigos? Actividades realizadas.
- Noviazgos

Actividad delictiva

Ver si surge, sino, introducir a través de un breve relato o comentario de prensa.

Experiencia personal de reclusión. (si no tuvo, indagar por parientes próx y amigos)

Policía

Relaciones de proximidad / distancia.

Opinión y experiencias de discriminación o maltrato

Cárcel

Experiencias de reclusión personales o familiares.


Opinión sobre funcionamiento del sistema

Médico, asistente social

Imagen de los profesionales más cercanos que trabajan en el barrio

Imagen de los servicios o programas sociales de los que participa y/o participó

** * * Si tuvieras que dibujar un mapa de Montevideo, cómo lo harías? * * **



¿Querés agregar algún comentario que no me hayas dicho?

¡Muchas gracias! ☺

Ficha de características requeridas de los jóvenes

(Checar antes de despedirme, que esté completa. Ver posibilidades e interés de revisita)

Edad: _____ Lugar de nacimiento: _____ (ciudad, barrio)

Cuántos años hace que vive en el barrio _____

Dónde vive actualmente: _____ Antigüedad en la zona: _____

Dónde vivía antes: _____

Con quién vive: _____

Último año de educación aprobada: _____

Madre: máx nivel educativo (_____), ocupación (_____)

Padre: máx nivel educativo (_____), ocupación (_____)

Tutor o referente: máx nivel educativo (_____), ocupación (_____)

En caso que no vivan con él: hasta qué edad suya sí vivieron (quién, evento, edad)

Edad a: 1a salida de escuela _____ 1er trabajo _____ Salida casa padres: _____

1a Unión: _____ 1er embarazo: _____ 1er hijo: _____

Inicio consumo drogas: _____ 1ª exp. Cárcel y/o internación _____

Anexo 2. Glosario. Expresiones comunes y formas de “nombrar”

* “*afanar*”. Robar.

* “*afanar*”. Abarrote.

* “*aguantadero*”. Lugar físico donde se guardan (o aguantan) materiales de procedencia ilegal, entre tanto esperan ser comercializados. Se trata por lo general de productos robados, drogas ilegales y/o armas de fuego.

* “*amistá, pariente*”. Destaca un vínculo de afecto cercano, que es muy selectivo y altamente valorado. Se lo utiliza para distinguir este tipo de vínculos de aquellos más débiles, que no pasan de ser “conocidos”.

* “*arruinarse / rescatarse*”. Oposición muy coloquial y muy utilizada para dar explicaciones sea acerca de la historia de vida propia, sea de la vida de los otros. “Arruinarse” se asocia con gran frecuencia a “caer en la lata” (consumir pasta base de cocaína), participar en actividades delictivas y “rescatarse” a controlar el consumo, conseguir un trabajo o changa.

* “*atorrante-a*”. De acuerdo al Diccionario del Español del Uruguay (2011: 102) “Vago, ocioso. ... Desfachatado, desvergonzado”.

* “*base*”. De acuerdo al Diccionario del Español del Uruguay (2011: 118) “Zapatos deportivos de marca prestigiosa.” Los jóvenes valoran mucho este tipo de calzado.

* “*boca*”. Lugar de venta de drogas. Generalmente se trata de viviendas en las que la actividad se desarrolla con cierto grado de encubrimiento. Vender golosinas, alguna bebida, son estrategias de ocultamiento comúnmente utilizadas por los dueños de las bocas. Pese a ello, son lugares muy fácilmente identificables por el tipo e intensidad de personas que entran y salen de esas viviendas. Y porque además, en torno a algunas de ellas, pueden observarse con cierta regularidad, jóvenes vendiendo todo tipo de artículos, fundamentalmente consumidores de pasta base de cocaína que buscan obtener un monto mínimo para poder comprar alguna lágrima.

* “*botones*”. Término peyorativo utilizado para referirse a los agentes de la represión, fundamentalmente –pero no sólo– durante el periodo dictatorial. Uno de los cánticos más populares que dinamizaba en aquella época las manifestaciones populares anti-dictadura versaba: “¡Porom pom pom, porom pom pom, el que no salta, es un botón!”. En la reapertura democrática, éste cántico se convirtió en un juego bastante generalizado y practicado por los niños.

* “*cuando pasa la lancha mejor embagayarse, en los ratis no se puede confiar*”. Cuando el móvil policial hace su gira, mejor esconderse, en los tiras (agentes policiales) no se puede confiar.

* “*chacra*”. De acuerdo al Diccionario del español del Uruguay (2011, 175): (Del quech. *Chakra*, tierra de labor). Establecimiento rural dedicado a la plantación extensiva de algunos cultivos.

* “*changa*”. De acuerdo al Diccionario del español del Uruguay (2011, 178): “*changa*. Trabajo ocasional y de corta duración. V. guille; rebusque.” En el lenguaje utilizado por los jóvenes para referirse a sus actividades laborales, es frecuente la referencia a una vida laboral signada por las *changas* o *rebusques*. “*Rebuscarse*. Vivir de rebusques. Sacar provecho de una situación / Ingeniarse para enfrentar y sortear dificultades cotidianas.” (Ibid.: 472). Así, acceder a *changas* o *rebusques* supone ingenio y movilización de recursos; se trata de ocupaciones caracterizadas por su discontinuidad e inestabilidad.

* “*cheto-a*”. De acuerdo al Diccionario del Español del Uruguay (2011: 182) “*cheto*, -a. Referido a una cosa: distinguida o selecta. // Persona que pertenece o aparenta pertenecer a una clase social acomodada.” Ver también en esta sección: “*oposición planchas- chetos*”.

* “*chorro*”. Ladrón, estafador.

* “*chusmerío*”. De acuerdo al Diccionario del Español del Uruguay (2011: 192) “Información o comentario que se divulga sobre asuntos confidenciales ajenos. Práctica de divulgar asuntos confidenciales ajenos.”

* “*escabiar*”. Emborracharse con tranquilidad, tomando una bebida alcohólica fabricada en forma casera.

* “*esperar alguna ‘suerte’*”. Se contrapone a la búsqueda del sustento por medio de la vía laboral. En la vía alternativa de obtención de sustento, que raramente es nombrada (como delito), lo contrario a tener suerte es “perder”.

* “*fajar*”. De acuerdo al Diccionario del Español del Uruguay (2011: 264): “Dar un golpe fuerte a alguien.”

* “*feria*”. Tianguis y mercado barrial, que se desarrolla en una o varias calles, en donde se compran, venden e intercambian productos de la más diversa índole (desde alimentos, vestimenta, artículos para la limpieza y reparación del hogar, hasta partes de vehículos). Los productos que allí se ofrecen son obtenidos por los vendedores por vías bien distintas (desde la compra por mayor en el mercado formal, hasta la venta de productos robados).

* “*feriante*”. Vendedor de feria

* “*gurí – gurisa – gurises*”. De acuerdo al Diccionario del Español del Uruguay (2011: 298): “Muchacho”, muchacha o muchachos. Al grupo de gurises se le llama *gurisada*.

- * *“hurgador”*. De acuerdo al Diccionario del Español del Uruguay (2011: 307): “Persona que recolecta y clasifica desperdicios.”
- * *“laburo”*. Trabajo, changa.
- * *“laburante”*. Trabajador.
- * *“lágrima”*. Dosis de pasta base de cocaína: refiere a la forma en que se presenta esa droga al ser comercializada (bolsa de nailon chiquita apretada en forma de lágrima).
- * *“la lata”*. Término coloquial utilizado para referirse a la pasta base de cocaína. Quienes consumen esa droga son “lateros”. Generalmente se hace referencia a ellos como los que *“cayeron en la lata”*. En la lata “se cae y es difícil salir”. El término se acuñó porque se utilizan latas vacías como pipas para fumar.
- * *“la vieja”*, *“el viejo”*. Comúnmente utilizado para referirse en tono cariñoso a la madre o al padre (como refugio) (ej.: “para rescatarme me encerré en lo de mi vieja a comer y dormir”).
- * *“malandro”*. De acuerdo al Diccionario del Español del Uruguay (2011: 346) “Persona que vive al margen de la ley.” Bandido, ladrón de poca monta, pendenciero.
- * *“manejarse”*. Refiere a la habilidad de saber moverse en un ambiente, en general, adverso. Es algo que se valora, como capacidad de resolver situaciones que en caso de no saber actuar, podrían tener desenlaces negativos para la persona. “Yo me manejo”, puede entenderse como sinónimo de “saberse mover” en determinado ambiente, conocer los códigos. Traduce un saber práctico.
- * *“me corrieron de...”*. Cuando lo echaron de –hogar de origen, escuela, trabajo-. Se utiliza tanto para referirse a una expulsión explícita como cuando se trata de un abandono.
- * *“milico”*. De acuerdo al Diccionario del Español del Uruguay (2011: 365) “Militar o policía. // Persona autoritaria y prepotente.”
- * *“murga”*. De acuerdo al Diccionario del Español del Uruguay (2011: 379) “Agrupación de carnaval, acompañada de bombo, platillo y redoblante, que canta en coro con letras propias, satíricas o burlescas, valiéndose de la melodía de obras musicales conocidas. // Composición coral que cantan las agrupaciones carnavalescas del mismo nombre. // Situación poco seria, desordenada o chabacana.
- * *“no me da el bocho”*. Bocho es sinónimo de cabeza. En esta expresión, significa que no se considera lo suficientemente inteligente para realizar alguna tarea.
- * *“oposición planchas / chetos”*. En el estereotipo, los “planchas” escuchan cumbia, tienen incorporado el lenguaje carcelario, son fieles a sus orígenes: hablan poco y “van de frente”,

no les gusta estudiar, son gente sencilla que busca pasarla bien. Los “chetos” escuchan rock and roll, les interesa la política, son “chamulleros” (hablan mucho y en difícil para que no se los entienda), son aburridos.

* “*pegar*”. Generalmente refiere a conseguir algo sin considerar la legitimidad de los medios por los que esto se obtiene. “Una pegada” hace referencia a una ocasión muy ventajosa, algo así como un golpe de suerte.

* “*perder*”. Ser detenido por agentes policiales y encarcelado. Lo que se pierde es la libertad.

* “*porro*”. Marihuana.

* “*rastrillo*” De acuerdo al Diccionario del Español del Uruguay (2011: 469): “Ladrón que roba en el mismo barrio donde reside.” Forma de nombrar a los ladrones que roban en el barrio, que en general, son muy rechazados por la comunidad puesto que son los depositarios de la desconfianza, responsabilizados por el deterioro de las condiciones de vida en el barrio. Estos tienen una práctica claramente opuesta a los ladrones de antaño, que en el imaginario, “robaban para el barrio”, y no “en el barrio”.

* “*rescatar*”, “*rescatarse*”:

* “*requechar*”. De acuerdo al Diccionario del Español del Uruguay (2011: 478) “Recoger *objetos desechados por otros*, especialmente en la calle. // Aprovechar sobrantes de comida.”

* “*salado*”. Adjetivo muy comúnmente utilizado, para enfatizar la intensidad de un hecho, opinión o situación. Puede utilizarse tanto para calificar de manera positiva o negativa el elemento que se quiere resaltar.

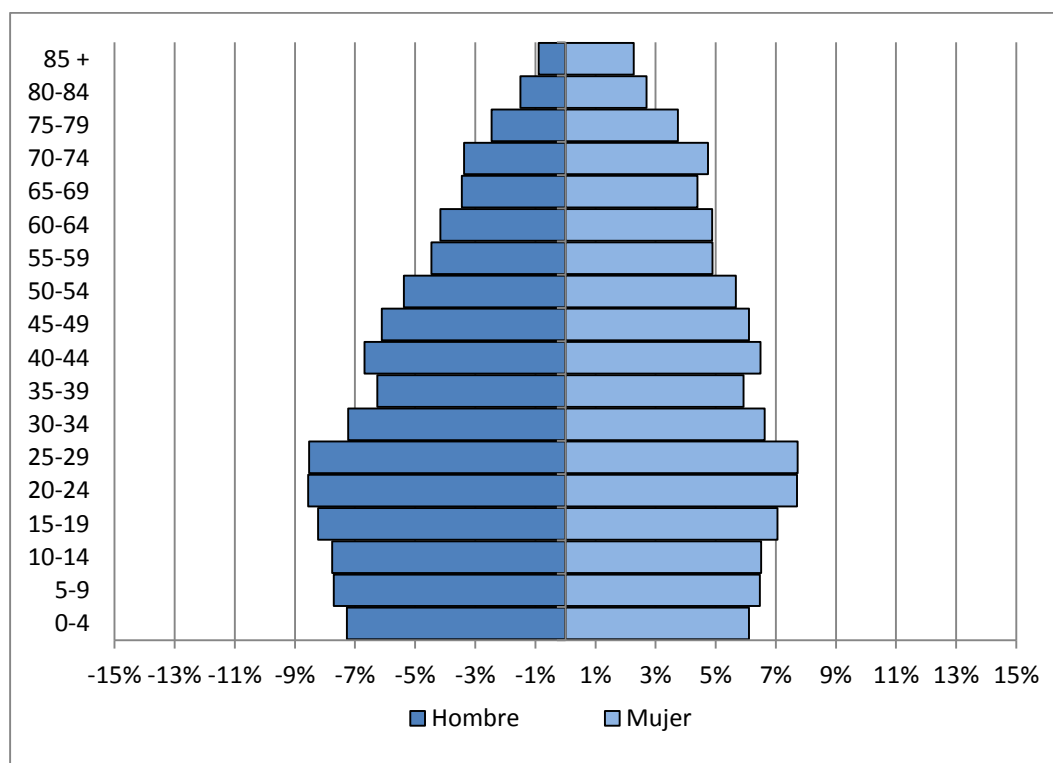
* “*quilombo*”. De acuerdo al Diccionario del Español del Uruguay (2011: 461): “Bullicio, alboroto.../ Reyerta, pendencia.../Desorden de cosas.../Prostíbulo”.

Anexo 3. Material de apoyo a la caracterización de Casavalle y El Cerro

A3.1 Pirámides poblacionales de Montevideo, Casavalle y El Cerro

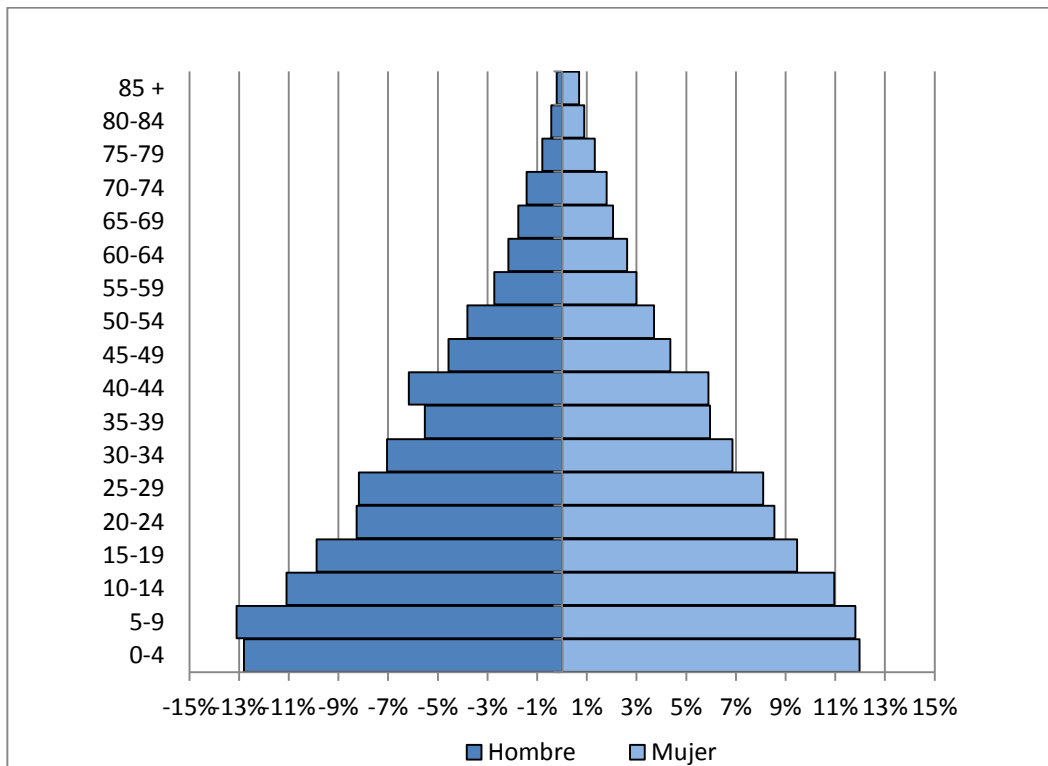
Presentamos a continuación las pirámides poblacionales correspondientes al conjunto de la ciudad, a los habitantes de Casavalle y a los del Cerro (Gráficos A3.1, A3.2 y A3.3 respectivamente). Observamos que la población es equilibrada entre hombres y mujeres. En Casavalle predominan los niños y luego, los jóvenes, decreciendo la población conforme se aumenta en edad, lo que resulta en una forma piramidal triangular. Entre los cerrenses la pirámide poblacional adquiere una forma más rectangular, siendo que hasta los 44 años de edad, cada grupo quinquenal representa alrededor del 8% del total; a partir de los 45 años el peso porcentual de los grupos de edad decrece lenta pero sistemáticamente.

Gráfico A3.1. Pirámide poblacional Montevideo



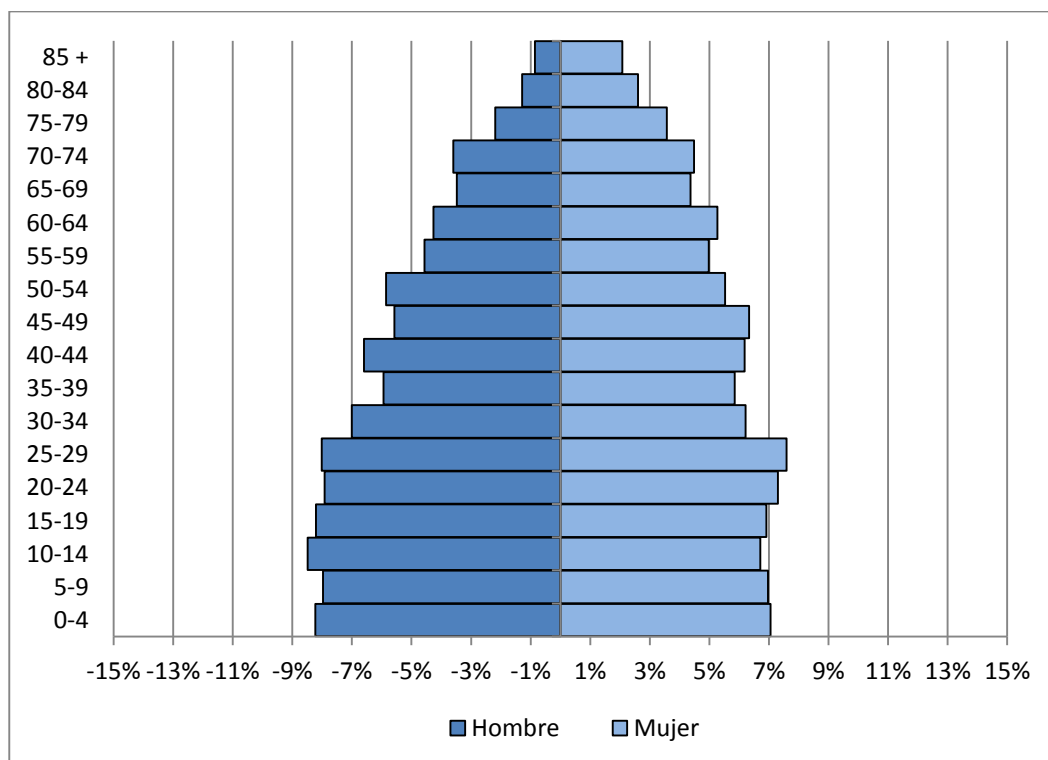
Fuente: Elaboración propia con base en Censo 2004 – Fase 1

Gráfico A3.2. Pirámide poblacional Casavalle



Fuente: Elaboración propia con base en Censo 2004 – Fase 1

Gráfico A3.3. Pirámide poblacional del Cerro



Fuente: Elaboración propia con base en Censo 2004 – Fase 1

Podemos ver que las pirámides poblacionales de ambos barrios tienen una forma distinta que la del conjunto montevideano, en particular, la de Casavalle, cuya base es mucho más ancha y su ángulo superior, más puntiagudo. Esto resulta bien importante en la medida que sostenidamente se afirma que el Uruguay es un país envejecido. La información aquí presentada nos indica que este es un rasgo que no es transferible a sus distintas áreas geográficas.

A3.2. Situación ocupacional por tramo etario y protección laboral

Cuadro A3.1. Situación ocupacional y el acceso a la protección laboral, por Tramo etario				
Tramo de edad	Proporción de Inactivos	Proporción de Ocupados	Tasa de desempleo	% de contribuyentes en ocupados
14 - 17	0.83	0.13	26.7	6.8
18 - 24	0.30	0.57	18.5	63.7
25 - 29	0.15	0.79	7.7	75.8
30 - 34	0.13	0.82	5.2	77.0
35 - 39	0.12	0.84	4.7	74.7
40 - 49	0.13	0.84	3.6	74.6
50 - 59	0.20	0.77	3.1	71.6
60 - 69	0.54	0.44	2.8	52.7
70 o +	0.90	0.09	2.5	24.7
Total	0.37	0.58	6.8	68.8

Fuente: Elaboración propia con base en Encuesta Continua de Hogares, 2010.

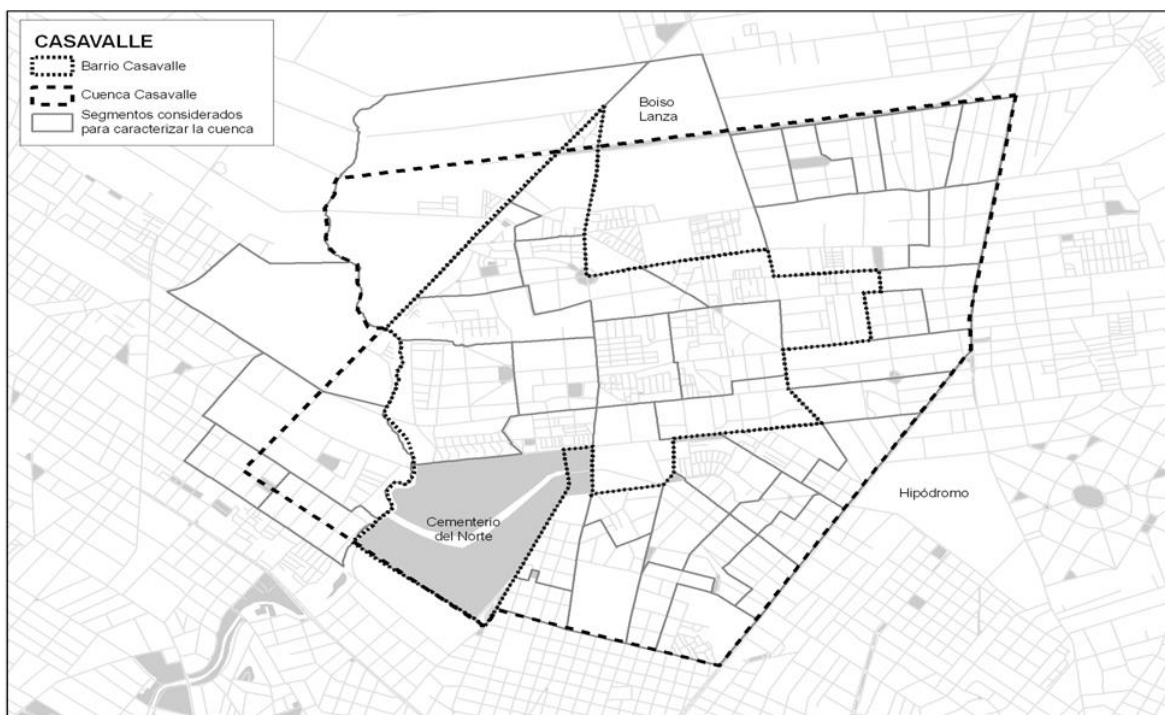
A.3.3. Materiales de apoyo al análisis descriptivo de Casavalle

A.3.3.1. Los límites de Casavalle

Desde la visión municipal, Casavalle define al territorio que delimita al Sur por el Bulevar Aparicio Saravia (“el bulevar de los pobres”, en la denominación de los vecinos), al Este por la Avenida Pedro de Mendoza, y al Oeste por el arroyo Miguelete (a la altura donde se acentúa su contaminación) y por la Avenida de las Instrucciones, configurando una forma triangular. En el lenguaje municipal, este triángulo se inserta en una “zona de interface urbano-rural” y queda incluido en la Zona 11 una vez comenzada la política de descentralización en 1990 (Lombardo, 2005:43). Desde una mirada más genérica el Instituto Nacional de Estadística (INE) ha definido, dentro de la Sección censal 17, como área aproximada a barrio a un Casavalle (Nº 30) sensiblemente diferente (INE, 2006:7-8).

A su vez, a partir del año 2010 se implementa un plan de revitalización de la zona de la “Cuenca del Casavalle”, que abarca además de la totalidad del barrio homónimo, parte de los barrios colindantes Las Acacias, Piedras Blancas, Manga y Peñarol.

Figura A3.1. Límites de la Cuenca del Casavalle y el barrio Casavalle



Fuente: Dirección Nacional de Evaluación y Monitoreo, 2010: 4.

A.3.3.2. Imágenes de la campaña del Ministerio del Interior, contra la estigmatización barrial.

La campaña que el Ministerio del Interior ha impulsado en setiembre de 2011 la “Campaña por la no estigmatización de los barrios”, consistente en la difusión mediática de cuatro afiches que nombran comunidades barriales, en los que aparecen dos hombres y dos mujeres policías, que supuestamente defienden la existencia de personas honestas y trabajadoras en esos barrios. Y finalizan con la frase: “Yo los defiendo”. Dos de las comunidades barriales nombradas se ubican al interior de Casavalle (El Borro y El Marconi), además de una tercera que queda comprendida dentro de los límites de la Cuenca de Casavalle (40 semanas: “En el 40 semanas hay mucha gente que trabaja todos los días”).

De acuerdo a la visión oficial:

“La iniciativa apunta a mejorar la convivencia entre los vecinos de los barrios incluidos en la campaña y el resto de la ciudad, además de promover una imagen amigable de la policía.”

Y los responsables de la campaña comentan:

“La campaña la hicimos para proponerle una reflexión a la sociedad como cuando al barrer afirmamos que todos los que viven en determinado barrio son delincuentes. Eso es una afirmación muy común en las charlas de la gente que, por ejemplo, tiene que tomar decisiones. El caso más común y de las cosas más dolorosas es cuando una persona vive en Cerro Norte o en el Borro y va a una entrevista de trabajo. Cuando le preguntan dónde vive y dice que es de uno de esos barrios, tiene grandes chances de no quedar por el solo hecho de vivir ahí”, dijo Barzeri.”

Fuente: www.casavalledigital.com

Sin embargo, la campaña ha sido recibida de manera muy negativa por los vecinos de Casavalle, que consideran que al ser nombrados de esta manera, se reafirma negativamente la estigmatización barrial de la que ya eran objeto. Consultado por un

periódico de distribución nacional, un vecino de Casavalle, referente barrial, manifiesta su incredulidad:

“Eso es horrible, un desastre. El Ministerio del Interior [MI] para empezar no tendría que hacer campañas de nada. ¿Estigmatiza? Sí, por supuesto. En el barrio no podíamos creer lo que estábamos viendo”.

Fuente: La Diaria. “En defensa propia”. 30.11.2011.

<http://ladiaria.com.uy/articulo/2011/12/en-defensa-propia/>

Figura A3.2. Imágenes de la “Campaña por la no estigmatización de los barrios”



Fuente: http://www.180.com.uy/articulo/21528_Campana-policial-contra-la-estigmatizacion?pag=1

Anexo 4. Criterios simbólicos y factuales para la construcción de la tipología y primeros resultados

A.4.1. Definición de criterios en el plano factual y en el plano simbólico

Plano factual

A continuación presentamos las distintas alternativas que consideramos para la delimitación de los criterios de *logro educativo* y *logro laboral*, con el propósito de dar cuenta con mayor detalle de la justificación del criterio finalmente adoptado.

(i) Educación.

Discutimos aquí otras dos alternativas que podrían considerarse como puntos de corte para establecer el logro educativo.

a. Criterio de movilidad educativa y territorial. Compara la movilidad intergeneracional, introduciendo además del contraste con el nivel educativo de los padres, el factor de movilidad territorial. Consideramos su relevancia en la medida que en Casavalle la oferta educativa secundaria es muy reciente e incipiente. En efecto, a la fecha del relevamiento de campo, se cuenta con una sola secundaria privada (religiosa), que en convenio con la educación pública ofrece un turno que funciona como público, con cupos limitados. Esta experiencia comenzó a funcionar en el año 2008. Por lo cual, los jóvenes del barrio que aspiraban a continuar sus estudios en el nivel secundario siempre debieron desplazarse a otras zonas de la ciudad, y hoy siguen teniendo que hacerlo en su inmensa mayoría. Aquí se establecería la distinción entre quienes tienen como máximo seis años de educación aprobados y quienes han superado la aprobación de la escuela primaria, esto es, cuentan con más de seis años de educación.

Codificaríamos los casos como 0 o 1 como sigue.

0. Quienes tienen seis años de educación aprobados o menos: este conjunto no supera el valor modal de la educación de sus padres, ya sea porque ni siquiera intentó proseguir los estudios en el nivel secundario (lo que implicaba salir del barrio), o intentó pero no logró aprobar el primer año de secundaria.

1. Quienes tienen al menos siete años de educación aprobados. Este conjunto supera el valor modal de la educación de sus padres, y logra al menos romper la frontera del barrio y adaptarse a una dinámica social y educativa diferente.²⁶⁸

Los casos 0 tendrían menor posibilidad de integración en el futuro; los casos 1 tendrían mayor posibilidad de integración.

Justificación del criterio. Optar por el criterio de movilidad educativa y territorial implica tener en cuenta el impacto en la percepción social que implica superar a la generación previa. Siendo que lo más frecuente entre los padres de estos jóvenes era como mucho finalizar la primaria, quienes no reiteran este patrón no sólo consiguen un avance educativo en términos cuantitativos, sino que además se ven incluidos en un ámbito diferente y más amplio, que les permitiría conocer una noción de progreso o avance en términos sociales.

Este criterio tiene como desventaja que aplica bien para el caso de Casavalle, pero no para El Cerro, en donde sí hay secundaria en el barrio desde hace muchos años.

b. Criterio de superar el mínimo. Más allá de cualquier normativa o criterio legal o de movilidad que pudiera considerarse, lo que aquí nos importa es lo que en la zona se considera como un “piso” mínimo de educación. Es así que adoptaríamos el criterio de contar con un mínimo de años de educación formal aprobados, que fuera realmente mínimo. Se trata pues, de observar si se entró en la educación secundaria y al menos aprobó un año en ella.

Codificaríamos los casos como 0 o 1 como sigue.

0. Quienes tienen seis años de educación aprobados como máximo, sin haber logrado un pasaje exitoso al siguiente nivel, puesto que con independencia de haber iniciado o no la escuela secundaria, no han logrado aprobar ningún año en ese nivel.

1. Quienes tienen al menos un año del nivel secundario aprobado (siete años).

Los casos 0 tendrían menor posibilidad de integración en el futuro; los casos 1 tendrían mayor posibilidad de integración.

Justificación del criterio. Optar por el criterio de “superar el mínimo” supone que la acumulación de años escolares no es lineal, sino que hay un valor agregado superior a la

²⁶⁸ Aquellos casos que tengan bachillerato incompleto o más serían considerados casos 1, con independencia de la educación de los padres.

unidad cuando se consigue pasar al siguiente nivel. Aquí, se le concede al joven la posibilidad de integración aún con un nivel de educación por debajo de lo normativamente establecido. Este criterio tiene como desventaja la fijación del umbral considerado como “mínimo” francamente bajo: en la medida en que no han logrado acceder a un mínimo socialmente aceptado como logro educativo básico, difícilmente la superación de este mínimo podría discriminar entre una mayor o menor posibilidad de integración social.

(ii) Trabajo

a. Criterio de nivel salarial. De optar por este criterio, tomaríamos en cuenta la remuneración que recibe la persona, atendiendo a la obtención de un “piso” salarial mínimo. Esto es, el criterio de distinción utilizado aquí repararía en el hecho de contar o no con un monto salarial que supere un Salario Mínimo Nacional (SMN).²⁶⁹

Codificaríamos los casos como 0 o 1 como sigue.

0. El monto percibido por la actividad laboral de la persona no supera un SMN.

1. El monto percibido por la actividad laboral de la persona supera un SMN.

Los casos 0 tendrían menor posibilidad de integración en el futuro; los casos 1 tendrían mayor posibilidad de integración.

Justificación del criterio. Optar por el criterio del *nivel salarial* supone atender la diferencia entre quienes, por una parte, ni siquiera alcanzan el mínimo nivel salarial decretado a nivel oficial y quienes, por otra parte, lo alcanzan y/o lo superan. Este criterio tiene como principal ventaja la posibilidad de discernir aquellas situaciones laborales cuyas retribuciones ni siquiera respetan el mínimo estipulado legalmente. Consideramos que el problema principal que deriva de la adopción de este criterio se basa en las dificultades de lograr una aproximación más o menos certera del monto de ingresos percibidos, en algunos casos por dificultades de cálculo del propio entrevistado, y en otras, por importante

²⁶⁹ El Salario Mínimo Nacional se ubica – durante el período de desarrollo del trabajo de campo, en 4.799 pesos uruguayos. Para los trabajadores jornaleros el Decreto gubernamental establece el cálculo, basado en la división de dicho importe entre 25 o entre 200 para determinar el salario por hora. Estos montos rigen desde el 1° de enero de 2010 al 4 de enero de 2011, fecha en que el SMN se incrementa a la suma de 6.000 (pesos uruguayos seis mil) mensuales. En este punto, es interesante destacar el fuerte incremento que viene teniendo ese el SMN desde 2005 a la fecha, siendo política prioritaria del gobierno. Para una referencia, al 1° de junio de 2004 éste se ubicaba en 1.310,00. [Disponible a mayo de 2011, en: <http://www.impo.com.uy/bancodatos/salmin.htm> y http://www.decision.com.uy/indices/salario_minimo_nacional.html].

variabilidad de los ingresos dentro de cierto *parámetro*. Por otra parte, algunas actividades que reportan ingresos pueden haber sido subvaloradas.

Definición de criterios en el plano simbólico

En esta sección damos cuenta de los indicadores utilizados para la definición de los criterios de *adhesión* en cada una de las dimensiones de análisis.

(i) Educación

En particular, el criterio que tomamos en cuenta refiere a **la valoración de la educación como una experiencia dotada de sentido**.²⁷⁰ Esto es, discernimos aquí entre:

0. quienes son *indiferentes o ambivalentes en sus valoraciones respecto de la experiencia educativa* y quienes expresan una *escasa o nula valoración positiva de la experiencia educativa*;

1. quienes asignan *importancia a la experiencia educativa*, valorando la educación en forma positiva.

Los casos 0 tendrían menor posibilidad de integración en el futuro; los casos 1 tendrían mayor posibilidad de integración.

Distinguímos aquí si la experiencia escolar interesa y es considerada algo por lo que vale la pena esforzarse (con independencia de los resultados escolares). O si por el contrario, las reflexiones acerca de la experiencia escolar traducen una apatía, o directamente un desinterés o rechazo por la educación. Buscamos colapsar la variedad de actitudes y valoraciones de manera de distinguir cuándo hay registro de una valoración favorable acerca de la importancia de la educación y de la importancia acordada a *su* educación, de cuándo dicho registro no se presenta.

En ocasiones, claramente la experiencia educativa no es valorada ni significado su abandono en términos negativos. La escuela parece no haber dejado una huella en el sujeto de que es algo por lo que vale la pena esforzarse, y su abandono no se cuestiona. En este caso “negativo”, puede haber incluso un “recuerdo de la experiencia escolar” cargado de

²⁷⁰ La atribución de una valoración positiva o la ausencia de ésta en cada una de las dimensiones se basa fundamentalmente en la información recogida de las entrevistas y re-entrevistas realizadas. Pero aunque “lo que el entrevistado dice” es el punto de partida para la codificación, también se toman en cuenta registros de observación de campo.

connotaciones positivas, pero vinculadas únicamente a un espacio de socialización. Lo que no aparece es un interés por lo que se puede o se podría haber aprendido en el marco de la experiencia educativa.

Las preguntas consideradas en esta dimensión abarcan los siguientes aspectos:

- *recuerdos positivos y negativos de la experiencia educativa,*
- *motivos de desempeño escolar (prosecución, interrupción, re-escolarización, abandono),*
 - *exploración de gustos y vocaciones, valoración del rol de los enseñantes, identificación de otros enseñantes o “modelos de rol”.*

(ii) Trabajo.

Colocamos aquí el acento en **las expectativas depositadas en la actividad laboral**, procurando discernir entre:

0. quienes tienen *expectativas neutras, bajas o nulas con respecto al trabajo*: la actividad laboral es significada como un “mal necesario” sin la valoración de la continuidad de una vida laboral activa, sino que más bien la valoración de dicha actividad se elabora como una alternancia con periodos de inactividad, con actividades laborales esporádicas que permitan obtener cierto sustento. Y en una actitud aún menos favorable, colapsamos aquí aquellos casos en donde hay un *cuestionamiento del trabajo* de tal suerte que no hay expectativa de inserción en el mercado laboral. No se busca ni se aspira obtener empleos de calidad. Se trata de sujetos que renuncian a tener una vida laboral activa; y

1. quienes detentan *expectativas* en torno al desempeño de actividades laborales: hay una *valoración positiva del trabajo* que trasciende la experiencia inmediata, en donde los sentidos asignados a la actividad laboral traducen la valoración de la continuidad de una vida laboral activa. Hay una expectativa de logro de trabajo con derechos, en tanto se visualiza el empleo como un medio para la obtención de recursos pero también hay expectativa de aprender, adquirir experiencia, desarrollarse como persona y eventualmente “ascender” en una “carrera laboral”.

Los casos 0 tendrían menor posibilidad de integración en el futuro; los casos 1 tendrían mayor posibilidad de integración.

Las *expectativas depositadas en la actividad laboral* se codifican con el atributo positivo o con su ausencia con base en la información obtenida de entrevistas referida a los *relatos* que hacen los entrevistados *de sus experiencias laborales, la valoración que tienen de las condiciones en las que se desempeñan (o desempeñaron) y de la continuidad de la experiencia laboral*. Distinguimos de la valoración positiva del trabajo, una valoración puramente restringida a la satisfacción de necesidades de consumo inmediato.

(iii) Respeto de normas básicas de convivencia social

Establecemos como criterio distintivo **el reconocimiento de la importancia del respeto de normas básicas que regulan la convivencia social:**

0. Predomina una *ruptura con la institucionalidad legal*; no se reconoce la legitimidad de determinadas normas que regulan la vida social, existiendo un cuestionamiento a la legitimidad de lo legal en al menos una de dos situaciones concretas: el consumo o distribución de PBC, y la incursión en actividades delictivas (tales como hurtos, rapiñas). En términos de indicadores, observamos específicamente la valoración de la actividad delictiva y con el consumo de drogas “duras”. Se codifican como 0 aquellos casos que tienen una posición favorable al ejercicio de al menos una de estas dos actividades, ya sea porque expresan una actitud de confrontación explícita con la normatividad social, ya sea porque son indiferentes a tales actividades, esto es, no hay una condena o una valoración que pueda traducir el respeto de normas básicas de convivencia.

1. Se codifican como 1 aquellos casos en donde se valoran y respetan las normas básicas de convivencia social como pauta de organización de la vida. Esto no supone que no se pueda criticar el funcionamiento de ciertas instituciones (p. ej., la justicia y los funcionarios encargados de impartirla; la seguridad pública, y la actuación de los funcionarios encargados de su administración). Es posible que exista una valoración crítica del funcionamiento institucional, pero ello no plantea en modo alguno que éste deje de orientar las conductas: en suma, se valoran positivamente las normas que regulan el comportamiento, condenándose aquellos comportamientos que suponen una infracción a éstas.

Los casos 0 tendrían menor posibilidad de integración en el futuro; los casos 1 tendrían mayor posibilidad de integración.

El criterio central aquí se basa en la *valoración de “vías alternativas” de organización de la experiencia biográfica a través de la incursión* -personal o de otros referentes- *en actividades delictivas* (particularmente en lo expresado respecto de la incursión en hurtos, rapiñas y participación en cadenas de distribución de drogas). Se considera también lo expresado y observado respecto del consumo de drogas “fuertes” (particularmente, PBC).

(iv) Participación en grupo(s) social(es)

Consideramos la valoración del sujeto en torno a su ejercicio ciudadano teniendo en cuenta la **participación en grupos sociales para los cuales las normas son valores no sólo válidos** (se cumplen por miedo a la sanción), **sino legítimos** (hay una convicción acerca de su valor intrínseco y su exigibilidad). En esta dimensión, se trata de distinguir cuando:

0. No se valora positivamente la participación en grupos sociales que pueden ir desde partidos o asociaciones políticas, religiosas, deportivas, comunitarias o barriales, ni se registra interés por ningún tema de política nacional, hay un desconocimiento, indiferencia o rechazo por los temas de política que se discuten; se trata de jóvenes que desacreditan toda posibilidad de participar en la sociedad a partir de las actividades políticas a nivel nacional o comunitarias, e incluso las actividades barriales, deportivas o religiosas.

1. Se valora positivamente la participación en grupos sociales que pueden ir desde partidos o asociaciones políticas, religiosas, deportivas, comunitarias o barriales. Implica el interés por temas o actividades que rebasan el individuo, reduciendo las posibilidades de desafiliación: los grupos sociales específicos son el ambiente donde el sujeto se siente parte de una sociedad mayor, dado que la sociedad mayor es inasible en términos de referente único. Se sienten reflejados o al menos convocados ya sea por los discursos y acciones políticas o por los objetivos comunes de un grupo determinado; se interesan por tener una posición reconocida en relación con otros, en organizaciones que están en el marco de las normas sociales.

Los casos 0 tendrían menor posibilidad de integración en el futuro; los casos 1 tendrían mayor posibilidad de integración.

A4.2 Análisis de resultados por planos y dimensiones de análisis

En este apartado comentamos los principales resultados obtenidos a partir de la clasificación de los jóvenes de acuerdo a los criterios considerados. El orden analítico adoptado supone considerar los resultados observados en: el plano *factual* (sección 4.3.1), el plano simbólico (sección 4.3.2), y en las cuatro dimensiones consideradas (sección 4.3.3). En cada sección comentamos brevemente los resultados obtenidos para el conjunto de jóvenes con quienes trabajamos, para luego dar paso al análisis de resultados por barrio.

A4.2.1. Resultados observados en el plano factual

En el conjunto de jóvenes (46 casos), el logro educativo, laboral, el respeto de las normas básicas de convivencia social y la participación en grupo(s) social(es) representa una proporción de 0.56 en términos globales. Considerando la amplitud o extensión del logro, esto es, tomando conjuntamente las cuatro dimensiones, hallamos predominio de logro, aunque la relación entre el logro global y su ausencia es de relativa paridad. La razón estadística entre el logro global y la ausencia de logro global es de 1.27.²⁷¹

Cuando analizamos los resultados considerando la *intensidad*²⁷², hallamos que la tercera parte de los jóvenes registran logro “alto” y una quinta parte, logro “pleno”, en tanto que los menores niveles de logro (“medio”, “bajo” y “ausente”) acumulan prácticamente la mitad de los casos, distribuyéndose en forma relativamente homogénea.

En dos de las cuatro dimensiones de análisis encontramos predominio de *logro*: el *respeto de normas básicas de convivencia social* está presente en 38 de los 46 jóvenes, en tanto que el *logro educativo* es también predominante, aunque menos recurrente (29 jóvenes). En

²⁷¹ El cálculo de la medida de razón se realiza como sigue: entre las 184 posibilidades de presencia o ausencia de logro (medida de los 46 jóvenes en cada dimensión), hallamos logro en 103, y su ausencia en las restantes 81. => r logro global = 103/81.

²⁷² Por *intensidad* entendemos la recurrencia del atributo positivo. En ambos planos, denominamos como situaciones de logro o adhesión *pleno* a aquellas en las que registramos presencia del atributo positivo en las cuatro dimensiones de análisis; *alto* cuando hay registro de aquél en tres dimensiones; *medio* en dos; *bajo* en una, y *ausente* en ninguna. Nos servimos también de este recurso para la comparación de planos y dimensiones. Diremos por ejemplo, que la intensidad de la adhesión a la educación es mayor que la del logro educativo cuando tengamos más casos que presentan el atributo positivo en el plano *simbólico* que en el *factual*. Por “mayor” adhesión o logro, hacemos referencia a la *intensidad* en tanto recurrencia.

cambio, el *logro laboral* y la *participación efectiva en grupo(s) social(es)* son minoritarios, registrándose en 20 y 16 situaciones respectivamente.²⁷³

Para dar cuenta de las similitudes y diferencias por barrio mostramos, en primer lugar, los resultados obtenidos respecto de la ubicación en el plano *factual* de los jóvenes con quienes trabajamos en Casavalle (Cuadros A4.1 y A4.2 y, seguidamente, respecto de los jóvenes del Cerro (Cuadros A4.3 y A4.4). Por una parte, podemos observar la ordenación de los sujetos de acuerdo a la *intensidad* de *logro* considerando las cuatro dimensiones, así como los resultados que obtenemos en cada una de esas dimensiones (Cuadros A4.1 y A4.3 para Casavalle y el Cerro respectivamente). En los cuadros ordenamos a los jóvenes en orden decreciente en la columna “sumatoria”, para observar los casos de mayor a menor grado de integración social en cada plano. El análisis de estos cuadros también nos permite observar la *intensidad* del logro en cada dimensión. Por otra parte, mostramos las distintas combinaciones que tienen lugar entre los jóvenes de uno y otro barrio y los casos que quedan ubicados en éstas (Cuadros A4.2 y A4.3 para Casavalle y el Cerro respectivamente).

De la lectura del Cuadro 4.1 interesa anotar con respecto a los **resultados encontrados entre los jóvenes de Casavalle** que:

- ✓ registramos *logro global* (en las cuatro dimensiones consideradas como conjunto) en la mitad de las posibilidades (50 de 100);
- ✓ la proporción de jóvenes que registra predominio de *logro* es de 0.5: doce jóvenes registran *logro* en al menos tres de las dimensiones analizadas;
- ✓ casi la mitad de los jóvenes registran niveles “elevados” de *logro*” (0.5), en tanto que los niveles de *logro* “medio”, “bajo” y “ausente” acumulan una proporción de 0.5 (0.2, 0.1 y 0.2 respectivamente). Encontramos *logro* “pleno” únicamente en el caso de dos jóvenes;
- ✓ entre las mujeres, los niveles de logro “elevados” (esto es, *logro* “pleno” y “alto”) casi las tres cuartas partes de ellas registran niveles de logro “pleno” o “alto”, mientras que menos de la tercera parte de ellos ha alcanzado dichos niveles (las proporciones son de 0.7 y 0.3 respectivamente);

²⁷³ Las proporciones de presencia de *logro* representan 0.8, 0.6, 0.4 y 0.4 respectivamente.

- ✓ el *respeto de las normas básicas de convivencia social* está presente en las tres cuartas partes de los jóvenes (19 casos), siendo la dimensión con mayor presencia de atributos positivos. En *educación* también encontramos predominio de *logro* (15 casos). En cambio, en las dimensiones *trabajo* y *participación en grupo(s) social(es)* el *logro* es minoritario. En efecto, tanto el *logro laboral* como la *participación efectiva en grupo(s) social(es)* se han concretado sólo en una tercera parte de los jóvenes (8 casos).²⁷⁴

Cuadro A4.1. Casavalle: ubicación de casos en el plano *factual*, por dimensión de análisis

Nombre	Educación	Trabajo	Respeto normas convivencia	Participación en grupo(s)	Sumatoria
David	1	1	1	1	4
Tatiana	1	1	1	1	4
Armando	1	0	1	1	3
Camila	1	1	1	0	3
Carmen	1	1	1	0	3
Eveline	1	0	1	1	3
Gabriela	1	1	1	0	3
Leonardo	1	1	1	0	3
Nadia	1	0	1	1	3
Ofelia	1	1	1	0	3
Silvina	1	1	1	0	3
Fabricio	0	0	1	1	2
Federico	1	0	1	0	2
Gabriel	0	0	1	1	2
Lorenzo	1	0	0	1	2
Marcelo	1	0	1	0	2
Sebastián	1	0	1	0	2
Germán	0	0	1	0	1
Washington	0	0	1	0	1
Yenia	0	0	1	0	1
Gonzalo	0	0	0	0	0
José	0	0	0	0	0
Lucía	0	0	0	0	0
Pablo	0	0	0	0	0
Valeria	0	0	0	0	0
Total (25)	15	8	19	8	50

Nota: los valores marcados con “negrita” indican cambios observados durante el transcurso del trabajo de campo. El valor aquí indicado muestra el último registro obtenido.

En el Cuadro A4.2 mostramos cómo quedan ubicados los jóvenes de Casavalle considerando el *logro* en las cuatro dimensiones. También aquí, ordenamos las combinaciones en orden decreciente en el continuo integración-desafiliación social.

²⁷⁴ En términos proporcionales, hallamos que el *logro* representa 0.76 en *respeto de normas básicas de convivencia*, 0.6 en *educación* y 0.32 en *trabajo* y en *participación en grupo(s) social(es)*

Observamos que los jóvenes se agrupan en ocho combinaciones de las dieciséis posibles, siendo la combinación que agrupa mayor cantidad de casos aquella en la que la única dimensión que carece de atributo positivo es la de *participación en grupo(s) social(es)* (6 casos).

La combinación que le sigue en cantidad de casos (cinco) es aquella de ausencia de atributos positivos en las cuatro dimensiones analizadas. Como señaláramos párrafos arriba, las dimensiones menos recurrentes son *trabajo y participación en grupo(s) social(es)*. Encontramos que tres varones no registran *logro* laboral ni participan efectivamente en grupos. Pero, a diferencia de la *participación efectiva en grupo(s) social(es)*, los casos que registran ausencia de *logro laboral* se hallan dispersos en distintas combinaciones.

Cuadro A4.2. Casavalle: combinaciones de casos registradas en el plano factual				
Dimensiones				Casos
E	T	RC	PG	
+	+	+	+	David y Tatiana
+	+	+	-	Camila, Carmen, Gabriela, Leonardo, Ofelia y Silvina
+	-	+	+	Armando, Eveline y Nadia
+	-	+	-	Federico, Marcelo y Sebastián
-	-	+	+	Fabrizio y Gabriel
+	-	-	+	Lorenzo
-	-	+	-	Germán, Washington y Yenía
-	-	-	-	Gonzalo, José, Lucía, Pablo y Valeria
E = Educación; T = Trabajo; RC = Respeto normas de convivencia; PG= Participación en grupo(s) social(es)				

Entre los **jóvenes del Cerro**, como podemos observar en el Cuadro A4.3:

- ✓ registramos *logro global* en una proporción de 0.63 (53 de las 84 posibilidades de presencia de *logro*);
- ✓ hallamos predominio de niveles “elevados” de logro, siendo que la tercera parte de los jóvenes cerrenses registran logro “pleno” y casi la cuarta parte logro “alto”. No obstante, prácticamente un quinto de los jóvenes registra logro “bajo”, en tanto que observamos ausencia de logro en una proporción de 0.10;²⁷⁵
- ✓ los niveles “elevados” de *logro* entre las mujeres son menos recurrentes que entre los varones (“pleno” y “alto” agrupan 0.5 entre ellas y 0.63 entre ellos). El nivel de *logro* más recurrente entre ellas es “alto” (proporción de 0.4), en tanto que la mitad de ellos

²⁷⁵ Las proporciones de logro “pleno”, “alto”, “medio”, “bajo” y “ausente” son de 0.33, 0.24, 0.14, 0.19 y 0.10 respectivamente.

registra *logro* “pleno”. Por otra parte, no registramos casos de “ausencia” de *logro* entre las mujeres en tanto que hallamos dos varones en esta categoría;

- ✓ del total de jóvenes, únicamente en dos varones hallamos *transgresión de las normas básicas de convivencia social*, siendo esta dimensión la de mayor intensidad de *logro* (19 casos). Aunque con menor recurrencia, hallamos también predominio de *logro* en *educación* (14 casos) y en *trabajo* (11 casos). El *logro* es minoritario en cambio, en lo que concierne a la *participación en grupos sociales* (8 casos).²⁷⁶

Cuadro A4.3. Cerro: ubicación de casos en el plano *factual*, por dimensión de análisis

Nombre	Educación	Trabajo	Respeto normas convivencia	Participación en grupos(s)	Sumatoria
Aldo	1	1	1	1	4
Carmelo	1	1	1	1	4
Iván	1	1	1	1	4
Julián	1	1	1	1	4
Lorena	1	1	1	1	4
Roberto	1	1	1	1	4
Tomás	1	1	1	1	4
Cecilia	1	1	1	0	3
Leticia	1	1	1	0	3
Mario	1	1	1	0	3
Matilde	1	1	1	0	3
Ximena	1	1	1	0	3
Darío	0	0	1	1	2
Juliana	1	0	1	0	2
Verónica	1	0	1	0	2
Ariel	0	0	1	0	1
Daniela	0	0	1	0	1
Luisa	0	0	1	0	1
Rosa	0	0	1	0	1
Álvaro	0	0	0	0	0
Pancho	0	0	0	0	0
Total (21)	14	12	19	8	53

Nota: los valores marcados con “negrita” indican cambios observados durante el transcurso del trabajo de campo. El valor aquí indicado muestra el último registro obtenido.

En el cuadro A4.4 presentamos las combinaciones registradas.

²⁷⁶ El logro representa una proporción de 0.90 en respeto de normas básicas de convivencia, de 0.67 en educación, 0.52 en trabajo y 0.39 en participación en grupo(s) social(es).

Los jóvenes cerrenses se agrupan en seis combinaciones de las dieciséis posibles, siendo la combinación que agrupa mayor cantidad aquélla en donde se registra *logro* en las cuatro dimensiones (siete casos). Encontramos un segundo agrupamiento en aquella combinación en la que la única dimensión carente de atributo positivo es la de *participación efectiva en grupo(s) social(es)* (cinco casos).

Cuadro A4.4. Cerro: combinaciones de casos registradas en el plano *factual*

Dimensiones				Casos
E	T	RC	PG	
+	+	+	+	Aldo, Carmelo, Iván, Julián, Lorena, Roberto y Tomás
+	+	+	-	Cecilia, Leticia, Mario, Matilde y Ximena
+	-	+	-	Juliana y Verónica
-	-	+	+	Darío
-	-	+	-	Ariel, Daniela, Luisa y Rosa
-	-	-	-	Álvaro y Pancho
E = Educación; T = Trabajo; RC = Respeto normas de convivencia; PG= Participación en grupo(s) social(es)				

Finalmente, un tercer grupo en términos de recurrencia está dado por la combinación en la que sólo se registra *respeto de las normas básicas de convivencia social* (cuatro casos).

En suma, de los resultados obtenidos en el plano *factual* entre los jóvenes de Casavalle y el Cerro en una mirada comparativa cabe recordar que:

- ✓ al considerar conjuntamente las cuatro dimensiones trabajadas, en Casavalle hallamos paridad de *logro* y de su ausencia, en tanto que en el Cerro el *logro global* es predominante (proporciones de 0.50 y 0.63 respectivamente);
- ✓ los jóvenes cerrenses registran niveles de *logro* “elevados” (“pleno” más “alto”) en mayor proporción que los de Casavalle (proporciones de 0.57 y 0.48 respectivamente);
- ✓ observamos un patrón diferencial de *logro* por género: mientras en Casavalle los niveles “altos” de *logro* son más recurrentes entre las mujeres que entre los varones (0.78 y 0.29), en el Cerro las proporciones se invierten (0.50 y 0.63). En el otro extremo de la *integración factual*, al considerar conjuntamente el nivel de *logro* “bajo” y “ausente”, hallamos menor presencia de mujeres en Casavalle en tanto que relativa paridad entre sexos entre los jóvenes cerrenses.²⁷⁷ Finalmente, cabe consignar que

²⁷⁷ En Casavalle, encontramos una mujer con *logro* “bajo” y dos con *logro* “ausente” entre los ocho casos que agrupan estas categorías, en tanto que en el Cerro hallamos tres mujeres con *logro* “bajo” y ninguna con *logro* ausente entre los cinco casos registrados. En términos proporcionales a la cantidad de mujeres y varones en

ninguna mujer registra nivel de *logro* “medio” en Casavalle, en donde sí hallamos cinco varones. En el Cerro en cambio, tenemos que dos mujeres y un varón registran *logro* en dos dimensiones;

- ✓ con relación a las dimensiones de análisis en el *plano factual* cabe mencionar que:
 - hallamos dos dimensiones que son predominantes en términos de *logro* entre los jóvenes: el *respeto de las normas básicas de convivencia social*, presente en la mayor parte de los casos, seguida –aunque con menor *intensidad*– de la dimensión *educativa* (proporciones de 0.83 y 0.63 respectivamente);
 - en las otras dos dimensiones de análisis –*trabajo y participación en grupo(s) social(es)*– el *logro* no alcanza a la mitad de los casos (proporciones de 0.43 y 0.35 respectivamente);
 - cualquiera sea la dimensión considerada el *logro* resulta menos recurrente entre los jóvenes de Casavalle que entre los del Cerro. Particularmente en lo que respecta a la dimensión *trabajo*, esta diferencia cobra importancia: hallamos que los jóvenes de Casavalle registran *logro laboral* en una proporción de 0.25 menos que aquéllos del Cerro. En segundo lugar, observamos una diferencia de 0.14 a favor de los jóvenes cerrenses, en lo que concierne al *respeto de las normas básicas de convivencia social*, en tanto que respecto de *educación y participación en grupo(s) social(es)* la diferencia es muy menor (de 0.07 y 0.06 respectivamente).

cada barrio, tenemos que en Casavalle, una proporción de 0.27 de mujeres registra logro “bajo” o “ausente” en tanto que entre los varones dicha proporción es de 0.36. En el Cerro en cambio, las proporciones respectivas son de 0.30 y 0.27.

A4.2.2. Resultados observados en el plano simbólico

Al considerar conjuntamente las cuatro dimensiones, la adhesión valorativa es predominante. La adhesión educativa, laboral, el respeto de las normas básicas de convivencia social y la valoración positiva de la participación en grupo(s) social(es) representa una proporción de 0.72 del conjunto de posibilidades. La razón estadística entre la adhesión global y su ausencia es de 2.54, lo que nos indica que la valoración positiva rebasa con creces el doble de su ausencia.²⁷⁸

Predominan los niveles de adhesión “elevados”; hallamos adhesión “plena” en poco menos de la mitad de los jóvenes (proporción de 0.46), y adhesión “alta” prácticamente en la cuarta parte (proporción de 0.24). Cuando analizamos los resultados considerando la *intensidad*, hallamos que la tercera parte de los jóvenes registran logro “alto” y una quinta parte, “pleno”, en tanto que los menores niveles de logro (“medio”, “bajo” y “ausente”) acumulan prácticamente la mitad de los casos, distribuyéndose en forma relativamente homogénea. La adhesión “media” es la tercera categoría en orden decreciente de recurrencia (proporción de 0.13). Menos de la quinta parte de los jóvenes registran niveles de adhesión “bajos” o “nulos”. No obstante, cabe notar que encontramos cinco casos en donde la adhesión está “ausente” (proporción de 0.11).

En las cuatro dimensiones de análisis encontramos predominio de *adhesión*: la valoración de *las normas básicas de convivencia social* está presente en 38 de los 46 jóvenes, la adhesión *laboral* en 34, la *educativa* en 31, y la valoración de la *participación efectiva en grupo(s) social(es)* en 31.²⁷⁹

Seguidamente, en una lógica analítica análoga a la desarrollada respecto del plano *factual*, describimos los resultados para cada barrio. Así, en primer lugar analizamos la ubicación en el plano *simbólico* de los jóvenes de Casavalle (Cuadros A4.5 y A4.6) y luego la de los jóvenes cerrenses (Cuadros A4.7 y A4.10).

²⁷⁸ Entre las 184 posibilidades de presencia o ausencia de adhesión hallamos adhesión valorativa en 132, y su ausencia en las restantes 52. => adhesión global = 132/52.

²⁷⁹ Las proporciones de presencia de adhesión son de 0.83, 0.74, 0.67 y 0.63 respectivamente. .

Cuadro A4.5. Casavalle: ubicación de casos en el plano *simbólico*, por dimensión de análisis

Nombre	Educación	Trabajo	Respeto normas convivencia	Participación en grupo(s)	Sumatoria
David	1	1	1	1	4
Eveline	1	1	1	1	4
Federico	1	1	1	1	4
Gabriela	1	1	1	1	4
Marcelo	1	1	1	1	4
Sebastián	1	1	1	1	4
Silvina	1	1	1	1	4
Tatiana	1	1	1	1	4
Carmen	1	1	1	0	3
Camila	1	1	1	0	3
Gabriel	0	1	1	1	3
Germán	1	1	1	0	3
Leonardo	1	1	1	0	3
Nadia	1	1	1	0	3
Ofelia	1	1	1	0	3
Armando	0	0	1	1	2
Fabricio	0	0	1	1	2
Lorenzo	0	0	1	1	2
Yenia	0	0	1	1	2
Lucía	0	0	1	0	1
Washington	0	0	0	1	1
Gonzalo	0	0	0	0	0
José	0	0	0	0	0
Pablo	0	0	0	0	0
Valeria	0	0	0	0	0
Total (25)	14	15	20	14	63

Nota: los valores marcados con “negrita” indican cambios observados durante el transcurso del trabajo de campo. El valor aquí indicado muestra el último registro obtenido.

Al analizar la ubicación de los casos para **los jóvenes de Casavalle** observamos que:

- ✓ predominan los niveles “elevados” de *adhesión*, siendo que encontramos que 15 de los 25 jóvenes registran adhesión “plena” (8 casos) o “alta” (7 casos); la proporción de jóvenes que registra predominio de *adhesión* es de 0.60: quince jóvenes registran *adhesión* en al menos tres de las dimensiones analizadas;
- ✓ prácticamente la tercera parte registra *adhesión* “plena”, en tanto que en más de la cuarta parte de los jóvenes la *adhesión* es “alta” (proporciones de 0.32 y de 0.28 respectivamente). Los niveles de adhesión “media” y “ausente” acumulan igual proporción: de 0.16, en tanto que el nivel de adhesión “baja” sólo se registra en una proporción de 0.08;

- ✓ casi las tres cuartas partes de las mujeres y la mitad de los varones registra niveles “elevados” de *adhesión* (“plena” y “alta” agrupan 0.73 y 0.50 respectivamente). El nivel de *adhesión* más recurrente entre ellas es “alto” y “pleno” (proporción de 0.36 cada uno), en tanto entre ellos es “pleno” (proporción de 0.29), registrándose igual recurrencia en los niveles “alto”, “medio” y “ausente” (proporción de 0.21) Encontramos una mujer y tres varones que registran “ausencia” de *adhesión*;
- ✓ en todas las dimensiones de análisis hallamos predominio de *adhesión*, aunque con desigual *intensidad*. La dimensión con mayor recurrencia es aquella que supone la valoración de *las normas básicas de convivencia social*, presente en las tres cuartas partes de los jóvenes (20 casos). La segunda dimensión en orden de recurrencia de valoración es *trabajo* (15 casos), en tanto que la *educación* y la *participación en grupo(s) social(es)* son valoradas por poco más de la mitad de los jóvenes (14 casos).²⁸⁰

En el Cuadro 4.9 observamos las distintas combinaciones de *adhesión* registradas. En este *plano* los jóvenes se agrupan en siete combinaciones. La combinación con mayor cantidad de casos es la que da cuenta de una valoración positiva en las cuatro dimensiones (8 casos), seguida de aquella en la que la única dimensión que no es valorada es la de *participación en grupo(s) social(es)* (6 casos). Estas dos combinaciones agrupan a 14 de los 25 jóvenes, de quienes podríamos decir que tienen altas expectativas de integración simbólica.

Un segundo grupo, con menores expectativas de integración, queda conformado por los casos que se agrupan en aquellas combinaciones que no valoran positivamente la *educación* y/o no tienen expectativas depositadas en el ejercicio de la *actividad laboral*.

²⁸⁰ En términos proporcionales, la adhesión representa 0.8 en respeto de normas básicas de convivencia, 0.6 en trabajo y 0.56 en educación y participación en grupo(s) social(es).

Los casos se agrupan fundamentalmente en las dos primeras filas del Cuadro 4.9. Como señalamos anteriormente, tenemos pues que 15 de los 25 casos registran *adhesión* “plena” (8 casos) o “alta” (7 casos).

Un segundo grupo es aquel constituido por aquellos casos en los que no se registra *adhesión* en *respeto de normas básicas de convivencia social*: en esta combinación, que podríamos denominar de “fractura social” en el plano *simbólico*, registramos cinco casos.

Reúne aquellos casos en donde la *educación* no es valorada ni en el presente, ni en el pasado como ámbito fértil de socialización y adquisición de conocimientos; el *trabajo* no genera expectativas ni se constituye como elemento de motivación para pensar en una mejora a futuro mediante el acceso y el desempeño de una actividad que les pueda brindar ciertos derechos. En donde además, no hay una condena sino más bien una naturalización o justificación de las actividades delictivas y/o del consumo de PBC. Tampoco se valora aquí la participación en grupos sociales.²⁸¹

Un tercer grupo queda conformado por aquellas situaciones en las que, aunque se registra *adhesión* en dos o incluso tres dimensiones de análisis, diremos que no existe predominio de *adhesión*. Se trata de cinco casos en los que registramos ausencia de *adhesión* en *educación* y/o en *trabajo*, pero sí registramos *adhesión* con referencia al *respeto de las normas básicas de convivencia social*. Es decir que, aun cuando registramos *adhesión* en tres dimensiones, o “empate”, en términos analíticos las combinaciones que registran ausencia de adhesión en *educación* y/o *trabajo* son consideradas preponderantemente negativas, puesto que –como dijimos oportunamente– asignamos

Cuadro A4.6. Casavalle: combinaciones de casos registradas en el plano <i>simbólico</i>				
Dimensiones				Casos
E	T	RC	PG	
+	+	+	+	David, Eveline, Federico, Gabriela, Marcelo, Sebastián, Silvina y Tatiana
+	+	+	-	Camila, Carmen, Germán, Leonardo, Nadia, y Ofelia
-	+	+	+	Gabriel
-	-	+	+	Armando, Fabricio, Lorenzo y Yenía,
-	-	+	-	Lucía
-	-	-	+	Washington
-	-	-	-	Gonzalo, José, Pablo y Valeria

E = Educación; T = Trabajo; RC = Respeto normas de convivencia; PG= Participación en grupo(s) social(es)

²⁸¹ Con excepción del caso de Washington, en donde sí se registra *adhesión a grupo(s) social(es)*.

preeminencia a *educación y trabajo* como vías de integración social.²⁸² Se trata de situaciones de *integración simbólica débil*, sin transgresión valorativa de las *normas básicas de convivencia social*.²⁸³

Respecto de la ubicación de los **jóvenes del Cerro** (Cuadro 4.10) observamos que:

- ✓ la *adhesión* global es francamente predominante, alcanzando una proporción de 0.82 (69 de las 84 posibilidades);
- ✓ la mayoría de los jóvenes registra *adhesión* “plena” (13 casos), ocupando el segundo lugar en recurrencia la *adhesión* “alta” (4 casos);²⁸⁴
- ✓ la distribución no presenta diferencias por sexo: 6 de las 10 mujeres y 7 de los 11 varones registran *adhesión* “plena” y 2 de cada sexo, *adhesión* “alta”. Cabe consignar que sólo un varón registra “ausencia” de *adhesión*;
- ✓ la *adhesión* es mayoritaria en todas las dimensiones de análisis, siendo el *trabajo* la que reúne la mayor recurrencia de valoraciones positivas (19 casos), seguida de la valoración de *las normas básicas de convivencia social* (18 casos) y de *educación* (17 casos). También en *participación en grupo(s) social(es)* la *adhesión* es predominante (15 casos).²⁸⁵

²⁸² La justificación de tal decisión se explicita en la sección 4.4.1 “*Del cruce de los planos*”.

²⁸³ Incluimos por tanto en este agrupamiento a Gabriel, por la importancia que asignamos a la dimensión *educativa*. Es así que si bien en este caso se valoran positivamente tres de las cuatro dimensiones, sostenemos que la ausencia de *adhesión* en *educación* excluye al caso de una *adhesión global alta*. El caso de Lucía registra *adhesión* sólo en una dimensión, pero queda incluido en este grupo puesto que se trata de *respeto de normas básicas de convivencia social*, de manera de distinguir este caso de aquellos que presentan *transgresión* en el *plano simbólico*. Quedan pues agrupados aquí los casos de Gabriel, Armando, Fabricio, Lorenzo, Yenía y Lucía.

²⁸⁴ La *adhesión* “plena”, “alta”, “media”, “baja” y “ausente” representa una proporción de 0.46, 0.24, 0.13, 0.07 y 0.11 respectivamente.

²⁸⁵ En términos proporcionales, la *adhesión* representa 0.9 en *trabajo*, 0.86 en valoración de *las normas básicas de convivencia*, 0.81 en *educación* y 0.71 en *participación en grupo(s) social(es)*.

Cuadro A4.7. Cerro: ubicación de casos en el plano simbólico, por dimensión de análisis

Nombre	Educación	Trabajo	Respeto normas convivencia	Participación en grupo(s)	Sumatoria
Aldo	1	1	1	1	4
Carmelo	1	1	1	1	4
Cecilia	1	1	1	1	4
Darío	1	1	1	1	4
Iván	1	1	1	1	4
Julián	1	1	1	1	4
Juliana	1	1	1	1	4
Lorena	1	1	1	1	4
Leticia	1	1	1	1	4
Matilde	1	1	1	1	4
Roberto	1	1	1	1	4
Tomás	1	1	1	1	4
Verónica	1	1	1	1	4
Daniela	1	1	1	0	3
Mario	1	1	1	0	3
Ximena	1	1	1	0	3
Ariel	0	1	1	1	3
Luisa	0	1	1	0	2
Pancho	0	1	0	1	2
Rosa	1	0	0	0	1
Álvaro	0	0	0	0	0
Total (21)	17	19	18	15	69

Nota: los valores marcados con “negrita” indican cambios observados durante el transcurso del trabajo de campo. El valor aquí indicado muestra el último registro obtenido.

Las combinaciones registradas respecto de la adhesión de los jóvenes cerrenses en las distintas dimensiones puede observarse en el Cuadro A4.8.

También aquí encontramos registro de casos en siete combinaciones, y también que la combinación que agrupa la mayor cantidad de casos es aquella que registra una valoración positiva en las cuatro dimensiones de análisis (13 casos).

En segundo lugar se ubica aquella que da cuenta de una valoración positiva en las tres primeras dimensiones (3 casos), mientras las otras combinaciones no registran agrupamiento de casos.

Cuadro A4.8. Cerro: combinaciones de casos registradas en el plano simbólico

Dimensiones				Casos
E	T	RC	PG	
+	+	+	+	Aldo, Carmelo, Cecilia, Darío, Iván, Julián, Juliana, Leticia, Lorena, Matilde, Roberto, Tomás, Verónica
+	+	+	-	Daniela, Mario, Ximena
-	+	+	+	Ariel
-	+	+	-	Luisa
-	+	-	+	Pancho
+	-	-	-	Rosa
-	-	-	-	Álvaro

E = Educación; T = Trabajo; RC = Respeto normas de convivencia; PG= Participación en grupo(s) social(es)

En síntesis, con respecto a los resultados obtenidos en el *plano simbólico* entre los jóvenes de Casavalle y del Cerro, consideramos interesante destacar que:

- ✓ la *adhesión global* es predominante tanto entre los jóvenes de Casavalle como entre los del Cerro, lo que nos indica la relevancia del *plano simbólico* como fuente de integración social en ambos contextos barriales;
- ✓ pese a esta similitud, hallamos una importante distancia entre el nivel de *adhesión global* registrado entre los jóvenes de Casavalle y entre los cerrenses (proporciones de 0.6 y 0.8 respectivamente);
- ✓ en ambos barrios hay un predominio de niveles “elevados” de adhesión, aunque esta última es más *intensa* entre los jóvenes del Cerro que entre los de Casavalle (proporciones de 0.8 y 0.6 respectivamente);
- ✓ hallamos diferencias en el comportamiento por género de acuerdo al barrio: en Casavalle los niveles “elevados” de *adhesión* son más recurrentes entre las mujeres que entre los varones (proporciones de 0.7 y 0.5 respectivamente), en tanto que entre los jóvenes del Cerro no encontramos diferencias entre ellos y ellas (proporción de 0.8). Cuando consideramos conjuntamente los niveles “bajo” y “ausente”, no se observan diferencias por sexo entre los jóvenes cerrenses, en tanto que en Casavalle la *adhesión* resulta levemente menos recurrente entre varones que entre mujeres.
- ✓ con relación a las *dimensiones* de análisis en el *plano simbólico* señalamos que:
 - la *adhesión* es predominante tanto entre los jóvenes de Casavalle como del Cerro. Entre los jóvenes de ambos barrios, el *respeto de las normas básicas de convivencia social* es valorado por la amplia mayoría de los jóvenes, en proporciones similares (0.8 y 0.9 respectivamente). Sin embargo, mientras que en Casavalle esta última resulta la *dimensión* valorada por la mayor cantidad de jóvenes con quienes trabajamos, en el Cerro ese lugar es ocupado por el *trabajo*. Al respecto, cabe consignar que la *adhesión* al *trabajo* representa una proporción de 0.9 entre los cerrenses y de 0.6 entre los de Casavalle, siendo la *dimensión* en la que se registra mayor distancia en la recurrencia de *adhesión* entre los jóvenes de uno y otro barrio;
 - en *educación*, también registramos una distancia importante en la recurrencia de la *adhesión*: los jóvenes de Casavalle registran una proporción que es 0.3 menor que la de los del Cerro.

Anexo 5. Material de apoyo para la caracterización de los tipos construidos

A5.1. Información referente a la situación ocupacional de los jóvenes de acuerdo a características socio-demográficas y tipo construido

Cuadro A51. Distribución de situación ocupacional, y media de años de educación formal aprobados según situación ocupacional, por sexo, Tramo de edad, Tipo y Nombre. Total y Barrio					
Barrio	Situación ocupacional	Estadísticos	Sexo		Detalle de Tipo y Tramo de edad
			Mujer	Varón	
Casavalle y Cerro	Trabaja	<i>Prop. y n</i>	0,76 (16)	0,64 (16)	
		<i>AñosEd</i>	12,00	9,69	
	Protegido	<i>Prop. y n</i>	0,52 (11)	0,32 (8)	
		<i>AñosEd</i>	13,00	12,25	
	Desprotegido	<i>Prop. y n</i>	0,24 (5)	0,32 (8)	
		<i>AñosEd</i>	9,80	7,13	
	No trabaja	<i>Prop. y n</i>	0,24 (5)	0,36 (9)	
		<i>AñosEd</i>	7,00	7,56	
Busca	<i>Prop. y n</i>	0,05 (1)	0,08 (2)		
	<i>AñosEd</i>	10,00	8,00		
No busca	<i>Prop. y n</i>	0,05 (1)	0,12 (3)		
	<i>AñosEd</i>	6,00	5,67		
Estudiante	<i>Prop. y n</i>	0,14 (3)	0,16 (4)		
	<i>AñosEd</i>	6,33	8,75		
Casavalle	Trabaja	<i>Prop. y n</i>	0,82 (9)	0,64 (9)	<i>8 ILO, 4 IAN, 2 DEC; 4 DCO</i>
		<i>AñosEd</i>	10,44	8,33	<i>6 TE1; 8 TE2; 3 TE3</i>
	Protegido	<i>Prop. y n</i>	0,55 (6)	0,14 (2)	8 ILO: 3 TE1 (Camila, Carmen y Leonardo); 5 TE2 (Gabriela, Ofelia, Silvina, Tatiana y David)
		<i>AñosEd</i>	11,67	12,00	
	Desprotegido	<i>Prop. y n</i>	0,27 (3)	0,50 (7)	4 IAN: 2 TE1 (Nadia y Sebastián); 2 TE2 (Federico y Germán) 2 DEC: 1 TE2 (Gabriel), 1 TE3 (Armando) 4 DCO: 1 TE1 (Lucía); 3 TE3 (Valeria, Gonzalo y Pablo)
		<i>AñosEd</i>	8,00	7,29	
	No trabaja	<i>Prop. y n</i>	0,18 (2)	0,36 (5)	<i>2 IAN, 3 DEC, 2 DCO</i>
		<i>AñosEd</i>	8,00	7,40	<i>3 TE1; 3 TE2; 1 TE3</i>
Busca	<i>Prop. y n</i>	0,09 (1)	0,07 (1)	2 IAN: 2 TE2 (Eveline y Marcelo)	
	<i>AñosEd</i>	10,00	13,00		
No busca	<i>Prop. y n</i>	0,09 (1)	0,21 (3)	2 DEC: 1 TE1 (Yenia); 1 TE2 (Lorenzo) 2 DCO: 1 TE1 (Washington); 1 TE3 (José)	
	<i>AñosEd</i>	6,00	5,67		
Estudiante	<i>Prop. y n</i>	-	0,07 (1)	1 DEC: 1 TE1 (Fabricio)	
	<i>AñosEd</i>	-	7,00		

(Continuación)

Barrio	Situación ocupacional	Estadísticos	Sexo		Detalle de Tipo y Tramo de edad
			Mujer	Varón	
Cerro	Trabaja	Prop. y n	0,70 (7)	0,64 (7)	11 ILO; 2 IAN; 1 DEC
		AñosEd	14,00	11,43	2 TE1; 6 TE2; 6 TE3
	Protegido	Prop. y n	0,50 (5)	0,86 (6)	11 ILO: 1 TE1 (Matilde); 6 TE2 (Cecilia, Ximena, Iván, Mario, Roberto y Tomás); 4 TE3 (Leticia, Lorena, Aldo y Julián)
		AñosEd	14,60	12,33	
	Desprotegido	Prop. y n	0,20 (2)	0,13 (1)	2 IAN 2 TE3 (Juliana y Verónica)
		AñosEd	12,50	6,00	1 DEC 1 TE1 (Ariel)
	No trabaja	Prop. y n	0,30 (3)	0,36 (4)	1 ILO; 1 IAN; 3 DEC; 2 DCO
		AñosEd	6,33	7,75	6 TE1, 1 TE2
Busca	Prop. y n	-	0,09 (1)	1 DCO: 1 TE1 (Álvaro)	
AñosEd	-	-	3,00		
No busca	Prop. y n	-	-	-	
AñosEd	-	-	-	-	
Estudiante	Prop. y n	0,30 (3)	0,27 (3)	1 ILO: 1 TE1 (Carmelo); 1 IAN: 1 TE2 (Darío); 3 DEC: 3 TE1 (Daniela, Luisa y Rosa)	
	AñosEd	6,33	9,33	1 DCO: 1 TE1 (Pancho)	

Notas:
 Prop. y n = proporción y cantidad de casos (entre paréntesis)
 AñosEd. = media de años de educación formal aprobados
 TE: tramo de edad del joven (1= de 15 a 24; 2 = de 25 a 29; 3 = de 29 a 34 años de edad)

Gráfico A5.1. Situación laboral de jóvenes de Casavalle que trabajan, según sexo y tramo de edad

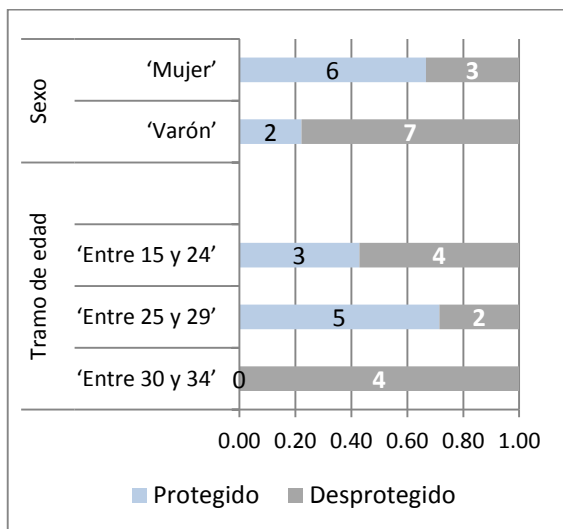
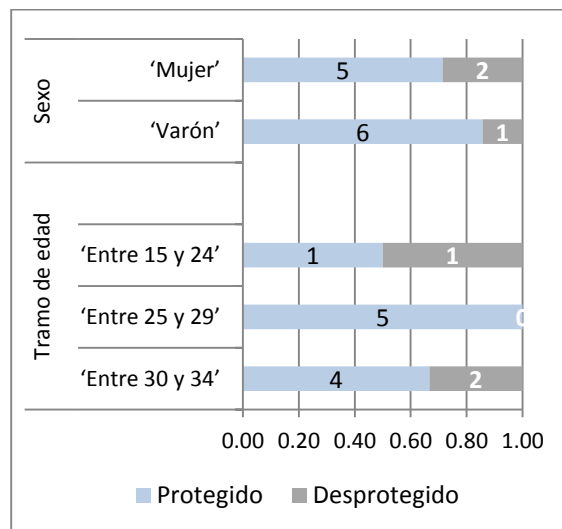


Gráfico A5.2. Situación laboral de jóvenes del Cerro que trabajan, según sexo y tramo de edad



A5.2. Ubicación residencial de los jóvenes al interior de cada barrio

Cuadro A5.2. Ubicación residencial de los jóvenes en cada barrio. Tipo, Nombre y características de la zona					
Casavalle			Cerro		
Tipo	Nombre	Zona más deprimida y/o estigmatizada	Tipo	Nombre	Zona más deprimida y/o estigmatizada
1.1	Tatiana	No	1.1	Aldo	No
1.2	David	No	1.2	Carmelo	No
1.3	Silvina	Sí	1.3	Cecilia	No
1.4	Camila	Sí	1.4	Iván	No
1.5	Gabriela	No	1.5	Julián	No
1.6	Leonardo	No	1.6	Leticia	No
1.7	Carmen	Sí	1.7	Lorena	No
1.8	Ofelia	No	1.8	Mario	No
2.1	Federico	Sí	1.9	Matilde	No
2.2	Nadia	No	1.10	Roberto	No
2.3	Marcelo	No	1.11	Tomás	No
2.4	Germán	Sí	1.12	Ximena	No
2.5	Sebastián	Sí	2.1	Daniela	Sí
2.6	Eveline	Sí	2.2	Darío	No
3.1	Armando	Sí	2.3	Juliana	No
3.2	Fabrizio	Sí	2.4	Verónica	No
3.3	Yenia	Sí	3.1	Ariel	Sí
3.4	Gabriel	Sí	3.2	Luisa	No
3.5	Lorenzo	No	3.3	Rosa	Sí
4.1	Gonzalo	Sí	4.1	Álvaro	Sí
4.2	Washington	Sí	4.2	Pancho	Sí
4.3	Valeria	Sí			
4.4	Lucía	Sí			
4.5	José	Sí			
4.6	Pablo	Sí			

Nota: el “tipo” se numera como sigue: 1. “integración lograda”; 2. “integración anhelada”; 3. “desafiliación resistida”; 4. “desafiliación consumada”.
La cifra luego del punto indica el número de caso dentro del tipo.

Recuadro A5.2. La “salida” del barrio

Entre los 46 jóvenes con quienes trabajamos, tenemos cuatro que ya no viven en el barrio. De Casavalle, los casos de Tatiana (1.2) y Gabriela (1.5). Del Cerro, Tomás (1.11) y Verónica (2.4).

Gabriela se fue de Casavalle hace ya casi dos años, donde vivía desde que nació. Actualmente reside en Goes, un barrio de la zona centro de la ciudad. Allí comparte la renta de un departamento con Verónica (2.4), oriunda del Cerro, a quien conoció durante sus estudios en la Facultad de Psicología y con quien hizo amistad.

“¡No! Para nada, no me gustaría para nada, para nada!!”

Responde enfáticamente Gabriela cuando le preguntamos si algún día le gustaría volver al barrio. Y explica:

“Desde que tengo uso de razón mis padres están ahorrando para mudarse de ahí y porque jamás me identifiqué con el barrio. (...) Claro, porque ya te digo, si yo tuviera mi vida ahí, el liceo o el estudio ahí, mis amigos ahí, mi familia ahí... pero no, en realidad todo el mundo en mi familia hizo su vida afuera [del barrio], o sea, desde que llegamos ahí nos queremos ir, era como esa cosa de provisorio para siempre viste que el uruguayo es muy de eso. Y es como que la característica de la gente del barrio, en realidad es esa, es todo ahí, todo ahí, ¡es como que un mundo aparte que hay!”

Sus padres llegaron allí en 1985, año de la reapertura democrática. Su madre, asistente social de profesión, trabajaba en la zona junto a un sacerdote jesuita y supo de la oportunidad de comprar las llaves de una vivienda económica.²⁸⁶ Junto con el padre de Gabriela, vieron entonces la oportunidad de lograr la independencia residencial (hasta entonces compartían vivienda en el barrio Lavalleja, en la casa de uno de sus padres). No tenían familia en el barrio. La hermana mayor de Gabriela formó pareja fuera del barrio y se fue a vivir fuera; recientemente, los padres de Gabriela junto a sus hermanos menores pudieron comprar una casa en el Prado; ya nadie de la familia visita el barrio.

- *“¿Estás contenta en el barrio nuevo?”*
- *¡Y claro! Como que salir de Casavalle es irte de viaje, como irte del país más o menos.*

²⁸⁶ La “compra de la llave” es una expresión muy utilizada entre los casavallenses, y remite a una modalidad de compra – venta entre vecinos o conocidos. Modalidad que se origina en la gran cantidad de viviendas construidas como viviendas transitorias, de emergencia, o en terrenos de propiedad estatal, por lo que sus habitantes, por más tiempo que lleven viviendo en ellas, son adjudicatarios u ocupantes. Y entre sus vecinos, se “venden las llaves”. Como explica Gabriela: *“Era la condición, es que la compra y venta de ahí es eso, es cero papel.”*

Tatiana (1.1) también se independizó de su familia de origen y se fue del barrio a vivir con su hija y su pareja actual a una casa comunitaria en Palermo.

Por otra parte, la salida del barrio de Nadia (2.2) de Casavalle es inminente, siendo que está terminando de construir con su familia de origen una vivienda en la zona costera del área metropolitana de Montevideo.

Entre los cerrenses, tanto Verónica como Tomás expresan como principal motivo por el que se fueron del barrio, la distancia con respecto al centro de la ciudad, lo que les implicaba traslados diarios de casi tres horas. Nos cuenta Verónica:

“Yo me crié en ese lugar y estaba muy apropiada del Cerro. De hecho siempre decía que nunca me iba a ir del Cerro. Ta, después cuando empecé a ir a la Facultad tenía que salir todos los días... Porque el Cerro tiene esa característica que es como... yo siempre lo metaforizo así: es como la gallinita y los pollitos. ¡Hay gente que no sale del Cerro! Acá saludo en la carnicería, en la farmacia, pero nada más, yo qué sé, no conozco a nadie!”

Aunque de momento, ninguno de los dos jóvenes piensan retornar a su barrio de origen, esto forma parte de sus planes a mediano o largo plazo.

Tomás vive en pareja en una zona céntrica de la ciudad; nos cuenta:

“Es la segunda vez que salgo de allá. La primera vez salí unos dos años porque fue muy difícil irme. Porque aparte era adolescente, 16, 17 años, y nos fuimos a vivir a Parque del Plata, lejos. Todos mis amigos estaban en el Cerro, entonces vivía en Parque del Plata, pero la mitad del tiempo vivía en el Cerro, porque la mayor parte del tiempo iba a la casa de mi hermano mayor, de mi abuela, o me quedaba en lo de algún amigo a dormir... fue bastante traumático eso. Aparte a esa edad yo tenía una reunión por día durante toda la semana: hacía teatro en el Cerro, hacía scout en el Cerro, estaba en el gremio del liceo del Cerro, estaba en la comisión de defensa de Ancap, del Cerro... entonces tenía muchas actividades, todas en el barrio, absolutamente todas. Y se hizo difícil. Nos fuimos porque no pudimos alquilar más, entonces mi viejo tiene una casa allá; tiene una casa que es una herencia, que es de varios primos en realidad, pero igualmente nos fuimos para ahí. Y después volvimos, volvimos a alquilar. Y ahora estamos tratando de comprar, con mis padres.

- Tus padres, pero... te incluirías en la compra?

- ¡Claro! Yo no... no me voy de ahí. Esto es circunstancial, mi venida al Centro es totalmente circunstancial... estoy acá cerca del trabajo, a seis cuadras. Me vine por el trabajo, entre semana paso acá, y el fin de semana en el Cerro.”

A5.3. Características de la trayectoria educativa por Barrio y Tipo

Seguidamente presentamos las trayectorias educativas de los jóvenes de Casavalle y del Cerro (Cuadro A5.3 y A5.4 respectivamente), procurando representar a la vez que el logro educativo, los distintos puntos de interrupción de las trayectorias, sean estas “transitorias” o “definitivas”.²⁸⁷ Cada cuadro se ordena por *tipo* de integración-desafiliación social, y cada fila corresponde a la trayectoria educativa seguida por cada uno de los jóvenes que integran el *tipo* en cada barrio. Hemos tenido en cuenta para la construcción de los cuadros la siguiente información:

Edad al momento del último encuentro
Condición de estudiante
Finalización de ciclo educativo (Primaria, Secundaria primer ciclo, secundaria segundo ciclo, terciaria)
Edad de primera salida de la escuela (durante un año o más)
Abandono del año lectivo
Repetición del año lectivo
Recursado de asignaturas de nivel terciario
Cantidad de años de educación formal aprobados

Veamos algunos ejemplos para facilitar la lectura de los cuadros.

Ejemplos de trayectorias educativas	
	Años de edad
Caso	6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25
A	[Shaded 6-10] [] [] [] [] [] [] [] [] [] [] [] [] [] [] [] [] [] [] []
B	[Shaded 6-10] [] [R] [] [R] [] [] [] [] [] [] [] [] [] [] [] [] [] [] []
C	[Shaded 6-10] [] [] [] [] [] [] [] [] [] [] [] [R] [] [R] [] [] [] [] []
D	[Shaded 6-10] [] [] [] [] [] [] [] [] [] [] [] [R] [] [] [] [] [] [r] [r] [] []
E	[Shaded 6-10] []

Caso A. 21 años al momento del último encuentro, no estudia, dejó de estudiar a los 10 años de edad, sin haber completado la escuela primaria. No registra repetición. Cuatro años de educación formal aprobados.

²⁸⁷ Por “salida transitoria” de la escuela, consideramos aquellas situaciones que, una vez registrada la salida de la escuela (durante al menos un año), se produce un al sistema educativo. Por otra parte, cabe aclarar que el carácter “definitivo” está truncado por la edad del joven al momento de la última entrevista, siendo que cualquiera de ellos podría retomar sus estudios a edades más avanzadas. No obstante, salvo en caso expreso en que los jóvenes hallan manifestado deseo y propósito expreso de retomar sus estudios en un futuro inmediato, cuando en el último encuentro el joven ha salido de la escuela hace más de un año, consideraremos a los efectos del análisis, su salida como “definitiva”.

Caso B. 18 años, no estudia. Finalizó la escuela primaria a los 11 años de edad, sin registrar repetición. Comenzó la escuela secundaria, registrando repetición en primer año. Luego de tres intentos (en dos repite y en uno abandona durante el año lectivo), deja de estudiar, a los 14 años de edad, con 6 años de educación aprobados.

Caso C. 20 años, estudiante. Finalizó la escuela primaria a los 12 años, sin registrar repetición, finaliza el primer ciclo de enseñanza secundaria a los 15 años, también sin registrar repetición, y sale de la escuela. Retoma sus estudios a los 17 años, repitiendo 5° año de enseñanza secundaria, que logra aprobar al año siguiente, pero vuelve a repetir en 6° año. 11 años de educación formal aprobados.

Caso D. 25 años, estudiante. Culmina la escuela primaria a los 11 años, y el primer ciclo de enseñanza secundaria a los 14, sin registrar repetición. Continúa en el segundo ciclo de enseñanza secundaria°, aprobando los dos primeros años (4° y 5°), pero abandona en el último año de cursado. Al año siguiente, con 18 años, retoma 6° año, pero repite, vuelve a hacer el intento al año siguiente, pero abandona durante el año escolar, y finalmente, a los 20 años de edad, culmina la enseñanza secundaria y sale de la escuela. Retoma sus estudios a los 22 años, ya en el nivel terciario, y actualmente se halla recursando asignaturas de segundo año. 13 años de educación formal aprobados.

Caso E. 24 años, no estudia. Aprobó la escuela primaria, secundaria (ambos ciclos) y terciaria, sin registrar repetición ni rezago, culminando sus estudios de nivel terciario a los 23 años de edad. 18 años de educación formal aprobados.

Anexo 6. Información de soporte para el análisis de las mediaciones

A6.1. Información relativa a las familias de los jóvenes de acuerdo al tipo construido

Cuadro A6.1. Posición del entrevistado entre sus hermanos, cantidad de hermanos y de combinaciones de madre y padre, edades, por Tipo (Casavalle)

<i>Tipo</i>	n	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	Q de MP	Edad mayor	Edad menor	Edad n
Integración lograda (ILO)	Camila	MP m	M v(†)	M v	M v							2	23	12	23
	Carmen	M m	MP m	M m								3	23	3	20
	David	P v	P v	MP v								2	Sin dato	27	27
	Gabriela	MP m	MP m	MP m	MP m							1	28	16	27
	Leonardo	MP v	MP m	MP M								1	24	18	20
	Ofelia	MP m	MP m	P v	P m							2	28	20	28
	Silvina	M v	MP m	M m	M v							3	37	24	29
	Tatiana	M v	MP m	M v	M v	M v	M v					3	31	15	25
Integración anhelada (IAN)	Eveline	MP m	MP v	MP m	MP v	MP v	MP m					1	24	13	24
	Federico	M v	P v(†)	M v	M v	MP v	MP m	MP v	MP m			4	36	12	27
	Germán	MP v	MP v	MP v	MP v							1	35	28	30
	Marcelo	MP m	MP v	MP v								1	37	29	29
	Nadia	P v	MP m	MP v								2	28	18	23
	Sebastián	M v	MP v	MP v	MP v							2	30	15	21
Desafiliación resistida (DER)	Armando (**)	MP v	M m	M m	M m	M m	M m					3	31	13	31
	Fabrizio	MP v	MP v	MP v	M v							2	20	8	18
	Gabriel	MP m	P v	MP m	MP v							2	37	26	26
	Lorenzo	P v	P v	P v	MP v	P v	M v	M m	M v			4	33	17	28
	Yenia	MP M	MP m	MP v								1	20	13	16
Desafiliación consumada (DCO)	Gonzalo	MP v(†)	MP m	MP m(†)	MP m	MP m	MP v	MP v				1	45	30	30
	José	MP v	MP v	M v	M m							2	32	s/d	32
	Lucía	MP v(†)	MP m	MP v	MP m	MP v	MP m					1	32	22	22
	Pablo	MP v	MP v	MP v	MP m	M v	M v					2	22	17	21
	Valeria	M v	M m	M v	MP m	MP m	MP v	M v	M v(†)	M m	M v	5	34	15	30
	Washington	MP v	MP v	M m	M v							3	18	11	18

Referencias:

MP indica que se trata de la madre y el padre del entrevistado. Por defecto, en la celda correspondiente a cada joven, éste es indicado con MP. M indica que se trata de un hermano con quien el entrevistado comparte sólo la madre, y P, con quien comparte sólo el padre. Así, la columna “Q de MP” indica la cantidad de combinaciones efectivamente constatadas de madre y padre.

En cada fila, la celda correspondiente al joven aparece marcada en negrita, lo que nos permite distinguir al joven de los hermanos con los que comparte madre y padre, y observar la posición ocupada por el joven en el total de hermanos (ordenados de mayor a menor).

Las celdas marcadas en gris indican que se trata de uno o varios hermanos con el/los que el entrevistado convive actualmente.

La cursiva indica que se trata de hermanos con los que alguna vez convivió el entrevistado, pero con quienes ya no convive.

Se indica además, en cada celda, el sexo de cada individuo, como “m” –mujer-, y “v” –varón-.

El símbolo (†) indica que se trata de un hermano que ha fallecido.

Notas:

(*) Estrictamente Ofelia tiene una hermana. Las dos menores son hijas de la pareja posterior de su madre, quien se ha hecho cargo de ellas desde que eran muy pequeñas, por lo que se las incluye aquí.

(**) Si bien Armando dice haberse independizado las celdas aparecen oscurecidas, puesto que aunque tiene salida a la calle independiente, lo separa una puerta de la vivienda donde viven su madre y hermanas, con quienes comparte la cocina y los gastos del hogar.

Cuadro A6.2. Posición del entrevistado entre sus hermanos, cantidad de hermanos y de combinaciones de madre y padre, edades, por Tipo (El Cerro)

Tipos	n	1	2	3	4	5	6	7	Q de MP	Edad mayor	Edad menor	Edad n
Integración lograda (ILO)	Aldo	MP v	MP m						1	34	33	34
	Carmelo	MP v	MP v	M m	M m				2	23	3	20
	Cecilia	MP v	MP m	MP m					1	33	27	28
	Iván	MP v	MP v	MP v	MP v	M v			2	40	22	28
	Julián *	MP v	MP m						1	35	30	35
	Leticia	P m	P m	MP m					2	50	31	31
	Lorena	MP m	MP m	M v	M v	M v			3	34	18	33
	Matilde	MP m	MP m						1	24	20	20
	Mario	MP v	MP v						1	30	29	29
	Roberto	MP v							1	29	29	29
	Tomás	MP v	MP v	MP v					1	35	26	26
Ximena	MP v	MP m	MP m					1	27	13	25	
Integración anhelada (IAN)	Daniela	M m	MP m	M v					3	22	12	15
	Darío	MP v	MP v	MP m	MP v				1	30	24	29
	Juliana	MP m							1	32	32	32
	Verónica	MP m	P m						2	31	7	31
Desafiliación resistida (DEC)	Ariel	MP v	MP m	M m	M v	M m	M m		2	17	9	17
	Luisa	MP v	MP v	MP m	MP v				1	22	9	16
	Rosa	MP v(†)	MP v	MP m	MP v				1	19	7	17
Desafiliación consumada (DCO)	Álvaro	MP v	MP v	MP v	M m				2	26	17	24
	Pancho **	P v	P v	P m	MP v	MP v	MP m	P v	2	sd	1	15

Notas: * Julián tiene además, una "hermana de crianza", que su madre se llevó a vivir con ellos, que actualmente tiene 18 años de edad.

** Pancho dice tener hermanos por parte de padre, "creo que tres, mayores, pero no sé bien, no los conozco". Por parte de madre, no sabe si tiene más hermanos pues desde que tiene 4 años no la ha vuelto a ver ni ha sabido de ella.